EL

EVANGELIO MEDITADO.

TOMO III.



Varios Prelados de España han concedido 2400 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la Librería religiosa.

EL
EVANGELIO MEDITADO.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS AL ITALIANO

POR

D. JACINTO MARÍA BLANCO,
SACERDOTE TURINÉS:

y del italiano al español

por

D. Juan Antonio Maldonado,
ABOGADO DE LOS REALES CONSEJOS, Y CONTADOR DE LA CASA Y ESTADOS DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DEL INFANTADO.

TOMO III.





Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:
LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
CALLE DEN ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.
1861.

EL

EVANGELIO MEDITADO.

MEDITACION CXXXIX.

DE LA TRANSFIGURACION DE JESUCRISTO.

(Matth. XVII, 1-8; Marc. IX, 1-7; Luc. IX, 28-36).

Consideremos aquí: 1.° á Jesucristo; 2.° á Moisés y Elías; 3.° á los Apóstoles; 4.° las palabras de Dios que se dejaron oir.

PUNTO I.

De Jesucristo.

Lo 1.° *Las disposiciones que preceden para la transfiguracion*... «Y seis dias despues tomó Jesús consigo á Pedro, á Jacobo y á Juan «su hermano, y los llevó separadamente sobre un alto monte para «orar...»

Jesús eligió solamente tres de sus Apóstoles para que fuesen testigos de su transfiguracion... Las visiones y las revelaciones no se han concedido á todos los Santos; sino solamente á algunas almas privilegiadas, segun el gusto y el querer del Señor... Alegrémonos con estos santos Apóstoles de que el Señor los haya elegido para manifestarles su gloria; pero guardémonos de desear nosotros semejantes favores, antes juzguémonos verdaderamente indignos de ellos: pidamos solamente por medio de su intercesion la gracia de aprovecharnos de las maravillas que ellos han visto, y de estar como ellos penetrados de las grandezas de Jesucristo y del esplendor de su gloria.

2.° *Jesús los conduce sobre un alto monte que la tradicion ha llamado siempre Tabor*... Si, como algunos han pretendido, no habia montaña alguna de este nombre en los contornos de Cesarea, hácia el nacimiento del Jordan, en donde Jesucristo habia hecho la precedente instruccion, se podria presumir que los seis dias pasados completamente, ó cerca de ocho, despues de la instruccion, eran un

tiempo mas que suficiente para poder ir el Salvador al Tabor, montaña situada sobre los confines de Galilea y de la Samaria. Sea esto como se fuese, Jesucristo obró la mayor parte de sus grandes misterios sobre las montañas para mostrar la elevacion del corazon sobre las cosas terrenas, sin lo que no podemos meditar útilmente ni gustar estos mismos misterios y sacar provecho de ellos.

3.° *Jesús se puso en oracion, y en la oracion misma le confirió Dios su Padre el honor y la gloria, y dió testimonio de su suprema autoridad.* Cuando se apartó de este modo, segun su costumbre, para orar, era sin duda la tarde, y parece que este magnífico portento haya sucedido de noche... Jesús se nos manifiesta á nosotros solo en el silencio y en la oracion. Si fuésemos fieles á este santo ejercicio, ¡cuántas luces no adquiriríamos sobre las grandezas de Jesús y sobre la necesidad de obedecerle!

Lo 2.° *¿En qué manera se transfiguró Jesús?*... «Y mientras estaba en oracion... en su presencia se transfiguró... el aire de su «rostro apareció del todo diverso... su rostro era luminoso como el «sol... y sus vestidos se hicieron resplandecientes y en extremo blan-«cos como la nieve, de suerte que ningun tintorero sobre la tierra «los puede hacer tan blancos...»

1.° *Del resplandor de su rostro*... Su rostro parecia otro del todo diverso, y que nada tenia de terreno. Apareció todo lleno de rayos de gloria y resplandeciente como el sol. La luz divina que salia de él esparcia bien léjos rayos brillantes, cuyo esplendor igualmente vivo y lleno de dulzura encantaba los ojos sin deslumbrarlos. ¡Oh agradable espectáculo! ¡Felices los ojos que os vieron, ó Señor, en vuestra gloria! Desapareced, pues, ó bellezas terrenas; ¿qué cosa sois vosotras todas con todas vuestras pompas y con todos vuestros artificios? ¿Qué sois vosotras? Lodo, ceniza, polvo, en comparacion de Jesús mi Salvador. Ó corazon mio, si el resplandor y la belleza tienen para tí tanto aliciente, únete á Jesús, ama únicamente á Jesús, que es el resplandor de Dios y la imágen de su sustancia. Tal y mil veces mas brillante aun lo verás en el dia en que juzgará el universo, y cuando lo poseerás en la bienaventurada mansion de la eternidad.

2.° *Del resplandor de sus vestidos*... Sus vestidos aparecieron resplandecientes y de una blancura igual á la de la nieve: este enlace de luz y de blancura encantaba, sin duda, los ojos, y formaba el color mas admirable. No, no hay arte sobre la tierra que pueda igualar su gracia, su esplendor y su belleza... En vano el lujo se con-

sume en gastos y en buscar invenciones para deslumbrar nuestros ojos y sorprender nuestros corazones. Una y junte cuanto el arte y la naturaleza puedan suministrarle : á los colores mas brillantes una las riquezas del oro y el resplandor de las piedras. ¿Qué cosa es todo esto sino un monton de materia grosera y corruptible, una composicion frívola y pueril que antes sirve para corromper el corazon que en esto se complace y que lo admira?

3.° *Gloria de su alma*... Todo este resplandor exterior y bizarro de que Jesucristo fue rodeado no era otra cosa que una ligera emanacion de la gloria celestial de que gozaba su alma bienaventurada, admitida á la vision intuitiva de Dios desde el primer momento de su creacion y de su union sustancial con el Verbo... No es así el esplendor que se procuran los hombres. ¡Oh cuánta negrura y vergüenza esconde muchas veces! ¡Oh y cuán horrible es á las veces el alma en un cuerpo dotado de todas las cualidades exteriores, y decorado de un hábito resplandeciente! ¡Y cuán insensato es aquel que fija sus ojos sobre este vano esplendor, y apega á él su corazon! Pero ¡feliz aquel que se llega á Vos, oh Jesús! Vuestra gloria no es extraña ni la habeis tomado prestada : ella es propia vuestra, es natural; la teneis escondida durante vuestra demora en la tierra para podernos instruir y morir por nosotros; la habeis mostrado una vez para sostener nuestro ánimo y animar nuestra esperanza: Vos os escondeis tambien en vuestro Sacramento para ser nuestra comida; pero os manifestaréis todo entero en vuestro reino para ser nuestra bienaventuranza. ¡Oh cuántos motivos para amaros! ¡Oh corazon mio, despréndete, pues, para siempre de la tierra, para amar solo á Jesús, para esperar solo en él, y para suspirar únicamente por él!

PUNTO II.

De Moisés y Elías.

1.° *De su aparicion*... «Y hé aquí que dos hombres hablaban con «él; y estos eran Moisés y Elías...» Moisés, el legislador de los judíos, y Elías, el padre de los Profetas, vienen á rendir homenaje, y al mismo tiempo á dar testimonio al que es el fin de la ley y de los Profetas, al que hace suceder la verdad á las sombras y á las figuras de la ley, y los sucesos á las promesas y á las predicciones de los Profetas... Todas las cosas te adoren, ó Jesús, todas te rindan homenaje. Vos sois el fin de todas las cosas, y todas se refieren á Vos. Prometido desde el principio del mundo, anunciado hasta el

tiempo de vuestra venida, predicado en todo lugar despues de vuestra vuelta al cielo, Vos sois el autor y el consumador de la fe de todos los siglos.

2.° *De su gloria*... «Los cuales aparecieron con gloria...» Esto es, revestidos del esplendor de Jesucristo y con aquel aire de grandeza y aquel venerable aspecto que los hacia ser respetados cuando vivian sobre la tierra, y por los que son aquí conocidos de los Apóstoles. Cuanto mas nos acercamos á Jesucristo con la meditacion de sus misterios y con la imitacion de sus virtudes, tanto mas participamos de su gloria.

3.° *Sus discursos*... «Discurrian de su partida[1], la que estaba para «seguirse en Jerusalen...» Discurrian con Jesús, ¿y de qué hablaban estos en este estado glorioso? De la muerte que debia sufrir en Jerusalen, y por la que debia cumplir la voluntad de su Padre, la salvacion de los hombres, las figuras de la ley y los oráculos de los Profetas, sin dispensarle ni ahorrarle circunstancia alguna, ó de ignominia, ó de crueldad. ¡Oh Jesús! ¿es este acaso un argumento que pueda agradaros, y de que estimeis discurrir con vuestros amigos, aun en medio de vuestra gloria? ¡Ah! lo comprendo, ó Salvador mio! Hablaros de vuestra muerte es hablaros de vuestro amor; ¿y por qué yo ingrato no os hablo incesantemente de ella? ¿Yo que he sido el objeto de este grande amor y recojo todos sus frutos?... ¿Por qué, cuando asisto al sacrificio que me recuerda esta muerte, no estoy del todo penetrado de ella, ocupado en ella, é inflamado todo por ella? ¡Oh muerte! ¡oh pasion! ¡oh exceso de amor! ¿no os pagaré yo jamás sino con un exceso de ingratitud?

PUNTO III.

De los Apóstoles.

1.° *De su sueño*... «Mas Pedro y los que se hallaban con él es«taban agravados del sueño...» Luego que habiendo llegado á la montaña comenzó Jesús á ponerse en oracion, se pusieron tambien con él sus tres confidentes; pero bien presto cansados de las fatigas se dejaron sorprender del sueño que les impidió ver el principio de la transfiguracion, y les hizo perder una parte de aquel magnífico espectáculo; pero Jesús excusó su flaqueza, y no permitió que fue-

[1] La muerte, no menos entre los griegos que entre los latinos, se significaba con el nombre de *partida*, ó de *salida*. Con esta manera de hablar prueba Tertuliano la inmortalidad del alma humana.



sen enteramente privados de él... ¡Ay de mí! ¡cuántas gracias y cuántas luces, de que otros mas fervorosos que nosotros tienen la dicha de gozar, nos hace perder á nosotros el sueño! Si es un sueño de flaqueza y debilidad, ó de cansancio, bien quiere Jesús perdonárnoslo; pero si es un sueño de pereza, de pusilanimidad, de tibieza, de disgusto, de olvido de Dios, de fastidio que nos causa su servicio, no debemos maravillarnos si no somos iluminados en las verdades de la salvacion y en los misterios de Jesucristo; si no tenemos de ellos algun sentimiento ni algun gusto. Despertemos, pues, de un tan funesto sueño: volvamos á emprender el ejercicio del recogimiento y de la oracion, y serémos iluminados.

2.° *Despiertan los Apóstoles*... «Y despertándose, vieron la ma«jestad de él y á los dos hombres que estaban con él...» ¡Cuál fue, pues, su sorpresa! ¡Oh de qué sentimientos de espanto, de júbilo y de admiracion fueron agitados cuando vieron la gloria y la majestad del Salvador en medio de aquellos dos venerables personajes que estaban con él! ¡Cuál será nuestra sorpresa al salir del sueño de esta vida! ¡Cuál será el terror y la desesperacion de un pecador cuando sentirá el peso de aquella majestad que habrá ultrajado, y de aquel poder que habrá despreciado!... ¡Cuál será el júbilo y la admiracion del justo cuando verá la gloria de su Salvador, que habrá adorado, amado y servido, y quiere hacerle participante de la misma gloria!... ¡Cuál será la sorpresa de todas las criaturas, al general, despertarse en el dia de la resurreccion universal, cuando verán á Jesús con el esplendor de los Santos venir en la majestad de Juez supremo para decidir de su eterna suerte! ¡Oh Jesús! antes de aquel terrible dia despertad mi alma de su sueño, para que os conozca, os sirva y os ame.

3.° *De las palabras de san Pedro*... «Y tomando Pedro la pala«bra, dijo á Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí: si quie«res hagamos aquí tres tabernáculos; uno para tí, uno para Moi«sés, y uno para Elías... Porque no sabia lo que se decia; porque «estaban aturdidos por el miedo...» Despues de haber contemplado los Apóstoles á su gusto el esplendor y la majestad de su divino Maestro, y despues de haber oido su discurso con Moisés y Elías, comprendieron que estos estaban al punto de separarse de él. Entonces Pedro, siempre impetuoso cuando se trataba de la gloria de Jesucristo, exclamó: Señor, serémos ciertamente dichosos si nos permitís estar aquí con Vos. Consentid que levantemos en este lugar tres tabernáculos: uno será para Vos, el segundo para Moisés,

y el tercero para Elías... Pero Pedro, como tambien sus compañeros, agitado de varios movimientos de sorpresa, de temor, de admiracion y de júbilo, todo de un golpe, lleno de espanto, deslumbrado y encantado de la grandeza y de la novedad del espectáculo, no era señor de sí mismo, y no sabia lo que se decia... La tierra no es el lugar de los gozos: si tal vez nos hace Dios sentir la dulzura de su presencia, es un favor pasajero que no se nos concede sino para animarnos á trabajar y á sufrir por él.

PUNTO IV.

De la voz de Dios.

«Y estando él aun hablando, hé aquí que una nube resplande-«ciente los cubrió; y hé aquí una voz de la nube que dice: Este es «mi Hijo amado, en el cual yo me he complacido mucho: escu-«chadlo á él. Y oido esto, los discípulos cayeron boca abajo, y tu-«vieron gran temor...»

1.° *Del temor que causó á los Apóstoles esta voz*... Apenas habia hecho Pedro su peticion, se presentó á sus ojos un nuevo espectáculo. Una nube resplandeciente apareció sobre sus cabezas, y arrebató por algun tiempo sus ojos y su admiracion. Esta nube luminosa se bajó lentamente hácia la tierra, y envolviendo á Jesús con ellos, como bajo de un brillante pabellon, se hallaron revestidos de ella. Á esta vista creció el temor de los Apóstoles, y lo que le puso el colmo fue una voz celestial y majestuosa, que saliendo de la nube, se dejó oir distintamente á sus oidos. Cediendo ellos entonces al temor que los habia sobrecogido, cayeron con el rostro á tierra, no sabiendo qué cosa seria de ellos. ¡Ah, Señor! si vuestra voz es tan terrible á vuestros amigos que quiere instruir, ¿qué cosa será á vuestros enemigos cuando vendrá á condenarlos?

2.° *De las palabras que profirió esta voz*... Hé aquí las palabras de Dios mismo, salidas del seno de su gloria, y enderezadas á todos los hombres, dándoles á Jesucristo por maestro... «Este es mi Hijo «amado, en el cual yo me he complacido...» en el cual he colocado todo mi afecto, en el cual hallo todas mis delicias; *escuchadlo á él*... con aquella sumision y docilidad que tiene derecho á esperar de vosotros el Maestro que yo doy al universo... En este oráculo tenemos nosotros una instruccion y un precepto; una instruccion que nos enseña que á los ojos de Dios ninguna cosa es grande, ni buena, ni estimable, ni digna de su atencion, de su aprobacion y de

su amor fuera de Jesucristo, fuera de lo que está unido á Jesucristo, que se hace por Jesucristo, y por medio de su espíritu y de su gracia: que todo aquello que está fuera de Jesucristo, todo aquello que se llama grandeza y gloria mundana, sea de la especie que se fuese, es nada delante de Dios: que de todo esto no se hablará en toda la eternidad, no siendo otra cosa por lo comun que pecado y abominacion á sus ojos. ¿Regulamos nosotros nuestra estima por esta instruccion?... En este oráculo tenemos tambien un precepto por el que se nos manda escuchar á Jesucristo, creer su doctrina, practicar su ley, imitar sus ejemplos, adquirir su espíritu y seguir sus máximas... Ahora pues, ¿es Jesucristo á quien nosotros escuchamos? ¿No es por ventura el demonio, el mundo, nosotros mismos, nuestro capricho, nuestras pasiones? ¿Escuchamos nosotros á Jesucristo, cuando nos dice que renunciemos á aquel pecado, que rompamos aquel hábito, que resistamos á aquella pasion, que sofoquemos aquel movimiento de nuestro corazon, que reprimamos nuestros sentidos, que contengamos nuestra vista, que refrenemos nuestra lengua? ¿cuando nos dice que huyamos la disipacion, que estemos en el recogimiento, que atendamos á la oracion, á la leccion de los Libros santos, á la meditacion? ¿ó no sofocamos acaso su voz, ó nos tapamos las orejas para no oirla? ¿Y quién sabe si acaso le resistimos tambien abiertamente cuando la oimos? Y si es así, ¿cómo nos atreverémos á presentarnos delante de Dios ultrajado? ¿Cómo serémos acogidos de él?

3.° *Del fin que tuvo este espectáculo...* «Pero Jesús se acercó, y los «tocó, y les dijo: Alzaos, y no temais. Y alzando sus ojos... miran«do al rededor, no vieron ya á ninguno, sino solamente á Jesús...» Luego que cesó la voz, se acabó todo el espectáculo; la nube se disipó, desaparecieron Moisés y Elías, y Jesús volvió á tomar su forma ordinaria: en tanto los Apóstoles se estaban siempre postrados en tierra no atreviéndose á levantar los ojos. Pero el divino Maestro se acercó con bondad á ellos, «les tocó, y les dijo: Levantaos, y «no temais...» Confortados con la palabra del Salvador, se alzaron, y habiendo mirado á todas partes, no vieron ya con ellos, sino solo á Jesús, restituido á su estado ordinario... Afortunado el que oyere decir á Jesús: «Álzate, no temas...» Afortunado el que está con Jesús, y el que en todas las cosas y en todos los lugares no ve otra cosa que Jesús, y obra solamente por Jesús.

Peticion y coloquio.

Ó Jesús, Vos sois mi único maestro. ¡Y qué suerte mas feliz para mí que ser vuestro discípulo! Haced que escuche con docilidad á Vos y á la Iglesia, por medio de la cual Vos me hablais. Haced que jamás escuche voces opuestas á la verdad, que con certeza crea todo lo que me habeis enseñado, y que lo practique todo segun Vos me lo mandais. Haced que viva en continua expectacion de aquel dia en que reformaréis este vil cuerpo mio para hacerlo semejante á vuestro cuerpo glorioso, y para hacerme participante de la felicidad de que nos haceis ver la muestra en vuestra gloriosa transfiguracion. Amen.

MEDITACION CXL.

DISCURSO DE JESUCRISTO CON SUS TRES APÓSTOLES AL BAJAR DEL TABOR.

(Matth. XVII, 9-13; Marc. IX, 8-12; Luc. IX, 36).

Observemos: 1.° la prohibicion que Jesucristo hace á sus Apóstoles; 2.° la pregunta que los Apóstoles le hacen á Jesucristo; 3.° la respuesta que les da el divino Salvador.

PUNTO I.

De la prohibicion que Jesucristo hace á sus Apóstoles.

«Y bajando ellos del monte, les mandó Jesús, diciendo: No di-«gais á alguno lo que habeis visto, hasta que el Hijo del hombre «resucite de entre los muertos...»

1.° *Razon de esta prohibicion*... Es probable que Jesucristo haya hecho esta prohibicion para no exponer la verdad de un tan grande portento á la incredulidad, á las dudas y á la crítica, principalmente en coyunturas, en que la malignidad de los judíos lo convertia todo en veneno, y en que los Apóstoles mismos, todavía groseros é imperfectos, no gustaban las cosas de Dios; sabiendo bien el divino Maestro que, volviendo él á la morada de su gloria, y comunicado su espíritu á sus discípulos, y esparcida sobre ellos la plenitud de sus luces, su testimonio no admitiria ya dificultad alguna, y seria convincente.

2.° *Obediencia de los Apóstoles á esta prohibicion*... «Y ellos ca-«llaron, y no dijeron en aquellos dias á ninguno nada de las cosas «que habian visto...» Los Apóstoles observaron el secreto sobre

cuanto habian visto por todo el tiempo en que se les habia prohibido hablar. Para observarlo no tuvieron acaso que hacerse mucha violencia: los acontecimientos extraordinarios que se sucedian los unos á los otros, las dificultades, las cuestiones, la perturbacion misma que entre ellos se excitaban de la mayor parte de los discursos de Jesucristo, los ocupaban de tal manera, que parecia que se hubiesen ellos mismos olvidado del grande espectáculo que se les habia mandado tener en secreto. Pero se acordaron despues de la resurreccion: y ¡oh con qué efusion de corazon hablaban entonces!... «Y hemos visto *(dice san Juan desde el principio de su Evan-«gelio)* su gloria; gloria como del Unigénito del Padre [1]...» Y san Pedro en su segunda carta exclama [2]: «No por haber dado nosotros «crédito á fábulas sutiles (como son las de los gentiles, y tambien «muchas de los hebreos) os hemos expuesto la virtud y la venida «del Señor nuestro Jesucristo, sino por haber sido testigos de vista «de la grandeza de él. Porque recibió él el honor y la gloria de Dios «Padre, habiendo bajado á él de la majestuosa gloria aquella voz: «Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido, escuchadlo: «y esta voz proveniente del cielo la oimos nosotros, mientras está-«bamos con él sobre el monte santo...» ¡Oh alma mia, hé aquí, pues, el Dios á quien tú sirves, en quien crees y en quien esperas! ¿Cuál debe ser tu júbilo, tu fervor, tu amor al servicio de un Señor tan grande y tan tierno?

3.° *Embarazo de los Apóstoles sobre esta prohibicion...* «Y *(ellos)* «tuvieron la cosa en sí, investigando entre sí qué quisiese decir «cuando hubiese resucitado de entre los muertos...»

No era la prohibicion que les habia hecho Jesucristo de decir lo que habian visto lo que los embarazaba; era bien, sí, la permision que les daba de publicarlo despues que hubiese resucitado de la muerte... Á estas últimas palabras nada comprendian absolutamente; creian bien que Jesucristo restableceria el reino de Israel, que él seria su rey, que se haria reconocer por tal; pero no se imaginaban que esto pudiese ser despues de su muerte; y de hecho ninguno jamás ha formado un semejante proyecto de reinar. Sabian bien que todos los hombres debian resucitar á la fin del mundo; pero Jesús les hablaba de su resurreccion como de un suceso próximo, y á que debian ellos sobrevivir; y esto era para ellos un nuevo motivo de embarazo, y de nuevas cuestiones que no podian resolver... ¡Ah, qué ciegos somos en las obras de Dios, si no nos ilumina la fe! ¡Oh, y cuán elevados

1 Joan. I, 14. — 2 II Petr. I, 16, 18.

son sobre nuestras débiles luces los caminos de Dios! No, no: la religion cristiana no es una invencion humana, no es un compuesto de doctas fábulas, estudiado y ordenado por el espíritu del hombre. Por todas partes se siente la majestad del Ser supremo, la sabiduría y la potencia de aquel que ha criado el mundo, regulado la duracion de los tiempos, y dispuesto de todos los acontecimientos, como de todas las partes del universo.

PUNTO II.

De la pregunta que hacen los Apóstoles á Jesucristo.

« Y le preguntaron diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los fariseos « y los escribas que debe venir primero Elías?...»

1.° *De su prudencia*... Las últimas palabras de Jesucristo eran la ocasion del embarazo de los Apóstoles, no entendiendo ellos lo que les decia de su resurreccion: con todo eso no le preguntan sobre esto. El respeto que le tienen los contiene. Él es su maestro, y él es el que ha hablado, él sabe hasta qué punto debe iluminarlos é instruirlos, y ellos no tienen por conveniente el preguntarle mas... Imitemos su prudencia cuando en la enseñanza de la Iglesia ó en el texto de los Libros santos se halla cualquiera oscuridad, cualquiera dificultad; es Dios nuestro Padre, es la Iglesia nuestra madre quien nos habla; escuchemos con docilidad y respeto. Tantas preguntas como tantos quieren acumular son por lo comun efecto de temeridad, de la presuncion, del orgullo, y tal vez tambien de la incredulidad y de la apostasía.

2.° *Del objeto de su pregunta*... El objeto fue la doctrina que enseñaban los fariseos y los escribas en órden á Elías. Estos falsos doctores, enemigos de Jesucristo y de su reino, abusaban de la profecía de Malaquías[1], en que Dios dice: «Mirad, que yo enviaré á vos-«otros al profeta Elías antes que venga el dia grande y tremendo del «Señor...» Sobre que ellos decian: Elías no ha venido, no ha comparecido; Dios no lo ha enviado, por consiguiente aquel Cristo que vosotros escuchais y seguís no es el Mesías, bajo del cual debe venir el grande y terrible dia del Señor de que habla el Profeta... Nunca faltarán de estos falsos doctores que interpretarán la Escritura á su gusto, conforme á sus prevenciones, á su animosidad y á sus pasiones. Á Jesucristo toca darnos la inteligencia de las Escrituras; esto es, á su Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo, es obliga-

[1] Malach. IV, 5.

cion nuestra consultarla y escucharla. Cuando esta ha hablado, ya no hay mas preguntas que hacer.

3.° *De la ocasion de esta pregunta*... Los Apóstoles la propusieron en estos términos... «¿Por qué, pues, los fariseos y los escribas dicen «que debe venir primero Elías?...» Esta pregunta podia tener relacion con la aparicion, poco antes hecha, de Elías; y en este sentido los Apóstoles habrian preguntado si esta aparicion era, por ventura, el cumplimiento de lo que decian los escribas, y de lo que habia dicho el Profeta. Ella podia tambien tener relacion con la prohibicion que se les habia hecho de hablar de la vision que habian visto; como si hubiesen dicho: si nos fuese lícito hablar, podríamos responder á los fariseos que Elías ha venido, y que nosotros lo hemos visto; ¿deberémos, pues, dejarles decir que Elías no ha venido, y no responderles? Finalmente podia tener relacion con el retiro de Elías, como si los Apóstoles hubiesen dicho: Elías se ha dejado ver solo por un instante; despues se ha desaparecido. ¿Qué es lo que nosotros debemos pensar de lo que dicen los fariseos y los escribas? ¿Se engañan estos, ó es cierto que volverá efectivamente Elías antes que Vos restablezcais el reino de Israel?... Cuantas mas luces nos comunica Dios, tanto mayores dificultades encontramos, que somos incapaces de desatar. Podemos proponer nuestras dudas; pero con moderacion, sin pretender saberlo todo: con respeto y con humildad, y no para contradecir y disputar, y finalmente con prudencia enderezándonos solo á aquellos que Dios nos ha dado por maestros, aprobados por la Iglesia, y no á aquellos que esta condena y desecha.

PUNTO III.

De la respuesta de Jesucristo á los Apóstoles.

1.° *De la futura venida de Elías*... «Él les respondió, y dijo: Elías «en verdad ha de venir, y restablecerá todas las cosas... y como está «escrito del Hijo del hombre, debe padecer mucho, y será despre«ciado...»

Esto es, es verdad que Elías debe venir primero; que de él está escrito, que á su llegada trabajará para renovar en los hombres la primera inocencia, para llamar los hijos á la piedad de los padres, y para volver á poner en su vigor la práctica de la penitencia, de la fe y de todas las virtudes; pero no os imagineis que lo deba hacer sin ser despreciado de los hombres, sin sufrir muchos insultos, y sin estar expuesto á muchos malos tratamientos. Destinado á preparar los

caminos del Cristo, debe tener una suerte igual á la suya. Pero este Elías que debe venir antes que yo, y disponer los hijos de Israel al establecimiento de mi reino, este Elías ha venido en la persona de Juan Bautista... Hé aquí en qué consistia el error de los escribas: se atenian solamente á la letra, y entendian de la persona misma de Elías lo que se debia entender únicamente del espíritu y de la virtud de Elías... Sea como se fuese, hay mas de curiosidad que de provecho en indagar lo que sucederá al fin del mundo; por esto Jesucristo llama siempre el espíritu de los Apóstoles á los hechos presentes, á su muerte y á su pasion. Lo que aquí nos debe interesar mas es que Jesucristo ha padecido por nosotros; que aquellos que lo han anunciado, ó sea antes ó sea despues de su venida, todos han sufrido persecuciones; que si queremos vivir como verdaderos cristianos, debemos todos esperar persecuciones, sufrirlas como él y como las han sufrido los Profetas y los Apóstoles.

2.° *De la venida de Elías ya pasada...* «Pero yo os digo que Elías «ya ha venido, y no lo han reconocido; sino que han hecho dél todo «cuanto han querido... conforme de él está escrito... y de la misma «manera harán ellos padecer al Hijo del hombre...»

El primer pecado de los escribas y fariseos fue no haber reconocido la venida de Elías en la persona de Juan. Los cegó su orgullo, sus celos, su odio contra Jesús. Es verdad que Juan, preguntado de su parte, respondió que él no era Elías; pero diciéndoles que él era la voz profetizada por Isaías, les decia lo bastante; y si hubieran tenido el corazon recto, habrian dado fe á aquel á quien Juan los enviaba, y habrian aprendido lo que debian pensar del mismo Juan... Su segundo delito fue el perseguir á Juan, el maltratarlo, el desterrarlo, y acaso tambien el manchar sus manos en la sentencia de su muerte... Su tercer delito, que dentro de poco debia poner el colmo á todos los otros, era la muerte del Mesías; á este punto llama siempre Jesús el espíritu de sus discípulos al tiempo de instruirlos... ¿No reconocemos, por ventura, en todo esto el delito del mundo, de que acaso tambien nosotros participamos?... Se forman muchos discursos sobre la Religion; pero al mismo tiempo no se reconocen los profetas que Dios nos envia para sostener esta misma Religion, para darla á conocer y hacerla practicar. No se consulta la Iglesia para distinguir los verdaderos de los falsos profetas; se consultan solamente las propias pasiones, los propios prejuicios; se ensalzan aquellos que nos dejan tranquilos en nuestros desórdenes y en nuestros errores; al contrario son aborrecidos, desacreditados y perseguidos

aquellos que con el espíritu de Juan y de Elías atemorizan y amenazan. Conducta que al fin acaba con hacer perder la fe y la Religion, con no conocer ya mas al Mesías ni á la Iglesia, con tener por buenas todas las religiones, y con no seguir alguna. ¡Oh ceguedad!

3.° *De la inteligencia de los discípulos*... «Entonces los discípulos «comprendieron que les habia hablado de Juan Bautista...» Debemos comprenderlo tambien nosotros, porque esta es la tercera vez que vemos citada la profecía de Malaquías, y siempre entendida de san Juan Bautista. La primera vez, por el ángel Gabriel hablando á Zacarías [1]. La segunda, por Jesucristo mismo hablando al pueblo [2]. La tercera, en este lugar por el mismo Jesucristo, en tiempo en que instruye á sus tres mas amados discípulos, escogidos entre sus Apóstoles para ser sus mas íntimos confidentes... La sabiduría de Dios ha puesto en su divina palabra una claridad bastante para guiar los corazones rectos, y una suficiente oscuridad para cegar los espíritus presuntuosos... No fijemos, pues, nuestro espíritu en investigar lo que sucederá en el último dia del mundo y en la última venida del profeta Elías; nuestra mayor utilidad está en pensar sériamente en el último dia de nuestra vida, que no está léjos, y aprovecharnos de las instrucciones que nos da Dios por medio de los profetas que nos envia, para prepararnos á este último dia. Nuestro Elías y nuestro Juan Bautista es aquel celoso predicador, aquel iluminado director, aquel pastor vigilante, aquel libro instructivo y afectuoso: ¿cómo, pues, lo escuchamos nosotros? ¿Cómo nos aprovechamos de él?

Peticion y coloquio.

Haced, ó Señor, que yo me aproveche de todas las gracias que sobre mí derrama vuestro amor: haced que todo se renueve y se vuelva á ordenar, si no en toda la tierra, á lo menos en mi corazon, para que Vos reineis en él en el tiempo y en la eternidad. Amen.

[1] Luc. I, 17. — [2] Matth. XI, 14.

MEDITACION CXLI.

LIBRA JESÚS UN JÓVEN, POSEIDO DESDE SU INFANCIA DE UN DEMONIO SORDO Y MUDO.

(Luc. IX. 37–43; Marc. IX, 13, 28; Matth. XVII, 14–20).

El sagrado texto nos suministra en este lugar las mas sólidas reflexiones: 1.° sobre la fe; 2.° sobre la pasion dominante; 3.° sobre la oracion.

PUNTO I.

De la fe.

Lo 1.° *De la tibieza de la fe*, y primeramente en qué consiste, y cuáles son sus causas.

La primera causa es la comunicacion con aquellos que no tienen fe... «Y el dia siguiente, bajando ellos del monte, les salió al encuen-«tro una grande turba... y viniendo *(Jesús)* á sus discípulos, vió cerca «de ellos una gran multitud del pueblo, y que los escribas disputa-«ban con ellos...» Los nueve apóstoles que Jesucristo habia dejado al pié del monte estaban aun llenos de aquella fe con que en nombre de su Maestro habian echado demonios y obrado tantos milagros en el curso de su mision; pero, por su desgracia, durante la ausencia de Jesucristo, y desde la mañana antes que bajase del monte, fueron á encontrarlos los escribas sus enemigos, y entraron en disputa con ellos... Es necesario que la Religion esté en nosotros bien afianzada para que no tenga que padecer contradicciones de los impíos, de los libertinos y de los herejes. Por mas que se sostenga el partido de la fe contra sus adversarios, acaece frecuentemente que se salga de estas disputas, y se deje la leccion de los libros que las contienen, con una fe ya débil y vacilante. El partido mas seguro es poner silencio á estos enemigos de la Religion y de las costumbres, ó huir sus encuentros y abstenerse de la leccion de cualquier libro peligroso, á no ser que las obligaciones de nuestro estado nos empeñen á ello, y entonces tambien se debe temer, orar y velar.

La segunda causa de la tibieza de la fe es la grandeza de los obstáculos... «Y habiendo llegado donde estaba la turba, se le acercó «un hombre, y se echó de rodillas en su presencia, diciendo: Señor, «ten piedad de mi hijo, porque es lunático, y padece mucho, pues «muchas veces cae en el fuego, y frecuentemente en el agua. Y lo «he presentado á tus discípulos, y no han podido sanarlo...» Habian los Apóstoles emprendido esta cura; pero con una fe que no se po-

dia comprometer del buen éxito. Rodeados de una multitud del pueblo, observados, y acaso provocados por los escribas, con quienes venian de disputar cuando vieron á este endemoniado, y fueron informados de la duracion y de la violencia de aquel demonio, entraron en desconfianza, y esta ciertamente no obra milagros... ¡Ay de mí! ¿No es por ventura esta la causa por que se debilita tan frecuentemente nuestra fe? ¿No desconfiamos nosotros de las promesas hechas por Jesucristo á su Iglesia cuando vemos el estrago que en ella hace el demonio? ¿No pensamos que todo se ha perdido, y que el mal no tiene remedio? Y esta desconfianza ¿no hace nacer en nosotros dudas sobre la misma Religion? ¿No estamos á las veces tentados de creer que no se puede ya discernir la verdad, que todo ya es indiferente, y que todas las religiones son iguales?

Lo 2.° *Del escándalo de la frialdad de la fe*... La fe no se debilita sin causar un escándalo que se comunica insensiblemente, si no se pone pronto remedio. Nosotros vemos aquí el contagio que esparció la debilidad de la fe, y la funesta impresion que hizo luego sobre los Apóstoles. Á pesar de su desconfianza interna que se ocultaban y disimulaban á sí mismos, no cesaron de obrar exteriormente, y de mandar al demonio, en nombre de su Maestro, que saliese de aquel jóven; pero esta órden, dada con una fe vacilante, no tuvo efecto alguno. Se sorprendieron los Apóstoles, y su fe recibió sin duda un nuevo asalto... El contagio de la diminucion de la fe se comunicó al padre del paciente: él habia venido con la esperanza de encontrar un remedio seguro á su mal; pero cuando vió que el demonio se resistia á los Apóstoles, no supo ya qué esperar ó qué temer, ni si el Maestro tendria mas potestad que los discípulos... Este contagio se esparció tambien sobre el pueblo: estando este acostumbrado á ver que toda la naturaleza obedecia al nombre de Jesús, debió ser para él un gran motivo de sorpresa y de escándalo, cuando vió este nombre invocado en vano, y su fe no pudo por menos de hallarse conmovida... Finalmente fue un escándalo para los mismos escribas, que sacaron de esto un argumento de triunfo y un motivo para endurecerse mas en su incredulidad... Aquí se debe cada uno examinar y ver si en su estado contribuye al defecto de la fe, si habla, si obra siempre como persuadido y penetrado de las verdades de la fe... Si los fieles se animasen con mútuos ejemplos, se avivaria la fe; pero ¡oh, y cuán fácilmente perece por escandalizarse mútuamente!

Lo 3.° *Del efecto del defecto de la fe*... El efecto mas ordinario es la infidelidad consumada... Habiendo entendido Jesús de la boca del

padre del endemoniado que sus discípulos no habian podido sanarlo, y conociendo las disposiciones del corazon de todos los que estaban presentes, exclamó... «Ó generacion incrédula y perversa, ¿hasta «cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os sufriré?...» En estas palabras vemos cuánto ultraje á Dios, y cuánto ofenda á Jesucristo la poca fe. ¡Oh cuán terrible es la amenaza que hace de abandonar á aquellos que dejan enflaquecer su fe de este modo! Amenaza que no tardó de ejecutarse sobre la nacion judáica. Amenaza que desde entonces se verificó en muchas naciones cristianas, y amenaza, finalmente, que cada dia se verifica sobre una infinidad de personas... ¡Ah! temamos para nosotros, y hagamos todos los esfuerzos posibles para encender la fe en nuestros corazones y en los de los otros.

Lo 4.° *De la firmeza de la fe*... Lo que es capaz de encender y aumentar nuestra fe es:

1.° La presencia de Jesucristo, ó de aquellos que tienen sus veces... «Y todo el pueblo viendo á Jesús, quedó aturdido y atemo«rizado; y corriendo al encuentro, lo saludaron...» ¿Por qué motivo este pueblo quedó aturdido? Sin duda porque no esperaba á Jesucristo en aquel preciso momento y tan temprano por la mañana: acaso porque los escribas se aprovechaban de su ausencia para calumniarlo, y para asegurar que no se volveria á dejar ver jamás. ¿Por qué, pues, este pueblo quedó atemorizado? Sin duda los enemigos de Jesucristo tuvieron miedo de que su calumnia recayese sobre ellos mismos, y quedasen cubiertos de confusion por la gloria de un nuevo milagro: acaso los amigos de Jesucristo tuvieron tambien miedo por haber merecido su reprension por su desconfianza; y acaso tambien algunos aun mas débiles tuvieron miedo de que su poder, como el de sus discípulos, viniese á hacer naufragio contra un mal tan violento y tan envejecido. Sea como se fuese, todos fueron solícitos en irle al encuentro para saludarlo. «Y les preguntó: ¿Qué «disputas teneis entre vosotros?...» Á esta pregunta ninguno se atrevió á responderle. Apóstoles, escribas, pueblo, todos observaron un profundo silencio, que solo fue interrumpido por la súplica del padre del afligido... Hé aquí como muchas veces pone fin á todas las disputas la presencia de un hombre de bien, de un pastor, de un hombre firme en la fe. Ausente, era despreciado; presente, es respetado y temido... El silencio de los enemigos de la fe prueba su debilidad, y fortifica la fe en aquellos en que ya vacilaba.

2.° *Las acciones de Jesucristo*... Despues de haber expuesto á Je-

sucristo el afligido padre la enfermedad de su hijo y la impotencia de los discípulos para sanarlo, y despues de haber manifestado Jesucristo su dolor, y su disgusto de la poca fe que se tenia en él, dijo... «Conducidlo á mí...» y hablando al padre, «trae aquí tu hijo...» En vano el demonio hizo sus últimos esfuerzos, y conmovió al jóven en una manera la mas cruel. Jesucristo habló, amenazó, mandó, y fue obedecido; el espíritu inmundo se vió obligado á salir, y Jesús restituyó el hijo á su padre perfectamente sano. Todos quedaron sorprendidos, todos alabaron la grandeza de Dios, y admiraron todas las maravillas que obraba Jesús... ¡Oh, y cuán firme é inalterable seria nuestra fe, si en vez de escuchar ó de leer tantos y tan vanos discursos, y tantos sistemas de religion, que de nada sirven y antes son perjudiciales, meditásemos las obras de Jesucristo, si lo admirásemos, si lo amásemos, y si fuésemos penetrados de él! alimentada de este modo nuestra fe, recibiria cada dia nuevos aumentos, en vez de resfriarse siempre mas.

3.° *Las palabras de Jesucristo*... Primero al padre del jóven... Habiendo este padre mostrado su poca fe, diciendo á Jesús: «Mas si «puedes alguna cosa, socórrenos apiadado de nosotros... Jesús le di«jo: si puedes creer, todo es posible al que cree...» ¡Oh, y cuán fuertes y consolantes son estas palabras! Pidamos con fe y obtendrémos... Despues, habiendo dicho Jesucristo á sus Apóstoles que ellos no habian podido hacer este milagro por su poca fe, añadió... «En verdad «os digo, si tuviéreis fe, cuanto un grano de mostaza, diréis á este «monte pasa de aquí allá, y pasará, y ninguna cosa será á vosotros «imposible...» Palabras figuradas que no se deben tomar literalmente; pero bien enérgicas para expresar la omnipotencia de la fe, y para hacernos conocer cuán poca tenemos nosotros. De hecho, ¿qué prodigios no ha obrado la fe, ó sea en el órden físico, ó sea en el órden moral? Sin hablar aquí del primero, ¡cuántos pecadores se han visto por la eficacia de la fe pasar del orgullo á la humildad, de los placeres á la mortificacion, de la cólera á la dulzura, de la avaricia al despego de las cosas de la tierra! Roguemos, pues, por nosotros y por los otros con aquella fe con que todo es posible.

PUNTO II.

De la pasion dominante.

La enfermedad y la opresion del demonio que padecia este jóven se puede mirar como la figura de un corazon poseido de una pasion dominante. Consideremos aquí todos sus caractéres.

1.° *El autor de este mal*... Parecia que este jóven tuviese solamente una enfermedad natural, la epilepsia; pero observándolo mas atentamente, se reconocia que realmente estaba poseido del demonio... Es el demonio, nuestro declarado enemigo, quien enciende en nosotros todas las pasiones; él es el que nos tienta, nos solicita al pecado, nos insinúa aquellos malos deseos, y si una vez lo admitimos en nuestro corazon, busca todos los caminos para mantenerse en él, fortificarse y hacerse dueño de todos nuestros sentidos y de todos nuestros pensamientos. Se sirve de nuestras naturales disposiciones, de nuestro humor, de nuestro carácter; allí se esconde, allí se enreda y envuelve de manera, que confundimos sus operaciones con las nuestras, y con obedecer á sus sugestiones, pensamos seguir solamente nuestro temperamento. Nosotros echamos la culpa á nuestra naturaleza, y algunas veces á su Autor: nos formamos de aquí un pretexto para excusar nuestras culpas, un motivo para perseverar en ellas, y una razon para persuadirnos que no nos podemos corregir; pero el mal es nuestra voluntad, que se deja engañar de los artificios del demonio.

2.° *El tormento que causaba el demonio á este jóven*... El estado del infeliz causaba horror y al mismo tiempo compasion. Cuando el maligno espíritu lo asaltaba, lo arrojaba y le hacia rodar por tierra, lo agitaba con violentas convulsiones, y parecia que quisiese hacerlo pedazos: ahora lo arrojaba al fuego, y luego lo precipitaba en el agua, donde sin un pronto socorro debia infaliblemente perecer. Entre estos tormentos, el miserable hijo daba alaridos espantosos: echaba espumas por la boca, rechinaba los dientes, y finalmente se secaba, y desaparecia á un abrir y cerrar de ojos... ¿Quién no ve en esta pintura los tormentos horribles que hace sufrir una pasion violenta á que uno ha tenido la desgracia de abandonarse? ¡Ah! ¡cuántos combates, cuántas contradicciones en quien es su desgraciada víctima! El furor, el despecho, el amor, el odio, el temor, el arrepentimiento, la rabia, la desesperacion lo agitan mútuamente, y le hacen sufrir mil suplicios crueles. ¡Oh si pudiese á lo menos esconder su rubor y su agitacion! pero el desórden que reina en todo su exterior descubre aun á los menos perspicaces el desórden de su corazon.

3.° *Los intervalos que le permitia el demonio*... El demonio dejaba á este jóven algunos intervalos que le ocasionaban otra especie de tormento, por el conocimiento que adquiria de su mal, y por el temor que tenia de un nuevo asalto... La pasion tiene tambien sus intervalos: hacerse de esto un mérito, seria orgullo; alegrarse como de

una sanidad recuperada, seria error: se debe, pues, servir de ellos para considerar la grandeza de su mal, para humillarse y para orar, y prepararse con toda suerte de medios, para sostener los asaltos de la pasion y resistir á todas sus impresiones.

4.° *El peligro de esta enfermedad...* El designio del demonio sobre este desgraciado jóven era de hacerlo perecer... El demonio enciende en nosotros y fomenta las pasiones para perdernos eternamente. No nos lleva él á los placeres para hacernos felices, no nos persuade la injusticia para enriquecernos, no nos inspira la venganza para sostener nuestro honor: todo lo que él pretende es hacernos perecer para siempre; este es su único intento y esto es lo que quiere: lo demás le importa poco. Pero ya que conocemos sus designios, no seamos tan insensatos, ni tan enemigos de nosotros mismos que nos dejemos engañar.

5.° *La duracion de este mal...* Jesús preguntó á este padre, ¿de cuánto tiempo su hijo estaba sujeto á este accidente? el padre respondió... «desde la infancia...» Examinemos la pasion que al presente nos domina, preguntémonos á nosotros mismos cuánto tiempo há que estamos sujetos á ella, y acaso encontrarémos que desde la infancia. ¡Ay de aquellos que encargados de la educacion de los hijos no ponen todas sus atenciones en reprimir en ellos las pasiones, en apartar de ellos todas las ocasiones, en instruirlos de la necesidad en que ellos mismos están de vencer sus inclinaciones, y de resistir á las tentaciones! ¡Ay de aquel jóven que habiendo contraido un mal hábito no trabaja por deshacerse de él luego que está en estado de conocerlo! Si se difiere el corregirlo, ya no se corregirá jamás: desde la niñez se difiere á la juventud, de la juventud á una edad mas avanzada, de una edad mas avanzada á la vejez, y finalmente se desespera de la enmienda, y en él se muere. No podemos, pues, tomar otro partido que empezar ahora, y trabajar con todas nuestras fuerzas á destruir la pasion que conocemos en nosotros, y que actualmente domina en nuestro corazon.

6.° *Los efectos de este mal...* Dos efectos conocia el padre en su hijo: el primero, la instabilidad, la inconstancia, el cambiamiento, las variaciones, cosas todas que queria manifestar el padre con decir en una sola palabra que era *lunático*. El segundo, la imposibilidad de hablar; y esto queria significar el padre con decir que su hijo tenia *un demonio mudo*. Estos dos efectos se echan de ver fácilmente en una persona esclava de cualquiera pasion. Por una parte se ve voluble é inconstante pasar rápidamente á extremos los mas opues-



tos; y por decirlo así, ahora al agua, ahora al fuego, ahora á una alegría, ahora á un enajenamiento excesivo, y despues á una melancolía negra y feroz que la hace insoportable á sí misma. Por otra parte se ve muda sobre las causas de su agitacion; muda para descubrir su mal y pedir el remedio, muda para orar, muda para confesarse, muda para todo lo que podria procurar su sanidad... Jesucristo ve en este jóven un tercer efecto de su mal que el padre no habia acaso reconocido; esto es, la sordera... Este es el mas terrible y el mas pernicioso efecto de la pasion. El celo de la salvacion de las almas al ver á aquel pecador caminar por el camino de la iniquidad, de la relajacion, de la tibieza, mueve á alguno á hablarle: al ver su extravío de la piedad, de la oracion, de los Sacramentos, le habla, lo exhorta, lo solicita; pero él está sordo y no entiende; asiste el miserable á los sermones y á la leccion espiritual; pero nada aprovecha. Los nombres de Dios, de Salvador, de virtud, de obligacion propia, de salvacion, de juicio, de gloria, de infierno, resuenan en vano en sus orejas; no pueden penetrarle dentro, no representan á su espíritu idea alguna, no hacen impresion alguna en su corazon... ¡Oh estado terrible que no se puede concebir! Vos que lo veis, ó divino Jesús, Vos solo podeis librar de él. Mandad, pues, á este demonio sordo y mudo salir de mi alma; entonces ella oirá vuestra palabra, hablará y bendecirá vuestro santo nombre, y alabará para siempre el exceso de vuestras misericordias.

7.° *La dificultad de sanarlo*... El padre habia presentado en vano su hijo á los Apóstoles; no les pudo salir bien el sanarlo. Luego que Jesús se retiró á casa, le preguntaron por qué motivo no habian podido ellos librar á aquel jóven del demonio... Jesús les respondió: que eso procedia de su poca fe, y que los demonios de esta especie no podian echarse fuera sino con la oracion y el ayuno... Primera dificultad: la falta de fe... La fe es igualmente opuesta á la desesperacion y á la presuncion: Jesucristo lo puede todo, no desesperemos, pues, jamás... Nosotros nada podemos; no nos apoyemos, pues, en nuestras fuerzas y sobre nuestras resoluciones, ni sobre nosotros mismos; hagamos de nuestra parte cuanto depende de nosotros, y esperemos despues el éxito únicamente de Jesucristo... La segunda dificultad... La falta de la oracion y de la penitencia... Para sanar perfectamente es necesario emplear la oracion, la meditacion y las súplicas, y unir á estas la penitencia, el ayuno y la mortificacion.

8.° *La sanidad de este mal*... Esta se obró, á pesar de la resistencia del demonio, por la omnipotencia de Jesucristo contra la opinion de

los hombres y para siempre... Cuando fue presentado este jóven á Jesucristo, el demonio lo atormentó en una manera aun mas horrible que antes. No nos admiremos si en nosotros sentimos repugnancias, cuando se trata de acercarnos á Jesucristo y á sus ministros, para declararles la larga duracion de nuestro mal. Estas repugnancias son el último esfuerzo del demonio: ¡ah! no queramos dárnosle por vencidos, cuéstenos lo que nos costase. Jesús mandó, y el demonio se vió obligado á salir... ¡Oh cuánto debe animar nuestra confianza este milagro! ¿Qué tememos nosotros, pues, teniendo un Salvador tan misericordioso y tan poderoso?... El demonio hizo un nuevo esfuerzo, y no fue sin un golpe finísimo de malicia: echó fuera un grito terrible, conmovió y consternó al jóven con tanta violencia, que cayó como muerto, de suerte que muchos decian: *ha muerto*... Tales son aun ahora los discursos de los mundanos, cuando alguno se convierte á Dios ó se consagra á él. Pero Jesús tomándolo por la mano, lo levantó de la tierra y lo restituyó sano á su padre. Este jóven mirado por el mundo como muerto, como muerto llorado de su padre y de su madre, viene despues á ser la consolacion de sus padres, y las delicias y la gloria de su casa... Finalmente este jóven fue librado para siempre; tal fue la órden que Jesucristo dió al demonio: «Espíritu sordo y mudo, yo te mando, sal de él, y no en«tres ya mas en él...» Hablad así, ó Dios mio, á aquel que me posee, y hacedme la gracia de que yo mismo jamás lo vuelva á llamar, ni jamás le vuelva á abrir la puerta de mi corazon.

PUNTO III.

De la oracion.

Nosotros encontramos aquí un modelo de oracion que debemos imitar. Observemos en este padre afligido y suplicante:

1.° *Su ardor y su humildad*... Sale de la multitud, se acerca á Jesús, se postra á sus piés, alza la voz, grita: «Señor, ten piedad de «mi hijo... Maestro, te ruego que vuelvas la vista á mi hijo... Socór«renos apiadado de nosotros...» ¿Es esta la manera con que ora«mos, ó por los otros, ó por la salvacion de nuestra alma?

2.° *Los motivos sobre que apoya su peticion*... De una parte la grandeza del mal; mal terrible, mal envejecido, mal incurable á todo otro que á Jesús; de otra parte se trata de un hijo único... ¿No tenemos por ventura nosotros los mismos motivos de pedir? Se trata del nuestro único, de nuestra alma, de nuestra salvacion, de nuestra eter-

nidad. Ahora, pues, ¿en qué estado se halla nuestra alma, la cual es única y nos debe ser tan amada? ¿En qué estado se halla el negocio de nuestra salud y de nuestra eternidad, negocio único y que solo pueda y deba importarnos? ¡Ay de mí, veo en mí todas las cosas en desórden, en presa, y á discrecion del enemigo!

3.° *Su fe*... Ella era débil; y con todo eso Jesucristo no lo desechó, antes lo animó, lo esforzó; y fue para este padre un nuevo motivo de suplicar, motivo que igualmente es para nosotros... Reconozcamos en este afligido padre, que por nuestra desgracia tenemos poquísima fe; movido él del aviso que le dió Jesús, «exclamó y dijo «llorando: Creo; Señor, ayuda mi incredulidad...» Confundámonos á su ejemplo; gritemos, suspiremos, y lloremos sobre nuestra incredulidad, y pidamos al Señor que ayude nuestra debilidad y que aumente nuestra fe.

Peticion y cóloquio.

¡Ah! Señor, creo que Vos podeis sanarme; pero *ayudad mi incredulidad*: hacedme creer y orar en una manera mas viva y mas ardiente; alzadme del abatimiento y de la pusilanimidad en que el espíritu de malicia me arroja: echadlo de mi corazon. Tened piedad de mí, socorredme, abrid mis orejas, desatad el nudo de mi lengua, cogedme por la mano, establecedme siempre mas en la práctica de vuestros mandamientos. Desde este momento yo os encomiendo mi espíritu, y lo pongo en vuestras manos; sanadlo, purificadlo, santificadlo, para que yo pueda serviros fielmente en el tiempo y bendeciros en la eternidad... Amen.

MEDITACION CXLII.

JESÚS PREDICE LA SEGUNDA VEZ SU PASION Á SUS APÓSTOLES.

(Marc. IX, 29-31; Matth. XVII, 21, 22; Luc. IX, 44, 45).

Consideremos aquí: 1.° las circunstancias; 2.° los términos de esta prediccion; 3.° la impresion que ella hace sobre los Apóstoles.

PUNTO I.

De las circunstancias de esta prediccion.

«Y partidos de aquel lugar atravesaron la Galilea, y no queria «que ninguno lo supiese... Y mientras se detenian en la Galilea... «mientras todos admiraban todas las cosas que él hacia, dijo á sus «discípulos: Poned en vuestro corazon estas palabras: El Hijo del

«hombre está para ser entregado en las manos de los hombres... y «le quitarán la vida, y resucitará al tercero dia...»

1.° *Humildad de Jesucristo*... Mientras que los hombres admiran y alaban á Dios por las grandes maravillas que le ven obrar, este divino Salvador desvia de estos aplausos el espíritu de sus discípulos, para ocuparlos todos enteramente en el pensamiento de sus humillaciones... de hecho. ¡Oh cuán vanos son en sí mismos los aplausos de los hombres, y cuán dañosos al que se alimenta de ellos! ¡Cuán inconstantes son! Los que hoy nos alaban, están prontos y dispuestos para condenarnos mañana.

2.° *Instruccion de Jesucristo*... Este Dios salvador partió del lugar donde se habia transfigurado y librado un endemoniado. Atravesó una parte de la Galilea para ir á Cafarnaum; pero sin pararse en algun lugar, no queriendo que se supiese su viaje. Con todo eso su celo no estuvo ocioso, sino que lo ejercitó con los pueblos, y en favor de sus discípulos. Los instruyó sobre el grande misterio que habia venido á cumplir sobre la tierra... No eran aun capaces ni de comprenderlo ni de aprovecharse de él; pero debian serlo un dia... Así tambien cada uno en su propio estado debe á ejemplo suyo instruir los pecadores, los espíritus groseros, los niños: lo que decimos en un tiempo le aprovechará en otro... Jesucristo instruia á sus Apóstoles del misterio de su muerte y de su resurreccion, dos acontecimientos bien diferentes, pero esencialmente unidos entre sí... Tal es el plan de la religion cristiana. Ella presenta las verdades mas desagradables, pero al mismo tiempo las mas atractivas: sufrir, morir al mundo, morir á nosotros mismos: es necesario morir en los suplicios y en el oprobio; pero para resucitar, para vivir y para reinar eternamente.

3.° *Recomendacion de Jesucristo*... El Salvador no se contentó con instruir á sus discípulos; les encomendó primero que considerasen bien su instruccion, y que la imprimiesen profundamente en sus corazones. De hecho la prediccion precisa y expresa hecha aquí por Jesucristo de su muerte y de su resurrección era para ellos, y es aun para nosotros, una cosa bien notable. La hace cuando ni hay apariencia de disposicion para esto, la hace en medio de los prodigios que va obrando, y de los aplausos que le dan... ¿Cómo, pues, podrá aun ahora esta muerte ser un motivo de escándalo? ¿Ha podido ella, por ventura, ser efecto de debilidad en aquel á quien toda la naturaleza y los demonios mismos obedecen; en aquel que la ha predicho y anunciado; en aquel que anunciándola ha anuncia-

do al mismo tiempo su resurreccion, y ha dado solo tres dias de término á la ejecucion de su palabra; esto es, tanto tiempo cuanto era necesario para probar su muerte?... ¡Oh santa Religion! ¡Oh Salvador siempre adorable aun entre los oprobios y tormentos! Vuestra muerte puede ser solo obra de vuestra potencia divina, y obra principalísima de vuestra sabiduría.

PUNTO II.

De los términos de la prediccion.

Jesús predice tres cosas.

1.° *Predice que será entregado en las manos de los hombres*... ¡Ah! ¿quién te entregará, ó Jesús? ¡Ay de mí! Un apóstol: uno de aquellos que oyen este discurso, y que hasta ahora han sido testigos de la extension de vuestro poder. ¿Quién os entregará? Vos mismo, vuestra obediencia á las órdenes de vuestro Padre, y vuestro amor para con nosotros. ¿Quién os entregará? Mis pecados; yo mismo y el amor que me teneis... ¡Cómo, el Hijo del hombre, el Maestro, la Cabeza de los hombres entregado á sus manos; el Hijo de Dios entre las manos de los hombres, abandonado á su discrecion, á su odio, á su furor! ¡Qué profundidad! ¡qué abismo de sabiduría y de amor!

2.° *Jesús predice que le quitarán la vida*... He aquí, pues, el uso que harán los hombres del poder que se les dará sobre Vos, ó Salvador mio. Os tendrán en sus manos, no para reconoceros, no para ofreceros sus votos y tributaros el homenaje debido, sino para ultrajaros y atormentaros: su furor no se saciará sino con vuestra muerte: nuestra salvacion no será consumada sino con vuestra muerte: vuestra gloria no será perfecta, vuestro amor no estará contento sino con vuestra muerte... ¡Ah! ¿quién, pues, me concederá que yo muera con Vos para satisfacer á la justicia de vuestro Padre irritado contra mí, para cumplir mi salvacion, para procurar vuestra gloria, para daros pruebas de mi amor? Ó muerte de mi Salvador, tú eres mi vida, mi fortaleza, mi consuelo, el fundamento de mi esperanza, y serás el modelo de aquella muerte espiritual á que en este momento y por toda la vida me consagro.

3.° *Jesús predice que resucitará al tercero dia*... La prueba no es equívoca, y el término no es largo. Si parecia que la muerte de Jesucristo pudiese oscurecer su gloria, hacer sospechosos sus milagros, dudosa su doctrina, é inciertas sus promesas; el prodigio de su resurreccion lo restablece y lo consolida todo... ¡Oh misterio lleno de amor y de esperanza, de dulzura y de alicientes! Ánimo, alma mia,

padezcamos, suframos, muramos con nuestro Salvador; en tres dias resucitarémos con él. Alégrate, mundo, triunfa, contenta tus sentidos y tus pasiones, abusa de tu poder y de los bienes que Dios derrama sobre tí; y en tres dias, dentro de poco tiempo, tú ya no serás mas: pasarás de una muerte temporal á una muerte eterna, en que uno de tus mayores tormentos será el saber que aquel Jesucristo que no has querido conocer é imitar, que aquellos fieles discípulos de Jesucristo que tú has despreciado y perseguido gozan presentemente de una resurreccion gloriosa y de una vida que no tendrá fin jamás.

PUNTO III.

De la impresion que hace esta prediccion sobre los Apóstoles.

1.° *Nada comprendieron*... «Mas ellos no entendian esta palabra, «y les era tan oscura, que no la comprendian...»

Su ignorancia era excusable, y Jesucristo no se la imputaba á pecado; en ella permanecieron aun largo tiempo, y hasta el entero cumplimiento de la prediccion; hasta que el fuego del Espíritu Santo hubo consumido el velo que tenian sobre el corazon. Reconocian ellos á Jesucristo por hijo de Dios, por su rey, por el que debia restablecer el reino de Israel; pero ignoraban la naturaleza de este reino, y la manera con que seria restablecido. No hacian reflexion que el Rey de Israel debia conquistar su reino con su muerte, y por ella entrar en su gloria, librar su pueblo, santificarlo, y hacerlo participante de su celestial herencia... Pero nosotros, instruidos de estas verdades, ¿no tenemos, por ventura, aun un velo sobre el corazon que nos las esconde y nos impide pensar en ellas, penetrarlas, y ser sensibles á ellas? Cada dia asistimos á la representacion de esta muerte, y nada ve en ella nuestra fe lánguida; nada acaso comprende, mientras las almas recogidas, animadas de una viva fe, encuentran en ella tesoros de gracias, de luces, de consolaciones, de fuerza y de amor.

2.° *Quedaron vivamente afligidos*... «Y ellos se contristaron suma«mente...»

Por mas que no comprendiesen lo que Jesucristo les decia, y se esforzasen á tomar en otro sentido lo que la profecía tenia de lúgubre, era cierto que se trataba de ultrajes, de suplicios, de muerte. Veian bien que les hablaba como de un acontecimiento próximo, y esta vista los penetraba de dolor; dolor que procedia de su amor: por otra parte, lo que el Salvador añadia de su resurreccion, no los

iluminaba, y poco los consolaba... ¿Podemos nosotros amar á Jesucristo, y no enternecernos con la memoria de cuanto ha padecido por nuestra salud? El amor ¿no deberia hacernos siempre presente esta memoria? Feliz tristeza, cuya amargura purifica el corazon y lo inflama de un amor santo. ¿Tendré yo corazon para darme en presa á la disolucion, al placer, á la vanidad, á las delicias, á la cólera y á la impaciencia, cuando considero á mi Salvador en el oprobio, en los tormentos, y espirando en una cruz?

3.° *No se atrevieron á preguntarle*... «Y no tenian atrevimiento «de preguntarle sobre estas palabras...»

Habrian bien querido saber si estas palabras se debian entender literalmente, y si se trataba de una muerte verdadera y real. Habrian tambien querido saber cómo se debian cumplir las promesas del restablecimiento del reino de Israel; pero no se atrevieron á hacer estas preguntas, ó sea por temor de comparecer faltos de fe ó de entendimiento, ó sea por temor de aprender verdades aun mas dolorosas de las que presentian... Estas mismas razones ¿no nos impiden acaso algunas veces el preguntar á aquellos cuyas luces nos serian necesarias? La última, en particular, ¿no nos impide preguntar á nuestra conciencia, preguntar á nuestro Crucifijo? ¡Y cuántas veces no tenemos valor ni aun para contemplarlo, porque condenaria nuestro lujo, nuestra vanidad, nuestra sensualidad, nuestra inmortificacion! Pero este Dios crucificado por nosotros, si ahora tememos preguntarle, nos preguntará algun dia, y despues de habernos mostrado el camino de la salud con su ejemplo, nos pedirá cuenta de cómo lo habrémos seguido. Preguntemos, pues, á este divino Salvador, y si nos enseña verdades duras á la naturaleza, no nos aflijamos, pensemos en la gloria de la resurreccion y en la felicidad de una vida eterna, que será la recompensa de nuestra fidelidad en seguirlo, y de la conformidad que habrémos tenido con él.

Peticion y coloquio.

Ó Jesús muerto y resucitado para ser Señor de vivos y de [1] muertos; hacedme conocer cuán deudor os soy por haber obrado mi salvacion con vuestra muerte, cuánto debo yo acariciar los sufrimientos para hacerme digno de participar de la dicha de vuestra vida gloriosa, y cuánto finalmente estoy obligado á imitaros, mediante una práctica exacta, continua y perseverante de la mortificacion cristiana. Amen.

[1] Rom. IV, 25.



MEDITACION CXLIII.

PRETENDEN QUE JESÚS PAGUE EL TRIBUTO.

(Matth. XVII, 23-26).

1.° Jesús estaba exento de pagar el tributo ; 2.° Jesús paga el tributo ; 3.° Jesús lo paga por san Pedro.

PUNTO I.

Jesús exento de pagar el tributo.

1.° ***Exencion real y bien fundada...*** Para entender todo el hecho siguiente, conviene suponer aquí que Jesucristo despues de haber predicho su muerte á sus Apóstoles, viéndolos estos absorto en una profunda meditacion sobre los designios de su Padre, lo dejaron caminar solo, mientras ellos lo seguian á lo léjos, y continuaban á entretenerse todos juntos sobre lo que les habia dicho : que este divino Salvador les precedió en la casa de Pedro, donde solia alojarse, y que este fue el momento «en que se acercaron á Pedro los que «cobraban los didracmas [1], y le dijeron : ¿Vuestro Maestro no pa«ga los didracmas? Dijo: sí. Y habiendo entrado en casa, Jesús le «previno, diciendo: ¿Qué te parece, Simon? ¿De quién reciben el «tributo ó el censo los reyes de la tierra? ¿De sus hijos, ó de los ex«traños? De los extraños, respondió Pedro; y Jesús le dijo: Luego «están exentos los hijos...»

Este tributo estaba impuesto á todas las familias, y les pareció á los que lo cobraban que Jesús, siendo la cabeza de los Apóstoles, que representaban una familia numerosa, deberia pagarlo. Con todo, no se atrevieron á pedírselo al mismo Jesús, y se enderezaron á Pedro, que ellos miraban, y de hecho lo era, despues de Jesús la cabeza de la sociedad... Jesús era verdaderamente exento. Si este tributo se cobraba en nombre de Herodes ó de los romanos, Jesús era Hijo de David, y heredero de su trono. Si se cobraba, como se cree mas probable, en nombre de Dios, y para las necesidades del templo, Jesús era Hijo de Dios, el Señor del templo, y el templo verdadero. Estaba, pues, exento del tributo : su exencion era real y bien fundada... Pero nosotros, ¿con qué título nos eximimos frecuentemente de las obligaciones de la ley comun, de los ejercicios de la regular observancia, de los trabajos á que los demás están sujetos?

[1] Moneda que valia dos dracmas, y equivalia á cuatro reales de vellon nuestros.

Nuestra edad, me diréis, nuestra salud, nuestros empleos y nuestros servicios, nuestra dignidad y nuestro mérito. ¡Ah! en todo esto cuántos abusos no se introducen frecuentemente, cuánto orgullo, cuánto amor propio, cuántos engaños y quimeras!

2.° *Exencion tenida secreta*... Jesús la confió solo á san Pedro para su instruccion y la nuestra. Nosotros, al contrario, hacemos una pomposa muestra de nuestros privilegios: de ellos hablamos á todo el mundo con complacencia nuestra, y con indignacion contra aquellos que no quieren reconocerlos: tal vez hacemos resonar con ellos los tribunales, y molestamos á todo el mundo.

3.° *Exencion de que Jesucristo no se sirve*... Por mas que hubiese hecho ver que estaba exento de pagar el tributo, no dejó de mandar á san Pedro que lo pagase, como verémos... ¡Oh y cuánto confunde nuestro orgullo y nuestra vileza este ejemplo! Sí, ó Señor; Vos estais exento de todo, estais sobre todo, independiente de todo; pero por darme ejemplo y vencer mis repugnancias os someteis á todo, y no rehusais especie alguna de sumision y de dependencia. ¿Cómo, pues, cuando se tratará de hacer algun bien, cuando mis superiores exigirán de mí alguna obra de celo, de piedad, de caridad, me atreveré aun á responder que no estoy obligado á hacerla? ¿Es este el ejemplo que me ha dado mi Salvador? ¿Es este el lenguaje de un discípulo de Jesucristo?

PUNTO II.

Jesús paga el tributo.

«Mas *(continúa Jesucristo)* porque no los escandalicemos, vé al «mar, y echa el anzuelo, y coge el primer pez que venga, y abriéndole «la boca encontrarás un estatero, tómalo, y dáselo por mí y por tí...»

1.° *Jesús paga por evitar el escándalo*... Los derechos de Jesús no eran todavía públicos y conocidos de todo el mundo; y solo por no dar escándalo quiere pagar: de hecho, es un escándalo no sujetarse á la ley y á la autoridad legítima: los impuestos se deben pagar con celo y sin fraude, con sumision y sin quejas.

2.° *Jesús paga como Dios, si se puede hablar así;* esto es, por medio de un milagro... ¿Por qué un milagro? Porque ni Jesús ni Pedro tenian con que pagar. ¡Oh qué despojo total!... Porque las limosnas que se hacian á Jesús estaban en las manos de uno de los Apóstoles que no habia llegado aun; y porque no quiere que aquellas limosnas destinadas mas para la necesidad de los pobres que para

las suyas propias, sirviesen para pagar el tributo... El aumento de los impuestos por el bien público y del Estado no debe hacer disminuir la limosna con el pretexto de la miseria del tiempo. Hay milagros de la Providencia para los que tienen cuidado de conservar intacta la porcion de los pobres. ¿Por qué este milagro en particular? Para hacernos conocer la grandeza del poder de Jesucristo, que se extiende no solo á la tierra, sino tambien á los abismos del mar: que sabe igualmente hacerse obedecer de los demonios y de los animales mas simples... ¿Cuál debió ser la sorpresa de aquellos que habian pedido las dos dracmas, cuando vieron de dónde se iban á traer para dárselas á ellos? Admiremos y alabemos aquel poder infinito á que todo se sujeta... Jesús paga el tributo para darnos el ejemplo de la sumision y de la dependencia; pero lo paga como Dios, para mostrarnos su independencia, y dar todavía mayor peso á su ejemplo.

3.° *Jesús paga al doble de lo que le piden*... El *estater* era una moneda de plata que valia cuatro dracmas, y dos solamente se le pedian: confirma con su ejemplo lo que ha enseñado... «Á aquel que «quiere quitarte la túnica, cédele tambien el manteo [1]...» Pero en esto tenia tambien otra mira, como ahora verémos.

PUNTO III.

Jesús paga por san Pedro.

Allí «encontrarás un estater, tómalo, y dáselo por mí y por tí...»

1.° *Lo hace su ecónomo, y paga por su mano el tributo que se le pide*... Este dispensador fiel ejecuta puntualmente la voluntad de su Señor, y nada retiene para sí... imitemos su fidelidad.

2.° *Jesús hace á san Pedro ministro de sus maravillas*, y de un prodigio inaudito y único en su especie; pero ministro lleno de fe y de humildad... Pedro obedece sin réplica, sin alguna dilacion, sin alguna duda; y despues de obrado el milagro, sin hacer reflexion alguna sobre sí mismo, como gloriándose... Imitemos estas virtudes.

3.° *Jesucristo hace á san Pedro Cabeza de los Apóstoles*... Piden el tributo solo á Jesús como á Cabeza y Maestro de la comunidad: lo que hace ver que se pagaba solo por familias, no por cabezas. Pero Jesucristo, ordenando á Pedro que pague por los dos, daba bien á entender á este Apóstol que él estaba destinado para ser cabeza del rebaño, cuando el primer Pastor hubiese dejado la tierra; y hé aquí en qué manera Pedro, mientras que los otros Apóstoles se de-

1. Matth. v, 40.

tuvieron por el camino á disputarse la primacía, como dentro de poco verémos, continúa á merecérsela, y por su mas ardiente amor á Jesús y por su fervor en seguirlo recibe ya de él las prendas y la seguridad.

Peticion y cóloquio.

Ó bienaventurado Apóstol, con Vos me alegro de vuestro glorioso destino. Proteged á aquellos que reconocen esta preeminencia que os ha dado Jesucristo, y la reconocen no solo en Vos, sino tambien en vuestros sucesores, hasta la consumacion de los siglos; proteged este rebaño fiel de que Jesucristo os ha establecido Cabeza visible, y al que os honra tambien como tal en la persona de aquellos que os suceden. Amen.

MEDITACION CXLIV.

CUESTION DE LOS APÓSTOLES SOBRE LA PREEMINENCIA.

(Math. xviii, 1-5; Marc. ix, 32-36; Luc. ix, 46-48).

1.° Jesucristo nos enseña aquí á huir hasta los pensamientos de ambicion; 2.° nos enseña cuál es el precio de la humildad.

PUNTO I.

De los pensamientos de ambicion.

1.° *Pensamientos opuestos al espíritu de Jesucristo*... Yendo á Cafarnaum, habian disputado los Apóstoles la mayoría: disputa que ya habia nacido varias veces, pero que en esta se ocasionó (como dicen algunos Padres) de haber distinguido Jesucristo de los otros á Pedro en la paga del tributo... «Y les vino tambien el pensamiento «de quién de ellos seria el mayor...» Ello es que antes de [illegible] la disputa, y en el curso de ella, su espíritu estaba lleno de estos pensamientos de ambicion, que no quedaron ocultos á la sabiduría infinita de su Maestro... Y ¡oh de cuánto impedimento son ellos para la eterna salvacion!

Los pensamientos de ambicion sofocan todos los sentimientos de piedad y de humanidad, y son el orígen de los escándalos. Habia Jesucristo anunciado poco antes á sus Apóstoles su próxima muerte, y ellos se habian afligido; pero la ambicion distrajo bien presto su corazon de este triste pensamiento, para ocuparlo en otra esperanza mas lisonjera. No habian comprendido bien todo lo que les habia dicho Jesús sobre su muerte y sobre su resurreccion, y no se

atrevieron á pedirle la explicacion; pero lo que con mas ansia buscaban y en que les pareció mas importante el interesarse, fue en saber quién entre ellos, ó le sucederia, ó tendria el primer puesto cerca de él, cuando ya hubiese tomado posesion de su reino... Hé aquí los discursos que se tienen sobre la muerte de los ricos, de los grandes, de las personas constituidas en dignidad. Hé aquí el espíritu secreto de que muchas veces se alimenta el corazon en la muerte de un pariente, de un amigo, de un bienhechor. Se piensa solamente en aprovecharse de sus despojos, en engrandecerse, y en ensalzarse sobre lo que le sobra. ¡Ah! ¿qué piedad se puede tener para con Dios, qué humanídad para con los hombres, cuando en un corazon señorea la ambicion? ¿Quién, pues, no queda sorprendido al ver Apóstoles que habian renunciado á todo, y que estaban en seguimiento de un Maestro que les habia dado tantas instrucciones y tantos ejemplos de humildad y de abnegacion, ocupados en semejantes pensamientos? Orgullo radicado en el corazon del hombre, tú te hallas en los estados de la mas baja condicion y en los estados mas santos de la vida. La ambicion no es la virtud de los héroes, es el vicio de todos los hombres. Cada uno en su estado y en su esfera procura ensalzarse y superar á los otros... Los Apóstoles, ocupados en estos pensamientos, dejaron caminar á Jesucristo delante de ellos, y le siguieron á lo léjos para tratar esta cuestion, y hacer valer sus pretensiones: su disputa fue viva; duró largo tiempo, y no se concluyó. ¿Qué otro es el orígen de las guerras, de las quejas, de las disputas entre los hombres, sino el saber quién entre ellos será el mas grande? Quítese el deseo de dominar, de adquirirse un grande nombre, de hacerse recomendable, de humillar á sus rivales, de sobrepujar á los iguales, y se harán callar todas las herejías, cesarán todas las disputas, y desaparecerán los escándalos, que son su consecuencia funesta... ¡Ah! detestemos el vicio de la ambicion, y estemos en vela para que no entre jamás en nuestro corazon.

2.° *Pensamientos conocidos por Jesucristo*... «Pero Jesucristo viendo los pensamientos del corazon de ellos...»

En vano se alejaron los Apóstoles de Jesucristo para llevar adelante sus pensamientos y disputar sobre sus pretensiones. Jesús oia las palabras de su boca, veia los pensamientos de su corazon... En vano nos distraemos del pensamiento de Dios para pensar en nuestra propia grandeza: en vano escondemos á los hombres el orgullo y la vanidad que nos guian: en vano disimulamos á nosotros mismos el espíritu de ambicion, el deseo de dominar que nos hace obrar:

en vano nos preciamos de los gloriosos títulos de justicia, de celo, de verdad y de religion: Dios ve el fondo de nuestro corazon y nuestros pensamientos secretos, nuestros íntimos movimientos, nuestras mas escondidas intenciones, y no ve otra cosa que orgullo, que vanidad, que ambicion... Entremos, pues, dentro de nosotros mismos, purifiquemos nuestros corazones á la presencia de Jesucristo, á los ojos de aquel á quien nada puede oscurecerse ni ocultarse.

3.° *Pensamientos citados al tribunal de Jesucristo*... «Y llegaron á «Cafarnaum, y cuando estaban en la casa, les preguntaba: ¿De qué «íbais tratando por el camino? Pero ellos callaban. Porque por el ca«mino habian disputado entre sí quién de ellos fuese el mayor...»

Despues llegaron los Apóstoles á Cafarnaum, y entraron en la casa donde estaba ya Jesús... Sí, alejémonos de Dios, separémonos de él, olvidémoslo, despreciemos su ley y sus máximas para escuchar solo las del mundo; pero conviene al fin dejar este mundo, y comparecer delante de Jesucristo... Entonces les preguntó el divino Salvador de qué habian hablado por el camino, despues que los habia dejado solos, y despues de haberles anunciado cuánto debia padecer por la gloria de su Padre y por la salud del mundo... Se miraron los unos á los otros, y á manera de delincuentes, que delante de su juez conocen á la primera pregunta que les hace que sus delitos están descubiertos, así á sola esta palabra quedaron confundidos los Apóstoles, desconcertados, y no se atrevieron á proferir ni una sola palabra... Y ciertamente estos eran sus Apóstoles formados en su escuela, que era la escuela de la humildad. Pues ¿por qué no confiesan sus quejas de vanidad y los pensamientos de ambicion? ¿Por qué no exponen hablando con Jesucristo mismo la bajeza y la indignidad de sus sentimientos? ¿Por qué no acusar las pretensiones que habian formado sobre la próxima muerte de su Maestro?... ¡Ay de mí! ¿qué responderé yo á Jesucristo, cuando presentado delante de él me preguntará de qué he tratado, en qué me he ocupado por el camino pasajero de esta vida, yo cristiano, yo su discípulo, yo su ministro, bautizado con su Bautismo, instruido en sus misterios y en su doctrina? ¿Qué responderé sobre tantos pensamientos, sobre tantas acciones, sobre tantos deseos, no solo vanos, bajos, despreciables, sino horribles, abominables; no solo indignos de un cristiano, sino de un hombre? ¡Ah! Señor, yo ya me hallo todo cubierto de confusion: perdonádmelos, ó Jesús, en el tribunal de vuestra misericordia, antes que sea citado al tribunal de vuestra justicia.

4.° *Pensamientos que con suma industria se tienen ocultos á la vis-*

ta de los hombres... Si no hay pensamiento que nos sea mas familiar que aquel con que queremos prevalecer sobre los otros, no hay por otro lado pensamiento que se tenga con mas cautela escondido á los ojos de los hombres que este; porque no encontraríamos en ellos otra cosa que odio y desprecio. Los Apóstoles, preguntados por Jesucristo, se hallaron al fin obligados á romper el silencio. Pero veamos en qué manera la ambicion, que sabe hacer valer con tanta viveza sus pretensiones, sabe por otra parte enmascararse con sagacidad. Para responder los Apóstoles á la pregunta de su Maestro, le preguntaron á él mismo... «En aquella hora se acercaron á Jesús «los discípulos, diciendo: ¿Quién piensas que es el mayor en el rei«no de los cielos?...» Al oirlos, ¿era esta la cuestion que habian movido? Pero ¿qué diferencia? Aquí es una pregunta general, allá era en cada uno una pretension personal; aquí es una pregunta de pura especulacion, allá era un interés propio que cada uno pretendia; aquí es una pregunta edificativa, allá era una disputa viva y escandalosa, en la cual nada se hablaba del reino de los cielos, sino se trataba únicamente de saber cuál entre ellos fuese el mayor, y debiese un dia tener derecho de mandar á los otros... ¡Oh y cuán escondida y cuán artificiosa es la vanidad! Se hacen algunas veces semejantes preguntas, que al parecer no tienen relacion alguna con nosotros. Pregunta alguno cuál es el género de vida mas perfecto, cuál es la conducta mas loable, cuál es el mérito mas apreciable; pero de la decision de todas estas preguntas no pretende sacar otra cosa que ensalzarse sobre los otros, y sustentar la vanidad y la ambicion que reinan en su corazon.

PUNTO II.

Cuál es el precio de la humildad.

Lo 1.º *La humildad es la medida de la grandeza en el reino de los cielos*... «Y estando él sentado, llamó á los doce...» Escuchemos tambien nosotros con aquella atencion y con aquel respeto que se merece el divino Maestro que quiere hablar, é imprimamos bien en nuestro espíritu el oráculo que está para pronunciar... «Y les di«jo: Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos y el «siervo de todos...»

Querer ser grande en el reino de los cielos es una ambicion noble y santa. Hé aquí el medio de llegar á serlo; medio seguro, nos lo da Jesucristo mismo, el Rey del cielo; medio que está en nuestro poder, y que ninguno nos lo puede quitar. ¡Ah! ¡si hubiese un

medio tan seguro para llegar á ser grande en el mundo! Este medio consiste, no en palabras de pura ceremonia, y tal vez de vanidad, sino en la clase y en los empleos; en ponernos en el último puesto, en contentarnos de ser colocados en él, en el desear estar en él y permanecer en él. Consiste en los sentimientos, en ceder en todo á los otros; en el mirarnos á nosotros mismos como los últimos de todos. Consiste en las acciones, en servir á todos los otros, en hacer por ellos cuanto hay de mas vil, en ejercitar con ellos el oficio de siervos. Nosotros serémos pequeños á los ojos del mundo y á los nuestros propios; pero cuanto mas seamos humillados, tanto mas serémos ensalzados; tanto mas grandes serémos en la eternidad... ¿Creemos bien esta verdad?

Lo 2.° *Sin humildad no se puede entrar en el reino de los cielos...* «Y llamando Jesús á un niño, lo puso en medio de ellos... y cogién-«dole entre los brazos, les dijo... En verdad os digo, que si no os «convirtiéreis, y no viniéseis á ser como niños, no entraréis en el «reino de los cielos. Por tanto, cualquiera que se humillare como «este niño, este será el mayor en el reino de los cielos...»

Estas palabras se enderezan á todos nosotros, sea la que se fuese la clase que ocupamos, por grandes, por sábios que seamos, aunque fuésemos apóstoles escogidos por Jesucristo. Si nosotros no nos convertimos, si no renunciamos á aquellos proyectos de fortuna, de grandeza; á aquellos deseos de estima, de preferencia; á aquellas ideas de compararnos con otros; á aquellas maledicencias, á aquellas quejas de la poca atencion que se tiene con nosotros; á aquellos pensamientos orgullosos de nuestra ciencia y de nuestro mérito, no entrarémos en el reino de los cielos. Miremos con atencion aquel niño, su inocencia, su candor, su dulzura, su docilidad, su simplicidad, su obediencia. No tiene inquietud alguna por lo que vendrá; ningun proyecto de ambicion y de fortuna; cree lo que se le dice; dice lo que piensa; va donde le llevan; hace lo que le mandan... ¡Qué diferencia entre nosotros y él! Con todo eso, si no nos hacemos semejantes á él, no entrarémos en el reino de los cielos; y cuanto mas nos esforcemos por asemejarnos á él, tanto mas grandes serémos en el reino celestial.

Lo 3.° *La humildad forma las delicias de Jesucristo...* «Y tomán-«dolo entre los brazos...»

¿Quién no podrá envidiar la suerte de este niño? Jesús no concedió ya el favor de sus abrazos á la tierna edad, ó á la persona de este niño, sino á la virtud, de que era imágen y figura. El que se

aplica á adquirir aquellas virtudes; quien por las virtudes de la infancia se ha hecho niño, tiene el mismo derecho á los favores de Jesucristo, goza de sus caricias, de sus abrazos, y recibe de él las mas señaladas gracias... Olvídeme, pues, el mundo, desprécieme; me consolará abundantemente el amor de Jesucristo: concédame el mundo su estima y sus favores, fácilmente me desprenderá de ellos el amor de Jesucristo: entre los brazos de Jesús seré igualmente insensible á los desprecios que á las alabanzas de los hombres. ¡Oh feliz infancia! Formadla en mi corazon, ó Jesús, el mas humilde, y el mas dulce de los hijos de los hombres.

Lo 4.° *La humildad nos ensalza hasta Jesucristo y hasta Dios su Padre*... «Y cualquiera que acogiere en mi nombre un niño como «este, me acoge á mí... y el que me acoge á mí, no me acoge á mí, «sino á aquel que me ha enviado. Porque el que es el menor entre «todos vosotros, este es el mayor...»

Con que se sigue que todo el bien que se hace á un hombre humilde que se ha hecho niño por Jesucristo, todos los socorros que se le dan, toda la proteccion que se le concede, Jesucristo lo mira como hecho á sí mismo. El que acoge uno de estos niños evangélicos, acoge á Jesucristo; no solo á Jesucristo, sino á Dios mismo su Padre, que lo ha enviado á la tierra para salvarnos.

Peticion y coloquio.

¡Cuántos motivos, ó Dios mio, para hacerme amar y practicar la humildad, y para hacérmela amar, estimar, proteger y favorecer en los otros! Haced, ó Señor, que á ejemplo vuestro sea humilde, y humilde de corazon: que ame los pequeños; que lo sea, no por necesidad y con lamentarme, sino por sentimiento de una verdadera humildad; que ame el depender, el obedecer, el ser estimado por nada, y estarme en este estado de abatimiento hasta que os agrade á Vos elevarme en el cielo, y allí hacerme participante de la verdadera grandeza. Amen.

MEDITACION CXLV.

DE UN EXTRAÑO QUE LANZABA LOS DEMONIOS EN NOMBRE DE JESUCRISTO.

(Marc. IX, 37-40; Luc. IX, 49, 50).

Esta circunstancia nos manifiesta los caractéres : 1.° del celo imperfecto; 2.° del celo indiscreto ; 3.° del celo iluminado.

PUNTO I.

Del celo imperfecto.

« Y le respondió Juan diciendo : Maestro, hemos visto un tal que « en tu nombre lanzaba los demonios, y se lo hemos prohibido ; « porque no nos sigue...»

Lo 1.° *En este celo hay algo de bueno...* Un hombre que no seguia á Jesucristo, que no era del número de sus Apóstoles ni de sus discípulos, no dejaba de echar los espíritus de las tinieblas en nombre de Jesús. Habia visto acaso el imperio que los Apóstoles ejercitaban sobre los demonios en virtud de este sagrado nombre, y sin saber por qué, ni buscar ni preguntar otra cosa, invocaba con fe el mismo nombre, y obraba las mismas maravillas... ¡Oh y cuán poderoso es este nombre! ¡cuán santo! ¡y cuán terrible y espantoso al infierno! Adorémoslo con respeto, y pongamos en él nuestra confianza... Si un extraño lo emplea con tan buen éxito, ¿podrémos nosotros temer emplearlo en vano ; nosotros, que pertenecemos á Jesucristo, que somos sus discípulos y sus miembros?

Lo 2.° *Hay en este celo algo de incomprensible...* ¿Cómo un hombre, que hacia milagros en el nombre de Jesús, no deseaba verlo ni oirlo? ¿Cómo no se resolvia á seguirlo en el número de sus discípulos?... El corazon del hombre es al sumo incomprensible. Se han visto paganos exhortar á otros á abrazar el Cristianismo ; herejes recomendar á los que los consultaban, abrazarse al tronco del árbol, y atenerse á la fe de la Iglesia católica. La Iglesia ha tenido protectores celosos, entre los idólatras, entre los herejes, entre los impíos, los cuales no han tenido valor de abrazar la fe ; y sin subir tan alto, se hallan aun hombres celosos por la salvacion de otros, y que no lo son por la suya, que saben conducir las almas por el camino de la perfeccion, y no procuran ellos entrar : que enseñan la práctica de la oracion y de la mortificacion, y ellos ni practican la una

ni la otra... ¿No soy yo, acaso, de este número? Mi celo ¿es perfecto? ¿Está bien ordenado? ¿Comienza por mí mismo?

Lo 3.° *No conviene contener este celo, sino perfeccionarlo*... No se debe contener, ni en nosotros ni en los otros; sino trabajar para perfeccionarlo, no contentándonos con invocar el nombre del Salvador, sino aplicándonos á practicar su ley, á seguir sus máximas, y á imitar sus ejemplos.

PUNTO II.

Del celo indiscreto.

Lo 1.° *Este celo decide fácilmente*... La discrecion en el celo es ordinariamente el defecto de los principiantes... Los que tienen menos experiencia son los mas desembarazados y los mas prontos á decidir. Los Apóstoles estaban en su primera mision, cuando encontraron este hombre que echaba los demonios en el nombre de Jesús. Luego decidieron y juzgaron, que era obligacion suya oponérsele, y le prohibieron emprender cosas semejantes en adelante, pero en esto no tenian razon... ¿Qué mal hacia este hombre, y qué bien podia resultar de esta prohibicion?... Si cada uno se tomase tiempo para reflexionar y examinar estos dos puntos antes de decidir, la decision seria menos pronta; pero seria mas prudente y mas segura... Los Apóstoles eran hombres enviados por Jesucristo, y con todo eso decidieron mal, ¿cuánto, pues, debemos temer nosotros de ser engañados?

Lo 2.° *El celo indiscreto favorece fácilmente el propio partido*... La única razon que movió á los Apóstoles y los determinó á hacer esta prohibicion fue porque este hombre no seguia juntamente con ellos á Jesús... «No te sigue con nosotros...» Y hé aquí frecuentemente la razon que nos mueve á vituperar, á contradecir, y aun á dejar de hacer el bien que otros hacen ó podrian hacer... Nosotros no lo vemos con nosotros, vamos diciendo, no es de los nuestros, no nos sigue; pero bien léjos de ser esta una razon, es un pretexto á la ambicion, al orgullo, á los celos y al deseo que se tiene de dominar solos, y de hacer valer el propio mérito y la propia autoridad. ¡Oh, y cuántos males podria ocasionar en la Iglesia este espíritu de partido, si cada cuerpo pretendiese tener un privilegio exclusivo de hacer el bien, ó si se pretendiese excluir un solo cuerpo del contribuir al bien comun, envileciendo su opinion, y desacreditando su ministerio!...

Lo 3.° *El celo indiscreto consulta raras veces*... Ó sea que este

hombre hubiese sido encontrado por todos los Apóstoles, ó solamente por algunos, acaso de Juan y de su compañero, cuando fueron enviados de dos en dos, ello es cierto que los que lo encontraron fueron del mismo sentimiento; que no les vino duda sobre la determinacion que tomaban, y que no se les ofreció siquiera consultar á su Maestro, ni antes de fulminar la prohibicion, ni despues cuando volvieron á Jesús. Lo pensaron sí á consecuencia de las lecciones de humildad y de caridad que Jesucristo les habia dado ahora. Entonces empezó san Juan á temer de haber hecho mal, y propuso la cosa como habia sucedido. Vió por la respuesta del Maestro que se habian dado mucha priesa, y que no debieran haber resuelto antes de consultar. La presuncion y la confianza en las propias luces es muy peligrosa en el ejercicio del celo. El que no sabe dudar y suspender la propia decision, el que no tiene la humildad de consultar, el que no tiene suficiente caridad para temer de hacer mal al prójimo decidiendo precipitadamente, corre evidente peligro de cometer grandes culpas, de impedir grandes bienes, y de ocasionar grandes males.

PUNTO III.

Del celo iluminado.

Lo 1.° *El celo iluminado refiere todas las cosas á la gloria de Jesucristo...* «Y dijo Jesús: No querais prohibírselo, porque no hay «alguno que haga un milagro en mi nombre, y pueda luego al ins«tante decir mal de mí...»

No estaba léjos el tiempo en que cási todo el mundo se debia desencadenar contra Jesús. Y no era moralmente posible que este hombre que echaba los demonios en nombre de Jesucristo se mudase tan prontamente, se declarase contra él, y se uniese á sus enemigos...

Tengamos, pues, siempre en mira la gloria de Jesucristo; busquemos esta sola, y alegrémonos con san Pablo [1] en todo lo que la procura, de cualquier manera que esto suceda, y de cualquiera parte que proceda... Ojalá, decia Moisés [2], que todos fuesen profetas, y que el Señor les comunicase su espíritu.

Lo 2.° *El celo iluminado lo refiere todo al progreso de la Iglesia...* «Porque el que no está contra vosotros, por vosotros está...» Jesús habia dicho en otra ocasion: «El que no está conmigo, está contra «mí [3]...» Estas maneras de hablar por proverbio se verifican en

[1] Philip. I, 18. — [2] Num. XI, 29. — [3] Matth. XII, 30.

sentido contrario, segun las diferentes ocasiones en que vienen aplicadas. Se puede decir que allá Jesús hablaba de las disposiciones internas, y que aquí habla de las obras externas. Debia llegar bien presto el tiempo en que los Apóstoles y la Iglesia recien nacida tendrian que padecer por parte de los judíos una general persecucion. En estas circunstancias se deben mirar como amigos todos aquellos que no se declaran nuestros enemigos... Bien léjos de hacerles algun agravio ó de imputarles esto á un delito, se debe tener y mostrar un ánimo grato; luego con mayor razon no convenia oponerse al celo de este hombre que podia ciertamente ser útil á la Iglesia. Ahora no estamos mas nosotros en las mismas circunstancias; y de esto solo debemos concluir que todo lo que puede servir al progreso de la fe y á la edificacion de la Iglesia merece nuestro aprecio, nuestra aprobacion y nuestro favor.

Lo 3.º *El celo iluminado lo refiere todo al provecho del prójimo...* «Y el que habrá dado á vosotros un vaso de agua en mi nombre, «porque sois de Cristo, en verdad os digo, no perderá su recom«pensa...» El tercer motivo que debe movernos y empeñarnos á desear que todo el mundo se emplee y contribuya á la gloria de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia, es la utilidad que con esto consigue el que coopera á esta recta accion. Aunque fuese solo un vaso de agua dado á un miembro ó á un ministro de Jesucristo, porque pertenece á Jesucristo, y por afecto á la doctrina de Jesucristo y á su Iglesia, nos asegura él mismo, con juramento, que este no perderá su recompensa; con que con mayor razon no deberá perderla el que glorifica el nombre de Jesús, invocándolo contra los demonios... ¡Cuántas virtudes grandes, cuántos méritos grandes han empezado por obras de poco valor, las cuales han sido el orígen de gracias cuyo progreso ha venido á ser inmenso! Animémonos, pues, y animemos á los otros á la práctica de toda suerte de obras buenas, ya que de ellas le viene un tan grande bien al que las practica. Tengamos presente que servimos á un Dios tan atento á no dejar cosa alguna sin recompensa, y cuyas recompensas son de un tan alto precio.

Peticion y coloquio.

¡Ah! Señor, haced que yo no omita alguna de las buenas obras que puedo hacer. Si no puedo practicar lo que es mas excelente, haced que practique con fidelidad lo que es segun mi estado y mi vocacion, y que con la pureza de la intencion santifique mis accio-

nes, aun las mas comunes. Esté léjos de mí aquella ambicion que todo lo refiere á nosotros, aquella envidia que con apariencia de celo quiere mas ver omitido lo que por sí mismo no puede hacer, que dejar á los otros la libertad de hacerlo. Ó Dios mio, hacéd que en adelante tenga solo en mira vuestra gloria, y mire como unidos á mí á los que conspiran al mismo fin. Amen.

MEDITACION CXLVI.

DEL ESCÁNDALO.

(Matth. XVIII, 6-14; Marc. IX, 41-47).

Consideremos aquí: 1.° el mal de quien da el escándalo; 2.° la atencion que se debe tener para prevenirse contra el escándalo; 3.° el pecado de quien causa el escándalo.

PUNTO I.

Del mal de quien da el escándalo.

Al celo que cada uno debe tener para extender el reino de Dios, y que no dejará Dios sin recompensa, opone Jesucristo el escándalo, que destruye el reino de Dios, y que no dejará Dios sin castigo... «Y al que escandalizare á alguno de estos pequeñuelos que creen «en mí, le estaria mejor que colgasen á su cuello una piedra de «molino de asno, y que fuese sumergido en el profundo del mar. «¡Ay del mundo por los escándalos! Porque es necesario que haya «escándalos; pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el escán«dalo!...»

1.° *De la necesidad del escándalo*... Esta necesidad viene de la malicia de los hombres, y del órden de la sabiduría con que gobierna Dios el mundo. Siendo los hombres naturalmente inclinados al mal despues del pecado original, pero libres y de una libertad fortificada por la gracia del Salvador; y dejando Dios, segun el órden de su sabiduría, á los hombres obrar libremente durante el espacio de su breve vida, sin poner sujecion ni interrumpir el curso de su libertad, no es posible que muchos entre ellos no abusen de esta misma libertad para abandonarse al mal; que con el progreso del tiempo no se aumente el número hasta llegar á ser el mayor, y que no se esfuercen para hacer á los otros imitadores de sus desórdenes... No debemos sorprendernos porque haya escándalos; no debemos por esto escandalizarnos, murmurar contra la sabiduría de Dios, turbarnos, imaginarnos que todo se ha perdido, que Dios no vea lo

que sucede en el mundo, ó que todo le sea indiferente. El escándalo es una consecuencia de los designios de la providencia de Dios sobre los hombres. Dios ha querido y quiere coronar en el cielo vencedores y héroes, almas nobles que se hayan declarado generosamente de su partido, y que hayan realmente combatido por él; esto es á lo que contribuye el escándalo, haciendo resplandecer la virtud, la constancia y el celo de las almas fieles á su Dios: luego el escándalo entra en el órden de aquella providencia infinita que incluye igualmente los acontecimientos libres y los efectos necesarios, y que hace servir todas las cosas á su gloria y á la felicidad de los justos.

2.° *Del lugar del escándalo*... El escándalo reina en el mundo: aquí ha colocado su trono y ejercita su imperio. En el mundo todo es escándalo, ocasion de caida, asechanzas puestas á la virtud, y oposicion total y constante á todo cuanto enseña el Evangelio: las lecciones y los ejemplos, los lugares particulares y los públicos, los negocios y los divertimientos, las lecturas y los discursos, todo lo que se ve, todo lo que se oye, todo es escándalo, todo lleva al mal, y nada á la virtud. No nos maravillemos, pues, que el Salvador haya cargado el mundo de maldiciones y de anatemas por motivo de los escándalos de que está lleno. ¡Cuántas almas habrian practicado de buena gana la virtud y se hubieran salvado sin los escándalos del mundo! Si acaso nosotros, por las obligaciones de nuestro estado, estamos empeñados en el mundo, ¡ah! guardémonos contra sus escándalos, y vivamos con precaucion para no ser envueltos en la maldicion. Si nos hallamos en edad de escoger un partido, consultemos bien con nosotros mismos, y determinémonos siempre mirando á nuestra salvacion. Si estamos fuera del mundo, démosle gracias á Dios; no echemos menos el mundo, de ningun modo volvamos á entrar en él, antes temamos que lleguen hasta nosotros sus escándalos.

3.° *Del castigo del escándalo*... Si el escándalo es necesario, si la sabiduría de Dios saca de él su gloria, ¿por qué lo castiga Dios? Porque la sabiduría de Dios que permite el escándalo, y recibe gloria de él, no destruye por esto la malicia del escándalo que merece el castigo, así como no destruye la virtud de aquel que evita el escándalo y merece recompensa. El bien que Dios saca del mal justifica la sabiduría de sus caminos; pero no ya la malicia del que hace el mal. Por esto ¡ay de aquel que escandaliza al mínimo de los niños, de los pequeñuelos, al mínimo de los fieles! Seria mejor para



él que fuese arrojado en el profundo del mar con una piedra de molino atada al cuello, porque será precipitado en el profundo del infierno donde arderá eternamente. *¡Ay, pues, del hombre, por cuya culpa viene el escándalo!* ¡Ay de aquel que corrompe la juventud, y le enseña á obrar el mal que no conocia aun! ¡Ay de aquel que con súplicas, con caricias, con amenazas, con promesas, y por vil interés engaña la inocencia! ¡Ay de aquel que con sus sátiras, con sus motes, aparta de la virtud y de la piedad! ¡Ay de aquel que inventa modas escandalosas! ¡Ay de aquellos que las siguen, y llevan en triunfo la vanidad y la inmodestia! ¡Ay de aquel que compone libros contra la Religion ó contra las costumbres! ¡Ay del que los imprime, los vende, los presta y los hace leer! ¡Ay de aquel que pinta ó graba, que vende y expone á la vista, ó que hace ver privadamente representaciones deshonestas y provocativas! ¡Ay de aquel que canta, que copia, que da canciones impías y obscenas. Finalmente, ¡ay de aquel que ocasiona cualquier escándalo de cualquiera naturaleza que sea, ó que pudiendo impedirlo no lo impide eficazmente, y cuanto le es posible!... Examinemos si nosotros hemos sido motivo de escándalo para alguno. Lloremos amargamente nuestra culpa, hagamos penitencia de ella, y procuremos repararla por todos los medios posibles.

PUNTO II.

De la diligencia para preservarse del escándalo.

Esta diligencia consiste en excusar, huir y quitar todas las ocasiones de caida, que Jesucristo reduce á tres capítulos, bajo la metáfora de la mano, del pié y del ojo.

1.° *De la mano*... «Y si tu mano te escandaliza, córtala y échala de tí...» Si quieres entrar en el cielo y no caer en el infierno... Jesucristo reprueba con estas palabras la mano impúdica, cuyas acciones prohibidas por la ley serán castigadas con un fuego eterno. La mano avara, siempre cerrada á las necesidades del prójimo, siempre abierta al hurto, á la rapiña, á la injusticia, á la usura, al fraude; la mano colérica, siempre en acto de herir, de hacer daño y de vengarse; la mano ociosa, que nada haciendo que sea útil, ni practicando obra alguna buena, siempre está ocupada en los placeres, en el juego, en las mesas, en diversiones frívolas, en la disipacion.

2.° *Del pié*... «Y si tu pié te escandaliza, córtalo, y arrójalo de «tí...» Si quieres entrar en el cielo y no caer en el infierno... Este

pié significa los lugares en que andamos ; lugares de baile, de ciertas juntas, de teatros, de conversaciones, de juego, de placeres, de disipacion. Este pié significa las personas que frecuentemente tratamos ; personas sospechosas en la fe, y capaces de engañarnos y pervertirnos ; personas corrompidas en las costumbres, y capaces de comunicarnos el contagio ; personas disipadas en su aire demasiado libre, en sus modales, y cuyos discursos ofenden el pudor, la piedad, la caridad. Este pié significa los protectores que cultivamos, si su proteccion, sus socorros y sus liberalidades atacan nuestra conciencia, hacen vacilar ó caer nuestra fe, nos inducen á complacencias, á lisonjas, á injusticias, ó á cooperar al mal cualquiera que sea... Quitemos, cortemos este pié escandaloso antes que ir á arder eternamente.

3.° *Del ojo*... «Y si tu ojo te escandaliza, arráncatelo, y arrójalo «de tí...» Si quieres entrar en el cielo y no caer en el infierno... Este ojo que conviene sacar son las miradas que se deben cortar ; miradas de disipacion sobre todo lo que se presenta, que apagan el fervor, la devocion, el amor de Dios, el espíritu de recogimiento y de oracion ; miradas de inmodestia sobre nosotros mismos, ó sobre los otros, capaces de encender una llama que jamás podria apagarse ; miradas de imprudencia sobre ciertas personas, sobre ciertas pinturas, sobre ciertas estatuas, cuya vista puede hacer impresiones peligrosas sobre los sentidos y sobre el corazon ; miradas de pasion sobre libros y sobre objetos lascivos, propios á excitar la impureza, y á sustentar llamas perversas, sacrílegas, incestuosas, adúlteras ; miradas de envidia sobre el bien, sobre las utilidades, sobre las fortunas del prójimo para oprimirlo ó despojarlo ; miradas de curiosidad y de malignidad sobre las acciones de los otros para vituperarlas, criticarlas y desacreditarlos.

Cuanto dice Jesucristo de la mano, del pié y del ojo, no debe entenderse menos de todos los otros sentidos : del oido, del olfato, del gusto, de la lengua, del corazon, de la imaginacion, de la memoria, del pensamiento, del espíritu y de la voluntad. De cualquiera parte que nos venga el escándalo, todo lo que nos es ocasion de caida, debe ser enteramente cortado, so pena de ser excluidos para siempre del cielo, y precipitados al infierno... ¡Vasta materia de exámen y sujeto importante de reflexiones! Si tuviésemos cuidado de cortar de esta manera la raíz del mal, nuestra salvacion no seria tan dificil, ni tan incierta, ni tan arriesgada.

PUNTO III.

Del pecado de quien ocasiona el escándalo.

Lo 1.° *El hombre escandaloso ofende los Ángeles del cielo*... «Guar-«daos de despreciar á alguno de estos pequeñuelos; porque yo os «hago saber que sus Ángeles en el cielo ven perpétuamente la cara «de mi Padre que está en los cielos...»

Aquel niño que vosotros despreciais, aquel criado, aquel jóven sin nombre, sin fortuna, sin proteccion, que vosotros creeis poder escandalizar impunemente y hacerlos cómplices de vuestros pecados, ¿sabeis con ciencia cierta quiénes son, y á quién pertenecen, y quiénes son aquellos que los protegen? Son hijos de Dios, y los Ángeles del cielo están encargados de guardarlos y defenderlos. Cada uno de ellos tiene un Ángel tutelar y custodio que vela en su defensa sin perder la vista de Dios... Estos Ángeles os ven: ¿cómo no se enojarán contra vos, si os ven atentos á perder lo que ellos tienen tanto cuidado de conservar? ¿No solicitarán ellos la venganza de Dios en cuya presencia están todos? ¡Ah, imitad antes bien estos Ángeles en cuanto os sea posible; uníos á ellos: trabajad de inteligencia con ellos, para remover los escándalos y proteger la inocencia! Dad gracias á Dios por haberos puesto á vosotros mismos bajo la proteccion de un Ángel: respetad este espíritu sublime, poderoso, bienaventurado: suplicadle, escuchadle, dadle gracias, y poned en él toda vuestra confianza. Respetad tambien, y rogad al Ángel custodio de todos aquellos con quienes habeis de tratar.

Lo 2.° *El hombre escandaloso destruye la redencion del Salvador, respecto de aquellos que escandaliza*... «Porque el Hijo del hombre «ha venido á salvar lo que se habia perdido...»

Jesucristo bajó del cielo para salvar al hombre: salió del seno de su Padre; ha, por decirlo así, abandonado la corte celestial y la compañía de los Ángeles por correr detrás de aquella oveja descarriada; y cuando la ha hallado, y por ella hace fiesta, vos con vuestro escándalo, vos se la arrebatais, vos le quitais su mas amada conquista, vos destrozais una miés que formaba su mas dulce esperanza. Él esperaba formarse un pueblo nuevo y fiel de estos pequeñitos, de estos niños, de estas almas inocentes; ya lo habia comprado con el precio de su sangre, ya lo habia consagrado é incorporado por medio del Bautismo, los habria hecho santos y escogidos, y vosotros, ¡oh inhumanos! destruís todas sus esperanzas, el

fruto de sus trabajos y de su redencion. ¿Comprendeis vosotros ahora qué pecado sea el escándalo? En poco tiempo se renovaria la faz del Cristianismo sin el escándalo que se da á la juventud, y muchas veces tambien á los niños antes de la edad de la razon. ¡Oh miserables de aquellos que se hacen culpables de un tan gran delito!

Lo 3.° *El hombre escandaloso se opone á la voluntad de Dios que quiere la salvacion de los hombres*... «Así no es voluntad de vuestro «Padre que está en los cielos que perezca uno de estos pequeñue-«los...»

Cuanto Jesucristo ha hecho por la salvacion de los hombres, lo ha hecho conformándose con la voluntad de Dios su Padre, de quien él es el Hijo único. Este mismo Dios, Criador y Padre de todos los hombres, que ha venido á ser especialmente nuestro por nuestra adopcion en Jesucristo, no quiere que alguno de nosotros perezca. Quiere que nosotros, despues de haber vivido sobre la tierra como dignos hijos, seamos participantes en el cielo con su Hijo único de su herencia eterna, y que reunidos á él y á nuestro Salvador, gocemos de la Divinidad misma, y de todas las delicias que en ella se incluyen. ¡Ah, qué delito tan enorme, pues, comete el escandaloso, que oponiéndose á esta voluntad de Dios, y uniéndose con la malicia y con la envidia del demonio, priva á un alma de un bien tan grande para precipitarla en los tormentos del infierno!... Pero el escandaloso ¿pensará acaso ó se imaginará que podrá oponerse siempre á la voluntad de Dios? Si esta voluntad para nuestra salvacion es condicionada en este mundo, y pide en nosotros una fiel cooperacion; la que él tiene de recompensar en el otro la virtud y de castigar el vicio, ¿es absoluta, y nada podrá oponérsele ni resistirle? Si en el otro mundo el que se ha dejado pervertir del escándalo es castigado de una manera tan terrible, ¿qué será de aquel que por sus escándalos se habrá perdido y habrá ocasionado la pérdida de los otros?

Peticion y coloquio.

¡Ah! Señor, haced que yo sea la víctima, no de vuestra cólera, sino de vuestra caridad, ardiendo del fuego de vuestro amor; haced que léjos de corromper á los otros, y de ser para ellos motivo de escándalo, sirva antes de preservarlos de la corrupcion y de los escándalos del mundo. Amen.

MEDITACION CXLVII.

DEL INFIERNO.

Si las leyes que nos ha dado Jesucristo sobre el escándalo parecen severas y difíciles de practicarse, los motivos que nos propone son tan poderosos, que hacen desaparecer toda dificultad; porque de una parte se trata de ganar el cielo, y de la otra de evitar el infierno. Parémonos ahora en este último motivo... «Ser arrojado en el fuego eterno... en el fuego del infierno... ir al in«fierno en un fuego inextinguible, donde su gusano no muere, y el fuego no «se apaga [1]...» Tales son las palabras de Jesucristo, palabras que nos demuestran invenciblemente que en las penas del infierno hay tres cosas terribles: 1.ª *el fuego;* 2.ª *el gusano;* 3.ª *la eternidad,* á que añadirémos, 4.ª *la equidad de este suplicio.*

PUNTO I.

Del fuego del infierno, ó sea de las penas exteriores.

1.° *El fuego es el tormento mas cruel entre los tormentos del cuerpo...* Con razon se dice que todos los tormentos están en el infierno, estando allí el fuego. Recorred todas las enfermedades, todos los dolores que podemos padecer en nuestro cuerpo, ellos son nada en comparacion del dolor que ocasiona el fuego. ¿No hemos experimentado en nosotros mismos su actividad, ó no hemos, por ventura, visto jamás en otros sus terribles efectos? Un hierro ardiendo, cogido por inadvertencia, una gota de agua hirviendo, una pavesa encendida, que casualmente cae en una mano, ¿no nos hace gritar y nos ocasiona los mas vivos dolores?

2.° *El fuego es el mas horrendo suplicio que puede emplear la justicia humana...* Es tan terrible, que si se deja ejercitar toda su fuerza, no puede durar largo tiempo, y si se le quiere prolongar, es necesario aplicar un poco cada vez. Un hombre quemado á fuego lento, este pensamiento hace estremecerse; con todo eso padece solamente en algunas partes de su cuerpo. Un hombre quemado vivo es un espectáculo horrible, á cuya vista ninguno puede resistir; con todo eso padece solo pocos instantes, y bien presto lo libra la muerte de su tormento. Pero ser sumergido en el fuego, estar revestido y penetrado, abrasarse todo enteramente y en todas las partes del cuerpo, sin que el cuerpo se consuma, sin que el sentido se amortigüe, sin que la muerte pueda dar fin á este horrible tormento,

[1] Matth. XVIII, 8, 9; Marc. IX, 42-47.



¡oh qué estado, oh qué suplicio! ¡Ah! gran Dios, ¿quién podrá estar delante de Vos? ¿Quién no temblará una justicia tan poderosa y tan terrible?

3.° *El fuego de un incendio es el mas espantoso de todos los espectáculos*... El fuego se ha pegado en una casa, ya ocupa todas sus partes, se hizo ya dueño de todos los cuartos; la llama mezclada de un humo negro se eleva en torbellinos sobre el techo, y anuncia desde léjos horror y estrago. Los miserables habitadores, sorprendidos en el incendio, encerrados en este horno, envueltos entre llamas, buscan en vano el medio de salir: perdidos ya, y no sabiendo dónde poner el pié, corren á la muerte que quieren evitar; atraviesan las llamas y caen en golfos ardientes que por todas partes se abren, y aquí miserablemente perecen. El pueblo, entre tanto, está en consternacion y en movimiento, cada uno, aunque con riesgo de su vida, se da priesa á llevarles socorro, á apagar el incendio, y á preservar de él las casas vecinas... Imágen débil y poco semejante al incendio del infierno. Víctimas desgraciadas de la justicia de un Dios despreciado por vosotras, ya no os queda medio alguno para huir ó libraros del incendio para salir de vuestras ardientes prisiones, ni menos el de morir en ellas. Para vosotras ya no hay socorro, no hay alivio, ni tampoco compasion. El fuego que os devora es de una naturaleza que no se puede apagar en vosotras; vosotras mismas sois su alimento inmortal, y el soplo de la cólera de vuestro Dios, que lo ha encendido, será igualmente eterno con él.

4.° *El fuego es el elemento á cuyo reparo cada uno usa toda la precaucion posible*... Veis con qué arte es manejado y distribuido, con qué prontitud se vuelve á su sitio un carbon encendido que se apartó de su lugar, y se apaga una pavesa que cae; con qué severidad se prohibe acercarlo á ciertos lugares; con qué vigilancia se examina, antes de coger el sueño, si todas las cosas están fuera de este peligro. ¡Ah! se dice, no se usan jamás sobradas diligencias contra el fuego. ¡Insensatos! ¿Y contra el fuego del infierno, ninguna precaucion, ningun temor, ninguna inquietud? Llenos de dudas sobre la Religion, sabedores de confesiones mal hechas, con una conciencia rea de pecados graves y conocidos, ¿vivimos tranquilos, nos abandonamos al sueño como si nada hubiera que temer? Estamos al borde de aquel golfo espantoso, ¿y con todo eso reimos, nos divertimos, y al parecer tenemos el gusto de arrojarnos dentro y llevar con nosotros otros muchos? ¡Qué locura! ¡qué furor! ¿Nos dice, por ventura, mucho Jesucristo, con decir... «Si tu mano... si

«tu pié... si tu ojo te escandaliza, córtalo, arráncalo, arrójalo de «tí?...»

PUNTO II.

Del gusano devorador, ó sea de las penas interiores.

El tormento del fuego en esta vida lleva tras sí todas las facultades del alma, y quita toda la potestad de ocuparse en algun otro objeto. No sucede así en el infierno. Llenando de sí el fuego toda la facultad de sentir que tiene el alma, conservan las otras dos facultades, el entendimiento y la voluntad, toda su fuerza para ocasionarle un nuevo género de tormento, que es aquel gusano devorador de que es despedazada, y cuyo suplicio es superior á cuanto podemos exprimir ó imaginar... «*Su gusano no muere...*» Tres veces lo ha repetido Jesucristo, y tres suertes de reflexiones oprimen al alma condenada.

1.ª *Reflexiones sobre lo presente...* El alma condenada lleva sus pensamientos sobre lo presente y sobre todo aquello que la rodea, y no ve otra cosa que suplicios, é impotencia total de librarse de ellos ó de aliviar su dolor. Ahora los juzga atroces, crueles é injustos, y brama contra el Criador, contra el Salvador y contra todas las criaturas... Ahora reconoce la justicia y la equidad, y concibe todo el horror de los pecados de que se ha manchado, y vuelve contra sí todo su furor. Ahora compara su estado con el de los bienaventurados : sabe que aquel mismo Dios, que á ella la desecha, se comunica á otros con todo el esplendor de su gloria ; que mientras agrava sobre ella su mano vengadora y terrible, despliega en favor de otros todo su poder para hacerlos felices ; que mientras ella está sumergida en un abismo de fuego y de suplicios, nadan otros en un océano de delicias, cuya inefable dulzura no puede jamás alterarse. Entre estos bienaventurados ciudadanos del cielo cuenta ella algunos que ha conocido, con quienes ha vivido, y que acaso han sido de ella motejados, despreciados, insultados : allí reconoce amigos, parientes, protectores, que se han interesado por su salud, y han hecho todos los esfuerzos para llevarla consigo. Y ¡oh con qué ardor suspira ella por gozar de Dios, por unirse al sumo Bien! ¡Ah! interceded por mí, grita ella ; sacadme fuera de este horrible golfo... ¡Vanos deseos! ¡Gritos inútiles que no llegan hasta ellos ; no llegan á su gloriosa morada! Allí absortos en Dios, tranquilos en su felicidad, ya no piensan mas en ella, ya no tienen mas memoria de ella. Fuera de sí, entonces, del odio y del furor, querria ani-

quilar todas las cosas; al Criador, á las criaturas, el cielo, el infierno, y á sí misma con todo el universo. ¿Pero qué? siente la miserable que no puede, se roe, se despedaza, se desespera, y viene á ser el mas cruel tormento á sí misma.

2.ª *Reflexiones sobre lo venidero...* Tira su vista sobre lo venidero, y no ve otra cosa que un abismo sin fondo, que una continuacion sin fin en la misma situacion y en los mismos suplicios, sin poder esperar que se acabarán, que se mudarán, que se mitigarán. No habrá jamás socorro, no habrá jamás remedio, no habrá jamás consuelo, no habrá jamás compasion, jamás habrá poder capaz de socorrerla ó de librarla: en la naturaleza no hay mas fuerza que para atormentarla y para perpetuar sus tormentos. ¿Y quién podrá exprimir la rabia y la desesperacion que ocasiona una tal certidumbre?

3.ª *Reflexiones sobre lo pasado...* Lee en lo pasado que por su propia culpa ha caido en aquel abismo de suplicios, vuelve á llamar á su memoria los medios, la facilidad que ha tenido para preservarse de ellos, las gracias, las instrucciones, los buenos ejemplos que Dios le habia presentado, conoce que no ha estado sorprendida ni engañada, confiesa que sabia todo lo que ahora experimenta, que lo habia pensado, que lo habia meditado, que hubo un tiempo en que caminaba en el buen camino, que de ella dependia el perseverar en él; que habiendo pecado, podia volverse á Dios por medio de la penitencia, y recuperar su gracia... ¡Ah tiempos afortunados, ya no existís mas, ya no volveréis jamás! Estoy sumergida en la suma miseria. Fuí criada ciertamente para gozar del sumo Bien: he podido estar en la gloria; estoy en el infierno: todo se ha perdido para mí, no hay para mí remedio... Medita la vanidad de los objetos que ha preferido á Dios, y que la han hecho precipitarse en aquella miseria: mundo, placeres, riquezas, pasatiempos, vida momentánea, ¿dónde estais? ¿Es posible que me hayais engañado, y que por vosotros me haya yo expuesto á estos tormentos, y que finalmente haya caido en ellos? ¡Oh dolor, oh infelicidad, oh lágrimas de sangre! Pero ¡dolor, sentimiento y lágrimas sin fruto; gusano devorador que jamás morirá! ¡Estoy condenada, soy perdida; mi pérdida es irreparable!

PUNTO III.

De la eternidad del infierno.

Lo 1.° *En órden á los condenados...*

En primer lugar, la eternidad pone el colmo á su miseria, porque hace sus males infinitos. El mínimo y el mas ligero mal, una postura, una situacion violenta é incómoda, si debiera durar siempre seria un mal infinito. Pues ¿qué cosa es aquel fuego que no se apaga jamás, y qué cosa es aquel gusano que jamás muere? ¡Una eternidad! ¿Quién puede oir esta palabra sin estremecerse? Solo su pensamiento es tan terrible, que el querer internarse en él demasiado es muchas veces peligroso al espíritu... En segundo lugar, la eternidad del infierno pone el colmo á la miseria de los réprobos, porque ellos mismos la conocen. En un dolor agudo, la primera inquietud que se tiene es de saber cuándo acabará el mal. Aun cuando dure poco, presto desea la muerte el atormentado, y se irrita al ver que se le difiere. En una cura un poco larga se procura engañar al enfermo, se le señala para su sanidad un término brevísimo. Llegado el tiempo se engaña de nuevo, y se lisonjea de este modo su inquietud y su fastidio con falsas esperanzas. ¡Ah! no es así de un alma réproba : la primera cosa de que está cierta al entrar en el infierno, es que de allí no saldrá jamás... En tercer lugar, la eternidad del infierno pone el colmo á la miseria de los réprobos, porque está siempre presente al espíritu... Un condenado tanto está combatido del pensamiento de la eternidad, cuanto lo está de sus tormentos : no puede sufrir estos sin pensar que los sufrirá eternamente. Por esto se puede decir que en cada momento sufre la eternidad toda entera... ¡Oh Dios, qué venganza! ¡Y cuán terribles son vuestros juicios!

Lo 2.° *De la eternidad del infierno en órden á nosotros...*

En primer lugar, ella es un objeto de fe... Jesucristo lo ha revelado claramente en el Evangelio, la Iglesia nos lo enseña como un dogma sagrado. Esta fe se les dió á los primeros hombres, se perpetuó en el pueblo de Dios, fue señalada y depositada en los Libros santos, y de ella se encuentran vestigios aun en las fábulas del paganismo y de la idolatría. Negar esta eternidad, no es destruirla ; antes bien es merecerla y hacérsela segura, porque conviene al mismo tiempo negar á Jesucristo, negar el Evangelio y la Iglesia. Esta eternidad es incomprensible, porque los objetos de la fe son in-

comprensibles, pues se versan sobre la naturaleza, sobre los designios y sobre las obras de Dios que es un ente infinito é incomprensible. Todas las obras de este Ser infinito participan de su infinidad, y son segun su naturaleza, obras de una sabiduría infinita, de una bondad infinita, de un amor infinito, de una infinita misericordia, de una justicia y de un rigor infinito... Adoremos, temamos, amemos este Ente infinito, este Ser infinito, aprovechémonos de su amor y de su misericordia infinita para evitar los suplicios de su infinita justicia.

En segundo lugar, la eternidad del infierno es para nosotros un sujeto de temor... Temer el infierno, temer condenarse, temer el pecado que solo conduce al infierno, temer á Dios que con tanto rigor castiga el pecado y puede precipitarnos en el infierno, hé aquí las solas cosas que hemos de temer. ¿Y quién no os temerá, ó Dios terrible? ¿Y cómo puede darse que los hombres teman tantas cosas sobre la tierra, y no teman despues el infierno? ¿Cómo es posible que los hombres teman tanto á los hombres, y no teman á Dios? ¡Insensata ceguedad en que he estado tambien yo! ¿Y no lo estoy tambien ahora? ¿Por qué tantos condenados en el infierno? Porque no lo han temido. Temámoslo, pues, para librarnos de él, y temámoslo con un temor eficaz que sea la basa de todas nuestras acciones, de todas nuestras deliberaciones, de todos nuestros empeños, y de todos los movimientos de nuestro corazon... «*El temor de el Señor es el principio de la sabiduría* [1]...»

En tercer lugar, la eternidad del infierno es para nosotros un motivo de fervor y de amor... Yo he merecido el infierno, y Dios me ha preservado de él... Si hubiese muerto en tal tiempo, en tal circunstancia, mi alma estaba perdida: estaria actualmente en el infierno; para mí ya no habria remedio. Hay actualmente en el infierno muchos réprobos menos culpados que yo; muertos mas jóvenes que yo; y á estos ninguna esperanza les queda ya de salir jamás. ¿Por qué no estoy yo tambien allí? ¿Por qué exceso, ó Dios mio, por qué predileccion me habeis preservado de una tan grande desgracia? Actualmente desechais de Vos aquellas almas, mientras que me convidais á mí para ir á Vos. Actualmente les significais que ya no hay para ellas redencion, mientras que me ofreceis á mí toda la sangre de vuestro Hijo: ellas están sumergidas en los fuegos de vuestra cólera, y yo rodeado en los fuegos de vuestro amor. Una miserable eternidad es su porcion irrevocable, y á mí me ofreceis una eterni-

[1] Psalm. cx, 9.

dad bienaventurada, y me convidais para ella. El infierno está cerrado sobre ellas, y para mí está abierto el cielo. ¡Ay de mí! ellas se lamentan de esto... Vuestras bondades para conmigo excitan sus quejas y sus blasfemias, ¿y no excitarán en mí el amor? ¡Ah! os amo, ó Dios protector, ó Dios libertador; os amo, os bendigo, os adoro, y estoy dispuesto á todo para daros prueba de mi amor. Vos me habeis librado del infierno; pues ¿qué cosa puedo yo encontrar difícil en vuestro servicio? Si una de aquellas desgraciadas víctimas del infierno pudiese volver sobre la tierra, ¿hallaria aun, por ventura, penas y dificultades en cualquier ejercicio de virtud y en la práctica constante de todas sus obligaciones?

PUNTO IV.

De la equidad del suplicio del infierno.

Lo 1.° *Examinemos á qué cosa sea proporcionado este suplicio...*

En primer lugar, es proporcionado á la gravedad del pecado... Todo esto se debe entender del pecado mortal, el cual es un quebrantamiento de la ley pleno y entero, libre y determinado, y en materia grave; pero no se puede aplicar al pecado venial, al que falta siempre alguna de estas condiciones, y por esto se llama venial; esto es, merecedor de indulgencia y de perdon; pero el pecado mortal merece el infierno, y justamente es proporcionado á su gravedad el infierno... ¡Ah! no juzguemos del pecado mortal segun nuestros sentidos, segun nuestras pasiones, segun nuestros prejuicios y segun la idea del mundo, sino segun las luces de la fe. Este pecado ofende á Dios; es una desobediencia á su voluntad intimada y conocida; una transgresion de sus órdenes soberanas y absolutas. Transgresion y desobediencia cometida en su presencia y delante de sus ojos, no obstante sus amenazas y sus promesas, para la cual no hemos podido servirnos de otra cosa que de sus propios beneficios, de nuestro ser, de nuestro cuerpo, de nuestra alma, de las otras criaturas que se nos habian dado para servirle, y que solamente debemos reconocer de su liberalidad. Por esto al pecado le convienen con razon los títulos mas odiosos, como son de ofensa, de ingratitud, de odio, de desprecio, de insulto, de ultraje. Ahora, la gravedad de una ofensa crece á proporcion de la cualidad del que ofende y de la dignidad del ofendido. Siendo Dios infinitamente superior al hombre, la ofensa que el hombre comete contra Dios es de una gravedad en alguna manera infinita: por esto la duracion

interminable de los suplicios infernales les da una especie de infinidad que corresponde á la gravedad del pecado.

En segundo lugar, el suplicio del infierno es proporcionado á nuestras necesidades en este mundo, segun nuestro estado. Llenos de pasiones dentro de nosotros, rodeados de escándalos por defuera, tenemos necesidad de un freno poderoso para contenernos. Si no obstante la fe del infierno el mundo está tan corrompido, ¿qué seria sin esto? Ya se ve bien que el impío, empeñado en debilitar ó en destruir esta fe, habla solo en favor del vicio. Es, pues, del todo conveniente, tanto á la sabiduría de Dios, cuanto á su justicia, que haya un infierno; es tambien conveniente á su bondad, porque si solo hubiera gloria y ningun infierno, ¡oh y qué pocos se harian violencia para merecer el cielo! ¡Cuántos Santos deben su conversion, su perseverancia y toda la perfeccion de su amor al pensamiento del infierno! ¡Cuántos Mártires se han mantenido constantes entre los mayores suplicios, con la memoria de los suplicios infernales! Aprovechémonos tambien nosotros de esta memoria: demos gracias á Dios por habernos dado un estímulo tan poderoso y un medio tan eficaz de servirle y de merecer la eterna felicidad.

Lo 2.° *Consideremos á qué cosa no es proporcionado el suplicio del infierno...*

En primer lugar, no es proporcionado al placer que se gusta en el pecado... La filosofía de los incrédulos se engaña tambien aquí. No es el placer el que Dios castiga en el infierno, es el pecado. La virtud tiene sus placeres, y mil veces mas dulces que los del pecado. Disminuid, pues, cuanto querais, el placer que puede gustar el corazon mas voluptuoso, vosotros teneis razon. Decid que no es propio de la bondad de Dios castigar con suplicio horrible un placer de un momento y tan ligero. En un sentido tambien teneis razon. Pero cuanto es mas vano y momentáneo este placer, tanto mas culpables sois vosotros en haberlo antepuesto á la obediencia que debeis á las órdenes de vuestro Criador; órdenes absolutas, acompañadas de tan graves amenazas y de tan magníficas recompensas; y esta es la malicia del pecado que Dios castiga. Cuanto mas vano es este placer, lleno de temores y de penas, tanto mas insensatos sois en haberlo preferido á la voluntad de Dios, á la felicidad del cielo, y haberos expuesto por una ligera y pasajera satisfaccion á arder eternamente en el infierno; y hé aquí lo que debeis concluir. ¡Oh placer del pecado, tú no puedes engañar un corazon lleno del pensamiento del infierno! Tú no puedes tentar una carne penetrada

del temor de Dios y del rigor de sus castigos. Un gusto, un placer momentáneo á que se sigue una eternidad de suplicios, ¿podria aun ahora tener para mí algun atractivo? ¿Tendria aun corazon para consentir y abandonarme á él?

En segundo lugar, el suplicio del infierno no es proporcionado á las penas de la virtud... Cuanto tiene de mas severo el Evangelio, de mas riguroso la penitencia, de mas pesado nuestras obligaciones, de mas atroz las persecuciones, y de mas doloroso las enfermedades; todo esto es nada en comparacion del infierno. Vosotros encontrais la virtud difícil; no podeis violentar vuestro espíritu para meditar y orar, para tener en freno vuestros sentidos, para conservaros en el recogimiento, mortificar vuestra carne para conservaros puros: ¿cómo, pues, podréis sostener el rigor de los fuegos infernales? Vosotros fácilmente os cansais, volveis atrás, no podeis perseverar en el bien: ¿y cómo podréis llevar el peso de la eternidad del infierno? Si hubiese venido fuera un alma del infierno, ¿hallaria, acaso, insoportables las penas de la virtud? Conservad, pues, en vuestra memoria estas palabras de nuestro Salvador, en que continuando su alegoría, nos dice: «Es mejor para tí llegar á la vida eterna «con sola una mano... con solo un pié... con un ojo solo... que «teniendo dos, ir al infierno á un fuego inextinguible...» Sí, sin duda, es mejor estar en la gloria del paraíso, sin haber gustado las pecaminosas dulzuras de este mundo, que estar en el infierno despues de haberse saciado de ellas. Estas palabras las endereza Jesucristo á todos nosotros: no las olvidemos, repitámoslas á nuestra alma cuando se presenta la ocasion de hacer cualquier sacrificio... «*Es mejor para tí...*» alma mia, privarte de este gusto, de esta satisfaccion y salvarte, que gustarla y condenarte.

Peticion y coloquio.

¡Ah! Dios mio, castigad aquí en la tierra, abrasad, cortad, con tal que me perdoneis en la eternidad. Ninguna cosa hay difícil cuando se trata de evitar el infierno... Haced, ó Dios mio, que durante mi vida las lágrimas amargas de la penitencia borren aquel pecado que despues de mi muerte no podrá ser purgado ni borrado en mí por las llamas del infierno. Amen.

MEDITACION CXLVIII.

RECAPITULACION DEL DISCURSO PRECEDENTE.

(Marc. IX, 48, 49).

PARÁBOLA DE LA SAL.

Jesucristo se sirve frecuentemente de comparaciones, y muchas veces de la comparacion de la sal, y la aplica á diferentes materias: parece que aquí distingue en ella cuatro diferentes especies: 1.° una sal de castigo y de suplicio; 2.° una sal de mortificacion y de penitencia; 3.° una sal de sabiduría y de enseñanza; 4.° de concordia y de union.

PUNTO I.

Sal de castigo y de suplicio.

Una de las propiedades de la sal es el conservar. Cuando Jesucristo nos dice que *cada uno* de los réprobos y *toda víctima entera será salada con sal,* nos pone delante de los ojos la universalidad, la inmensidad y la eternidad del suplicio infernal.

1.° *La universalidad*... No nos cansemos de meditar una metáfora que Jesucristo mismo se ha dignado proponer para aterrarnos mas vivamente y hacernos evitar el suplicio del infierno. Observemos como con la sal se prepara la carne que se quiere conservar. Se tiene cuidado de llenar de ella todos los vacíos; se la hace entrar en todas sus partes, se la hace penetrar dentro y fuera; toda enteramente se envuelve en la sal, y finalmente se sumerge y se cubre de sal. Tal es la imágen que nos podemos formar del suplicio de un condenado. Ninguno de sus sentidos, ninguna parte de su cuerpo, ninguna facultad de su alma estará exenta del tormento.

2.° *La inmensidad*... Y ¡oh qué tormento horrible! ¡tormento infinito! No será solamente una sal acre y corrosiva, sino un fuego ardiente y devorante, el que ocasionará en el réprobo los mas crueles dolores: se le aplicará este fuego, será cubierto de él, y en él será sumergido el miserable.

3.° *La eternidad*... Finalmente este fuego será como la sal, que conserva en vez de destruir. Abrasará y no consumirá: existiendo siempre el réprobo, será todo él entero su eterno alimento: será víctima inmortal de la justicia de un Dios despreciado y ofendido, á quien no ha querido temer ni amar.

PUNTO II.

Sal de mortificacion y de penitencia.

«Y toda víctima será salada con sal...» Otra propiedad de la sal es de consumir lo que hay corrompido para mantener entero lo restante. La ley [1] ordenaba poner sal sobre todo aquello que se ofrecia á Dios en sacrificio, y Dios la llamaba sal de la alianza. En la nueva ley, en la nueva alianza, somos nosotros mismos la víctima que Dios pide. Esta alianza consumada sobre la cruz claramente nos da á entender que la sal de la nueva alianza, que se debe aplicar á toda víctima, es la cruz, el sufrimiento, la tribulacion, la mortificacion y la penitencia. Sal saludable cuya penetrante operacion no consume en nosotros sino lo que hay de corrompido y que podria perdernos... Pero ¿qué cosa es el dolor pasajero que nos causa la mortificacion de una pasion y la privacion de todo aquello que nos escandaliza, en comparacion del fuego eterno que nos amenaza? Porque nosotros no podemos evitar lo uno ó la otra, tenemos solo facultad de escoger. Es necesario que seamos, ó víctimas de la justicia misericordiosa de Dios sobre la tierra por la penitencia, ó víctimas de su rigurosa justicia en el infierno. Aquí es solo una sal pasajera y que purifica; allá es un fuego eterno, ardiente, y que conserva. Ahora, pues, ¿por cuál de estas dos nos determinamos nosotros? ¡Ah! Señor, aplicadme esta sal saludable, aunque me cueste alguna cosa: abatid mi orgullo, reprimid mi codicia, crucificad mi sensualidad, consumid mi amor propio, para que purificada así mi alma, pueda agradar á vuestros ojos como una víctima santa y sin mancha, y estar en la morada de vuestra gloria toda absorta y consumida en el fuego de vuestro amor.

PUNTO III.

Sal de sabiduría y de enseñanza.

«Buena cosa es la sal; pero si la sal viene á ser insípida ¿con qué «la sazonaréis?» Una tercera propiedad de la sal es el sazonar los manjares, y darles el gusto y el sabor.

1.° *Excelencia de la enseñanza y del celo*... Ninguna cosa hay en la Iglesia tan preciosa como el celo y la enseñanza, ó sea á viva voz, ó sea con libros. Esto es lo que nos hace encontrar gusto en las obras de piedad, en la práctica de nuestras obligaciones, en el

[1] Levit. II, 13.

ejercicio de la mortificacion. Esta sal debemos buscar con diligencia, y no deben despreciarla aquellos que están en estado ó encargados de distribuirla.

2.° *Peligros en la enseñanza*... Esta sal preciosa puede perder su fuerza, y aun puede venir á ser veneno, tanto para los que la distribuyen como para los que la reciben, ó sea por los dogmas de una falsa doctrina opuesta á la enseñanza de la Iglesia católica, ó sea por los públicos escándalos que desacreditan el ministerio, ó sea por motivos secretos que corrompen la intencion del ministro, é impiden el fruto de sus trabajos.

3.° *Mal que trae la enseñanza si una vez viene á corromperse*... La sal da gusto á los manjares; pero si la sal ha perdido su propio gusto, ¿cómo lo dará á estos? Si el maestro está en error, ¿qué maestro lo instruirá? Si el predicador, si el director se abandona á los vicios, á las pasiones, á los intereses humanos, á la vanidad, á la ambicion, ¿quién lo instruirá? ¿quién lo corregirá? ¡Ah! cualquiera que está encargado de enseñar debe hacerlo con celo para los otros; pero con temor y con circunspeccion, y con sabiduría para sí mismo.

PUNTO IV.

Sal de concordia y de union.

«Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros...» La última propiedad de la sal es de congelar, de unir y de condensar. La paz y la union son el carácter esencial de la Iglesia, y cada uno debe contribuir á esto. Union de los pastores en la doctrina y en la manera de enseñar; union de los pueblos en la obediencia y en la docilidad debida á los legítimos pastores; union de todos los corazones por la caridad, por el desinterés, por la humildad y por la dulzura... La union de los Apóstoles habia sido turbada por los pensamientos de ambicion; Jesucristo los llama á sentimientos de paz, y lo que les dice apliquémoslo á nosotros mismos: « *Tened paz entre* « *vosotros*.»

Peticion y coloquio.

¡Ah! Señor, dadnos esta paz tan deseable, concededla al pueblo cristiano, concededla á vuestra Iglesia, abrid los ojos de aquellos que la perturban, hacedles conocer la grandeza del pecado de que se hacen culpables, para que todos juntos reunidos en una misma fe, bajo de una misma cabeza, con alegría y con fidelidad os sirvamos todos los dias de nuestra vida. Amen.

MEDITACION CXLIX.

DE LAS OFENSAS RECIBIDAS.

(Matth. xvIII, 15-22).

Consideremos: 1.° cuál es la conducta que se debe tener en las ofensas que se reciben; 2.° cuál es la potestad de los pastores para reprimir las ofensas; 3.° qué indulgencia se debe tener por las ofensas.

PUNTO I.

De la conducta que se debe tener en las ofensas recibidas.

La caridad y la prudencia deben en estas ocasiones regular todas nuestras operaciones.

1.° *Primera regla: es necesario reprender primero á aquel que ha pecado contra nosotros y nos ha ofendido*... «Por tanto, si tu herma- «no pecare contra tí, vé y corrígele entre tí y él solo; si él te es- «cucha, habrás ganado á tu hermano...»

Sea que su culpa consista en cualquier defecto contra vos, en cualquier injuria ú ofensa personal, ó sea que consista en cualquiera cosa reprensible que habeis observado en su conducta, en sus costumbres ó en su fe, y podria causar algun escándalo, ó sea por otra parte que seais un simple privado, como él, ó que seais su superior ó su pastor, dos consejos debeis guardar. El primero, de no dejar á vuestro prójimo en este estado, por desprecio, por indiferencia ó por defecto de celo en órden á su salvacion. El segundo, de no seguir vuestro humor, vuestra pasion, sino la caridad en los medios de que os serviréis para corregirlo, para reconciliarlo con vos, y hacerlo volver á entrar en su deber. La caridad y un celo prudente exigen de vos que, sin esperar á que él se arrepienta ó venga á vos, vos mismo vayais á encontrarlo, que solo á solo lo reprendais con dulzura, le representeis su culpa, y le hagais entrar en sí mismo. Si os escucha, habeis ganado un hermano, habeis sacado un hermano del camino de la perdicion, os habeis unido á un hermano, le habeis vuelto la paz, y habeis puesto otra vez un hermano en el camino de la salvacion... ¿Hay ó puede haber motivo mas poderoso para empeñaros á obrar de este modo? ¿Cuántos odios, cuántas enemistades, cuántos pleitos, cuántos escándalos se sofocarian al nacer, si se siguiese esta regla que es la primera de la correccion fraterna? Pero ¡ay de mí! la venganza, el orgullo, el amor propio

gustan del estrépito y de la publicidad, y se glorian aun algunos de obrar únicamente por celo y por amor de la justicia.

2.° *Segunda regla: reprender al culpado en presencia de testigos...* «Y si no te escucha, coge tambien contigo uno ó dos, para que con «el dicho de dos ó tres testigos se establezca todo el negocio...»

Es necesario poner cuidado, de una parte para ganar un hermano, y por otra para evitar la publicidad: si el primer paso no bastó, dad otro. Id otra vez á encontrarlo con una ó dos personas capaces, ó de hacer impresion en él, ó de dar testimonio contra él. Puede ser que este aparato de justicia que se usa atendiendo á su flaqueza, y que conserva su reputacion, excite en él un temor saludable, y que no pudiendo ya negar su culpa ni su resistencia, se resuelva finalmente á reparar la primera, y á prevenir las consecuencias que podria tener la segunda.

3.° *Tercera regla: denúncialo á la Iglesia...* «Y si no los oye, dí«lo á la Iglesia. Y si no escucha á la Iglesia, ténlo como un gentil «y por un publicano...»

Si el culpado no escucha vuestros avisos ni las representaciones de aquellos que le habeis conducido; si persiste en su odio, ó en sus desórdenes, ó en sus errores, no temais entonces de hacerlo saber á la Iglesia. Á esto os obligan igualmente el celo por el bien particular del culpado, y el amor del bien público de la Iglesia... Finalmente, si no escucha á la Iglesia, tenedlo como un gentil y un publicano; no mantengais ya mas algun vínculo con él; prohibid á vuestros hermanos el tener con él algun comercio de religion; abandonadlo á su espíritu intratable, excluidlo de vuestras juntas, á ejemplo de los judíos, que no admitian á la comunicacion del culto y de las oraciones á los paganos ni á los publicanos... ¡Ay, pues, de aquel que no escucha á la Iglesia, ó que afecta desconocer su voz! Puede bien contradecir á su autoridad, disputar sobre sus deberes, despreciar sus censuras y sus anatemas; pero la palabra del Señor está firme: este tal ya no es de su rebaño; no tiene otra cosa de cristiano que el nombre, y no debe ser mirado de otro modo que como un gentil y un publicano... ¿Cómo es posible que palabras tan precisas no abran los ojos á todos aquellos que se hallan empeñados en aquellas sectas condenadas por la Iglesia desde su orígen? Si el contagio se ha comunicado, si se ha esparcido el error, si el número de los partidarios ha crecido hasta el punto de podérsele dar el nombre de Iglesia, ¿por ventura no se podrán distinguir estas iglesias nuevas, ya desterradas de la de Jesucristo, la cual

las ha condenado y no cesa aun de condenarlas? ¡Ah! cuando se trata de la Iglesia, no nos engañemos; porque fuera de la Iglesia de Jesucristo no hay salud, y el que no escucha esta Iglesia no es otra cosa á los ojos de Dios que un gentil y un publicano.

PUNTO II.

De la potestad de los pastores para reprimir las ofensas.

1.° *De la potestad concedida al cuerpo de los pastores...* Jesucristo, enderezando entonces la palabra á todos los Apóstoles, les dijo: «En verdad os digo, todo aquello que atáreis sobre la tierra, será «atado tambien en el cielo; y todo lo que desátareis sobre la tierra, «será desatado tambien en el cielo...»

Demos gracias á nuestro Salvador por haber concedido á los primeros pastores de la Iglesia, y en sus personas á sus sucesores, una potestad tan sublime, tan ámplia y tan necesaria al buen órden y á la conservacion de las costumbres, de la disciplina y del depósito de la fe. Observemos aquí cuál es nuestra situacion bajo de esta potestad: si no estamos en alguna que nos sujete á las ligaduras invisibles de las censuras eclesiásticas, del entredicho, de la suspension, de la excomunion; si nos abstenemos de todo aquello que la autoridad apostólica nos prohibe; si desechamos lo que ella desecha y condenamos lo que ella condena. ¡Qué desgracia para nosotros, si en vez de reverenciar y de temer esta potencia emanada de Dios, la despreciamos, le hacemos insultos, y blasfemamos contra ella, porque en esta vida podemos hacerlo impunemente! ¡Ah! se halla ligado en el cielo lo que ella liga aquí en la tierra. Apresurémonos, pues, á recurrir á ella para hacernos desatar del peso de nuestros pecados; porque lo que esta desatará sobre la tierra, será tambien desatado en el cielo, si de nuestra parte llevamos las disposiciones que se requieren.

2.° *De la potestad concedida á los primeros pastores en particular...* «Os digo tambien, que si dos de vosotros se convendrán sobre la «tierra para pedirme cualquiera cosa, será concedida á ellos por mi «Padre que está en los cielos...»

Con estas palabras declara Jesucristo á sus Apóstoles: 1.° Que la potestad de juzgar, que se les ha concedido, no es de una naturaleza de no poderse ejercitar, sino cuando estarán todos juntos y unidos como estaban entonces; sino que cada uno de ellos, despues de su dispersion, podrá ejercitarla en el lugar donde se hallare, y sus

sucesores en el distrito que les será señalado para gobernarlo. 2.° Que juzgando, no deben referirse á su particular sentimiento, sino consultar alguno de sus colegas ó alguno de su clero. 3.° Que no deben juzgar sino despues de haber orado, despues de haber invocado el socorro del cielo; porque su sentencia no es propiamente otra cosa que una súplica hecha á Dios. Ahora, pues, ¿se regulan en esta forma y con todos estos preliminares todos los jueces eclesiásticos en nuestros dias? La promesa que Jesucristo hace, de que su Padre los oirá y ratificará su juicio, es como otras muchas condicionada, y supone que de su parte no se pondrá algun obstáculo. Ella, pues, los asegura de las disposiciones de Dios, de la eficacia de los méritos del Hijo, y les muestra el principio, el orígen y la naturaleza de su potestad, y esto exige de nuestra parte la mas pronta sumision y la mas profunda veneracion; pero no los asegura absolutamente y sin condiciones de todo error y de todo equívoco. Ella no impide ya el recurso á los superiores mayores, y al Sumo Pontífice, segun el órden establecido por los Cánones. Jesucristo ha concedido al cuerpo de los pastores, unidos á su cabeza, una infalibilidad absoluta en todo lo que pertenece á la fe y á las costumbres, á la disciplina y al perfecto gobierno de la Iglesia.

3.° *De la potestad concedida á los simples fieles*... «Porque donde «hay dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de «ellos...»

Con estas palabras confirma Jesucristo la promesa hecha á sus Apóstoles, como si les dijese... ¿Cómo no seréis vosotros oidos, cuando os uniréis en vuestros sentimientos para juzgar y gobernar á mi pueblo, cuando yo me hallo en medio de los simples fieles, aunque no sean sino solamente dos ó tres los congregados en mi nombre? Con esto nos anima tambien Jesucristo á unirnos en la asamblea de los fieles para orar; á hallarnos en la iglesia, en nuestra parroquia en los tiempos de orar; á asociarnos en las santas congregaciones ó comunidades en que la oracion se hace con fervor; á unirnos á las personas piadosas para pedir á Dios ciertas gracias; finalmente, á practicar en nuestras casas la oracion comun en espíritu de paz, de union y de concordia. Jesucristo nos asegura que se halla en medio de aquellos que están de esta manera congregados en su nombre... ¡Qué felicidad para nosotros saber que Vos estais con nosotros, ó Salvador mio, y poderos aquí tributar nuestros homenajes y enderezaros nuestros votos! ¡Qué bondad quereros hallar en medio de vuestros siervos para escucharlos, consolarlos, santificarlos y atenderlos!...

Pero ¡qué confusion y qué vergüenza para mí, si mientras que Vos estais en medio de nosotros, yo estoy allí presente solo con el cuerpo, si mi espíritu va errando, se disipa mi corazon, y me hallo en todo otro lugar, fuera de aquel en que Vos estais!... Y ciertamente, ¿dónde podré yo estar mejor que con Vos? Por otra parte, ¿no tendré yo acaso algun interés por donde deba estar unido á Vos? ¿Tengo yo que temer ó que esperar algo de Vos? ¿No tengo necesidad alguna, ó nada que pediros? ¡Ah funesta separacion! Mientras mi alma va errando con sus pensamientos, otras están con Vos, y gozan de vuestra presencia; Vos recompensais su fidelidad y su fervor, os comunicais á ellas, y oís todos sus votos: en tal manera la oracion es para ellas un tiempo de delicias; salen de ella con pena, y vuelven á ella con toda diligencia; y para mí al contrario, la oracion es un tiempo de fastidio; espero el fin con impaciencia, salgo de ella con disipacion, y si á ella vuelvo, lo hago con disgusto, justo castigo de mi relajacion.

PUNTO III.

De la indulgencia y perdon de las ofensas.

1.° *Consejo tomado de san Pedro*... «Entonces acercándose Pedro «á él, dijo... Señor, ¿hasta cuántas veces pecando mi hermano con«tra mí le perdonaré?»

Ó sea que la ofensa del prójimo sea hecha contra Dios, ó contra nosotros, ó sea que se trate de conceder el perdon á su arrepentimiento de nuestra parte, y como privados, ó por parte de Dios, como sus ministros y como jueces, no sigamos nuestras pasiones, ni el movimiento de un celo indiscreto; evitemos las quejas, las maledicencias, la severidad, el rigor y las reprensiones amargas; consultemos á Jesucristo, y preguntémosle, como san Pedro, cuántas veces debemos perdonar, y hasta cuántas veces sufrir la infidelidad y las recaidas.

2.° *Insinuacion de san Pedro*... San Pedro insinuó él mismo la respuesta á su pregunta, y añadiendo.... «¿Le perdonaré hasta sie«te veces?...» Muchas veces consultamos al Señor, y sin esperar su respuesta nos respondemos á nosotros mismos; vamos detrás de nuestras tinieblas, lisonjeándonos de obrar siempre segun las luces de Dios. Frecuentemente consultamos hombres sábios y piadosos; pero mas por inducirlos á nuestro sentimiento, que por seguir el suyo: san Pedro creia decir mucho, y dudaba aun si el perdon de las ofensas pudiese extenderse hasta siete veces. ¡Ay de mí, cuán

débiles y cuán limitadas son nuestras ideas! ¡Oh, y qué corazon tan estrecho que tenemos! Escuchemos al celestial Maestro, y observemos su corazon y toda la extension de su caridad.

3.° *Respuesta de Jesús*... «Jesús le dice: no te digo hasta siete, «sino hasta setenta veces siete veces...» Esto es, sin límites y sin medida: tantas veces cuantas tu hermano pecare y se arrepintiere. San Pedro señalaba límites bien estrechos á la caridad cristiana, creyendo darle mucha extension; pero la caridad de Dios para nosotros es infinita, y debe servir de regla á la que debemos tener los unos para con los otros.

Peticion y coloquio.

¡Oh caridad infinita, oh paciencia incansable de mi Dios! ¿Dónde estaria yo ya, ó Señor, sin esta divina palabra salida de vuestra boca, y recogida por vuestra Iglesia? ¿Dónde estaria yo ya, despues de tantas recaidas, si vuestra misericordia no fuese infinita, si vuestros ministros no conocieran toda su inmensidad, y no me hubieran aplicado sus saludables efectos? ¿Con qué bondad, con qué dulzura no recibiré yo, pues, á los pecadores penitentes, bien que débiles, bien que infieles, bien que hayan abusado mil veces de mi indulgencia? ¿Con qué generosidad, con qué paciencia los soportaré, y perdonaré las ofensas hechas á mí mismo? Dilatad, ó Jesús, mi corazon. Llenadlo de aquella caridad, que no conociendo términos ni medida, no se cansa ni se agota jamás. ¡Oh Salvador mio, cuán dulce sois Vos, cuán paciente, cuán misericordioso! Haced que yo siga vuestras dulces leyes, y las ponga en práctica. Amen.

MEDITACION CL.

PARÁBOLA DEL DEUDOR.

(Matth. XVIII, 23-35).

DEL PERDON DE LAS INJURIAS.

Esta parábola incluye: 1.° la bondad del señor para con el siervo que no puede pagar; 2.° la crueldad del siervo para con otro siervo que igualmente no puede pagar; 3.° la justicia del señor para con el siervo cruel.

PUNTO I.

Bondad del señor para con el siervo que no puede pagar.

1.° *Deuda del siervo*... «Por esto el reino de los cielos es com«parado á un hombre rey que quiso tomar cuentas á sus siervos. Y

«habiendo empezado á recibir las cuentas, le fue presentado uno que «le debia diez mil talentos [1]...»

Hoy en aquel retiro, en aquella solemnidad, en aquella oracion; ahora quiere Dios ajustar las cuentas con nosotros... ¡Ah! no le hagamos resistencia: la ocasion es favorable, vendrá un dia que serémos obligados á darlas, y no hallarémos las mismas proporciones ni los mismos socorros: démosle, pues, ahora nuestras cuentas de buena gana... ¿Qué hemos hecho de los bienes que nuestro Rey y Señor nos ha puesto entre las manos? ¿En qué hemos empleado este cuerpo, esta alma, este espíritu, este corazon, el crédito, las riquezas, los talentos, las gracias, las instrucciones y los Sacramentos? ¡Ah! reconozcamos llenos de confusion que hemos abusado de todos estos bienes, que nos los hemos apropiado, que nos hemos servido de ellos solo para nosotros, que los hemos disipado, y que somos deudores á nuestro Rey de una suma inmensa que sobrepuja todas nuestras facultades.

2.° *Sentencia del señor*... «Y no teniendo con qué pagar, mandó «el señor que fuese vendido él, y su mujer, y sus hijos, y cuanto «tenia, y que se le pagase...»

El señor tenia este derecho, y la órden era justa... El derecho de Dios sobre nosotros, no de vendernos, sino de despojarnos de todos los bienes de que hemos abusado, de darnos en poder de aquellos á quienes nos hemos vendido, al demonio y al infierno, para hacernos pagar allí nuestra deuda con un eterno suplicio, seria justísimo... ¡terrible sentencia! ¡Desgraciado quien la recibe en el dia del juicio! porque entonces es irrevocable. ¡Afortunado quien ahora la medita! porque Jesucristo nos habla ahora de ella solo para suministrarnos el medio de evitar la ejecucion.

3.° *Súplica del siervo*... «Pero el siervo postrado le suplicaba, di«ciendo: Ten conmigo paciencia, y te satisfaré enteramente...»

Habiendo oido el siervo esta sentencia fulminante, no se perdió un punto de ánimo, ni se abandonó á una estéril desesperacion. Se echó á los piés de su señor, y le rogó encarecidamente y le dijo: No me querais tratar con tanto rigor; tened paciencia, dadme un poco de tiempo, y os pagaré y satisfaré enteramente... ¡Insensato el que espera á hacer esta súplica al artículo de la muerte, cuando ya no hay mas tiempo! ¡Ah! ahora, hoy, debemos hacerla si queremos ser oidos: hoy, pues, por grande que sea nuestro débito, por graves que sean nuestros pecados, humillémonos delante de Dios, pos-

[1] Como doscientos y sesenta y dos millones y medio de reales de vellon.

trémonos á sus piés y á los de sus ministros; lloremos aquí, aquí gimamos, reconozcamos nuestra culpa, pidamos tiempo para repararla, y prometamos con sinceridad emplear el resto de nuestros dias en pagar nuestra deuda.

4.° *Clemencia del señor*... «Y compadecido el señor de aquel sier-«vo, lo libró, perdonándole el débito...»

Viendo el señor á sus piés al siervo, se movió á compasion de él, y le concedió mas de lo que pedia: revocó la sentencia con que lo habia dado en esclavitud, lo envió libre, y le perdonó todo el débito. Esta parábola ¿no nos viene propuesta por nuestro Maestro, por nuestro Rey, por nuestro Juez, por Jesucristo mismo? Nada, pues, hay en ella de exceso ni de exageracion. Sí; el pecador mayor, el mas infame, el mas escandaloso que haya ofendido y ultrajado á Jesucristo de mil modos, y cuanto le ha sido posible, luego que sinceramente se humilla, Jesucristo se compadece de él, luego que pide la gracia, Jesucristo le pone en libertad, y luego que promete satisfacer, Jesucristo le perdona su débito... ¡Oh bondad, oh clemencia, oh amor infinito de nuestro Dios!... ¿Cómo es posible que no os amemos? ¿cómo es posible que despues de un perdon tan generosamente concedido os ofendamos aun? ¡Ah! será nuestra toda la culpa, si en el dia de vuestro juicio nos hallamos aun cargados de débitos.

PUNTO II.

Crueldad del siervo para con otro siervo que igualmente no puede pagar.

1.° *Encuentro con otro siervo*... «Pero partido de allí el siervo, en-«contró uno de sus consiervos que le debia cien denarios...»

La ocasion para este hombre era favorable para mostrarse digno del perdon que se le habia concedido, perdonando él tambien al que le debia... ¿Qué cosa era esta deuda en comparacion de aquella de que él se hallaba libre? ¡Ay de mí! muchas veces apenas hemos salido de la iglesia, del sagrado tribunal, de la santa mesa, en el dia que hemos recibido las mayores gracias, encontramos la ocasion de mostrar á Dios nuestro reconocimiento y nuestra fidelidad, de practicar la virtud, la caridad, la paciencia, la dulzura, de resistir á tentaciones violentas; pero si al primer paso caemos luego, y nos mostramos ingratos; ¿qué juicio se podrá formar de nuestra conversion?

2.° *Crueldad con que exige la paga*... «Y cogiéndolo por la gar-«ganta lo sofocaba, diciendo: paga lo que me debes...»

Esta relacion nos causa horror; pero ¿no es esta la manera con que ciertos ricos acreedores tratan á sus deudores pobres y necesitados? ¿No es este por ventura el modo con que ciertas personas feroces, llenas de orgullo y vengativas exigen los respetos, la reparacion de los daños, y las satisfacciones? Y nosotros ¿tenemos algo que reprendernos en esto?

3.° *El desprecio que hace de la súplica...* «Y el consiervo postrado á sus piés, le suplicaba diciendo: ten conmigo paciencia, y te satisfaré enteramente; pero él no quiso, sino que le hizo poner en prision hasta que pagase lo que debia...»

Apenas pudo el deudor librarse de las manos del acreedor, se echó á sus piés, y le suplicó le concediese un poco de dilacion, prometiendo satisfacerle enteramente en poco tiempo. Esta era la súplica que el mismo acreedor habia hecho á su señor, y que fue tan favorablemente despachada. Pero este hombre duro y bárbaro quedó siempre desapiadado é insensible: no dejó á su deudor sino para ir á hacer su instancia á la justicia, y poniendo el colmo á su ingratitud y á su crueldad, lo hizo arrestar y llevar á la prision, donde ordenó que fuese detenido hasta que pagase enteramente su deuda... ¡Procedimiento del todo inhumano y contra el que no se puede contener la indignacion! Pero nosotros, que cada dia suplicamos á Dios, y siempre tenemos necesidad de su socorro, de su misericordia y de su indulgencia, si examinamos de qué manera acogemos las súplicas y las excusas de los otros, encontrarémos acaso que merecemos mejor que él, y mejor de lo que pensamos, la indignacion bien debida á este inhumano acreedor.

4.° *Relacion hecha al señor...* «Y habiendo visto tal hecho los otros consiervos, se entristecieron grandemente, y fueron, y le refirieron al señor todo lo que habia acaecido...»

Dios no tiene necesidad de que se le refiera lo que sucede, todo lo ve, y es sensible á las lágrimas que derrama el pobre oprimido; pero la indignacion de los Santos y de los Ángeles en el cielo, los suspiros y los gemidos de los justos sobre la tierra, testigos de ciertos excesos de crueldad y de barbarie, no cesan de solicitar su venganza... Aprenda y sepa el hombre duro é inhumano que la justicia divina no puede faltar presto ó tarde á manifestarse sobre él, y en una manera tanto mas terrible, cuanto habrá estado mas tiempo suspensa.

PUNTO III.

Justicia del señor con el siervo inhumano.

1.° *Citacion del siervo*... «Entonces el señor lo llamó á sí...»

¡Llamamiento terrible! ¡órden suprema á que ninguno puede resistir! Ricos, grandes, poderosos, reyes, emperadores, potentados y señores del mundo, vuestro Señor os llama, no con aquella voz de gracia y de misericordia con que os ha llamado frecuentemente para amarlo y para observar sus leyes que vosotros habeis despreciado, sino con aquella voz de Señor y de omnipotencia absoluta con que os ha sacado de la nada, y os ha dado la vida y todos los bienes de que habeis abusado. Os llama, compareced delante de él, y dadle cuenta de vuestra conducta. ¿Nos regularémos siempre nosotros como si no tuviésemos un Señor superior? ¿Vivirémos siempre como si jamás hubiésemos de morir? ¡Ah! me vuelvo á Vos, ó Señor, con el arrepentimiento en el corazon y con las lágrimas en los ojos: perdonadme, como yo perdono: usad de misericordia conmigo, antes que llegue aquel dia terrible en que me llamaréis, y en que hallaré solo en Vos una justicia severa é inexorable.

2.° *Reprension hecha al siervo*... «Entonces lo llamó el señor, y «le dijo: Siervo inícuo, te perdoné todo el débito, porque me lo su-«plicaste; ¿pues no debias tambien tú tener piedad de un consiervo «tuyo, como yo la he tenido de tí?...»

¿Qué respondes á un cargo tan justo y á un cotejo tan agravante?... Yo, tu Señor, tu Dios, yo te he perdonado á tí, mi criatura y mi esclavo, ofensas tan atroces é innumerables; ¿y tú no has querido perdonar á tu hermano una ligera ofensa, la que, aunque tú supones gravísima, es nada entre tí y él, en comparacion de las que yo he recibido de tí? Yo, tu Señor y tu Dios, yo he escuchado con bondad tus ruegos, yo te he restituido mi amor, mi amistad; ¿y tú, tú, has despedido y desechado con dureza los ruegos y las súplicas de tu hermano, has conservado contra él un odio mortal y una enemistad implacable? Yo, tu Señor y tu Dios, he tenido compasion de tí, he sufrido tus defectos, tus imperfecciones en mi servicio, he excusado tu flaqueza y tu volubilidad, tu inconstancia, tus desatenciones, ¿y tú, tú, con otro, que como tú era mi siervo, nada has querido excusar, te has dado por ofendido de todo, has conservado en tu corazon la aversion y la antipatía que muchas veces se han manifestado en tus acciones y en tus discursos?

3.° *Castigo del siervo*... «É indignado el señor, lo dió en manos «de los verdugos, hasta tanto que hubiese pagado el débito...»

¿Comprendemos nosotros bien que esta cólera es cólera de un Dios? ¿que estos ministros de su justicia, estos verdugos son los demonios? ¿que este suplicio es el del infierno? ¿y que el término de este pagamento es una eternidad sin fin?

4.° *Aplicacion de la parábola*... «De la misma manera hará con «vosotros mi Padre celestial, si de corazon no perdonáreis cada uno «á su hermano...»

Así, concluye Jesucristo, así hará mi Padre celestial si vosotros, á quienes ha perdonado y cada dia perdona tantos pecados que lo ofenden, no perdonáreis de buen corazon á vuestros hermanos las deudas que habrán contraido con vosotros... ¡Oh y qué manantial de consolacion este para los hombres; qué fondo de misericordia para los grandes pecadores, si supiesen aprovecharse de él! No obstante las promesas y las amenazas de Jesucristo, ¿qué vemos nosotros cada dia en medio del Cristianismo? Justos que son deudores de poco, y que perdonan todo, y á todos; mientras que culpados, que son deudores á Dios de una multitud de penas que causan horror, teniendo en las manos con que satisfacer con un caritativo perdon, no saben ni pueden resolverse á perdonar cosa alguna. ¡Ah! esté lejos de nosotros una desgracia tan deplorable. Perdonemos, y perdonando hagámoslo de buen corazon, guardémonos de que dando muestras de reconciliarnos con nuestros hermanos, no quede en nosotros un fondo de frialdad, ¡ay de mí! bien poco diferente del odio. Examinemos en estas circunstancias á nuestro corazon, esto es, todos los sentimientos que concibe, todos los pensamientos y palabras que salen de él; guardémonos de aquellas palabras y de aquella conducta de pura ceremonia, de que muchas veces nada participa el mismo corazon.

Peticion y coloquio.

¡Ah Señor! ¿tendré aun corazon para tratar con dureza á mis hermanos, despues de haber experimentado de vuestra parte la mas excesiva indulgencia? Vos, ó Dios mio, me perdonais las mas graves culpas; Vos me las perdonais enteramente, y sin retractaros; Vos me las perdonais á mi primer sincero arrepentimiento, ¿y seré yo despues inexorable por las culpas, aun mas ligeras, que contra mí se cometen? ¿exigiré extraordinarias satisfacciones? y aun cuando muestro perdonar, ¿conservaré todavía frialdad é indiferencia? ¿pre-

tenderé dispensarme en cualquier cosa de las obligaciones de la caridad que Vos me imponeis para con mis hermanos, despues que Vos habeis usado conmigo una caridad sin límites? Léjos de mí una tal injusticia. No, Señor, Vos me haceis aquí en la tierra dueño en cierto modo de vuestra sangre; aplicándomela con el perdon de las ofensas, puedo rescatar todos mis pecados; me serviré de este medio tan poderoso de mi salvacion, desecharé en adelante de mi corazon todo resentimiento contra el prójimo, á fin de no encontrar en mi muerte, ni resentimiento ni odio en vuestro corazon para conmigo, y á fin de encontrar antes en él la ternura y la bondad de aquel señor, de aquel rey de vuestro Evangelio, bajo cuya amable figura os habeis representado á Vos mismo. Amen.

MEDITACION CLI.

UNA CIUDAD DE SAMARIA NIEGA LA ENTRADA Á JESUCRISTO.

(Luc. IX, 51–56).

Consideremos: 1.° lo que precede; 2.° lo que acompaña; 3.° lo que sigue á esta repulsa.

PUNTO I.

«Y sucedió que acercándose el tiempo de su asuncion [1], se mos-«tró resuelto á ir á Jerusalen...»

No estaban léjos los dias de la pasion y de la muerte de Jesucristo, y no faltaban ya mas que cerca de seis meses hasta el tiempo en que debia cumplir su sacrificio. Aunque no fuese este el último viaje que debia hacer á Jerusalen, con todo, no miraba ya esta ciudad sino como el teatro de sus dolores y de su pasion; mas la firmeza de su alma no le dejaba temer este lugar de su sacrificio. Partió, pues, de Cafarnaum para ir á la capital, con un ánimo tan franco, que daba bien á entender cuán superior era á todos los acaecimientos que le esperaban. Esta fuerza y esta firmeza de Jesús debe formar la nuestra contra las afrentas, contra los suplicios y contra la muerte... Vamos donde la órden de Dios nos llama, aunque tengamos que sostener los mas fieros combates, y aunque se nos preparen los mas viles opro-

[1] La palabra *asuncion* significa, como la de *partida*, el tiempo en que Jesucristo, quitado del mundo por la pasion y la muerte, debia volver al cielo. Con esta palabra nota san Lucas la muerte del Salvador, porque es un vocablo conveniente á la dignidad y majestad de Jesucristo, para quien la muerte era un pasaje del mundo al Padre.



bios y los mas crueles tormentos; animémonos, y encaminémonos con firmeza. Cuando se acercará el tiempo de nuestra partida de este mundo, estemos fuertes con la fortaleza de Jesucristo contra los dolores de la muerte y contra los temores del juicio. Dejarse abatir y acobardarse del temor en aquellos últimos momentos seria faltar á la confianza que debemos tener en Jesucristo. Arrojémonos entonces á sus brazos; pongamos en sus manos nuestra suerte, y estemos ciertos que él sabrá sostenernos, hacernos triunfar de todas las cosas, y conducirnos por medio de una santa muerte á la mansion eterna de la gloria, donde él mismo ha entrado para llamarnos á su seguimiento.

PUNTO II.

Repulsa injusta.

«Y envió delante de sí sus nuncios, y ellos fueron, y entraron en «una ciudad de samaritanos para prepararle el hospedaje; pero no «quisieron recibirlo, porque daba á conocer que iba á Jerusalen...»

Los samaritanos no podian sufrir que los judíos, con desprecio del nuevo templo de Samaria, fuesen adictos al que Salomon habia fabricado en Jerusalen por órden de Dios, y que Esdras habia renovado por la misma órden y con los mismos prodigios... Del mismo modo el mundo desprecia, desecha y persigue á los que ve adictos á las obligaciones de la piedad, á las máximas antiguas, á la Iglesia, y á la fe de nuestros padres; pero el verdadero fiel no debe quedar sorprendido ni ofendido de estos desprecios, y mucho menos dejarse abatir.

2.° ***Repulsa injuriosa á Jesucristo,*** porque no pedia otra cosa que el alojamiento que tambien habria pagado; cosa que ninguna ciudad ha negado jamás á alguno; porque esta repulsa vino hecha verosímilmente en nombre de toda la ciudad, de los habitantes y de los magistrados; porque vino hecha á Jesús, acompañado de todos sus discípulos, y en presencia de muchos testigos; y finalmente porque vino hecha despues de haber usado Jesús la atencion de avisarles, participando que él mismo pedia el alojamiento: de manera que ninguno podia excusarse bajo de algun pretexto de ignorancia ó de desprecio; y así esta afrenta se le hizo á él, reconocido por tal. La pretension de los samaritanos era injusta en sí misma respecto á los judíos; y lo era mucho mas respecto á Jesucristo, á quien por su doctrina y sus milagros se debia mirar como el Mesías, igualmente esperado de los judíos y de los samaritanos... ¡Oh Jesús, á qué co-

sas os exponeis Vos para nuestra instruccion y para servirnos de modelo! ¡Ay de mí! ¡cuántas veces os he hecho esta misma afrenta! ¡cuántas veces os he cerrado la entrada en mi corazon para dejar reinar en él el pecado, mis pasiones y todas las falsas máximas del mundo! No ignoraba, por cierto, que fuéseis Vos; me lo habia enseñado una educacion cristiana; mil avisos recibidos de vuestra parte me habian anunciado vuestra llegada; pero yo los temia, porque Vos queríais salvarme, y yo queria perderme. Pero ¡ah! Señor, perdonad ahora mi ceguedad: venid á mí, ó divino Jesús: venid á hospedaros en mi corazon: estableced en él vuestra morada, y no me abandoneis jamás.

3.° *Repulsa infinitamente perjudicial á esta ciudad...* Aunque Jesucristo partiese de Cafarnaum para ir á Jerusalen, su intencion no era de ir tan presto, ni de celebrar allí todas las fiestas que estaban próximas. Puede ser que si los samaritanos lo hubiesen recibido, hubiera estado en su ciudad algun tiempo, y la hubiera hecho centro de la mision que meditaba; y aun cuando allí solo hubiera estado de paso, ¿qué beneficios no les hubiera traido su presencia? ¡Ah, de cuántos bienes se priva el que niega á Jesucristo la entrada en su corazon, y quien lo echa fuera por el pecado, despues de haberlo recibido por medio de su gracia!

PUNTO III.

De las consecuencias de esta repulsa.

1.° *Indignacion de los Apóstoles...* «Y viendo esto sus discípulos, «Santiago y Juan dijeron: Señor, ¿quieres que digamos que llueva «fuego del cielo, y los consuma?...»

Jesús habia ya dado á estos dos discípulos el nombre de hijos del trueno [1], y ellos sostienen aquí todo su significado. Conocen la potencia de su Maestro muy superior á la de Elías, el cual habia hecho bajar fuego del cielo sobre los que lo habian insultado; pero no conocian el espíritu de Jesucristo, que en este punto era del todo opuesto al de Elías... ¡Oh y cuántos hay aun ahora de estos hijos del trueno, los cuales viendo los ultrajes que cada dia se hacen á Jesucristo, á su Religion y á su Iglesia, querrian milagros de potencia para vengar la causa de Dios, mientras Jesucristo exige de sus siervos, para hacerles triunfar, milagros de humildad, de paciencia y de dulzura!... ¡Ah, dónde estaria yo, ó Señor, si Vos os hubiéseis

[1] Marc. III, 17.

armado de vuestro trueno luego que yo lo merecí! Vuestra paciencia ha vencido mi resistencia, vuestra dulzura ha triunfado de mi malicia. Seais para siempre bendito: de Vos solo es digno este triunfo. Reinad, pues, ó Rey benéfico, reinad sobre un corazon que, habiendo merecido por lo pasado solo vuestros rayos, se ha rendido á Vos vencido por vuestros beneficios.

2.° *Respuesta de Jesucristo á los dos Apóstoles*... «Pero él volviéndose á ellos los reprendió, diciendo: no sabeis de qué espíritu «sois...»

El espíritu de la nueva ley á que pertenecian Santiago y Juan, léjos de permitir hacer mal á los que rehusan hacernos bien, nos manda hacer bien á los que nos hacen mal, y esto no lo debian ignorar los Apóstoles, ni tampoco un verdadero cristiano... Jesucristo añadió: «El Hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino «á salvarlas...» ¡Oh palabras llenas de dulzura y de amor! ¡y cuán amable es el que solo viene para salvarnos! Corazones ingratos, ¿cómo es posible que no podamos amarlo? Insensato, ¿por qué rehuso yo seguir al que quiere solamente salvarme, mientras que me complazco en servir al que quiere únicamente mi perdicion y mi condenacion?

3.° *Va Jesús á otro lugar*... «Y fueron á otro lugar...» Jesús dejó la Samaria, y se retiró á otra aldea de la Galilea... ¡Oh dichoso lugar que te aprovechaste de la infidelidad de una ciudad orgullosa, y tuviste la fortuna de poseer á Jesús!

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! ¿qué sirven á una ciudad, á un reino, á un Estado la gloria, sus riquezas y su esplendor, si allí no eres conocido, ó Jesús, si vuestra religion está desterrada de allí? ¡Ah! quiero mas, ó Salvador mio, habitar la mas vil y mas despreciada choza, el mas pobre rincon donde seais conocido, amado y servido. ¿Qué sirve á un hombre ser grande, sábio, rico, poderoso, si no tiene la fe, si no tiene, ó Señor, vuestra gracia y vuestro amor? Me alegraré de ser el último y el mas despreciado entre los hombres, con tal que os posea en mi corazon... Ó divino Jesús, no me abandoneis para ir á otra parte, y si alguno os desecha, venid á mí, duplicadme vuestros favores, para que siempre se aumente en mí el fervor y el amor para Vos. Amen.

MEDITACION CLII.

DE LA VOCACION AL APOSTOLADO, AL ESTADO ECLESIÁSTICO Ó RELIGIOSO.

(Luc. IX, 57-62).

1.° Las dificultades de la empresa, y el medio de vencerlas; 2.° los peligros de faltar á los designos de Dios, y el medio de evitarlos; 3.° la perseverancia que se debe tener en la propia vocacion, y el medio de perseverar en ella.

PUNTO I.

De las dificultades de la empresa, y el medio de vencerlas.

«Y sucedió que mientras hacian su camino le dijo uno: Yo te se-«guiré á cualquiera parte que vayas. Y Jesús le respondió: Las zor-«ras tienen sus cuevas y los pájaros del aire sus nidos; pero el Hijo «del hombre no tiene donde reclinar la cabeza...» Si alguno se siente inclinado á los trabajos apostólicos, si se siente llamado á abrazar el estado eclesiástico, ó religioso, es necesario que esté bien instruido de las verdades siguientes:

1.° *Primera. Antes de empeñarse debe pesar con madurez las penas del estado que quiere abrazar.* Penas de cuerpo: muchas veces deberéis experimentar falta de muchas cosas; no podréis tener cosa alguna de cuanto os podrá agradar, y tal vez ni aun podréis tener lo necesario. Se requieren vigilias, ayunos, mortificaciones, fatigas y trabajos... Penas de espíritu: un estudio sério, una aplicacion continua, cuidados, inquietudes, tédio, disgustos, humillaciones y contradicciones... Penas de la voluntad: obediencia general y obediencia particular; la cual independientemente de vuestra inclinacion, y muchas veces contra vuestro gusto, determinará vuestro domicilio, vuestro empleo, vuestra compañía, vuestras ocupaciones, y tambien vuestras recreaciones y todos los momentos de vuestra vida. Hé aquí á lo que es necesario disponeros; porque entrar en estos estados con miras de ambicion, por procurarnos una cómoda subsistencia y la abundancia, por pasaros la vida en el reposo y en la tranquilidad; esto es un exponeros á vivir allí miserablemente, á profanar la santidad y á perderos. Todos vosotros, ó jóvenes que estais inclinados á abrazar estos estados, si no os sentís con bastante ánimo para soportar estas penas, ¡ah! no os empeñeis: contentaos de vivir cristiana-

mente en el mundo: si este estado es menos perfecto, será á lo menos para vosotros mas seguro.

2.° *Despues de haberos empeñado, debeis soportar con buen ánimo las penas del estado que habeis abrazado*... Estas penas son tambien mucho menores de lo que os las han representado. ¿Qué cosa es, pues, lo que ahora excita vuestras quejas y vuestras murmuraciones? Una bagatela, una cosa de nada en comparacion de cuanto esperábais sufrir. Estas penas no son superiores á vuestras fuerzas; vos las habeis hallado soportables cuando las mirásteis antes de empeñaros; las habeis escogido, y las aceptásteis al empeñaros; las habeis soportado con alegría en los primeros tiempos de vuestro empeño; ¿tendréis acaso ahora menos valor que entonces? Llamad á vuestra memoria vuestro primer fervor, y se hallará vuestro buen ánimo superior á vuestras penas.

3.° *Antes y despues de haberse empeñado, el medio de vencer todas las dificultades es, considerar, y jamás olvidarse, que en todas las penas que tenemos que sufrir es Jesús nuestro modelo, nuestro apoyo y nuestra recompensa*... Él es nuestro modelo: nada sufrimos nosotros que no haya sufrido él por nosotros, y mucho mas aun. Él va siempre delante de nosotros; ¿no debe por ventura su ejemplo sublevarnos sobre nosotros mismos, y sobre todas las dificultades?... Él es nuestro apoyo: el mundo ve las cruces de los que siguen al Salvador; pero no ve despues la uncion de la gracia que sostiene su valor, y les hace hallar en sus mismas penas delicias inefables... Él es nuestra recompensa... Las penas son de breve duracion; la muerte les pondrá fin. Esta muerte, tan terrible á los mundanos, será para quien se ha consagrado á Jesucristo una muerte llena de consolacion, á que se seguirá una eterna felicidad... ¡Oh esperanza! ¡cuál es tu poder! ¡qué fuerza, qué generosidad no has inspirado á millones de almas que lo han sufrido todo por Jesucristo!... El mundo al contrario tiene sus cruces, y cruces muchas veces mayores que las de la Religion; pero el mundo agravándonos de penas no nos enseña la manera de llevarlas con paciencia y humildad. Lo que se sufre en el mundo y por el mundo se sufre sin motivo, sin gusto y sin esperanza.

PUNTO II.

De los peligros de faltar á los designios de Dios, y medio de evitarlos.

«Y dijo á otro: sígueme; y él respondió: Señor, déjame que pri-

«mero vaya á enterrar á mi padre [1]. Y Jesús le dijo: Deja que los «muertos entierren á sus muertos; y tú vé, y anuncia el reino de «Dios...»

1.° *Peligro antes de empeñarse*... Uno de los primeros peligros viene de la disipacion del espíritu, la cual impide oir la voz de Dios: aquel á quien Jesucristo dijo, *sígueme*, estaba cerca de él, era del número de sus discípulos, y hacia profesion de estar unido á él... ¿Cómo sabré yo lo que Dios quiere de mí, si jamás lo consulto, si estoy siempre léjos de él, en una continua disipacion, sin entrar en mí mismo, sin orar, sin frecuentar los Sacramentos?... El segundo peligro viene de la ocupacion en los negocios que nos sirven de pretexto para diferir el obedecer la voz de Dios. ¡Funesta dilacion cuando procede, como ordinariamente acaece, de una voluntad flaca y vacilante!... Aquel á quien Jesucristo llamó, pidió solo tiempo para enterrar á su padre, ya sea que su padre estuviese solamente viejo, enfermo, lánguido, y quisiese diferirlo hasta despues de su muerte; ó sea que hubiese ya muerto, y pidiese solo tiempo para asistir á su funeral; pero no le concedió Jesús esta dilacion... ¡Afortunado, si fue dócil, y si obedeció sin dilatarlo!... El tercer peligro viene del afecto al mundo, el cual es causa de que se sofoque la voz de Dios. ¿Cuántos han oido esta voz de Jesucristo, *sígueme:* esto es, *sígueme* en el retiro, *sígueme* en la penitencia, *sígueme* en los trabajos evangélicos; pero el mundo ha alzado otra voz contraria y mas lisonjera, *sígueme* en el reposo, *sígueme* en los placeres, *sígueme* en los honores? Y los miserables han sofocado la primera voz para escuchar solamente la segunda, han seguido esta, y se han encontrado engañados. Ahora, ¿cómo corregirán este error, y repararán su culpa?

2.° *Despues de habernos empeñado, corremos riesgo tambien de faltar al espíritu y á las obligaciones de nuestra vocacion*... El primer peligro viene de la relajacion, de la desidia que nos impide el instruir-

[1] Comparando lo que aquí se dice, con lo que se ha dicho en san Mateo, cap. VIII, v. 19, 22, meditacion LXIII, se ve: 1.° que los dos personajes de quienes habla san Lucas son los mismos que los dos de quienes habla san Mateo; 2.° que la ocasion en que hablan á Jesucristo es diferente en san Lucas y en san Mateo; 3.° que san Lucas habla de un tercer personaje de quien no habla san Mateo. Para conciliar, pues, los dos Evangelistas, podemos pensar que los dos personajes se presentaron á Jesús en la ocasion que nota san Mateo, y que solo el tercero se presentase en la ocasion de que habla san Lucas, y que san Lúcas haya añadido los otros dos, de quienes no habia tenido ocasion de hablar; no queriendo privar á sus lectores de una instruccion tan útil, y que se hace mas sorprendente con la reunion de estos tres personajes.



nos de nuestras propias obligaciones, y el hacernos capaces, y tener la voluntad de cumplirlas, por temor de que la pena y los trabajos que ellas piden, turben el vergonzoso reposo qne acariciamos, y á que nos abandonamos... El segundo peligro viene de la distraccion y de las ocupaciones vanas ó ajenas de nuestro estado, á las cuales atendemos con gusto, contra las órdenes de la obediencia, tal vez tambien contra las leyes de la conveniencia, y siempre con menoscabo de las ocupaciones mas sérias, mas útiles, mas convenientes, y aun mas esenciales de nuestro estado... ¡Ah! dejad que los muertos entierren á los muertos: dejad al siglo los negocios, las ocupaciones y los entretenimientos del siglo, y atended al negocio sério de que estais encargados, que es el de seguir á Jesucristo, de adquirir y de anunciar su reino... El tercer peligro procede de la timidez y de la desconfianza... ¿Qué temeis vosotros? ¿pensais que buscando únicamente á Dios no os dará él la fuerza para llevar el peso que os carga? Él es el que os dice: *Andad.* Pues, ¿por qué os deteneis aun? Él es el que os dice: *Anunciad el reino de Dios;* ¿por qué callais vosotros? Anunciadlo predicando y exhortando; anunciadlo toda vuestra vida; muevan, persuadan, edifiquen todas vuestras acciones, vuestras palabras, vuestro aire y vuestra compostura. Lo pide así vuestro estado, y el mundo lo pretende tambien de vosotros... Dejad que los muertos entierren á sus muertos, dejad aquellos entretenimientos frívolos y de pura curiosidad, aquellos discursos mundanos y de pura disipacion: dejadlos al mundo y á sus secuaces, y en órden á vosotros, vuestro pensamiento y vuestra ocupacion sea por el reino de Dios; sea vuestro cuidado el anunciarlo, y el hacerlo gustar. ¡Ay de mí! ¡cuántas faltas sobre este particular tenemos que llorar y que corregir!

3.° *Ó sea antes ó sea despues de haberos empeñado, el medio de evitar todos estos peligros es considerar, y no olvidar jamás, el beneficio, la gloria y la felicidad de vuestra vocacion*... 1.° Considerad sin cesar el beneficio singular de la particular predileccion que Dios os ha mostrado, sin que vosotros lo hayais podido merecer, eligiéndoos entre otros muchos que le hubieran sido mas fieles que vosotros: á aquellos los ha dejado, y á vosotros ha enderezado la palabra diciéndoos: *Seguidme*... ¿Qué reconocimiento no pide de vosotros un tan gran beneficio? Si por desgracia rehusais corresponder á un tal amor ¡ah! temed que Jesús os abandone, y que por vuestra desobediencia llame á otros mas fieles que vosotros... 2.° Meditad la gloria de vuestra vocacion... En todo lo que se hace en el mundo ¿qué cosa hay mas

gloriosa que estar consagrados particularmente á Jesucristo, estar á él unidos, destinados únicamente á servirle, y asociados á su ministerio y á sus trabajos? ¿Qué vergüenza, pues, no quereros aplicar á un destino tan glorioso por atender solamente á cosas viles y terrenas, que delante de Dios no son de algun precio?... 3.° Llamad continuamente á vuestra memoria la felicidad de vuestra vocacion. ¡Oh! ¡y cuán grande es la diferencia entre dos personas de la misma edad, de la misma condicion, de las cuales una queda en el mundo, y la otra lo deja por obedecer á su vocacion! Al fin de una vida igualmente larga, ¡qué diferencia entre estas dos personas! ¡cuántos defectos, cuántas imperfecciones, y acaso cuántos pecados en la vida de la una! ¡cuántas buenas obras, cuántas virtudes, cuántos méritos en la otra! La misma diferencia se halla entre dos personas que han abrazado el mismo estado de perfeccion, de las cuales la una ha sido exacta, y la otra negligente en el cumplimiento de sus obligaciones. Pero ¡ay de aquel que habrá rehusado obedecer á una vocacion manifiesta de Dios! Su vida no podrá ser alegre jamás. La idea de su infidelidad lo seguirá por todas partes para atormentarlo, lo seguirá en sus placeres y en sus desórdenes, en sus venturas y en sus desgracias, lo turbará, lo oprimirá en el último momento. Y ojalá que á lo menos llegue á llorar su iniquidad para no ser condenado despues de muerto.

PUNTO III.

De la perseverancia en la propia vocacion, y el medio de perseverar.

«Y otro le dijo: Señor, yo te seguiré; pero permíteme que antes «vaya á dar disposicion de lo que tengo en mi casa. Y Jesús le di«jo: Ninguno que despues de haber puesto la mano al arado vuelve «á mirar hácia atrás, es bueno para el reino de Dios...»

1.° *Antes de empeñaros debeis renunciar á cuanto teneis*... Renuncia entera: bienes, riquezas, honras, placeres, compañías, país, familias; finalmente, el mundo con todo lo que tiene y con todo lo que promete. Vosotros, conforme al espíritu y al fin de vuestra vocacion. lo debeis dejar todo por obedecer á la voz de Dios, que os llama... Renuncia pronta: andad, pues, á vuestra casa, si teneis necesidad para disponer de todo; pero si este paso y estas disposiciones no son necesarias, no formeis de ellas un pretexto para diferir el obedecer... Renuncia animosa... No se os prohibe el sentir repugnancia en de-

jarlo todo, ni tampoco el tener sentimiento de ternura por las personas amadas, á quienes todo lo debeis; pero se os manda el hacer de vosotros mismos y de todos vuestros sentimientos un generoso sacrificio que os haga capaces de seguir á Jesucristo, de uniros á él, y de vivir en adelante solo por él.

2.° *Despues de haberos empeñado ya no podeis volver atrás la vista para considerar los objetos que habeis renunciado*... Una sola mirada puede hacer caer á tierra toda vuestra constancia, quitaros la corona de la perseverancia, y privaros del fruto de cuanto habeis hecho ya... mirada de accion, por la que se vuelve á coger una parte de lo que se ha dejado, se empieza á tratar con los parientes y con los amigos, se vuelve á entrar en el mundo y en sus compañías, se participa de sus alegrías, se gustan sus placeres, y viene á hacerse desabrido el propio estado... mirada de pensamiento, por la que frecuentemente se llama á la mente lo que se ha dejado, ó sea para fomentar la vanidad, exigiendo respetos y atenciones con el fin de ensalzarse sobre los otros, ó sea para persuadirse que ya se ha hecho mucho, y que nada queda que hacer... mirada de afecto, por la que se suspira lo que se ha dejado, se creen felices los que gozan de estos bienes de que vosotros os habeis despojado, se siente pena de haberlos renunciado, retracta el corazon su sacrificio, y cae en una especie de apostasía.

3.° *Ó sea antes, ó sea despues de haberse empeñado para perseverar, debeis fijar la vista delante de vosotros*... Cuando el agricultor ha puesto ya la mano al arado, no piensa en otra cosa que en dirigir y en adelantar su labor. Á su ejemplo, mirad delante de vosotros y ved el trabajo que habeis emprendido: vuestra santificacion y la de los otros, pasiones que mortificar, vicios que desarraigar, virtudes que practicar, la perfeccion y la union con Dios que habeis de adquirir. ¡Qué noble, qué santa ocupacion!... Mirad delante de vosotros, y veréis aquel que vosotros seguís, que habeis tomado por modelo y por guia; él no os desviará, ni os abandonará jamás. Mirad delante de vosotros, y ved el fin del trabajo que se acerca, la muerte que bien presto lo destruirá todo, el juicio que decidirá de todo, la eternidad que lo castigará y lo recompensará todo. Con esta mira fija y continua, no os extraviaréis, no os desanimaréis, ni os cansaréis.

Peticion y coloquio.

¡Ah! qué consolacion si puedo llegar á este punto antes que el mundo se acabe para mí! ¡Feliz y mil veces feliz, si reducido á este

término encuentro haber pasado mi vida en el servicio del Señor!... Concededme esta gracia, ó divino Jesús. Amen.

MEDITACION CLIII.

ELECCION Y MISION DE LOS SETENTA Y DOS DISCÍPULOS.

(Luc. x, 1-16).

Aprendamos aquí de Jesucristo : 1.° qué cosa es la predicacion evangélica; 2.° cuál es la desgracia de aquellos que la han desechado; 3.° cuál es su pecado.

PUNTO I.

De la predicacion evangélica.

1.° *¿Cuáles son los medios empleados por los discípulos de Jesucristo para convertir el mundo al Cristianismo?...* «Y despues señaló el «Señor otros setenta y dos; y los envió de dos en dos delante de sí «á todas las ciudades y lugares donde él estaba para ir, y les decia: «La miés ciertamente es mucha, mas los operarios pocos. Rogad, «pues, al Señor de la miés que envie operarios para su miés. Id; «mirad que yo os envio como corderos entre lobos. No lleveis ni «bolsa, alforja ni calzado; y á ninguno saludaréis por el camino. «En cualquiera casa que entráreis, decid primero: paz sea en esta «casa. Y si allí hubiese un hijo de la paz, descansará sobre él vues«tra paz, y sino, se volverá á vosotros, y permaneced en la misma «casa comiendo y bebiendo de lo que tienen; porque es debida al «operario su merced. No paseis de casa en casa. Y en cualquiera «ciudad en que entráreis y os recibieren, comed lo que se os pon«drá delante, y curad los enfermos que en ella hubiere, y decidles: «Se ha acercado á vosotros el reino de Dios...»

La mision de que aquí encarga Jesucristo á sus discípulos, como tambien aquella de que en otra ocasion habia encargado á sus Apóstoles, era solo un pequeño diseño de cuanto los unos y los otros debian hacer en el mundo entero despues de su resurreccion. Consideremos: 1.° *Su número*... Ellos eran en corto número, y tambien se separan quedando juntos dos solamente. En esto no hay cosa que pueda dar sospecha, ocasionar temor ó hacer violencia... 2.° *Su fuerza*... Esta es la de los corderos en medio de los lobos; esto es, una paciencia y una dulzura que se expone á todo, que á nada resiste, y que no solo sufre sin defenderse, sino tambien sin lamentarse... 3.° *Sus riquezas*... Ellos están despojados absolutamente de todas las

cosas, no teniendo ni alforjas, ni bolsa, y vestidos simplemente... 4.° *Su crédito*... Ni tienen amigos, ni protectores, ni deben pensar en procurárselos... 5.° *Su entrada en una ciudad ó en una casa*... Ella es toda pacífica; no anuncian otra cosa que la paz, y la dan á los que la aman... 6.° *Su manera de vivir*... Ella es tan simple, cuanto sus vestidos, sin andar buscando buenas comidas, y sin afectar austeridad... 7.° *Sus talentos*... No tienen otra ciencia que la de Jesucristo, ni otra elocuencia que el decir que el reino de Dios está ya cercano, que el Mesías ha venido, y que es necesario hacer penitencia, y abrazar la ley... Finalmente *sus obras*... ¡Ah! estas son superiores á toda la naturaleza, y pueden venir solamente de un poder divino: sanar enfermos de cualquier género de enfermedad aunque sean oprimidos del demonio, y sanarlos en un instante sin algun remedio, con una sola palabra, y en solo el nombre de Jesucristo.

2.° *¿Qué efecto han producido estos medios?*... Con estos medios ha sido conocido sobre la tierra el solo Dios verdadero, y ha sido adorado su Hijo como un Dios solo con el Padre y con el Espíritu Santo: han sido creidos todos los misterios de su santa humanidad; han sido recibidos todos los dogmas que ha enseñado; se han abrazado todos los puntos de su moral, y se ha establecido el Cristianismo en el universo, y reina en él ya ha muchos siglos en el estado en que lo vemos... ¿En qué ha venido á parar aquella multitud de dioses adorados en todas las naciones? ¿Qué se han hecho sus templos, sus sacerdotes, sus altares? ¿qué sus protectores y sus defensores, los tiranos y los filósofos? Todo se ha desvanecido, y solos discípulos de Jesucristo son los que han obrado este cambiamiento, y con solos los medios que Jesucristo ha puesto aquí en sus manos. El hecho habla, subsiste, y no se puede negar. Si se han empleado algunos milagros, la obra es divina; si despues se niegan los milagros, ¿cómo se explica el hecho? Seria él mismo el mas maravilloso y el mas grande de todos los milagros... ¡Ah! qué felicidad estar en una religion tan santa, conocer su divinidad, practicar sus dogmas, y esperar sus recompensas!

3.° *¿Qué sentimientos nos debe inspirar el estado en que hoy dia se halla la Iglesia de Jesucristo, comparado con el que tuvo al principio?*... Conviene armarse aquí contra un falso escándalo que puede acaso turbar la piedad... Hay espíritus de un carácter duro, de un celo excesivo é inconsiderado; tal vez tambien enemigos secretos del Cristianismo que procuran continuamente oprimirlo. Se oyen estos siempre dar nuevas quejas y lamentarse de la prosperidad y del es-

tado florido en que se halla la Iglesia. El honor, las riquezas y la pompa que rodean el solio de los sucesores de los Apóstoles, los ofuscan y excitan sus lamentos. No comprenden que permaneciendo siempre el mismo espíritu de humildad y de despego de las riquezas, ha debido necesariamente mudarse el exterior. No distinguen ellos el estado de principio y de fundacion, del de un perfecto y cumplido establecimiento. No comparan la gloria actual de la Iglesia con los medios por los que ha llegado á ella. Se hacen motivo de escándalo lo que los debia arrebatar de admiracion. Quisieran ver hoy dia las cabezas de la Iglesia en el mismo abatimiento y en la misma desnudez exterior que los Apóstoles: deberian, pues, desear tambien que fueran perseguidos, que estuvieran sin nombre, sin letras y sin cultura. ¡Qué absurdo! Por mí, cuando veo la cabeza de los cristianos, el sucesor de san Pedro sentado sobre el trono de los Césares reinar en Roma, y de esta capital del mundo cristiano hacer oir su voz pastoral á todos sus pueblos del universo; cuando reflexiono sobre la manera con que se ha obrado este prodigioso cambiamiento, no puedo contenerme sin exclamar: Este es el dedo de Dios. Cuando confronto el esplendor y la magnificencia del Vaticano [1] con la oscuridad y con el horror de las prisiones Mamertinas [2]; cuando voy entre mí diciendo: El que ha gemido en estas horrendas cárceles está honrado en aquella soberbia basílica, y su sucesor habita en aquellos suntuosos palacios; la Religion misma que conducia secretamente algunos fieles á los piés del santo Apóstol, humillado debajo de las cadenas, ahora conduce públicamente todos los pueblos del mundo á los piés del Santo Padre, su sucesor brillante bajo el trireino: un tal aspecto, lo confieso, me arrebata, me transporta, y me penetra de respeto, de alegría y de reconocimiento: á este acontecimiento no temo de aplicar las palabras de la santa Vírgen en su cántico: «Hizo «obras de potencia con su brazo; disipó los soberbios con los pensa«mientos de su corazon; ha depuesto del trono los poderosos, y ha «exaltado los humildes...» ¡Ah! triunfad, santa Iglesia, y toda la gloria sea para vuestro celestial Esposo, que ha obrado tan grandes prodigios sobre la tierra, y hagan tambien fiesta, y triunfen con Vos vuestros verdaderos hijos.

[1] Lugar en que está la iglesia de San Pedro, y el palacio mas grande del Papa.

[2] Bajo del Capitolio donde estuvieron presos san Pedro y san Pablo, y muchos de los primeros Papas.

PUNTO II.

De la suerte infeliz de aquellos que han desechado la predicacion evangélica.

En el abuso que se hace de las luces y de las gracias de Dios, ó en el poco aprovechamiento que de ellas se saca, se pueden distinguir tres grados de malicia, á que corresponden tres grados de castigos.

1.° *El primer grado de malicia está representado en una ciudad que no quiere recibir los discípulos de Jesucristo*... «Pero en cualquiera «ciudad en que entráreis, y no os recibieren, saliendo por las pla«zas, decid: Hemos sacudido contra vosotros hasta el polvo que se «nos ha pegado de vuestra ciudad; con todo esto, sabed: que el «reino de Dios está próximo. Os digo que en aquel dia habrá me«nos rigor para Sodoma que para aquella ciudad...»

Este primer grado de castigo está reservado para aquellos que no quieren ser instruidos en la fe y en sus obligaciones; que están léjos para no oir los predicadores; que jamás meditan ni leen un libro espiritual, y que sofocan tambien en su corazon todas las luces y todos los buenos movimientos que excita la gracia en él. Mirad aquí cuál es el castigo que les está reservado: se retirará la luz de ellos, quedarán en su ignorancia, en sus prevenciones, en el olvido de Dios, y aun fuera de la Iglesia, si no han recibido ó si han abjurado la fe; y en el grande dia Sodoma será tratada con menos rigor, y los mas enormes pecados serán castigados menos severamente que esta repulsa de la luz, que este desprecio de la gracia, y que el pecado que se halla en esta voluntaria ceguedad.

2.° *El segundo grado de malicia está representado en las ciudades de Corozain y de Betsaida, en que Jesús habia hecho tantos milagros*... «¡Ay de tí, Corozain! ¡ay de tí, Betsaida! Porque si en Tiro y en Si«don se hubiesen hecho los prodigios que se han hecho en vosotras, «ya de gran tiempo sentados en cilicio y en ceniza, habrian hecho «penitencia. Pero en verdad, con menor severidad serán tratadas «en el juicio Tiro y Sidon, que vosotras.»

Este segundo grado de castigo está reservado para aquellos que, instruidos á pesar de su repugnancia, y colocados en medio de la luz, no ignoran la ley, ni las obligaciones que esta les impone; y con todo eso viven como si no supiesen en qué manera deben vivir: se abandonan á sus pasiones y á los deseos desarreglados de su co-

razon: tienen á lo mas una fe muerta y sin obras; y conservan solamente de la devocion y de la piedad algunas apariencias postizas y algunas prácticas de ceremonia. No conocen estos ni mortificacion, ni penitencia: braman al solo oirlas nombrar, y se imaginan que estas virtudes no se han hecho para ellos; pero en el gran dia, Tiro y Sidon, los paganos y los idólatras les darán en rostro con su propia ingratitud y con su propia necedad, y su castigo será infinitamente mas severo que el de estas ciudades paganas.

3.° *El tercer grado de malicia está representado en la ciudad de Cafarnaum, en que Jesús hizo su ordinaria demora por todo el tiempo de su predicacion...* «Y tú, Cafarnaum, ensalzada hasta el cielo, serás sumergida hasta el infierno...»

Este tercer grado de castigo es el propio de aquellos que, favorecidos de gracias mas singulares, llamados á un estado mas perfecto, olvidan la santidad de sus empeños por pasar una vida del todo profana. Exaltados hasta el cielo por la excelencia de su vocacion, se arrastran sobre la tierra con costumbres en nada diferentes de las de los mundanos; y estos serán precipitados en el infierno bajo los mas grandes pecadores. Soberbios por la elevacion de su estado, piensan solo en mantener su vanidad, sin tener cuidado alguno de corresponder á su vocacion, ó de cumplir fielmente sus obligaciones. No advierten el abismo que se van cavando, y que será tanto mas profundo, cuanto mas elevado era su estado. ¡Ah! ¡ay de mí, que he recusado tantas gracias, y de otras tantas he abusado! Ciudades ingratas, endurecidas, impenitentes, ¡vosotras sois mas culpadas que las ciudades paganas, y mas aun que vosotras lo soy yo! Penitencia, pues, alma mia; penitencia en el saco y en la ceniza; penitencia exterior, penitencia interna; este es el solo camino que te queda para calmar la cólera de tu Dios justamente irritado contra tí.

PUNTO III.

Del pecado de aquellos que han desechado la predicacion evangélica.

«El que os escucha á vosotros, me escucha á mí, y el que á vosotros desprecia, me desprecia á mí, y el que me desprecia á mí, desprecia á aquel que me envió...»

Esta sentencia de Jesucristo se extiende á todos los tiempos: ella mira la sucesion de la mision, como la mision misma, y es igualmente verdadera, aplicada á los que presentemente nos enseñan, co-

mo cuando la aplicó él mismo á los que entonces envió á enseñar. Tal es, pues, el órden de la fe; tal es la consolacion de los fieles; tal es el pecado de aquellos que desprecian la voz de los que Dios les ha dado por guia.

Lo 1.° *Este es el pecado del impío y del deista*... Él no quiere otra religion que la natural; va inmediatamente á Dios, lo adora, y desprecia todo lo demás como supersticion. Pero ¿toca á él, por ventura, el regular el culto debido á Dios? Si Dios quiere ser honrado en su Hijo, ¿no es un despreciar al Padre el despreciar al Hijo? Por eso es despreciado del Padre el impío que desprecia al Hijo: queda sumergido en una profunda ignorancia; no sabe lo que deba hacer ó evitar en este mundo, ni lo que deba temer ó esperar en el otro; es incesantemente el ludibrio de sus propios pensamientos, que se mudan á cada momento, y no cesarán de atormentarlo, hasta que caiga en las manos vengadoras del Dios que ha despreciado.

Lo 2.° *Este es el pecado del judío*, el cual cerrando los ojos á los prodigios de la venida de Jesucristo y del establecimiento de su Iglesia, hace profesion de creer á las promesas de Dios, y rehusa creer el cumplimiento que ve con sus ojos. Espera al Mesías que Dios ha prometido, y desecha al que Dios le ha dado... ¿Esto no es un despreciar al Dios mismo que se gloria de adorar?

Lo 3.° *Este es el pecado del cismático y del hereje*. Están ellos al presente sujetos á sus pastores; se glorian de conocer á Jesucristo, y por medio de él de adorar al Padre; pero suban hasta el orígen de su secta, y encontrarán por cabezas hombres que han despreciado la enseñanza de la Iglesia y la voz de los legítimos pastores, que tambien han despreciado á Jesucristo y el órden del culto que ha establecido él sobre la tierra, y que por consiguiente han despreciado á Dios, de quien ha sido enviado Jesucristo. Los que al principio se unieron á estas cabezas se hicieron cómplices de su desprecio; los que presentemente los siguen no hacen otra cosa que continuar y perpetuar este desprecio[1], y hacerse culpables de todos los delitos que incluye.

Pero nosotros católicos, seguros de la fe que profesamos, de la disciplina que seguimos, del culto que tributamos, subiendo hasta nuestro orígen, llegamos hasta los Apóstoles, hasta Jesucristo, hasta Dios, cuya voz escuchamos, escuchando la de nuestros pastores. Gozan los fieles de esta consolacion en el órden de la fe, escuchando á sus pastores; en el órden natural, escuchando á sus padres y á sus madres, maestros y demás que los gobiernan; en el órden religio-

so, escuchando á sus superiores; en el órden civil y político, con obedecer al príncipe, á los magistrados y á las leyes.

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, ¿qué sumision he tenido hasta ahora á las órdenes de aquellos que Vos habeis establecido para que me manden? ¿No soy yo culpable de este desprecio que recae sobre vuestro divino Hijo, y hasta sobre Vos mismo? ¡Ah! Señor, dadme Vos aquella confianza y aquella simplicidad, aquella docilidad y aquella fidelidad tan necesarias para sacar provecho de las verdades que Vos me habeis enseñado, ó que se me han enseñado de parte vuestra. Amen.

MEDITACION CLIV.

VUELVEN LOS SETENTA Y DOS DISCÍPULOS.

(Luc. x, 17-24).

El Evangelio nos enseña aquí: 1.° cuál fue el júbilo de los discípulos; 2.° cuál fue el júbilo de Jesucristo; 3.° cuál debe ser el júbilo de los cristianos.

PUNTO I.

Del júbilo de los discípulos.

1.° *Júbilo justo...* «Y los setenta y dos *(discípulos)* se volvieron «alegremente, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en «tu nombre...»

¿No era, de hecho, cosa verdaderamente admirable que hombres, cuales eran los discípulos, tuviesen autoridad para mandar á los demonios, y que estos espíritus orgullosos se hallasen obligados á obedecer á solo el nombre de Jesús? Los que trabajan en la salvacion de las almas con celo, con fervor y en el nombre de Jesús, experimentan frecuentemente esta santa alegría que recompensa abundantemente sus fatigas. Ven con admiracion y con humildad los demonios mas obstinados ceder al nombre de Jesús, los corazones mas endurecidos convertirse, reconciliarse, restituir los bienes ajenos, y renunciar á los placeres de la carne por abrazar el rigor de la penitencia.

2.° *Júbilo aumentado con la revelacion de Jesucristo...* «Y les di«jo: Yo veia á Satanás caer del cielo como un rayo...»

Con esta figura declara Jesucristo á sus discípulos, que la potestad del demonio está ya destruida, que su reino se acabó ya, y que le sucede el reino de Dios. Con esto les anunciaba, por mas que ellos

no lo conociesen entonces, que el culto de los demonios se debia aniquilar, y se habia de desterrar de la tierra la idolatría, que el culto del verdadero Dios seria recibido en todos los lugares, y el nombre de Jesús conocido, adorado é invocado de todas las naciones... ¡Qué júbilo para nosotros al ver el cumplimiento de esta prediccion! ¡Qué confianza no debemos tener en el santo nombre de Jesús contra la potencia de los demonios! Pero ¿cuál seria nuestra desgracia, si el demonio echado del cielo y de la tierra hallase un asilo en nuestro corazon; si destruidos sus templos y sus altares los encontrase hoy en nosotros; si viniese á ser adorado en el secreto de nuestra alma; si detestándolo con la boca lo sirviésemos aun con nuestras obras, con nuestros pensamientos y con nuestros deseos?

3.° *Júbilo confirmado para en adelante*... «Veis aquí que yo os he «dado potestad de pisar las serpientes y los escorpiones, y sobre to-«do el poder del enemigo, y ninguna cosa os hará mal...»

Muchos Santos, como san Pablo [1], se han servido de este poder literalmente. La Iglesia tambien se sirve de él por medio del agua bendita en sus exorcismos y en sus bendiciones. Pero este poder, tomado de este modo, es solo la figura de un poder mas sublime, que pone en seguro la Iglesia de Jesucristo de todos los asaltos del demonio, sin que jamás ni la persecucion, ni el libertinaje, ni el cisma, ni la herejía puedan conmover los fundamentos sobre que está edificada. Todos sus hijos participan tambien de este poder, en cuanto que ni las tentaciones de la carne, ni las insidias del demonio, ni los escándalos de los hombres podrán dañar á aquellos que invocan el nombre de Jesús, y colocan en él toda su confianza.

4.° *Júbilo dirigido hácia otro objeto*... «Con todo eso no querais «alegraros porque están sujetos á vosotros los espíritus, sino ale-«graos porque vuestros nombres están escritos en los cielos...»

Es laudable el júbilo que produce el éxito feliz de lo que se emprende por Dios; pero puede ser peligroso, si nos paramos demasiadamente en él. Debemos reflexionar mas á lo que Dios ha hecho por nosotros y á lo que ha padecido por nuestra salvacion, que á lo que hace por nuestro medio para la salvacion de otros. Debemos con mayor razon desterrar de nuestro corazon todo júbilo frívolo ó pecaminoso, que vendria excitado solamente de acaecimientos humanos, de felicidades temporales, ó de culpas afortunadas... ¡Ah! no os alegreis porque vuestros nombres estén escritos entre los grandes, entre los sábios, entre los ricos del siglo; porque estén escritos en la

[1] Act. XXVIII, 3.

lista de los honores, de las dignidades, del favor de los príncipes de la tierra; sino alegraos, y llenad vuestro corazon y vuestro espíritu de un júbilo inefable, porque vuestros nombres están escritos en el cielo, porque vosotros estais en la lista de los cristianos y de los católicos, de los sacerdotes, de los religiosos, de los penitentes, de los amigos de Dios, de los hijos de María; en esto debeis ocupar continuamente vuestro espíritu. Suerte infinitamente dichosa, si fieles á vuestra vocacion sabeis manteneros y conservaros en el libro de la vida, y no hacer cosa por la que merezcais ser vergonzosamente borrados.

PUNTO II.

Júbilo de Jesucristo.

1.° *Su júbilo es en Dios su Padre, cuyos juicios adora y alaba...* «En la misma hora se regocijó por el Espíritu Santo, y dijo: Gloria «á tí, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra; porque has escondido «estas cosas á los sábios y á los prudentes, y las has manifestado á «los pequeñitos. Así es, ó Padre, porque así te agradó...»

Jesucristo estaba siempre animado del Espíritu Santo, cuya plenitud habia recibido como hombre, y del cual como Dios era principio juntamente con Dios Padre. Quiso en este momento manifestar á sus Apóstoles y á sus discípulos, y por ellos tambien á nosotros, los mas íntimos movimientos de su corazon. Se abandonó por esto á un santo transporte del espíritu que lo animaba; y manifestando los sentimientos de su júbilo, exclamó, como ya habia hecho en una ocasion cuási semejante[1]: Ó Dios mio, Señor absoluto del cielo y de la tierra, reconozco que Vos escondeis y habeis escondido vuestras santas verdades á los sábios y á los prudentes del siglo, para revelarlas á los pequeños, á las almas humildes é inocentes. Sí, ó Padre mio, adoro vuestros juicios, y reconozco la equidad y la sabiduría de ellos. Vos así lo habeis querido, así lo habeis ordenado, así será. Yo consiento, y lo ratifico. Seais para siempre bendito... ¡Ah! entremos tambien nosotros en los sentimientos del corazon de Jesús; porque para esto justamente nos lo manifiesta: alabemos á Dios, bendigamos á Dios por la justicia que ejercita sobre los orgullosos, y por la bondad que usa para con los humildes... Hagámonos nosotros humildes, y con la inocencia de nuestras costumbres, con la simplicidad de nuestra fe, merezcamos entrar en el número de aquellos pequeños, á quienes quiere Dios comunicarse.

1 Matth. XII, 26.

2.° *El júbilo de Jesucristo está en su santa humanidad, reconociendo que todos sus dones vienen de Dios su Padre*... «Todas las cosas «me son entregadas por mi Padre. Y ninguno sabe quién es el Hi-«jo sino el Padre; ni quién sea el Padre sino el Hijo, y aquel á quien «lo quisiese revelar el Hijo...»

Los dones que ha recibido Jesucristo de Dios su Padre son: 1.° Un poder ilimitado sobre todas las criaturas... 2.° Una dignidad que hace que él sea Dios, subsistente en la persona del Verbo, verdadero Hijo de Dios, no teniendo otro que á Dios por Padre en el tiempo y en la eternidad; dignidad tan sublime, que solamente Dios mismo es el que conoce este misterio y toda la grandeza de Jesucristo su Hijo... 3.° Luces proporcionadas á su dignidad y á su poder, por las cuales tiene imágenes secretas y conocimientos tales de Dios su Padre, que ningun otro puede tener fuera de él. Por esto la ciencia de los Profetas, el poder de Moisés, la dignidad de Aaron, de los Reyes y de los Patriarcas, todo esto es nada en comparacion de la dignidad, del poder y de los conocimientos de Jesucristo: aquellos eran siervos, este es el Hijo de Dios. Cuanto á los Ángeles del cielo, Dios ha dicho: Este es mi Hijo, todos lo adoren. ¡Ah! ¡y cuál debe ser nuestro júbilo por tener una Cabeza tal, un tal Maestro, un tal Salvador!

3.° *El júbilo de Jesucristo está en su Iglesia, á la cual comunica todos sus dones*... «Sino aquel á quien lo quisiese revelar el Hijo...»

Jesucristo comunica á su Iglesia todos los dones que ha recibido de Dios su Padre, como si solo los hubiese recibido por nosotros y para nosotros. Le comunica su poder, concediéndole el don de los milagros y la potestad de atar y desatar... sus luces, dándole el don de la fe... su grandeza, humillándose y sacrificándose por nosotros, uniéndose á nosotros, hasta hacer que seamos adoptados por su Padre [1], hasta llamarnos sus hermanos, hasta querer hacerse una misma cosa con nosotros; y esto lo obra en nosotros por medio de los Sacramentos, y principalmente por el del Bautismo y el de la Eucaristía. Esto es lo que hace el júbilo de Jesucristo; esto es, podernos comunicar todos sus bienes. Esto es lo que la hace regocijarse en el Espíritu Santo... ¡Oh y cuán grande es Jesús! ¡oh y cuán bueno! ¡oh y cuán amable por este duplicado título! ¿Cómo podrémos nosotros agradecer bastantemente á Dios el habernos dado su Hijo, y dándonoslo habernos dado todas las cosas con él [2]? ¿Cómo

[1] Hebr. II, 11. — [2] Rom. VIII, 32.

podrémos agradecer dignamente á este amable Hijo haberse dado todo de este modo á nosotros?

4.° *El júbilo de Jesucristo está en cada alma fiel que se dispone á estas divinas comunicaciones*... «Sino aquel á quien lo quisiese revelar el Hijo...»

Jesús es Señor de sus dones; los comunica á quien le agrada, en el tiempo y en el modo que le agrada... Pero muchas veces sucede que nosotros mismos nos privamos de estas íntimas comunicaciones por nuestra culpa, por nuestra inconstancia, por nuestra disipacion. ¡Ah! reconozcamos por lo menos ahora nuestro defecto, y lloremos las pérdidas que hemos hecho; volvamos á nuestro Salvador, supliquémosle, y procurèmos serle en adelante un motivo de júbilo y de triunfo.

PUNTO III.

Del júbilo de los cristianos.

«Y vuelto á sus discípulos dijo: Bienaventurados los ojos que ven «lo que vosotros veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes «desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oir lo que oís, «y no lo oyeron...»

Nuestro júbilo debe estar en el beneficio especial de nuestra vocacion para comprenderlo bien, y sentir todo su precio. No dejemos de compararnos á tantos otros menos favorecidos de Dios, porque esta comparacion, bien léjos de ensoberbecernos, sirve muchísimo para aumentar nuestro reconocimiento, excitar nuestra vigilancia, y humillarnos.

1.° *Respecto al tiempo de nuestro nacimiento, comparémonos con aquellos que nacieron y que vivieron antes de la venida de Jesucristo*... La tierra entonces cubierta de tinieblas, manchada de pecados y de idolatría, presentaba solo un espectáculo espantoso. El conocimiento del verdadero Dios estaba como desterrado en un ángulo de la tierra y en sola la nacion de los judíos. Los Justos, los Patriarcas, los Profetas, y los santos Reyes de este pueblo escogido suspiraban la venida de aquel por el cual el mundo entero debia ser rescatado, instruido y santificado. Ahora, lo que estos Santos no pudieron ver lo vemos nosotros con nuestros ojos: el culto de Dios y de su Cristo establecido en todas las naciones; el Cristianismo esparcido en toda la tierra, haciendo cada dia nuevos progresos, anunciado á los pueblos mas remotos y mas bárbaros. Lo ve el judío mismo; pe-

ro con ojos que ninguna cosa es capaz de abrirlos: lo ve; pero como vió al Mesías que crucificó: lo ve, no para rendirse á la verdad, sino para ser una prueba de ella, y confirmarla al mismo tiempo que la combate.

2.° *Respecto al lugar de nuestro nacimiento, comparémonos con aquellos que han nacido en países de infieles...* Hay aun muchos pueblos sumergidos en la mas deplorable ceguedad, de los cuales unos no quieren oir hablar del Cristianismo, en medio del cual viven, como los mahometanos; otros lo sufren algunas veces, y otros lo persiguen, como el reino del Oriente; otros finalmente lo ignoran aun, y no se les puede anunciar sino con el andar del tiempo, como son muchas naciones desconocidas y salvajes. ¿Cuál es, pues, nuestra dicha de haber nacido en el Cristianismo, en un país en que reina, y donde, por decirlo así, hemos mamado con la leche las instrucciones saludables? El impío en vez de tomar de aquí un motivo de reconocimiento por un beneficio tan singular, toma un motivo de escándalo, un motivo de incredulidad: en vez de aprovecharse de él, y agradecerlo al Señor, se sirve de él como de un pretexto para acusar al Criador, y desechar el don que le presenta. ¡Insensato! ¿te toca á tí, por ventura, penetrar los secretos de la divina Providencia? ¿temes, acaso, que el Señor no pueda justificar la equidad de sus juicios? ¿Es acaso tal tu conducta en la abundancia de los bienes temporales? ¿Te privas tú acaso de ellos, porque otros muchos están privados? ¿Abusarás tú siempre de tu razon, y seguirás solo el instinto que te es comun con las bestias? ¡Ah! nosotros somos mas fieles; damos gracias á Dios con una santa alegría y con el mas sincero reconocimiento.

3.° *Respecto de la familia de que hemos nacido, comparándonos con aquellos que no han nacido católicos...* Muchas familias, y aun muchos Estados, reteniendo el nombre de cristianos, han roto la union con la Iglesia y han desechado la fe. ¡Qué favor para nosotros haber nacido en su seno! Nosotros vemos esta Iglesia, fundada por Jesucristo y por sus Apóstoles, subsistir ya cuási por dos mil años; siempre la misma, siempre reunida bajo la misma cabeza, siempre asaltada, y siempre victoriosa. Nosotros vemos la cruz de Jesucristo enarbolada y adorada públicamente; el sacrificio de su muerte cada dia renovado; administrado el Sacramento de su cuerpo y de su sangre. Nosotros lo vemos á él mismo bajo las santas especies, presente á nuestra fe, expuesto á nuestra vista, presentado á nuestra boca, reposar sobre nuestra lengua, y comunicarse á nuestro co-

razon... ¡Oh bienaventurados los ojos que aclarados con la luz de la fe gozan de un tan tierno espectáculo!

4.° *Respecto á nuestra particular vocacion, comparándonos con aquellos que han recibido solamente la vocacion comun...* Si Dios nos ha hecho la gracia de llamarnos y hacernos entrar en el estado eclesiástico ó religioso, en alguna comunidad ó casa separada del mundo; si en el mundo mismo nos hace seguir una vida retirada, regular, distante del mundo y de su corrupcion, ¡cuál debe ser nuestro júbilo, y por cuán dichosos nos debemos reputar! ¡Cuántas instrucciones oimos, cuántas luces recibimos, que no oyen ni reciben la comun y mayor parte de los hombres! ¡Cuántos ejercicios piadosos, cuántos ejemplos virtuosos vemos nosotros que los mundanos no ven! ¡Cuántas verdades de que nos sustentamos, cuántos misterios que gustamos, y que el mundo muestra ignorar enteramente! ¡Qué bondad de Dios para con nosotros! Alegrémonos de tantos beneficios; démosle infinitas gracias á aquel que es el Autor; pero no nos olvidemos de que un dia se nos pedirá rigurosísima cuenta.

Peticion y coloquio.

Sí, ó Señor, yo os rendiré un continuo homenaje de amor y de reconocimiento por todos los beneficios de que me ha favorecido vuestra misericordia del todo gratuita, y especialmente porque me habeis descubierto los misterios de vuestro reino. ¡Oh y cuán grande es esta gracia! ¡cuán perfecta! Vos, ó Jesús mio, la habeis pedido en particular por mí, y para mí la habeis obtenido; Vos habeis dado las gracias á vuestro Padre por habérmela preparado y concedido. Á las vuestras uniré yo las mias: agradeceré por medio de Vos á Dios el Padre, que todo me lo ha concedido en Vos. Hacedme gustar de tal suerte las cosas santas que Vos me habeis revelado, que en adelante no busque ya otra consolacion que las que ellas inspiran. Amen.

MEDITACION CLV.

JESÚS ES PREGUNTADO POR UN DOCTOR DE LA LEY.

(Luc. x, 25-29).

DE LA LEY DE DIOS.

Nosotros vemos aquí en qué consisten el estudio, el compendio, la práctica y la dificultad de la ley de Dios.

PUNTO I.

Estudio de la ley de Dios.

«Y alzándose un cierto doctor de la ley para tentarlo, le dijo: «Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?...»

Viendo este doctor la alta reputacion que se habia adquirido Jesucristo en toda la Palestina, quiso ponerlo á la prueba, examinar á fondo su capacidad, y procurar el modo, ó de embarazarlo, ó de hacerle decir alguna cosa que pudiese volverse contra él... Fue justamente en dia de sábado, y en ocasion que Jesús enseñaba al pueblo en la sinagoga, cuando este doctor se alzó en medio de la asamblea, y propuso una pregunta indeterminada y general, á la cual no era tan fácil dar una respuesta cumplida y precisa. Pero Jesús, por no empeñarse con él, y para dejar que su mismo adversario propusiese, «le respondió: ¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Có«mo lees tú?...» ¡Cuántos hacen aun ahora la misma pregunta de este doctor de la ley! Se les oye decir algunas veces: quisiera yo ciertamente saber qué cosa se deba hacer para salvarme. ¿Qué es lo que se debe hacer para ser salvo? ¡Preguntas vanas y abusivas! ¡como si no lo supiésemos, como si Dios nos lo dejase ignorar, como si no tuviésemos su ley! Pero respecto de esta santa ley, hé aquí nuestra culpa.

Lo 1.° *Nosotros no la leemos*... Ni menos vamos á oir á aquellos que están encargados de anunciárnosla y de explicárnosla. De hecho, pregúntese á algunos ¿qué se necesita hacer para salvarse? ¿qué es lo que está escrito en la ley de Dios á este propósito? ¿qué dice el Evangelio sobre esta importante pregunta? ¿qué os dicen las reglas de vuestro estado? ¿qué dicen los padres y maestros de la vida espiritual? ¡Ay de mí! nada se sabe, nada se lee, y con todo eso se trata de obtener una vida eterna, de evitar una muerte eterna, y entre tanto se vive en la indiferencia. Se leerá un libro que trate de la manera de conservar la propia salud, de mantener la propia be-

lleza, ó que proponga medios de enriquecerse; y se omiten despues aquellos que tratan de la salvacion, y que enseñan los medios de procurarse una vida y una felicidad eterna. Jamás cae en las manos de algunos el gran libro de la doctrina cristiana, y muchos, porque están ya en una edad avanzada, creen hacerse una grave injuria en volver á leerlo; y llegan despues al fin de su vida doctos en otras muchas materias, pero ignorantes hasta de los principales misterios de la religion católica: para con otros muchos es como una muestra de ánimo vil, de un humor tétrico, y una propiedad de personas ociosas el atender á la leccion de los libros espirituales y de las máximas evangélicas... ¡Oh funesto olvido! ¡oh deplorable ceguedad! ¡Ah! comencemos desde ahora á señalar algun tiempo en la distribucion de nuestra vida para la leccion espiritual; no pasemos dia alguno sin leerla; elijamos con el consejo de un director iluminado los libros que convienen á nuestra situacion y á nuestro estado, y que no estén prohibidos por la Iglesia. Vosotros, entre tanto, padres y madres, advertid la obligacion gravísima en que Dios os ha puesto de instruir á vuestros hijos en la Religion, no desdeñándoos de estudiar la ley de Dios para enseñarla á ellos: de este modo será cristiana la educacion que les daréis, y no solo se criarán dignos hijos de la santa Iglesia, sino tambien fieles y honestos ciudadanos.

Lo 2.° *Nosotros leemos mal la ley de Dios*... «¿Cómo lees tú?...» Esta es una pregunta que se nos puede hacer, en un sentido diverso del que Jesucristo la hace al doctor. Si se lee la ley de Dios, se lee por uso, por costumbre, con negligencia, con precipitacion, con náusea, y únicamente por dar á entender haberla leido y haber satisfecho á esta obligacion. Se recorren rápidamente algunas páginas sin reflexionar lo que se lee, y sin aplicárselo, sin pensar en las ocasiones y en la manera de practicarlo. Se lee por vanidad, para saber lo que contienen los libros santos y los libros de piedad, y poder hablar de ellos para adquirir conocimientos y adornar su espíritu, y para recoger hechos y pensamientos con que poder lucir presentándose la ocasion: esto es lo que se busca en estos libros, y no ya el instruirse en sus propias obligaciones y en la voluntad de Dios... Se lee por impiedad, con espíritu de crítica y de censura; se desprecia el estilo; se van buscando dificultades y contradicciones; se fomentan las propias dudas; la irreligion echa profundas raíces, y los propios prejuicios se confirman: todo se interpreta segun el propio capricho, todo se aplica en favor del error de que se está pre-

venido, y solo se retiene lo que parece propio para combatir la Religion y la Iglesia. ¡Lecciones estériles, profanas é impías!

Lo 3.° *Nosotros leemos todo lo que es contrario á la ley de Dios...* «¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Cómo lees tú?...» Si se trata de la ley de Dios, nosotros nada sabemos; pero si se trata de todo aquello que es contrario á la ley de Dios, lo sabemos todo: romances, comedias, tragedias, libelos satíricos é infamatorios, obras de impiedad y de impudicicia, libros contra la Religion y las costumbres, contra la Iglesia, contra los príncipes, contra el Estado: hé aquí los libros que cada dia, ahora mas que nunca, corren por las manos de toda suerte de personas, sin que el ejemplo y la autoridad del príncipe, y la vigilancia de las leyes puedan contener su curso. Para leerlos se halla siempre tiempo, para comprarlos hay siempre medios, para encontrarlos se usa toda la diligencia y la industria posible; pero para los libros de piedad todo esto falta. ¡Ah! ¿y nos ha puesto Dios sobre la tierra para esto? ¿Es este el uso que hacemos de la vida que Dios nos ha dado? Pero ¡ay de mí! cuando citados á su tribunal nos haga él mismo esta pregunta: *¿Qué has leido?* ¡Cuál será nuestra sorpresa, nuestra desesperacion y nuestra vergüenza!

PUNTO II.

Compendio de la ley de Dios.

«Él respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu co- «razon, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu «espíritu, y á tu prójimo como á tí mismo...» Tal fue la respuesta que el doctor dió á Jesucristo, y que Jesucristo aprobó: tal es el compendio de la ley de Dios en que todo se incluye.

1.° *Aquel ama á Dios con todo su corazon...* que nada ama mas que á Dios, nada igualmente que á Dios, nada sino con la mira á Dios y por Dios; que está dispuesto á perder, á dejar y á sacrificarlo todo por agradar á Dios antes que ofender á Dios: el que no tiene en su corazon otro amor ú odio, otro deseo ó temor, otra inclinacion ó aversion, que por respeto á Dios y segun Dios.

2.° *Aquel ama á Dios con toda su alma,* que está dispuesto á dar su vida por Dios, á sufrir toda suerte de tormentos, y á privarse de toda suerte de placeres, antes que perder la gracia de Dios: el que por agradar á Dios cierra, en cuanto le es posible, la entrada en su alma á las impresiones que le pueden hacer los sentidos: el que desecha todas aquellas que podian desagradar á Dios, y regula todas las que en sí recibe segun la voluntad y el agrado de Dios.

3.° *Aquel ama á Dios con todas sus fuerzas,* que por la gloria de Dios no perdona á fatiga, á trabajos, á penas: el que le sacrifica su tiempo, su cuerpo, su salud, su reposo: el que emplea en el servicio de Dios sus bienes y sus talentos, su poder, su crédito y su autoridad.

4.° *Aquel ama á Dios con todo su espíritu,* que se aplica á conocer á Dios y su voluntad: el que recibe con respeto y sumision las verdades que Dios ha revelado á los hombres, y nos enseña la Iglesia: el que estudia la ley de Dios, medita en ella los misterios, los preceptos y las recompensas: el que no estudia las ciencias profanas, sino cuanto es necesario para el servicio de Dios: el que no forma proyectos ó designios sino en órden á Dios, y por los intereses de su gloria: el que desecha de su espíritu, de su imaginacion, de su memoria todo pensamiento inútil y peligroso, toda idea capaz de mancharlo ó alejarlo de Dios, y llena todas sus potencias de todo lo que puede llevarlo á Dios y acrecentar su amor: el que no ve sino á Dios, no estima sino á Dios, no desea pensar en otra cosa que en Dios, ni entretenerse sino con Dios... ¡Ay de mí! ¡y cuán léjos estoy yo de esta perfeccion del amor divino! En mí todo está manchado y corrompido del amor de mí mismo y del amor de las criaturas... ¡Cuándo vendrá aquel tiempo, ó Dios mio, en que os amaré á Vos solo, en que mi corazon, mi alma, mi cuerpo y mi espíritu os estarán perfectamente sumisos, y podrán responderos que os amo!

5.° *Aquel ama á su prójimo, como á sí mismo,* que tiene por su prójimo aquella estima, aquel respeto, aquel amor, aquella benevolencia, aquellas atenciones, aquellas miras, segun su proporcion y su clase, que querria que otros tuviesen por él mismo: el que habla al prójimo ó del prójimo, como querria que otros hablasen de él mismo ó á él mismo: el que sufre sus defectos, esconde y excusa sus culpas, alaba lo que es laudable, sostiene sus intereses, y los defiende como querria que otros lo hiciesen por su respeto; y el que, finalmente, le hace todos los servicios efectivos que desearia que á él mismo le hiciesen... ¡Vasta materia de exámen y de reforma! ¡Grande motivo de dolor y de confusion!

PUNTO III.

Práctica de la ley de Dios.

1.° *Cuánto sea esta necesaria...* «Y *(Jesús)* le dijo: Bien has res«pondido; haz esto, y vivirás...» No basta, pues, responder bien, saber bien, enseñar bien, hablar y escribir bien; es necesario ha-

cer bien. ¡Ah! ¡cuántos se engañan en este punto! ¿No soy yo, por ventura, de aquellos á quienes dice san Pablo: Vosotros que enseñais á otros, no enseñaréis tambien á vosotros mismos? Vosotros haceis lo que decís que está prohibido, y no haceis lo que decís que está mandado.

2.° *En qué consista esta práctica...* En los ejercicios de la vida espiritual... Todo lo que despues del Evangelio nos enseñan los maestros de la vida espiritual, todos los ejercicios que estos nos ordenan, y todas las virtudes que nos mandan adquirir, se enderezan á hacernos practicar el gran precepto del amor de Dios y del prójimo. Oracion, meditacion, leccion espiritual, frecuencia de Sacramentos, victoria de las pasiones, mortificacion de los sentidos, maceracion de la carne, humildad, obediencia, despego de las cosas del mundo, dulzura, resignacion, paciencia, todo va dirigido á este punto de formar en nosotros el amor de Dios, de aumentarlo y de perfeccionarlo siempre mas, y hacernos familiar la caridad del prójimo. Este es el fin que debemos proponernos, y al que debemos aspirar en todas las cosas. Ahora, ¿cómo nos aplicamos nosotros á estos santos ejercicios? Si los omitimos, ¡ah! no nos admiremos que este amor de Dios y del prójimo no estén en nosotros, ó que si están, sean tan débiles y tan lánguidos, y cada dia mas próximos á apagarse. Pongamos, pues, mano á la obra, hagamos, obremos, comencemos.

3.° *Cuál sea su recompensa...* «Haz esto, y vivirás...» Vivirás en este mundo una vida espiritual, vivirás de una vida interior, de una vida de amor, de una vida deliciosa que recompensará abundantemente todas tus penas, de una vida que el mundo no conoce, y que tal vez es desconocida á los mismos que han abandonado el mundo; porque despues de haberlo abandonado no se han abandonado á sí mismos para amar á Dios solo... En la muerte misma vivirás, y cuando te será anunciada tu última hora, vivirás por un aumento de júbilo y de consolacion, y por los dulces transportes de una esperanza llena de inmortalidad: finalmente vivirás en la feliz eternidad, en las delicias del amor divino, perfecto y consumado. Ahora, ¿puede nuestro corazon estar frio é indiferente á la proposicion de una recompensa tan noble, tan deliciosa y tan duradera?

PUNTO IV.

Dificultades sobre la ley de Dios.

Viendo el doctor que Jesucristo le habia hecho responder á él mis-

mo á la pregunta que propuso, se halló cogido y embarazado; y para no mostrarlo y hacer ver que él habia tenido razon de proponer esta pregunta... «queriendo justificarse á sí mismo...» se empeñó en examinar este punto, proponiendo una nueva dificultad, como si fuese una cosa muy grave y difícil en la ley de Dios... «Dijo «á Jesús: y ¿quién es mi prójimo?...» ¡Oh, y cómo en esta salida se declara y echa bien de ver el espíritu de orgullo y de indocilidad, de antipatía y de celos, de disputa y de sutileza! ¡Ay de mí! ¡cuántas disputas se mueven entre nosotros sobre este precepto del amor de Dios, disputas que han iluminado menos el espíritu, que ofendido el amor de Dios mismo y el del prójimo! ¿No se podria decir á estos eternos habladores, dejad de una vez todas vuestras sutilezas, y aplicaos á amar á Dios con todo vuestro corazon; á esto, en cuanto os será posible, inducid, y exhortad y animad á los otros? Pero no: quieren disputar y hacerse valer, embrollando los unos y los otros. Piden que en esta ley se les distinga lo que es de precepto y de consejo, lo que es de precisa necesidad y lo que es de perfeccion; y si alguno lo emprende, ¡oh y cuántas y cuán vanas é insidiosas preguntas le van echando en cara estos temerarios! Si les respondeis que vos sobre esto os ateneis á las decisiones de la Iglesia, que aprobais lo que ella aprueba, y condenais lo que ella condena; no obstante que este sea el camino mas breve y mas seguro, el mas tranquilo é iluminado, no callarán aun; os preguntarán: ¿quién es esta Iglesia? ¿dónde se halla? ¿en quién reside, y en qué consiste? ¡Ah! no es difícil ver la Iglesia á los que no cierran los ojos; pero *queriendo justificarse á sí mismos*, no quieren jamás someterse, quieren disputar. ¡Ah! evitemos esta suerte de espíritus, que solo se deleitan en altercaciones, en disputas y en discordias. Vamos á Dios con simplicidad, y sirvámosle con alegría. Pidámosle su santo amor, y trabajemos por adelantarnos en él todos los dias.

Peticion y coloquio.

¡Ah! Dios mio, infundid en mi corazon este espíritu de amor, sin el cual no puedo ser verdaderamente justó ni eternamente feliz, sin el cual no podré jamás agradaros en este mundo ni poseeros en el otro. Haced que sean consagrados todos mis pensamientos y todas mis acciones á vuestro divino amor. Amen.

MEDITACION CLVI.

PARÁBOLA DEL SAMARITANO.

(Luc. x, 30-37).

DE LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO.

Consideremos aquí: 1.° la falta de caridad, y cuál es su orígen; 2.° la caridad del samaritano, y cuál fue su carácter; 3.° la caridad de Jesús para con nosotros, y cuál fue su profusion.

PUNTO I.

Del defecto de caridad, y cuál es su principio.

Habiendo el doctor de la ley preguntado á Jesucristo quién fuese el prójimo, y quién se debiese entender bajo de este nombre, le respondió Jesús con esta parábola, la cual instruyendo á este doctor de muchas verdades, lo forzó por la segunda vez á responder tambien él mismo á su propia pregunta... «Y Jesús tomando la pa«labra, dijo: Un hombre bajaba de Jerusalen á Jericó, y dió en «poder de unos ladrones, los cuales lo despojaron; y habiéndole «herido, se fueron, dejándole medio muerto; y sucedió, que pasó «por el mismo camino un sacerdote, y habiéndolo visto, pasó ade«lante; del mismo modo un levita llegando cerca de aquel lugar, «y viéndolo, tiró adelante...» Pintura natural de la poca caridad que reinaba entonces aun entre los sacerdotes y levitás del pueblo judáico. Pero en esta pintura ¿no nos reconocemos, por ventura, á nosotros mismos? La causa de la poca humanidad en nosotros, y de nuestra falta de caridad, ¿no proviene, acaso, de los mismos principios, ó antes bien de los mismos vicios que se reducen á los siguientes?

1.° *El orgullo*... Este hombre cubierto de llagas y moribundo era judío, de la misma nacion, de su misma ciudad; era su paisano. ¡Cuántos títulos unidos al de la naturaleza para empeñarlos á socorrerlo y aliviarlo! Pero este era un simple hombre, un hombre comun, desconocido, sin título y sin cualidad; y ellos eran sacerdotes, levitas, de una tribu honrada y distinguida entre las otras. Por tanto lo miraron todo á lo mas por un momento y por curiosidad. Hubiera sido envilecer su estado el detenerse mas, y siguieron su camino... ¿No se ven, por ventura, con ojo igualmente soberbio la miseria, la desnudez, las llagas, en una palabra, las necesidades de los pobres? Algunos ni aun se dignan de acercarse á es-

tos miserables, y aliviarlos á lo menos con palabras... ¿Qué, si fuese un grande, un hombre de distincion quien implorase nuestra asistencia? Volaríamos en su ayuda, en su socorro, y tendríamos á mucho honor el serles generosos; mas para aquel hombre de la hez del pueblo, ¿qué gloria no nos vendria de haberlo socorrido en su necesidad? ¡Ay de mí! ¿cuántas veces nos ha impedido el orgullo ejercitar obras de caridad para consolar un espíritu afligido, un corazon lleno de dolor, y para sanar llagas que acaso nosotros mismos hemos hecho?

2.° *El interés*... Este hombre habia sido robado, despojado, y no le quedaba ya cosa alguna. No podian aliviarlo de otro modo que á su propia costa, y sin esperar de él ni paga ni recompensa alguna; ¡oh! á este precio no se hace servicio alguno. Si se trata de una persona de quien se pueda esperar alguna cosa, cada uno solícito, afectuoso, liberal, generoso y aun pródigo, se ofrece á socorrerla. Pero ¿no hay cosa que esperar? Entonces nada se puede, nada se tiene, ni siquiera el tiempo y la comodidad de detenerse un momento... ¡Cuántas obras de caridad decimos nosotros que no podemos hacer, y que hiciéramos de buena gana si se tratase de una persona de quien dependiese nuestra fortuna!... Un semblante afable, una manera cortés, palabras dulces, servicios obligantes, nada de todo esto nos seria costoso, si encontrásemos allí nuestro interés; pero siendo sola la caridad la que nos lo manda, todo nos es imposible.

3.° *La dureza del corazon*... El estado de este hombre era verdaderamente digno de compasion. ¿Quién habria que pudiese verlo sin enternecerse? Pero fuera de que el orgullo y el interés hacen los hombres duros é insensibles á la miseria ajena, hay corazones que se han formado un hábito cruel de no enternecerse de cosa alguna. Nosotros no somos de cierto de este género, y en la presente ocasion nos habríamos movido á compasion; pero en otras ocasiones ¿no mostramos una semejante insensibilidad y dureza de corazon? ¿No vemos á nuestro prójimo en la afliccion, en la inquietud, y nosotros hacemos de esto befa; en la enfermedad, en los dolores, y nosotros lo motejamos; en el abatimiento y en la opresion, y nosotros lo insultamos? nuestras befas, nuestros motes satíricos lo ofenden, lo hieren, lo desesperan, y nosotros continuamos en afligirlo; y léjos de curarlo, como acaso nos seria fácil, añadimos llagas sobre llagas, sin darnos por sentidos, y aun nos gloriamos. ¡Ah! temamos que esta insensibilidad, que esta dureza que tenemos para con nues-

tro prójimo no recaigan sobre nosotros, y cierren para nosotros las entrañas de la misericordia de Dios, el cual ha prometido tratarnos como tratásemos á los otros.

4.° *El amor propio*... Este hombre no solo estaba en un estado bien digno de compasion, sino que tambien causaba horror, medio muerto, cubierto de sangre y de heridas. ¡Qué espectáculo para hombres llenos de amor propio y de delicadeza! Todo lo que cada uno de ellos pudo hacer, fue sufrir por un momento aquella vista, y pasar adelante... Los que se hallan necesitados de nuestro socorro, ofenden nuestra delicadeza y nos inspiran náusea; tienen los miserables enfermedades corporales y espirituales, son de humor melancólico y triste, tienen defectos, tienen modales que nos desagradan y que nos disgustan... Pues estos defectos son los que es necesario sufrir, estas repugnancias son las que conviene vencer, para ser verdaderamente caritativos. El tener celo y solicitud sólo para aquellos que nos agradan y para aquellos con quienes tenemos simpatía, no se llama caridad, es amor propio.

PUNTO II.

De la caridad del samaritano, y cuál fue su carácter.

«Pero un samaritano, que hacia su viaje, llegó cerca de él; y «viéndolo, se movió á compasion. Y se le acercó, le vendó las heri«dás, esparciendo sobre ellas aceite y vino; y poniéndolo sobre su «jumento, lo condujo á la posada, y tuvo cuidado de él. El dia si«guiente sacó dos denarios, y los dió al huésped, y le dijo: Ten «cuidado de él, y todo lo que gastares de mas, te lo daré á mi «vuelta...»

¡Admirable caridad! recojamos todos sus caractéres compendiados aquí por Jesucristo con tanta diligencia, y si me atrevo á decirlo, con tanta complacencia, para presentárnoslos en esta parábola.

1.° *Caridad universal*... No considera que este hombre miserable es un judío; no atiende á la antipatía que ocasionaba y ordinariamente ocasiona la diversidad de la nacion, de país y de religion: es un hombre, y esto basta para él.

2.° *Caridad compasiva*... No puede resistir al espectáculo de este judío herido y abandonado, sin moverse á compasion de él.

3.° *Caridad operante*... No se contenta con concebir estériles sentimientos, con hacer inútiles votos, y con desearle ó pedir para él

la asistencia de Dios. No obstante cualquiera precision que podia tener, se baja de su caballo ; y á pesar de cualquiera repugnancia que podia sentir, se acerca al miserable, lava sus llagas, le mitiga y endulza el dolor, y le restaña la sangre.

4.° *Caridad generosa*... Este samaritano se habia provisto de vino y de aceite, ciertamente para su uso ; pero su caridad le hace olvidar las propias necesidades, y se juzga afortunado por hallar en su abundancia con que socorrer la necesidad de un infeliz.

5.° *Caridad laboriosa*... No solo sacrifica lo que tiene para su propio uso, sino que se incomoda aun y se fatiga : pone al enfermo en su propia caballería, lo sigue á pié, y él mismo lo conduce hasta encontrar un alojamiento.

6.° *Caridad perseverante*... Aquí no lo abandona. Ó súfranlo, ó no lo sufran sus intereses, la necesidad de este desgraciado ha venido á ser su único interés. Toma de él un nuevo cuidado, le hace administrar cuanto necesita, y se está con él todo lo restante del dia y toda la noche siguiente.

7.° *Caridad próvida*... ¿Quién no creeria que este caritativo samaritano habia empleado toda su caridad, y cumplido con todas las obligaciones que podia ella señalarle? No, no está contento con esto, piensa aun para en adelante. La mañana siguiente, estando obligado á partirse, deja dineros al dueño del alojamiento para que tenga cuidado del herido... Le encarga que nada se ahorre, y que si lo que deja no basta, supla lo que faltare, prometiéndole que á su vuelta se harán las cuentas, y le pagará cuanto haya gastado de mas.

Despues de esta tierna pintura de la caridad, y que ciertamente le debió dar golpe al mismo doctor de la ley, le preguntó Jesucristo : «¿Quién de estos tres te parece que ha sido el prójimo de aquel «que dió en manos de los ladrones?...» No habia peligro de errar; el doctor se halló en la precision de responder... «Aquel que usó «con él misericordia...» Y Jesús le dijo : «Vé, y haz tú tambien «del mismo modo...» Tambien nos endereza á nosotros Jesucristo estas palabras : Vamos nosotros, pues, y hagamos como este piadoso samaritano. Seamos caritativos y benéficos con todo el mundo, sin distincion de país y de culto ; porque en su necesidad todo el mundo es nuestro prójimo, y tiene derecho á nuestra asistencia.

PUNTO III.

De la caridad de Jesucristo para con nosotros, y cuál ha sido su profusion.

No se puede leer la parábola del samaritano sin ver en ella el retrato del corazon de Jesús pintado por él mismo bajo los mas amables caractéres.

1.° *¿En qué manera ha venido á nosotros Jesucristo?*... El amor, no el acaso, fue el que lo ha conducido. Si ha sido caminante sobre la tierra, este gran viaje lo emprendió por nosotros. Sabia dónde estábamos, y desde lo alto del cielo bajó á nosotros. Sabia en qué estado estábamos, con qué crueldad nos habia tratado el demonio, de qué tesoros nos habia despojado, de cuántas llagas nos habia cargado, y que sin él íbamos á perecer en una muerte eterna. Sabia quién éramos nosotros; esto es, mas reos que miserables, que habíamos caido en un tan miserable estado solo por nuestra culpa, y ofendiéndolo, que éramos esclavos fugitivos y rebeldes, que actualmente teníamos las armas en la mano contra él, y que solamente pensábamos en matenernos en nuestra rebelion. Entonces justamente vino á nosotros, no para castigarnos, sino para salvarnos. No solo bajó del cielo á la tierra haciéndose hombre, sino tambien este Dios-Hombre ha sujetado su humanidad á todas nuestras flaquezas y á todas nuestras miserias, para traernos un socorro mas pronto y mas eficaz. Ha sanado nuestras llagas cargándose él de ellas; con tomar sobre sí nuestros débitos, los ha pagado; y con cargarse de nuestros pecados, los ha expiado y los ha purgado... ¡Oh amor divino, quién os podrá comprender!

2.° *¿Cómo nos trató Jesucristo mientras estuvo con nosotros?*... No ya por solo un dia, sino toda su vida, trabajó por nosotros: no perdonó diligencias, fatigas ni dones. Sacrificó su reposo, sus bienes, su reputacion: llegó hasta darnos su sangre, y finalmente hasta quedar oprimido del peso de su caridad, hasta morir por librarnos de la muerte. ¿Podemos nosotros pensar en todo esto sin morirnos de amor por él? ¡Ah! vivamos á lo menos por él, y empleemos toda nuestra vida solamente en servirlo y en amarlo.

3.° *¿Dónde nos colocó Jesucristo antes de separarse de nosotros?*... En su Iglesia fundada por él y bañada con su sangre para la salvacion de todos. Y ¡oh qué abundancia de bienes no ha acumulado él en esta Iglesia! En ella se nos han comunicado sus gracias y sus

méritos, y el precio de su muerte y de su sangre por medio de los Sacramentos. ¡Cuántos remedios contra todos nuestros males! ¡cuántos preservativos contra todos los peligros! ¡Qué mesa pura y deliciosa! ¡qué pan, qué vino para nuestro sustento! ¡qué abundancia de luces para nuestra instruccion! Á todo esto añade el Espíritu de verdad que nos asegura la posesion real de todos estos bienes hasta la consumacion de los siglos... ¡Ah! con que si no sanamos, si no vivimos, la culpa no es suya, es toda nuestra.

4.° *¿Qué cosa ha prometido Jesucristo hacer cuando vuelva?...* No solamente ha prometido tener cuenta de cuanto se hará á favor nuestro, sino que nos ha recomendado á las cabezas de su Iglesia, mandándoles que no dejen que nos falte cosa alguna, que nos provean abundantemente de todo: les declara que mirará como hecho á él mismo lo que habrán hecho en favor y contra nosotros; que su descuido en un punto que tanto le interesa será castigado con un suplicio eterno, y que sus atenciones y sus penas tendrán por recompensa una eterna felicidad. Lo que dice á las cabezas, lo dice tambien á los particulares, que deben tener el mismo cuidado por socorrerse y por ayudarse los unos á los otros, para que la union, la paz y la caridad reinen en toda su Iglesia, y hallando cada uno aquí su propia utilidad, tenga tambien ocasion de merecer lo que ha prometido cuando vuelva... ¡Oh vuelta, tanto y tan fácilmente olvidada! ¡Oh divina caridad, bajad hácia nosotros, y del corazon de Jesús extendeos sobre nuestros corazones, para que todos nos amemos como nos ha amado él mismo!

5.° *¿Cuál debe ser nuestro reconocimiento?...* La parábola no dice ni una palabra de reconocimiento del desgraciado judío que fue tan generosamente asistido; no era entonces ocasion de hablar de él, porque Jesucristo queria solo tratar con nosotros del amor que nos tenia; pero continuando la parábola reflexionemos el amor que le debemos. ¿Cuáles deberian ser los sentimientos de este desgraciado cuando vió las solícitas y generosas atenciones que usaba por él un hombre á quien por ningun capítulo pertenecia; al que era antes bien, como judío, un objeto de aversion y de odio, y que nada tenia que esperar de él? ¿Habria hecho acaso mucho en darse todo á él, en consagrarle una vida que solo reconocia de él? ¿Podemos nosotros creer que se haya olvidado jamás de este beneficio, que no lo haya publicado, y que no haya buscado todas las ocasiones de darle pruebas de su mas vivo reconocimiento?...



Peticion y coloquio.

¡Ah Señor! tales son los sentimientos que me habria dictado á mí mismo en semejante ocasion mi corazon, y de que me parece que seria penetrado. Pero ¡oh cuánto mas debo tenerlo por Vos, Salvador mio, que me habeis propuesto esta parábola, y cuyo amor ha sido mucho mas generoso, y mas señalados los beneficios que los que Vos en ella exponeis! Que si amándoos como debo, no puedo hacer cosa alguna por Vos, ¿rehusaré de servir á mis hermanos, los que Vos quereis que estén reconocidos en lugar vuestro, y no me juzgaré afortunado en servirlos y en emplear todas las cosas por ellos, y daros de este modo una prueba sincera de reconocimiento? ¡Ah! comunicádmela Vos mismo, ó Jesús; comunicadme esta caridad, que no olvida alguna necesidad, algun deber ni algun hombre!... Amen.

MEDITACION CLVII.

JESÚS EN CASA DE MARTA Y DE MARÍA.

(Luc. x, 38-42).

Observemos : lo 1.° la fortuna de Marta, y de María su hermana ; 2.° las quejas de Marta contra María ; 3.° la decision de Jesucristo entre Marta y María.

PUNTO I.

Fortuna de Marta, y de María su hermana.

«Y sucedió que yendo de viaje, entró él en una cierta aldea, y «una mujer, que se llamaba Marta, lo recibió en su casa, y esta «tenia una hermana llamada María, la cual tambien sentada á los «piés del Señor escuchaba sus palabras ; pero Marta se afanaba en-«tre los muchos cuidados de la casa...»

1.° *¿Cuál fue la fortuna comun de estas dos hermanas?* Esta consistia en su union. *Union fundada en la proximidad de la sangre,* porque eran hermanas, y vivian de amigas. ¡Oh y cuán dulce es una tal union! Pero ¡oh y cuán digno es de compasion el ver que haya venido á ser tan rara la amistad entre hermanos y hermanas, cuando llegan á una cierta edad!... *Union fortificada por la piedad...* Eran las dos fervorosas israelitas, esperaban al Mesías, estaban atentas á todo cuanto se contaba de Jesucristo, y conmovidas de ello... Sin la piedad no puede haber una union sólida... *Union cons-*

tante, no obstante la diversidad de caractéres... Las dos hermanas, aunque entre sí unidas, no tenian la misma inclinacion. Marta, encargada del cuidado y del gobierno de la casa, amaba la accion y el trabajo, y no estaba jamás desocupada. María, dejando el cuidado de todo á su hermana mayor, amaba la contemplacion, la meditacion, la oracion y los ejercicios de la vida interior. Cada una seguia su gusto y su vocacion, y esta diversidad, léjos de alterar la union, mantenia la armonía, y causaba una mútua edificacion y una estimacion recíproca... ¡Feliz aquella familia y aquella comunidad en que reina una tal union!

2.° *¿Cuál fue la fortuna particular de Marta?*... Fue de recibir á Jesús en su casa, y de emplear toda su actividad en servirlo. Por esto ella es el modelo y la protectora de las personas encargadas de los cuidados domésticos, ocupadas en servir, alimentar y mantener los miembros de Jesucristo y en trabajar por él trabajando por ellos. Estas personas así ocupadas deben imitar el fervor del trabajo y la pureza de intencion de Marta.

3.° *¿Cuál fue la fortuna particular de María?*... Fue estar al lado de Jesucristo y escucharlo. Si Marta lo recibió en su casa y trabajó por él, María no solo participó de esta buena obra, sino que procuró tambien aprovecharse de la presencia de un tal huésped, escuchando sus varias lecciones. Para no perder nada de ellas estuvo tambien sentada á sus piés, en la postura exterior mas humilde, y en el mas profundo é interior recogimiento. Por eso mereció ella ser mirada de la Iglesia como figura de María, Madre de Jesús, que conservaba con tanto cuidado en su corazon todo lo que oia decirse de Jesús, ó lo que oia hablar al mismo.

¿Quién nos impide gozar los mismos favores que Marta y María? Nosotros podemos, como la primera, recibir á Jesucristo en nuestra casa, por medio de una fervorosa comunion, y podemos, como María, ó sea en la comunion, ó sea en otro tiempo, estarnos á sus piés, escucharlo, y alimentarnos de su celestial doctrina. ¡Ah si nosotros le fuésemos fieles, cuántos felices momentos no pasaríamos en ellos, y cuántas delicias gustaríamos!

PUNTO II.

Quejas de Marta contra María su hermana.

Lo 1.° *Quejas que se enderezan solo á Jesús*... «Marta, pues, se «afanaba entre los ministerios de la casa, y se presentó, y dijo: Se-



«ñor, ¿tú no reparas que mi hermana me ha dejado sola en los ne-
«gocios de la casa? Díle, pues, que me ayude...»

Léjos de tener esta queja enderezada á Jesús mismo alguna aspereza ó amargura, se ve al contrario en ella la expresion de su amor por el Señor, y de su amistad para con su hermana... Si fueran tales todas nuestras quejas, si las enderezásemos únicamente á Jesucristo mismo, si de él solo y por su órden esperáramos el efecto, serian mucho mas raras, y no turbarian jamás la caridad y la paz.

Lo 2.° *Quejas que apartan á Marta de su trabajo*... María está sentada á los piés de Jesús; pero Marta se presenta en pié delante de él, viene de trabajar, está pronta á volver á la accion, y hay apariencia de que aun hablando no cesaba de obrar. Habla, pero para ejercitar á otros á obrar, y acaso para animarse á sí misma... Nuestras quejas son bien diferentes; ellas nos abaten, nos desaniman, nos reducen á la desesperacion, y muchas veces son causa que lo abandonemos todo... ¡Ah si pensásemos que trabajamos por Jesús, que el trabajo es nuestra vocacion y nuestro deber, nuestra penitencia, nuestro mérito y nuestro provecho, no nos lamentaríamos que se nos deja todo el trabajo, ó nos lamentaríamos como Marta, con amor, sin cesar y sin enfadarnos del trabajo, y con intencion de proseguir con un nuevo fervor nuestra ocupacion.

Lo 3.° *Quejas que no ofenden á María*... María conoce bien á su hermana, ve muy bien el motivo que la anima, no da á sus palabras una falsa interpretacion, no echa de ver en ellas defecto de respeto á Jesucristo ni ofensa alguna contra sí misma, no advierte otra cosa que el amable carácter de su hermana, siempre viva, activa y celosa por servir á los otros. María guarda silencio, no un silencio nacido de un mal humor ó de disgusto, ó como el silencio de una persona que muestra hacerse violencia para no prorumpir en resentimientos y para sufrir con paciencia; silencio á las veces mas ofensivo que una respuesta; sino un silencio lleno de dulzura, de amistad y de respeto. Está esperando que aquel que la sufre á sus piés, y á quien se endereza la queja, se digne de responder por ella... Si nosotros nos quejásemos y nos lamentásemos de los otros de la manera que lo hizo Marta, no ofenderíamos jamás á nadie, y si las quejas que de nosotros se dan las tomásemos en aquel sentido en que las tomó María, conservaríamos la paz del corazon, y Jesús mismo haria nuestra defensa.

PUNTO III.

Decision de Jesucristo entre Marta y María.

«Pero el Señor le respondió, y dijo : Marta, Marta, tú te afanas «y te inquietas en muchas cosas, y ciertamente una sola es nece-«saria. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada...» Observemos con qué dulzura, con qué gravedad, con qué destreza vuelve Jesucristo la queja de Marta en una de las mas importantes instrucciones.

Lo 1.° *Observemos la inquietud de Marta...* «Marta, Marta, tú te «afanas y te inquietas por un gran número de cosas...» Mucho mas que á Marta nos conviene á nosotros esta reprension. Nosotros nos inquietamos, porque ocupamos nuestro espíritu en una infinidad de cosas que no nos pertenecen, que no son segun nuestro estado, que no son propias de nuestro empleo... Nos inquietamos en nuestro empleo y en lo que debemos hacer, ó sea por efecto de una actividad natural que nos hace obrar con demasiada priesa, que emprendamos cosas superiores á nuestras fuerzas, y que queramos hacer las cosas de otro modo del que podemos ; ó sea por un espíritu de vanidad que nos hace temer el desprecio y la vergüenza de no salir bien en cualquiera cosa, y que busquemos la estima, la alabanza y la aprobacion ; ó sea por efecto de amor propio, que nos tiene muy satisfechos de nosotros mismos, y con deseo de que tambien lo estén los otros... Nos inquietamos en nuestras devociones por miedos quiméricos y vanos escrúpulos que no sirven de otra cosa que de alejarnos de Dios. Si renunciásemos á todas las cosas y á todos los cuidados inútiles, si buscásemos únicamente á Dios, su gloria y nuestra salvacion, nuestro trabajo seria mas tranquilo y mas útil ; no secaria nuestro espíritu, y mucho menos nuestro corazon, y nos dejaria todo el tiempo necesario para atender á la oracion y á los otros ejercicios espirituales.

Lo 2.° *Meditemos este único necesario de que habla Jesucristo...* «Y «ciertamente una sola es necesaria...» Sentencia y máxima importante : palabra divina, espada de dos filos, que de una parte corta todos los cuidados supérfluos de la vida presente, y de la otra nos aficiona únicamente á los bienes reales de la vida futura... «Una «sola es necesaria...» Si en el mundo nosotros nos atuviésemos al puro necesario para nuestra ocupacion, para la comida y el vestido, ¡oh cuántos cuidados nos ahorraríamos! ¡cuántas quejas sofocaría-

mos! ¡cuán pocas cosas bastarian para nuestras necesidades! Pero queremos la abundancia, queremos la delicias, y la codicia nunca dice *basta*... «Una sola es necesaria...» y es la salvacion : *necesaria*, porque sin ella no podemos evitar el ser sumamente y eternamente infelices : *sola necesaria*, porque todas las otras en nada pueden contribuir á nuestra felicidad, y ella sola puede hacernos sumamente y eternamente felices, y por otra parte es la sola que todos podemos adquirir, y acaso, ¡ay de mí, la sola que los hombres no adquieren y por la que no trabajan! ¡Oh locura, oh necedad de los hombres! ¿No soy, por ventura, yo tambien del número de estos insensatos? ¿He trabajado por el negocio de mi salvacion mas que por ningun otro? ¿Refiero todos los otros á este?

Lo 3.° *Consideremos cuál es esta mejor parte que María elige*... «María ha elegido la mejor parte...» Esta mejor parte es el cuidado de la propia salvacion, el buscar el único necesario, el aplicarse á la oracion, á la contemplacion, á la meditacion y á la renuncia entera de las cosas temporales... Ha elegido la mejor parte aquel jóven que renuncia al mundo, entra en el estado eclesiástico ó religioso para servir á Dios solo, y pensar únicamente en su propia salvacion... Ha elegido la parte mejor aquella hija que, renunciando á las vanidades del siglo ; á los bienes de la tierra, á las esperanzas del mundo, se consagra enteramente á los rigores de la penitencia y á las dulzuras de la contemplacion... ¡Sábio y afortunado el que ha hecho tan buena eleccion! ¿Podria él jamás arrepentirse y abandonar esta parte, por desear ó volver á tomar la otra? No murmuren sus parientes, no se duelan sus amigos : y tú, ¡ó mundo maligno! si no quieres imitarlo, ¡ah! á lo menos no quieras criticarlo, no quieras perseguirlo; antes bien alábalo, anímalo, y confiesa que él ha hecho una buena eleccion.

«María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada...» ¡Oh bienes frágiles del mundo! por grande que sea el amor y fuerte el apego que tenemos á vosotros, de vosotros nos privarán, seréis arrancados de nuestras manos, y estarémos separados de vosotros para siempre. Riquezas, placeres, gloria, honores, artes y ciencias, cetros y coronas, un dia vendrá que de todo nos despojarán, todo será perdido para nosotros, nada quedará en nuestras manos.

Peticion y coloquio.

Ó María, la parte que habeis elegido no se os quitará jamás. De ella gozaréis con vuestro celestial Esposo, con la Reina de los Án-

geles y de los hombres, con todas las almas santas que habrán tenido el valor de imitaros. ¡Ay de mí! ¿por qué no seré yo de este número? Ó Señor, dadme un espíritu de recogimiento que preceda, acompañe y siga todas mis acciones; concededme una caridad viva y operante, que produzca en mi corazon los frutos saludables de la accion y de la contemplacion. Amen.

MEDITACION CLVIII.

DISCURSO DE JESUCRISTO AL PUEBLO SOBRE VARIOS PUNTOS DE MORAL, EN QUE SE REPITE LO QUE HABIA ENSEÑADO EN OTRAS PARTES.

(Luc. XII, 1-12).

Aquí explica Jesucristo: 1.° qué cosa es la hipocresía; 2.° cuál debe ser el temor del cristiano; 3.° en qué consiste su obligacion de confesar á Jesucristo.

PUNTO I.

De la hipocresía.

Habiendo salido Jesucristo de Betania (si la série de los sucesos es tal como la presumimos), volvió á entrar en Galilea. «Entre tan«to, juntándose al rededor una gran multitud de gente, de suerte «que unos á otros se atropellaban, comenzó á decir á sus discípu«los: Guardaos del fermento de los fariseos, que es la hipocresía. «Porque ninguna cosa hay oculta que no se haya de revelar, ni es«condida que no se sepa...»

Consideremos 1.° *la hipocresía en las obras malas que se tienen escondidas con toda la diligencia posible*... ¡Vanas precauciones! Muchas veces aun en esta vida se descubren los mas vergonzosos misterios; y ¡oh cuánta consternacion y amargura mezcla con los placeres este temor! Al contrario, una virtud pura é inocente goza una paz inalterable y deliciosa. Pero aun cuando pudiésemos ahora esconder toda nuestra vida, vendrá el gran dia en que se revelará todo. Y ¡oh cuál será nuestra vergüenza y nuestra confusion! Si usamos tanta cautela para esconder nuestros desórdenes en este mundo, usemos de otras mayores tambien para que queden ocultos en el otro, abrazando los rigores de la penitencia.

Lo 2.° *Consideremos la hipocresía en las buenas obras exteriores, corrompidas por defectos secretos*... Protestas de amistad y ofertas de servicios sin sinceridad: buenos oficios y mucha solicitud sin efecto: frecuencia de la Iglesia y de los Sacramentos sin devocion: con

el cuerpo postrados en tierra, y rezando oraciones sin atencion interna: ¿quién podrá contar tantos motivos desarreglados é intenciones perversas, que son el alma de nuestras acciones, vanidad, amor propio, interés? ¡Ah! es difícil preservarse de esta levadura farisáica que corrompe nuestras mejores obras, y las muda en tantos actos de hipocresía. Pues todos estos defectos, todos estos motivos, estas intenciones, estos mas íntimos y profundos pensamientos de nuestro corazon, que con tanta destreza ocultamos, que cubrimos con tan bellas apariencias, y que aun á veces los escondemos á nuestra propia vista, serán un dia descubiertos y manifestados; y ¡oh con qué sorpresa y confusion nuestra!

Lo 3.° *Consideremos la hipocresía en la doctrina que se va esparciendo secretamente*... «Porque las cosas que dijísteis al oscuro, se «dirán á la luz; y lo que habeis dicho á la oreja en vuestras estan«cias, será publicado sobre los techos...»

Los libertinos, los impíos, los novatores, á ejemplo de los fariseos, despachan en las tinieblas por medio de confidencias pecaminosas, en los corrillos de personas fáciles á ser engañadas, y ya medio corrompidas, máximas abominables y principios que se ordenan á extinguir todo remordimiento y toda vergüenza. Se guardan de producirlos en público, ó si lo hacen, los despachan en libros tenebrosos y anónimos, con expresiones equívocas, las cuales despues delante de la autoridad legítima, ó en presencia de aquellos que parece se han escandalizado, explican en una manera ortodoxa; pero en presencia de los que están dedicados al mismo partido, saben explicarlas de un modo muy diferente. ¡Ah! no es así de la doctrina cristiana y católica. Conforme se dice á la oreja en el sagrado tribunal, en el aposento, en las casas particulares, se dice tambien y se publica sobre los techos, en los libros aprobados, y afirmados de sus autores, en las públicas cátedras, y hasta en los mismos palcos. El que no está pronto á firmarla con su nombre y á sostenerla delante del mundo en general, y delante de cada uno en particular, no es digno de ella, y no es reconocido por tal. Este es el ejemplo que nos han dejado los Apóstoles y los Mártires, y que tendrá sus imitadores hasta la fin de los siglos, á pesar de la prevaricacion de muchos.

PUNTO II.

Del temor del cristiano.

Lo 1.° *No teme la persecucion de los hombres*... «Á vosotros, pues,

«amigos mios, digo: No tengais miedo de aquellos que matan el «cuerpo, y despues no pueden hacer otra cosa...»

El cristiano no teme la persecucion de los hombres; porque los bienes que posee, y los que espera, están fuera de su poder, y ellos solamente pueden cebarse en los bienes que él desprecia. Pueden despojarlo de sus cargos y de sus empleos, privarlo de sus rentas, quitarlo de su patria, coartarle la libertad, atormentarlo y hacerlo morir: despues de esto, su potestad espira, y la felicidad del cristiano comienza entonces para no acabarse jamás. ¡Ah, y cuán léjos estamos de esta intrepidez cristiana nosotros que temblamos á una sola palabra, á una sola mirada, y que por temor de desagradar á un hombre faltamos á nuestras mas sagradas obligaciones, quebrantamos la ley de Dios, y abandonamos vilmente la causa de Jesucristo y el partido de la virtud!

Lo 2.° *Teme á Dios*... «Pero yo *(añade Jesucristo)* os mostraré á «quién habeis de temer: temed á aquel que despues de haber quita«do la vida, tiene potestad de enviar al infierno: así os digo, temed «á este...»

Temed á aquel Dios cuya potencia es eterna, y que despues de haber tal vez castigado en este mundo con una muerte anticipada puede tambien precipitar en el infierno por una eternidad... ¡Ah! este sí, este debeis temer. El temor de Dios es el fundamento de la sabiduría y de la virtud. Guardaos de hacer caer este fundamento con las máximas de una falsa doctrina, no reconocida del Evangelio. Los mas grandes Santos en las tentaciones violentas, los Mártires mismos á la vista de sus suplicios, han fortificado su valor con el pensamiento del infierno. Amad á Dios, observad su ley, servidlo con amor. ¿Quién jamás lo mereció como él? Y si se os representa algun objeto capaz de apartaros de este amor, advertid que este Dios no es menos terrible que amable, y que un solo pecado mortal basta para traer sobre vosotros todo el rigor de su justicia. ¡Ah! si estuviéramos bien penetrados de este temor, las tentaciones quedarian sin atractivo, el mundo sin encanto, el demonio sin poder, sin fuerza las pasiones, sin rigor la penitencia, y la piedad sin obstáculos. Cuando el impío se esfuerza á sofocar el temor de Dios en los corazones, ¿pensamos nosotros que hable en favor de la virtud? No. En esto él es el fautor de todos los vicios y de todos los pecados. El que hace profesion de no temer á Dios, presentándose la ocasion, se declara dispuesto á otros mayores delitos.

Lo 3.° *No teme nada los accidentes mas desagradables de la vida...*

«¿No se venden cinco pájaros por dos cuartos, y ni uno de ellos está «en olvido delante de Dios? Y tambien están contados todos los ca-«bellos de vuestra cabeza... No temais, pues, porque vosotros sois «mucho mas que muchos pájaros...»

El cristiano tranquilo en el seno de la Providencia sabe que Dios gobierna todas las cosas, que tiene cuidado de todas sus criaturas, y que ni siquiera un pájaro está exceptuado; ¿cómo, pues, se olvidará del hombre formado á su semejanza, y por quien se ha hecho todo lo restante? No solo el hombre en general, no solo cada hombre en particular, sino tambien todo lo que le pertenece al hombre está presente á su conocimiento. Vuestros bienes, vuestra reputacion, vuestra salud, vuestro cuerpo y vuestra alma, todo está debajo de su proteccion; están contados hasta los cabellos de vuestra cabeza; ninguna cosa puede sucedernos sino por su permision, y nada nos sucederá si quisiéremos usar bien de estas cosas, sino para nuestra mayor utilidad. ¿Qué podemos nosotros temer bajo un Dios tan grande? ¡Ah! alejemos de nosotros aquellos temores y aquellas desconfianzas que ultrajan su grandeza y su bondad. Aceptemos de su mano con reconocimiento los males, como los bienes de la vida presente. Sometámonos con respeto á su santa voluntad, y estemos ciertos que la abundancia de su socorro corresponderá siempre á la grandeza de nuestra confianza.

PUNTO III.

De la obligacion de confesar á Jesucristo.

Lo 1.° *Recompensa ó castigo de los que habrán cumplido ó faltado á esta obligacion...* «Y tambien os digo que todo aquel que me ha-«brá confesado delante de los hombres, el Hijo del hombre lo con-«fesará tambien á él delante de los Ángeles de Dios. Mas el que me «negare delante de los hombres, será negado delante de los Ángeles «de Dios...»

Confesar á Jesucristo quiere decir llamarse cristiano, mostrarse católico delante de aquel que combate el Cristianismo y el Catolicismo. Ya no existen los príncipes perseguidores; pero en su lugar se van levantando en el mundo pequeños tiranos que plantan su tribunal en las conversaciones: allí citan á todos los presentes, y les hacen firmar los errores que esparcen. Los Mártires no estaban encargados de confutar los perseguidores, de convencerlos, ni de convertirlos, sino solamente de confesar á Jesucristo, de declarar que lo

adoraban, y que seguian su ley, y renunciaban los ídolos. Tal es todavía nuestra obligacion. No está, pues, el comun de los fieles obligado á disputar con aquellos que blasfeman contra Jesucristo ó ultrajan la santa Iglesia; pero seria hacer traicion á su propio deber y autorizar los malvados el guardar delante de ellos un profundo silencio. Una mujer la menos sábia, y una vírgen la mas tímida, puede decir con toda libertad, sin salir de las reglas de la conveniencia, que ella es cristiana, que es católica, que en todo está sujeta á las decisiones de la Iglesia... Vendrá el dia en que Jesucristo, acompañado de sus Ángeles, juzgará á los vivos y los muertos. ¡Qué gloria entonces, qué felicidad haberse declarado en su favor! ¡Qué vergüenza, qué desventura no haberse atrevido á hacerlo!

Lo 2.° *Diferencia entre los que habrán faltado á esta obligacion...* «Y todo el que habrá hablado contra el Hijo del hombre, le será per«donado; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo no le será «perdonado...»

Hay algunos cuyo pecado, por enorme que sea, no está sin esperanza de perdon. Estos son los que hablan y obran contra Jesucristo, sin conocerlo bastante, y sin tener ocasion de conocerlo. Tales eran muchos judíos que lo conocian solamente por un puro hombre, y tal vez hablaban con poca atencion y respeto: tales fueron los verdugos mismos que lo crucificaron. Á estos se pueden juntar los que hoy en dia, sin dejar de conocer á Jesucristo, le ofenden por flaqueza, arrebatados de las pasiones, engañados del mal ejemplo, de la ocasion y de la tentacion. Esto es lo que aquí llama Jesucristo hablar contra el Hijo del hombre. No es cosa rara que estos se reconozcan, se arrepientan de su pecado, lloren su culpa, se corrijan de ella, y obtengan el perdon. Pero negar el misterio de la Encarnacion, esta primitiva obra del Espíritu Santo; combatir la Religion cristiana y la Iglesia católica, establecida, enseñada y gobernada por el Espíritu Santo; persistir en esta impiedad, no obstante las pruebas mas evidentes y luminosas del Espíritu Santo; persistir en esta impiedad, obstinándose contra las propias luces y remordimientos, que son el lenguaje del Espíritu Santo, por escuchar y tener el lenguaje de la herejía y de la impiedad, esto es lo que Jesucristo llama blasfemar contra el Espíritu Santo, y este es un pecado de que cási jamás se ve un sincero arrepentimiento. Fueron muchos los que contribuyeron á la muerte de Jesucristo, y de estos hubo un gran número que se convirtieron; hubo tambien entre estos algunos de los verdugos; pero entre aquellos, que despues de haberse voluntaria-

mente cegado, despues de haber interpretado sus palabras y sus acciones conforme á su obstinada incredulidad, emplearon tambien el fraude y la violencia, la calumnia y los enredos, ninguno se sabe, ni se conoce que se haya convertido... Ó vosotros qué entrais en el mundo despues de haber recibido una educacion cristiana, sostened vuestra virtud, conservaos en la inocencia y en la práctica de la ley de Dios, no ofendais al Señor; pero si por vuestra desgracia lo ofendeis, no os cerreis todos los caminos para volver á él; no os arrojeis de desesperados en el abismo, que podeis aun evitar; no os acompañeis con los blasfemadores y con los incrédulos; no busqueis la paz en la mas espantosa y mas insensata desesperacion: reconoced que sois pecadores, y servíos del remedio que aun os queda en vuestra fe y en la penitencia.

Lo 3.º *Socorro del Espíritu Santo para cumplir esta obligacion...* «Cuando os llevaren, pues, á las sinagogas, y á los magistrados, y «á los príncipes, no paseis pena del qué ó del cómo habeis de res«ponder ó decir. Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella «hora lo que debeis decir...»

No os perdais de ánimo al pensar en vuestra debilidad, en vuestras pocas luces y talentos; estad bien unidos á Jesucristo, y siendo necesario no os faltarán las palabras: el Espíritu Santo os sugerirá en aquel momento lo que debeis decir. ¿Ha faltado, por ventura, á los Mártires este socorro? Citados en las asambleas de un pueblo furioso; delante de los magistrados, revestidos de poder y de autoridad; delante de los gobernadores, cercados de ministros; delante tambien de los emperadores, sentados sobre el trono, con todo el aparato de la mas terrible majestad: en estas circunstancias, hombres simples, mujeres tímidas, virgencitas débiles han hablado, han confundido á los tiranos, han desconcertado toda su sabiduría y cansado todo su poder. ¿Y vosotros, delante de qué tribunal habeis de comparecer? ¿Quién es aquel que se atreve á blasfemar delante de vosotros? Un enfadoso motejador, un desacreditado libertino, un hipócrita conocido por tal. ¡Oh, y cuán poco se hacen temer estos tiranos! Una mujer la menos sábia, si es fervorosa cristiana y sólidamente católica, bastará para confundirlos y despreciarlos.

Peticion y coloquio.

Concededme la gracia, ó Dios mio, de confesaros, aun con menoscabo de todas las cosas, sin buscar la gloria que viene de los hombres, sin temer su poder, ni sus artificios del todo humanos, y sin

querer otra sabiduría que la que viene de Vos y conduce á Vos... Amen.

MEDITACION CLIX.

PRIMERA CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESÚS Á LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. XII, 13-21).

SOBRE LAS RIQUEZAS.

1.° El deseo de las riquezas persuade su necesidad; 2.° la posesion de las riquezas hace sentir su vanidad; 3.° la muerte en las riquezas hace conocer su necedad.

PUNTO I.

El deseo de las riquezas persuade su necesidad.

1.° *Los efectos de esta persuasion...* «Y uno de la turba le dijo: «Maestro, dí á mi hermano que parta conmigo la herencia...» Este hermano queria sin duda usurpar para sí solo la herencia de su familia, y no dar parte á su hermano... Cuando el deseo de las riquezas ha tomado posesion de un corazon, se miran como la sola cosa necesaria á que todo se debe sacrificar. El primer efecto de esta persuasion es la injusticia... El que quiere enriquecerse no teme ser injusto cuando tiene el poder y encuentra la ocasion para ello: jamás es juez justo entre sí y el prójimo. Jamás le falta pretexto para apropiarse y retener el bien ajeno, cuando puede hacerlo; y cuando no encuentra pretextos, no se avergüenza de una injusta retencion, de usar la fuerza y la violencia. Tal era este hermano que retenia para sí solo un bien que habria debido dividir con su hermano... El segundo efecto de esta persuasion es la division de las familias, los lamentos, las quejas, los pleitos, los odios, las enemistades aun entre hermanos y hermanas, entre aquellos que la naturaleza unió con ligaduras las mas estrechas y las mas sagradas, y que debieran poner su gloria en su misma union, y hallar en ella la propia consolacion... El tercer efecto de esta persuasion es el olvido de Dios y de la salvacion... No hay que buscar entre esta multitud del pueblo que con tanto gusto y ansia escucha al Salvador el hermano usurpador... No se busquen en nuestros templos en las horas del sacrificio, ó de la pública instruccion, en los ejercicios de una mision, ó de un retiro, estos hombres deseosos de riquezas; están ocupados en otros cuidados, y mirarian como tiempo perdido el que empleasen en

pensar en Dios ó en suplicarle. El cuarto efecto de esta persuasion es la ocupacion del espíritu.

El hermano agraviado era del número de los oyentes de Jesucristo; pero aun cuando lo escuchase, ¿de qué objeto tenia él lleno el espíritu?... ¡Oh amor de las riquezas, á los que están llenos de tí, los persigues hasta los piés de los altares; hasta los piés de Jesucristo, hasta los piés de sus ministros! Este hombre le habló á Jesucristo, ¿pero de qué cosa discurre con él? Le pide una gracia, ¿pero de qué gracia se trata? ¡Ah! no piensa otra cosa que en las riquezas, no habla de otra cosa que de riquezas, y hasta con Dios no discurre de otra cosa que de este único objeto de sus deseos.

Lo 2.° *Ejemplo opuesto á esta persuasion*... «Pero él le respondió: «Hombre, ¿quién me ha constituido á mí juez ó repartidor entre «vosotros?...» Pertenece á los ministros de Jesucristo exhortarnos al desinterés, á la paz, á la concordia, á los caminos de la dulzura y de la reconciliacion; pero por lo regular no deben mezclarse en nuestros negocios, en nuestros intereses, en nuestras divisiones, en nuestras pretensiones. Además del tiempo que les robaria un tal exámen, correrian riesgo de perder la confianza, y aun de acarrearse el odio de alguna de las dos partes... Para esto hay jueces á quienes se puede recurrir, hay árbitros á que cada uno puede remitirse.

Lo 3.° *Confutacion de esta persuasion*... Enderezando de aquí Jesucristo la palabra á todo su auditorio, «dijo: Mirad, y guardaos de «toda avaricia, porque no está la vida de cada uno en la abundan-«cia de las cosas que posee...»

La abundancia ó lo supérfluo de nada sirve para el mantenimiento de la vida, porque ninguno se sirve de lo supérfluo, y cada uno está obligado á dejarlo luego que están satisfechas todas las necesidades. Este supérfluo no sirve para la sanidad ni para la dulzura de la vida, antes bien podria dañarle representándonos necesidades imaginarias, y haciéndonos cometer muchos excesos fuera de lo que verdaderamente necesitamos. Este supérfluo no sirve para alargar la vida; cuando llega la hora de la muerte no nos libra de ella este supérfluo. ¡Oh y cuán dichoso es aquel que en su estado sabe contentarse con lo necesario para sí y para su familia, y para la educacion de sus hijos! ¡Cuántos pecados evitados, cuántos cuidados ahorrados, cuántas buenas obras practicadas! ¡Qué tranquilidad en su corazon, qué júbilo en su alma, qué dulzura en su vida! Escuchemos, pues, la leccion de nuestro divino Maestro: pongamos todas nuestras atenciones en preservarnos de la avaricia, esto es, del amor de

las riquezas, del cuidado excesivo de aumentar nuestros bienes y nuestras rentas; del deseo de salír de nuestro estado, y de adelantarnos siempre mas, de igualarnos con aquellos que son mas que nosotros, y aun de sobrepujarles, cuando creamos haberlos igualado... Con razon nos advierte Jesucristo que nos guardemos, que estemos atentos, porque este deseo se halla naturalmente en nosotros, é imperceptiblemente penetra en nuestro corazon. Todos los discursos, todas las máximas del mundo, y los ejemplos que este nos da, no tiran á otra cosa que á excitar en nosotros este funesto deseo de que poquísimos saben preservarse.

PUNTO II.

La posesion de las riquezas hace conocer su vanidad.

Lo 1.°. *Por las inquietudes que ocasiona*... Jesucristo continuando á hablar á su auditorio, «les dijo una similitud: La posesion de un «hombre rico habia llevado abundantes frutos...» ¿Qué provecho sacó él de esta abundancia? no otro que el aumento de inquietudes... «Y andaba discurriendo dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, que «no tengo en donde encerrar mis frutos?...» Míralo, pues, inquieto en el espíritu, por los pensamientos de que está agitado... «Andaba «discurriendo dentro de sí...» Si hubiese sido un hombre de bien y timorato de Dios, á la vista de esta bendicion del cielo se habria alegrado en el Señor, lo habria alabado y bendecido, habria recibido todos aquellos bienes como un don de su divina bondad; pero es un hombre rico, y porque este año es su cosecha de una abundancia extraordinaria, hélo aquí pensativo, triste, abstraido; huye el comercio de los hombres, se reconcentra en sí mismo, y se da en presa á los diversos pensamientos de que se hace un desgraciado juguete. ¿Se ve acaso en su rostro una alegría sincera y serena, aun cuando se ha aumentado su fortuna próspera? El del Evangelio inquieto en sus acciones, embarazado é indeciso, decia: *¿qué haré?* Cuando una persona se halla en una medianía no puede concebir este embarazo de las riquezas; le parece que ninguna cosa embaraza menos; cada uno dice entre sí, que sabria hacer uso de ellas; pero la experiencia muestra que nada hay que traiga consigo mayores cuidados... Aquel solamente no encuentra embarazo que no las ama, que no las estima, que no las busca, que no las desea, y que de Dios solo las recibe cuando se las envia, y para servirse de ellas segun su voluntad... Pero esta no es la situacion del rico: él está inquieto, no

sabe qué es lo que deba hacer, ni á qué resolverse. Su abundancia ¿quién lo creeria? lo pone en necesidad. ¿En qué, pues, piensa él tan profundamente? ¿sobre qué cosa delibera con tanta seriedad? ¿qué cosa es la que lo inquieta tan cruelmente? Es una sola cosa que le falta... «Andaba diciendo dentro de sí: ¿qué haré yo ahora «que no tengo?...» ¿Qué es lo que no tienes? ¡Ah! ¿no tienes tú mas de lo que esperabas? ¿mas de aquello que puedes consumir? Y tú estás embarazado, y vas diciendo que no tienes... Sí; esta misma abundancia es la que me embaraza, la que me molesta, la que me pone en estrechura, porque no tengo lugar donde ponerla; mis graneros son demasiadamente pequeños... Ó miserable rico que piensas solo en tí, tú no tienes dónde poner tu cosecha, ¿pues por ventura no hay pobres que sustentar, desgraciados á quien socorrer, familias necesitadas que aliviar, deudores en las cárceles que librar? Los templos, los altares, el culto de Dios, ¿nada piden á tu reconocimiento? ¡Ah! rico insaciable y cruel, estáte, pues, en poder de tus inquietudes, que este es el primer castigo de tu avaricia; y si te libras de este, sabe que caerás en otro aun mucho mayor.

Lo 2.° *La posesion de las riquezas hace conocer su vanidad, porque pone al rico en excesivas ocupaciones*... Finalmente el rico sale de su perplejidad, y toma su partido... «Y dijo: Haré esto; destruiré mis «graneros, y fabricaré otros mayores, y allí juntaré todos mis fru«tos y mis bienes...» ¿No es esta, por ventura, la primera ocupacion de los ricos, esto es, de los amadores de las riquezas? 1.ª *Ocupacion de fausto y orgullo*... La casa de sus padres, donde ellos han nacido, y en que se han criado, ya no les basta; ella los humilla, ella los deshonra: el padre habitaba en una casa modesta; para el hijo se necesita un palacio soberbio. Él piensa con esto engañar al mundo y hacer olvidar la medianía de su primera fortuna, y esconder la oscuridad de su nacimiento; se imagina que á proporcion dé tanta extension á su fama y á su lustre, cuanta les dé á las fábricas; pero muchas veces no hace otra cosa que excitar contra sí el desprecio ó el odio. Cada uno se complace en refrescar la memoria de su primer estado, y tiene cuidado de dejarla á la posteridad... 2.ª *Ocupacion disipante y contradictoria*... Este hombre ama sus riquezas, y para conservarlas las gasta. Hace demoler lo que ya está fabricado, y levantar mas grandes edificios... Hé aquí, entre tanto, que lo que causaba tanto temor á este rico avariento, esto es, la pérdida de su supérfluo, es cabalmente á lo que se determina... ¡Cuántos se han visto, que despues de haber hecho construir grandes graneros no

han tenido con qué llenarlos, ni qué poner en ellos! ¡cuántos que, despues de haber hecho levantar y adornar magníficas habitaciones, no han podido tener la satisfaccion de vivir en ellas y han sido obligados á cederlas á sus herederos!... 3.ª *Ocupacion llena de distraccion y de irreligion*... Mientras que el rico está ocupado en sus fábricas, nadie se atreva á hablarle de oracion, de leccion espiritual, de confesion, de comunion: él no tiene tiempo; no se le hable de obras buenas, de limosnas, de caridad; él no puede. ¿Quién, pues, podrá salir por fiador de que no cometerá alguna injusticia, de que pagará exactamente á los que emplea, de que no hará perder el salario á los operarios, y de que no suscitará algunos pleitos con aquellos que están encargados de llevar al fin la obra comenzada?... ¡Oh vanas y engañadoras riquezas! ¿es posible que nosotros hayamos de estar siempre deslumbrados con vuestro falso esplendor?

Lo 3.° *La posesion de las riquezas hace conocer su vanidad por los proyectos que hace formar*... Proyectos quiméricos que sirven de continuo pasto á la vida, y de que no ve jamás la ejecucion... Cuando habré acabado mis fábricas, decia este rico, y habré juntado toda mi cosecha y todos mis bienes... «diré á mi alma: Ó alma, tienes pues«tos muchos bienes para muchísimos años; descansa, come y bebe, «y date buena vida...» Hé aquí cuáles son los proyectos de los ricos avarientos y con los que se prometen al principio una abundancia de bienes que pueda satisfacer toda la inquietud de sus deseos... Ahora vosotros los veis deseosos de ganancias, solícitos por acumular, atentos á servirse de todos los caminos para enriquecerse, ocupados en menudencias, teniendo el ojo sobre todo, inquietos al mas mínimo accidente, é inconsolables á cualquiera pequeña pérdida, ó por haberles faltado la mas mínima ocasion; pero todo esto debe durar solo por un cierto tiempo, y hasta que hayan juntado un cierto patrimonio, despues del cual dirán entre sí mismos: ¡he! ya tenemos bastante; ya tengo para lo que necesito lo restante de mis dias; ya no tengo miedo de cosa alguna; ya no tengo alguna pena... Pero ¡ah! ¿dónde están aquellos que, contentos de su fortuna y satisfechos de cuanto han adquirido, hayan puesto límites á su codicia? Se prometen estos en adelante un perfecto reposo, exentos de toda solicitud y de todo cuidado... Ahora los veis en perpétuo movimiento, ir, venir, siempre trabajar, velar de noche, anticipar la aurora, no tomar algun reposo, ni algun alivio; y todo esto únicamente para buscar un perfecto reposo, en el cual no tendrán ya nada que hacer, y gozarán á su gusto el fruto de sus pasados trabajos. Pero ¡ah!

¿se han visto, por ventura, muchos que hayan llegado á este estado de reposo y de tranquilidad?... Finalmente, se prometen una vida larga y deliciosa... Ahora ya los veis hacer unos ahorros indecentes, negarse lo necesario y llorar aun aquello poco que en sí gastan; pero cuando habrán juntado tanto, que baste, se recompensarán de sus ahorros y de cuanto se privan; se abandonarán á una vida alegre y deliciosa, y nada ahorrarán para satisfacerse. Hé aquí el último término de las esperanzas del rico y el mas noble objeto de sus votos, *beber y comer*. ¡Oh vanidad de las riquezas! ¿Son necesarias, acaso, tantas atenciones y tantas penas para llegar á este término? El pobre en su medianía, ya ha mucho tiempo que goza de estas utilidades, y tanto mas deliciosamente las goza, cuanto está mas léjos de poner en esto su suma felicidad.

PUNTO III.

La muerte en las riquezas hace conocer su necedad.

«Pero Dios le dijo: Necio, en esta noche te vuelven á pedir el al- «ma; y aquello que has guardado ¿de quién será? Así le sucede al «que atesora para sí mismo y no es rico para Dios...» El rico se alimentaba de sus ideas lisonjeras, cuando Dios, de quien él vivia olvidado, y con quien nunca contaba en sus vastos proyectos, le desconcertó todo su sistema. Y veis aquí lo que para nuestro mayor provecho podemos ir recorriendo con nuestra mente.

Lo 1.° *La locura del rico en haber juntado tantos bienes que es forzoso dejar*... Seguros de que debemos morir; de que hemos de estar poquísimo tiempo en este mundo; de que de este pasarémos á otro para estar allí eternamente, y de que al otro mundo llevarémos solamente nuestra alma, sus pecados y sus virtudes; de que la hora de nuestra partida es incierta, y puede llegar en cada instante; de que cuando llegue esta hora, y Dios hable, es necesario obedecer sin dilacion para comparecer delante de él; ¿no es una locura, una necedad vivir tanto tiempo ocupados en los bienes de este mundo; tener tanto ardor; darnos tan malos ratos para procurar riquezas que debemos dejar, que no podemos llevar con nosotros, y que desde aquel punto ya nada nos servirán?

Lo 2.° *Locura del rico en no saber á quién deje sus bienes, que ciertamente debe dejar*... ¿Cuántas veces sucede que un rico ha juntado un grande tesoro, y únicamente lo ha guardado para dejarlo á extraños que ni siquiera conocia; para dejarlo á herederos tan ingra-

tos que llegan hasta insultar y motejar su memoria; á hijos litigiosos que mútuamente se consumen en pleitos; á hijos pródigos y disipadores que gastan los tesoros, enajenan las casas y las tierras; á hijos disolutos y libertinos que se condenan en la abundancia de los bienes que les dejó su padre avaro, y que se hubieran salvado, si su padre virtuoso, juntamente con una herencia mediana de sus abuelos, les hubiese dejado buenos ejemplos? ¡Qué locura, qué necedad haber devorado tantas penas para acumular bienes tan funestos!

Lo 3.° *Locura y necedad del rico en deber dejar bienes que le han impedido el juntar aquellos que podria llevar consigo*... Tal es, pues, la suerte de cualquiera que acumula solo para sí, sin pensar en dar parte á los pobres de los bienes que Dios le da, ni á emplearlos en buenas obras. Muere rico delante de los hombres, y pobre delante de Dios: rico de bienes que está obligado á dejar, y pobre de bienes que habria podido llevar consigo. ¡Oh locura que no se puede llorar bastantemente!

Peticion y coloquio.

¡Ah! si esta noche Vos me pidiéseis el alma, ó Dios mio, ¿me hallaria yo delante de Vos rico en buenas obras, en gracia, en méritos? ¿En qué, pues, he pensado hasta ahora? ¡Ay de mí! si el cuidado de acumular, ó cualquiera otro pensamiento frívolo me ha impedido enriquecerme de los bienes celestiales, ¿no es, por ventura, igual mi locura? ¡Ah Señor! he errado, lo confieso; pero en adelante tomaré al rico avariento por mi modelo, y será cambiando la especie de los bienes. Tendré por los bienes celestiales el mismo ardor que él tenia por los bienes de la tierra. Sostened con vuestra gracia, ó Dios mio, esta resolucion; haced que yo trabaje, que proyecte y que espere, como el rico del Evangelio, para vivir feliz y morir contento, entrar rico en el sepulcro, y hallarme por toda la eternidad en las riquezas, en la abundancia, en las delicias que teneis preparadas en el cielo para los que os temen. Amen.

MEDITACION CLX.

SEGUNDA CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. XII, 22-31).

DE LA CONFIANZA EN DIOS SOBRE LAS COSAS NECESARIAS Á LA VIDA.

Esta confianza debe estar fundada: 1.° sobre la sabiduría; 2.° sobre la potencia; 3.° sobre la bondad infinita de Dios.

PUNTO I.

De la sabiduría infinita de Dios.

Esta dispone todas las cosas proporcionadamente, y nosotros debemos admirarla... «Y dijo á sus discípulos: Por tanto os digo, no «querais estar solícitos ni del comer respecto á vuestro vivir, ni del «vestir en órden al cuerpo [1]...»

Aunque esta parte del discurso de Jesucristo fue dirigida particularmente á los Apóstoles y á los discípulos, que debian practicar literalmente toda la perfeccion, no dejaba de ser útil al pueblo que lo escuchaba, y nosotros debemos tambien aprovecharnos de ella, aplicándonosla á proporcion, y segun la diferencia de nuestro estado. No obstante que el Redentor solo hable aquí de la confianza en Dios en órden al alimento y al vestido, debemos con mayor razon entenderla de todas las otras necesidades de la vida. Mas para establecernos firmemente en esta confianza consideremos con qué sabiduría infinita gobierna Dios el mundo, conserva todas las criaturas, y dispone con proporcion de todas sus partes.

1.° *Consideremos, pues, primeramente á nosotros mismos*... «La «vida vale mas que la comida; y el cuerpo mas que el vestido...» Dios nos ha dado el cuerpo y el alma, el ser y la vida. Lo que nos falta, aquello de que mas necesitamos, que forma la materia de nuestro temor y de nuestra inquietud, ¿es acaso en sí mas considerable y mas precioso que cuanto ya hemos recibido? ¿No es, por ventura, una consecuencia de nuestra naturaleza, un subsidio conveniente á nuestro estado, y una destinacion de la misma Providencia? ¿Cómo, pues, podemos temer que se nos niegue por esta sabiduría infinita?

2.° *Consideremos los animales*... «Considerad los cuervos, que no

[1] Matth. VI, 25 (meditacion LVII).

«siembran ni siegan; y no tienen despensa ni granero, y Dios los «alimenta: pues, ¿cuánto mas valeis vosotros que ellos?...»

De la consideracion de nosotros mismos pasemos á la de los animales que Dios ha criado; pongamos la vista en aquellos que vuelan por el aire, que se arrastran por la tierra, ó que nadan en las aguas. No obstante la prodigiosa diferencia que hay entre ellos, entre su naturaleza, entre sus necesidades y entre la cualidad de su alimento proporcionado y conveniente, ¿no encuentran ellos, por ventura, cuanto han menester para su mantenimiento? La sabiduria infinita de Dios ¿no les ha preparado todo lo necesario? Y bien que no posean artes ni ciencias; aunque estén privados de toda razon, de juicio, de providencia, esta sabiduría misma ¿no encuentra el medio de hacer llegar á cada uno de ellos cuanto le es necesario? Ahora, pues, ¿hay alguna comparacion entre nosotros y los animales? ¿Cómo, pues, podemos creer que esta sabiduría infinita, que provee á todas sus necesidades, no proveerá á las nuestras?

3.° *Consideremos las flores*... «Mirad los lirios como crecen; no «trabajan y no hilan; y yo os digo, que ni Salomon con toda su «magnificencia ha estado vestido como uno de estos. Pues si la yer«ba, que hoy está en el campo y mañana se echa en el horno, Dios «la viste así, ¿cuánto mas á vosotros de poca fe?...»

De los animales descendamos á las plantas y á las flores que produce la tierra... ¿Qué espectáculo mas gracioso puede representarse á los ojos humanos que una bella campiña, cuando los árboles y los céspedes, los prados y las flores hacen á porfía pompa de cuanto hay en la naturaleza de mas maravilloso y que mas encante? ¡Qué olor suave! ¡qué magnificencia! ¡qué golpe de vista! Y si consideramos mas menudamente los objetos, ¡qué vivacidad de colores! ¡qué delicadeza de líneas y pinturas! ¡qué variedad de espectáculos! ¡qué encanto! ¡qué gallardía! No: ni el mas sábio de los hombres, el mas rico y el mas espléndido de los reyes, en sus ropas de oro, enriquecidas de piedras preciosas, ha encontrado un vestido que pueda compararse con el de una flor. Ó flores brillantes, no sois ya vosotras las que os los habeis formado, ni tampoco es vuestra industria la que os los ha procurado; es, sí, aquella sabiduría infinita, la que extendiendo á larga mano su magnificencia hasta sobre las sustancias mas débiles, exige de nosotros el tributo de nuestra admiracion y de nuestra confianza. Y ¿qué seria, pues, si de la superficie que os adorna á vosotras, y á nosotros nos deslumbra, pasásemos á considerar el arte divino que os hace nacer, que os multipli-

ca, os despliega, os abre? ¡Oh Dios, tanto gasto, tantos preparativos, tantas atenciones por una yerba que hoy florece, y que mañana se arranca del suelo para arrojarla!... ¡Oh hombres de poca fe! ¿cómo podeis todavía temer que la sabiduría, que os ha producido, os abandone; á vosotros, por quienes ella ha criado el mundo, y á quienes destina el cielo?

PUNTO II.

De la potencia infinita de Dios.

Ella hace todas las cosas, y nosotros debemos confesarle nuestra debilidad... Para convencernos de la inutilidad de nuestros pensamientos y de nuestras inquietudes, hagamos las siguientes reflexiones:

1.° *Hagamos prueba sobre nosotros mismos de nuestras fuerzas...* «Pero ¿quién de vosotros *(dice Jesucristo)* es el que á fuerza de pen«sar pueda añadir á su estatura un codo?...» Probemos si á fuerza de pensar, de calcular, de meditar, ó si por medio de alguna invencion ó de cualquier industria, podrémos, por ejemplo, acrecentar nuestra estatura de algunos cuatro dedos. ¡Ah! ni siquiera por tentacion hemos jamás pensado hacer tal experiencia, y tacharíamos de necio á cualquiera que sériamente se lo imaginase. Estemos, pues, una vez bien persuadidos y convencidos de nuestra debilidad y de nuestra impotencia.

2.° *Discurramos de lo menos á lo mas...* «Pues si *(añade Jesucristo)* «no podeis hacer lo menos, ¿por qué teneis tanta inquietud por otras «cosas?...» Si con nuestros pensamientos nada podemos sobre nuestro cuerpo, que es una parte de nosotros mismos; si estamos obligados á confesar que seria suma necedad nuestra el fijarnos sériamente en estos pensamientos, ¿qué sabiduría, qué provecho, qué eficacia se puede esperar en aquellos pensamientos que se ordenan á objetos distantes de nosotros, superiores á nosotros, y que nos son desconocidos? ¿sobre aquellas necesidades que nos ocasionan inquietudes tan inútiles y sin fundamento, las cuales para ser y quedar satisfechas requieren el concurso de mil causas diferentes que ni siquiera conocemos, y sobre que nada nos importa el poder ó no alguna cosa? Y con todo eso... el mundo está lleno de hombres que, creyéndose sábios, no cesan de estar continuamente ocupados en sí mismos, y de tener sérios discursos los unos con los otros sobre las estaciones del año, sobre los vientos, sobre las lluvias, sobre las tempestades, sobre terremotos, sobre la ocasion de las guer-

ras, de las pérdidas y de las carestías; como si estos pensamientos no fuesen igualmente vanos, insensatos é ineptos que los otros sobre la estatura y sobre la grandeza de su cuerpo.

3.° *Concluyamos de esto, y resolvamos no inquietarnos ya mas en adelante por lo que mira á las necesidades de la vida...* «Y vosotros «*(concluye Jesucristo)*, no andeis afanados por lo que habeis de co-«mer ó beber: y no querais elevaros demasiadamente hácia arri-«ba...» No estemos pensando en lo que vendrá, que no está en nuestro poder: no nos levantemos sobre nosotros mismos, y no pensemos en regular los acontecimientos que dependen solo de la omnipotencia de Dios. Estémonos circunscritos, segun nuestro estado, en el giro de ocupaciones diarias que pide de nosotros la Providencia, y sin querer remontar el vuelo mas alto, abandonemos lo restante á aquella potencia infinita que mueve el cielo y la tierra, y gobierna todas las cosas con soberano imperio. En esta perfecta sumision, en esta confesion de nuestra debilidad, encontrarémos nuestro reposo y nuestra consolacion.

PUNTO III.

De la bondad infinita de Dios.

Esta bondad lo abraza todo, y nosotros le debemos toda nuestra confianza... «Porque todas estas cosas buscan las gentes del mun-«do; y vuestro Padre sabe que de estas teneis necesidad...»

Lo 1.° *De la idea que debemos tener de Dios...* Debemos mirar á Dios como nuestro Padre, y como un tierno padre que nos ama y quiere nuestro bien: como un padre atento á quien nada se le esconde, que conoce todas nuestras necesidades, y sabe lo que nos es útil; como Padre omnipotente, que hace servir á sus designios las acciones de las sustancias inanimadas y la voluntad de las libres. Bajo la providencia de un tal Padre, ¿por qué inquietarnos? ¿No tiene él derecho de exigir nuestra confianza? ¿no seria ultrajarlo gravemente el negársela?

Lo 2.° *Del ejemplo del mundo que debemos huir...* «Porque detrás «de tales cosas van los hombres del mundo...»

En materia de providencia se halla aun entre los cristianos la idea que tenian los gentiles, ó por decirlo mejor, se ven aun muchos cristianos que piensan de Dios como los gentiles, que no reconocen alguna providencia, no tienen otra cosa en mira que este mundo visible, y en él reconocen solamente una naturaleza ciega, de la cual no tienen que esperar algun interés, alguna atencion, algun bene-

ficio; antes tienen siempre que temerlo todo. ¡Ah! avergoncémonos de pensar como el mundo, cuando vemos que piensa como los paganos.

Lo 3.° *Del objeto á que debemos aplicar nuestros primeros cuidados...* «Buscad, por tanto *(acaba Jesucristo)*, primeramente el rei-«no de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas...» Lo que debemos buscar, antes de todas las cosas, es el reino de Dios y su justicia, la gloria de Dios y nuestra salvacion. Estudiemos la ley de Dios; apliquémonos á observarla; practiquemos las obras de caridad; frecuentemos los Sacramentos; atendamos á la oracion; trabajemos por adquirir las virtudes, por la victoria de las pasiones, y no temamos que nos pueda faltar lo restante. Es nuestro Dios mismo, es nuestro Padre el que nos da la palabra. Confiemos en sus promesas; reposemos sobre su infinita bondad en todo aquello que necesitamos para la vida y para la muerte.

Peticion y coloquio.

Alma mia, avergüénzate de una inquietud vana y desconfiada bajo el gobierno de una sabiduría infinita en sus miras, en sus designios, en sus medidas, en sus medios y en la justa proporcion que hace resplandecer en sus obras. ¡Ah! vive quieta y tranquila sobre la potencia infinita de tu Dios, sin cesar jamás de trabajar bajo su diestra en espíritu de paz y de sumision. Entre los medios naturales que nos conservan la vida y procuran el vestido, ten siempre delante de tus ojos su mano bienhechora. Y Vos, ó Dios mio, dirigid mis miras y mis cuidados solo hácia los bienes sólidos y eternos: haced que ante todas cosas busque vuestro reino y vuestra justicia: haced que yo solo á Vos ame aquí en la tierra, y que á Vos solo eternamente posea. Amen.

MEDITACION CLXI.

TERCERA CONTINUACION DEL DISCURSO DEL REDENTOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. XII, 32–34).

JESÚS ANIMA SUS APÓSTOLES.

1.° Jesucristo les pone á la vista una sólida consolacion; 2.° les da un aviso esencial; 3.° les propone una máxima importante.

PUNTO I.

Jesucristo pone bajo los ojos de sus Apóstoles una consolacion sólida.

Lo 1.° *Por la confianza á que los anima*... «No temais...» Esto es, no temais que os falten las cosas necesarias á la vida; no temais la potencia de los hombres ni el furor de los demonios; no temais vuestra debilidad cuando no os expondréis temerariamente, y poned en Dios toda vuestra confianza... Tal debe ser la seguridad de un alma verdaderamente cristiana. Pero ¡ay de mí! si nos examinamos sériamente, verémos que estamos muy léjos de esto. ¡Oh, cuántos objetos de temores pueriles y funestos se presentan continuamente á nuestra alma, la descomponen y la inquietan!

Lo 2.° *Jesucristo pone á los ojos de sus Apóstoles una consolacion sólida por el nombre con que los llama*... «No temais, pequeño rebaño...» Este nombre indicaba el número actual de aquellos que componian su Iglesia, que era bien pequeño; pero este pequeño número debia un dia llegar á ser bien grande, y á abrazar todos los pueblos del mundo... Mas aunque esta Iglesia está bien extendida, ¡oh y cuán pequeño es el número de los cristianos fervorosos en comparacion de los cristianos perezosos y pecadores! ¡Ah! unámonos á este pequeño número si queremos tener parte en los favores que se le prometen... Este nombre indicaba tambien las principales virtudes de los verdaderos hijos de la Iglesia, como son la humildad, la paciencia y la dulzura. Con estas ha triunfado del mundo entero este pequeño rebaño. ¿Tenemos nosotros estas virtudes?... Finalmente, este nombre declaraba la ternura de Jesucristo para con su Iglesia. Él es el Pastor y ella su amado rebaño. En este sabe distinguir las almas generosas que le sirven con fervor y con toda la pureza de su corazon. ¡Oh y cuán grande es el afecto y la ternura que él tiene á este rebaño! Esforcémonos á ser de este número, y nada omitamos por conseguirlo.

Lo 3.° *Jesucristo presenta á sus Apóstoles una sólida consolacion por la recompensa de que los asegura*... «No temais, pequeño rebaño, porque ha sido complacido vuestro Padre de daros el reino...» Examinemos todas estas palabras... *Ha sido complacido*... Él os ha llamado á una suerte tan dichosa por un favor del todo gratuito, por un efecto de su amor, y con complacencia os pondrá en su posesion... *Ha sido complacido vuestro Padre*... ¿Y quién es este Padre? Es el mismo Dios, aquel Señor soberano, absoluto y omnipotente, á quien nada resiste, y que nada puede impedirle poner en ejecucion su voluntad y en exacto cumplimiento sus promesas, con tal que nosotros no nos hagamos indignos de ellas... *Ha sido complacido vuestro Padre de daros*... no lo que vosotros mereceis. Vuestros méritos mismos son dones de su gracia, y coronando en vosotros vuestros méritos, corona sus propios dones. ¡Qué desgracia para vosotros si viniéseis á perder este don de la gloria por haber desechado los dones de la gracia!... «*Ha sido complacido vuestro «Padre de daros á vosotros el reino*...» ¿Y qué reino? ¡Ah! si fuese un reino sobre la tierra, todo lo sacrificaríais por obtenerlo y no perderlo: dia y noche pensaríais en él; seria este el solo objeto de vuestros deseos; continuamente suspiraríais el dichoso momento que deberia poneros en su posesion; cualquiera otra fortuna os pareceria vil y despreciable; en vuestro espíritu maquinaríais solo proyectos dignos del trono, y alimentaríais siempre vuestro corazon de afectos convenientes á vuestro alto destino. Mas el reino á que estais destinados es un reino celestial, es un reino eterno. ¡Ah! no querais, pues, arrastraros sobre la tierra, no querais envileceros, no querais degradaros. Excitad en vosotros pensamientos dignos de vuestro Padre y dignos del reino que os ha preparado.

PUNTO II.

Jesucristo da á sus Apóstoles un aviso esencial.

Lo 1.° *De renunciar á los tesoros de la tierra*... «Vended lo que «poseeis, y dad limosna...»

Los primeros fieles siguieron, y muchos en nuestros dias siguen este consejo. Pero, ó llamados ó no llamados á este grado de perfeccion, tenemos siempre en este mismo consejo un precepto esencial. Este consiste en despegar nuestro corazon de todo lo que poseemos, y en no tener algun tesoro sobre la tierra. Lo que el Salvador dice del tesoro de las riquezas se debe entender de todo otro

tesoro á que se pega nuestro corazon. Fuera del tesoro de las riquezas, hay otros de muchas especies, y cada uno se forma el suyo. Tesoro de ciencia y de erudicion; tesoro de estima y de reputacion; tesoro de amistad y de reconocimiento; tesoro de favor y de proteccion; tesoro de comodidades, de placeres y de sensualidad. Sigamos el aviso del Salvador: renunciemos á todo esto, ó retengamos solamente lo que la caridad y las obligaciones esenciales de nuestro estado no nos permiten abandonar. Cuanto mas nos adelantemos en este despego del corazon y en esta renuncia efectiva de las cosas de la tierra, tanto mas gozarémos la paz interna y la libertad de hijos de Dios. Contrato ventajoso en que damos cosas despreciables por bienes de un precio infinito. ¡Ah, no con otro que con Dios solo se puede hacer un tan afortunado comercio! ¡Insensato, pues, el que no lo hace!

Lo 2.° *Jesucristo da á sus Apóstoles el aviso esencial de hacerse un tesoro en el cielo*... «Haceos bolsas que no se envejecen; un te«soro inexhausto en el cielo, donde el ladron no se acerca, ni lo roe «la polilla...» Las riquezas distribuidas á los pobres son un tesoro en el cielo. Las buenas obras y las virtudes practicadas en la presencia de Dios, y por agradarle, son un tesoro en el cielo. El conocimiento de los Santos, y de sus acciones, y de sus combates; la invocacion de su intercesion; la confianza en su poder; el deseo de verlos y de vivir con ellos son un tesoro en el cielo. El tiempo que robamos á nuestros gustos y placeres por atender á la oracion, por frecuentar los Sacramentos, y por practicar el ayuno y la mortificacion, todas estas obras santas son un tesoro en el cielo. Veis aquí los tesoros que conviene acumular, juntar y aumentar cada dia.

Lo 3.° *Cuál es la razon de este aviso del Redentor*... ¡Ay de mí! ¿No la sabemos aun por ventura? ¿Es necesario repetírnosla siempre, y á pesar de todo lo que se nos dice serémos tan inconsiderados y tan insensatos, que luego nos olvidemos? Los tesoros de la tierra nada tienen de noble y digno de nosotros; son bajos, viles y despreciables; léjos de saciarnos y de satisfacernos, nos degradan, nos empobrecen, nos afligen y nos atormentan. Los tesoros de la tierra nada tienen de seguro ni de sólido: mil suertes de enemigos buscan y pretenden robárnoslos, y otras tantas veces hemos sido despojados de ellos; nuestros sentimientos, nuestra desesperacion y la miseria que experimentamos son el primer castigo de nuestra imprudencia. Finalmente, nada tienen de permanentes y duraderos; la muerte todo nos lo quita, y nada nos queda. No es así de los tesoros

que acumulamos en el cielo. Ellos son nobles, satisfacen, engrandecen, alivian y llenan nuestro corazon: están seguros, no puede el enemigo robárnoslos y nada puede destruirlos; son duraderos y eternos: la muerte misma nos pone en su posesion, y serémos para siempre señores y dueños de ellos.

PUNTO III.

Jesucristo propone á sus Apóstoles una máxima importante.

«Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro «corazon...»

Lo 1.° *Aprendamos de esta máxima á conocernos á nosotros mismos*... ¿Queremos nosotros saber dónde esta nuestro corazon? Veamos dónde está nuestro tesoro. Veamos dónde juntamos, dónde acumulamos y dónde trabajamos, si sobre la tierra ó en el cielo. ¿Queremos saber dónde está nuestro tesoro? Veamos dónde está nuestro corazon, dónde están nuestros afectos, nuestros deseos y nuestros pensamientos, á qué parte se vuelve habitualmente y cuási sin reflexion nuestro corazon, si hácia la tierra ó hácia el cielo; porque estas dos cosas están entre sí encadenadas y necesariamente juntas, aunque nosotros queramos tal vez disimulárnoslo, pero en vano: donde está nuestro corazon, allí tambien está nuestro tesoro, y donde está nuestro tesoro, allí infaliblemente estará tambien nuestro corazon.

Lo 2.° *Aprendamos de esta máxima á regularnos nosotros mismos*... Comprendamos cuán importante es para nosotros no engañarnos en este negócio, esto es, en colocar bien nuestro tesoro y nuestro corazon. Estando estas dos cosas tan estrechamente unidas entre sí, el yerro que cometiéremos en la una, recaerá igualmente en la otra. Si hacemos consistir nuestro tesoro en cosas terrenas y caducas, en estas estará tambien nuestro corazon: de donde se seguirá que perecerá nuestro tesoro, y eternamente será con él despedazado nuestro corazon. Si, al opuesto, nuestro tesoro es celestial y eterno, eternamente gozará de él nuestro corazon con seguridad y felicidad. Estemos, pues, bien en vela sobre este punto, y no nos engañemos.

Lo 3.° *Aprendamos de esta máxima á cambiarnos á nosotros mismos*... No pretendamos ya cambiar nuestro corazon sin cambiar nuestro tesoro, ni cambiar nuestro tesoro sin cambiar nuestro corazon. Estas dos cosas son inseparables. Trabajemos en cambiar el

uno y el otro al mismo tiempo. Para revolver nuestro corazon hácia el cielo, pongamos en el cielo nuestro tesoro, enviemos allá limosnas, obras de caridad, actos de humildad, de paciencia y de mortificacion. Para reponer nuestro tesoro en el cielo, revolvamos hasta el cielo los pensamientos de nuestro corazon, sus deseos y sus afectos. Pensemos con frecuencia en aquella beata habitacion, en aquella gloria inmortal, en aquella eterna felicidad.

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí, y cuán necesario es en mí este cambiamiento, porque mi tesoro y mi corazon están del todo sobre la tierra! Ayudadme, ó Señor, porque sin Vos no me puedo cambiar, ó por mejor decir, cambiadme Vos mismo, y esta mutacion será el efecto de vuestra diestra. Ó Dios mio, si Vos fuéseis mi tesoro, ¡cuán afortunado seria! No tendria dificultad en estarme recogido, no estaria distraido en la oracion, y la oracion no me causaria tédio ni fastidio. Ó Jesús, si Vos fuéseis mi tesoro, ¡con qué frecuencia, con qué respeto me hallaria yo en vuestra presencia! Mas frecuentes y mas fervorosas serian mis comuniones; en ellas no experimentaria aquella frialdad, aquella disipacion que tanto me abaten, me desaniman, y me acongojan. ¡Oh Salvador mio! ¡oh divino Jesús! sed Vos en adelante mi único tesoro, y sea todo vuestro en adelante mi corazon... Amen.

MEDITACION CLXII.

CUARTA CONTINUACION DEL DISCURSO DEL SALVADOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. XII, 35-41).

PARÁBOLA SOBRE LA MUERTE.

Bajo el velo de esta parábola nos enseña el Redentor: 1.° en qué consista la preparacion á la muerte; 2.° cuál sea la felicidad de una muerte á la que el cristiano se halla preparado; 3.° cuán grande sea la necesidad de estar siempre dispuestos á morir.

PUNTO I.

En qué consiste la preparacion para la muerte.

Lo 1.° *En el despego de las cosas de este mundo*... «Estén ceñidos «vuestros lomos...»

Los judíos llevaban un hábito largo, y para no hallarse embara-

zados lo tenian levantado con un cíngulo cuando habian de trabajar, ó hacer algun viaje... La primera preparacion para la muerte consiste en ponerse en este estado, en que nada nos detenga, nada nos impída, nada nos embarace. Los vestidos que nos embarazan son los bienes de la tierra, nuestras pasiones, nuestros desarreglados afectos, el amor del placer y de las cosas sensibles. Ahora, esto es justamente lo que se debe restringir, reprimir, y hablando propiamente, sujetar con el cíngulo de la mortificacion y del despego. Ciñamos, pues con este cíngulo nuestros lomos; despeguémonos de todas las cosas de la tierra, estemos siempre prontos á dejarla... ¿Estamos en esta disposicion? ¿Vivimos despegados de esta manera?

Lo 2.° *La preparacion para la muerte consiste en la práctica de las virtudes*... «Y en vuestras manos lámparas encendidas...»

Este mundo está cubierto de espesas tinieblas, y la muerte es como un viaje que se hace en una noche oscura... La lámpara que debe iluminarnos es la fe y la religion. El que no tiene fe ni religion no tiene esta lámpara en la mano; no sabe dónde va, y corre peligro cierto de caer en el precipicio: el que tiene una fe y una religion que no es verdadera ni establecida por Jesucristo, sigue un falso vislumbre, y se precipita igualmente: el que tiene una fe muerta, lánguida, ó poco asegurada, lleva una lámpara sin luz, y corre tambien al precipicio. Tengamos, pues, esta lámpara encendida por medio de una entera sumision á cuanto la Iglesia ha decidido, por medio de un estudio continuo y de una profunda meditacion de los misterios y de las verdades que ella enseña... La lámpara encendida y que debe arder es el amor de Dios y del prójimo en nuestro corazon. Guardémonos de que este fuego se apague, ó venga á faltar; antes por el contrario, procuremos que cada dia esté mas vivo y mas ardiente. El óleo que debe mantener siempre encendida nuestra lámpara son nuestras buenas obras y los actos frecuentes de todas las virtudes propias de nuestro estado; las cuales santificándonos á nosotros mismos, iluminarán y edificarán á los otros. ¿Las tenemos nosotros en las manos? ¿Tenemos encendidas estas lámparas?

Lo 3.° *La preparacion para la muerte consiste en una expectacion continua del dia del Señor*... «Y sed vosotros semejantes á los hom-«bres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para «abrirle luego que llegue y toque á la puerta...»

Jesucristo está en el cielo, en el convite eterno de la Iglesia triunfante: sin abandonarlo debe venir á nosotros, y nosotros debemos

esperarlo y estar prontos para abrirle. Él toca con la enfermedad, y nosotros le abrimos, si estamos dispuestos por medio de una pronta resignacion, y del júbilo de unirnos con él. ¡Ay de mí! vivimos sobre la tierra en continuas expectaciones, pero no en la expectacion del Señor. Se esperan las edades, la salud y las fuerzas: se esperan dignidades y empléos: se espera la muerte de otros: que vaque un empleo: se esperan herencias; y ¡oh cuántas cosas se esperan! Se espera sobre todo una larga vida, algunos años mas de vida, y siempre una dilacion infinita de vida; pero entre estas frívolas expectaciones viene el Señor que no se esperaba, llama á la puerta, y léjos de abrirle prontamente, nos esforzamos á cerrarle la entrada y á tenerlo léjos; pero con todo esto, y no obstante nuestra repugnancia, entra, y nada encuentra preparado; todo lo halla en desórden, ¡oh qué infelicidad! ¡oh vanas esperanzas, vanas expectaciones, cuántos corazones habeis engañado! ¿No seré engañado yo mismo? No lo permitais, Señor; estoy resuelto: Vos solo en adelante seréis el objeto de mi expectacion. Sí, ¡oh Dios mio! á Vos esperaré: no espero sino á Vos: ninguna cosa del mundo espero sino á Vos solo. Todo lo que hago, todo lo que proyecto, y todo aquello en que me ocupo, todo se endereza á esperaros á Vos; yo no me apego á cosa alguna; luego que Vos llameis, todo lo dejaré, correré á Vos, ¡oh Salvador mio! os abriré con júbilo de mi corazon y con deseo ardiente de unirme siempre á Vos.

PUNTO II.

De la felicidad de la muerte, á la que un cristiano se ha preparado.

«Bienaventurados aquellos siervos que viniendo el señor, los en«contrará velando: en verdad os digo, que se ceñirá, y los hará «sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si llegase á la segun«da vigilia, y si llegase á la tercera, y los hallare así *(velando),* «bienaventurados son los tales siervos...»

1.° *Felicidad primera del instante de la muerte...* ¡De qué consolacion no se hallará llena un alma fervorosa en el lecho de su muerte! Bien presto se han pasado sus penas, se han acabado sus combates, y se ve cercana á la recompensa y al eterno reposo. En este momento todo mortal experimenta la espantosa caducidad de las cosas de la tierra, y la obligacion en que está el hombre de unirse únicamente á Dios. Pero para el alma justa ¡oh y qué consuelo es haber sabido despreciar todos estos bienes de que la muerte la se-

para, y haber buscado el agradar á solo aquel Dios que á ella viene! ¡Con qué alegría ve ella á Jesucristo entre las manos del sacerdote que viene aun á ella una vez á darle la prenda segura de una bienaventurada inmortalidad! Esta es la última vez en que lo ve bajo los velos misteriosos que lo esconden; bien presto lo verá á cara descubierta en el estado de su gloria. ¡Oh cuánto se alegra de haberlo servido y de haberse consagrado á él! No le sucede así al alma mundana, perezosa, disipada, cuyo corazon jamás ha estado enteramente en Dios: ¡oh qué pesar, al opuesto, en este momento; cuántos remordimientos, cuántos temores!

2.° *Felicidad en el momento de la muerte*... La felicidad de un justo moribundo resalta hasta los que están presentes. Es una verdadera felicidad ser testigos de la muerte de un fervoroso cristiano. Ó sea que la muerte lo corte en la flor de su edad, y cuando el mundo le ofrece las mas lisonjeras esperanzas; ó sea que lo lleve en una edad avanzada, y cuando el corazon está ordinariamente mas apegado á la vida, el júbilo que brilla sobre su frente, el ardor con que pide los Sacramentos, el fervor con que los recibe, las palabras de consolacion que dice á los que lo acompañan, todo edifica, todo encanta. El semblante de alegría con que espira anuncia los sentimientos llenos de fe, de esperanza y de amor divino de que está encendido su corazon. Parece que al rededor de él se esparce un olor de santidad. El fuego sagrado que lo consume, calienta los corazones mas frios, y les hace desear el morir con una muerte tan santa y tan dichosa... Es bien diferente la muerte de los mundanos; se han visto jóvenes y viejos dar espantosos gritos al primer anuncio de una próxima muerte, y determinarse despues con una pena infinita á hablar á un ministro de la reconciliacion; tambien se han visto algunos obstinados en no querer rendirse, echar de sí á los que les hablaban de Dios, arrojar tambien el Crucifijo que se les presentaba, y morir, ó en un endurecimiento, en una insensibilidad, en una insensatez propia de bestia que ponia los circunstantes en la mayor consternacion; ó morir con las blasfemias en la boca, transportados de furor y desesperacion que hacian temblar á los presentes, huyendo cada uno con el corazon lleno de terror y de espanto.

3.° *Felicidad despues de la muerte*... Ha espirado ya: aquella alma justa y fiel ya no está mas en este mundo; solo ha quedado sobre la tierra el cuerpo que ella ha animado y que volverá otra vez á tomar en el último dia. ¡Ah! ¿qué es lo que ella encuentra en el momento en que se ve libre de las ligaduras del cuerpo? Encuentra

en un Dios el Señor á quien ha servido, amado y deseado: un Señor lleno de bondad y de ternura, un Señor que ya no exige de ella algun servicio, y que, al contrario, quiere servirla él mismo; que la introduce al celestial convite de la mansion de su gloria, y emplea su omnipotencia en hacerla feliz, y colmar todos sus deseos. ¡Ah! es ciertamente bueno y tierno el Señor á quien nosotros servimos, y que se pinta á sí mismo bajo de estos tan admirables colores. ¡Felices, sí, felices los siervos que él encuentra en su servicio fieles y vigilantes á su retorno! Para servir á un tal Señor, ¿es por ventura demasiado larga la vida? ¿Son, acaso, demasiado duras las penas, las cruces, las penitencias y las mortificaciones para la felicidad tan grande que nos procuran? Ó almas fieles que os habeis consagrado al servicio de Jesucristo, no os dejeis abatir del temor de la muerte como los amadores del mundo. Esperad el dia de la venida de vuestro Señor con una santa impaciencia; pensad en ella con júbilo y con demostraciones de alegría. No: los pecados de la vida pasada que habeis lavado en su sangre, y las culpas ligeras que se escapan á vuestra fragilidad, y de que le pedís cada dia perdon, no inquieten ni atemoricen vuestro corazon, ni lleguen á haceros perder una tan dulce esperanza. Una estable confianza en las misericordias del Señor y un deseo ardiente de ir á él son mas propios para animaros en su servicio, y le son mas aceptos que aquel temor estéril á que os abandonais, y que hace injuria á su bondad, y no sirve sino de alejaros de él y de afligiros, aun con riesgo de desanimaros. Decid, pues, frecuentemente á vosotras mismas: ¡bienaventurados los siervos que el Señor hallará vigilantes á su retorno! ¡Ah! con la gracia de mi Dios espero ser de este número... ¡Oh qué fortuna será esta para mí!

PUNTO III.

De la necesidad de estar siempre prontos para morir.

Lo 1.° *Comprendamos esta necesidad con un ejemplo familiar...* «Mas sabed esto, que si el padre de familias supiera la hora en que «vendria el ladron, velaria sin duda; y no dejaria minar su casa...» Si él supiese el tiempo, en aquel tiempo velaria; pero no sabiéndolo, ¿qué es lo que hace? tiene cuidado que su casa esté siempre en buen estado, y con esta precaucion reposa tranquilamente... Si nosotros supiésemos el tiempo en que debemos morir, podríamos dejar para él nuestra preparacion; pero, no sabiéndolo, imitemos á

este padre de familias... Mantengamos nuestra conciencia en seguridad y siempre en buen estado : no dejemos entrar en ella, y mucho menos mantenerse algun tiempo al demonio, nuestro enemigo, y al pecado : no nos hallemos jamás en un estado en que no querríamos morir. Regulada de este modo nuestra conciencia, y no remordiéndole cosa alguna, podemos dormir tranquilamente : podrá entonces sucedernos morir de una muerte repentina ; pero no morirémos de una muerte improvisa. ¡Ay de mí! cuando se trata de la conservacion de nuestros bienes usamos de una atencion infinita, ninguna cosa fiamos al caso, ninguna precaucion nos parece que está por demás ; y cuando se trata de nuestra alma, de su conservacion, de su eterna salud, lo arriesgamos todo, y no tomamos seguridad alguna. ¡Dios inmortal, estamos todos los dias á la vigilia de ser eternamente reprobados, y vivimos tranquilos!

Lo 2.° *Comprendamos la necesidad de estar siempre dispuestos á morir con una cotidiana experiencia*... «Y vosotros estad preparados, «porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre...»

La muerte sorprende con mil accidentes improvisos. Uno es sumergido en el agua, otro consumido de las llamas ; este cae y se hace pedazos, aquel queda oprimido debajo de las ruinas, bajo de un peso que lo aterra ; quien es muerto por su enemigo ó por accidente, quien muere por un golpe de sangre ó de una apoplejía. En un mismo dia los habeis visto llenos de sanidad y privados de vida ; y estos accidentes sorprenden á los unos en un viaje, á los otros en sus casas ; á unos de dia, y á otros de noche. ¿Cuántos hemos conocido nosotros que han muerto de este modo? ¿Estaban estos dispuestos para morir? ¿Estaban ellos en estado de gracia? ¡Ah gran Dios, y cuán terrible es una tal muerte para personas ocupadas en los negocios del siglo, y que apenas se veian ocuparse en el negocio de la salud!... La muerte nos sorprende por enfermedad. Estábamos ocupados en mil negocios, proyectos é ideas inútiles ; vivíamos en los placeres, y acaso en malos hábitos, y cuando menos pensábamos nos hallamos detenidos en medio del curso de la enfermedad... ¿Y qué tiempo es este para disponernos á morir?... Se ignora la naturaleza del mal... Nos lisonjeamos que esto será nada, hemos salido ya otras veces de enfermedades mas graves, otros han sanado de esta misma enfermedad, y con esta esperanza nada se hace ; se difiere en la enfermedad como en la sanidad, y en tanto la muerte viene... Se ignoran sus progresos... Despues de algunos temores de la muerte, y despues de haber hecho algunos prepara-

tivos, el mal va cesando; renace la esperanza de la vida, y con ella muchas veces reviven todas las pasiones; y cuando ya nos creíamos fuera de peligro, todo de un golpe recaemos y morimos. ¡Ah! estemos preparados, estemos preparados. ¿Es posible que no queramos jamás comprender la importancia de este aviso? La experiencia de todos los dias ¿no bastará jamás para desengañarnos? Se muere á la hora que menos se piensa en ello. Esta advertencia tantas veces repetida y confirmada ¿no hará jamás sobre nosotros impresion alguna? Si fuésemos sorprendidos sin estar dispuestos, la culpa será infaliblemente nuestra, y será culpa que jamás podrémos reparar.

Lo 3.° *Comprendamos la necesidad de estar siempre dispuestos á morir con la aplicacion que debemos hacer á nosotros mismos de esta verdad*... «Y Pedro le dijo: ¿Señor, esta parábola la has dicho por «nosotros ó por todos?...»

Da compasion el ver el uso que se hace de una verdad tan terrible como es la incertidumbre de la muerte; y ver la manera con que se aplica. Primeramente se aplica á los negocios temporales, usando toda la exactitud y puntualidad. Ninguna cosa se hace, de cualquiera importancia que sea, sin tomar las precauciones necesarias contra las sorpresas de la muerte. Se tiene cuidado de decirlo todo; de escribir ó hacer escribir y firmarlo todo; porque no se sabe, se va diciendo, qué cosa puede ocurrir; el hombre puede morir en cualquier hora. Y por la salvacion ¿no hay que temer alguna sorpresa? ¿ó acaso este negocio no es de tanta importancia? ¡Ah!... la aplicamos tambien de buena gana á los otros, la anunciamos, la predicamos, la inculcamos á los otros, y despues no la aplicamos á nosotros. Conocemos el débil temperamento, la quebrantada salud de aquel jóven; vemos la edad avanzada del otro, y vamos diciendo: debieran ciertamente este y aquel pensar en morir bien; ¿y nosotros no debemos, por ventura, pensar en esto?... Tambien la aplicamos á nosotros, pero en una manera indeterminada, indecisa é ineficaz. Hacemos alguna vez esta reflexion, que no sabemos cuándo morirémos, y despues nos quedamos tranquilos como si á lo menos supiésemos cuándo nos morirémos; y sucede al fin, que despues de tantas advertencias y de tantas reflexiones morimos tambien sin estar preparados.

Peticion y coloquio.

Á mí, en particular, se endereza esta instruccion. Sin mas dife-

rirlo, quiero comenzar hoy á ponerme en el estado en que querré morir, con la práctica de las virtudes, de las mortificaciones y de los ejercicios de piedad en que querré morir y acabar mis dias; en una palabra, á hacer aquello que quisiera haber hecho á la hora de la muerte. Diferirlo mas es exponerme á un grande mal. ¡Ah! Vos, Dios mio, avalorad con vuestra gracia este propósito. Amen.

MEDITACION CLXIII.

QUINTA CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. XII, 42-48).

PARÁBOLA DEL ADMINISTRADOR.

Consideremos: 1.° el administrador fiel; 2.° el administrador infiel; 3.° la diferencia que hay entre los siervos infieles.

PUNTO I.

Del administrador fiel.

Lo 1.° *Sus obligaciones*... «Y el Señor dijo: ¿Quién crees tú que «sea el dispensador fiel y prudente propuesto por el señor á su fa- «milia para dar al tiempo debido á cada uno su medida de trigo?...» Bajo la parábola de este administrador están representadas todas las personas que tienen alguna autoridad ó potestad sobre los otros. Tales son los padres de familia, los señores, los magistrados, los príncipes, y principalmente los pastores y superiores eclesiásticos y directores de almas... La primera obligacion del administrador es la fidelidad, que consiste en no apropiarse alguno de los bienes que le ha confiado el señor, en no considerarse él mismo dueño de ellos, en no buscar en esto su gloria, su placer y su particular provecho; sino la gloria, la voluntad y el interés de su señor... La segunda es la prudencia ó sea la ciencia propia de su estado. Debe saber todo lo que es necesario para el beneficio y adelantamientos de su señor; debe conocer los trabajos que se han de hacer, debe repartirlos á aquellos á quienes manda, y dar á cada uno de ellos un trabajo proporcionado á sus talentos y á sus fuerzas... La tercera es la exactitud en proveer á las necesidades de aquellos que emplea, dándoles en el tiempo destinado la medida necesaria para su sustento; esto es, suministrándoles todos los medios, todas las comodidades, todas las instrucciones y todas las exhortaciones, en una palabra, todo aquello que puede empeñarlos y animarlos á cumplir exacta-

mente sus obligaciones; y estos socorros los debe suministrar, no en el tiempo que á él le acomode y agrade, sino en el tiempo señalado, y cuando ellos tengan necesidad... Ahora, pues, ¿cómo cumplimos nosotros en nuestro estado estas obligaciones respecto de aquellos cuya conducta nos ha fiado Dios? ¡Ah! ¿dónde se halla aquel administrador fiel, prudente y atento? ¡Oh, y cuán pequeño es su número en comparacion de aquellos que son infieles, imprudentes y negligentes! ¿No soy yo, por ventura, del número de estos últimos?

Lo 2.° *La felicidad del administrador fiel*... «Bienaventurado aquel «siervo que viniendo el señor lo hallará así haciendo...»

Esto es, si lo halla en el actual cumplimiento de todas sus obligaciones; pero para esto las debe cumplir: 1.° Con constancia y sin interrupcion. No debe dejarse vencer de las dificultades, no se debe dejar abatir del tédio, no se debe dejar llevar de la pereza, ni distraer de cuidados extraños... 2.° Con aplicacion y sin negligencia. Es necesario que continúe á trabajar incesantemente y sin tomar reposo. Debe continuar con celo, con el mismo ardor y con la misma solicitud con que ha comenzado, para que viniendo el Señor, no halle, ó que nada hace, ó que no lo hace todo, ó que hace mal lo que hace... 3.° Con perseverancia y sin omitir jamás cosa alguna. Debe continuar á trabajar con teson hasta la última respiracion, sin dejar jamás el puesto en que lo ha colocado Dios, ó por flojedad, por tédio, ó por amor propio; y si ya no estuviese en estado de guardarlo, porque la enfermedad ó la edad lo hagan incapaz de cumplir sus funciones, debe en esto reconocer y seguir la voluntad del Señor, el cual sin duda, á su arribo, seria mal contento de hallarlo en un puesto en que no podia ya serle útil, y que lo habria solo guardado para gozar las utilidades anejas sin poder cumplir sus obligaciones.

Lo 3.° *La recompensa del administrador fiel*... «Os digo verdade«ramente que lo pondrá sobre todo lo que posee...»

El señor, que á su arribo encontrará al administrador de su casa exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, se le mostrará agradecido, le dará á entender su satisfaccion, y por recompensa de su fidelidad y prudencia lo elevará á un puesto superior, y le dará la administracion general de todos los bienes que posee. Hé aquí la recompensa que pueden dar los señores de la tierra, y que pueden esperar aquellos á quienes han fiado una parte de su patrimonio. Pero ¿qué es lo que hará el Señor del cielo? ¿Qué nos promete él



debajo de esta figura, sino la posesion de todos sus bienes, de su reino y de sí mismo? ¡Oh recompensa bien digna de nuestros deseos, de nuestros trabajos y de nuestra perseverancia!

PUNTO II.

Del administrador infiel.

Lo 1.° *Su delito*... «Mas si el tal siervo dice en su corazon: Mi «señor se tarda en venir, y empezase á maltratar á los siervos y «las siervas, y á comer, y beber y embriagarse...»

El delito de este administrador infiel para con su señor es, de olvidarse de que tiene un señor, y que este debe volver, y de persuadirse que no volverá tan presto... La negligencia en los ejercicios espirituales, la omision de la oracion, de la meditacion, de la leccion espiritual, el olvido de Dios, de la muerte, de sus sorpresas y de sus consecuencias, son la primera culpa que nosotros cometemos y el orígen de todas las demás. Vivimos como si no debiésemos morir, ó vivimos como si la muerte estuviese siempre para nosotros en la misma distancia... El delito de este administrador infiel respecto de los otros siervos es de maltratarlos. El que ha olvidado á Dios, y la cuenta que le debe dar, no sigue ya otra regla para con el prójimo que la pasion. El uso que hace de su autoridad y de su poder es entonces un continua injusticia: sostiene, favorece, colma de bienes á aquellos que lo adulan, y despues no teme inquietar, afligir, humillar y molestar de mil maneras á aquellos que le desagradan. Pero el Señor ve la injusticia que se hace á estos, oye sus gemidos, y tomará venganza de los desprecios, de los ultrajes y de los malos tratamientos que habrán recibido del administrador infiel... Finalmente el delito de este siervo malvado hácia sí mismo es de abandonarse al lujo y al ocio, al juego, á la destemplanza, á la embriaguez y á la disolucion, y de emplear para satisfacer sus pasiones los bienes que el señor le habia confiado, destinándolos á bien diferentes usos.

Lo 2.° *La infelicidad del administrador infiel*... «Vendrá el señor «de este siervo el dia que no espera, y á la hora que no sabe...»

Este Señor vendrá; es inevitable su retorno: y ¡oh cuán terrible será para aquel que habrá de dar cuenta de tantos golpes!... Este Señor vendrá en un dia no esperado, en una edad en que se creia que no habia nada que temer, en un tiempo en que se formaban todavía varios y vastos proyectos de fortuna, de placeres y de ade-

lantamientos... Este Señor vendrá en una hora incierta, en que nos abandonamos con mayor seguridad á lo que nos debe atraer los mas rigurosos castigos... Hé aquí, pues, la respuesta á la pregunta de san Pedro. Todos deben velar y estar continuamente atentos. Esta verdad va enderezada á todo el pueblo, y mas particularmente á los pastores del pueblo. ¡Ah! seria ciertamente cosa dolorosa y desgraciada para quien debe animar á los otros á estar preparados, y que muchas veces los ha exhortado, no haberse él mismo preparado, y haberse dejado sorprender.

Lo 3.° *El castigo de este administrador infiel...* «Y lo separará, y «pondrá su parte con los *(siervos)* infieles...»

Su castigo será, primero, ser separado para siempre de la compañía de los bienaventurados, donde hubiera ocupado un puesto distinguido entre tantos celosos pastores que han tenido parte en los trabajos, y que ahora la tienen en la gloria de los primeros Apóstoles... Será despues desterrado y confundido con los siervos infieles, con los malos cristianos, con los herejes, con los judíos, con los idólatras y con los demonios. ¡Ah! ¡qué compañía para un ministro de Jesucristo, para un sucesor de los Apóstoles! Tendrá finalmente parte en los mismos suplicios, y aun sufrirá otros mayores en el mismo fuego, en la misma eternidad.

PUNTO III.

Diferencia entre los siervos infieles.

1.° *Del mas culpado...* «Y aquel siervo que conoció la voluntad «de su señor, y no se separó, y no hizo conforme á su voluntad, «recibirá muchos azotes...»

Aquel sin duda es el mas culpado que habiendo sido admitido á la confianza del señor, estando instruido de sus designios, sabiendo sus intenciones, y conociendo sus voluntades, no ha hecho de ellas caso alguno, nada ha hecho de cuanto se le habia ordenado, y ha despreciado igualmente la autoridad del señor, sus recompensas y sus amenazas; por eso este será castigado con mayor rigor y severidad. Tales eran los judíos al tiempo del Redentor en comparacion de los gentiles. Estaban instruidos en la ley de Dios, y bien informados de la promesa que les habia hecho de enviar al mundo un Salvador, y en vez de prepararse á recibirlo, ló han crucificado... Tales son hoy en dia los cristianos comparados con los infieles... Tales son entre los cristianos los eclesiásticos, los religiosos, las per-

sonas educadas con mayor cuidado y mejor instruidas, en comparacion del pueblo grosero y poco capaz de instrucciones : con que si nos descuidamos en ejecutar la voluntad de nuestro Señor, que nos es tan manifiesta, confesemos que somos del número de los mas culpados, y que nos son debidos los mas rigurosos castigos.

2.° *Del siervo menos culpado*... « Aquel siervo, pues, que no la « conoció, y ha hecho cosas dignas de castigo, recibirá pocos azo« tes... »

Aquel ciertamente es menos culpado que no habiendo sido admitido á los secretos de su señor, y no sabiendo menudamente sus intenciones y sus voluntades, no deja de hacer cosas dignas de castigo : este será castigado, pero menos rigurosamente que el primero. Tales eran al tiempo del Redentor los gentiles en comparacion de los judíos. Tales son hoy dia los infieles en comparacion de los cristianos. Si Jesucristo no se les ha anunciado, no serán castigados por no haberlo conocido y adorado; pero serán castigados por haber obrado contra la luz natural de su razon y de su conciencia. En su ignorancia son dignos de compasion, y este es un misterio de la profundidad de la ciencia y de la sabiduría de Dios ; mas son culpables en sus desórdenes. Pero nosotros, mas favorecidos que ellos por una gracia que no hemos podido merecer, y que jamás la apreciarémos como se debe, si no nos aprovechamos serémos infinitamente culpables, y nuestro castigo será á proporcion mas riguroso que el suyo. ¡Ah! ¡qué desgracia para mí, si despues de haber recibido las luces de la fe viniese á ser condenado con los gentiles, y mil veces mas atormentado que ellos!

3.° *Regla general del juicio de Dios*... «Mucho se pedirá á aquel « á quien mucho se ha dado ; y mas pedirán á aquel á quien se le « ha fiado lo mucho... »

Ó que se nos haya dado mucho, ó que se nos haya dado poco, se nos pedirá cuenta del uso, del empleo y del provecho de todos los bienes que se nos han dado, naturales y sobrenaturales, y del tiempo que los hemos gozado. La cuenta que hemos de dar será tanto mas rigurosa, cuanto mas habrémos recibido... Tal es la respuesta cumplida que dió el Salvador á la pregunta de san Pedro : respuesta que merece nuestras mas profundas reflexiones en cualquier estado que estemos : respuesta que ha hecho temblar los mas grandes Santos ; que les ha hecho huir y esconderse cuando se trataba de elevarlos á cualquiera dignidad, y que no les permitió aceptarla sino por obediencia y por no resistir á la voluntad de Dios ; pero no

sin gemir, sin llorar, sin temblar. ¡Ah! el que de otra manera la acepta, no penetra y no considera profundamente la cuenta rigurosa que deberá dar.

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, ¡qué cuenta tan terrible habré yo de daros cuando compareceré delante de Vos! Tened piedad de mí: quiero desde ahora aplicarme y prepararme sériamente para vuestra venida y para que no me sorprenda. Quiero de hoy en adelante observar todos mis pasos, pesar todas mis acciones, contar todas mis palabras, para hacer un santo uso de las luces, de los talentos, de la autoridad y de todos los bienes que he recibido de Vos. Amen.

MEDITACION CLXIV.

SEXTA CONTINUACION DEL DISCURSO DEL REDENTOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. XII, 49-59).

DE LA VENIDA DE JESUCRISTO.

El divino Salvador nos instruye aquí: 1.° de los efectos; 2.° del conocimiento de su venida; 3.° del juicio particular que ejercitará.

PUNTO I.

De los efectos de la venida de Jesucristo.

Lo 1.° *Del fuego que Jesucristo ha traido sobre la tierra*... «He «venido á traer fuego sobre la tierra, ¿y qué quiero yo sino que se «encienda?...»

¿Qué fuego ha traido Jesucristo sobre la tierra? El fuego del amor divino para inflamar los corazones; el fuego del celo de la gloria de Dios para la conversion de los pecadores y para la santificacion de las almas, y el fuego de la persecucion para purificar y perfeccionar la virtud.

Lo 1.° *El fuego del amor divino*... Ó Jesús, Vos habeis traido este fuego sobre la tierra; Vos quereis que en ella arda, que inflame los corazones. ¿Por qué, pues, está tan frio y tan lánguido mi corazon? ¿Por qué no penetra dentro de él este sagrado fuego y lo consume? Vos quereis que en él se encienda; con que soy yo el que no quiero. ¡Ah miserable! estimo mas abandonar mi corazon á mil objetos terrenos que lo envilecen, lo degradan y lo consumen, á mil

amores profanos que lo corrompen, lo atormentan y lo despedazan; que dejarlo encender del amor de Dios, que formaria su gloria, su júbilo y su felicidad. ¡Ah! reconozco mi pecado y mi necedad. Sufrid, ó Salvador mio, que hoy os ofrezca este corazon en el estado de corrupcion en que se halla: sufrid que os suplique que lo purifiqueis de todo lo que os puede desagradar, y que lo encendais en aquel fuego celestial que habeis venido á traer sobre la tierra. Vos lo quereis, yo tambien lo quiero: sostened la voluntad que Vos me inspirais, y en la que quiero morir; esto es, de ser enteramente vuestro, y la resolucion en que estoy de arrancar de mi corazon todo lo que puede ser contrario á los proyectos de vuestro amor. 2.° *El fuego de celo*... El que no tiene este celo por el prójimo, no tiene el amor de Dios. Pues ahora ¿cómo lo ejercitamos nosotros cada uno segun nuestro estado? El celo es un fuego ardiente que abrasa por todas partes, que vence todos los obstáculos, que no se disminuye ni se apaga, que crece y se fortifica continuamente... 3.° *El fuego de la persecucion*... Si la piedad de que hacemos profesion, si el celo que ejercitamos nos acarrea persecuciones injustas, alegrémonos con ellas. Este fuego nos es necesario, y es voluntad del Señor que se encienda y nos purifique; guardémonos de buscar y procurar apagarlo con faltar á nuestras obligaciones.

Lo 2.° *Del bautismo con que fue bautizado Jesucristo*... «Pero yo «tengo un bautismo, con el cual debo ser bautizado. ¿Y qué pena «es la mia hasta que se cumpla?...»

1.° ¿Cuál ha sido este bautismo? El bautismo de su sangre, de que fue inundado: un diluvio de dolores de todas las especies en que fue sumergido. ¡Oh Jesús! ¿cómo podemos nosotros pensar jamás en él, sin quedar enternecidos y sin amaros? 2.° ¿Por qué ha recibido él este bautismo? Por ser el primero consumido del fuego que habia venido á traer sobre la tierra, y mostrarnos como deberémos nosotros tambien ser consumidos. En su pasion y en su muerte ha sido la víctima del amor que tenia á Dios su Padre, cuya ofensa queria reparar: la víctima de su celo por nosotros, que queria librar del infierno; la víctima del odio de sus enemigos, porque nos queria enseñar á padecer como él... 3.° ¿De dónde viene esta especie de violencia que Jesucristo sufrió, hasta que se cumplió este bautismo? Procedia de su amor y del ardiente deseo que tenia de cumplir su sacrificio para nuestra redencion. Aquel poco tiempo que debia esperar le parecia demasiado largo al ardor de su caridad, y esta dilacion era para él un continuado suplicio. ¡Ah qué amor, qué

celo! ¡Oh y cuán amable es Jesús! ¿Por qué no nos abrasamos nosotros de amor por él y de celo por su gloria?

Lo 3.° *De la division que Jesucristo ha traido sobre la tierra*... «¿Pensais que he venido á traer paz sobre la tierra? No os digo la «paz, sino la division; porque de ahora en adelante estarán cinco «en una casa divididos, tres contra dos, y dos contra tres. El pa«dre estará dividido del hijo, y el hijo de su padre, y la madre de «su hija, y la hija de la madre, la suegra de la nuera, y la nuera «de la suegra...»

Los Apóstoles y los cristianos de los primeros siglos fueron las víctimas de esta division. Á ejemplo de Jesucristo, encendidos de amor de Dios y de celo de las almas, como él debieron quedar debajo del hierro de la persecucion. En la misma familia compuesta de cinco personas se vieron tres contra dos y dos contra tres, y todo esto que aquí dice el Redentor es solamente la prediccion de los hechos que encontramos en la historia. Se han acabado los tiempos de esta sanguinosa persecucion. El mundo, por una maravilla inaudita, á fuerza de destrozar cristianos, se hizo él mismo cristiano, y con la sangre de los Mártires se han bañado los materiales de los fundamentos de la religion por que ellos murieron. Hoy en dia, en el universo se profesa el Cristianismo; no hay en él ya division sobre este punto. Pero el que ama á Dios y se emplea con celo por el prójimo ¿no se engañaria si esperase gozar una paz entera? ¡Ah! es aun necesaria la division y la separacion. Deben los buenos declararse animosamente por la Religion, y á veces separarse tambien del mundo. Los malos por su parte no dejan cuási jamás de perseguir á los buenos y de separarse de ellos. ¡Terrible separacion que será una imágen y el principio de la que se consumará en el último dia, y será eterna! No nos espantemos, pues, de esta separacion; no temamos que los pecadores se separen de nosotros; y si es necesario para nuestra salvacion, separémonos nosotros de ellos.

PUNTO II.

Del conocimiento de la venida de Jesucristo.

Lo 1.° *De la aplicacion de los hombres á las cosas transitorias de este mundo*... «Y decia tambien á las turbas: Cuando habeis visto «alzarse del ocaso una nube, luego decís viene tempestad, y así «sucede; y cuando sopla el Austro, vosotros decís, hará calor, y «así sucede: hipócritas, sabeis distinguir los aspectos del cielo y de «la tierra, ¿y cómo no distinguís el tiempo presente?...»

Somos prudentes en los negocios temporales, somos hábiles en las ciencias humanas, conocemos el cielo y la tierra en órden á los intereses ó á los divertimientos del siglo; examinamos el curso de las estrellas, anunciamos sus encuentros, pronosticamos las estaciones y otros acaecimientos, discurrimos sobre todo, y nos hacemos honor de nuestra ciencia y de nuestras luces. ¡Oh y cuántos conocimientos inútiles! ¡cuántos cuidados supérfluos! ¡Oh hombres vanos y superficiales! ¿os ocuparéis siempre en quimeras, y despreciaréis siempre las verdades esenciales?

Lo 2.° *Desaplicacion de los hombres á las cosas de Dios*... «¿Cómo «no distinguís el tiempo presente?...»

Este tiempo, para los judíos, era el de la venida del Mesías. Los milagros que Jesucristo obraba, los oráculos de los Profetas que en él se cumplian, la data de los acontecimientos menudamente señalada en los Libros santos, la expectacion en que estaban ellos mismos de la próxima venida de su Libertador, todo los conducia á reflexionar en lo que actualmente ocurria, á examinar lo que estaba escrito, y á reconocer que habian llegado al término feliz de su libertad y que Jesucristo era su Salvador. Pero en nada de esto pensaban; no reconocieron el Mesías que hacian profesion de esperar, lo persiguieron y lo crucificaron... Este tiempo que el Redentor nos avisa que distingamos, y sobre que nos exhorta á reflexionar, es todavía para nosotros el tiempo de su primera venida, el de su gracia y de su misericordia; el tiempo en que nos solicita á volvernos á él; en que nos ofrece sus méritos y el precio de nuestra redencion. Este tiempo es el de nuestra vida presente. Pero ¿en qué empleamos nosotros este tiempo precioso que se nos ha dado para conocer á Dios y servirle, para acumular tesoros de virtud y de méritos; este tiempo tan breve, de cuyo uso depende la eternidad?

Lo 3.° *De la manera de reparar nuestra negligencia*... «¿Y por qué «*(añade Jesucristo)* no juzgais por vosotros mismos lo que es jus-«to?...»

En vez de ocuparnos en objetos extraños, ¡ah! volvamos lo ojos á nosotros mismos. Comencemos por examinarnos; despues juzguémonos con justicia, y finalmente ejecutemos sobre nosotros mismos el justo juicio que habrémos formado... ¿Conocemos á Jesucristo? ¿creemos en él? ¿estamos en su Iglesia? ¿en aquella Iglesia que con una no interrumpida sucesion sube hasta él mismo? ¿Nuestra vida es conforme á nuestra fe? ¿Somos justos para con Dios? ¿Quisiéramos nosotros ser servidos como Dios es servido por nosotros? ¿So-

mos justos para con el prójimo? ¿Querríamos ser tratados de él como nosotros lo tratamos? ¿Somos justos para con nosotros mismos? Juzguémoslo por nosotros mismos de nuestra conciencia, de nuestros remordimientos. ¡Ay de mí! soy injusto, ó Señor, soy pecador; y debo mas que otro alguno hacer penitencia; una penitencia que corresponda al número y á la enormidad de mis pecados. Hé aquí el justo juicio que debemos hacer y ejecutar contra nosotros mismos. En vano ocultamos á los hombres nuestros desórdenes; en vano nos alejamos de las sendas de la justicia: si rehusamos entrar en ellas por nosotros mismos, entrarémos por fuerza obligados del justo Juez. Descubrirá nuestra hipocresía; manifestará nuestros delitos; los juzgará en su justicia, y los castigará con un justo suplicio, de que los habrá juzgado dignos, que será el fuego del infierno... ¡Ah! por piedad, prevengamos este terrible juicio mientras que tenemos tiempo; recurramos á su misericordia y á la penitencia, y volvámonos á poner por nosotros mismos en el órden de su justicia.

PUNTO III.

Del juicio particular que ejercitará Jesucristo.

Jesucristo nos lo anuncia aquí debajo de una parábola de que no se puede comprender bien el sentido, si no se conocen todos los personajes...

«Cuando vas con tu contrario al príncipe, haz por el camino cuanto «puedas para librarte de él, á fin de que no te lleve delante del juez, «y el juez no te entregue en manos del ministro, y el ministro te «ponga en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que no ha- «yas pagado aun la cosa mas mínima...»

Lo 1.° *Del príncipe y de los que van á él...* Este príncipe es Dios que nos llama á su corte: todos nosotros somos los que vamos delante de él. Vamos para ser admitidos en el número de sus cortesanos, y reinar eternamente con él. No es otra cosa nuestra vida que un continuado camino hácia la corte de este Rey inmortal de los siglos. Cada dia y cada momento en que vivimos es un paso que damos hácia ella, sin que sepamos de modo alguno si estamos aun léjos, ó si estamos ya cercanos. Pero lo que se debe considerar bien es, que nosotros vamos con nuestro adversario, y que al llegar nos puede cerrar la entrada en la corte, y echar por tierra todas nuestras esperanzas.

Lo 2.° *Del juez y del ejecutor...* El juez es el Hijo del Príncipe,

el Hijo de Dios. El ejecutor, ó sea el ministro de la justicia, es el demonio. Es, pues, Jesucristo mismo el que al momento de nuestra muerte juzgará de nuestra suerte eterna. Juez iluminado á quien ninguna cosa se le escapará: juez severo, que no se podrá doblar con cosa alguna: juez poderoso, á quien nadie resistirá: juez justo que dará á la virtud la recompensa que ha prometido, y á los pecados el castigo con que nos ha amenazado; al pecado venial un castigo temporal, y al pecado mortal un castigo eterno. ¡Ay de mí, ¡me acerco ya al momento en que me deberé presentar á mi juez. ¿Qué será de mí, el mayor de los pecadores, deudor impotente á pagar y cubierto de mil iniquidades?

Lo 3.° *Del adversario...* Nuestro adversario es nuestra conciencia, es el prójimo, es el príncipe y el mismo juez que hemos ofendido. En este juicio Jesucristo lo será todo juntamente, juez, testigo, acusador, y el adversario ofendido. ¡Cuán terrible debe ser para los pecadores este juicio! Pero, ¡oh bondad infinita de Dios! Jesús mismo nos enseña el medio de evitar el rigor. Este consiste en acomodarnos con él mientras vamos por el camino, mientras gozamos de esta vida. Él mismo nos convida á esto, nos solicita; y además de esto nos ofrece él mismo los medios de satisfacerle enteramente; su sangre, su muerte, sus méritos, sus gracias, sus Sacramentos y sus misericordias... ¡Oh hombres insensatos! ¿qué pensais, pues, vosotros, no queriendo aprovecharos de una oferta tan generosa, tan ventajosa, tan llena de ternura y de amor, y que solo se dirige á abriros las puertas del cielo, para que luego inmediatamente despues de vuestro último pasaje podais entrar en él sin obstáculo y recibir un juicio favorable?

Peticion y coloquio.

Hagamos la paz, ó Señor, antes que yo haya de comparecer delante de Vos. Voy á acusarme á vuestro ministro, y purificarme en vuestra sangre: voy á restituir á mi prójimo cuanto le debo, á reconciliarme con aquel que he ofendido, ó que me ha ofendido: quiero vivir una vida casta, humilde, piadosa y paciente: quiero regular mi conducta segun las obligaciones de mi estado y los preceptos de vuestra santa ley: quiero caminar á vuestra presencia, y con Vos, no como mi adversario, sino como con mi Señor, á quien amo tiernamente y quiero servir con ardor, á fin de encontrar un dia en Vos, ó Dios mio y Juez mio, un Mediador y un Salvador. Amen.

MEDITACION CLXV.

FIN DEL DISCURSO DEL REDENTOR Á LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. XIII, 1-9).

PARÁBOLA DE LA HIGUERA.

La justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia : 1.° nos solicita por medio de efectos sensibles que Dios nos muestra ; 2.° nos solicita por caminos secretos que Jesucristo nos revela.

PUNTO I.

La justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia por medio de efectos sensibles que Dios nos muestra.

1.° *Examinemos cuán frecuentes sean estos efectos*... «Y en el mismo «tiempo vinieron algunos á darle parte de los galileos, cuya sangre «habia mezclado Pilato con los sacrificios de ellos, y les respondió, «y dijo: ¿Pensais que aquellos galileos fueron mas pecadores que «los otros galileos por haber padecido tales cosas? Os digo que no; «pero si no haceis penitencia, pereceréis todos del mismo modo. Así «como tambien aquellos diez y ocho hombres, sobre quienes cayó «la torre cerca de Siloé, y los mató: ¿creeis que ellos fuesen mas «deudores que todos los hombres que habitaban en Jerusalen? os «digo que no ; pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos del «mismo modo...»

Mientras hablaba al pueblo Jesucristo, se le anunció que Pilato habia hecho matar en el templo de Jerusalen un cierto número de galileos que habian ido á ofrecer sus sacrificios. Á la relacion de este trágico suceso añadió Jesucristo otro , é hizo memoria del que habia acaecido en la misma ciudad, cuando una torre de la fuente de Siloé se arruinó, y aplastó con su caida diez y ocho personas... ¡Cuántos accidentes semejantes han llegado á nuestra noticia, ó que han sucedido á personas particulares, ó á millares, de solo un golpe! Acordémonos bien de ellos, y digámonos á nosotros mismos, ¿sobre qué, pues, se funda la seguridad en que vivo? Lo que ha sucedido á tantos otros ¿no me puede suceder á mí en cada momento? Ellos no lo esperaban mas que yo. Vivian como yo en seguridad; y con todo eso fueron sorprendidos, y murieron sin haber tenido ni siquiera un momento para reconocerse. Pues ¿cómo en medio de tantos peligros que me rodean puedo determinarme á pecar? ¿Cómo puedo vivir en

pecado y permanecer en él un solo momento?... Pero dirá alguno: no muere todo el mundo de accidente. No; pero yo puedo morir de él, ¿y qué me importa que los otros mueran diversamente, si yo puedo morir de tal muerte?

2.° *Observemos cuán terribles sean estos efectos*... Cuando se cuentan semejantes sucesos, cada uno discurre segun su genio. Unos hablan de una manera propia de un gentil; otra cosa no ven en esto que un concurso de causas naturales y un efecto del caso, sin pensar que todo está subordinado y sujeto á la providencia de Dios, y que nada sucede acaso: que en todas las cosas se ejecuta la voluntad del Señor, y que están llenos de equidad todos sus juicios. Otros lo consideran en una manera del todo humana; se compadecen de los que han perecido así miserablemente; piensan en la ruina de su fortuna y en la desolacion de su familia, sin pensar en su alma y en la eternidad. ¡Ay de mí! ¿en qué estado estaba entonces esta alma? ¿Estaba en estado de gracia, ó en estado de pecado mortal? Hé aquí decidida en un momento su suerte, y hé aquí lo que hace temblar. Y si yo hubiese perecido en su lugar, ¿en qué estado me habria hallado? ¿Cuántas veces me he hallado en tal estado, que si me hubiese sucedido el mismo accidente, á esta hora seria perdido, seria condenado? Dios no lo ha permitido, y ¿cuál es ahora mi reconocimiento? Estoy aun incierto de lo que me sucederá, y con todo eso, ¿cuál es mi temor, cuáles son mis precauciones? ¡Ah! si alguna vez quedo sorprendido, ¿á quién echaré la culpa sino á mí mismo? ¿Y qué me quedará entonces sino una eterna desesperacion?... Otros finalmente discurren sobre esto en una manera supersticiosa; y este era el defecto de los judíos. Se imaginaban que los que perecian de este modo, eran siempre los mayores pecadores de una ciudad ó de una nacion; pero el Salvador les muestra el error. ¡Ah! no juzguemos á ninguno, y temamos para nosotros. Dios con el mismo accidente castiga al impío y recompensa al justo. Todo depende del estado en que cada uno se halla, y toca á cada uno de nosotros mantener siempre nuestra conciencia en el estado en que querríamos morir.

3.° *Consideremos cuán instructivos son estos efectos*... No reflexionemos sobre lo que sucede á los otros, sino para sacar instruccion para nosotros mismos. Por esto el divino Maestro, despues de haber destruido el falso prejuicio del pueblo sobre estas suertes de accidentes, añadió: «Si no haceis penitencia, pereceréis todos del mis«mo modo...» Todos tendréis una misma suerte. Estas palabras eran

para los judíos una prediccion que por su impenitencia se cumplió bien presto, cuando toda esta pérfida nacion pereció bajo la espada de los romanos, y quedó sepultada debajo de las ruinas de la ciudad y del templo de Jerusalen... ¡Oh cuántas desgracias públicas y particulares pudiera tener léjos de nosotros la penitencia! Tomemos ejemplo de los otros. Nosotros acaso somos mas culpados que ellos, y á la suya será semejante nuestra suerte. Tomemos ejemplo por lo menos de nosotros mismos, y si ya sentimos sobre nosotros los efectos de la cólera de Dios, démonos priesa á pacificarlo con la penitencia, y á alejar de nuestras cabezas las últimas desgracias que están ya próximas á caer sobre ellas. Si los hombres están sordos á esta voz, y crecen cada dia en maldad, nosotros por lo menos estemos prontos á hacer penitencia por nosotros y por ellos. Dios perdona á las veces los culpados por respecto á los justos; pero si su justicia relampaguea y despide sus rayos, no perderémos nosotros nuestro premio: aun cuando viniésemos á quedar envueltos en sus mismas desgracias, quedará mas pura nuestra virtud, y aun cuando quedásemos sepultados debajo de las mismas ruinas, nuestra salud eterna será nuestra recompensa.

PUNTO II.

La justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia por medio de caminos secretos que Jesucristo nos revela.

La amenaza que Jesucristo hizo al pueblo en dos palabras, la extendió en una parábola, en que nos descubre secretos importantes: «y dijo tambien esta parábola: Un hombre tenia una higuera plan-«tada en su viña, y fué para buscar el fruto en ella, y no lo halló. «Y dijo al que cultivaba la viña: hé aquí que ha ya tres años que «vengo á buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala, «pues: ¿para qué ocupa aun la tierra? Pero él respondió, y le dijo: «Señor, déjala aun por este año, hasta que yo la cave al rededor y «le eche estiércol, y si con esto diere fruto, bien; sino entonces la «cortarás...» Con esta parábola acabó su discurso el Redentor, dejando su interpretacion á la discrecion de su auditorio. Nosotros nos la debemos aplicar á nosotros mismos, y en ella encontrarémos seis motivos de hacer pronta penitencia.

1.° *Los beneficios con que Dios nos ha prevenido*... «Un hombre te-«nia una higuera plantada en su viña...» Esta higuera era el pueblo judáico sobre la tierra y en medio de las naciones: Jerusalen es-

taba en medio del pueblo escogido, de que era la dominante y la capital. Esta higuera somos nosotros mismos ingertos en Jesucristo por el Bautismo, plantados en su Iglesia por la fe, acaso asociados á su sacerdocio por el Órden, acaso incorporados en alguna Órden santa por la profesion; admitidos en una santa casa por un favor especial; y en cualquier estado que nos hallemos hemos estado cultivados en él con diligencia, regados con las gracias del cielo, y reparados contra los escándalos y corrupcion del mundo. Nosotros nos gloriamos tambien de estos beneficios. Pero ¿pensamos alguna vez en dar gracias á aquel de quien los hemos recibido? ¿pensamos en corresponder, llevando frutos que él tiene derecho á esperar de nosotros? ¿Nos persuadimos, acaso, que tantos beneficios no nos empeñan, ni nos ponen alguna obligacion? ¿Pensamos, por ventura, que despues de haber derramado sobre nosotros con tanta profusion su bondad, no ha de esperar ni ha de pedir cosa alguna de nosotros su justicia?

2.° *Nuestra ingratitud para con Dios*... «Y fué á buscar el fruto, «y no lo halló...» Tal fue el estado de la nacion judáica; tal fue el de la ingrata Jerusalen al tiempo del Mesías. ¿No es este, por ventura, el nuestro? Esta estéril higuera ¿no es la figura de nuestra ingratitud y de nuestra esterilidad? ¿Dónde están los frutos que hemos dado? ¿dónde están las buenas obras? ¿Qué virtudes puede al presente encontrar el Señor en nosotros? ¡Ay de mí! en vez de frutos de virtud hemos producido solamente frutos de pecado.

3.° *La paciencia del Señor con nosotros*... «Y entonces dijo al que «cultivaba la viña: Hé aquí que ha tres años que vengo á buscar «fruto de esta higuera, y no le hallo...»

Corria ya el tercer año desde que Jesucristo empezó á predicar públicamente la penitencia; pero ni la nacion de los judíos ni Jerusalen su capital habian aun empezado, ni pensaban en hacerla... ¿Y nosotros? Nosotros no tenemos cuidado de contarlos; pero Dios nos cuenta estos años que pasamos en ocio, en la disipacion, en el olvido de nuestras obligaciones, de nuestra salud, de nuestra perfeccion, y en una total esterilidad. Nosotros nos olvidamos de lo que debemos á Dios; pero él no se olvida: nosotros vivimos como si nada le debiéramos; pero él viene á buscar lo que le estamos debiendo. Ya ha mucho tiempo que espera que llevemos frutos dignos de todos los cuidados que ha tomado por nosotros, y ya ha mucho tiempo que nosotros defraudamos su expectacion. ¡Ah! ¿dónde estaríamos si nos hubiese castigado luego que cesamos de serle fieles? ¡Qué paciencia habernos soportado tanto tiempo! No solo tres años, sino

veinte, treinta, y acaso mas. De esto se ha lamentado el infierno, han murmurado los demonios; los réprobos y muchos que eran menos culpados que nosotros, de los cuales algunos fueron nuestros cómplices, han blasfemado tambien, y nosotros ni aun nos hemos movido hasta ahora, ni estamos penetrados de reconocimiento.

4.° *La justicia de Dios*... «Córtala, pues: ¿para qué esta aun ocu-«pando la tierra?...»

¿Dónde estábamos nosotros, qué haciamos cuando Dios pronunció contra nosotros esta sentencia? ¿De qué terror hubiéramos sido sobrecogidos, si hubiésemos oido estas fulminantes palabras? ¡Soy ciertamente desgraciado! Hoy acaso, va Dios á pronunciarlas; y su justicia, cansada de mis escándalos, de mis negligencias, de mi inutilidad, está próxima á dar la órden absoluta de arrancarme de un terreno que otro ocupara mas útilmente que yo, y muy cerca de cortarme de un cuerpo que deshonro; de quitarme una vocacion que mancho, una fe que profano, una vida de que abuso. ¡Ah! Señor, piedad: he pecado; pero ahora comienzo; quiero volver á entrar en mí mismo y humillarme; os pido gracia, ¡oh Salvador mio!

5.° *La misericordia de Dios*... «Pero él le respondió, y dijo: Se-«ñor, déjala estar por este año, hasta que yo le cave al rededor la «tierra, y le eche el estiércol; y si con esto diere fruto *(bien)*...»

¿Quién es el que ha tenido tanto cuidado de mis intereses, que ha hecho suya mi causa, y que me ha patrocinado mientras que yo no pensaba en otra cosa que perderme?... ¿Sois Vos, ó santísima Vírgen, Vos, en quien yo siempre he confiado? ¿sois Vos, ó Santo abogado mio, ó Ángel de mi guarda, ó Santos mios fundadores y protectores? ¡Oh Santos del cielo y vosotros justos de la tierra, vosotros sois los que todos juntos habeis empleado por mí vuestra poderosa intercesion! ¡Oh Salvador de mi alma, Vos sois el que con los méritos de vuestra muerte habeis calmado el justo furor de vuestro Padre! ¡Oh misericordia de Jesús, Vos sois la que os oponeis á la sentencia de su justicia, y habeis detenido el rayo que estaba á punto de ser arrojado sobre mi cabeza; y en vez del castigo que merecia, Vos me preparais aun nuevos favores, quereis tomar nuevos cuidados de mí, y me procurais nuevos medios de salud!... Ahora, pues, ¿abusaré yo aun de todo esto? ¡Ah! no lo permitais, Dios mio; sostenedme en la firme resolucion en que estoy de aprovecharme de vuestras misericordias y de seros mas fiel.

6.° *El último término de la paciencia de Dios*... «Y sino entonces «la cortarás...»

¡Infelices judíos! no quisísteis vosotros comprender el sentido de esta parábola, ni aprovechar este último año que Jesucristo os concedia, y fuísteis cortados del número de los pueblos. Errantes sobre la tierra, sin ciudad, sin templo, sin culto, sin altar, no substís por otra cosa que para verificar una parte de la prediccion, que anunciaba el castigo preparado á vuestra impenitencia... ¡Ah! ¡cuantos otros pueblos no han comprendido el sentido de esta parábola, han perdido la fe, y han sido cortados del número de los fieles!

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, ¿quién sabe si yo mismo lo comprendo bien? ¿Á qué término llegará vuestra paciencia para conmigo, despues del cual ya no habrá para mí remedio? ¡Ah! acaso estoy ya muy cerca; acaso no tendré mas que este momento. Quiero de una vez concluirlo; quiero darme priesa á sacar provecho. Hé aquí que yo sinceramente me vuelvo á Vos, y desde ahora empiezo á serviros con fervor, y á emplearme para llevar los frutos que Vos esperais de mí. Vos me dejais aun el derecho de esperar en vuestra bondad: ya no lo dilato mas: no quiero exponerme á la dolorosa prueba de la verdad de vuestras amenazas: soy vuestro, ó Señor, por el tiempo y por la eternidad... Amen.

MEDITACION CLXVI.

MUJER ENCORVADA SANADA EN DIA DE SÁBADO.

(Luc. XIII, 10-17).

Consideremos: 1.° la enfermedad de esta mujer; 2.° la sana Jesucristo; 3.° la indignacion que muestra sobre este propósito el príncipe de la sinagoga.

PUNTO I.

Enfermedad de esta mujer.

«Y *(Jesús)* estaba enseñando en la sinagoga de ellos los sábados, «cuando hé aquí una mujer que ya habia diez y ocho años tenia es«píritu de enfermedad; y estaba tan encorvada que no podia mirar «hácia arriba...»

Era digno de compasion el estado de esta mujer; pero ¡ah! su enfermedad no es sino una débil imágen de lo que causa el pecado...

1.° *¿Cuál era el orígen de esta enfermedad?*... Esta enfermedad venia del demonio: ¿no vienen por ventura tambien de él todos los males de nuestra alma? ¿No seguimos nosotros los consejos de este

enemigo de la salud, cuando abandonamos á Dios y nos damós en presa al pecado? Este solo pensamiento ¿no deberia causarnos horror y abstenernos del mal? Cuando Dios lo permite puede el demonio obrar sobre nuestros cuerpos sin que nosotros tengamos culpa; pero si se enseñorea de nuestras almas, entonces la culpa es nuestra, nuestro el consentimiento.

2.° *¿Cuál era la naturaleza de esta enfermedad?...* Consistia en hacerla andar toda encorvada hácia la tierra: situacion igualmente penosa y humillante, de que no podia sufrir la violencia, ni esconder el rubor... Tal es la situacion de un alma esclava del pecado: no ve ella otra cosa que la tierra y el lodo; siempre inclinada á los bienes terrenos, y entregada á los placères infames, siente toda la indignidad de sus pecaminosos afectos, y no puede impedir que los otros echen de ver la vileza de sus sentimientos. ¡Oh deplorable estado! ¿Cómo es posible que un cristiano encuentre en él su placer? ¿Cómo no tememos nosotros de caer en él? ¿Cómo habiendo caido no buscamos el modo de volvernos á levantar?

3.° *¿Cuál fue la duracion de esta enfermedad?...* Diez y ocho años... Y nosotros ¿cuánto tiempo há que estamos en el pecado? Cuando cometemos el primer pecado, cuando damos el primer paso en el camino de la iniquidad, nos lisonjeamos de no perseverar en él y de renunciarlo luego. Pero ¡oh deplorable engaño! ¡oh esperanza quimérica! Se pasan insensiblemente en el pecado veinte, treinta, cuarenta años, y muchas veces toda la vida.

4.° *¿Cuál fue el efecto de esta enfermedad?...* Esta mujer estaba de tal suerte encorvada, que de ninguna manera podia mirar hácia arriba... Decidle á aquel pecador que alce sus ojos hácia el cielo, que vea en él un Dios liberal y magnífico, que emplea su omnipotencia en llenar de bienes y de delicias las almas que le son fieles, y en recompensarlas por toda la eternidad de los falsos bienes y de los vanos placeres de que se privaron por algunos momentos por su amor sobre la tierra; decidle á lo menos que considere allá arriba un Dios justo, vengador del pecado, que condenará al fuego del infierno las almas culpadas que habrán quebrantado la santidad de sus leyes. ¡Ah! no puede alzarse tan alto su vista; no ve otros bienes que los de la tierra; no apetece otros placeres que los de la carne, ni conoce otra pena que la de estar privado de ellos: ¡fruto amarguísimo de una larga perseverancia en el pecado! Decidle á aquella alma disipada, toda llena de sí misma, entregada á su vanidad y á sus divertimientos frívolos y pecaminosos; decidle que se recoja, que ore, que me-

dite, que recurra á Dios, que piense en él, que se ponga en su presencia. Ella ignora lo que le decís, no entiende cosa alguna. No ve otra cosa que la tierra; no se ocupa en otra cosa que en la tierra; ella no puede de modo alguno mirar mas alto. Hace en vano algunos esfuerzos débiles; el hábito está ya contraido; el hábito la detiene, y entre tanto vive siempre encorvada bajo el yugo y el imperio del demonio.

PUNTO II.

La sana Jesucristo.

1.° *Jesús la ve...* «Y habiéndola visto Jesús...» Esta mujer, no obstante su enfermedad, se fué á la asamblea para aprovecharse de la instruccion. ¡Ay de mí! se buscan frecuentemente razones poderosas para dispensarnos de asistir á ella: el menor pretexto nos basta, y muchas veces nos ausentamos aun sin pretexto alguno, por puro fastidio y por náusea de la palabra de Dios. Y cuando asistimos á ella, ¿con qué espíritu vamos, y en qué estado nos dejamos ver? Ve Jesús esta mujer, y la ve afligida, humillada, gimiendo bajo el peso de su enfermedad, y llena de un vivo deseo de ser librada de ella. Y á nosotros ¿cómo nos ve? Nos ve con todo el aparato de orgullo y de vanidad mundana, escandalizando al público con nuestro porte inmodesto y disipado: nos ve encorvados bajo el peso de nuestros pecados y de nuestros hábitos: estimándolos, y no temiendo otra cosa que el ser librados de ellos. ¡Ah! si queremos ser sanos presentémonos de otra manera bien diversa á Jesucristo: comparezcamos á sus ojos humillados y consternados, conociendo nuestra enfermedad, y deseando ser librados de ella.

2.° *Jesús la llamó...* «La llamó á sí...» ¿Cuál fue, pues, el júbilo de esta mujer afligida cuando oyó que la llamaba aquella voz llena de dulzura y de poder? ¿De qué esperanza no se llenó su corazon? ¿Con qué prontitud obedeció á tan dulce llamamiento? No teme comparecer en el miserable estado en que se halla en medio de aquella numerosa asamblea, y de llamar sobre sí los ojos de todos: el amor le da ánimo, y la esperanza la sostiene... Ya ha mucho tiempo que nos llama la misma voz. ¡Ah! ¿por qué diferimos el obedecer? ¿Qué tememos? Un momento de confusion á los piés del ministro de Jesucristo será bien recompensado con el beneficio de nuestra sanidad, que llenando de un júbilo todo celestial nuestro corazon, edificará á los que nos conocen, y consolará á los que se interesan en nuestra situacion.

3.° *Jesús la habla y la toca*... «Y le dijo: Mujer, tú estás libre de «tu enfermedad; y le impuso las manos...» Imágen sensible del sacramento de la Penitencia... Es tambien Jesucristo el que nos habla por boca de su ministro: es él el que nos impone las manos: son sus méritos los que nos vienen aplicados; y su omnipotencia la que nos absuelve y nos libra del peso tiránico bajo del cual gemimos. Acerquémonos, pues, con confianza; llevemos un corazon sincero y contrito, y allí encontrarémos nuestra sanidad. Si de aquí sacamos poco ó ningun provecho, la sola causa es la mala disposicion con que nos presentamos.

4.° *La mujer queda sana*... «Y inmediatamente se enderezó, y glo«rificaba á Dios.» Sanidad pronta, perfecta, pública, estable y permanente. En el momento mismo en que Jesucristo pronunció estas palabras y le impuso las manos, la mujer se sintió sana; se alzó perfectamente derecha y sin esfuerzo; vió á su libertador; dió gracias á Dios de su milagrosa sanidad, y todo el pueblo la vió en esta nueva situacion, y con ella glorificó al Señor... ¿Cuándo se verá en nosotros un cambiamiento tan feliz? En vano nos lisonjearíamos de haber obtenido enteramente nuestra sanidad, si no se cambia nuestro exterior; si siempre es la misma nuestra conducta; si siempre tenemos vueltas las miras hácia los placeres, hácia el mundo, y hácia sus vanidades; si en nosotros no se ve mayor modestia y recogimiento, mayor devocion y amor á la oracion. El primer efecto de la sanidad interna del alma es la mudanza de la vida, y la primera obligacion de un alma que ha sanado de sus enfermedades es el reconocimiento para con Dios. Si hemos sanado, pues, y nos hemos mudado; si sentimos nuestro corazon despegado de la tierra y elevado hácia el cielo, démosle por esto gracias á Dios, y atribuyámosle toda la gloria; pero reflexionemos que hay mucha diferencia entre la enfermedad del alma y la del cuerpo. Esta mujer enderezada por la palabra de Jesucristo no tenia que temer que el demonio la hiciese encorvar otra vez hácia el suelo. No es así de nuestra alma: sanada una y muchas veces, está siempre sujeta á encorvarse y á envilecerse, si no imploramos continuamente el socorro de la mano omnipotente que nos ha enderezado; si continuamente no velamos, y si con la gracia de Jesucristo no hacemos todos los esfuerzos para sostenernos en el feliz estado en que nos ha puesto... ¡Ay de mí! ¡oh Dios mio, qué miserable soy! Por mas resoluciones que tome, por mas atenciones que use, por mas esfuerzos que haga, me veo á cada momento encorvado hácia la tierra; se insinúan en mi corazon mil afectos terrenos,

y lo ocupan enteramente y cuási sin que lo advierta. ¿Qué otra cosa puedo hacer en mi miseria que de dia y de noche gritar hácia Vos: sostenedme por piedad, ó Señor: alzadme, ó Señor: tened compasion de mí?

PUNTO III.

Indignacion del principal de la sinagoga.

1.° *Esta cólera y esta indignacion revienta con artificio*... Este príncipe de la sinagoga era uno de aquellos fariseos orgullosos y celosos, á quienes hacia sombra la reputacion de Jesucristo, y se desesperaban por causa de sus milagros. Á ejemplo de sus concolegas no se mostró indignado, sino de la pretendida transgresion de la ley de Dios, porque esta sanidad se habia obrado en el dia de sábado. No se atrevió á estrellarse directamente contra el autor del milagro; pero se enderezó hácia el pueblo con un modo imperioso, y dijo: «Hay «seis dias en los que conviene trabajar; en estos, pues, venid y ha- «ced que os cure, y no en el dia de sábado...» Se ven tambien en nuestros dias ciertos excesivos celadores de las reglas de la penitencia, que con el celo de la Religion cubren los celos que tienen de la gloria y del buen éxito de los operarios evangélicos que se emplean en la conversion de los pecadores. Aprendamos á desconfiar del celo que nos hace con tanta frecuencia condenar á los otros.

2.° *Esta condenacion es refutada con fuerza*... «Y respondiéndole «el Señor, dijo: Hipócritas, cualquiera de vosotros ¿no desata el dia «de sábado su buey y su asno del pesebre, y lo conduce á beber? «Y esta hija de Abrahan, atada ya de Satanás por diez y ocho años, «¿no debia ser desatada de este lazo en el dia de sábado?...»

¡Comparacion sensible para el pueblo, pero de mucha humillacion para los fariseos orgullosos! Cuando el celo y la piedad nos inspiran dureza para nuestros hermanos; cuando nos hacen menos compasivos por las almas rescatadas con la sangre de Jesucristo, que ya de mucho tiempo gimen bajo la esclavitud del demonio, de lo que seríamos por unos viles animales que sirven á nuestro uso; esta es una señal no equívoca de que nuestro celo es falso, y de que es farisáica nuestra piedad.

3.° *Esta indignacion se vuelve en su confusion*... «Y mientras de- «cia tales cosas se avergonzaban todos sus contrarios...» Frecuentemente sucede lo mismo á aquellos censores celosos de la pública devocion cuando aparece sin máscara su hipocresía. Tales son los

efectos ordinarios de la envidia: ella nos despedaza por dentro, y nos hace avergonzar por defuera.

4.° *Esta indignacion aumenta el júbilo del pueblo y su devocion para con Jesús*... «Y todo el pueblo se deleitaba de todas las gloriosas «obras que por él se hacian...» Dios permite frecuentemente que la calumnia sirva para aumentar la gloria de quien es calumniado. Si es cosa gloriosa obrar bien, es mucho mas gloriosa el obrarlo entre las contradicciones de la envidia. El pueblo y las personas de bien se ponen siempre de parte de los que son el objeto de la malignidad. La feliz simplicidad del pueblo y de las almas dadas á la piedad les hace tomar el partido de la piedad, y las conduce seguramente por el camino de la salud, mientras que la pierde y va errando de aquí para allá el doctor orgulloso.

Peticion y coloquio.

Miradme, ó Señor, con ojos de misericordia. Estoy en un estado mucho mas deplorable que esta mujer del Evangelio. No puedo de modo alguno alzar los ojos al cielo; sigo á ciegas las inclinaciones de mis deseos bajos y carnales: mi alma está sumergida en las cosas de la tierra, y voy caminando siempre encorvado hácia ella... ¡Oh Jesús! llamadme á Vos; ó haced, antes bien, que sea dócil á vuestra voz que me llama: tocad con vuestra gracia mi alma: enderezad mi corazon, y elevadlo hácia los bienes eternos, para que no mire otra cosa que el cielo, de quien espero mi socorro, y donde espero reinar eternamente con Vos. Amen.

MEDITACION CLXVII.

PARÁBOLAS DEL GRANO DE MOSTAZA Y DE LA LEVADURA.

(Luc. XIII, 18–21).

La ciudad ingrata, á donde conducia Jesús á pasos lentos sus discípulos por todos los lugares y granjas que se encontraban por el camino, debia bien presto hacerles ver la sangrienta muerte de su Maestro, y es cierto que justamente por disponerlos para este espectáculo de la cruz, y para la vista de su muerte á la que estaba anexo el cumplimiento de las promesas, les puso de nuevo el Salvador delante de los ojos esta agradable pintura de los progresos de la predicacion de su Evangelio, y les repite para su consuelo estas dos parábolas, que ya les habia propuesto, con este mismo designio: 1.° la parábola del grano de mostaza; 2.° la parábola de la levadura.

PUNTO I.

Parábola del grano de mostaza.

Lo 1.° *De la atencion que pide esta parábola*... «Decia por tan-«to: ¿Á qué cosa es semejante el reino de Dios, y á qué lo compa-«raré?...»

Sabia muy bien el Redentor bajo qué figuras queria encubrir las verdades que anunciaba; y no tenia necesidad de buscar ni hacer esfuerzo alguno para este propósito. No habla, pues, de este modo sino para excitar la atencion de aquellos que le escuchaban, y de aquellos que meditarian sus palabras... Pidámosle aquella respetuosa atencion que nos imprima en el espíritu estas grandes verdades, que las haga gustar de nuestro corazon, y que penetre de ellas toda nuestra alma.

Lo 2.° *Del reino de Dios representado en esta parábola*... «Es se-«mejante á un grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en «su huerto, y creció, y se hizo un árbol grande, y las aves del aire «reposaban sobre sus ramas...»

Este jardin es aquel en que fue sepultado Jesucristo, de donde salió glorioso y triunfante para ser nuestra vida, nuestra justicia y nuestra esperanza... ¿Somos nosotros de aquellas aves del cielo, de aquellas almas puras y elevadas que toman en él su reposo, que buscan en él su refugio, que encuentran en él su fuerza, y que ponen en él todas sus delicias? Este jardin es el mundo, en que Jesucristo ha puesto su Iglesia tan débil en sus principios, y ahora tan triunfante y tan extendida. ¿Estamos nosotros unidos á ella, la amamos, la servimos y la edificamos?... Este jardin es nuestro cora-

zon, en que ha sido sembrada la gracia... ¿Qué aumentos ha tenido en él? ¿Ha venido á ser un árbol extendido y fértil, en que hallemos nuestro reposo y nuestra consolacion, y en que puedan tambien otros hallarla? ¿Ó no hemos sofocado nosotros esta preciosa simiente? ¿No hemos impedido con multiplicadas infidelidades sus progresos?

Lo 3.° *Del reino del demonio representado por esta parábola en un sentido contrario*... Vencido y desterrado de la tierra el demonio por medio de Jesucristo; desterrado de su Iglesia; desterrado de nuestros corazones, vuelve otra vez á restablecer en ellos su reino, opuesto al reino de Dios. El escándalo en el mundo, la herejía en la Iglesia, la pasion en un corazon; todo esto es débil en el principio, es un pequeñísimo grano, y cuási imperceptible. Es una semilla que se esconde á la vista; pero si con tiempo no se sofoca, si se deja crecer, llega bien presto á ser un árbol que extiende bien léjos sus ramos, y donde van, no las aves del cielo, sino las sabandijas de la tierra, las serpientes del infierno; esto es, los pecados, las impiedades, las impurezas, los sacrilegios, los errores, las blasfemias; y donde van, no á tomar reposo, sino á ponerlo todo en desórden y en confusion, para ejercitar allí excesos de furor y de crueldad... Tal es la diferencia del reino de Dios y del reino del demonio; ahora, pues, ¿bajo cuál de estos dos reinos vivimos nosotros?

PUNTO II.

Parábola de la levadura.

Lo 1.° *De la atencion que pide esta segunda parábola*... «Y volvió «á decir: ¿Á qué cosa diré yo que es semejante el reino de Dios?...»

Despierta todavía el Salvador la atencion de sus oyentes; despertemos la nuestra para meditar esta segunda parábola, y pidámosle la luz necesaria para comprenderla, y la gracia para aprovecharnos de ella.

Lo 2.° *Del reino de Dios representado en esta parábola*... «Es se«mejante á la levadura que una mujer tomó, y la escondió en tres «medidas de harina, hasta que todo se fermentase...»

Estas tres medidas de harina son las tres partes del mundo entonces conocidas, la Asia, la Europa, y la África. En ellas fue anunciado el Evangelio, en ellas se ha predicado la palabra de Dios, y ha sido distribuido el Pan eucarístico; se ha establecido el reino de Dios, y la fermentacion ha producido en ellas una multitud innumerable de Santos. Luego que fue descubierto el Nuevo Mundo, esta esposa, atenta á

la gloria de su Esposo, ha mezclado tambien en él esta preciosa levadura que allí ha fermentado, y el fervor de esta cuarta parte de mundo ha producido en la América las virtudes mismas del mundo antiguo... Estas tres medidas de harina son tambien las tres potencias de nuestra alma, en que la gracia, la palabra de Dios, y la santa Eucaristía obran una fermentacion saludable que eleva nuestros sentidos, nuestros espíritus y nuestros corazones; que nos une á Dios, en él nos transforma, y forma de nosotros panes vivos, dignos de serle ofrecidos sobre su altar sublime y eterno. Recibamos, pues, esta divina levadura con accion de gracias, dejémosla obrar en nosotros, no interrumpamos ni enturbiemos su operacion.

Lo 3.° *Del reino del demonio representado por esta parábola en un sentido contrario*... Si la predicacion del Evangelio ha sido como una preciosa levadura que ha santificado y santifica aun las cuatro partes del mundo, ha quedado con todo eso en el mundo una levadura mala de orgullo y de concupiscencia, que mantiene en él el reino del demonio, y produce el pecado, la impiedad, la incredulidad, el cisma y la herèjía... Demos gracias á Dios por habernos hecho nacer en un Estado católico, en que obra aun la divina levadura de la palabra de Dios. Pidámosle y supliquémosle por aquellas provincias que no han recibido aun esta preciosa levadura; por aquellas que la han desechado, por aquellas que la han corrompido, y temblemos por nosotros mismos. Naciendo hemos traido esta mala levadura que introduce en los corazones el reino del demonio. Á esta levadura perniciosa se une la de una pasion que nace, la de un mal ejemplo, de malos libros, de malos discursos y de malas compañías; pero ¡ah! estemos atentos, y velemos sobre nosotros mismos.

Peticion y coloquio.

Sí, ó Señor, quiero aplicarme á echar léjos de mí todo lo que podria atacar mi fe, corromper mi corazon, manchar mis sentidos, y empeñarme de nuevo bajo del imperio del demonio, de que por vuestra gracia me habeis librado. Ó Dios mio, lo sé; para avinagrar toda la masa no se requiere mas que un poco de levadura [1]; pero será exacta, escrupulosa y constante mi vigilancia. Sostenedla Vos, ó Jesús, con el precio y con los méritos de vuestra adorable sangre. Amen.

[1] I Cor. v, 6; Galat. v, 9.

MEDITACION CLXVIII.

DEL PEQUEÑO NÚMERO DE LOS QUE SE SALVAN.

(Luc. XIII, 22-30).

Examinemos: 1.° lo que se debe hacer para ser de este número; 2.° las razones por que serémos excluidos de él; 3.° la desesperacion de aquellos que serán excluidos.

PUNTO I.

Lo que se debe hacer para ser de este número.

«Y *(Jesús)* iba enseñando por las ciudades y aldeas, y caminan- «do hácia Jerusalen; y uno le dijo: Señor, ¿son pocos los que se sal- «van?...» El divino Salvador, sin responder directamente á la pregunta sobre el grande ó sobre el pequeño número de los que se salvarán, se contentó con decir lo que era necesario hacer para ser de este número, y esto es lo que importa saber sobre esta materia... «Pero él *(enderezando la palabra á los que lo escuchaban)* dijo: es- «forzaos á entrar por la puerta estrecha; porque os digo, que mu- «chos procurarán entrar, y no podrán...»

1.° *Consideremos cuál es esta puerta estrecha por la que se debe entrar en el cielo...* Esta es el Evangelio; es la fe y la ley del Evangelio. Puerta muy estrecha, porque para entrar en ella conviene humillar nuestro espíritu, abatir nuestro orgullo, contener y refrenar nuestras pasiones, nuestras inclinaciones, nuestros deseos, nuestros pensamientos y nuestros afectos; despojarse de todo apego á las cosas de la tierra, de nosotros mismos y de todo amor propio, para amar á Dios solo, y practicar exactamente su santa ley. ¿Es esta aquella puerta por la que nos esforzamos á pasar, y por la que queremos y esperamos entrar en el cielo?

2.° *Examinemos cuáles son los esfuerzos que se deben hacer para pasar por esta puerta...* Esfuerzos generosos, constantes y perseverantes; esfuerzos contra el demonio, el cual, en cuanto le es posible, nos tiene léjos de esta puerta, ahora excitando nuestras pasiones, ahora atrayéndonos con promesas lisonjeras de riquezas, de placeres, de honores que no nos puede dar, y ahora apartándonos de la práctica del Evangelio, con llenarnos de espanto exagerando las dificultades, y asegurándonos que es imposible. Esfuerzos contra el mundo, el cual por tenernos léjos de esta puerta nos enseña una moral cómoda y corrompida; nos propone su ejemplo, y luego nos

pregunta: ¿Que nos condenarémos todos nosotros?... Esfuerzos contra nosotros mismos; se lamentará la naturaleza, se rebelará la carne; nuestro valor nos abandonará, todo nos dirá que caminemos por lo ancho; que una sujecion tan austera no puede durar, y que no es necesaria... Pero ¡ah! no nos dejemos engañar; hagamos todos los esfuerzos, rompamos los obstáculos, y no obstante todas las contradicciones, reduzcámonos á pasar por este camino estrecho, por el que se entra en el cielo: si el paso es estrecho, el término es la eterna libertad; por mas estrecho que sea este paso, el amor sabrá ensancharlo y dilatarlo, y la gracia nos lo hará fácil y acomodado.

3.° *Observemos quiénes son aquellos que buscarán entrar, y no podrán*... Si se trata de entrar por esta puerta estrecha, aquellos no podrán, que no lo procuran como es menester, y que no hacen los esfuerzos necesarios para entrar por ella. Si se trata de entrar en el cielo, no podrán aquellos que buscan otro camino distinto de aquel de la puerta estrecha. Los primeros, sin hablar aquí de los infieles que no conocen la ley de Dios, son los judíos, los cuales, obstinados en seguir la ley de Moisés, rehusan el conocer á aquel á quien Moisés los guia, y que es el fin y el cumplimiento de la ley y de los Profetas... Despues son los cismáticos y herejes que, recibiendo el Evangelio de Jesucristo, lo interpretan á su modo y segun su genio, rehusando someterse á la enseñanza de la Iglesia, de que rompen la unidad, mudan los dogmas, y corrompen la moral... Y finalmente son los malos cristianos que, por vivir á sus anchuras, pretenden unir el mundo con el Evangelio, satisfacer sus pasiones sin quebrantar la ley; ó con una alternativa aun mas cómoda, quieren ser ahora de Dios, ahora del mundo, y hacer de su vida una série monstruosa de penitencia y de recaidas, de devocion y de pecados; ó que difieren el vivir en sujecion para Dios, cuando ya no les quedan mas dias de que puedan abusar. ¡Ilusiones bien groseras! ¡Oh Dios! ¿cómo es posible que tantos se dejen ofuscar de ellas? ¡Ah! hagamos sobre esto nuestras mas sérias reflexiones, no nos imaginemos poder pasar por esta puerta estrecha sin grandes esfuerzos, sin hacernos mucha violencia, y sin conseguir gloriosas victorias.

PUNTO II.

Razones por las que serémos excluidos de este número.

Continuando Jesús la parábola, ó sea la alegoría de la puerta estrecha, representa á Dios su Padre, ó bien á sí mismo, reinando en

el cielo con los Santos, bajo la idea de un padre de familia, cerrado en su casa con sus hijos y amigos, y que niega la entrada á los extraños que se la piden. Esta parábola es muy propia para disipar nuestras ilusiones y nuestros pretextos, si queremos poner en ella nuestra atencion; y aunque fue dicha especialmente por los judíos, es fácil extenderla á todos los pecadores, comprendiendo bajo de este nombre los judíos, los herejes y los malos católicos.

1.° *Primera respuesta hecha á los pecadores*... «Y cuando hubie«re entrado el padre de familia, y cerrado la puerta, estaréis fuera «y comenzaréis á llamar á la puerta, diciendo: Señor, ábrenos: y él «os responderá diciendo, no sé de dónde sois vosotros...»

¡Qué sorpresa para hombres que se habian lisonjeado de caminar por el buen camino en la verdadera Religion! No podrán creer que á ellos se les quiera hacer un semejante tratamiento, é insistirán.

2.° *Razones que alegan los pecadores*... «Entonces empezarán á «decir: hemos comido y bebido contigo; y tú has enseñado en nues«tras plazas...»

Esto es lo que primeramente podrán decir los judíos, ó á Jesucristo, con quien vivieron, ó que oyeron predicar en sus públicas plazas, ó á Dios su Padre, en presencia de quien comieron su porcion de las víctimas que habian ofrecido sobre su altar, y cuya santa ley habia sido leida, explicada y anunciada entre ellos... Los herejes le dirán tambien: nosotros hemos bebido y comido en vuestra mesa; hemos recibido vuestro Evangelio, y ha sido enseñado y predicado entre nosotros... Con mayor razon dirán tambien los católicos: nosotros hemos recibido vuestra fe entera y ortodoxa; hemos participado de vuestros Sacramentos en el seno de la Iglesia fundada por Vos; ¿cómo, pues, gritarán ellos, no nos conoceis? ¿Nosotros os somos gente desconocida? ¿Cómo podeis decir que no sabeis de dónde seamos nosotros? ¡Ah falsos pretextos, vanas razones, gritos inútiles! ¡Ay de mí! ¿esperarémos nosotros á desengañarnos en el dia del juicio? ¿querrémos vivir ciegos hasta la muerte, y hasta que el sumo Juez haya pronunciado la sentencia irrevocable de nuestra reprobacion, la que él mismo se esfuerza á prevenir con tantos y tan saludables avisos y con tan sensibles parábolas?

3.° *Última respuesta dada á los pecadores*... «Y os dirá: no sé «de dónde seais vosotros; apartaos de mí todos los obradores de la «iniquidad...»

Esta respuesta tiene dos partes... 1.ª «No sé de dónde seais vos«otros...» Vosotros os llamais discípulos de Moisés; pero vosotros no

habeis reconocido, antes habeis desechado, al Mesías que Moisés os anunciaba, y á quien os guiaba la ley... Vosotros sois discípulos de Calvino, Lutero, etc. Pero no son estos los pastores que yo he dado á mi Iglesia, ni los conductores que os he mandado seguir... Yo os habia hecho católicos hijos de la Iglesia; pero vosotros habeis seguido la ley del mundo y de las pasiones, con desprecio de la ley de mi Evangelio, que no cesaba de inculcaros la Iglesia: *No sé de dónde seais vosotros*... 2.ª «Apartaos de mí, vosotros todos, obradores «de iniquidad...» La iniquidad comun de los judíos es el deicidio cometido en la persona de Jesucristo, del cual participan todavía hoy en dia todos los de esta nacion que perseveran en las mismas blasfemias... La iniquidad comun de los herejes es de perpetuar la rebelion de sus cabezas, y de participar en tal manera del atentado con que los heresiarcas tuvieron la audacia de cambiar la fe de la Iglesia; han acusado de adulterio y de prostitucion la Esposa de Jesucristo, y han pretendido reformar la obra del Espíritu Santo. Y fuera de esta comun iniquidad, ¿de cuántos delitos particulares se hallarán manchados aquellos hombres, acérrimos secuaces y defensores de ciertos monstruosos sistemas, que dejan reinar el pecado sin freno, sin remordimientos y sin remedio? ¡Oh, cuán doloroso será para un católico bien instruido, para un sacerdote, para un religioso, hallarse en aquel punto tan culpado, y acaso mas que los judíos, que los herejes, y oirse decir como á estos: «Apar«taos de mí, vosotros todos, todos los obradores de la iniquidad!...» ¡Oh palabras terribles, que yo mismo he merecido ya oir de la boca de mi Juez!

PUNTO III.

Desesperacion de los que serán excluidos de este número.

Dos serán las causas y los principios de esta desesperacion de los pecadores.

1.ª *La primera causa de esta desesperacion será la vista de aquellos que vivieron antes que ellos*... «Allí será el llanto y el crujir de «dientes, cuando viéreis á Abrahan, á Isaac y á Jacob, y á todos los «Profetas en el reino de Dios, y que vosotros sois echados fuera «de él...»

Verán los judíos reinar en el cielo á Abrahan, Isaac, Jacob y á todos los Profetas, y ellos se verán excluidos por no haber creido al hijo de Abrahan, prometido á los Patriarcas, y anunciado por los

Profetas como Hijo de Dios, Dios con nosotros, Mesías y Salvador de los hombres. Verán los herejes reinar en el cielo á Pedro y á Pablo, á los Apóstoles fundadores de la Iglesia, y á los Mártires que con su sangre han sellado la fe, y ellos se verán excluidos por haber roto la cadena que los unia con Jesucristo por la sucesion de los legítimos pastores... Los malos católicos verán reinar en el cielo á los Santos que ellos han reverenciado sobre la tierra, á sus abogados, á aquellos cuyo nombre llevan, á sus fundadores cuya regla han recibido, y cuyo instituto han abrazado; y ellos se verán excluidos de allí por no haber imitado sus ejemplos... Entonces habrá allí llantos, pesares y suspiros; pero ya no habrá mas tiempo. Entonces habrá allí solamente crujir de dientes, rabia, furor y desesperacion; pero todo inútil.

2.ª *La segunda causa de esta desesperacion será la vista de aquellos que con ellos han vivido y los que vivieron despues*... «Y vendrá «gente del Oriente, y del Septentrion, y del Mediodía, y se pondrá «á la mesa en el reino de Dios...»

Los judíos verán los gentiles, que ni conocian á Moisés ni á los Profetas, y que reconocieron á Moisés y á Jesucristo Hijo de Dios; los verán venir en tropas de las cuatro partes del mundo, y sentarse en el convite eterno del reino de Dios, del cual ellos mismos serán excluidos... Los herejes tambien verán naciones idólatras y salvajes que habrán abrazado la fe católica, abandonada por ellos mismos, y que entraron en la Iglesia de que ellos habian salido... Los malos católicos verán allí los nuevos convertidos; los sacerdotes verán allí á los legos; los religiosos verán á los seculares; los ricos verán á los pobres; los reyes verán á sus súbditos; los señores verán á sus criados sentados en el convite celestial, y ellos serán de él excluidos. ¡Ah! ¡quién podrá concebir la amargura del dolor y de la desesperacion que causará una tal vista en el corazon de los réprobos!

3.ª *Conclusion*... «Y hé aquí que son últimos los que serán pri«meros, y son primeros los que serán últimos...»

¡Oh terrible cambiamiento, catástrofe sorprendente! ¿quién no temerá, quién no temblará? No nos fiemos, pues, de nuestra clase, ni de nuestras luces, ni de las gracias que hayamos recibido, ni de las ventajas de nuestro estado. Si no servimos á Dios con fervor; si no nos esforzamos para entrar por la puerta estrecha, acaso verémos aquel pecador un dia convertido, aquella persona baja, pero mas fervorosa que nosotros, la verémos acaso en el primer órden y

admitida en el cielo, y nosotros al fin sumergidos en el infierno, presa de aquellas penas, y en una eterna desesperacion.

Peticion y coloquio.

¡Ah! léjos de mí, ó Señor, una tal desventura. Conozco vuestras misericordias, ó Dios mio; Vos me advertís aquí el rigor de vuestros juicios para animarme á evitarlos. ¡Oh Jesús! detesto mi iniquidad, y quiero con el socorro de vuestra gracia, que instantemente os pido, aplicarme á observar vuestra santa ley con tanta fidelidad, que Vos podais reconocerme cuando la muerte me hará comparecer delante de Vos, y os pediré la entrada en vuestro santo reino. Amen.

MEDITACION CLXIX.

RESPUESTA DE JESUCRISTO Á LOS FARISEOS QUE QUERIAN ATEMORIZARLO PARA HACERLO SALIR DE LA GALILEA.

(Luc. XIII, 31-35).

Consideremos: 1.° la firmeza de Jesús; 2.° su compasion para con Jerusalen; 3.° sus amenazas y sus predicciones contra aquella ciudad ingrata.

PUNTO I.

Firmeza de Jesús.

«El mismo dia se llegaron á él algunos fariseos, diciendo: Sal, y «véte de aquí, porque Herodes te quiere matar. Y les dijo: Id, y «decid á aquella zorra, mira que yo echo los demonios, y obro per-«fectas sanidades hoy y mañana, y al dia tercero soy consumado; «pero es necesario que yo ande hoy y mañana, y el dia siguiente, «porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusalen...»

Lo 1.° *La firmeza de Jesús se muestra en el carácter que pinta de Herodes*... Algunas veces deseaba Herodes ver á Jesucristo por satisfacer su curiosidad [1], otras habria querido hacerle morir, para abolir enteramente la memoria de Juan Bautista; pero por otra parte temia irritar al pueblo con este nuevo delito: la política tenia sujetos á sí todos los sentimientos de su corazon, y animaba todas sus acciones. Pero esta política que se admiraba en este Príncipe, y por la que sabia captarse tambien el espíritu de los judíos, y conciliarse el favor de los romanos para aprovecharse de todo, y conducirlo todo á sus fines y á sus intereses; esta grande política no era al juicio del Hijo de Dios sino una cobardía de espíritu y una bajeza de

[1] Luc. XXIII, 8.

sentimientos que lo degradaban de la nobleza de hombre, y lo bajaban á la condicion de un vil animal, llevado por instinto á la astucia... Con estos ojos mira el sumo Juez á los potentados que gobiernan el mundo, y que manejan los negocios mas importantes del Estado con la mayor cautela, si no ponen por basa de su política y de su sabiduría la Religion, la verdad y la justicia... En todas las condiciones se hallan personas que tienen á honra esta vil astucia, que solo tiene en mira el propio interés, y se cree sábia cuando sabe llegar á su fin, sea el que fuere el camino por donde va él. ¡Ah! detestemos un semejante carácter; sin ser astutos podemos obrar con candor y sinceridad: este camino conduce mas seguramente al término que se nos prefija; y sea el que se fuese el éxito, no será menos sólida y cierta la gloria en presencia de aquel que solo tiene el derecho de juzgarlo. Examinemos qué cosa es nuestra sabiduría á los ojos de aquel Juez soberano.

Lo 2.° *La firmeza de Jesucristo en declararse resuelto á no innovar cosa alguna en el plan de sus operaciones*... No obstante el terror que las violencias de Herodes querian inspirarle, continuará á obrar con libertad, á ir y á venir donde mejor le parezca para la instruccion y alivio de los pueblos, y no saldrá de la Galilea sino en el tiempo que él mismo ha establecido, y precisamente despues de tres dias... Hay apariencia que con esta literal expresion: «y el dia tercero soy «consumado...» quisiese el Redentor aludir al fin de sus dias, que no estaba muy léjos. En este sentido, no es necesario aplicar esta expresion á la muerte de Jesucristo, sino á su resurreccion... No es el tercero dia en que sea muerto, sino resucitado: la obra de nuestra redencion fue consumada igualmente que el Cristo por la resurreccion; y por ella ha venido Jesús á ser el consumador de nuestra fe... Por esta firmeza de ánimo, de que el divino Salvador da aquí el ejemplo á los operarios evangélicos, venia desconcertada toda la malicia de los fariseos, porque en la astucia de que nota á Herodes, diciéndoles: *decidle á aquella zorra*, estaban tambien comprendidos ellos, aunque indirectamente. Los fariseos de Jerusalen habian formado la conjuracion, como verémos bien presto [1], de hacer arrestar á Jesucristo el primer dia de la fiesta de los Tabernáculos, que estaba ya próxima. Es creible que los fariseos de la Galilea, donde se hallaba entonces Jesucristo, informados de cuanto se trataba en Jerusalen, y no pudiendo sufrir mas largo tiempo una luz que los ofuscaba, ni una virtud que condenaba sus desórdenes, observasen todos los pa-

[1] Joan. VII, 20, 25.

sos de este Hombre-Dios, para ver si tenia la idea de ir á Jerusalen para la fiesta. El tiempo urgia ya, y no veian en él disposicion alguna para el viaje. Esto es verosímilmente lo que los indujo á darle este aviso, para solicitar su partida. Se inquietaron con la respuesta de Jesucristo, porque de ella conocieron que, partiendo él solamente despues de tres dias, era difícil que pudiese llegar á Jerusalen para el primero de la fiesta, y que no hallándose allí en aquel dia, se habria frustrado la conjuracion, como efectivamente sucedió, segun los designios del divino Salvador, que habia regulado la hora de su muerte para la fiesta de la Pascua, y no para la de los Tabernáculos, mucho menos solemne... ¡Oh sabiduría eterna! ¿qué pueden contra Vos la malicia y la astucia de vuestros enemigos? Vos jugais con sus interesados proyectos, y ejecutais como os agrada en favor de los que os obedecen los designios de vuestra infinita misericordia. ¿Qué tengo yo que temer, ó por qué inquietarme por los peligros que me amenazan? Estoy bajo las alas de vuestra providencia, y cumpliendo mis obligaciones nada me puede suceder sino para mi mayor provecho, y por órden de vuestra infinita providencia, á la que en vida y en muerte quiero estar perfectamente sujeto.

Lo 3.° *Firmeza de Jesucristo en el conocimiento que muestra tener de los designios perversos de los fariseos*... «Porque no cabe que un «profeta muera fuera de Jerusalen...» Como si les hubiese dicho: en tres dias, despues que habré cumplido mi ministerio, no solo saldré de la Galilea como me aconsejais, sino que iré á Jerusalen como deseais; porque ya de largo tiempo la infiel Jerusalen se ha reservado el derecho de inmolar los Profetas; y en este mismo lugar, en que ha abierto ella siempre sus sepulcros, debo yo morir como ellos, por defensa de la verdad y de la justicia... Con estas palabras hacia ver Jesús á los fariseos que penetraba el fondo de sus corazones, y que sabia cuanto se tramaba contra él en Jerusalen, y que ellos estaban tambien interesados en lo mismo; y les hacia observar al mismo tiempo, que así como el temor de Herodes no le hacia anticipar su partido, tampoco el temor del Senado de Jerusalen le impedia ir á aquella ciudad, y que ninguna impresion podia hacer en él el consejo artificioso que le daban... ¡Oh y cuán grande sois, ó Jesús! ¡oh y cuán sábio, cuán bueno y cuán generoso! No os espanta la muerte que por todas partes os amenaza. Entre tantos peligros estais firme, intrépido y animoso, no porque podais evitar la muerte, sino porque quereis sufrirla por nuestro amor. ¿Qué cosa podrá temer jamás el que solo desea morir por Vos?

PUNTO II.

Compasion de Jesucristo sobre Jerusalen.

Jesucristo no podia pensar en la muerte que debia sufrir, ni en Jerusalen donde debia sufrirla, sin quedar enternecido sobre la suerte de esta ciudad ingrata.

1.° *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalen á vista de sus pecados*... «¡Jerusalen, Jerusalen, que haces morir á los Profetas, y «apedreas á los que son enviados á tí!...» Jerusalen habia ya derramado la sangre de muchos Profetas; dentro de poco debia derramar la de el Mesías, y despues la de sus Apóstoles y de sus discípulos... ¡Qué desventura para una ciudad donde reina un tal odio, y de cuántos delitos no se hace ella culpable! Lloremos aquí los pecados de que nosotros mismos estamos manchados. ¡Oh y cuántas instrucciones, cuántos avisos, cuántas inspiraciones, cuántos remordimientos sofocamos para satisfacer nuestras pasiones!

2.° *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalen á vista de las gracias de que abusa*... «¿Cuántas veces quise juntar tus hijos, como el ave «su nido debajo de sus alas, y no quisiste?... ¡Cuántas veces nos ha llamado Dios á sí: cuántas veces ha querido Jesucristo meternos debajo de sus alas, y nosotros no hemos querido! ¡Oh y cuán poco hemos conocido en esto nuestros propios intereses! ¡Cuán feliz habria sido nuestra suerte bajo las alas de Jesús, en el recogimiento, en la oracion, en la meditacion de sus mandamientos, y en la práctica fiel de su santa voluntad! Allí hubiéramos gozado nosotros una paz perfecta y una total seguridad, y en vez de esto, estamos siempre agitados de remordimientos, de inquietudes, de temores y de espanto. Bajo las alas de Jesús habríamos pasado nuestra vida en la inocencia y en el fervor, libres de todos los peligros, léjos de las asechanzas del demonio, é inaccesibles al contagio del mundo; y en vez de esto hemos caido en mil precipicios, hemos sido el juguete de nuestros enemigos, y arrastrados de los malos ejemplos. Bajo las alas de Jesús habríamos visto la muerte con ojos tranquilos, y aun con júbilo, y hubiéramos estado al seguro de la cólera de Dios y de sus venganzas; y en vez de esto miramos la muerte con espanto, y acaso no la verémos acercarse sino con desesperacion.

3.° *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalen á vista de su reprobacion*... La sentencia de la reprobacion contiene la justificacion de Dios y la condenacion del pecador, y estas dos cosas están compren-

sos de este Hombre-Dios, para ver si tenia la idea de ir á Jerusalen para la fiesta. El tiempo urgia ya, y no veian en él disposicion alguna para el viaje. Esto es verosímilmente lo que los indujo á darle este aviso, para solicitar su partida. Se inquietaron con la respuesta de Jesucristo, porque de ella conocieron que, partiendo él solamente despues de tres dias, era difícil que pudiese llegar á Jerusalen para el primero de la fiesta, y que no hallándose allí en aquel dia, se habria frustrado la conjuracion, como efectivamente sucedió, segun los designios del divino Salvador, que habia regulado la hora de su muerte para la fiesta de la Pascua, y no para la de los Tabernáculos, mucho menos solemne... ¡Oh sabiduría eterna! ¿qué pueden contra Vos la malicia y la astucia de vuestros enemigos? Vos jugais con sus interesados proyectos, y ejecutais como os agrada en favor de los que os obedecen los designios de vuestra infinita misericordia. ¿Qué tengo yo que temer, ó por qué inquietarme por los peligros que me amenazan? Estoy bajo las alas de vuestra providencia, y cumpliendo mis obligaciones nada me puede suceder sino para mi mayor provecho, y por órden de vuestra infinita providencia, á la que en vida y en muerte quiero estar perfectamente sujeto.

Lo 3.° *Firmeza de Jesucristo en el conocimiento que muestra tener de los designios perversos de los fariseos*... «Porque no cabe que un «profeta muera fuera de Jerusalen...» Como si les hubiese dicho: en tres dias, despues que habré cumplido mi ministerio, no solo saldré de la Galilea como me aconsejais, sino que iré á Jerusalen como deseais; porque ya de largo tiempo la infiel Jerusalen se ha reservado el derecho de inmolar los Profetas; y en este mismo lugar, en que ha abierto ella siempre sus sepulcros, debo yo morir como ellos, por defensa de la verdad y de la justicia... Con estas palabras hacia ver Jesús á los fariseos que penetraba el fondo de sus corazones, y que sabia cuanto se tramaba contra él en Jerusalen, y que ellos estaban tambien interesados en lo mismo; y les hacia observar al mismo tiempo, que así como el temor de Herodes no le hacia anticipar su partido, tampoco el temor del Senado de Jerusalen le impedia ir á aquella ciudad, y que ninguna impresion podia hacer en él el consejo artificioso que le daban... ¡Oh y cuán grande sois, ó Jesús! ¡oh y cuán sábio, cuán bueno y cuán generoso! No os espanta la muerte que por todas partes os amenaza. Entre tantos peligros estais firme, intrépido y animoso, no porque podais evitar la muerte, sino porque quereis sufrirla por nuestro amor. ¿Qué cosa podrá temer jamás el que solo desea morir por Vos?

PUNTO II.

Compasion de Jesucristo sobre Jerusalen.

Jesucristo no podia pensar en la muerte que debia sufrir, ni en Jerusalen donde debia sufrirla, sin quedar enternecido sobre la suerte de esta ciudad ingrata.

1.ª *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalen á vista de sus pecados*... «¡Jerusalen, Jerusalen, que haces morir á los Profetas, y «apedreas á los que son enviados á tí!...» Jerusalen habia ya derramado la sangre de muchos Profetas; dentro de poco debia derramar la de el Mesías, y despues la de sus Apóstoles y de sus discípulos... ¡Qué desventura para una ciudad donde reina un tal odio, y de cuántos delitos no se hace ella culpable! Lloremos aquí los pecados de que nosotros mismos estamos manchados. ¡Oh y cuántas instrucciones, cuántos avisos, cuántas inspiraciones, cuántos remordimientos sofocamos para satisfacer nuestras pasiones!

2.° *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalen á vista de las gracias de que abusa*... «¿Cuántas veces quise juntar tus hijos, como el ave «su nido debajo de sus alas, y no quisiste?... ¡Cuántas veces nos ha llamado Dios á sí: cuántas veces ha querido Jesucristo meternos debajo de sus alas, y nosotros no hemos querido! ¡Oh y cuán poco hemos conocido en esto nuestros propios intereses! ¡Cuán feliz habria sido nuestra suerte bajo las alas de Jesús, en el recogimiento, en la oracion, en la meditacion de sus mandamientos, y en la práctica fiel de su santa voluntad! Allí hubiéramos gozado nosotros una paz perfecta y una total seguridad, y en vez de esto, estamos siempre agitados de remordimientos, de inquietudes, de temores y de espanto. Bajo las alas de Jesús habríamos pasado nuestra vida en la inocencia y en el fervor, libres de todos los peligros, léjos de las asechanzas del demonio, é inaccesibles al contagio del mundo; y en vez de esto hemos caido en mil precipicios, hemos sido el juguete de nuestros enemigos, y arrastrados de los malos ejemplos. Bajo las alas de Jesús habríamos visto la muerte con ojos tranquilos, y aun con júbilo, y hubiéramos estado al seguro de la cólera de Dios y de sus venganzas; y en vez de esto miramos la muerte con espanto, y acaso no la verémos acercarse sino con desesperacion.

3.° *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalen á vista de su reprobacion*... La sentencia de la reprobacion contiene la justificacion de Dios y la condenacion del pecador, y estas dos cosas están compren-



didas en estas dos palabras... «*He querido, y no has querido...*» He querido; y ¡oh cuántas veces, y por cuánto tiempo, y con cuántos medios! Y tú no has querido: hé aquí la justificacion de Dios... Y lo que hace la condenacion del pecador es, que puede decirse á sí mismo: Dios ha querido preservarme del infierno; Dios ha querido darme su paraíso; Dios ha querido que yo viviese de manera de merecérmelo; y ¡oh cuánto ha hecho para esto! Y yo no he querido, y soy yo el que no he querido. ¡Oh furor, oh desesperacion, oh pensamiento mas cruel que el fuego mismo del infierno! Á nosotros toca ahora ver si queremos ó no: ¡ah! no nos engañemos entre tanto sobre la manera con que queremos...

PUNTO III.

Amenazas y predicciones de Jesucristo contra Jerusalen.

1.ª *Para esta vida...* «Mirad, que será dejada para vosotros de-«sierta vuestra casa...» Este templo será demolido; Dios lo abandonará, y os quitará su culto. Os servirán de sepulcro vuestras mismas casas echadas por tierra; y vuestra ciudad destruida se reducirá á un desierto, á una soledad... Tal es la venganza que ha tomado Dios, y que toma aun de la infiel Jerusalen, por haber derramado la sangre del Mesías, y por no haber querido aprovecharse de ella... De esta misma manera castiga Dios tambien la infidelidad, ó de una entera nacion, quitándole el don de la fe, ó de un alma en particular, privándola de las gracias especiales de que ha abusado, dejándola como una tierra desierta, y como una casa que se arruina.

2.ª *Para la otra vida...* Cuando hablaba Jesús á sus enemigos, solia, segun su costumbre, añadir la amenaza de su último juicio á la idea de su muerte; y por esto seguirémos nosotros aquí el sentimiento de aquellos que aplican á este dia extremo las últimas palabras de este capítulo... «Y os digo, que no me veréis hasta tanto «que suceda que digais: bendito el que viene en el nombre del Se-«ñor...» Como si les hubiese dicho: sí, seguid, pues, en no quererme reconocer y en blasfemarme; hacedme tambien morir; apartadme de vuestros ojos importunados de mi presencia; vendrá el dia en que se doblará toda rodilla delante de mí, en que me veréis en la gloria de mi Padre [1], en que os veréis obligados á reconocerme y exclamar: veis allí el bendito de Dios; aquel que vino en el nombre del Señor para salvarnos, y que viene hoy en el nombre de su Pa-

[1] Thes. II, 10, 11.

dre y en su propio nombre para juzgarnos y condenarnos... Sí, vendrá este dia grande, en que el judío, el impío y el pecador se verán obligados á rendir homenaje á aquel que ellos mismos han ultrajado.

3.ª *Observaciones sobre estas últimas palabras*... «Bendito el que «viene en el nombre del Señor...»

Estas palabras están tomadas del salmo [1] en que por espíritu de profecía hablaba David del Mesías, y desde entonces le daba gracias por el tiempo de su venida... Estas fueron repetidas en las aclamaciones que el pueblo hizo en la entrada triunfante de Jesucristo en la ciudad de Jerusalen [2], y el Salvador las trae aquí para aludir, no solo al salmo de donde son tomadas, sino tambien al pueblo que debia bien presto hacerlas resonar en las orejas de los indignados fariseos... Las mismas endereza aquí Jesucristo á los fariseos de la Galilea antes de su entrada triunfante en Jerusalen; y las mismas repetirá despues el dia de su triunfo á los fariseos de Jerusalen [3] con las mismas alusiones, en las mismas circunstancias, y con el mismo fin de hacer temer la majestad de su última venida. Finalmente, la Iglesia las repite en el terrible sacrificio del altar, y antes de empezar el cánon de la misa. Repitámoslas, pues, tambien nosotros con toda la devocion posible, y con los sentimientos de humildad y de reconocimiento que exige de nosotros tan grande beneficio.

Peticion y coloquio.

¡Ah, sea bendito aquel que viene en el nombre del Señor! Gloria en lo mas alto de los cielos! Seais para siempre bendito, ó Señor, por haber venido sobre la tierra para salvarnos, y por venir aun sobre este altar para nutrirnos y santificarnos! Pueda yo incesantemente bendeciros aquí en la tierra, y continuar vuestras alabanzas despues de aquel dia terrible en que vendréis á juzgarnos! Amen.

[1] Psalm. CXVII, 26. — [2] Matth. XXI, 9. — [3] Matth. XXIII, 39.

MEDITACION CLXX.

RESPUESTA DE JESUCRISTO Á SUS PARIENTES, QUE QUERIAN IMPEDIRLE EL IR Á JERUSALEN.

(Joan. VII, 1–13).

Examinemos: 1.° la proposicion que hacen á Jesucristo sus parientes; 2.° la respuesta que Jesucristo les da; 3.° los efectos que produce la falta de Jesucristo en Jerusalen el dia de la fiesta.

PUNTO I.

De la proposicion que hacen á Jesucristo sus parientes.

1.° *¿En qué lugar se la hacen?...* En Galilea... «Despues de esto «andaba Jesús por la Galilea, porque no queria ir á la Judea; por«que los judíos lo buscaban para matarle...»

Jesús iba recorriendo ya algun tiempo la Galilea, donde reinaba Herodes, donde los judíos que gobernaban en Jerusalen no tenian autoridad alguna. Se guardaba de entrar en la Judea, donde habrian podido arrestarlo, porque sabia que querian hacerlo morir. No era ya el temor de la muerte el que detenia á Jesucristo en Galilea, pues deseaba morir por nosotros; sino que habia regulado el dia de su sacrificio, segun la voluntad de su Padre, y no queria prevenir los momentos. Habria podido dejarse ver en la Judea, y librarse de las manos de sus enemigos por medio de milagros; pero no queria servirse de este divino poder entre los judíos, sino para el alivio de los miserables; y quiso mas darnos aquí ejemplos de humildad, de paciencia, de prudencia y de sumision á la voluntad divina, que derramar milagros que no eran necesarios. Jesús refugiado en la Galilea no estaba escondido ni ocioso; recorria las ciudades y las campiñas, predicando y sanando en todos los lugares, y dándonos por todas partes ejemplos y pruebas de su santidad, de su caridad y de su celo. La Galilea, pues, era para Jesús un lugar de refugio y de trabajo, y al mismo tiempo de persecucion. Sus parientes verosímilmente le hablaron en el mismo lugar y en el mismo dia que los fariseos; los cuales, para hacerle salir de la Galilea, le habian dicho entonces que Herodes queria quitarle la vida. ¡Oh Jesús, qué cruel y qué injusta persecucion se levanta contra Vos! Vos edificais; Vos instruís por todas partes con un cuidado y con un celo infatigables; Vos colmais de beneficios todos los lugares por donde pasais; y con todo eso, por cualquier camino por donde enderezais vuestros pasos

no se habla de otra cosa que de haceros morir. Ministros y discípulos de Jesucristo, ¿podeis vosotros, despues de esto, lamentaros de las persecuciones que tan frecuentemente encontrais en el ejercicio de vuestro ministerio y en el cumplimiento de vuestras obligaciones?

2.° *¿En qué ocasion los parientes de Jesucristo le hacen esta proposicion?...* En la ocasion de la fiesta de los Tabernáculos... «Y estaba «próxima la fiesta de los judíos, llamada de los Tabernáculos...» Esta fiesta, la de la Pascua y la de Pentecostes, eran las tres grandes solemnidades de los judíos: se celebraban con octava, y cuando no caian en dia de sábado, tenia cada una tres dias festivos: esto es, el primer dia de la octava, el último, y el sábado que caia en el intermedio... El primer dia tomaba simplemente el nombre de la solemnidad, y se llamaba, por ejemplo, en esta solemnidad, la fiesta de los Tabernáculos, ó sea en griego, la fiesta de la *Scenopegia.* Esta caia el dia quince del séptimo mes del año de los judíos, que para nosotros seria cerca del principio de octubre [1]. Los otros dos dias festivos, ó sea las otras dos fiestas de esta solemnidad, son notadas aquí por san Juan; esto es, la fiesta de en medio y la última [2]. Esta solemnidad habia sido establecida en memoria de los tabernáculos, ó de las tiendas, bajo las cuales habian habitado los judíos por cuarenta años en el desierto [3], y para dar gracias á Dios por haberles dado casas en la tierra de promision... Nosotros estamos en este mundo como en un desierto, en que habitamos debajo de tiendas que no tienen firmeza, estabilidad ni duracion. ¡Ah! aspiremos continuamente á la tierra prometida del cielo, á la santa ciudad, la Jerusalen celestial, en que será fija y eterna nuestra habitacion.

3.° *¿Por qué motivo los parientes de Jesucristo le hacen esta proposicion?...* «Sus hermanos...» esto es, los parientes de Jesucristo, habiendo partido de sus casas para hallarse en Jerusalen en la fiesta de los Tabernáculos, y habiendo encontrado á Jesús en los confines de la Galilea... «Dijeron por tanto á él: pártete de aquí, y véte á la «Judea, para que tus discípulos vean tambien las obras que haces; «porque ninguno que busque ser aclamado del público hace sus «obras á escondidas: si tú haces estas cosas, date á conocer al mun- «do; porque ni aun sus hermanos creian en él...»

El primer motivo que hizo portarse de este modo á los parientes de Jesucristo fue la incredulidad... No creian en él, no lo miraban como Hijo de Dios y el Mesías prometido... Los parientes son por lo ordinario los menos dispuestos á reconocer los dones de Dios: son

[1] Levit. XXIII, 34. — [2] Joan. VII, 14, 37. — [3] Levit. XXIII, 43.

los enemigos mas peligrosos en el negocio de la salvacion, y los mas propios para dar consejos que aparten de la fe y de los caminos de Dios... El segundo motivo fue la ambicion... Aun cuando no creyesen en Jesucristo, y no lo mirasen como Mesías, no podian dejar de admirar las obras maravillosas que obraba, y querian sacar de ellas algun provecho. Deseaban que fuese con ellos, para que la gloria de sus obras redundase en honor suyo, y se tuviese con ellos mayor atencion... Los que tienen menos fe no son los menos atentos á aprovecharse, segun las miras de su ambicion y de su interés, de los dones de Dios, en los cuales por otra parte no creen; y justamente porque no creen tienen miras tan bajas y tan distantes del espíritu de la Religion. El tercer motivo fue la seduccion... La proposicion que hacen á Jesucristo sus parientes, para que salga de la Galilea, es tan semejante á la que le habian hecho los fariseos, bien que bajo diferentes pretextos, que cuási no se puede dudar que estos no se la hayan insinuado á aquellos, como mas claramente se verá en la respuesta del Salvador... Los que no tienen fe siempre se corrompen mas los unos á los otros, y por lo ordinario los mas simples son el blanco de los mas perversos... Reflexionemos á nosotros mismos. Ó Jesús, ¿creo yo firmemente en Vos? ¿tengo una verdadera fe? si la tuviese, ¿serian mis acciones como son? ¿tendria por ventura los discursos que tengo? ¿daria los consejos perversos que doy, y que he dado hasta ahora? ¿oraria de la manera que oro?

PUNTO II.

De la respuesta de Jesucristo á sus parientes.

Ella contiene las razones que le asisten para no ir con ellos, y hace ver á sus enemigos que conoce distintamente todos sus designios. Estas razones son las siguientes:

1.ª *La voluntad de Dios su Padre que lo detiene donde se halla presentemente*... «Y les dijo Jesús: No ha llegado aun para mí el tiempo; pero vuestro tiempo está siempre preparado...»

Esta es la respuesta que Jesucristo habia dado á los fariseos, diciéndoles que las funciones de su ministerio lo detenian aun por tres dias. Y hé aquí como este Hombre-Dios no tiene otra regla de su conducta que la voluntad de su Padre... Los que siguen solamente su propia voluntad están siempre dispuestos á todo lo que les puede ser de honor ó de gusto; pero no es así para el que consulta con Dios y con su deber. Jamás abandona este sus obligaciones, ó por una

fácil condescendencia para con los otros, ó por satisfacer á sí mismo. Su primer pensamiento es cumplir la obra que se le ha confiado, y despues consultar con Dios lo que le queda que hacer... ¡Dichosa dependencia que pone al alma en una verdadera libertad, y que hace santa la vida, y la llena de buenas obras, de virtudes y de méritos!

2.ª *El odio del mundo...* «Y sus parientes le decian: hazte cono«cer del mundo...» Querian decir en el gran mundo, en la capital, en Jerusalen; y Jesús les respondió... «No puede el mundo abor«receros á vosotros, pero á mí me aborrece, porque doy testimonio «de él, que sus obras son malas...»

Hé aquí el motivo porque aun hoy en dia aborrece el mundo las personas de bien, y los operarios evangélicos que cumplen con sus obligaciones... ¡Odio glorioso, y que debe ser nuestra consolacion! Y si es tal para con nosotros la disposicion del mundo, ¿por qué irémos en busca de este mundo? ¿por qué estarémos aun deseosos de obtener sus favores, su amor y su estima? Los que el mundo no puede aborrecer son los que como él no tienen fe, ó que hablan y obran como si no la tuvieran. ¡Ah! es una grande desventura el ser amados del mundo, y no poder ser aborrecidos. Desventura tanto mayor, cuanto que léjos de gemir muchos en ella, se glorian y se alegran esforzándose siempre mas para mantenerse en posesion de este favor, que al fin viene á ser la causa de nuestra condenacion.

3.ª *La conjuracion de los judíos para arrestarlo y hacerlo morir el primer dia de la solemnidad...* «Subid vosotros á esta fiesta; yo no «subo á esta fiesta porque no se ha cumplido aun mi tiempo...»

Tanto los parientes de Jesucristo, cuanto los fariseos, ni le habian hablado de Jerusalen ni de la fiesta; antes parece que afectasen el no hacer mencion de ella: los unos y los otros le hablaron solamente de salir de la Galilea, y volver á entrar en la Judea. Pero respondiendo Jesucristo á los fariseos, habia hablado de Jerusalen, y respondiendo á sus parientes, habla de la solemnidad que iban á celebrar en Jerusalen. ¿Por qué, pues, una tal conducta, sino porque en aquel dia cabalmente de solemnidad debia reventar el odio concebido contra él? Pero no se ha cumplido aun el tiempo: no ha llegado aun el tiempo de morir: su tiempo para salir de la Galilea é ir á Jerusalen no ha venido aun, no está cumplida aun su mision en la Galilea; en una palabra, no irá á esta fiesta el primer dia de la solemnidad. Si los fariseos tenian aun alguna duda sobre el partido que tomaria Jesús, ahora están ya iluminados. Si pueden aun dudar de que conocia sus conspiraciones, ven por lo menos que por es-

ta fiesta se han disipado, y que aquel que quieren perder no cae en la red que le han tendido... Adoro, ó Jesús, esta divina sabiduría que desconcierta á vuestros enemigos, y que me asegura que, cuando estos triunfaran de Vos, no será vuestra debilidad la que os hará ceder á sus esfuerzos, sino que será vuestro amor por mí el que os entregará en sus manos, y os condenará á la muerte cruel que ahora os preparan.

PUNTO III.

De los efectos que produce la falta de Jesús en Jerusalen el primer dia de la fiesta.

1.° *Diligencias de los judíos para encontrarlo...* «Dicho esto se de«tuvo en la Galilea; pero luego que se fueron sus hermanos, en«tonces fué tambien él á la fiesta, no públicamente, sino cuási de «oculto...»

Demoró Jesucristo, como habia dicho, tres dias aun en la Galilea, y dejó que se partieran sus parientes; despues se partió tambien él para ir á Jerusalen el dia de la fiesta que habia determinado. De hecho llegó allí, no ya con la multitud del pueblo de la Galilea y de la Judea que iban el primer dia, sino solamente con sus Apóstoles, y acaso con algunos de sus discípulos, y usando ciertas precauciones, como verémos aquí despues... «Ahora los judíos lo buscaban el dia «de la fiesta, y decian: ¿dónde está aquel?...» Lenguaje de desesperacion, cuando los malos no pueden hallar la ocasion que buscan para perder á los buenos. Lenguaje de triunfo, cuando han reducido los buenos á no atreverse ya á comparecer y á obrar. Lenguaje de insulto, cuando mirando la prudencia de los buenos como flaqueza, insultan la justicia de su causa, y toman de aquí ocasion para desacreditar la virtud y la Religion. Y ¡oh qué no dijeron en esta ocasion las cabezas de la conjuracion urdida contra Jesús, cuando vieron frustradas sus esperanzas! ¡Oh! ¡con qué impíos discursos no procuraron ellos recompensarse del éxito infeliz de su conspiracion!

2.° *Division de sentimientos acerca de Jesús...* «Y habia un gran «susurro de él entre las turbas. Porque los unos decian: él es bue«no; y los otros, no, que engaña al pueblo...»

Jesús era la materia ordinaria de todos los discursos; tanto entre el pueblo, cuanto entre los grandes, no se hablaba sino de él. Pero el pueblo no estaba tan generalmente corrompido como los grandes. Los unos decian: él es bueno; trabaja, predica, instruye, y edifica con su conducta. Los otros decian: no; engaña y pervierte el pue-

blo: todas estas apariencias edificantes no son otra cosa que imposturas; todos los trabajos que emprende, y todas las penas á que se sujeta, se dirigen solamente á engañar los pueblos, y á llevarlos tras sí... Así se hablaba de Jesucristo: así se hablará de sus discípulos hasta la fin del mundo. Los que tienen el corazon recto, que no están ciegos por sus pasiones ni por las de los otros, ven fácilmente la verdad. ¡Dichosos si tienen valor y constancia para mantenerse siempre unidos á ella!

3.° *Diferencia entre aquellos que estaban contra Jesús, y los que estaban á su favor*... Los primeros hablaban abiertamente y á cada momento contra él; y esta es aun ahora la costumbre de aquellos que combaten la piedad, la virtud, la fe y la Religion. Los segundos hablaban en su favor, sí, pero secretamente... «Pero ninguno «hablaba abiertamente de él, por miedo de los judíos.» Hé aquí el escándalo del mundo. ¡Ay de aquellos que se hacen temer de tal modo, que ninguno se atreva á mostrarse cristiano en su presencia! Y hé aquí por otro lado el escándalo de la Religion: ciertos cristianos, y aun aquellos que por su estado debian ser el apoyo y la defensa de sus hermanos, temen al mundo hasta hacer traicion á las obligaciones de la Religion.

Peticion y coloquio.

Ó Jesús, ¡cuán pocos hay aun hoy dia que estén á vuestro favor y que tengan valor para declararse vuestros discípulos! Sostenedlos, ó Señor, contra la tiranía del mundo; sostenedme á mí mismo, y haced que el temor de los hombres no me haga jamás olvidar lo que os debo. Amen.

MEDITACION CLXXI.

DE CUANTO SUCEDE EN EL TEMPLO CUANDO JESÚS COMPARECE Á LA SEGUNDA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

(Joan. VII, 14-24).

1.° Jesús en el templo responde al pueblo sorprendido de su ciencia; 2.° reprende á los judíos los designios que tienen de hacerlo morir; 3.° justifica la sanidad del paralítico obrada en el dia de sábado.

PUNTO I.

Jesús responde al pueblo sorprendido de su ciencia.

1.° *Admiracion de los judíos*... «Y al medio de la fiesta subió Je-«sús al templo, y enseñaba, y se maravillaban los judíos, y decian: «¿Cómo sabe este letras sin haber aprendido?...»

Habia Jesús regulado de tal manera su viaje, que llegó cerca de Jerusalen el viernes por la tarde, sin que alguno lo supiese ó lo advirtiese. El sábado, que dividia la octava de la solemnidad de los Tabernáculos, y que era su segundo dia festivo, ó sea la fiesta de en medio, compareció en el templo. En los tres ó cuatro dias desde que habia comenzado la solemnidad, y que ya ninguno esperaba verlo, habian tenido tiempo los espíritus para calmarse, y el furor de los fariseos para resfriarse; hallándose ya desconcertadas las medidas que habian tomado para arrestarlo al principio de la solemnidad. Luego que el pueblo vió á Jesús, corrió de tropel á cercarlo; y el divino Salvador, segun su costumbre, comenzó á instruirlo. En este grande auditorio, compuesto de diferentes pueblos venidos de la Palestina, se hallaba un gran número, principalmente de la Judea, y tambien de Jerusalen, que no habia oido jamás á Jesús. Quedaron enteramente sorprendidos al oirlo hablar con tanta gracia, con tanta sabiduría, con tanta fuerza y con tanta profundidad. ¿Quién sabe, se decian los unos á los otros, quién sabe de dónde ha sacado tanta doctrina este que jamás ha estudiado? ¿De qué fondo saca este todas las maravillas que salen de su boca? Así hablaban, ó sea porque no lo habian visto jamás en Jerusalen frecuentar los maestros y los doctores de la ley para tomar lecciones; ó sea porque los escribas y los fariseos habian tenido la advertencia de representarlo al pueblo como hijo de un artesano de Nazaret, sin estudio, sin letras, sin ciencias, y que no merecia ser escuchado. Tal ha sido siempre el artificio de los enemigos de la Religion, de no hablar de aquellos que

la sostienen, sino con extremo desprecio. Al oirlos, son ellos solos los que tienen talento, y que saben discurrir, hablar y escribir. Todo lo que hacen los otros es enfadoso, despreciable, insulso, sin método, sin estilo y sin garbo. ¡Ah! no nos dejemos sorprender de estas vanas declamaciones, y antes desconfiemos de los que hablan de los otros con tan universal desprecio.

2.° *Respuesta de Jesucristo...* El Señor para continuar su instruccion se aprovechó de la sorpresa de este pueblo, y tomó ocasion de descubrir á sus oyentes las cosas siguientes:

1.ª *El orígen de su doctrina...* «Les respondió Jesús, y dijo: Mi «doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado...» Esto es, esta doctrina que yo os predico como hombre, os la digo como enviado, y pertenece toda enteramente á aquel de quien yo he recibido mi mision. No soy yo hombre que la haya inventado ó perfeccionado; esta doctrina no es el fruto del estudio ni de la produccion del espíritu humano; yo no la he aprendido de mortales ciegos; la he recibido del que me ha enviado para comunicarla al mundo: yo la he sacado de mi Padre; nada le he quitado, nada le he añadido: yo os la doy tal cual la he recibido... Hé aquí el orígen de la doctrina cristiana: hé aquí lo que la hace sublime y verdadera: hé aquí lo que dice hoy en dia la Iglesia. Atiendan, pues, los sábios del mundo, los filósofos y grandes genios á fabricar sistemas, á amontonar objeciones sobre objeciones; ninguna cosa hay mas vana. La doctrina cristiana y católica no es un sistema humano: ella tiene por autor al Criador del universo, que se muestra en una manera tan impenetrable en la grande obra de la Religion, como en la de la creacion. ¡Qué suerte tan dichosa estar en un estado de poder conocer esta doctrina! ¡Qué reconocimiento no debemos tener por esto!

2.ª *La manera de conocer la divinidad de esta doctrina...* «El que «quisiere hacer su voluntad [1], conocerá de la doctrina si sea de Dios, «ó si hable yo de mí mismo...» Esta celestial doctrina no puede conocerse con disputar, con imaginar, con discurrir segun nuestro espíritu, y finalmente, con esforzarnos á penetrar lo que es superior á nosotros. Hay un medio de conocerla mas seguro y mas fácil, recogiéndonos en nuestro propio corazon, reprimiendo nuestras pasiones, y empezando por la práctica de la ley de Dios. Entonces se disipan las nubes, y aparece en su claro dia la verdad. ¡Ah! del corazon es y no del espíritu de donde nacen la impiedad, la irreligion, el cisma y la herejía.

[1] Esto es, la voluntad del Padre que me ha enviado.



3.ª *La consecuencia que se debe sacar de la declaracion hecha por Jesucristo*... «El que habla de sí mismo, busca su propia gloria; pe-«ro el que busca la gloria de aquel que lo envió, este es verdadero, «y no hay en él injusticia...» Debemos naturalmente desconfiar de aquel que anuncia sus propias invenciones y sus propios descubrimientos: el deseo que tiene de hacerse en esto honor, y de encontrar su propia gloria, puede engañarlo y empeñarlo en engañar á los otros. Sobre este principio, habria debido el mundo despreciar todos los novatores que hasta ahora han comparecido, bien léjos de escucharlos... Aquel es el ministro fiel y merece ser escuchado, que dice, yo no os enseño otra cosa que lo que enseña la Iglesia, y la doctrina que ella presentemente os propone, y de que soy únicamente el órgano, la ha enseñado siempre, siempre la ha conservado sin alteracion despues de haberla recibido de los Apóstoles, estos de Jesucristo, y Jesucristo de Dios su Padre. Es verdad que esta confesion es humilde, que no causa alguna admiracion, que no lleva tras sí secuaces, y no forma partido; pero un hereje, un novator, que no teniendo valor para decirse el autor del dogma que propone, se vende solamente por su restaurador, que declama contra la ignorancia de su tiempo, y que para hacernos encontrar la verdad quiere hacernos subir hasta los siglos mas remotos, á los siglos anteriores, en que le da gana de decir que ella se sepultó; este hereje, este novator busca su gloria, y hacerse honor con el descubrimiento nuevo, y hacer admirar su erudicion; pero esta misma vanidad que le hace hablar, y es causa de que tantos espíritus igualmente vanos se declaren en su favor, es la prueba de su error y el indicio seguro de su impostura, porque la Iglesia no puede cambiar doctrina; y el que no sigue la doctrina de la Iglesia de hoy, en vano se gloria de seguir la de la primitiva. Lo que dice aquí el Salvador tenia en su boca una fuerza invencible; porque si era verdad, como de hecho lo era, y como por sí mismos lo conocieron los judíos, que él no habia estudiado jamás, y si no queria sacar gloria alguna de su doctrina, reconociendo que toda entera pertenecia á quien lo habia enviado, no se podia sospechar en él falsedad, injusticia ni impostura, especialmente probando como probaba la divinidad de su mision con obras que no podian provenir de otro que del mismo Dios. ¡Ah! fortifiquémonos y consolidémonos siempre mas en la verdad que nos enseña la fe cristiana y católica.

PUNTO II.

Jesús reprende á los judíos el designio que habian formado de quitarle la vida.

1.° *Reprension de Jesucristo*... «¿Por ventura no os dió Moisés «la ley, y ninguno de vosotros observa la ley?...» Esto es, no me maravillo que vosotros esteis contra mí, que en todos mis designios, en todas mis obras, no tengo otra cosa en mira que la sola gloria de Dios que me ha enviado, y cuya doctrina os anuncio, supuesto que no teneis consideracion alguna por Moisés mismo, que vosotros haceis profesion de honrar como vuestro legislador. Él os ha dado una ley, pero ninguno de vosotros la observa. Bien léjos de observarla, haceis todo lo contrario de lo que ella os ordena. ¿Por qué buscais vosotros el quitarme la vida?... Su ley os manda defender los inocentes, y en vez de defenderlos los oprimís. No hay alguno entre vosotros que tan religiosamente y tan exactamente observe la ley como yo, y con todo eso vosotros maquinais secretamente mi muerte, como si yo fuese su transgresor. Yo soy inocente, vosotros nada teneis que echarme en cara, y no obstante esto poneis asechanzas á mi vida, por mas que la ley os prohiba el homicidio, y por mas que solo os dé derecho sobre los culpados. ¿Qué es lo que yo os he hecho? ¿qué razon os anima contra mí? ¿Por qué, pues, á las demás prevaricaciones de la ley quereis añadir tambien la de un atentado contra mis dias?... ¡Ay de mí! ¡á cuántas personas conviene esta reprension del Salvador! ¿Y no conviene, por ventura, tambien á nosotros? ¿No tenemos nosotros la ley, pero sin hacerla regla de nuestra conducta? ¿No tomamos antes bien de ella ocasion para juzgar, para censurar, para criticar y para condenar la conducta de otros, muchas veces inocente, mientras la nuestra es tan culpable? ¿No vamos, acaso, muchas veces aun mas léjos? ¿No llegamos al exceso y al colmo de la injusticia, de aborrecer y desear el mal, y aun de alegrarnos del que sucede á nuestros hermanos, y de buscar todas las ocasiones de hacérselo, como si todo esto no estuviese prohibido por la ley?...

2.° *Respuesta de los judíos*... «Respondió la turba, y dijo: tú es«tás endemoniado; ¿quién busca el quitarte la vida?...» Puede ser que estas palabras: *tú estás endemoniado,* no fuesen entre los judíos una injuria tan atroz como lo serian entre nosotros; pero de cualquier modo que se quieran moderar, se debe convenir que una tal

respuesta contiene en sí alguna cosa indecente y de injurioso en extremo. ¿Quiénes fueron los que entre todo este pueblo tuvieron el atrevimiento de darla? No fueron ciertamente los galileos, ni los otros extranjeros, que no podian saber cuanto sucedia en Jerusalen en órden á Jesucristo. Tampoco fueron aquellos mismos judíos que poco antes habian admirado la doctrina de Jesús. ¿Habrá sido, acaso, una parte del pueblo de Jerusalen, que no sabia los designios de los grandes de esta capital? Pero fuera de que los designios de estos eran demasiado públicos en Jerusalen para ser ignorados; ¿cómo este pueblo, que no habria creido ver en las palabras de Jesucristo sino un vano temor, habria puesto en su respuesta tanta amargura? Es, pues, mas probable que una tal respuesta se dió solamente por aquellos que se sentian culpados; que fuese dada de aquella parte del pueblo ya engañada, enemiga de Jesucristo, y vendida á la conjuracion de aquellos que buscaban hacerlo morir... ¿Y no es este el uso ordinario de los malvados, cuando vienen á ser descubiertos y revelados sus malignos designios, de reclamar con mayor altanería y temeridad, y de acusar con mayor fuerza á aquellos que los conocen mejor; de rebatirlos con audacia con mayores acusaciones; de cargarlos de injurias y de ultrajes, y de imputarles á delito su misma penetracion y sus mismas quejas? Con este artificio los enemigos de Jésucristo vinieron con el tiempo á revolver contra él el odio del pueblo, de quien ellos mismos hubieran sido la víctima si el pueblo no hubiera creido ciegamente á su descaro y á su constancia en acusarlo. Sea como se fuese, Jesucristo habia previsto el ultraje; lo sufrió en silencio, y continuó á instruir el pueblo... ¡Oh cuántas virtudes! ¡cuántos ejemplos nos deja que admirar aquí Jesucristo!...

PUNTO III.

Jesús justifica la sanidad del paralítico obrada en el dia de sábado.

1.° *Autenticidad del milagro...* «Respondió Jesús, y les dijo: Hi«ce una obra, y todos os maravillais...» Esto es, yo sé muy bien que se procura excusar todo designio injusto y toda mala intencion. Vosotros quereis perderme, porque ha ya tiempo que en vuestra presencia hice aquí una obra que os pareció una transgresion de la ley. Sané un paralítico; le mandé caminar, y tomar su lecho, y llevárselo á su casa. He obrado este milagro en un dia de sábado; veis aquí mi delito; veis aquí lo que entre vosotros me hace odioso; pero para desvanecer vuestras prevenciones, y haceros comprender que na-

da he hecho que no sea segun órden, solo quiero que me oigais, poniéndoos á vosotros mismos por jueces, y veréis si mi accion es un delito, ó si vosotros no os servís de un falso pretexto para cubrir y colorir vuestra pasion... ¡ Ah! la sanidad instantánea de un paralítico de treinta y ocho años, obrada por Jesucristo con sola una palabra, era un milagro incontrastable, cuya fuerza no podia disminuirse por la circunstancia del sábado quebrantado, y que habria debido ser para los judíos una prueba decisiva de la verdad de las palabras de Jesucristo, si en materia de religion pudiese haber algo de decisivo contra la prevencion del espíritu, sostenida por las pasiones del corazon; pero cuando una persona está determinada á no ceder en nada, encuentra siempre que oponer y que contrastar; y en el espíritu del pueblo crédulo basta una circunstancia y una cosa de nada que se sepa exagerar y hacer valer por inteligentes engañadores, para hacer desaparecer las razones mas sólidas y los hechos mas verificados.

2.° *Respuesta de Jesús á la objecion tomada de la circunstancia del sábado...* «Por esto Moisés os dió la circuncision, no porque ella «venga de Moisés, sino de los Patriarcas; y circuncidais al hombre «en sábado. Si recibe el hombre la circuncision en sábado, por no «quebrantar la ley de Moisés, os indignais conmigo porque he cu-«rado todo un hombre en sábado...» Esto es: si por observar la ley de la circuncision no os creeis obligados á observar tan exactamente el dia de reposo, y antes, léjos de escrupulizar, mirais como un acto de Religion circuncidar sin dilacion uno de vuestros hijos, si acaso ocurre que el octavo dia despues de su nacimiento cae en sábado, ¿por qué me condenais, como si haciendo una obra de caridad hubiese quebrantado este precepto? La circuncision sin duda merece un particular respeto, porque es mas antigua que el mismo Moisés: él la encomienda, no como una simple ceremonia de la ley, sino como un sacramento instituido desde el tiempo de Abrahan, y llegado al de este Patriarca por tradicion; pero las obras de caridad son de la ley natural, la primera y la mas indispensable de todas las leyes. La ley de la misericordia, que me ha hecho obrar la sanidad del paralítico, es una ley de Dios mas antigua que Moisés y que Abrahan. ¿Por qué, pues, esta sanidad, obrada con una sola de mis palabras en el dia de sábado, pasará por un sacrilegio, mientras que la circuncision que en este dia se recibe, y que antes de hacerla requiere preparativos, exige la accion en hacerla y cuidados despues de haberla hecho, no es opuesta á las leyes del re-

poso?... Pero ¿cómo una objecion tan opuesta á las luces de la razon y á las reglas de la equidad, destruida tan frecuentemente y tan sensiblemente, podia aun hacer impresion en el pueblo? ¡Ay de mí! todos nosotros somos pueblo; la calumnia, para hacerse creer, no necesita otra cosa que de arrogancia y de constancia.

Conclusion... Regla para juzgar bien... «No juzgueis segun la «apariencia, sino juzgad con justo juicio...» Aquello que se dice ¿está probado? ¿está fundado? ¿es tambien verosímil? Esto es puntualmente lo que no se examina. ¿Y quién es el que lo dice? ¿Contra quién se ha dicho esto? Hé aquí la regla que nosotros seguimos. Nos dejamos engañar de la reputacion, del nombre, de la esfera, del crédito, de la riqueza, de la multitud, y de todo lo que es exterior. Un tono de seguridad, un cuento circunstanciado, una apariencia de ingenio, ó un estilo deleitable nos engañan: nos dejamos llevar de nuestro corazon, y principalmente de nuestros odios, de nuestras prevenciones y de nuestros celos. De estos contra aquellos todo nos parece bueno y creible: cámbiense los personajes, y entonces harémos juicios del todo contrarios. Estas son las reglas que nosotros seguimos en nuestros juicios; reglas opuestas á la que Jesucristo nos ha señalado, y que nos hacen precipitar en mil culpas, no solo contra la caridad, sino tambien muchas veces contra la fe.

Peticion y coloquio.

¡Ah! haced, ó Dios mio, que yo reforme mis juicios, y que en adelante juzgue solamente *con juicio recto,* y no *segun la apariencia:* ó si yo mismo soy la víctima de los falsos juicios de los hombres, haced que con Vos me consuele, ó Redentor mio, que tambien habeis querido serlo para servirme de ejemplo. Concededme reconocer, creer y practicar la doctrina que habeis recibido de vuestro Padre, que por medio de vuestra Iglesia me enseñais, y que me debe conducir á Vos... Amen.

MEDITACION CLXXII.

FIN DE LO QUE SUCEDIÓ EN EL TEMPLO CUANDO JESUCRISTO COMPARECIÓ LA SEGUNDA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

(Joan. VII, 25-36).

Consideremos: 1.° los discursos de los habitadores de Jerusalen; 2.° la respuestá que les da Jesús; 3.° el discurso del pueblo; 4.° las palabras que Jesús le dirige; 5.° la interpretacion que los judíos dan á estas palabras.

PUNTO I.

Discursos de los habitantes de Jerusalen.

1.° *Observemos su declaracion...* «Decian por tanto algunos de «Jerusalen: ¿no es este aquel que buscaban para matarle?...» Se sabia, pues, en Jerusalen que las cabezas de la Sinagoga y los de su conspiracion buscaban á Jesucristo para quitarle la vida: su animosidad era conocida, y sus designios no eran ya un secreto. No obstante esto, cuando Jesucristo les hace cargo y les pide la razon, todo lo niegan con descaro: ultrajan al que solo quiere justificarse, y acusan al mismo como culpado y poseido del demonio, solamente por haber formado una sospecha tan injuriosa... ¡Oh abuso de malicia! no eres tú impenetrable á los ojos de los hombres sensatos y tranquilos, ¿cómo, pues, lo serás á los ojos de Dios? Ó Jesús, Vos sois el que se busca: Vos sois el que quieren hacer morir, y no se os permite siquiera lamentaros. ¡Ah! ¿de qué me podré yo lamentar?

2.° *Observemos su respuesta...* «Y hé aquí que habla públicamente, y nada le dicen; ¿han reconocido, acaso, los príncipes «que este es el Cristo?...»

¡Ah! no era esta la causa de su silencio: era, sí, el que á la presencia de un pueblo desinteresado y equitativo no se atrevian á comparecer delante de aquel que tan frecuentemente les habia quitado la máscara y los habia confundido: esparcir contra él falsos rumores; cargarlo de calumnias en su ausencia, y buscar las ocasiones de arrestarlo para tenerlo en su poder, estos eran sus manejos, y esto es lo que aun hoy dia hacen los enemigos de su nombre y de su Iglesia. Asaltan por todas partes la Religion, y ninguno de ellos comparece. Se dejan ver sus defensores, se conocen, pero se esconden sus enemigos... Interpretaciones calumniosas, fingidas anécdotas, fábulas diestramente esparcidas y de que se ignora

la fuente, anotaciones impertinentes y descaradas á los libros que llevan títulos sagrados ó morales ó políticos, y puestas en ellos con estudio para inducir aun á los simples á leerlas, libelos anónimos y razonamientos falsos é inconsiguientes, mil veces destruidos y siempre repetidos; hé aquí lo que se ve, hé aquí lo que se oye. Pero ¿dónde están los que tiran estos golpes á la Religion? Poquísimos tienen la desvergüenza de comparecer y de hacer ver en la frente su nombre; por la mayor parte se están en las tinieblas, de las que no se atreven á salir, y si se tienen fundadas y racionales sospechas sobre alguno de ellos, este todo lo niega, todo lo desaprueba. Estos por cierto son los incógnitos maestros que se siguen con placer, estos los conductores ciegos de quienes muchos se dejan guiar.

3.° *Consideremos el error de los habitantes de Jerusalen...* «Pero «este sabemos de dónde es, y cuando viniere el Cristo, ninguno sa«be de dónde sea...»

Esta idea del pueblo podia fundarse sobre el texto de Isaías [1]: «*La generacion de él ¿quién la explicará?...*» Pero si el Cristo debia tener como Dios una generacion eterna é inefable, debia tambien tener una como hombre, la cual debia ser conocida, pues, segun los Profetas, debia ser hijo de Abrahan, de la tribu de Judá, de la familia de David, y nacer en Belen... Pero cuando alguno se arroga el derecho de interpretar la santa Escritura sin consultar, y de decidir de las materias de Religion sin ser capaz de examinar á fondo las cosas, no puede dejar de errar, y el yerro es tanto mas obstinado, cuanto nace de la presuncion, y es sostenido por el orgullo.

PUNTO II.

Respuesta de Jesús.

Jesús en su respuesta nos hace conocer tres misterios:

1.° *La verdad de Dios su Padre...* «Alzaba, pues, Jesús la voz «enseñando en el templo, y diciendo: Y me conoceis, y sabeis de «dónde soy: y no he venido de mí mismo. Pero es verdadero aquel «que me ha enviado, á quien vosotros no conoceis...»

Dios es la eterna, esencial y sustancial verdad, y sobre ella está fundado todo el edificio de la fe. Dios ha prometido un Salvador al mundo, y lo ha enviado en el tiempo señalado, y con todas las circunstancias anunciadas por los Profetas, y ha confirmado esta mision con obras que no pueden venir sino de él, y que no pueden

[1] Isai. LIII, 8.

por consiguiente atestiguar sino la verdad. Jesús Hijo de Dios, enviado de Dios, ha enviado sus Apóstoles, les ha prometido estar con ellos hasta la fin del mundo, y que las puertas del infierno no prevalecerian jamás contra la Iglesia; con que todo lo que la Iglesia nos enseña como de fe, es, segun Jesucristo, la verdad de Dios mismo. Los judíos que no reconocen la mision de Jesucristo, los cismáticos que se han separado de su Iglesia, los herejes que no creen lo que ella enseña, dicen, es verdad, que conocen á Dios; pero no conocen realmente á este Dios de verdad. Nosotros, que no tenemos otra fe que la de la Iglesia, si nos engañásemos, seria Dios mismo el que nos engañaria; y así como estamos ciertos que este Dios de toda verdad no puede engañarnos, debemos estar seguros de nuestra fe, y prontos como nuestros padres á morir por ella. Pero ¿son estos nuestros sentimientos?

2.° *Jesucristo nos hace conocer su generacion eterna*... «Pero yo lo «conozco, porque soy de él...»

Jesucristo, como Dios, es la segunda persona de la santísima Trinidad que procede del Padre, por via de generacion, y su Hijo, su Verbo, su sustancial conocimiento, verdadero Dios de Dios verdadero [1], haciendo con su Padre y con el Espíritu Santo un solo y un mismo Dios. Generacion inefable é incomprensible que solo Jesucristo conoce, porque él es su Hijo adorable. ¡Oh qué profundidad, qué riquezas, qué esperanzas, qué delicias descubren en este misterio las almas puras al meditarlo, bien que no lo comprendan!

3.° *Jesucristo nos hace conocer su mision temporal*... «Pero yo lo «conozco, porque de él soy, y él me envió...»

Esta mision es la encarnacion del Verbo con todos los efectos que resultan de ella. Jesucristo es el Verbo encarnado, verdadero Dios y verdadero hombre, una sola persona, que es la del Verbo. Nosotros lo tenemos todo en Jesucristo y por Jesucristo, y Dios Padre, enviándonoslo y dándonoslo, nos lo ha dado todo... ¿Qué idea debemos nosotros tener de Jesucristo? ¡Ah! tenia bien razon el santo Precursor en decir que él no era digno de desatar la correa de su zapato. Mi Salvador es hombre como yo; pero es Dios como su Padre. ¿Quién jamás, fuera de él, podia enseñarnos estos misterios? Por esto alza la voz en el templo para enseñárnoslo, sin temor de la conjuracion de los que lo buscan, y sin retraerse por la indocilidad de los que lo escuchan... Alzad aun esta voz, ó Dios mio; hacedla oir á todos los pueblos de la tierra, y todas las naciones os adoren;

1 Symb. Nicæn.

hacedla oir á mi corazon : ya cree él estas verdades, hacédselas gustar ; haced que penetrado de ellas os manifieste los sentimientos de respeto, de reconocimiento y de amor que le deben inspirar estos grandes misterios.

PUNTO III.

Discurso del pueblo.

1.° *De la inaccion de los malévolos...* «Procuraban por esto el «prenderlo; pero ninguno le puso encima las manos, porque su «hora no habia llegado todavía...»

Cási todos sabian que los príncipes de la nacion y las cabezas de la Sinagoga, los magistrados, los doctores, los escribas y fariseos buscaban la ocasion de hacer arrestar á Jesús, y que les habrian hecho un grande servicio con entregarlo en sus manos; en el auditorio no faltaban personas dispuestas para ejecutar este designio, y acaso los fariseos estaban esperando que alguno lo haria; pero ó sea que los malvados temiesen al pueblo, ó sea que estuviesen sobrecogidos de la presencia y de los discursos de Jesús, ninguno se atrevió á ponerle encima las manos, *porque su hora no habia llegado todavía*. Nada podian contra Jesús sus enemigos, sino cuando él queria; y no lo queria, sino en el tiempo y en la manera que habia regulado su Padre. ¡Ah! estemos unidos á nuestra cabeza, esperemos como él los momentos de Dios nuestro Padre, sometámonos á su santa voluntad, y nada temamos bajo la proteccion de su omnipotencia.

2.° *De la fe del pueblo...* «Pero muchos del pueblo creyeron en «él, y decian: El Cristo, cuando venga, ¿hará, por ventura, mas «prodigios que los que este hace?...»

Este razonamiento del pueblo era simple y concluyente, y cortaba todas las dificultades. Los que lo hacian habian visto muchos milagros de Jesucristo, y habian oido contar una multitud de otros de los que habian visto, y acaso de aquellos mismos sobre quienes los habia obrado... Así, cualquiera que considere sin pasion la religion cristiana, su historia, sus dogmas y su moral, los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, viendo esta union de todos los tiempos, este testimonio de todas las naciones, este encadenamiento de hechos, esta conducta y esta divina sabiduría superior á toda fuerza y á toda prudencia humana, ¿podrá no reconocer que Dios solo es el autor?

3.° *Del furor de los fariseos...* «Oyeron los fariseos estos susur-

«ros que habia en el pueblo, en órden á él; y enviaron los fariseos «y los príncipes *(de los sacerdotes)* los ministros para que lo pren-«diesen...»

Estos discursos que se esparcian como en voz baja entre el pueblo llegaron á las orejas de los fariseos, y quedaron espantados; y en vez de rendirse á un razonamiento tan plausible, ó de presentarse á lo menos para combatirlo, corrieron á dar parte de él á los príncipes de los sacerdotes, y todos juntos determinaron hacer arrestar á Jesucristo. El divino Salvador, que no podia ignorar las andanzas de sus enemigos y sus movimientos para asegurarse de su persona, y las órdenes dadas para este efecto, se aprovechó de este intervalo de tiempo para dejar que sus oyentes no penetrasen que conocia el atentado que actualmente se meditaba contra él, y para apartarse de sus pesquisas, no queriendo prevenir la hora señalada por su Padre, ni hacer milagros para librarse de las manos de sus enemigos. ¡Qué ceguedad, qué furor por una parte! y por otra, ¡qué bondad, qué dulzura, qué paciencia, qué humildad!

PUNTO IV.

Palabras de Jesús enderezadas al pueblo.

1.° *Jesús predice su próxima muerte*... «Les dijo, pues, Jesús: «Por poco estoy aun con vosotros; y voy á aquel que me envió...»

Era de suma importancia para los judíos el aprovecharse de aquel poco tiempo que habia de estar Jesús con ellos. ¡Ah! ¿es, por ventura, menos importante para nosotros el aprovechar bien el tiempo, durante el cual está este mismo Jesús con nosotros como Salvador, y despues del cual será nuestro Juez? ¡Ay de mí! si comprendiésemos bien cuán breve es este tiempo, no lo perderíamos inútilmente; no dilataríamos nuestra conversion y nuestra santificacion; no nos causarian sentimiento los objetos de que conviene despegarse, ni temeríamos la pena que esto nos debe costar.

2.° *Jesús predice á los judíos sus vanas pesquisas*... «Me busca-«réis, y no me encontraréis...»

Despues que Jesucristo subió á los cielos, los judíos incrédulos lo han buscado como persona privada, haciendo todos sus esfuerzos para abolir su nombre y su memoria, y para destruir su Iglesia; pero no han podido salir con ello: lo han buscado, y lo buscan aun ahora como Mesías, esperando el Libertador prometido que no han querido reconocer cuando lo han tenido. Lo llaman, lo invocan en

la larga esclavitud que sufren, y en el exceso de las calamidades donde están oprimidos; pero buscan y esperan en vano otro libertador, fuera de aquel mismo que han crucificado. Tales son los vanos esfuerzos del impío contra Jesús; tal es la vana esperanza del pecador, el cual querria salvarse por otro camino que por el de la cruz y por la renuncia de su pecado, y querria pasar toda su vida en su desórden, mantenerle siempre el afecto hasta la muerte, y encontrar despues un Salvador propicio en vez de un Juez severo é inexorable... ¡Ah! busquemos á Jesús mientras podemos y de la manera con que puede ser hallado. ¡Ay de mí! él mismo nos busca y se ofrece á nosotros, no lo desechemos; de otra manera, vendrá el tiempo en que lo buscarémos en vano.

3.° *Jesús predice á los judíos su impenitencia final...* «Y donde yo «estoy, no podeis vosotros venir...»

Jesús, como Dios, estaba en el cielo y en el seno de su Padre: Jesús, como hombre, gozaba aun en esta vida de la vision beatífica; cosa que no pudieron obtener sus mas amados discípulos, sino despues que murieron [1]. Jesús, como hombre, debia despues de su resurreccion subir al cielo, y allí sentarse á la diestra de su Padre; allí iba él, allí lo debia conducir su pasion, y allí irán despues de la muerte para vivir y reinar con él eternamente sus siervos fieles que morirán en su gracia [2]. Cuando, al contrario, los judíos incrédulos, igualmente que los pecadores que morirán en su pecado, jamás podrán ir allí [3]. ¡Cuán deseable eres tú, ó muerte, en la gracia de mi Dios! ¡Oh muerte en el pecado, cuán terrible eres! ¿Cómo, pues, es posible ¡ay de mí! que la mayor parte de los hombres nada trabaje para obtener la primera, y que emprenda sin temor todo cuanto puede conducirlos á la segunda?

PUNTO V.

Discursos de los judíos.

Lo 1.° *Consideremos en sus discursos un espíritu de ligereza y de disipacion...* «Decian por esto entre sí los judíos: ¿dónde, pues, irá «este que nosotros no lo encontremos?...»

Despues de haberles hablado Jesucristo, se retiró del templo, y los abandonó á sus propias reflexiones; pero en lugar de reflexionar útilmente sobre sí mismos, sobre su indocilidad, sobre su endurecimiento, sobre los castigos que merecian y de que estaban

[1] Joan. XIII, 33. — [2] Joan. XII, 26. — [3] Joan. VIII, 21.

amenazados, y en lugar de aprovecharse de los primeros rayos de fe que habian comenzado á resplandecer á sus ojos, se entretuvieron solamente en hacer infructuosos comentarios sobre lo que poco antes habian oido á Jesús. ¿Dónde, pues, irá él? iban diciendo entre sí mismos. ¿Dónde se esconderá que nosotros no podrémos hallarlo?... ¡Ah! guardémonos de hacer semejantes comentarios á las palabras de Jesucristo: pasemos sobre lo que ellas pueden tener de oscuro ó de difícil: evitemos todas las preguntas curiosas é inútiles: busquemos solamente nuestra instruccion, nuestra edificacion, nuestra enmienda y nuestro adelantamiento en la virtud.

Lo 2.° *Consideremos en el discurso de los judíos un espíritu de malicia y de envidia*... «¿Andará, por ventura, entre las naciones dis«persas, y predicará á los gentiles?...»

No, judíos ciegos, no; no andará: y vosotros no suponeis en él una tal intencion por otra cosa, que por hacerle de eso un delito; pero vendrá un dia en que vuestra indocilidad obligará á sus Apóstoles á andar á esas naciones; y vosotros bien presto, despues de vencidos y echados de vuestra heredad, os veréis obligados á ir á mostrar á las naciones de que seréis el oprobio la enormidad de vuestro delito y la perpetuidad de vuestro castigo. ¡Ah! y cuántos de estos espíritus malvados y envidiosos se ven que ni quieren ellos aprovecharse de las instrucciones que se les dan, ni sufren que se aprovechen otros! Á sus ojos es un delito que un hombre apostólico sea infatigable en hacer á todos bien, y que le sean agradecidos.

Lo 3.° *Observemos en el discurso de los judíos un espíritu de befa y de desprecio*... «¿Qué hablar es este que él tiene: me buscaréis, y «no me encontraréis; y donde yo estoy no podeis vosotros venir?...»

Es muy verosímil que los judíos, solo por burlarse de Jesucristo y por una especie de insulto, repitiesen sus palabras, y anduviesen diciendo los unos á los otros: ¿qué quiere, pues, decir este? ¿Qué modo de hablar es este que tiene? ¿Quién podrá comprender un discurso semejante? ¿Qué sentido tienen estas palabras? Podemos mirar como el último grado de obstinacion y ceguedad aquel espíritu de burla que hace que el pecador, no comprendiendo las cosas de Dios, ponga en ridículo los misterios mas adorables, y tome á juego con insolencia las mas terribles amenazas de que él mismo debe ser un dia la víctima eterna.

Peticion y coloquio.

¡Ah! Señor, léjos de hacerme culpable de semejantes blasfemias,

estaré siempre léjos de oirlas; y si por mi desgracia viniese á quebrantar vuestra ley, no me dejaré llevar á este colmo de maldad y de impiedad, de insultar vuestra suprema majestad, y de cerrarme todos los caminos que llevan á vuestras misericordias. ¡Ah! preservadme, ó Dios mio, de aquella terrible amenaza, de aquel juicio preventivamente pronunciado contra los judíos ciegos y obstinados en no querer conoceros, y concededme la dicha de ser fiel á vuestra gracia, *de creer vuestras palabras*, y de practicar vuestros santos mandamientos. Amen.

MEDITACION CLXXIII.

JESÚS COMPARECE DE NUEVO EN EL TEMPLO EL ÚLTIMO DIA DE LA FESTIVIDAD.

(Joan. VII, 37–39).

1.° Atendamos el discurso que hace Jesucristo; 2.° meditemos la explicacion que hace de él el Evangelista; 3.° observemos la razon que alega el Evangelista de no haber dado aun el Espíritu Santo.

PUNTO I.

Discurso de Jesucristo.

Lo 1.° *Del celo que Jesucristo muestra en este discurso*... «Y en el «último dia de la fiesta se estaba Jesús en pié, y en alta voz de«cia...»

Habian los príncipes de los sacerdotes dado las órdenes necesarias para arrestar á Jesucristo la segunda fiesta de los Tabernáculos; pero los ministros de justicia habian llegado al templo, cuando el divino Salvador ya habia salido de él. En el dia siguiente y en los demás, que no eran festivos, no compareció Jesús, y como no se sabia el lugar donde se hubiese retirado, fue necesario esperar al último dia de la solemnidad, que era entre los judíos el mas grande de todos. Jesús no dejó de ir, é igualmente fueron tambien aquellos que lo debian arrestar; pero su celo animado del gran concurso del pueblo no tuvo miedo de la violencia de sus enemigos. Entró con una noble y majestuosa intrepidez, se estuvo en pié, alzó la voz, habló con autoridad, y todo el mundo lo escuchó en silencio... Hablad ahora á mi corazon, ó divino Jesús; habladle en alta voz, porque está léjos de Vos; reina en él el estrépito y el tumulto, se sienten dentro de él mil voces confusas; alzad Vos la vuestra, Señor, callen todas las otras,

y si en él teneis Vos aun enemigos, echadlos fuera, ó reducidlos al silencio. Escucha, alma mia, las palabras de tu Salvador, ya que él se digna de instruirte y de manifestarte su amor.

Lo 2.° *Del convite que Jesús hace en este discurso*... «Decia, si al-«guno tiene sed, venga á mí, y beba...»

¡Ay de mí! ¿qué cosa es esta tierra, sino un seco desierto y un terreno ardiente, cuyos habitadores todos están atormentados de una sed cruel que nada puede apagarla? Dad una ojeada á todos los trabajos á que se dan los hombres: solo por apagar la sed que los abrasa están en un tal continuo movimiento. ¡Insensatos! ¿dónde correis? ¿No os desengañará jamás vuestra experiencia? Los objetos tras que correis, las aguas cenagosas y envenenadas que vosotros bebeis, bien léjos de aliviar vuestra sed, sirven mas bien para irritarla y para atormentarla siempre mas. ¡Ah! bien lo he experimentado yo mismo; pero, alma mia, vuelve, vuelve á tu Salvador, vuelve á aquella fuente inexhausta de aguas puras y vivas, que solas pueden, no solo aligerar tu tormento y hacerte desabridos todos los bienes y placeres de la tierra, sino tambien colmarte de santas delicias y llenarte de bienes infinitos. Sí; el interior recogimiento, la union con Jesucristo, la meditacion de sus misterios y la participacion de sus Sacramentos son las fuentes únicas y abundantes en que podemos calmar plenamente nuestra sed y hallar la verdadera felicidad. ¡Ah! ¿por qué no bebemos de ellas? Nos convida el mismo Jesucristo.

Lo 3.° *De los bienes que Jesucristo promete en este discurso*... «El «que cree en mí, brotarán (como dice la Escritura) de su seno rios «de agua viva [1]...»

Creyendo y por medio de la fe se va á Jesucristo. Cuanto mas viva es la fe, tanto mas nos acercamos á él, y á la medida que la fe se disminuye, nos vamos alejando de él... Por esto si queremos saber cuál sea nuestra fe, juzguémoslo de lo que ella obra... Á los que van á Jesús con una fe viva y con una sed ardiente de su salud y de su perfeccion les promete el Salvador hartarlos y llenarlos con tal abundancia, que ellos mismos vendrán á ser para los otros una fuente de gracias, de edificacion y de salud. Esto es cabalmente lo que se ha visto en los Santos, y esto es lo que vemos en las almas fervorosas, cuyos entretenimientos están todos llenos de Dios, y cuyos discursos se derraman como rios abundantes que fecundan los corazones, y producen en ellos frutos de conversion, de fervor y

[1] Isai. XLIV, 3; LVIII, 11.



de perfeccion. ¿Somos nosotros de este número? ¿Y por qué no lo somos?

PUNTO II.

Explicacion que da el Evangelista al discurso de Jesucristo.

«Ahora, esto lo dijo en órden al espíritu que habian de recibir «los que creian en él; porque no habia sido dado aun el Espíritu...»

1.° *¿Cuál fue el tiempo en que recibieron el Espíritu Santo los que creian en Jesucristo?...* Fue el dia de Pentecostes: cincuenta dias despues de la resurreccion del divino Salvador, y diez dias despues de su ascension. Este término no estaba léjos; debia llegar antes que se acabase el año. De esta manera Jesucristo, con positivas predicciones, bien que envueltas en figuras, disponia los corazones á una fe perfecta.

2.° *¿Cuál es el tiempo en que nosotros, que creemos en Jesucristo, recibimos el Espíritu Santo?...* Lo recibimos en una manera particular en el sacramento de la Confirmacion; y esto no impide que lo recibamos tambien en el Bautismo y en todos los otros Sacramentos, porque todo lo que se hace en la Iglesia, todos los misterios de Jesucristo, todo se hace por operacion del Espíritu Santo.

3.° *¿En qué manera no se habia dado aun el Espíritu Santo?...* No habia venido, ni se habia dado con la magnificencia y majestad de un Dios, y con las señales sensibles de su divina Persona. No se habia dado aun con aquella abundancia de dones, de luces y de fuerzas para obrar milagros y enseñar toda verdad, y para cambiar en un instante los hombres en hombres nuevos. Bien que hayan cesado las señales y los dones, porque ya no son necesarios, no dejamos por eso de participar de la misma comunicacion del Espíritu Santo que recibieron los Apóstoles. Aun hoy dia el Espíritu Santo da á los sacerdotes mayor potestad; y enseña á los simples fieles mayor abundancia de verdades de lo que jamás se hayan comunicado á los Patriarcas y á los Profetas. ¡Ah! para hacernos santos no nos falta otra cosa que pensar y reflexionar en la sublimidad de nuestro estado, consultar al Espíritu Santo que hemos recibido, y dejar que él mismo gobierne nuestro corazon. ¡Ay de mí! ¡de qué culpa somos reos, si no lo hacemos!

PUNTO III.

Razon que alega el Evangelista porque no habia sido aun dado el Espíritu Santo.

«No se habia aun dado el Espíritu Santo, porque no habia esta-«do aun glorificado Jesús...»

¿Por qué razon no se dió el Espíritu Santo sino despues que Jesucristo fue glorificado? Podemos para nuestra edificacion considerar muchas razones, tomadas de cada una de las tres Personas de la santísima Trinidad.

1.ª *Razon tomada del Padre y de la divina economía de sus designios...* Dios ha querido dar un Salvador á los hombres, y se lo ha prometido desde el principio del mundo. Ha querido que el cumplimiento de esta grande promesa fuese largo tiempo esperado por muchas generaciones; que la venida de este Salvador fuese despues anunciada por medio de figuras; que su vida, sus acciones, sus cualidades fuesen ordenadas, y que fuese señalado y predicho por los Profetas el tiempo de su venida, y finalmente, que él mismo compareciese como Hijo de Dios; que enseñase y cumpliese todo aquello que de él estaba predicho, y despues que fuese recibido en el seno de la gloria, antes de enviar el Espíritu Santo á los hombres para darles la inteligencia de todos los caminos de Dios, de todos los misterios y de todas las verdades de la religion revelada. En una palabra, todo debia estar cumplido antes que el Espíritu Santo viniese á enseñar todas las cosas.

2.ª *Razon tomada de parte del Hijo, de su santa humanidad, y de la constitucion de su cuerpo místico.* En Jesucristo hay una persona sola, que es la segunda de la santísima Trinidad; pero tiene dos naturalezas. Por la divina, es con el Padre el principio de que procede el Espíritu Santo, por la humana ha venido á ser nuestra cabeza y nuestro Redentor, y por su muerte ha satisfecho por nuestros pecados, y nos ha merecido los dones del Espíritu Santo: se necesitaba que todo fuese cumplido, y que Jesucristo, segun su humanidad, fuese á la gloria del Padre para enviar solemnemente su espíritu, y comunicarlo á todos sus miembros.

3.ª *Razon tomada de parte del Espíritu Santo...* La comunicacion del Espíritu Santo á los hombres era el precio de la obediencia de la muerte y de los méritos del Hijo de Dios hecho hombre. En vista de estos méritos, la Iglesia de Jesucristo lavada y purificada en

su sangre venia á ser la esposa del Espíritu Santo. Este Santo Espíritu habia comenzado á formarla desde los primeros dias del mundo. Habia instruido á los Patriarcas, dictado su ley é inspirado á los Profetas. Cumplidos los tiempos para la venida del Salvador, previno con sus dones la Madre que lo debia llevar, formó en su seno la santa humanidad que nos debia salvar, le dió la union de la divinidad, y sobre él reposó á la vista del Precursor que habia santificado. Luego que la sangre del Cordero de Dios hubo purificado la tierra, y este divino Redentor entró en el cielo á la diestra de su Padre, entonces solamente convenia que el Espíritu Santo hiciese con la Iglesia aquella alianza solemne, por la que se empeñaba á no abandonar jamás á aquellos que creyesen en Jesucristo, aquellos que se viniesen ó sucediesen en aquella sociedad de hombres reconocidos por discípulos de Jesús, y á la cual, bajando visiblemente sobre ellos, imprimia el sello de su verdad, de su amor y de su divinidad... ¡Qué felicidad vivir en estos dichosos dias en que vemos cumplidos todos estos misterios, y en que gozamos de ellos con seguridad y con abundancia!

Peticion y coloquio.

Ó gran Dios, ¡cuán admirables son vuestras obras! os adoro, ó Padre omnipotente, que tan grandes cosas habeis hecho por nosotros; os adoro, ó Hijo liberal é infinito en misericordias, que habeis sufrido por nosotros, y nos habeis merecido favores tan grandes; os adoro, Espíritu Santo, que habeis comenzado, perfeccionado y consumado tan grandes misterios; ó santísima Trinidad, seais para siempre alabada y bendita de todas las criaturas. Amen.

MEDITACION CLXXIV.

EFECTOS QUE PRODUJO EN EL PUEBLO EL DISCURSO HECHO POR JESUCRISTO LA ÚLTIMA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

(Joan. VII, 40—44).

1.° Excita en él diversos sentimientos; 2.° hace suscitar una objecion contra Jesucristo; 3.° puede inducirnos á nosotros mismos á hacer una pregunta.

PUNTO I.

De los diversos sentimientos del pueblo.

Las pocas palabras que refiere el Evangelio dichas por el Redentor en esta ocasion, y que no podia entender el pueblo, fueron vero-

símilmente el preliminar de un discurso mas largo y mas adaptado á la capacidad de los oyentes: sea como se fuese, lo que sucedió en esta asamblea es lo que vemos suceder en el mundo...

Lo 1.° *Algunos tienen solamente una fe imperfecta*... «Muchos de «aquella multitud, habiendo oido estos sus discursos, decian: este «es verdaderamente un profeta...» No basta decir esto... Hay algunos entre nosotros que tienen de Jesucristo y de su Iglesia una fe débil y mal fundada; una fe de educacion, y por decirlo así, de nacion y de clima; una fe que tiene sus dudas y sus restricciones, siendo así que la fe es indivisible. Jesucristo se ha dicho Hijo de Dios, y ha prometido la infalibilidad á su Iglesia: ó él es Hijo de Dios, y la Iglesia es infalible, ó es un engañador, un impío, y la Iglesia es una fábula, una quimera. Si nos causan horror estas blasfemias, es prueba de que tenemos fe en Jesucristo, en su doctrina y en sus promesas; una fe entera é inconcusa, una fe llena de respeto, de confianza y de amor.

Lo 2.° *Otros tienen una fe perfecta*... «Otros decian: este es el Cris- «to...» Es el Mesías prometido, y que esperamos. Estos tenian razon; y de hecho confrontando los discursos de Jesucristo con sus acciones, su doctrina con sus milagros, los hombres imparciales y desapasionados estaban en necesidad de confesar que él era el Cristo, y el Mesías prometido; y este es el juicio que hará cualquiera que se halle en las mismas disposiciones y haga las mismas reflexiones. Sí, ó Señor, Vos sois el Cristo, el Hijo de Dios: yo lo creo.

Lo 3.° *Otros combaten la fe con el razonamiento y con la Escritura*... «Otros decian: pero qué, ¿vendrá el Cristo de la Galilea? ¿No dice «la Escritura [1] que de la estirpe de David y del lugar de Belen, donde «habitaba David, vendrá el Cristo?...» Al impío no le faltan jamás razonamientos, ni al hereje textos de la Escritura para mantenerse en sus prejuicios. Estos razonamientos y estos textos vienen diestramente insinuados, publicados y esparcidos por las cabezas de la impiedad y del error, y despues adoptados y repetidos por una multitud de personas las menos considerables del vulgo, creyendo con esto poderse echar fuera de esta vil clase con el orgullo y con la temeridad.

Lo 4.° *Hay tambien disensiones sobre el artículo de la Religion*... «Nació, pues, por respeto de él division en la multitud...» Los primeros no podian contrastar la evidencia de los hechos por una dificultad, de que, á la verdad, no veian la solucion, pero que no des-

1 Mich. v, 2.

truia los hechos. Los otros, muy satisfechos de la objecion que proponian y que fomentaba su vanidad, cerraban los ojos á todo lo demás, y ni aun sospechaban que en su razonamiento ó en su interpretacion pudiese haber falsedad. Y así cada uno se quedó en su sentimiento. Los unos encuentran la verdad en su humilde docilidad, los otros el error en su orgullosa obstinacion.

Lo 5.° *La Iglesia no padece sino cuanto Dios permite*... «Y algunos «de ellos querian prenderlo; pero ninguno le puso encima las ma«nos... porque no habia aun llegado su hora...» Era fácil á los ministros de justicia enviados por el Consejo de los judíos el prender á Jesús, principalmente en el tumulto y en la confusion en que estaba la asamblea: ellos habian venido con intencion de ejecutar la órden recibida y pensaron en ello; pero no se atrevieron á ponerla en ejecucion. Penetrados de veneracion por la persona de Jesucristo y encantados de sus discursos lo escucharon con atencion y respeto, y despues de su instruccion dejaron que se retirase del templo, y se retiraron tambien ellos sin haber intentado contra él cosa alguna... Respecto de la Iglesia no tengamos temor alguno: si tiene quien la combata, esta es su porcion, y la tendrá siempre; y si tiene quien la persiga, no harán estos contra ella sino solo cuanto Dios les permitirá, y su persecucion misma le servirá de aumentar su felicidad y su gloria.

PUNTO II.

De la objecion hecha contra Jesús.

Esta objecion consistia en decir que Jesús era de Galilea y no de Belen, y de la familia de David. En esta objecion hay muchas cosas que observar.

1.ª *Que no era esta sola la objecion que se hiciese*... Se hacian en toda suerte de ocasiones, por toda suerte de personas, y se hacian tambien de las contradictorias á esta. El Mesías, decian, debe dar el ejemplo de la observancia de la ley, y este la quebranta obrando sanidades en dia de sábado. El Mesías debe venir, sin que se sepa de dónde viene, y ya se sabe de dónde viene este... El Mesías debe ser de Belen, y este es de Galilea... Hé aquí como la impiedad y la herejía esparcen contra la fe objeciones diversas, y aun contradictorias, para que cada uno adopte la que mas le guste; y para que todos se dejen sobrecoger de alguna, se les permite abandonar las otras y aun burlarse de ellas y detestarlas. Por esto en el impío y en el he-

reje no se sabe hacer mas que combatir, porque no se sabe lo que sostienen; y entre tanto están siempre dispuestos á abandonar un punto por defenderse sobre otro. No es así de la doctrina de la Iglesia; todos los puntos de su creencia son fijos y unidos entre sí; ella los sostiene todos con igual firmeza, y desecharia á cualquiera que abandonase uno solo.

2.ª *Conviene reflexionar que esta objecion nada tenia de sólido...* Primeramente nada de sólido en sí misma... Jesús es de Galilea; esto es, ha demorado en Nazaret, y allí está su familia. ¿Prueba esto, por ventura, que esta familia no pudiese ser la de David? ¿prueba esto acaso que no pueda él mismo haber nacido en Belen? Hé aquí los razonamientos de los incrédulos de nuestros dias; estos se venden por filósofos; y si se redujesen á la forma exacta del silogismo las frases pomposas y floridas expresiones con que cubren su miseria, ¿podrian acaso no avergonzarse de sus propios pensamientos? 2.° Nada de sólido contra las pruebas que Jesucristo daba de su mision. Aun cuando no se hubiese hecho alguna reflexion sobre la naturaleza de la objecion, todo á lo mas hubiera sido una dificultad de que alguno hubiera ignorado la solucion. Ahora una dificultad no destruye la evidencia. Jesús se dice el Mesías; todo concurre á hacerlo creer, y él lo prueba con milagros verificados é innumerables; luego yo creo que él lo es. Pero el Mesías debe ser de la familia de David; creo tambien que ciertamente lo es. El Mesías debe nacer en Belen; creo tambien que en Belen ha nacido. Pero Jesús es de Galilea. Esto es lo que no comprendo, esto es lo que yo no examino: yo sé su vida, oigo sus discursos, veo sus milagros; esto basta para mí: vuestra objecion no destruye cosa alguna, ella tiene su respuesta, bien que yo la ignore; cuando llegará el tiempo, ella encontrará su declaracion... Así pensaba el pueblo fiel; y todos los razonamientos de los fariseos no impedian que los miserables que conocian el poder de Jesucristo le gritasen detrás: «Hijo de Dios, tened piedad de «nosotros [1]...» Empleen, pues, el impío y el hereje toda su sutileza para engañar; el mas simple de los fieles se hallará en estado de responder al primero: el Cristianismo está probado; y al segundo, la Iglesia es infalible. Vuestra objecion no destruye cosa alguna, ni puede hacer impresion alguna sobre mi espíritu.

3.ª *Es necesario reflexionar que esta objecion estaba apoyada en falso...* Era falso que Jesús fuese galileo de nacimiento, y que hubiese nacido en Nazaret. Él habia nacido en Belen, y era él solo he-

1 Matth. IX, 27.

redero del ramo primogénito de David, y por consiguiente heredero de su trono, y el legítimo Rey de Israel. No obstante se suponia lo contrario con una total seguridad, hasta decir que se sabia por todos, y que ninguno dudaba del hecho... Hé aquí los juicios de los hombres, y principalmente de los incrédulos: suponen estos con descaro, aseguran con temeridad, y hacen pompa de un profundo saber tan falso cuanto engañoso... Pero no nos dejemos engañar de un tono tan decisivo: supongamos de nuestra parte que se pueden muy bien engañar en sus razonamientos y en sus suposiciones...

4.ª *Se debe reflexionar que esta objecion servia de prueba...* Esta objecion era por sí misma el cumplimiento de lo que habian dicho los Profetas: *que seria llamado Nazareno;* y por consiguiente el nombre mismo de galileo que se le daba, probaba su mision, bien léjos de destruirla... Para los corazones fieles y á los ojos iluminados todo se convierte en prueba... Luego nuestra fe ni es conmovida por el escándalo de la impiedad, ni por la obstinacion de la herejía. El uno y la otra han sido predichos, y vienen á ser una prueba de esta verdad revelada: es necesario que haya escándalos; es necesario que haya herejías [1].

PUNTO III.

Una pregunta que aquí se puede hacer.

Aquí se puede preguntar: ¿por qué razon no desatase el Salvador la dificultad de los judíos sobre el lugar de su nacimiento, siendo así que podia hacerlo con una palabra?... Sobre esta pregunta y sobre otras semejantes que tocan á la conducta de Dios tenemos aquí tres puntos que tratar...

El 1.º *Del peligro que hay en hacer semejantes preguntas...* ¡Ay de mí! tenemos, y esto es cierto, tenemos una grande propension á preguntar á Dios y pedirle cuenta de su conducta, sin pensar que á nosotros toca darle á él cuenta de la nuestra. Todo lo que Dios hace es bueno, justo y sábio: esto es lo que á primera vista debia bastar para humillar nuestro espíritu. Con estas preguntas sobre la conducta de Dios, si no usamos de toda la precaucion posible, nos exponemos á turbar nuestra fe, á enflaquecerla y aun á perderla. Han introducido ya en el mundo semejantes preguntas la incredulidad, y la sostienen, y la dilatan mas cada dia. Toda la ciencia del incrédulo se reduce á preguntar: ¿por qué ha hecho Dios esto? ¿y por qué no

[1] Matth. XVIII, 7; I Cor. XI, 19.

ha hecho lo de mas allá? En estas preguntas sé pierde, y pierde á aquellos que lleva consigo el que las hace... La respuesta á todas ellas es fácil, y nos la dicta la recta razon. Dios no está obligado á darnos cuenta de su conducta: son muy altas sus miras; son muy altos sus caminos, y muy estrechos los límites de nuestro espíritu, para poder alcanzarlos. Nuestra porcion aquí en la tierra es una fe sumisa, apoyada sobre pruebas evidentes, que no pueden ser destruidas por esta suerte de preguntas. Vendrá el dia, y será necesario esperarlo, en que manifestará la razon de todas las cosas, y bienaventurados aquellos que habrán creido sobre la palabra de su Dios.

El 2.° *Del órden que se debe tener en semejantes preguntas*... Antes de pedir á Dios cuenta de su conducta, es necesario pedir cuenta á los hombres de la suya. Por esto preguntemos aquí primeramente ¿por qué los judíos mismos no aclararon la dificultad de que se trataba? Ninguna cosa era mas importante, á lo menos para aquellos que por sola esta razon se obstinaban contra todas las otras pruebas, y particularmente contra milagros tan sin número y tan estrepitosos. Los parientes de Jesucristo estaban actualmente en Jerusalen; podian informarse de ellos de qué tribu eran, y de qué familia. Jesús no era tan avanzado en edad que no se pudiesen hallar personas de Nazaret que hubiesen podido decir si era ó no cierto que habia nacido allí. Podian fácilmente encaminarse á su madre, y sobre su testimonio podia tambien el gran Consejo enviar á Nazaret y á Belen para asegurarse de la verdad. Pero nada hacen de todo esto: sobre una cuestion de tanta importancia no dan un paso, ni hacen la menor diligencia jurídica. Y ¿por qué una tal inaccion? ¡Ah! ¿quién no ve luego la razon? Los incrédulos de aquel tiempo como los de todos los demás, las cabezas de los judíos y sus partidarios, bien léjos de querer aclarar esta dificultad, estaban encantados por haberla inventado ú oido de poderla oponer á las pruebas evidentes contrarias de sembrarla en todas las asambleas del pueblo, y de engañar con esto á los unos y cerrar la boca á los otros. Parece tambien que la hiciesen valer aun mas de aquello que ellos mismos pensaron. ¿Podian ellos acaso ignorar totalmente lo que tantos miserables sabian, y que por todas partes llamaban á Jesús Hijo de David? Luego si en vez de pedir cuenta á Dios de los desórdenes que reinan entre los hombres, la pidiéramos á ellos mismos, no encontraríamos por todas partes otra cosa que negligencia, pereza, indiferencia, malicia, enormidad y pecados de todas las especies que justificarian con evidencia los castigos que Dios ejecuta sobre los culpados. El verda-

dero orígen de los desórdenes procede de que los hombres prefieren las tinieblas que aman á la luz que aborrecen [1].

3.° *Del respeto con que se debe responder á semejantes preguntas...* Podemos preguntar con fruto las razones de la conducta de Dios, cuando lo hagamos solo para adorar sus caminos, para entrar y conformarnos con sus designios, y para instruirnos y edificarnos nosotros mismos. Con este espíritu podemos considerar que Jesucristo no hablase de su familia y del lugar de su nacimiento. Lo 1.° porque Dios, en la comunicacion de sus luces, y en la distribucion de sus gracias, no se regula sobre nuestra pereza, sino sobre nuestras verdaderas necesidades. Manifiesta, es verdad, manifiesta Jesucristo á los judíos su divinidad y su generacion eterna, bien que por su culpa no quisiesen darle crédito, porque no podian aprenderla sino de él mismo; pero nada les dijo de lo que por sí mismos podian saber. Haced vosotros lo que podeis, y pedid lo que no podeis. 2.° Porque Dios en la conducta que tiene con nosotros se regula sobre su sabiduría, y no sobre nuestra malicia. Nos da abundantemente las luces y los socorros que necesitamos; pero cuando abusamos de los bienes que nos da, cuando obstinadamente resistimos á sus luces y á sus gracias, querer que las aumente á proporcion de nuestra obstinacion es querer una necedad. Caminemos á Dios con la rectitud de nuestros corazones, que jamás nos faltará él. Aprovechémonos de las gracias que nos hace, y nos hará otras mayores. Si tal vez ha vencido Dios con magnificencia la obstinacion de ciertos pecadores, él es el Señor. ¿Quién podrá jamás investigar la profundidad de su ciencia y de su sabiduría [2]?... Pero hacer gran cuenta de un semejante milagro y pedírselo, lo repito aun otra vez, es una suma necedad.

Peticion y coloquio.

Adoro, ó Dios mio, la profundidad de vuestros caminos; todo en Vos es santo, justo y sábio; Vos nos colmais de vuestros bienes; Vos nos prevenís; nos convidais; nos ayudais, y yo me pierdo. Si lo yerro, si me condeno, toda la culpa es mia. ¡Ah! léjos de mí, ó Señor, aquel orgullo del espíritu y aquella corrupcion del corazon que resiste á todos los medios de la salvacion. Amen.

[1] Joan. III, 19. — [2] Rom. XI, 33.

MEDITACION CLXXV.

DE CUANTO SUCEDE EN EL CONSEJO DE LOS JUDÍOS EL ÚLTIMO DIA DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

(Joan. VII, 45-53).

Observemos : 1.° el testimonio que dan los soldados de justicia enviados para arrestar á Jesús; 2.° la respuesta de los fariseos á este testimonio; 3.° la representacion que á este propósito hace uno de los senadores; 4.° la respuesta de los fariseos á esta representacion.

PUNTO I.

Testimonio de los soldados de justicia enviados para prender á Jesús.

«Volvieron por tanto los ministros á los fariseos y á los príncipes «de los sacerdotes, los cuales les dijeron: ¿Por qué no lo habeis trai-«do? Respondieron los ministros: Ningun hombre ha hablado ja-«más como este hombre...»

Como se esperaba infaliblemente que Jesucristo compareceria de nuevo en el templo, el último dia de la fiesta de los Tabernáculos se tuvo un gran consejo á que intervinieron los pontífices, los sacerdotes, los príncipes ó cabezas del pueblo y los fariseos. Habian estos enviado soldados ó sea ministros del pueblo para arrestar á Jesús cuando hubiese allí comparecido; pero estos se estuvieron escuchándole, sin atreverse á emprender contra él cosa alguna. Entre tanto los esperaba con impaciencia el Consejo, y cuando los vió volver sin Jesús, les preguntaron los pontífices y los fariseos: «¿Por qué no lo «habeis vosotros traido?...» Toda la respuesta que estos pudieron darles fue decir: «Ningun hombre ha hablado jamás como este hom-«bre...» Si un solo discurso de Jesucristo habia hecho sobre ellos tan grande impresion, ¿qué impresion no debe hacer sobre nosotros la union de todos sus discursos, que nos han conservado los Evangelistas? Llamémonoslos á la memoria algunas veces y exclamemos con estos ministros del templo... «Ningun hombre ha hablado jamás co-«mo este hombre...»

1.° *En cuanto á la moral*... Ningun hombre ha dado jamás reglas tan puras y tan santas; ninguno ha ordenado para con Dios tanta piedad, tanta sinceridad, tanto respeto, tanto amor, tanta confianza; para con el prójimo tanta caridad, compasion, generosidad, paciencia; para nosotros mismos tanta abnegacion, tanta sobriedad, tanta caridad, tanto desinterés.

2.° *Cuanto á su origen*... Ninguno se ha hecho jamás creer por Hijo de Dios, existente en el seno de Dios antes de haber nacido sobre la tierra, conociendo todos los secretos de Dios, y haciendo con él una misma cosa.

3.° *Cuanto á su ministerio*... Ninguno ha dicho jamás que ha venido al mundo para salvar á los hombres de sus pecados, para ser la fuerza de los débiles, el consuelo de los afligidos, la luz del mundo, el camino, la verdad, la resurreccion y la vida, para ser el juez supremo de los hombres, resucitarlos, y querer dar á cada uno segun sus obras, ó una vida eterna, ó un eterno suplicio.

4.° *Cuanto á la adhesion y amor que le debian sus discípulos*... Ningun maestro ha dicho jamás á sus discípulos, que si no lo amaban mas que á su padre, que á su madre, y mas que á sí mismos, no serian dignos de él, que debiesen estar dispuestos á dar por él su vida, á gloriarse y tenerse por dichosos en ser despreciados, calumniados, azotados y crucificados por amor suyo.

5.° *Cuanto á su recompensa*... Todo lo promete en la otra vida, una gloria inmensa, una felicidad infinita, una vida eterna, pero nada les promete en este mundo; porque no es de este mundo su reino: aquí solo promete penas, llantos, suplicios y cruces.

6.° *Cuanto á sus propias acciones*... Ninguno como él ha dicho jamás aquello que debia hacer durante su vida, lo que haria despues de su muerte, que moriria en tal tiempo, en tal lugar, en tal manera, porque así queria, y que tres dias despues de su muerte resucitaria, que, etc.

7.° *Cuanto á sus milagros*... «Ninguno ha dicho jamás: cuando «no querais creerme á mí, creed á las obras [1]... Los ciegos ven, los «cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, y los «muertos resucitan [2]...» ¡Ah! son ciertamente divinos estos y otros pasos, que seria cosa larga el referir, y en los cuales tenemos motivos para exclamar: No, «ningun hombre ha hablado jamás como «este hombre...» El Hijo de Dios, el Verbo de Dios hecho hombre ha tenido sobre la tierra un lenguaje que la ficcion y la fábula, la malicia de los hombres y de los demonios no ha podido ni podrá jamás imitar... Avergüéncense, pues, los impíos del indigno cotejo que se atreven á hacer del Hijo de Dios con míseros mortales, ó hagan por lo menos este cotejo con algun aspecto de equidad; y antes bien postrados á los piés de este divino Maestro adoren y exclamen con nosotros: «Ningun hombre ha hablado jamás como este hombre.»

[1] Joan. x, 38. — [2] Matth. xi, 5.

PUNTO II.

Respuesta de los fariseos á este testimonio.

Lo 1.° *Desechan el testimonio que dan de Jesús, y lo tratan de engaño*... «Pero los fariseos les respondieron : ¿ Habeis quedado, acaso, « tambien engañados vosotros?...»

¡ Falsos juicios de los hombres! Miran como engañados á aquellos que ceden únicamente á la evidencia de los motivos y á las luces de su conciencia, y á aquellos que renuncian á la impiedad y al error, por seguir la verdad; que abandonan el vicio por seguir la virtud, y que dejan el mundo por asegurar su salvacion ; y no ven que ellos solos están engañados de la pasion, del partido, de los manejos, de los prejuicios, de los placeres, del libertinaje y de los atractivos del mundo, sin querer hacer jamás una séria reflexion sobre los caminos por donde andan, y sobre el término á que ellos los conducen... No, ó Señor, ninguno puede ser engañado en seguiros, en el escuchar la voz de vuestra Iglesia, en ceder á los remordimientos de su conciencia, en dedicarse á vuestro servicio, á vuestro amor y á la imitacion de vuestras virtudes. El que sériamente reflexiona en esto se confirma mucho mas en su eleccion, y gusta siempre mayor consolacion. ¡ Ah! se debe temer la seduccion cuando se sigue un partido sin reflexionar, y sin una reflexion tan viva.

Lo 2.° *Los fariseos rebaten el testimonio dado á Jesús, oponiendo á él el testimonio del mundo*... «¿Hay por ventura alguno de los prin-«cipales ó de los fariseos que haya creido en él?...»

¡ Falsa regla de los hombres! En las cosas esenciales á la salud está siempre manifiesta la voz de Dios, y en esta materia no se nos ha dado por regla el ejemplo del gran mundo. Deslúmbrense, pues, los ojos de los grandes á la vista de su esplendor; entren en su partido los que esperan participar de sus favores; celebren la impiedad y el error sus sábios; cúbranse estos de su gloria; admiren la sutileza de sus invenciones y la belleza de su estilo; háganse tambien honor de sus aparentes virtudes; nada de esto puede engañar un corazon recto que busca á Dios, y pone en su salud su primero y su único interés. El Evangelio ; hé aquí nuestra regla. La enseñanza de la Iglesia; hé aquí su explicacion y nuestra seguridad.

Lo 3.° *Los fariseos desechan el testimonio que dan de Jesús, despreciando á los que lo siguen*... «Pero estas gentes que no entienden «la ley son malditas...»

¡Falsa estima de los hombres! Estiman estos el nacimiento, y desprecian una baja condicion. «Estas gentes...» Como si el pueblo no tuviese el mismo Criador, no fuese formado del mismo barro, no estuviese destinado al mismo fin como los nobles y los grandes; como si el pueblo no tuviese la razon, el recto sentir y la conciencia como los nobles y los grandes... Estiman un vano saber, y desprecian la humilde ignorancia... «Estas gentes que no entienden la ley...» No, el pueblo no sabe disputar ni sutilizar sobre la ley: no sabe interpretarla segun el gusto de sus inclinaciones y segun su capricho; pero sabe observarla con mayor fidelidad y simplicidad... Finalmente estiman las riquezas, y desprecian la pobreza... «Pero estas gentes «son malditas...» Es verdad que no gozan de las bendiciones de la tierra; pero imaginarse que por esto estén privados de las bendiciones del cielo, es mirar como un impedimento para estas lo que es una disposicion favorable para recibirlas con mayor abundancia. Los primeros cristianos han sido mirados por mucho tiempo como un pueblo ignorante y maldito; pero, por un milagro único y propio del Cristianismo, este pueblo ha sujetado los grandes; estos ignorantes han desengañado á los sábios; estos pobres han persuadido á los ricos el despego de las riquezas. La fe simple de este pueblo ignorante y maldito ha triunfado del orgullo, del fausto, del poder, de la ciencia, de la elocuencia, del crédito y de la autoridad de los grandes, de los sábios, de los ricos del siglo. Bienaventurado el que en la escuela de Jesucristo viene á ser humilde, simple y pobre; esto no basta aun: bienaventurado el que llega á hacerse niño.

PUNTO III.

Representacion á los senadores.

«Les dijo á ellos aquel Nicodemus, que habia ido de noche á Je-«sucristo, y era uno de ellos: ¿Nuestra ley, por ventura, condena «á un hombre antes de haberlo oido, y de haber sabido qué es lo «que haga?...»

1.° *Representacion generosa*... El senador que la hizo, era aquel ilustre fariseo, y al mismo tiempo uno de los príncipes ó cabezas de la nacion, llamado Nicodemus, que desde el primer viaje que hizo Jesucristo á Jerusalen, sobrecogido de la grandeza de sus milagros, habia tenido con él un coloquio secreto de noche, y despues habia estado siempre inviolablemente unido á él y de su parte [1]: de todo

[1] Joan. III, 1.

el cuerpo él solo se habia preservado de la corrupcion y del veneno de la envidia. Él solo tuvo valor de hablar en favor del inocente, y se expuso al odio de todos los culpados... ¡Oh cuánto cuesta á la naturaleza una tal generosidad: cuán rara es, y cuántos pretextos se encuentran para dispensarse de ella!

2.° *Representacion fuerte*... Habia Nicodemus oido los fariseos sus colegas, que pronunciaban la gran palabra de la *ley* con su fausto ordinario, hablar de Jesús como de un engañador; insultar aquellos que creian en él, y tratarlos de malditos y de prevaricadores de la ley; mientras que veia á ellos mismos quebrantar la ley de Dios en un punto esencial, y que dicta á todo hombre la sola equidad natural... La bondad, que formaba su carácter, no le permitió estarse en silencio. Presentó la ley misma á los que la quebrantaban, acusando á los otros de ignorarla... ¿Cuántas ocasiones no tendríamos cada dia de ejercitar este mismo celo, si tuviésemos para con Jesucristo y sus discípulos el mismo amor que este grande de Jerusalen?

3.° *Representacion modesta*... Nicodemus no mezcló en su discurso ni invectivas ni reprensiones... En él no mostró alguna animosidad ni aspereza; llamó solamente los judíos á un punto fundamental de la ley y á los primeros sentimientos de la equidad natural... Todo el mundo confiesa la equidad de esta ley; pero si los jueces la observan en los tribunales, donde se trata de juzgar los hombres, ¿cuántos particulares la quebrantan en los juicios que hacen, no solo sin autoridad, pero aun sin conocimiento de causa? ¡Ah! no nos alejemos, pues, jamás de la ley y de la equidad, y ofreciéndose la ocasion, procuremos tambien traer los otros á ella.

PUNTO IV.

Respuesta de los fariseos á esta representacion.

1.° *Rompen en injurias*... «Le respondieron, y dijeron: ¿Eres tú «tambien por ventura galileo?...»

¡Qué respuesta para hombres de tal carácter! Basta citar y alegar la ley de la equidad en favor de los inocentes oprimidos para ser mirados como vendidos á su partido, empeñados en sus intereses y para tirarse sobre sí los nombres mas odiosos... ¿Luego vuestro nombre, ó Jesús, ha venido á ser una injuria y un oprobio? El nombre de aquel afortunado país, que desde el principio de vuestra predicacion ha visto la grande luz, segun la expresion del Profeta [1], está empleado

[1] Isai. IX, 2.

por estos ciegos doctores como un nombre de invectiva y de insulto; pero insulto glorioso para aquel que lo recibe por defender vuestra gloria y vuestros intereses.

2.° *Los fariseos por quedar triunfantes de Nicodemus, sin responder á su juiciosa reflexion, proponen otra cuestion*... «Escudriña las Es«crituras *(añadieron)*, y verás que de la Galilea no se levantó jamás «profeta...»

¡Qué altanería, qué desprecio, qué orgullo! Pero bajo unas palabras tan pomposas, ¡qué debilidad de razonamiento! Hé aquí aun ahora la famosa dificultad de la Galilea. Pero sea ó no sea este hombre de la Galilea, ¿acaso esto impide que se observen con él las reglas de la equidad? Si se quiere sériamente examinar esta dificultad, no se trata ya de profundizar las Escrituras; se trata solamente de verificar un hecho genealógico, y saber dónde ha nacido este hombre. ¡Oh y cuán fácilmente nos engaña la pasion y el prejuicio! El impío nos llama y apela á la razon, mientras se trata solamente de examinar los hechos históricos que prueban la revelacion. El hereje nos llama y cita la Escritura mientras que se trata únicamente de aprender de la Iglesia cuál sea el sentido de la Escritura. ¡Ah! aquellos son únicamente engañados que quieren serlo.

3.° *Los fariseos se retiran sin querer oir cosa alguna*... Despues de estas palabras llenas de orgullo y de aspereza, los fariseos se retiraron, se separó la asamblea... «y se fué cada uno á su casa...» persistiendo en sus sentimientos. El Senador fiel perseveró en su adhesion á la doctrina y á la persona del Salvador, y los otros perseveraron en sus prevenciones, en su odio y en el designio formado de hacer morir á Jesucristo. Consecuencia ordinaria de las disputas de religion. La verdad modesta se pone en ridículo, y es desechada con desprecio por el orgulloso error. Persevera cada uno en su sentimiento, y con este sentimiento entra en la casa eterna, donde el justo Juez manifestará finalmente los motivos secretos que se tuvieron para vivir nosotros, y hacer vivir á los otros en un continuo engaño.

Peticion y coloquio.

Preservadme de una tal desgracia, ó Dios mio, y del engaño que á ella guia. Para evitar un peligro tal, haced, ó Señor, que no abuse jamás del gran medio de salud que me ofrece vuestra misericordia, esto es, de vuestra divina palabra, porque *ningun hombre ha hablado jamás como Vos*. Ó verbo de Dios hecho hombre por nosotros, ó Jesús, Hijo de Dios, Dios mio, Salvador mio y Maestro mio, delante

de Vos soy nada: adoro vuestra divina palabra: no merezco ya la gloria de morir por ella; pero concededme la gracia de vivir de ella, y que ella sola sea en todo la única regla de mi conducta. Amen.

MEDITACION CLXXVI.

JUICIO DE LA MUJER ADÚLTERA EL PRIMER DIA DESPUES DE LA OCTAVA DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

(Joan. VIII, 1–11).

1.° Este negocio suministra muchas dificultades; 2.° los escribas y los fariseos quedan confundidos; 3.° la mujer adúltera queda absuelta, y se va libre.

PUNTO I.

Dificultades de este negocio.

«Y Jesús se fué al monte de las Olivas; y bien temprano por la «mañana volvió nuevamente al templo, y todo el pueblo fué á él, y «estando sentado enseñaba. Y los escribas y los fariseos condujeron «á él una mujer cogida en adulterio; y poniéndola en medio, le di- «jeron: Maestro, esta mujer ha sido ahora mismo cogida que co- «metia adulterio. Ahora Moisés en la ley nos mandó apedrear á es- «tas tales; pero tú ¿qué dices? Y esto lo decian ellos para tentarlo, «y para tener de qué acusarlo...»

Simplicísimo parece en sí mismo este negocio de la mujer adúltera, y la sentencia que Jesucristo dió; pero si consideramos atentamente todas las circunstancias, se verá que jamás se denunció á tribunal alguno causa mas intrincada, y que ninguna decision ha presentado jamás con mas claridad las señales de un Dios salvador, ni podia ser mas digna de aquel que es mayor que Salomon.

Lo 1.° *Este negocio era difícil por los designios llenos de malicia que habian formado los escribas y los fariseos...* Dos veces habian querido arrestar al Salvador, y léjos de verse la ejecucion, habian tenido el disgusto de ver los ministros de su furor declararse en su favor, y uno de sus mismos compañeros tomar animosamente su defensa. Creyeron, pues, que antes de emprender otra cosa semejante, convenia desacreditar la doctrina de Jesucristo, y excitar contra él la indignacion del pueblo. Y con esta intencion delegaron á él el juicio de la mujer adúltera. Si Jesús recusaba el juzgarla, caia en el desprecio. Si la juzgaba, ó la condenaria, y perderia el afecto del pueblo, ó la absolveria, y se declararia enemigo de la ley. Este proyecto les parecia á ellos indefectible, y por otra parte era la oca-

sion mas favorable que pudieran desear. Jesús, que habia pasado la noche en un retiro del monte de las Olivas, habia venido al templo al romper el dia. Luego se halló cercado de la multitud del pueblo, y habiéndose sentado, habia ya empezado su instruccion. Este era el momento en que sus enemigos se tenian por seguros de triunfar de él, y de perderlo irremisiblemente.

Lo 2.° *Este negocio era difícil por los designios llenos de misericordia que Jesucristo queria ejercitar*... Jesús en esta ocasion tan crítica debia sostener su autoridad, conservar el afecto del pueblo, confundir la malicia de sus enemigos, salvar la mujer adúltera, y no contravenir á la ley; y todo esto lo queria hacer sin estrépito, sin publicidad y sin milagro.

Lo 3.° *Este negocio era difícil por el gran número de los que en él se interesaban*... Aquí se hallaban comprendidos, no solo la delicuente, sino tambien el juez, los acusadores y todos los presentes; y tambien nosotros, y todos los hombres de todos los siglos, á quienes nuestro divino Salvador queria dar en esta ocasion una idea de su dulzura inefable para con todos los pecadores contritos y humillados á sus piés. Recojamos, pues, todas las líneas de este gran diseño con todo el respeto posible, con todo el amor y con todo aquel reconocimiento de que somos capaces.

PUNTO II.

Los escribas y fariseos quedan confundidos.

Consideremos: Lo 1.° *Su asalto*... Mientras Jesucristo instruia al pueblo «los escribas y los fariseos condujeron á él una mujer *(de la «nacion)* cogida en adulterio; y poniéndola en medio, le dijeron: «Maestro, esta mujer ahora mismo ha sido cogida que cometia adul«terio...» La ley ordena que las personas cogidas en semejante delito sean apedreadas... El hecho no es dudoso; no falta otra cosa que pronunciar sobre la ley; y esto es sobre lo que queremos saber tu sentir. ¿Tú qué piensas? Era fácil conocer que no buscaban otra cosa que sorprender á Jesucristo, y hacerle decir alguna cosa de que poder hacerle un delito para desacreditarle con el pueblo. Y bien que se conociese la asechanza, no se veia cómo Jesucristo pudiese salir bien de ella. No podia decir como otras veces al que pedia justicia contra su hermano [1]: «¿Quién me ha constituido juez entre vos«otros?...» Los escribas y los fariseos, jueces legítimos de esta mujer,

[1] Luc. XII, 14.

se enderezaron á él, y á él le delegaron el juicio, como á un maestro de Israel y á un doctor de la ley; y no se podia dispensar Jesús de pronunciar la sentencia sin perder para con el pueblo alguna cosa de su autoridad. Por otro lado, si se excusaba de tomar conocimiento en este negocio, esta mujer estaba perdida, y él ciertamente queria salvarla... Ó Jesús, sabrá muy bien vuestra divina sabiduría romper el lazo que se os pone delante, confundir aquellos que lo han tendido, y abandonar á vuestra misericordia este corazon penitente... «Pero Jesús inclinándose hácia abajo escribia con el dedo «en tierra...» Estaba sentado el divino Salvador, é inclinándose hácia la tierra, parece que se ocupase en delinear indiferentemente sobre ella distintas letras, acaso sin órden y sin continuacion, como un hombre distraido del negocio que se le habia propuesto en alguna otra cosa mas séria... ¿Qué cosa, pues, os ocupaba en aquel momento, ó Salvador mio? Vos veíais la malicia de vuestros enemigos, la doblez de su corazon, la hipocresía de su celo, y toda la corrupcion de sus costumbres... ¡Ay de mí! ¿qué cosa pensais Vos de mí en mil ocasiones en que busco ser estimado de los hombres? Vos callais y me dejais obrar; pero veis el fondo de mi corazon, y cuanto se anida en él. ¡Ah, y cuánto debo velar sobre mí mismo, pensando que estoy siempre en vuestra presencia, y que Vos veis hasta mis secretos pensamientos!

Lo 2.° *Su instancia*... «Mas continuando ellos en preguntarle, se «alzó...» Cuando los escribas y fariseos vieron que Jesús nada les respondia, lo creyeron embrollado, y pensaron que estaban ya en el momento de su triunfo. Animados de un tan próspero principio, redoblaron sus instancias y sus gritos, urgiéndole á que hablase, á que se explicase, y á que pronunciase. ¡Ah falsos hipócritas! mereceríais que este Hombre-Dios hablase, que descubriese la corrupcion de vuestros corazones, y que manifestase el horror de vuestras almas; pero no: se interesa aun su bondad por vosotros. Confundiéndoos sabrá perdonaros, y presentaros tambien una salida para que os echeis fuera del mal paso en que os ha empeñado vuestra malicia... «Se alzó y les dijo: El que entre vosotros esté sin pecado tire «el primero la piedra contra ella, y de nuevo se inclinó, y escribia «sobre la tierra...» Dicho esto, se puso Jesús de nuevo en la misma postura en que estaba primero, y continuó á formar caractéres sobre la tierra. Pero, ¡oh cuán admirables son las palabras que dijo ahora! ¡oh y cuán instructiva es esta sentencia! No podrémos jamás meditarla como se debe. ¡Ah! si la tuviéramos presente en nues-

tro espíritu, si estuviéramos bien penetrados de la idea de nuestra indignidad, si tuviéramos siempre á la vista nuestras miserias, nuestros pecados y nuestra flaqueza, no reprenderíamos con tanta aspereza, no nos lamentaríamos con tanta altanería, ni perseguiríamos con tanto rigor á los culpados. Una reflexion sobre nosotros mismos calmaria nuestro corazon, produciria en él la humildad, la dulzura, la compasion y la caridad, edificaria al prójimo, y se sabria ganar el corazon de Dios.

Lo 3.° *Su retirada*... «Y ellos, luego que oyeron esto, el uno des«pues del otro se escaparon, empezando por los mas viejos; y que«dó solo Jesús y la mujer que se estaba en medio...» Las palabras divinas del Salvador fueron para los escribas y los fariseos un golpe de rayo que seguramente no esperaban, y cada uno comenzó á pensar en sí mismo. Por mas que ellos afectasen algun desprecio contra el nuevo Maestro, y se atreviesen á desacreditarlo en su ausencia, temian sin embargo sus luces. Tuvieron miedo que si le urgian algo mas, hablase mas claro, y revelase ciertos misterios que no redundarian en honor suyo... Nuestros impíos, que tanto se alaban de su bondad y rectitud, se hallarian ciertamente desconcertados en semejante caso. Los mas viejos, y al parecer los mas culpados, fueron en esta ocasion los mas prudentes; toda la asamblea estaba en silencio; Jesús no atendia á lo que sucedia, y parecia determinado á no explicarse. Se aprovecharon de la coyuntura, y como si hubiese sido cosa inútil el estarse allí mas largo tiempo, tomaron el partido de retirarse quietamente. Lo que hicieron los primeros, lo imitaron los otros, y todos abandonaron el puesto, dejando á Jesús solo, y á la mujer culpada en medio de la asamblea. El pueblo debió quedar bien sorprendido de una tan repentina, tan silenciosa y tan general retirada. La mujer debió sentir una grande consolacion al verse libre, y con su causa remitida enteramente á la decision de Jesús. ¿Cuáles fueron, entre tanto, los sentimientos de los fariseos? Se retiraron cada uno á su casa con la confusion en el rostro y con la rabia en el corazon, y mas determinados que antes á hacer perecer á aquel de quien acababan de recibir tan enorme afrenta. ¡Ay de mí, ó Dios mio! Si una sola de vuestras palabras, dicha con tanta bondad, hiela de espanto vuestros enemigos, aun cuando les perdonais la vista de vuestro rostro y la severidad de vuestros ojos airados; ¿que será cuando vendréis en vuestra gloria á manifestar su conciencia y á pronunciar la última sentencia de su reprobacion? ¿Dónde huiré yo entonces? ¿Qué desierto podrá esconder mi vergüenza, y

librarme del castigo? Antes de comparecer en aquel terrible tribunal, veisme aquí, ó Señor, á vuestros piés con la mujer adúltera, confesándoos mis pecados, y esperando con ella la sentencia de vuestra misericordia.

PUNTO III.

La mujer adúltera queda absuelta.

1.° *Jesús le pregunta*... La mujer adúltera, libre de sus acusadores, concibió sin duda una dulce esperanza de evitar el suplicio; pero puesta en presencia del Santo de los Santos, y en medio de un pueblo innumerable que tenia los ojos fijos en ella, ¿podria evitar una confusion humillante, tan terrible, acaso, como la muerte? No temas, pues, ó pecadora penitente; tu Salvador te librará de la muerte y de la vergüenza que padeces... «Y Jesús alzándose...» No viendo ya al rededor de esta mujer ni escribas ni fariseos, «le dijo: mu«jer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condena«do? Y ella dijo: ninguno, ó Señor...» Esta es la sola palabra que pudo decir sin avergonzarse. No solo pudo dar esta respuesta sin confusion, sino tambien con el mas sensible consuelo. ¡Oh mujer pecadora, cuán bueno es aquel que con su pregunta te ha puesto en la boca esta consolante respuesta; qué tierno es y qué amable; tiene motivos para merecerse toda la ternura de nuestros corazones y todo nuestro afecto! Ó divino Jesús, ¿no aprenderé yo jamás á conoceros? ¿os miraré siempre con espanto, y no hará jamás vuestra inefable dulzura impresion alguna en mi alma?

2.° *Jesús la absuelve*... «Y Jesús le dijo: ni yo tampoco te con«denaré...» ¡Ah Dios mio! esto es lo que el corazon me decia que esperase. ¿Vos condenar un alma pecadora, pero humilde y contrita? ¿Vos, que habeis venido á llamar los pecadores, y á dar por ellos vuestra sangre; Vos los condenaréis? ¡Ah! léjos de nosotros semejantes temores. ¿Y á mí, ó Señor, me perdonaréis? Estoy, es verdad, cargado de innumerables pecados; pero finalmente vengo á Vos. No vengo arrastrado contra mi voluntad de violentos acusadores, vengo solicitado del arrepentimiento de mis pecados, y del pesar y dolor de haberos ofendido. Vuestros ministros, á quien ya los he manifestado, no solo no me han condenado, sino que en vuestro nombre me han absuelto. ¿Y Vos querréis, querréis Vos condenarme? No será así; todo lo espero de vuestra misericordia. Esta esperanza será toda mi consolacion, y no será eternamente confundida.

3.° *Jesús la despide*... «Véte, y no peques ya mas...» Proveia con

esto el Salvador á su seguridad, y la animaba á la fidelidad. Despues de haber sido enviada así, podia con toda seguridad retirarse: habia comparecido delante de los jueces, y la habian enviado sin condenarla: no podia ya haber otra revision de esta causa. Por otra parte, no era conveniente á los escribas y á los fariseos renovar la causa; habrian, antes bien, deseado poder borrar para siempre su memoria... Ya no se podia acusar á Jesucristo de haber mitigado el rigor de la ley y de haber usado demasiada indulgencia, pues no habia hecho otra cosa que lo que habian hecho los mismos fariseos. Habia tenido él la precaucion de hacer declarar á la misma mujer que ninguno la habia condenado. Á su ejemplo, ni tampoco él la condenará... De este modo, con este célebre juicio, en que resalta la sabiduría de Jesús, su santidad, su conocimiento de los arcanos del corazon, su dulzura y su misericordia, evita el lazo que le habian tendido, conserva su dignidad, desconcierta sus enemigos, sostiene la ley, salva la mujer culpada, y se concilia siempre mas la admiracion, el respeto y el amor del pueblo.

Retirada la mujer, se deshizo la asamblea; pero esta humilde penitente, despues de tan gran peligro, y despues de una tan grande misericordia, no se olvidó, de cierto, del último aviso de su divino Libertador... *No peques mas.*

Peticion y coloquio.

¡Ah Señor! ni yo tampoco me olvidaré de este saludable aviso. Me guardaré del pecado de recaida, cuyos efectos son tan terribles; ó antes bien, será vuestra gracia misma, que aquí con vivas instancias solicito, la que me comunicará al mismo tiempo el don de la penitencia y el don del perdon, y finalmente el don de la perseverancia final... Amen.

MEDITACION CLXXVII.

DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL SEGUNDO DIA DESPUES DE LA OCTAVA DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

(Joan. VIII, 12–20).

1.° Jesús instruye el pueblo; 2.° los fariseos le ponen una objecion, y Jesús la rebate; 3.° le hacen una pregunta, y Jesús les responde.

PUNTO I.

Instruccion de Jesús al pueblo.

«Y otra vez despues les habló Jesús...» Probablemente tuvo este discurso el segundo dia despues de la octava de la fiesta de los Tabernáculos. Esta vez los fariseos se habian unido con la multitud para oirlo, ó antes bien, para sorprenderlo en sus palabras. Desde las primeras que pronunció, juzgaron á propósito el interrumpirlo, con pretexto de pedirle las necesarias declaraciones. «Yo soy *(les «decia)* la luz del mundo, el que me sigue no camina en tinieblas; «sino tendrá la luz de la vida...» Examinemos sériamente, y con toda la posible atencion, estas tres palabras.

1.° *Primera palabra de Jesús*... «Yo soy la luz del mundo...» 1.° *Es la luz increada por su divina generacion.* Jesús en el seno de Dios es la luz eterna y esencial; el Hijo eterno de Dios Padre; el esplendor de su gloria, y la imágen de su sustancia [1]... Os adoro, ó luz divina, luz inaccesible é incomprensible, os adoro con el Padre, de quien sois engendrada, y con el Espíritu Santo que procede de Vos y del Padre. Santa Trinidad, Dios solo y único en tres personas, os adoro, y someto á Vos todas mis débiles luces, que no son otra cosa delante de Vos que espesas tinieblas. ¿Cuándo os veré, ó luz divina, cuándo seré transformado en Vos?... 2.° *Jesús es la luz encarnada por su nacimiento temporal, por sus misterios, y por su Evangelio*... Á los rayos de esta divina luz han huido los espíritus de las tinieblas: han enmudecido los ídolos, y han quedado sin adoradores; el hombre, finalmente, ha reconocido el Autor de su ser, el homenaje que le debia, el culto con que debia honrarlo, y los bienes eternos que debia esperar. Os doy las gracias, ó luz invisible, por haberos manifestado á nosotros, haciéndoos sensible y visible á nuestros ojos. Contemplo con el corazon penetrado de reconocimiento aquel divino esplendor que esparcís sobre la tierra,

1 Hebr. I, 13.

despues de haberla librado de las espesas tinieblas de que estaba cubierta. ¿Es posible que haya aun hombres ó tan ciegos para no ver una luz tan viva y tan brillante, ó tan furiosos, que se obstinen en cerrar los ojos á los puros rayos de una luz tan dulce y tan benéfica? 3.° *Jesús es la luz infusa que él nos comunica por medio de su gracia*... Cuando Jesús esparce en nuestros corazones esta divina luz, los ilumina, los purifica, los calienta, les hace gozar de un dia puro y sereno, y les procura una calma y una paz inefable. ¡Ah, venid á mi corazon, luz sagrada! Al resplandor que Vos causais en él, resaltan de júbilo y de alegría mi alma y todas sus potencias; al desaparecer, aunque por poco, caigo en las tinieblas, en el tédio y en la tristeza. ¡Oh Jesús! ¡oh luz mia! ¡oh bien de mi alma! ¡oh amor de mi corazon! ¡Ah, venid, y no os separeis jamás de mí!

2.° *Segunda palabra de Jesús*... «El que me sigue no camina en «tinieblas...» ¿Quién es el que camina en las tinieblas? *Y el que en vez de seguir á Jesús sigue solamente su propia razon;* porque esta razon nada le dice de preciso sobre su orígen, sobre su futuro destino; y sobre todos estos puntos importantes se queda en las tinieblas... 2.° *El que en vez de seguir á Jesucristo, y de escuchar su Iglesia, quiere seguir solamente su propio espíritu para entender el sentido de la revelacion;* porque este espíritu particular nada le dice de seguro, nada que lleve el sello de la divina infalibilidad, y de este modo, aun cuando recibe la letra y el texto de la Escritura, queda en la incertidumbre y en las tinieblas. De aquí procede, entre los herejes, como tambien entre los filósofos, aquella diversidad y oposicion de sentimientos, que hace ver que no siguiendo á Jesucristo caminan en las tinieblas, y sin saber dónde estén, ni á dónde vayan... 3.° *El que en vez de seguir á Jesucristo, de imitar sus virtudes y practicar su ley, quiere seguir su inclinacion y satisfacer sus pasiones*. Sus obras son tenebrosas, las esconde á los hombres; querria poderlas esconder tambien á Dios, y asimismo su corazon se endurece; se oscurece su fe, y en las tinieblas en que camina está agitado de temores; teme ser sorprendido de sus enemigos, y caer cuando menos lo piense en el abismo abierto debajo de sus piés; abismo que él no ve, y de que se lisonjea estar muy léjos. ¡Ah! no es así de aquellos que siguen á Jesucristo, y que sumisos á su palabra, dóciles á su Iglesia, y fieles á su ley, se aplican á agradarle; imitan sus ejemplos, y no lo abandonan en el tiempo de la tentacion, en los sufrimientos, y hasta sobre el mismo Calvario. Estos caminan en la luz, esta los ilumina en todos sus pasos, los asiste, y

los asegura en todas sus operaciones, y hasta en la noche del último pasaje les mostrará el camino resplandeciente que conduce á la eterna felicidad.

3.° *Tercera palabra de Jesús*... «Sino tendrá la vida eterna...» ¿Qué cosa es esta luz de vida? Es la luz de la vida espiritual que conduce á la vida eterna... Se distinguen tres grados de ella: el primero nos constituye en la gracia santificante; en el estado de gracia, echa fuera todo pecado mortal de nuestras operaciones, de nuestra alma y de nuestra vida, y nos hace merecedores de participar de la luz de la vida eterna: esto es lo que se llama vida purgativa... El segundo nos establece en el fervor, nos hace trabajar para evitar todo pecado venial, y toda imperfeccion voluntaria y deliberada. Entonces la luz no solo nos descubre lo que puede ofender á Dios, sino tambien lo que puede agradarle, lo que puede hacernos mas agradables á sus ojos, lo que exige de nosotros por reconocimiento á todo lo que él ha hecho por nosotros, y á todo lo que nos promete: esto es lo que se llama vida iluminativa... El tercero nos une á Dios en una manera especial é íntima. En este grado la luz es tan viva y tan abundante, que no se ve otra cosa que Dios, sus infinitas perfecciones, y su suma amabilidad: no se ve otra cosa en las criaturas, en nosotros mismos, y en todo lo que mira á la vida presente, que nada, bajeza, indignidad y objetos de aversion y de desprecio, de que el alma se siente rebatida con una especie de horror para conservarse fuertemente unida á Dios, y á todo aquello que él ama y puede agradarle: esto es lo que se llama vida unitiva... ¡Feliz el que camina al esplendor de esta luz divina, siguiendo fielmente á Jesucristo! ¡Ah! si fuésemos fieles en seguir la luz que tenemos, esta creceria de grados en grados, y llegaria hasta aquel dia resplandeciente, que es el preludio de la luz celestial de que gozan los bienaventurados en la vida eterna de la gloria.

PUNTO II.

Objecion de los fariseos, y respuesta de Jesús.

Los fariseos, que habian venido á oir á Jesús para contradecirle, no dejaron de interrumpirlo desde el principio de su discurso... «Y «le dijeron los fariseos: Tú das testimonio de tí mismo: tu testimo«nio no es verdadero *(no es legítimo, no es admisible)*...»

1.° *Jesús respondió á esta objecion, exceptuándose de la regla general*... «Respondió Jesús, y les dijo: Aunque yo doy testimonio de

«mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vine «y á dónde voy; pero vosotros no sabeis de dónde vengo, ni á dón-«de voy...» La luz que nos hace ver todos los objetos se deja ver por sí misma. El Verbo de Dios se habia hecho hombre: de él solo podíamos aprender este grande misterio. Jesús habia comparecido sobre la tierra con una tal fama de santidad; habia anunciado una doctrina tan celestial; habia ejercitado una potencia tan absoluta, que no faltaba ya otra cosa sino saber de él mismo quién era: su testimonio en estas circunstancias era superior á todo otro testimonio y la verdad de Dios mismo. Se requeria una ceguedad semejante á la de los fariseos para no quedar sorprendidos del esplendor de aquella viva luz, y para no reconocer la autoridad de este testimonio.

2.° *Jesús responde á esta objecion descubriendo el orígen de su error*... «Vosotros juzgais segun la carne: yo no juzgo á ninguno...» Se pierde la fe queriendo juzgar de los misterios de Dios segun el sentido humano y segun las luces de la razon natural: se destruye la caridad juzgando de las personas segun la pasion y los afectos del propio corazon; y este era el doble delito de los fariseos en órden á Jesucristo. Este divino Salvador no ha juzgado sobre la tierra, no ha condenado á ninguno. Ha excusado los pecadores, los ha llamado, los ha reconciliado á la gracia; ha amenazado á los indóciles, y los ha aterrado con el pensamiento del juicio y de los suplicios de la otra vida; pero en esta ha sufrido sus insultos, se ha sujetado á sus sentencias, ha padecido los tormentos y la muerte á que lo han condenado... ¿Cómo, pues, nosotros, discípulos de Jesucristo, tenemos el atrevimiento de juzgar á nuestro prójimo? ¿Cómo no nos avergonzamos de tener una conducta del todo opuesta á la de que Jesús, nuestro modelo, nos ha dado ejemplo?

3.° *Jesús responde á esta objecion haciendo reflexionar que su testimonio no es solo, y que es admisible segun los términos de la ley*... «Yo no juzgo á ninguno; y aun cuando yo juzgase, mi juicio es se-«guro, porque yo no soy solo, sino yo y el Padre que me envió: y «en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos personas es idó-«neo. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y da testimonio «de mí el Padre que me envió...» Jesús se aprovechaba en todas las ocasiones de la malicia misma de sus enemigos, y de sus objeciones, para instruirnos siempre mas. ¡Cuántos misterios se encierran en estas palabras! Jesús es Hijo de Dios, Dios es su Padre, su Padre lo ha enviado á los hombres sobre la tierra, para instruirlos

y salvarlos; pero de tal suerte es Jesús hijo de Dios, y de tal suerte es enviado de Dios, que no se ha separado de su Padre, que su Padre está en él, y que él está en su Padre; que los juicios que profiere, la doctrina que anuncia, las obras que hace, son juicios, doctrina y obras de su Padre. Aquellas obras milagrosas que interrumpen y cambian el curso de la naturaleza son el testimonio que le da su Padre. El que las hace diciendo quién es él, es necesariamente todo aquello que dice que es. La impiedad no puede oponer á este testimonio otra cosa que su ceguedad, que sus pasiones, que su dureza; pero este testimonio será siempre el fundamento inconcuso de la fe de los cristianos, su seguridad y su dulce consolacion.

PUNTO III.

Pregunta de los fariseos, y respuesta de Jesús.

1.° ***De la malicia de los fariseos manifestada en la pregunta que hacen***... «Pero le decian: ¿Dónde está tu Padre?...» Era bien fácil de comprender que Jesucristo hablando como hablaba de su Padre, no hablaba ya de un hombre, sino de Dios. Bien lo comprendian los fariseos; pero fuera de que nada de esto creian, habrian querido que Jesucristo se hubiese explicado con mas claridad delante del pueblo, para acusarlo de blasfemo, como que se decia Dios, é igual á Dios. El pueblo, que no estaba acostumbrado á este lenguaje, se habria escandalizado extremamente, habria olvidado luego las pruebas sobre que estaba apoyado, y fácilmente se habria dejado llevar á algun exceso que hubiese favorecido los designios de los fariseos contra Jesús... ¡Ah! somos bien dignos de compasion cuando preguntamos solo por sorprender, cuando leemos la Escritura únicamente para encontrar qué censurar, y cuando escuchamos la palabra de Dios solamente para criticarla.

2.° ***De la ceguedad de los fariseos manifestada en la respuesta de Jesucristo***... «Respondió Jesús: No me conoceis á mí, ni á mi Pa-«dre; si me conociéseis á mí, conoceríais tambien á mi Padre...» Esta respuesta, que desconcertaba los designios de los fariseos, les daba en cara al mismo tiempo con su ceguedad voluntaria. Se obstinaban estos en no reconocer á Jesucristo por el Mesías, no obstante todas las pruebas que les daba, y tampoco cuidaban, perseverando en esta obstinacion, de reconocer que Dios era su Padre... Cuando hemos abusado de las primeras gracias, y hemos resistido á las luces que se nos han comunicado, no merecemos recibir otras: so-

mos justamente privados de aquellas que nos estaban destinadas, y siempre nos cegamos mas, y nos endurecemos... Solo por Jesucristo tenemos un verdadero conocimiento de Dios, de su bondad para con nosotros, de su amor infinito y de su justicia. Estudiemos en Jesucristo su doctrina, su vida y sus misterios, y cada dia creceremos en el conocimiento, en el temor y en el amor de Dios.

3.° *Del furor impotente de los fariseos que se descubre en la separacion de la asamblea...* «Tales palabras dijo Jesús en el gazofila«cio, enseñando en el templo; y ninguno lo arrestó, porque no ha«bia llegado aun su hora...» Despues de haber dado Jesús esta respuesta á los fariseos, se despidió de la asamblea, que inmediatamente se separó sin estrépito. Salió él mismo, despues que ellos, de la sala del tesoro, situada en el atrio exterior del templo, y muy adaptada por su grandeza y amplitud para un tumulto popular. Pero lo dejaron salir libremente, *porque no habia llegado aun su hora;* y esto quiere por la tercera vez notar el sagrado historiador; porque esta reflexion le pareció muy importante para la gloria de su Maestro y sin duda tambien para asegurarnos á nosotros contra nuestros enemigos y contra los enemigos de Dios, los cuales nada pueden contra nosotros, sino cuanto y en el tiempo que él se lo permite... ¡Cuántas personas en la asamblea habrian querido arrestar á Jesús!... Pero este Hombre-Dios, porque no habia llegado aun su hora, contenia las pasiones de sus enemigos en una suspension que se puede contar en el número de los mayores milagros: se habria podido decir que con un poder invisible los tenia encadenados.

Peticion y coloquio.

¡Ah Señor! los designios y los proyectos de los hombres contra mí no me impedirán el continuar la obra de mi salvacion que Vos habeis comenzado en mí, y que me habeis encomendado. Vuestros son mis enemigos, y para hacerme mal solo tendrán este tiempo y aquel poder que Vos querréis concederles: y si al fin os agradase abandonarme á su violencia, estoy cierto que no sabréis entonces olvidaros de vuestra bondad y de mi flaqueza. Este tiempo de prueba es la hora del justo; y por otra parte, ¿qué cosa es este tiempo? ¡Ah! él es breve en comparacion del tiempo de la recompensa que Vos me prometeis... Amen.

MEDITACION CLXXVIII.

DISCURSOS DE JESUCRISTO EN EL TEMPLO EL SÁBADO DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

(Joan. VIII, 21-29).

DE LA MUERTE EN EL PECADO.

Consideremos: 1.° para quién es temible la muerte en el pecado; 2.° lo que debemos hacer para evitar la muerte en el pecado; 3.° en quién debemos poner nuestra confianza para hacer una buena muerte.

PUNTO I.

Para quién sea temible la muerte en el pecado.

Volvió Jesús al templo, para enseñar en él, el tercer dia despues de la octava de la fiesta de los Tabernáculos, y como se ve por lo que se sigue, era el dia de sábado. Por eso su discurso fue mas largo, y mas numerosa y mas ruidosa la asamblea. No se atrevieron en aquel dia los fariseos á manifestarse personalmente delante de todo el pueblo; pero en su lugar enviaron sus emisarios, que pensaron llevar las cosas á los últimos excesos. En este discurso no anduvo Jesucristo en contemplaciones, ni tomó medida alguna por respeto á los judíos: empleó las expresiones mas fuertes y las mas vivas reprensiones para vencer la dureza de sus corazones, y empezó amenazándoles con la suerte funesta de morir en su pecado, repitiéndoselo por tres veces desde el principio de su instruccion. Esta amenaza tan reiterada, tanto para ellos como para nosotros, nos debe llenar de un temor saludable que nos haga evitar una tan funesta desgracia... «Otra vez les dijo Jesús: Yo me voy, y me bus-«caréis, y moriréis en vuestro pecado. Á dónde voy yo no podeis «venir vosotros. Y decian los judíos: ¿Por ventura se matará á sí «mismo, pues ha dicho: Á dónde yo voy no podeis vosotros ve-«nir?...» Ya hemos explicado [1] lo que aquí repite el Salvador; solo nos queda que meditar lo que añade de la muerte en el pecado.

Lo 1.° *Consideremos cuán temible sea esta muerte en el pecado para aquellos que dilatan la conversion hasta la muerte*... Muchos han sido sorprendidos de una muerte repentina, que no les dejó tiempo alguno para reconocerse, ó se engañaron con el progreso de una enfermedad que desde el principio pareció ligera, y que esperó á declararse mortal cuando ya no dejó alguna especie de libertad. Mu-

[1] Meditacion CLXXII.

chos en la muerte se hallan sobrecogidos de un endurecimiento tal, que resiste á cuanto se les puede decir de mas afectuoso. Muchos son engañados de algunos buenos principios precipitados é insuficientes efectos de su temor, y de promesas de enmienda arrancadas como por fuerza por el deseo de la vida; pero que las desmiente el corazon. ¡Ah! ello es cosa bien rara que la muerte sea un tiempo para buscar á Dios, y principalmente despues de haber huido de él por largo tiempo, cuando él mismo nos buscaba.

Lo 2.° *Cuán temible sea esta muerte en el pecado para aquellos que viven una vida mundana*... No comprendieron los judíos la amenaza que Jesucristo les hacia, y él mismo les descubrió la razon añadiendo: «Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba: vosotros sois de este «mundo, yo no soy de este mundo...» Nosotros tenemos un nacimiento y una vida terrena, segun la carne, por la cual somos de este mundo; pero tenemos tambien una celestial, segun el espíritu que recibimos en el Bautismo, y por la cual hemos renunciado á la carne y al mundo. Si vivimos segun esta, somos miembros de Jesucristo, é irémos donde él vaya. Los miembros seguirán la cabeza. Pero si vivimos segun la primera, segun el mundo; si vivimos en el pecado, en el hábito del pecado, ¿qué debemos esperar sino morir en nuestro pecado? Examinemos ahora si somos de este mundo con los pecadores, ó de Jesucristo con sus Santos. Observemos si en los pensamientos de nuestro espíritu, en las máximas de nuestra conducta, en los afectos de nuestro corazon, en el proceder de nuestro cuerpo, en las acciones de nuestra vida, en las ideas que tenemos de las cosas, en el juicio que de ellas hacemos, y finalmente en los hábitos contraidos, seguimos al mundo ó á Jesucristo... ¿Somos ó no somos nosotros de este mundo? Si lo somos, ¡ah! temamos la muerte en nuestro pecado, y para evitarla cesemos de ser del mundo para ser de Jesucristo.

Lo 3.° *Cuánto sea de temer esta muerte en el pecado para aquellos á quienes falta la fe*... «Os dije por tanto, que moriréis en vuestros «pecados: porque si no creyéreis que yo soy, moriréis en vuestro «pecado...» Si no creeis que yo soy el Mesías, el enviado de Dios, el Hijo de Dios, el Señor de los hombres, su Mediador, su Redentor y su Juez soberano: si no creeis que soy yo el que os he enviado mis Apóstoles, que he fundado mi Iglesia, que enseño y decido por medio de ella, y que estoy con ella hasta la consumacion de los siglos, vosotros moriréis en vuestro pecado; porque solo por esta fe y en esta Iglesia, por su ministerio y por sus Sacramentos po-

deis recibir la remision. ¡Oh cuánto importa en materia de fe no empeñarse en partidos de los cuales difícilmente se puede salir! Tengámonos, pues, estrechamente unidos al tronco del árbol; á la fe de la Iglesia católica, apostólica y romana, y el funesto ejemplo de los que la han abandonado nos haga atentos á no separarnos de ella en nada. No basta, no, llevar el nombre de cristianos, de católicos, si con esto solo tenemos una fe débil, lánguida, vacilante y sin alma: una tal fe no se hace victoriosa de nuestras pasiones, de nuestras tentaciones y de nuestros hábitos, y no nos impediria el morir en nuestro pecado.

PUNTO II.

Lo que debemos hacer para evitar la muerte en nuestro pecado.

Lo 1.° *Conocer á Jesucristo*... «Y le decian ¿quién eres tú?...» Preguntemos nosotros como estos, pero no como ellos, no por incredulidad, por desprecio, por insulto y por acusarlo, sino con un profundo respeto y con deseo sincero de instruirnos. Llenos de estos sentimientos escuchemos la respuesta del divino Salvador, y meditémosla... Á esta pregunta... «*¿Quién eres tú? Jesús les dijo: El* «*principio y el que hablo á vosotros*...» Esta respuesta breve y misteriosa es susceptible de muchas explicaciones, todas las cuales pueden servir para nuestra edificacion. Esto es, en primer lugar: Yo soy el principio de todas las cosas, aquel por quien se han hecho todas las cosas y sin el cual nada se ha hecho [1], el que me he dignado de bajar sobre la tierra; que me quiero mostrar á vosotros, hablaros é instruiros... Adoremos esta suprema Majestad, y démosle gracias por su infinita bondad... Esto es, en segundo lugar: Yo soy lo que os he dicho que soy desde el principio: lo que no he cesado de ser desde que empecé á comparecer entre vosotros y á predicaros: esto es, el enviado del Padre, la vida y la salvacion; la consolacion y la luz del mundo; el que no viene del mundo y de la tierra, sino de lo alto del cielo. Esto es lo que yo soy. Ya os lo he dicho desde el principio, os lo he probado con mil obras: vosotros os obstinais en no creerme, ¿y me preguntais ahora quién soy? ¡Ah! yo creo, ó Salvador mio, creo todo lo que sois, todo lo que habeis dicho: solamente os pido que os digneis de imprimirlo en mi corazon y en mi espíritu para que jamás me olvide... Esto es en tercer lugar: Yo soy aquel que os habló desde el principio: el que

[1] Joan. I, 1, 3.

mucho tiempo há os instruyó, os exhortó, os solicitó, y á quien siempre resistís... ¡Ay de mi! y cuán bien nos conviene á nosotros esta reprension! ¿Cuánto tiempo há que Jesucristo nos habla, nos amenaza, nos convida y nos solicita de mil maneras para que nos demos enteramente á él? Reconozcamos, pues, hoy su voz, y hagámonos dóciles á ella, si queremos evitar la muerte en el pecado, y morir la muerte de los justos.

Lo 2.° *Conocernos y juzgarnos á nosotros mismos*... «Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y que condenar...» Como si hubiese dicho: Vosotros me preguntais sobre lo que yo soy: ya os lo he dicho suficientemente, pero yo tendria muchas cosas que decir sobre lo que vosotros sois, y encontraria en vosotros muchas cosas que condenar: juzguémonos, pues, á nosotros mismos, y condenémonos mientras vivimos, si no queremos ser juzgados y condenados en la muerte. ¡Ah! ¿cuántas cosas dignas de condenacion ve el Señor en nosotros? ¿cuántas desde que tenemos uso de razon? ¿cuántas en cada edad, en cada año, en cada empleo? ¿cuántas en nuestros pensamientos, en nuestras acciones, en nuestros afectos, en nuestras intenciones, y aun en nuestras buenas obras y en nuestras devociones? ¡Ah! Dios mio, ¿quién soy yo á vuestros ojos? Si los hombres me conociesen tal cual soy, y que Vos me conoceis, ¿qué seria de mí? Detesto, Dios mio, todos mis pecados, todos mis desórdenes, todas mis abominaciones: las lloro amargamente, os pido perdon, y con el socorro de vuestra gracia quiero comenzar una vida mas digna de Vos.

Lo 3.° *Conformar nuestra vida á la ley del Evangelio*... «Pero el «que me envió es verdadero, y yo lo que oí de él esto hablo en el «mundo...» La ley evangélica es la verdad de Dios mismo. Verdad que subsistirá eternamente, y sobre la cual todos los hombres serán juzgados á proporcion de sus luces... La ley del mundo no es otra cosa que mentira; viene solo de las pasiones, y para cada uno de nosotros acabará con nuestra vida. ¡Ay en aquel último momento, de quien habrá preferido esta falsa ley á la ley de Dios! ¡Feliz de aquel que habrá despreciado la mentira por unirse á la verdad! ella lo salvará en aquel terrible momento, y lo coronará de una gloria eterna.

PUNTO III.

En quién debemos poner nuestra confianza para hacer una santa muerte.

1.° *En Jesús crucificado*... La cruz de Jesucristo es la prueba de nuestra fe... En las palabras dichas de Jesucristo no entendieron los judíos que su Padre debia ser Dios; pero mucho menos debieron comprender lo que añadió del misterio de la cruz, cuando les dijo: «Cuando habréis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis «que yo soy, y que nada hago de mí mismo, sino que hablo segun «lo que el Padre me ha enseñado...» Esto es, cuando me habréis condenado como un malhechor y un blasfemo; cuando me habréis hecho sufrir el último suplicio, y me habréis visto espirar sobre una cruz; entonces conoceréis que yo soy el Mesías, el nuevo Adan, el Salvador de los hombres, el Hijo de Dios; que yo mismo soy Dios, igual á mi Padre, y el mismo Dios con él; que todas mis acciones y mis palabras son acciones y palabras divinas; que nada hago por mí mismo sin estar unido y sin obrar con mi Padre, y que nada enseño sino lo que he aprendido de mi Padre... No dijo jamás el Salvador cosa tan sublime, tan incomprensible, tan elevada sobre la razon como lo que aquí dice; y ciertamente nosotros vemos su cumplimiento á nuestros ojos. Solo despues que espiró sobre un patíbulo se creyó en él, en sus misterios y en su doctrina. ¿Quién, pues, ha dado á la cruz una virtud tan admirable y sorprendente? Esta no puede ser obra de los hombres. ¡Un Hombre-Dios, y que no se cree Dios sino despues de haber sido crucificado! No; hasta allí no llega el poder de los hombres, ni aun les habria jamás pasado por el pensamiento semejante cosa. Conviene, pues, decir que las pruebas que han acompañado este misterio han sido bien evidentes, y que la gracia que ha obrado sobre los corazones haya sido bastante poderosa para obtener del mundo entero una fe tan incomprensible... Jesús crucificado y adorado: hé aquí mi fe, y al mismo tiempo la justificacion y la prueba de mi fe. Prueba que supone todas las otras, y que es su perfeccion y su compendio. ¡Oh cruz adorable, me basta el veros para quedar persuadido y convencido de mi fe!

2.° *La cruz de Jesucristo es el alivio de nuestras penas*... «Y el que «me envia está conmigo, y no me ha dejado solo...» No, ó Señor, el que os ha enviado no os ha dejado solo, ni aun en vuestra cruz. Ha querido que la plenitud de la divinidad habitase siempre en Vos

para reconciliarlo todo en Vos y por Vos, y pacificar el cielo y la tierra con vuestra sangre; y vuestra cruz es aquella sobre que se ha obrado este grande misterio de la reconciliacion general y de la pacificacion del cielo con la tierra. En ella, árbitro de la paz y mediador entre Dios y los hombres, habeis satisfecho enteramente y abundantemente á la justicia de Dios ofendido, y habeis librado, rescatado y reconciliado á los hombres esclavos y pecadores. ¡Oh misterio inefable! ¡oh cruz saludable! ¿puedo yo veros sin quedar enternecido, sin quedar penetrado de reconocimiento, sin sentir nacer en mi corazon el júbilo y la esperanza? ¡Ah! qué viva satisfaccion pensar que cuando yo he de sufrir alguna cosa, si uno mis dolores á los de Jesús, si sé cumplir de mi parte los empeños tomados sobre la cruz, y aplicarme los méritos de la pasion de mi Salvador, entonces, léjos de estar solo en mis penas, estoy unido á Jesús paciente, y por él á Dios y á los bienaventurados habitadores del cielo; estoy asociado á su cruz, y participo de la grande reconciliacion obrada sobre ella... ¡Qué dulzura no me hace hallar este pensamiento en mis penas! ¡qué júbilo, qué gloria, qué consolacion!

3.° *La cruz de Jesucristo es la recompensa de nuestra fidelidad...* «Porque hago siempre aquello que es de su agrado...» ¡Ah! ¿cómo, pues, ó Señor, Vos que en todo habeis buscado siempre el agrado de vuestro Padre; cómo, pues, este Padre tan fielmente obedecido os ha destinado, ó Hijo tan tiernamente amado, á morir sobre una cruz? ¿Es acaso este el precio de vuestra obediencia y la señal de su amor? Sí: el misterio de la reconciliacion que os habeis encargado de cumplir sobre la cruz ha sido la gloriosa recompensa de vuestra fidelidad en ejecutar las órdenes de vuestro Padre. Por esto os habeis adquirido el imperio del cielo y de la tierra, el derecho de reinar sobre los corazones, de juzgar á los vivos y á los muertos, de recibir las adoraciones de los Ángeles y de los hombres, y de formar á vuestro Padre un pueblo perfecto que reine con Vos en la eternidad. ¿Quién habria comprendido jamás un tal misterio? Y despues que Vos fuísteis elevado en la cruz, ¡cuántos lo han comprendido! ¡Cuántos han pedido á Dios no otra recompensa de sus trabajos que la gloria de morir y derramar por él su sangre!... ¡Ah! vivamos tambien nosotros santamente, y comprenderémos este grande misterio de la felicidad y la gloria del padecer. Entonces, ni la muerte, ni los dolores que la acompañan, podrán aterrarnos, y cuanto mas suframos, tanto mas agradecerémos á Dios el habernos asociado á su Hijo, y habernos hecho participantes de su gloria.

Peticion y coloquio.

Señor, os suplico que me concedais que estos sentimientos puedan animar continuamente mi espíritu y mi corazon : cada dia os lo pediré como la mayor de todas las gracias. Haced que por ellos pueda yo merecer agradaros. Haced que yo padezca, que yo espire, no sobre la cruz del mundo, ni sobre la cruz de la naturaleza, sino sobre vuestra cruz, ó Salvador mio. Amen.

MEDITACION CLXXIX.

CONTINUACION DEL DISCURSO DEL SALVADOR EN EL TEMPLO EL SÁBADO DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

(Joan. VIII, 30-45).

DE LA FALSA ESTIMA DE NOSOTROS MISMOS.

1.° Nos creemos libres, y somos esclavos; 2.° nos creemos hijos de los Santos, y somos hijos de los pecadores y de los mundanos; 3.° nos cremos hijos de Dios, y somos hijos del demonio.

PUNTO I.

Nos creemos libres, y somos esclavos.

1.° *El primer error es de aquellos que se creen enteramente libres, porque han comenzado á salir de la esclavitud*... «Diciendo él estas «cosas, muchos creyeron en él. Y decia Jesús á aquellos judíos que «habian creido en él: Seréis verdaderamente mis discípulos, si per-«severáreis en mi doctrina, y conoceréis la verdad, y la verdad os «hará libres...» Aun cuando las palabras dichas por Jesucristo no pudiesen ser perfectamente comprendidas por los judíos, resplandecia en su discurso tanta sabiduría y santidad, tanta majestad y grandeza, que muchos creyeron en él ; y Jesús, que conocia la buena disposicion de sus corazones, les encarga aquí que perseveren constantemente en su doctrina y en la fe que tienen en él... No nos fiemos, pues, de un principio de conversion, de tal suerte que nos miremos ya luego como libres y sueltos del yugo de nuestras pasiones. Este error ha perdido á muchos que viviendo sin precaucion y sin temor han recaido bien presto en las cadenas que habian roto con mucha dificultad... El solo medio de asegurar nuestra libertad es perseverar en la práctica de la ley y en la meditacion de las verdades de la salud, velando sobre nosotros mismos, huyendo las ocasiones, y resistiendo á las tentaciones. Entonces se introducirá



poco á poco la verdad en nuestro corazon; verémos las cosas con otros ojos, y gustarémos las dulzuras de una sólida libertad que fácilmente conservarémos.

2.° *El segundo error es mas material y de aquellos que se creen enteramente libres, porque lo son en lo exterior*... «Le respondieron «ellos: Somos linaje de Abrahan, y nunca servimos á ninguno. «¿Cómo, pues, dices tú, seréis libres?...» Hay algunos que conocen solamente el exterior de la libertad y de la esclavitud: se creen libres porque son miembros de una nacion libre, gobernada por sus príncipes y por sus leyes, y se creen tanto mas libres, cuanto en el país que ellos habitan están menos sujetos por la religion y por las costumbres, y cuanto mas les es permitido en ellos el pensar, el hablar y escribir como quieren, y vivir á su gusto. Esta es aquella libertad exterior de que solo eran celosos los judíos. Descendientes de Abrahan por Isaac hijo de la promision, no habian perdido jamás los sentimientos de independencia que este orígen les aseguraba, y actualmente sujetos á los romanos, esperaban del Mesías solamente su libertad temporal. ¡Ah! cuántos entre los cristianos tienen todavía el corazon judáico, no reconocen otra libertad, otra gloria, otros bienes que los de este mundo, y son insensibles á la esclavitud del alma, que es conocida á Dios solo, y cuya vergüenza y miseria comparecerán solo en la otra vida!

3.° *El tercer error, mas deplorable aun, es de aquellos que se creen libres en sus mismos desórdenes*... «Les respondió Jesús: En verdad, «en verdad os digo, que cualquiera que hace el pecado es siervo «del pecado: ahora el siervo no está siempre en la casa, el hijo está «siempre en la casa, por lo cual, si el hijo os libertara, seréis ver«daderamente libres...» Muchos se imaginan que encuentran una feliz libertad sacudiendo el yugo de la ley de Dios, sofocando los remordimientos de su conciencia, y abandonándose sin freno á todos los excesos y á todos los caprichos de sus pasiones. ¡Ah! ¿qué importa que gocen de la libertad? «Cualquiera que hace el pecado «es siervo del pecado...» Esclavo infeliz, aun en este mundo, en el cual, aunque no quiera, siente el rigor de su esclavitud y el peso de las cadenas sin poderlas romper; y mucho mas infeliz aun en la otra vida, cuando arrojado de este mundo, en que ha querido recibir la libertad, excluido del cielo, donde el Hijo reina eternamente con aquellos que ha hecho libres, no tendrá otra habitacion que la prision eterna del infierno, llena de viles esclavos como él. Lo mismo á proporcion decimos de aquellos que se creen libres en la di-

sipacion y en la indiferencia por las culpas ligeras. Cuanto mas atentos, profundamente recogidos y constantemente mortificados estamos sobre nosotros mismos, tanto mas gozamos de una libertad perfecta... Lloremos aquel tiempo desgraciado que hemos pasado en una tan dolorosa y peligrosa esclavitud. Demos gracias á nuestro divino Redentor, que con el precio de toda su sangre nos ha vuelto á comprar, á librar y á salvar; á este Hijo adorable, generoso y benéfico, que no solo nos ha hecho libres, sino que nos ha adoptado tambien por sus hermanos, nos ha elevado hasta su esfera y á la cualidad de hijos de Dios, para que pudiésemos habitar eternamente con él en la casa y dividir con él su herencia eterna. ¡Oh Dios, qué libertad, qué favor, qué honor, qué esperanza! ¿Tendré aun corazon para renunciaros y para hacerme esclavo del pecado y del infierno?

PUNTO II.

Nos creemos hijos de los Santos, y somos hijos de los pecadores y de los mundanos.

Se gloriaban los judíos de ser los descendientes de Abrahan por Isaac y Jacob... Nosotros tambien nos gloriamos de ser hijos de Santos. Tenemos Santos de nuestra nacion, de nuestra ciudad: Santos protectores, de quienes celebramos la fiesta, de quienes llevamos el nombre; Santos fundadores, de quienes seguimos la regla, y de quienes llevamos el hábito, cuya santidad alabamos acaso, tambien como los judíos, con cualquier sentimiento de emulacion, de vanidad y de celos, pretendiendo con esto ser mas que los otros. Pero comparémonos con estos Santos de quienes nos decimos hijos. ¡Qué desigualdad!

1.° *¿Nos asemejamos nosotros á los Santos en cuanto al amor que ellos han tenido á la palabra de Dios?*

«Sé *(continúa Jesucristo)* que sois hijos de Abrahan; pero bus-«cais quitarme la vida, porque no cabe en vosotros mi palabra. Yo «digo lo que he visto en mi Padre, y vosotros igualmente haceis lo «que habeis visto en vuestro padre...» Esto es, yo sé que descendeis de Abrahan; pero si fuéseis sus dignos hijos, no buscaríais, como haceis, los medios de quitarme la vida: este infame designio es un efecto de la dureza de vuestro corazon, siempre inflexible y rebelde á mi palabra... No me maravillo que tengais tanta aversion á mi persona y á mi doctrina: yo bien sé la causa. Ciertamente todo lo que yo os digo lo he aprendido de mi Padre, y de esto tengo un

conocimiento seguro; pero vosotros, vosotros no haceis otra cosa que lo que vuestro padre os ha enseñado... La palabra de Dios ha sido siempre el fundamento de la fe de los Santos que nos han precedido. Inviolablemente unidos á la enseñanza de la Iglesia, de ella recibian la palabra de Díos y su interpretacion, y detestaban todo aquello que aunque por poco se alejaba de su doctrina y de la obediencia debida á los legítimos pastores. La palabra de Dios era la regla de su conducta. Observaban los preceptos, guardaban tambien los consejos en cuanto se lo permitia su estado, y en todo seguian las máximas del Evangelio. La palabra de Dios era las delicias de su corazon; la leian con ansia, la meditaban dia y noche, la gustaban, y estaban penetrados de ella. Una sola palabra los arrebataba y los llenaba de la mas tierna devocion. Pero nosotros, nosotros abandonamos esta divina palabra sacada del seno de Dios. Nosotros miramos lo que piensa, y cómo vive el mundo. Nuestra fe es la fe del mundo. Nosotros hablamos de la Iglesia y de la Religion como el mundo y como le agrada al mundo. Nuestras reglas y nuestras máximas son las que vemos que sigue el mundo. Nos parece extranjera la palabra de Dios, y no encuentra en nosotros lugar alguno: no en nuestras ocupaciones; no tenemos tiempo para oirla ó leerla: no en nuestro espíritu; este está demasiadamente distraido para poder meditar: no en nuestro corazon; este está lleno de objetos terrenos para poderla gustar. Piedad, fervor, devocion; estos sentimientos nos son desconocidos; ni siquiera conocemos los términos, ni sabemos su significado. ¡Ah! no somos aquellos hijos de los Santos que celebramos, sino hijos del mundo que vemos, y de los mundanos que imitamos.

2.° *¿Nos asemejamos nosotros á los Santos en cuanto á la práctica de la virtud?...* «Le respondieron y dijeron: Nuestro padre es «Abrahan. Les dijo Jesús: Si sois hijos de Abrahan, haced las obras «de Abrahan...» ¡Ay de mí! ¿no puede tambien decir á nosotros: si sois hijos de los Santos, imitad las virtudes de los Santos, haced las obras de los Santos? Ahora en los Santos ¡qué obras, qué virtudes, qué fe, qué esperanza, qué amor de Dios, qué caridad para con el prójimo! ¡Qué paciencia en los males, qué desinterés en el uso de los bienes, qué despego de ellos, qué fortaleza para vencerse, qué cuidado para conservarse en la pureza y en la gracia, qué dulzura, qué humildad, qué obediencia, qué recogimiento, qué modestia, qué continuacion en la oracion, qué frecuencia de Sacramentos, qué fervor en todos los ejercicios espirituales!... ¡Qué mor-

tificacion, qué penitencia, qué ayunos, qué vigilias! Si nada hacemos de todo esto, ¿con qué título pretendemos nosotros pertenecer á los Santos? Pero los Santos ¿no han hecho por ventura demasiado? no. ¿Y podian ellos hacer demasiado por Dios á quien habian de servir, por el Salvador á quien habian de imitar, por el enemigo que habian de vencer, por los obstáculos que habian de superar, por el cielo que habian de ganar, y por el infierno que habian de evitar? ¡Ah! guardémonos de que, temiendo hacer demasiado, no hagamos lo bastante, y que queriendo disminuir alguna cosa de esto, nada hagamos, y lo vengamos á perder todo.

3.° *¿Nos asemejamos nosotros á los Santos en cuanto al huir de los vicios?...* «Pero *(añadió Jesucristo)* ahora buscais el quitarme «la vida, siendo hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios: «Abrahan no hizo esto...» Si á todas las acciones de nuestra vida aplicásemos los ejemplos de los Santos, ¡cuántos vicios encontraríamos que cortar! Nosotros mantenemos en nuestro corazon los odios, las antipatías, los desprecios, los celos, las sospechas y los deseos de venganza: los Santos no han hecho esto. Nuestros discursos están llenos de maledicencia, de murmuracion, de calumnia, de ultraje, de quejas, de errores y de mentiras: esto no lo han hecho los Santos... Continuemos á aplicar esta regla á todas nuestras acciones, á todos nuestros deseos y á toda nuestra conducta, y verémos que nuestra vida es del todo diferente de la vida de los Santos, y toda semejante á la de los pecadores y mundanos. Cualquiera nombre, cualquiera hábito que llevemos, si tenemos solamente las obras del pecado y costumbres viciosas, nada tenemos de comun con los Santos, no tenemos derecho alguno á su recompensa, y solo podemos y debemos esperar el experimentar los suplicios eternos reservados á los pecadores.

PUNTO III.

Nos creemos hijos de Dios, y somos hijos del demonio.

1.° ***El carácter de los hijos de Dios es amar y recibir todo aquello que de él viene...*** «Vosotros haceis aquello que hizo vuestro padre; «y ellos le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicacion; te«nemos un solo Padre, Dios. Pero Jesús les dijo: Si Dios fuese vues«tro Padre, ciertamente me amaríais á mí, porque de Dios he ve«nido, ya que no he venido de mí mismo, sino que él me ha enviado. «¿Por qué razon no entendeis vosotros mi lenguaje? ¿por qué no po-

«deis sufrir mis palabras?...» ¿De dónde viene que vuestros ojos no pueden sufrir mi luz, que es la de Dios? ¡Ah! vuestra obstinacion es la que os hace sordos á mi palabra... Los impíos modernos, como otras veces los judíos, se glorian aun cada dia de tener á Dios por Padre, y de reconocerlo á él solo; pero si tuvieran los sentimientos que deben tener los hijos dóciles, amarian á aquel que por su naturaleza es el Hijo de este Padre omnipotente, que es igual á su Padre, y que ha hecho ver en una manera tan evidente que habia venido de parte de Dios á los hombres, para librarlos de sus males, para adoptarlos en él, y conferirles los verdaderos bienes; estarian ansiosos de saber lo que este único Hijo ha venido á anunciarles de parte de su Padre, y de seguirlo; amarian lo que él ha establecido sobre la tierra, á su Iglesia, y al que ha puesto en ella para enseñarnos despues de él. Este es el carácter de los verdaderos hijos de Dios; pero estos, que lo son solo por la creacion y no por los sentimientos, quieren un padre que nada les hable, que nada les diga, que nada les mande, que no los reprenda, que nada les castigue, que los deje vivir á su gusto y quebrantar impunemente todas las leyes de la justicia, del pudor, de la subordinacion y de la Religion; y si les hace anunciar su voluntad, nada quieren comprender, nada quieren creer, ni quieren aun oir hablar de esto; y despues de todo se creen justificados, viniéndonos á decir que todos tenemos el mismo Dios por padre. ¡Ah! hijos ingratos y desnaturalizados, vosotros lo tendréis por juez y por vengador de vuestra indocilidad.

2.° *El carácter del demonio es de ser cruel y falso*... «Vosotros tenéis por padre al diablo, y quereis satisfacer á los deseos de vuestro padre; él fue homicida desde el principio, y no perseveró en la verdad, porque en él no hay verdad; cuando habla con mentira, habla de lo suyo, porque él es mentiroso y padre de la mentira...» El demonio busca solo nuestra perdicion y nuestra muerte, segun el cuerpo y segun el alma. Él es el que desde el principio ha introducido la muerte en el mundo, y quien provoca tambien á ella, incitando á los hombres á que se destruyan entre sí. Él es el que ha introducido la muerte del alma por el pecado, y el que continuamente nos solicita al pecado, para procurarnos la muerte eterna, haciendo que seamos condenados á los mismos suplicios destinados para él. Él es falso, perverso, engañador, mentiroso, y padre de la mentira. Dijo á nuestros primeros padres: Comed, no moriréis: seréis como dioses. Nos dice á nosotros: Seguid vuestra pasion; en ella encontraréis sólidos placeres y la verdadera felicidad de la

vida: no moriréis tan presto, os convertiréis... Despues dice: No podeis ya convertiros; estais desesperados; entre tanto os la podeis gozar. O de otra manera: Os convertiréis en la muerte. Dice finalmente que en la muerte no teneis que temer: moriréis enteramente: la otra vida es una fábula, el infierno un espantajo, y la Religion una impostura y una supersticion: el alma muere con el cuerpo; el alma no es otra cosa que el cuerpo; no hay espíritu, no hay alma. Ved aquí los pensamientos, los errores y las mentiras que el demonio no cesa, segun la ocasion, de sugerirnos. Y los hombres que tienen la audacia de publicarlas abiertamente, ¿qué otra cosa son que ministros del demonio? ¡Oh, y cuántas veces hemos sido engañados por las imposturas de este enemigo capital de nuestra alma! ¿Queremos nosotros ser siempre engañados? ¿queremos aun escuchar al demonio?

3.° *El carácter de los hijos del demonio es asemejarse á su padre en la crueldad, en el odio de la verdad, y en el gusto del error*... «Pero á mí «no me creeis *(continúa Jesucristo)*, porque os digo la verdad...» Si el demonio mismo hubiera podido hacer morir á Jesucristo, que destruia su imperio, lo hubiera hecho; pero animó á los judíos, y estos lo hicieron cumpliendo sus deseos. Los que son aun sus ministros, son los que persiguen á Jesucristo en sus miembros y en su Iglesia... Se dice amar la verdad, ¿pero qué verdad? verdad de ciencia, verdad de sistema, verdad humana, y que muchas veces es pura mentira; pero la verdad de Dios, la verdad revelada, la verdad enseñada por la Iglesia, no se quiere creer ni aun oir. Al opuesto; se lee con deseo y con ansia todo lo que es contrario á esta santa verdad, contra la Religion y contra la Iglesia. Se da fe á cuanto se puede oponer al Cristianismo. Los razonamientos mas inconsiguientes, los mas contradictorios, las fábulas mas absurdas, y las sátiras menos verosímiles son creidos sobre la fe de personas preocupadas de la pasion, é interesadas en esparcirlos.

Peticion y coloquio.

Libradme, ó Señor, de este espíritu de indocilidad, de error y de mentira, y hacedme gustar la verdad de vuestros misterios, de vuestra moral y de vuestras máximas. Concededme la gracia que despues de haberla gustado me atenga á ella, y me una estrechamente con ella, para no separarme jamás. Amen.

MEDITACION CLXXX.

FIN DEL DISCURSO DEL REDENTOR EN EL TEMPLO EL SÁBADO DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

(Joan. VIII, 45-59).

INSTRUCCION DE JESUCRISTO SOBRE SU DOCTRINA.

Instruccion de Jesucristo: 1.° sobre la verdad; 2.° sobre las utilidades; 3.° sobre el orígen de su doctrina.

PUNTO I.

Instruccion de Jesucristo sobre la verdad de su doctrina.

1.° *Pruebas de la verdad de esta doctrina...* «¿Quién de vosotros «me convencerá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me «creeis? El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; por esto «vosotros no las oís, porque no sois de Dios...»

Jesús es irreprensible en su persona, en su moral, en sus dogmas, y en sus milagros. Desafíese, pues, el mas declarado enemigo del Cristianismo, y vea si puede hallar alguna cosa que replicar, que criticar, y que oponer con razon contra alguno de estos puntos. Nada por cierto. La vida de Jesucristo es el espejo de todas las virtudes, y sus enemigos no le han echado jamás en rostro algun vicio personal, alguna accion hecha contra la ley de Dios. Una vida santa é irreprensible no es la primera prueba que los impostores, los filósofos, los novatores, estén acostumbrados á dar de la verdad de su doctrina... La moral de Jesucristo no es menos irreprensible que su vida. ¿Hay, acaso, en esta moral cosa alguna que no sea conforme á las mas puras luces del espíritu, á los mas perfectos deseos del corazon, á los mas íntimos sentimientos de la conciencia? ¿Es, acaso, lo mismo de las docrinas opuestas á la de Jesucristo? Sus dogmas son superiores á las fuerzas de la naturaleza, sí, pero lo deben ser, porque contienen los misterios y las obras de Dios; y si estos dogmas contienen cosas incomprensibles, no contienen cosas contradictorias, falsas, pueriles, disparatadas, como se encuentran con abundancia en los dogmas que á ellos se oponen. Y si estos dogmas son superiores á la razon, no solo no son contra la razon, sino que vienen confirmados tambien por las obras superiores á la naturaleza... Los milagros de Jesucristo son incontrastables por su publicidad, por su esplendor, por la manera con que han sido obrados, y por el fin por que se han hecho. Los han visto y los han examinado. ¿Han encon-

trado, acaso, en ellos la mas mínima sombra de dolo, de engaño, de mentira? No es así de los de los impostores. Pero dirá alguno: si Jesucristo nos ha anunciado una doctrina tan evidentemente verdadera, y ha obrado tantos milagros para probarla; ¿por qué, pues, no han creido todos en él?... Dificultad ya de largo tiempo propuesta, y varias veces repetida. La ha prevenido el Salvador, y nos da aquí él mismo su solucion. Apliquémosla á los incrédulos de nuestros tiempos. ¿Cómo se hallan aun aquellos que no creen la doctrina de Jesucristo ó que tienen de ella una fe débil y que no la aman? ¡Ah! porque no aman á Dios, no son de Dios; son dados al mundo, al demonio y á sus pasiones. Si se tratase solamente de una fe especulativa é histórica, todos creerian; pero esta doctrina nos llama á Dios, nos acerca á Dios, y los pecadores quieren estar léjos de él.

2.° *Respuesta de los judíos á esta propuesta simple y modesta que les hace el Hijo de Dios*... Le dan una respuesta injuriosa que lo ultraja. «Pero le respondieron los judíos, y dijeron: ¿No decimos nosotros con «razon que tú eres un samaritano y que tienes demonio?...» Consolaos, fieles ministros de Jesucristo, cuando el mundo con interpretaciones vanas y quiméricas os dará el nombre ó los nombres mas odiosos: consolaos cuando unidos á la Iglesia y sumisos á sus decisiones seréis acusados, é injuriados de aquellos que la han abandonado, ó que ya no reconocen su voz. Cuanto mas desafiaréis á vuestros enemigos á que busquen si hay en vosotros alguna cosa reprensible y que no sea edificativa en vuestra conducta, y no la hallarán, tanto mas gritarán ellos, publicarán y se persuadirán que tienen razon, y que hacen bien en trataros como os tratan.

3.° *Réplica de Jesucristo*... «Respondió Jesús: Yo no tengo demo«nio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habeis vituperado; «pero yo no busco mi gloria, hay quien la busque y juzgue...» ¡Qué modelo, qué enseñanza da aquí Jesucristo!... 1.° Nos enseña á no responder á las injurias. *Tú eres un samaritano*. Á un tal ultraje Jesucristo nada responde... 2.° Nos enseña á negar simplemente los hechos calumniosos, y que podrian impedir el fruto del ministerio. Habria podido muy bien Jesucristo añadir que ellos habian empleado contra él toda la malicia, la mentira, la calumnia, las conspiraciones y los mas violentos procederes... 3.° Nos enseña á buscar únicamente la gloria de Dios, y no la nuestra. «Yo no busco mi gloria...» Esto es lo que, á ejemplo de Jesucristo, debemos decir; pero diciéndolo examinemos si este lenguaje de nuestra boca no viene acaso

desmentido por el de nuestro corazon y de nuestras acciones... 4.° Nos enseña á poner en las manos de Dios el éxito de nuestra justificacion esperando su juicio. Digámonos á nosotros mismos: yo sé sobre quién debo asegurarme en órden á mi reputacion y á mi gloria; hay otro que tendrá cuidado *y tomará la venganza*... Si hay un Dios que todo lo ve, y guia todas las cosas; todo lo manifestará, y lo juzgará todo. En él pongo toda mi confianza, y espero con paciencia su dia; entonces recibirá cada uno y para siempre segun sus obras.

PUNTO II.

Instruccion de Jesucristo sobre las utilidades de su doctrina.

1.° *Promesa de Jesucristo hecha á los que seguirán su doctrina*... «En verdad, en verdad os digo, el que guardará mi doctrina no verá «la muerte eternamente...» ¡Oh grande promesa confirmada por la verdad de Dios! ¡Ay de mí! ¿qué tememos nosotros mas que la muerte? ¿qué deseamos nosotros mas que el estar para siempre libres de ella? ¡Ah! la muerte del cuerpo es una muerte solo para los pecadores, porque es para ellos el pasaje de esta vida á una separacion eterna de Dios, y á un suplicio sin fin y sin límites; mas para un cristiano, fiel observador de la ley de Jesucristo, no es ella una muerte, sino el pasaje de una vida temporal, miserable y mortificada á una vida eterna, bienaventurada y gloriosa... ¡Oh recompensa poco proporcionada á nuestras penas; pero bien digna de Dios y de los méritos de Jesucristo su Hijo!

2.° *Respuesta de los judíos*... «Le dijeron por tanto los judíos: «Ahora conocemos que tú eres un endemoniado. Abrahan murió y «los Profetas; y tú dices: el que guardará mi doctrina, no gustará «eternamente la muerte; ¿eres tú, por ventura, mas que nuestro «padre Abrahan, el cual murió? Y los Profetas murieron. ¿Quién «pretendes ser tú?...» Bien se ven en este discurso de los judíos los funestos efectos de la prevencion... 1.° Evidencia quimérica... «Aho«ra reconocemos que tú eres un endemoniado...» La pasion hace ver todo lo que se quiere: ella es un delirio con que el hombre es tanto mas ciego, cuanto cree que ve mas claramente. Los que no se hallan con él, y ven los objetos como son en sí, no pueden concebir una semejante ceguedad; pero la pasion no durará siempre; el sumo Juez quitará este encanto, descubriendo lo que de el fondo del corazon ofuscaba los ojos de la rázon... 2.° Interpretacion absurda... «Abrahan murió y los Profetas; y tú dices: quien guardará mis

«preceptos, no gustará la muerte jamás...» ¿Y quién habria podido pensar que estas palabras del Salvador mirasen la muerte del cuerpo? Moisés y los Profetas esperaban de Jesucristo la vida eterna que habian merecido creyendo en él... La malignidad da á las palabras de aquellos que ella persigue interpretaciones tan extrañas, que por sí misma se descubre á los ojos de cualquiera que no está ciego por las mismas pasiones... 3.° Triunfo insultante... «¿Eres «tú, por ventura, mas que nuestro padre Abrahan, el cual murió? «Y los Profetas murieron. ¿Quién pretendes ser tú?...» Despues que se han interpretado segun el propio gusto las palabras de quien se quiere calumniar y desacreditar, es fácil triunfar é insultarlo... Jesús se daba por Mesías, por Hijo de Dios, y probaba que lo era. ¿Quién podrá jamás dudar que en esta cualidad fuese infinitamente superior á los hombres y á los Ángeles? Pero los fariseos frecuentemente tenian en la boca á Abrahan, á Moisés y á los Profetas, porque creian dar golpe con estos grandes nombres en las orejas y en el espíritu del pueblo, y borrar de esta manera la impresion que sobre él podian hacer los discursos y los milagros de Jesucristo.

3.° *Réplica de Jesucristo*... «Respondió Jesús: Si yo me glorifico «á mí mismo, mi gloria es nada; es mi Padre el que me glorifica, «el cual vosotros decís que es vuestro Dios...» Una respuesta tan sábia era muy propia para apagar el fuego que querian encender ciertos judíos, y confirmaba al mismo tiempo todo cuanto habia dicho Jesús hasta ahora. Nosotros entre tanto encontramos en ella: Lo 1.° un ejemplo de humildad... Glorificarnos á nosotros mismos y atribuirnos una gloria que no nos es debida, es hacer consistir nuestra gloria en la estimacion de los hombres, es procurarnos deliberadamente esta estimacion de los hombres, obrar con intencion de obtenerla, alegrarnos de haberla obtenido, y afligirnos de haberla perdido; ahora todo esto es nada, es una vanidad. Lo 2.° una instruccion sobre la verdadera gloria... No hay otra que la que viene de Dios; busquemos solamente esta, y apliquémonos á agradarle á él solo... Si él quiere que los hombres tengan de nosotros alguna estimacion, no la recibamos sino por él, y sirvámonos de ella solamente por su Iglesia. Si quiere que estemos olvidados, humillados, despreciados y desacreditados, reposemos sobre él, estemos contentos de sufrir y padecer por él. Buscando á él solo lo encontrarémos, y encontrándolo, lo tendrémos todo. Lo 3.° una confirmacion de la divinidad de Jesucristo... Aquí Jesucristo se anuncia claramente por Hijo de Dios, y de hecho Dios lo glorifica por medio de los milagros

estrepitosos, que le da la potestad de hacer. Estas dos cosas no se pueden hallar reunidas en el error y en la mentira. Sola la verdad puede ser su nudo; de otra manera, Dios emplearia su omnipotencia para dar un apoyo á la blasfemia, cosa imposible. Y lo 4.° un aviso para aquellos que conocen á Dios, y dicen que él es su Dios... Lo decian los judíos; pero se engañaban, porque no creian la divinidad de Jesucristo, que Dios atestiguaba con la voz de los milagros. Lo dicen los impíos, y se engañan tambien por la misma razon. Lo dicen los herejes; pero se engañan tambien estos, porque no es reconocer á Jesucristo por Dios el creer que su Iglesia pueda enseñar el error. Nosotros católicos, nosotros lo decimos tambien; pero temamos engañarnos, porque si creyendo á Jesucristo, y cuanto nos enseña su Iglesia, no observamos su ley, no vivimos con su espíritu, no nos llenamos de su amor, y no anhelamos á los bienes eternos que nos ha prometido, en vano decimos que Dios es nuestro Dios; él no nos reconoce, porque reconoce solamente á aquellos que son reconocidos y confesados por su Hijo.

PUNTO III.

Instruccion de Jesucristo sobre el orígen de su doctrina.

1.° *¿De dónde ha traido Jesucristo su doctrina?...* «Es mi Padre «el que me glorifica, el cual vosotros decís que es vuestro Dios; pe«ro no lo habeis conocido: yo sí que lo conozco; y si dijese que no «lo conozco, seria mentiroso como vosotros; pero lo conozco, y ob«servo sus palabras...» La doctrina de Jesucristo consiste en sus palabras y en sus ejemplos. Las dos cosas nos vienen del conocimiento perfecto que él tiene de Dios, sabiendo de él todos sus secretos y todos sus designios, y cuyas voluntades ha ejecutado en todo lo que ha hecho... «Abrahan, vuestro padre, suspiró por ver este mi dia: «lo vió, y se alegró...» Aquí habla el Salvador verosímilmente de una mirada de fe y profética: acaso tambien habla de un conocimiento que el santo Patriarca habria podido recibir en el limbo por una especial revelacion; sea como se fuese, nosotros somos felices en haber nacido en la mitad de los tiempos, y en el seno de la Iglesia, depositaria de tantos tesoros. Reconozcamos nuestra dicha: démosle gracias á Dios, y aprovechémonos de ella.

2.° *Respuesta de los judíos...* «Le dijeron por esto los judíos: Tú «no tienes aun cincuenta años, ¿y has visto á Abrahan?...» En esta respuesta vemos: Lo 1.° las ideas bajas y groseras con que los incré-

dulos interpretan todo lo que se les dice de Dios y de la Religion, y la ceguedad voluntaria en que se sumergen, aun cuando se les presentan mayores luces. Lo 2.° una demostracion de cómputo, como cabalmente viene opuesta cada dia á la verdad de la Religion por la filosofía de los impíos... Lo 3.° un modelo de aquellos motes amargos, ó de aquellas insulsas bufonadas que los modernos libertinos no cesan de vomitar por su infame boca contra la piedad y contra lo que presenta la Religion de mas terrible ó de mas sagrado. ¡Ah! ¡deploremos una tal ceguedad: demos gracias á Dios por habernos librado de ella, y temamos caer en tanta infelicidad!

3.° *Réplica de Jesús*... «Les dijo Jesús: En verdad os digo, antes «que hubiese sido hecho Abrahan, yo soy...» 1.° *Admiremos aquí la constancia de Jesucristo*. No obstante el abuso que hacian sus enemigos de sus palabras, sin embargo de sus insultos y sus burlas, y á pesar tambien de su furor, de que sabia que se habrian dejado arrebatar, continúa á enseñar y á revelar los mas profundos misterios de su divinidad, porque en este auditorio, fuera de sus discípulos, habia muchas personas dispuestas para aprovecharse de sus instrucciones, y porque un dia tambien habian de hacer fruto en nosotros. Imitemos su constancia: démosle gracias por su bondad, y adoremos su eternidad. Jesús es el Verbo de Dios encarnado: no habian pasado aun treinta y tres años desde que se habia encarnado, tomando un cuerpo y una alma como nosotros; pero por su divinidad, eterno, omnipotente, Dios, y el mismo Dios, era primero que Abrahan, y primero que todos los tiempos.

2.° *Consideremos el furor de los judíos*... «Por esto echaron mano «á las piedras para tirárselas...» Los judíos, que hasta ahora se habian opuesto y contradicho á la doctrina de Jesucristo, ofendidos de sus últimas palabras, cogieron piedras para apedrearlo como á un blasfemo... Nada excita tanto el furor de los impíos cuanto la constancia de los fieles en sostener la verdad. Su odio se enciende con la resistencia que halla, y no hay exceso á que no sean capaces de arrojarse.

3.° *Observemos la retirada de Jesús*... «Pero Jesús se escondió...» ó sea haciéndose invisible por un milagro, ó sea mezclándose entre la multitud de los que se le habian aficionado... No era ya la muerte la que Vos temísteis, ó divino Salvador mio; Vos obedeceis á vuestro Padre, y por nosotros os reservais á un suplicio mas ignominioso y mas cruel... «Y salió del templo...» Jesús salió sin que lo siguiesen sus enemigos, y no volvió á entrar en él durante el poco

tiempo que se detuvo en Jerusalen. Las sublimes verdades que habia manifestado en este discurso habian hecho impresion sobre los corazones rectos, y cegaron los corazones indóciles. Pero para consuelo de los unos, y para conversion ó confusion de los otros, quiso en aquel dia mismo confirmar todo lo que habia dicho con un milagro de los mas estrepitosos.

Peticion y coloquio.

¡Ah Señor! castigadme aquí como quisiéreis con vuestra misericordia; pero no me castigueis en una manera terrible, escondiéndoos á mí, y abandonándome en vuestra cólera, como os retirásteis de aquellos judíos irritados por vuestra santa palabra. Sin Vos, ó Jesús, ¿quién podrá conocer á Dios, quién irá á él? Vos solo, como el Hijo amado, habeis sido admitido en aquel santuario impenetrable, en que todo se os ha descubierto y nada se os ha ocultado. ¿Qué cosa son todos los conocimientos, no digo ya de los filósofos, sino tambien de los Patriarcas y de los Profetas, en comparacion del vuestro, y de todos aquellos que por vuestro espíritu habeis de comunicar á vuestra Iglesia? Haced, ó divino Jesús, que brille en mi alma aquel rayo de vuestra divina luz, para que comprenda en vuestras palabras los misterios de Dios, y vea en vuestros ejemplos lo que de mí pide, y concededme las gracias que necesito para cumplir vuestra santa voluntad... Amen.

MEDITACION CLXXXI.

EL CIEGO DE NACIMIENTO SANADO POR JESUCRISTO.

(Joan. IX, 1-12).

1.° Lo que precede esta sanidad; 2.° las circunstancias que la acompañan; 3.° los discursos que se tienen sobre ella.

PUNTO I.

De lo que precede esta sanidad.

1.° *Pregunta de los Apóstoles sobre este ciego*... «Y pasando Jesús, «vió un hombre ciego de nacimiento, y sus discípulos le pregun«taron: Maestro, ¿quién pecó, este, ó sus padres, para haber na«cido ciego?...» Habiendo salido Jesús del templo, se retiraba con sus discípulos que lo habian alcanzado. En el camino encontró un hombre que habia nacido ciego, y como mostraba mirarlo con alguna atencion, le preguntaron sus Apóstoles: Maestro, ¿es acaso en

castigo de las culpas de que este hombre debia hacerse personalmente reo despues de su nacimiento el que él haya tenido la desgracia de nacer ciego, ó es acaso castigo de los pecados de sus padres?... Dos errores de la escuela farisáica: el primero, que las aflicciones fuesen siempre pena de cualquier enorme pecado, ó sea que haya sido cometido por el paciente, ó sea que el pecado de los padres fuese castigado en los hijos... El segundo... que Dios castigase á las veces anticipadamente los pecados que no se habian aun cometido, sino que preveia se debian cometer... Si estos errores tienen alguna cosa de sorprendente en los doctores de la ley, no es menos sorprendente la respuesta de Jesucristo á sus discípulos.

2.° *Respuesta de Jesucristo sobre este ciego...* «Respondió Jesús: «Ni este ni sus padres han pecado; mas para que en él se manifies«ten las obras de Dios...» Sí; este ciego desde su nacimiento es el que está destinado para hacer manifiestas las maravillas de la potencia de Dios: este pobre, este mendigo es el que ha de hacer frente á toda la potencia de los fariseos, y confundir su orgullo: este ignorante y este hombre sin letras es el que ha de desconcertar toda la sabiduría de estos doctores, y reducir á los extremos toda su ciencia, de manera que no sepan ya qué responderle... ¡Oh Dios mio, cuán admirables son vuestros consejos y cuán profundos vuestros juicios! Consolaos, pobres afligidos, mal aliñados en la persona, y privados de bienes de fortuna; vosotros podeis aun en este estado ser los instrumentos de las maravillas de Dios. ¡Ah! tened solamente la resignacion y la paciencia, y procuraréis con esto su gloria, y conseguiréis vuestra salvacion. Vosotros, por el opuesto, temblad; vosotros que habeis nacido en la opulencia y con todas las ventajas del cuerpo y del espíritu, temblad, y temed que el abuso que haceis de estos bienes no os venga á hacer un ejemplo de terror, y que Dios no manifieste en vosotros el rigor de sus venganzas.

3.° *Discurso de Jesús en presencia de este ciego...* «Conviene *(pro«sigue Jesucristo)* que yo haga las obras de aquel que me ha en«viado, entre tanto que es de dia; viene la noche, cuando ninguno «puede obrar...» Jesús hablaba del milagro que queria obrar y de la próxima muerte que debia sufrir... Despues de la muerte ninguno puede merecer. Llegados á aquel término, ¿qué no quisiéramos haber hecho? ¡Insensatos! para trabajar esperamos el tiempo en que no podrémos ya obrar; ¿y perderémos siempre el tiempo precioso en que podemos? Entre tanto la muerte viene, la muerte se acerca. ¡Ah! démonos prisa, pues, para prevenir aquellos amargos



sentimientos que causarian nuestra desesperacion, y hagamos ahora lo que querríamos haber hecho entonces... Añadió Jesús... «Entre «tanto que yo estoy en el mundo, soy la luz del mundo...» Habia ya tenido Jesús este discurso en el templo, y aquí lo repite en favor de aquel que está privado de la luz del dia, y á quien queria dar vista. Estos discursos se hicieron cerca del ciego de nacimiento. Él es cierto que los escuchó con suma atencion, y que de ellos concibió alguna esperanza. Probablemente este ciego habia ya oido varias veces hablar de Jesús. Aquí siente una tropa de personas que discurren entre sí al lado de él, de las cuales una es preguntada bajo el nombre de maestro, y en esta cualidad responde; explica la razon de su estado, y dice cosas las mas sublimes, y que todas tenian relacion con él. ¿Podia él, por ventura, no pensar que fuese verosímilmente este aquel Jesús de quien tanto se hablaba?... Admiremos la condescendencia de este Dios Salvador en preparar de este modo el espíritu de este mendigo, y aprendamos de él á poner toda la atencion posible á las instrucciones de Jesús, si queremos como él ser perfectamente dóciles, y obtener nuestra sanidad por nuestra obediencia.

PUNTO II.

De las circunstancias que acompañan esta sanidad.

1.° *De la accion de Jesucristo...* «Dicho esto escupió en tierra, é «hizo barro con la saliva, y ungió con el barro sobre los ojos del «ciego...» Todo esto es misterioso, y al mismo tiempo muy propio para excitar la fe y la obediencia. No comprendia el ciego estos misterios; pero la obediencia, que ve todas las razones del precepto, no es la mas meritoria. No nos dice el Evangelio el misterio de esta accion de Jesucristo. Muchos se comprenden en ella que podemos meditar segun nuestra devocion. Hay quien en ella reconoce la imágen de la creacion del hombre, cuando Dios lo formó del lodo de la tierra: otros la de la Encarnacion, cuando la sabiduría de Dios, simbolizada en la saliva, se unió á nuestra carne: otros reconocen la de la Comunion, y otros finalmente la de los afectos terrenos que nos ciegan, y de que Jesús comienza á hacernos la gracia de que sintamos su peso cuando nos quiere sanar de ellos. Lo cierto es que este lodo tenia relacion con la órden que Jesús queria dar al ciego de ir á lavarse en el baño de Siloé; y que, bien léjos de disminuir el esplendor del milagro que se debia obrar, lo acrecentaba mas.

2.° *El mandato de Jesús...* Y le dijo: «Vé, lávate en la piscina de

«Siloé (palabra que significa el Enviado)...» El santo Evangelista nos indica bastantemente el misterio de estos baños, advirtiéndonos que *Siloé* quiere decir *Enviado*. Era este uno de los nombres del Mesías en las santas Escrituras, y el Salvador lo usaba frecuentemente, y aun ahora habia dicho que convenia que hiciese las obras de aquel que lo habia *enviado*. Con que no por su propia virtud, sino por la de Jesucristo, del Mesías, del Enviado de Dios, podian estos baños sanar de la ceguera. Admirable figura de los baños saludables de Jesús establecidos en su Iglesia: esto es, del Bautismo y de la Penitencia. Hemos recibido el primero que nos ha sanado de la ceguera y del pecado original en que habíamos nacido; y bien presto hemos tenido necesidad del segundo. ¿Cuántas veces ha sucedido que Jesucristo nos ha ordenado ir á lavarnos, y nosotros no lo hemos hecho, ó hemos diferido hacerlo? Y cuando hemos ido á él, ¿con qué disposiciones, con qué fruto hemos recibido este sagrado baño?

3.° *De la obediencia del ciego al mandato de Jesucristo*... Sabia el ciego que era Jesús el que hablaba, ó sea que él mismo se hubiese nombrado al darle esta órden, ó sea que alguno de los discípulos le hubiese advertido que era Jesús el que se la daba... 1.° Su obediencia fue simple y sin discurrir. Este hombre, que con tanta fuerza habló á los fariseos, no discurre aquí con su Salvador: si lo hubiera hecho, estaba perdido; se hubiera quedado ciego, y se habria privado de todos aquellos bienes que recibió, y de los que de aquí le vinieron. Un espíritu discursivo habria podido decir: ¿qué relacion hay entre este lodo que se me pone en los ojos y mi sanidad? y cuando yo habré quitado este lodo de ellos, ¿qué cosa seré sino lo que era antes?... 2.° Su obediencia fue penosa y sin lamentos... El ciego podia decir tambien: si en mí se debe obrar un milagro, ¿por qué no se hace aquí desde luego, cuando ni el lodo ni aquellas aguas tienen virtud alguna? si el que me ilumina es la luz del mundo, ¿por qué no me ilumina en este lugar? y si finalmente es necesario que yo me lave de este barro, ¿nos faltan aquí otras aguas? ¿por qué incomodarme en ir á aquellos baños? De hecho, es una cosa singular que, entre tantos enfermos como sanó Jesucristo, á ninguno haya jamás hecho contribuir por sí mismo en cosa alguna para su sanidad, y parece que si se debia ordenar un viaje, convenia menos á un ciego que á otro alguno... Pero en todo esto tenia Jesús sus designios. Si por una parte queria probar la obediencia del ciego, queria tambien por otra tener tiempo de retirarse, para no hallarse en aquel puesto cuando seria obrado el milagro, y dar lugar

á cuanto de él se siguió. Todo va medido y lleno de sabiduría en la conducta de Jesús, y debemos creerlo siempre, aun cuando no veamos ni conozcamos razon ó motivo alguno... 3.° Su obediencia fue llena de fe, y obró sin positiva promesa... No le dijo Jesús: vés, y sanarás, obedece, y recobrarás la vista; no, el ciego, teniendo impreso en su corazon el discurso que habia oido al Redentor, estaba bien persuadido que el mandato que recibió se le habia dado únicamente para su bien y para su sanidad. No tiene necesidad de seguridad ni de promesa; le basta la órden de Jesús para inspirarle la mas perfecta confianza. 4.° Su obediencia fue pronta y sin dilacion... «Anduvo por tanto, y se lavó, y volvió viendo ya...» Fue ella una obediencia ciega de todos modos; y por eso recibió en el mismo instante su recompensa. El órgano de su vista fue restablecido, se abrieron sus ojos, y recibieron la luz, y él volvió á su casa alabando á Dios... ¡Oh luz del mundo, alumbradme como alumbrásteis este ciego! ¡Ay de mí! Vos lo haríais, ó Jesús mio, si como este ciego estuviera yo atento y obediente á vuestra palabra.

PUNTO III.

De los discursos que se tienen sobre esta sanidad.

Lo 1.° *Consideremos el celo de este ciego ya sano...* «De aquí es «que los vecinos y aquellos que lo habian visto antes mendigar de«cian: ¿No es este aquel que estaba sentado pidiendo limosna? Los «unos decian, es el mismo, y otros, no; sino que es uno que se le «parece. Pero él decia: Yo soy...» Apenas volvió el ciego con vista de los baños de Siloé, se esparció la fama del hecho, y de todas partes de la ciudad corria la gente en tropas á su casa para certificarse. Los vecinos, y los que lo habian visto pedir limosna, y que habian tenido muchas veces compasion de su estado, andaban diciendo entre sí: ¿No es este aquel ciego que se estaba allí sentado y mendigaba? Es él, sin duda, afirmaban unos; no, decian los otros, es alguno que se le parece. Le era molesto al ciego iluminado este discurso; no podia oir un lenguaje tan injurioso á la gloria de su Bienhechor sin partírsele el corazon. Se encendia su celo, y por sí mismo se presentaba á los incrédulos para convencerlos y desengañarlos. Sí, yo soy, les decia; yo mismo soy, no lo dudeis; el mismo que era ciego de nacimiento soy yo; y ahora todos bien lo veis que veo, que no estoy ya ciego... Una persona iluminada recientemente por Jesucristo, movida de Dios, y sinceramente convertida, debe espe-

rar que se tendrán muchos discursos sobre su cambiamiento; pero no debe temerlos ni evitarlos, ni tampoco fingir ó disimular; sino confesar sus errores, su conversion, lo que ella es, y lo que ha sido, dar la gloria á Dios, y desengañar, si es posible, á aquellos que de esto se harian materia de burla ó de escándalo.

Lo 2.° *Consideremos la ingenuidad de este ciego sano*... «Y le de«cian: ¿Cómo te se han abierto los ojos? Respondió él: Aquel «hombre, que se llama Jesús, hizo lodo, y ungió mis ojos, y me «dijo: vé á la piscina de Siloé, y lávate. He ido, me he lavado, y «veo...» Esta exposicion era breve y clara; su simplicidad sola formaba un convencimiento. No deseaba él otra cosa que el hacer saber á todo el mundo lo que en su favor se habia obrado, contándolo con una admirable ingenuidad y con el mas vivo reconocimiento... ¡Ah! no temamos de decir lo que nos ha desengañado del mundo y de sus vanidades; felices de nosotros, si contándolo podemos desengañar á otros; sino, mostremos á lo menos nuestro reconocimiento para con Dios, y hagámonos mas constantes en nuestras santas resoluciones.

Lo 3.° *Consideremos el dolor de este ciego sano*... «Y le dijeron: «¿dónde está aquel? Respondió: no lo sé...» Podemos pensar que fuese para él un gran motivo de dolor el ignorar el lugar en que se hallaba Jesús, su bienhechor. ¡Ah! si lo hubiese sabido, estaria sin duda á sus piés para darle gracias por el grande favor que habia recibido. Pero nosotros, nosotros sabemos dónde él está. ¿Cuál, pues, debe ser nuestra frecuencia en ir á buscarlo, á detenernos con él para agradecerle las innumerables gracias que nos ha hecho, y para pedirle las que aun está dispuesto á hacernos? Pero consuélate, ó ciego, si no sabes dónde esté Jesucristo, continúa á agradecer el favor que te ha hecho, y en dar testimonio de él. Bien sabe Jesucristo dónde estás tú; sabe lo que tú haces por él, y lo que quisieras hacer, y sabrá tambien encontrarte cuando llegará el tiempo de premiarte con favores infinitamente mayores... Si algunas veces parece que Jesucristo se retira de nosotros sin que sepamos el medio de buscarlo y de encontrarlo, no nos perdamos de ánimo: seamos fieles, y doblemos nuestra exactitud en cumplir todas nuestras obligaciones; bien presto volverá á nosotros, y por medio de nuevas consolaciones nos resarcirá la pena que nos ha ocasionado su ausencia...

Peticion y coloquio.

Concededme, ó Señor, aquellos sentimientos tan justos del ciego que habeis sanado, sentimientos sin los que poco me serviria haber sido iluminado con las luces de la fe, porque vilmente caeria en las tinieblas del pecado. Haced, ó Dios mio, que me sirva de la luz que me ilumina para hacer las obras de la justicia, y para prevenir aquella noche de la muerte, despues de la cual no podré ya jamás merecer la gloria que Vos me prometeis... Amen.

MEDITACION CLXXXII.

EL CIEGO DE NACIMIENTO PRESENTADO Á LOS FARISEOS.

(Joan. IX, 13-34).

Consideremos: 1.° el primer interrogatorio del ciego, en que triunfa la ingenuidad de la mala fe; 2.° el interrogatorio del padre y de la madre del ciego, en que la verdad triunfa de la política; 3.° el segundo y último interrogatorio del ciego, en que el celo triunfa del espíritu de seduccion.

PUNTO I.

Primer interrogatorio del ciego de nacimiento, en que la ingenuidad triunfa de la mala fe.

1.° *Triunfo de la ingenuidad sobre la mala fe en la declaracion del ciego*... «Llevaron el que habia estado ciego á los fariseos. Y era «sábado cuando Jesús hizo el barro, y le abrió los ojos...» Aquellos judíos que fueron los primeros en preguntar al ciego juzgaron que era necesario dar parte de este negocio al tribunal de los fariseos, para que decidiesen qué cosa se debia pensar de este hecho, y qué consecuencias se debian sacar de él, ó en pro ó en contra de Jesucristo. Lo que irritaba á estos judíos era que esta sanidad se hubiese obrado en un dia de sábado, como si Jesucristo, haciendo el barro con el polvo y con su saliva, ó mandando en aquel dia al ciego á quien queria dar vista ir hasta los baños de Siloé, hubiese quebrantado en estas dos acciones la letra ó el espíritu de la ley. Se presentaron, pues, delante de los fariseos, donde se puede presumir que concurriese una gran multitud de pueblo, llevada de la novedad de la causa. Los judíos que introdujeron al ciego ya sano, hicieron la relacion de cuanto habia sucedido á su propósito. Los fariseos le hicieron á este hombre un nuevo interrogatorio, y dando muestras por su parte de su desinterés y de una suma indiferencia, le ordenaron que dijese en

su presencia cómo y de qué manera habia recuperado la vista... «De «nuevo, pues, le preguntaban tambien los fariseos en qué manera «hubiese obtenido el ver...» La inocencia y la simplicidad no se dejan atemorizar de las preguntas... El ciego ya sano, sin desconcertarse, y muy contento de tener ocasion de dar testimonio á su Bienhechor, les dijo *(en tres palabras)*: «Puso lodo en mis ojos, y me lavé, y veo...»

2.° *Triunfo de la ingenuidad sobre la mala fe en la division que se forma entre los jueces...* Cuanto mas breve era esta declaracion del ciego, tanto mas apretaba. De hecho, ella produjo un cisma entre los miembros del Consejo... «Y decian algunos de los fariseos *(hablando de Jesucristo)*: No es de Dios este hombre que no observa «el sábado; otros decian: ¿cómo puede un hombre pecador hacer «tales prodigios? Y estaban entre sí divididos...» Los primeros miraban el hecho como bien verificado, y se remitian á la ley y al quebrantamiento del sábado. Los segundos tenian por muy débil este efugio contra hechos de esta especie, y sostenian que admitiéndose el hecho era necesario creer en Jesucristo, y mirarlo como enviado de Dios; ó que si se miraba como un pecador era necesario negar el hecho, siendo imposible que un pecador obrase semejantes prodigios. La disension causaba ya ruido, y no hacia honor á ellos... Ella no hace menos estrépito, ni se hace menos pública entre aquellos que profesan el error y siguen la impiedad. ¿Cómo es posible creer á unos maestros guiados tanto de la pasion, tan vacilantes en sus principios, y siempre determinados á sostener las paradojas mas increibles y contradictorias, antes que creer á la evidencia de la verdad?

3.° *Triunfo de la ingenuidad sobre la mala fe en la conclusion del ciego...* No obstante la disension que reinaba en el Consejo, se aplicaron luego á la primera opinion que admitia el hecho, y condenaba al autor del milagro como transgresor de la ley del sábado. Pero como este parecer no quedaba sin dificultad, quisieron hacerlo creible con apoyarlo en el sentimiento mismo de la persona interesada. Se vieron, pues, entonces por una vergonzosa é indecible extravagancia humillados los jueces á preguntar su parecer á aquel que ellos debian juzgar. Una sola palabra que él hubiese dicho, ó equívoca ó poco favorable á Jesús, les habria bastado; y se persuadieron que el temor ó la complacencia se la habria fácilmente sacado de la boca á un hombre plebeyo, á un mendigo que conocia su modo de pensar, y que debia estar sobrecogido de la majestad de su

tribunal. Pero ellos no conocian á aquel con quien hablaban... «Di«jeron por esto de nuevo al ciego: Tú, ¿qué dices de aquel que te «ha abierto los ojos? Él respondió *(sin detenerse y con su ordinaria «precision)* que es un profeta...» ¡Oh generoso defensor de la verdad, y cuán adelante te guiará este primer paso! Por una confesion semejante mereció la Samaritana conocer al Mesías, y la misma fortuna tendrás tú presto... La fidelidad que se tiene á una verdad que se conoce, infaliblemente nos guia á conocimientos mas perfectos, mas útiles y de mayor consolacion, como, al contrario, el abuso que se hace de ella, no solo nos priva de las otras verdades que habríamos conocido, sino que nos hace tambien perder aquellas que ya conocíamos.

PUNTO II.

Interrogatorio del padre y de la madre del ciego, en que la verdad triunfa de la política.

1.° *La verdad triunfa de la política de los fariseos...* «No creye«ron, pues, los judíos que él hubiese sido ciego, y viese, hasta «tanto que hubieron llamado los padres del que habia recibido la «vista, y les preguntaron, diciendo: ¿Es este aquel vuestro hijo, «el que decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?...» El ciego habia inferido de su curacion que Jesús era un profeta. Era demasiado juiciosa esta conclusion para no hacer impresion sobre el espíritu del pueblo; y justamente para impedir su efecto se aplicaron al segundo sentimiento que negaba el hecho de la sanidad. Mas para poderlo negar con alguna sombra de verosimilitud era necesario estudiar antes los medios de oscurecerlo, de enredarlo y de debilitarlo; y esto esperaban poder hacer, excitando al padre y á la madre del ciego de nacimiento, y preguntándoles en términos que les hiciesen entrever lo que deseaban ellos que dijesen. Por poco que hubiesen variado por temor en sus deposiciones habria comparecido el hecho no mas que débilmente dudoso; y esto hubiera sido bastante para declararlo totalmente falso. Pero toda esta política, toda esta pompa de jurídicas averiguaciones y preguntas acabó con hacer mas resplandeciente la verdad que querian oscurecer.

2.° *La verdad triunfa de la política de los padres...* «Respondie«ron los padres de él, y le dijeron: Sabemos que este es nuestro «hijo, y que nació ciego. Cómo, pues, ahora vea, no lo sabemos, «ó quién le haya abierto los ojos, nosotros no lo sabemos: pregun«tádselo á él; edad tiene, que hable él por sí mismo. Así hablaron

«los padres de él porque tenian miedo de los judíos...» Estaban bien informados los padres del ciego: podian responder á todas las preguntas; pero no tuvieron valor. Con todo, por tímida y política que fuese su respuesta, la verdad no dejaba de comparecer en toda su mayor claridad. Es verdad que no lo decian todo; pero en lo poco que decian, decian lo bastante para verificar el milagro. Si no se atrevieron á nombrar al autor, si se excusaron echando todas las cosas sobre su hijo, fue timidez; pero esta misma timidez daba nueva fuerza á su testimonio, y ponia fuera de duda y de sospechas la deposicion que ellos hacian de que aquel era su hijo, y que habia nacido ciego... ¿Es acaso nuestro temor de los juicios de los hombres menos excusable? ¡Cuántas veces nos ha espantado, de suerte que nos ha hecho faltar á los intereses de la verdad y de la Religion!

3.° *La verdad triunfa de la política de la Sinagoga...* «Porque habian ya decretado los judíos que si alguno confesase á Jesús por «el Cristo, fuese echado fuera de la sinagoga...» Este decreto de la Sinagoga era notorio á todo el mundo, y las cabezas de los judíos no podian hacer otra cosa mas propia para detener el pueblo, y alejarlo de recibir al Mesías... Hé aquí ya la Sinagoga endurecida en su ceguedad; héla aquí declarada contra el Cristo, que ella habria debido reconocer la primera para hacerlo conocer á los otros; héla aquí desde ahora y para siempre la rival y la enemiga de la Iglesia hasta que la verdad haya plenamente triunfado de ella. Pero su política será aun en el presente hecho desmentida. Sus amenazas y sus furores servirán antes bien á verificar la verdad y á darle un nuevo esplendor.

PUNTO III.

Segundo interrogatorio del ciego de nacimiento, en que el celo triunfa del espíritu de seduccion.

Lo 1.° *El celo triunfa del espíritu de seduccion y de engaño, dejando aparte las preguntas inútiles...* Cuanto mas se esforzaban los fariseos á oscurecer la verdad, tanto mas se hacia ella ver de ellos, y á los ojos de todo el pueblo. Con todo eso, como habian observado la timidez en los padres, esperaron que esta se habria comunicado al hijo, y que así podrian sacar de él una respuesta mas favorable y mas circunspecta; pero su corazon estaba inaccesible á todo sentimiento de temor; veia él con indignacion la mala fe y la parcialidad de sus juicios; no podia sufrir el oir sus fraudulentas preguntas, y

aquellos famosos doctores de quienes muchas veces habia oido hablar, y que ahora veia por la primera vez, le parecieron dignos de todo desprecio... «Llamaron, pues, de nuevo á aquel que habia es-«tado ciego, y le dijeron : Da gloria á Dios ; nosotros sabemos que «este hombre es pecador...» Esta introduccion, en que los fariseos afectaban un tono de celo y religion, este discurso lo amargó, se veia en él demasiado ultrajada la gloria de su Bienhechor para que se pudiese contener : interrumpió la pregunta, y tomó la palabra sin esperar á ver qué cosa le querian preguntar, y les dijo : si él sea pecador, no lo sé : una cosa sé : que habiendo sido ciego, ahora veo... Con estas palabras dió directamente en el blanco... De hecho, cuando se trata de la fe, ¿de qué sirven tantas inútiles preguntas como se hacen únicamente para mudar de medio y hacer perder de vista el objeto principal? La impiedad y la herejía procuran siempre prevenir los espíritus contra aquellos que combaten sus dogmas. Estos impíos tienen la advertencia de proponer un objeto al odio del pueblo para impedir que se vuelva la indignacion contra los que enseñan el error. Pero vamos al hecho ; cuando la Iglesia ha hablado, cuando la Iglesia ha decidido, sean lo que se fuesen las personas, esto nada importa á la cuestion, siempre nos queda que es necesario creer á la Iglesia, y someterse á lo que ha decidido y á lo que enseña. Cuando se busca solamente la verdad, bien presto se halla, y no son necesarios tantos subterfugios ; pero cuando se quiere oscurecer, entonces jamás se acaba.

Lo 2.° *El celo triunfa del espíritu de seduccion evitando las repeticiones*... El orgullo de los fariseos quedó sin duda herido de la vivacidad con que el ciego habia respondido sobre un punto de que no se le preguntaba ; pero les convino disimular, y continuando la pregunta... «le dijerón : ¿Qué te hizo? ¿cómo te abrió los ojos?...» Los que se obstinan contra la verdad no se cansan jamás de repetir objeciones, ya mil veces desatadas y destruidas, de hacer continuamente las mismas preguntas, y de volver incesantemente á las mismas dificultades. La malicia y el embarazo de los fariseos unidos á aquel aire de autoridad, de gravedad y de religion que afectaban, eran despreciables y al mismo tiempo ridículos. Nuestro ciego, que los conocia bien, refutó la pregunta que le habian hecho, y se hizo de ella una materia de burla y de befa... «Les respondió: «os lo he dicho ya, y lo habeis oido, ¿por qué quereis oirlo de «nuevo? ¿quereis por ventura ser tambien vosotros sus discípu-«los?...» No era necesario tanto para hacer perder la paciencia á

los fariseos... *Lo cargaron de oprobios*, de anatemas, de injurias y de maldiciones, de las cuales la mas terrible, segun ellos, fue decirle... «Tú seas su discípulo, nosotros somos discípulos de Moi«sés...» Moisés es el maestro que nosotros seguimos; este nos basta, no queremos otros. Tal era la ceguedad de los fariseos; les parece que lo han dicho todo nombrando á Moisés. Pero Moisés los desecha, porque les ha anunciado el Mesías, y ellos no lo creen. Ninguno se abandona al error, sin presumir del maestro que sigue. Yo tengo mi razon, dice el impío; pero la razon lo condena, porque ella nos descubre la necesidad que tenemos de otra luz, y él no la quiere. Reconozco un Dios, dice el deista; pero Dios lo condena, porque él ha hablado bien claro para obligarnos á escuchar á su Hijo, y él no lo escucha. Tengo el Evangelio, dice el hereje, no tengo necesidad de concilios ni de nuevas decisiones; pero el mismo Evangelio lo condena, porque nos envia á las decisiones de la Iglesia, y él no las recibe.

Lo 3.° *El celo triunfa del espíritu de seduccion, rebatiendo y probando con solidez*... Los fariseos, para justificar sus sentimientos y traer á sí el pueblo, añadieron: «Nosotros sabemos que habló Dios «á Moisés; pero este no sabemos de dónde sea...» Inflamado con estas palabras el valor del generoso confesor de Jesucristo, desfogó su celo, y con otra tanta razon que vivacidad «respondió, y les di«jo: Y aquí justamente está la maravilla *que vosotros*...» Los fariseos que haceis punto de honor de ser sábios y que os haceis nuestros doctores... *Vosotros* «no sabeis de dónde él sea...» Este hombre, de quien ni siquiera os dignais informaros ciertamente, «hoy «abrió mis ojos, ahora sabemos...» Y vosotros mismos nos enseñais esta verdad incontrastable... «Que Dios no oye á los pecadores...» ni á los impíos, confirmando con milagros sus blasfemias y su impiedad... «Pero el que honra á Dios, y hace su voluntad, este es «oido de Dios...» ¿Y de qué milagro se trata ahora entre nosotros? De un prodigio sin ejemplo desde el orígen de los siglos, de la sanidad de un hombre que nació ciego... «Desde que el mundo es «mundo, no se ha oido decir que alguno haya abierto los ojos á un «ciego de nacimiento: si este no fuese de Dios, nada podria ha«cer...» No solamente no podria hacer un tan grande milagro, sino que nada podria hacer... Aquí podemos y debemos conocer el cumplimiento de aquella grande promesa de Jesucristo, hecha á sus Apóstoles, asegurándoles que cuando fuesen citados delante de los jueces, el Espíritu Santo les sugeriria las palabras que debian de-

cir... Debió toda la asamblea quedar extremadamente sorprendida al ver tal firmezá de ánimo y rectitud de razonamiento en un hombre como este. No habian sufrido jamás los fariseos una escena tan humillante como esta, ni supieron de dónde sacar términos bastantemente fuertes para exprimir su resentimiento... Desgraciado, «le «respondieron, y dijeron : Tú has nacido lleno de pecados...» La maldicion de Dios te cogió en el instante mismo en que naciste; eras tú indigno de ver el dia, has vivido miserable, tú eres el desecho de los hombres... «¿Y tú nos enseñas?...» Sal de aquí, y haz que ya ninguno te vea... «Y lo echaron fuera...» Y lo declararon excomulgado, indigno de entrar en el templo, y excluido para siempre de la Sinagoga... Así se terminó esta gran causa, y la asamblea se deshizo.

Peticion y coloquio.

Dichoso ciego, ¡cuán gloriosa es tú suerte! tú eres echado de la Sinagoga reprobada, para ser admitido en la Iglesia del Mesías, y ocupar en ella un puesto distinguido. Tú eres el primero que ha sido citado delante de los magistrados por el nombre de Jesús. Tú el primero le has dado testimonio delante de los tribunales, tú el primero has confundido sus enemigos, y has sido el primero hecho anatema por él, y ciertamente apenas lo conociste. ¿Qué harias si lo hubieses bien conocido, y recibido su Bautismo y su espíritu? ¡Ay de mí! yo he recibido este santo Bautismo y este divino espíritu; pero ¿tengo amor, celo y ardor? ¡Ah! haced, ó Dios mio, que á vista de un tal ejemplo nada me atemorice en serviros, que no me detenga ya mas el respeto humano, que la presencia de los mundanos, que el temor de algunos dichos y desprecios, y la aprension de las mas terribles vejaciones no me impidan ya el hablar y obrar por vuestra causa. Amen.

MEDITACION CLXXXIII.

EL CIEGO DE NACIMIENTO INSTRUIDO POR JESUCRISTO.

(Joan. IX, 35-41).

1.° Jesús encuentra este ciego; 2.° la advertencia que hace al pueblo; 3.° su respuesta á los fariseos.

PUNTO I.

Jesús encuentra al ciego.

1.° Jesús se le acerca... «Oyó Jesús que lo habian echado fuera, «y habiéndolo encontrado, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios?...» El ciego, vejado por los enemigos de Jesucristo, se hizo siempre mas digno de la misericordia de este Dios salvador, y no pasó mucho tiempo sin que fuese sensiblemente consolado de la persecucion que habia sufrido. Quiso Jesucristo recompensar á su generoso defensor comunicándole una luz mucho mas grande y superior á la del cuerpo que le habia dado... Fué luego á buscarlo; se le acercó él primero, y por un favor no concedido hasta ahora á otro alguno le dijo: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?...» ¡Qué bondad en Jesucristo! siempre se gana alguna cosa en su servicio, y un favor de que se haga buen uso es siempre la prenda segura de otro mucho mas señalado... La misma bondad usó con nosotros Jesucristo... En nuestro bautismo, y antes que estuviésemos en estado de poder hacer alguna cosa por él, nos fue preguntado de su parte si creíamos en él, y desde nuestra infancia se nos enseñó á creer en él; pero si ahora nos lo preguntasen, ¿qué responderíamos? ¿Qué? nosotros creemos en el Hijo de Dios, y cada dia quebrantamos su ley: hablamos de su religion como impíos: asistimos sin devocion á sus misterios, y estamos en su presencia sin respeto alguno. ¡Cuántas profanaciones y cuántas prevaricaciones! ¿Y somos nosotros los que creemos en el Hijo de Dios?

2.° *Jesús le manifiesta su divinidad*... El ciego ya sano reconocia á Jesucristo por un profeta y por un hombre enviado de Dios; pero cuando oyó este gran nombre de Hijo de Dios, ya no supo si aquel de quien hablaba Jesús fuese el mismo ó si fuese un otro. Bien le decia su corazon que era él, pero no se arriesgaba á fiarse de los sentimientos de su amor y de su reconocimiento. Determinado á creer á Jesucristo sobre su palabra, sin temor de que el que le habia dado el uso de la vista pudiese engañarlo, ardiendo en deseos

de ver al Hijo de Dios, y siempre lisonjeado de la dulce esperanza que aquel seria su bienhechor... «respondió y dijo: ¿Quién es, «Señor, para que yo crea en él?...» ¡Ah! estaba ciertamente bien dispuesto este corazon. ¡Oh cuán acepta era al Señor esta disposicion! Si la tuviésemos tambien nosotros, bien presto seríamos iluminados... No se engañó el ciego en su expectacion... «Le dijo Je-«sús: Y lo has visto, y el que habla contigo ese mismo es...» ¿Quién podrá decir de qué admiracion y de qué júbilo tan inefable fue sorprendido á esta declaracion este nuevo prosélito?

3.° *Jesús recibe su adoracion...* Apenas el divino Salvador se dió á conocer á este fervoroso neófito, penetrado este hombre de respeto, y transportado de alegría y de amor, exclamó y dijo: «Señor, «yo creo...» De este modo nuestro ciego es tambien el primero que haya adorado públicamente á Jesucristo como á Hijo de Dios... Tantas prerogativas nos deben ciertamente hacer bien respetable este mendigo, y aquí debemos reconocer el cumplimiento literal de aquella palabra que habia avanzado Jesucristo: *que este hombre habia nacido ciego, para que en él se manifestasen las obras de Dios...* Pero ¿cuál fue su adoracion? Ella fue interna y llena de fe; ella fue exterior y llena de humildad, cual la exigia el objeto de su fe y la cualidad de Hijo de Dios en aquel que él adoraba; y ella fue pública y sin respeto humano á la vista de todo el pueblo y de los enemigos mismos de Jesucristo... ¿es así la nuestra? ¡Ah! digamos tambien francamente, que si Jesucristo aceptó aquella favorablemente, debe desechar la nuestra, y castigarla severamente.

PUNTO II.

Advertencias de Jesús al pueblo.

Cuanto habia agradado á Jesucristo la accion del ciego que habia sanado, tanto le desagradó la infidelidad de los fariseos. Bien lo dió á entender con aquellas palabras que en el momento mismo enderezó al pueblo que se habia juntado... «Jesús dijo: Yo he venido á «este mundo para hacer juicio, para que los que no ven, vean; y «los que ven, se hagan ciegos...» Esto es, he venido á este mundo para ejecutar los decretos eternos de Dios, el cual, por razones ocultas, abre los ojos del espíritu á aquellos que están en ceguedad, y cubre de una funesta ceguedad á aquellos que se creen mas iluminados y se glorian de enseñar á los otros el verdadero camino de la salud. Este juicio, de una misericordia infinita para con los unos,

y de un castigo terrible sobre los otros, ¡oh y cuántas veces se ha ejercitado y aun se ejercita!

Lo 1.° *Sobre los gentiles y sobre los judíos*... Los gentiles sepultados en las tinieblas de la idolatría han recibibo al Mesías y la luz del Evangelio, y los judíos revestidos de esta luz, instruidos de Moisés y de los Profetas, testigos oculares del Mesías, lo han desechado, lo han crucificado, han perseguido su Iglesia, y han hecho todos los esfuerzos para sofocarla en la cuna.

Lo 2.° *Sobre los pueblos del nuevo mundo y sobre los del antiguo*... Los primeros salvajes y bárbaros se han despojado de su inhumanidad; han entrado y entran hasta ahora á tropas en el seno de la Iglesia cátólica para vivir con una pureza y un fervor que nos causa vergüenza, y que es digno de los primeros siglos del Cristianismo, mientras que entre nosotros pueblos enteros han abandonado la fe de la Iglesia, han cambiado las máximas de la subordinacion y de la docilidad, aprobadas y seguidas de sus padres, han reconocido nuevos maestros sin mision y sin aprobacion, y los han preferido á los que Jesucristo les habia dado, y á los que habia prometido su eterna asistencia, y les habia mandado escuchar como á él mismo.

Lo 3.° *Sobre los humildes y sobre los orgullosos*... Aquellos pequeños é ignorantes á sus propios ojos caminan con simplicidad en la fe, conocen y gustan á Dios, observan su ley, viven una vida inocente, desprecian los bienes del siglo presente, esperan los eternos, y mueren deliciosamente en esta santa esperanza; mientras que estos soberbios por su grandeza y sus riquezas, ó hinchados de su saber, descuidan del pensamiento de su alma, ignoran la ciencia de la salud, no tienen mas atencion que para los bienes y diversiones del siglo, y no comprenden cosa alguna en los caminos de Dios... ¡Oh abismo profundo de los juicios de Dios! ¡Ah! no me cegueis, ó Señor, á mí que me he criado en medio de tantas luces, y que tanto tiempo he abusado de ellas; antes bien, tened piedad de mi ceguedad, haced en mí un dichoso cambiamiento. Abrid mis ojos para que yo os vea, vea á Vos solo y á vuestra santa voluntad, é ignore todo lo demás.

PUNTO III.

Respuesta de Jesús á los fariseos.

«Y lo oyeron algunos de los fariseos que estaban con él, y le di-«jeron: ¿Somos, acaso, ciegos tambien nosotros? Jesús les dijo:

«Si fuérais ciegos no tendríais culpa; pero ahora, porque decís ve-«mos, subsiste vuestro pecado...» Esto es, si vosotros os creyérais tan ciegos, como en efecto sois, buscaríais quien os instruyese, y luego saldríais de el error, y no estaríais en pecado; pero vosotros pensais que lo sabeis todo, y que no se os puede enseñar cosa alguna de nuevo: este es el motivo porque jamás saldréis de vuestra infidelidad; vosotros os quedaréis siempre ciegos... Consideremos en estas palabras tres suertes de ceguedad:

1.ª *Hay una ceguedad comun á todos los hombres que debe cada uno disipar en cuanto le sea posible*... No preguntemos ya con los fariseos, si somos ciegos; sino reconozcámoslo y confesémoslo con humildad. Sí, somos ciegos sobre nuestras pasiones y sobre sus peligrosas consecuencias: sobre nuestros pecados y sobre la necesidad de hacer penitencia: sobre nuestras obligaciones y sobre su importancia: sobre nuestros escándalos y sobre sus consecuencias: sobre el uso del tiempo y sobre la cuenta que debemos dar de él: somos ciegos en las cosas de Dios, en los misterios de Jesucristo, en los caminos interiores, en el estado de nuestra conciencia, y en los escondrijos de nuestro corazon, y somos finalmente ciegos en otras mil maneras. ¡Ah! humillémonos, apliquémonos, instruyámonos, y pidamos á Dios que nos ilumine. Guardémonos sobre todo de huir la luz por el temor de vernos obligados á obrar el bien.

2.ª *Hay una ceguedad involuntaria que Dios sabe excusar*... Los gentiles, antes que les fuese anunciado el Evangelio, no podian sujetarse á él: los pueblos salvajes ó remotos, donde no se ha predicado aun Jesucristo, no pueden reconocerlo y adorarlo, y sobre este punto no tienen pecado. Si nosotros mismos hubiésemos quebrantado una ley que ignorábamos con una ignorancia invencible; si en nuestras confesiones hechas hubiésemos tenido alguna omision considerable sin culpa nuestra despues de un diligente exámen, y con una sincera voluntad de no esconder ni ocultar cosa alguna, en esto no tendríamos pecado. Si sobre este particular tenemos solamente temores inciertos, sin que se presente á nuestra memoria cosa alguna determinada, no nos dejemos atemorizar de vanos escrúpulos, que no servirian de otra cosa que de hacernos aflojar en el camino de la perfeccion. El Dios á quien servimos es santo, pero es justo; conoce nuestra flaqueza, y no nos manda cosas imposibles.

3.ª *Hay una ceguedad obstinada contra la luz misma que nosotros debemos detestar*... Tal era la de los fariseos, los cuales contra la evidencia de las profecías y de los milagros se obstinaron en no re-

conocer en Jesucristo el Mesías, y decian: nosotros vemos, nosotros somos los doctores de la ley; y con esto alucinaban al pueblo, y lo alejaban de creer en él... Tal es la ceguedad de los impíos, los cuales, contra la evidencia de las pruebas de la revelacion, se obstinan en no reconocerla, y dicen: nosotros vemos, nosotros somos espíritus fuertes, estamos criados fuera de todo prejuicio; y con esto arrastran en su impiedad á los espíritus superficiales, ya dispuestos para esto por la corrupcion de las costumbres... Tal es la ceguedad de los heresiarcas, de las cabezas de partido, los cuales contra la evidencia de la autoridad de la Iglesia se obstinan en desechar sus juicios, y dicen: nosótros vemos, nosotros somos sábios, profundos teólogos; nosotros penetramos el sentido de las Escrituras, nosotros poseemos la doctrina de los Padres, y con esto se llevan tras sí en la rebelion los espíritus vanos y orgullosos, amigos de la novedad... ¡Oh infelices doctores! espíritus fuertes y sábios, seria ciertamente mejor para vosotros que fuéseis ciegos é ignorantes; pero porque por vuestra propia confesion teneis luces, y aun creeis tener mas que las que de hecho poseeis, por esto subsiste vuestro pecado: subsiste, porque no se puede excusar por la ignorancia; subsiste, porque vuestra obstinacion os hará perseverar hasta la muerte, y subsiste, finalmente, porque por un fatal contagio se perpetuará de edad en edad, y os hará responsables de todos los pecados de que el vuestro habrá sido el amargo orígen.

Peticion y coloquio.

¡Ah! Señor, preservadme de aquella falsa sabiduría que hace al hombre orgulloso é indócil, porque es sábio á sus propios ojos. No me abandoneis en poder de mis pasiones ni de mis prevenciones. Perdonadme los pecados de ceguedad y de ignorancia, perdonadme los pecados que no conozco, concededme vuestra luz para que los conozca, y vuesta santa gracia para que me corrija de ellos: dignaos, ó Jesús, de hacerme oir en lo mas profundo de mi corazon aquellas palabras de consuelo que enderezásteis al ciego que sanásteis... «Aquel que contigo habla ese mismo es...» Ese es el Hijo de Dios. Está, pues, atenta, alma mia: aquel que ves bajo las especies consagradas, aquel que te habla internamente y que quiere dignarse de entretenerse contigo, es él mismo; es el Hijo de Dios, es tu Salvador: alégrate, derrítete en lágrimas de gozo y de ternura, y consúmete de amor de un Dios tan grande y tan poderoso, y al mismo tiempo tan bueno y tan amable. Amen.



MEDITACION CLXXXIV.

ÚLTIMO DISCURSO DE JESUCRISTO EN JERUSALEN DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS Y DE HABER SANADO AL CIEGO DE NACIMIENTO.

(Joan. x, 1-5).

JESÚS ES EL VERDADERO PASTOR.

Jesús es el verdadero pastor; 1.° por la manera con que entra en el rebaño; 2.° por la manera con que trata con las ovejas; 3.° por la manera con que se portan con él las ovejas.

PUNTO I.

Jesús es el verdadero pastor, por la manera con que entra en el rebaño.

«En verdad, en verdad os digo, el que no entra en el redil por la «puerta, sino que sube por otra parte, es ladron y asesino. Pero el «que entra por la puerta es pastor de las ovejas; á este abre el por-«tero...»

Lo 1.° *Consideremos cuál es el sujeto de esta parábola*... Tuvo Jesucristo este discurso en la ocasion del ciego de nácimiento y de la resolucion que tomaron las cabezas de los judíos de echar de la Sinagoga á cualquiera que creyese que Jesucristo fuese el Mesías. Para entrar en el sentido alegórico es necesario primero comprender bien el sujeto, ó sea el sentido material, que era familiar á los judíos, pero que se nos ha hecho extraño por el cambiamiento de costumbres y de usos. El cuidado de criar los rebaños habia sido la ocupacion de los Patriarcas, y constituia aun en las campiñas la riqueza de la nacion. Conviene representarnos el órden que reinaba, y el uso que se practicaba en las casas de estos pastores opulentos, que tenian numerosos rebaños de todas las especies. Cada rebaño estaba confiado á un cabeza, que ayudado de otros, si era necesario, lo conducia y lo volvia otra vez al lugar destinado. Á proporcion que por la tarde llegaban las manadas, y entraban en sus diferentes apriscos ó estacadas, el que se llamaba portero cerraba con la llave cada una de estas divisiones, y llevaba á casa del señor las llaves. Por la mañana el portero volvia á coger las llaves, y abria á las guias del rebaño segun que se presentaban... Como el rebaño de las ovejas es el mas delicado y exige mayor atencion, es tambien el mas manso y al que se tiene mas afecto. Este es el motivo por

que este tenia frecuentemente por pastor al dueño mismo ó á su hijo. Sobre este último rebaño y sobre su pastor funda justamente el Salvador su alegoría, y bajo de esta imágen, tan llena de dulzura y de ternura, nos representa la relacion que hay entre él y nosotros. ¡Oh y cuánto debemos enternecernos! ¡Oh divino Pastor de mi alma, yo soy una oveja vuestra, conducidme, no me abandoneis, en Vos pongo toda mi confianza y todo mi amor!

Lo 2.° *Consideremos cómo el Salvador ha entrado por la puerta*... Jesucristo, como verdadero pastor, se pone aquí en oposicion con el ladron ó asesino, que buscaba solo robar y matar las ovejas. El discernimiento es fácil de hacerse. Si alguno entra en el redil, ó subiendo por alguna abertura, por una ventana ó por el techo, es seguramente un ladron; pero aquel á quien abre el portero, y que entra por la puerta, aquel es el verdadero pastor. Ahora ¿de qué manera se ha hecho conocer Jesucristo por pastor de nuestras almas? ¿Cómo ha entrado en el redil? Al presentarse, todas las puertas, por hablar así, se le han abierto. Desde su nacimiento han comenzado á cumplirse en él todas las profecías, y han continuado á cumplirse hasta el dia mismo de su muerte. Juan Bautista lo ha anunciado, le ha allanado los caminos, lo ha mostrado, se ha dejado oir la voz del Padre, y lo ha nombrado; sobre él ha reposado el Espíritu Santo, el poder de los milágros lo ha acompañado por todo el tiempo, y ha autorizado todas sus acciones y toda su mision. Este es un entrar seguramente por la puerta al rebaño. No tenian, pues, razon los fariseos para no reconocer un Pastor tan legítimo y tan autorizado.

Lo 3.° *Consideremos quiénes son aquellos que han entrado por otro lado*... ¿Por dónde han entrado tantos que se dicen iluminados, tantos entusiastas, tantos seductores? ¿Por dónde ha entrado Mahoma, para hablar solo de este como del mas conocido hoy en dia, y del mas célebre? Se presentó seiscientos años despues del establecimiento del Cristianismo, que él ha copiado en cuanto ha podido; pero de su persona, de su venida, de sus acciones, de su vida, de su muerte, ni siquiera una sombra se halla en los Profetas. Esta puerta estaba para él cerrada. Menos aun le estaba abierta la de los milagros. Confiesa él mismo que no ha sido enviado para hacer milagros. ¿Cómo, pues, ha entrado él?... Como un ladron, como un asesino, por fraude, vendiendo visiones absurdas de que ninguno ha podido ser testigo; por violencia, tomando las armas y poniéndolas en manos de aquellos que se unian á él; por medio de

lisonjas, contentando las mas violentas pasiones, la ambicion y la impureza, de que él mismo daba el ejemplo.

¿Con qué pudor se atreven, pues, los impíos de nuestros dias á poner en comparacion á Mahoma y Jesucristo, el Mahometismo y el Cristianismo? No, no, no puede subsistir alguna comparacion en este género : Jesucristo es Hijo de Dios, es el verdadero pastor de nuestras almas. La legitimidad de sus títulos no se puede contrahacer. Os adoro, ó divino Pastor de mi alma, me sujeto á vuestra conducta; yo no temo engañarme mientras sea fiel en seguiros.

PUNTO II.

Jesús es el verdadero pastor, por la manera con que trata á sus ovejas.

«Á él abre el portero, y las ovejas oyen su voz, y llama por sus «nombres sus ovejas, y las lleva fuera, y cuando ha echado fuera «sus ovejas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque «conocen su voz...» El verdadero pastor hace tres cosas :

1.ª *Llama á sus ovejas cada una por su nombre;* por el nombre que él mismo les ha dado. Hé aquí como Jesucristo nos conoce á todos... Llegado el tiempo destinado, nombró sus Apóstoles, eligió sus discípulos, llamó una infinidad de almas dóciles que se unieron á él. Á nosotros tambien nos ha llamado, por decirlo así, desde el seno de nuestra madre; nos ha dado nuestro nombre en el santo Bautismo. Desde aquel momento somos nosotros del número de sus ovejas; nos conoce, tiene los ojos sobre nosotros, y nos ama.

2.ª *El verdadero pastor camina delante de sus ovejas...* Así antiguamente el pastor conducia su rebaño; caminaba delante, mientras que algunos criados se estaban detrás para impedir que alguna oveja se huyese... Así hizo con nosotros nuestro Salvador. Nada nos ha mandado que no haya practicado él mismo. El primero entró en los caminos de la virtud, de la santidad, de la penitencia, del desinterés y de la paciencia. Se encaminó el primero al suplicio y á la muerte, bajó al sepulcro, resucitó glorioso, y subió triunfante á lo mas alto de los cielos. Hé aquí dónde nos guia, hé aquí el camino por donde nos lleva, si somos fieles en seguirlo.

3.ª *El verdadero pastor hace oir su voz á sus ovejas...* Abierto el redil por el portero, comienza á hacer oir su voz á su amado rebaño; despues se pone á la frente de él, y no cesa por el viaje de hacer oir á sus ovejas su voz, para que sepan dónde está él, y por dónde pa-

sa: con ellas se entretiene; las llama, y las anima á seguirlo... Esto es lo que el Salvador ha hecho con sus instrucciones: lo que hace aun con las santas Escrituras; con la voz de los pastores que entre nosotros tienen su lugar; con los libros de piedad que nos hablan en su nombre; con los buenos pensamientos que nos inspira; con las luces que nos comunica, y con las internas consolaciones que nos hace gustar. ¡Oh, y cuán dulce es esta voz, cuán íntima es, y de cuánta consolacion! ¡Oh verdadero Pastor de mi alma, cuántos medios de salud! ¡Seré ciertamente muy culpado, si no me aprovecho de ellos!

PUNTO III.

Jesús es el verdadero pastor, por la manera con que las ovejas se portan con él.

Lo 1.° *Las ovejas lo siguen...* ¡Cuántas almas generosas y fieles han seguido á este divino Pastor! ¡Cuántas lo han seguido en el desierto y en la soledad, en el ayuno y en la humillacion, en los trabajos apostólicos, en las persecuciones y en las humillaciones, en los sufrimientos, en los tormentos, hasta sobre el Calvario y sobre la cruz, y finalmente en el cielo, donde ahora reinan eternamente con él!

Lo 2.° *Las ovejas conocen su voz...* Su voz es tan afectuosa, su habla es tan conforme á las luces mas puras de la conciencia y á los sentimientos mas nobles del corazon, que es fácil cuando se quiere reconocerla por la voz del verdadero Pastor. La reconocen los Santos, la creen, y en ella confian con una total seguridad; saben que es su Dios el que les habla, que los instruye, que les promete; y sobre una seguridad bien fundada lo siguen, y por él emprenden todas las cosas. ¿Entendemos nosotros su voz? ¿sabemos que ella es voz suya? ¿por qué, pues, no la seguimos? Los que siguen á un impostor, no es su voz la que siguen, es la voz de sus propias pasiones y de su corazon corrompido.

Lo 3.° *Las ovejas huyen del extraño...* «Pero no van detrás de un «extraño, antes huyen de él, porque no conocen la voz de los ex«traños...» Así han hecho los Santos y hacen las almas fieles. Una palabra contra la fe, contra la Religion, contra la docilidad á los pastores, contra la sumision á la Iglesia, una palabra contra la caridad, contra la obediencia, las afana, las espanta, las pone en fuga... ¿Hacemos nosotros lo mismo? ¿no es antes bien esta voz extraña la que amamos, la que nos agrada, la que nos encanta, y á

la que aplicamos nuestras orejas con mas gusto que á la de nuestro divino Pastor? ¡Ah! si es así, no nos lisonjeemos de ser del número de sus ovejas! No podrémos serlo, sino cuando huirémos de estos engañadores, y los tendrémos en horror y abominacion.

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! ¿con que yo no soy del número de las ovejas de mi divino Salvador? ¡Y qué vileza para mí el quedarme atrás! ¿No me moveré yo jamás ni del amor del divino Pastor que me precede, ni del ejemplo de aquellos que lo siguen, ni de la recompensa con que me convida? ¡Ah, Señor! Vos sois el verdadero pastor, á Vos únicamente me uniré, y huiré de todo extraño que quiera alejarme de Vos; hacedme oir vuestra voz en lo mas íntimo de mi corazon; instruidme en público y en secreto; iluminadme en mis dudas; consoladme en mis penas; socorredme en mis males, en mis flaquezas y en mis necesidades, y conducidme á Vos en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION CLXXXV.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO DESPUES DE HABER SANADO AL CIEGO DE NACIMIENTO.

(Joan. x, 6-10).

JESÚS ES LA PUERTA.

«Esta comparacion les dijo Jesús; mas ellos no comprendieron qué cosa «les dijese; y Jesús les dijo otra vez: En verdad, en verdad os digo, que yo «soy la puerta de las ovejas. Todos cuantos han venido son ladrones y asesi- «nos, y las ovejas no los han escuchado. Yo soy la puerta; el que por mí en- «trare, será salvo, y entrará y saldrá, y encontrará pasto. El ladron no viene «sino para robar y matar, y para destruir; yo he venido para que tengan vida, «y para que la tengan en mas abundancia.» Los judíos nada entendieron de la primera parábola que Jesucristo les propuso. La oscuridad que á ellos les escondia el sentido, era el castigo de su infidelidad. Les propuso luego otra segunda en el mismo género; pero tampoco de esta entendieron cosa alguna: pero la una y la otra debian servir un dia para instruirnos y edificarnos: este es el espíritu con que debemos meditar esta, aplicándola á nuestras necesidades. Jesús respecto de nosotros es la puerta: 1.° de la fe; 2.° de la mision evangélica; 3.° del estado que debemos abrazar; 4.° de la vida interior; 5.° de la vida eterna.

PUNTO I.

Jesús es la puerta de la fe.

La fe es aquella por la que se va á Dios, y por Jesucristo las almas sencillas y fieles reciben esta fe que las conduce á Dios. Todas

las Escrituras, el Antiguo y el Nuevo Testamento tienen á Jesucristo por objeto; solo por la fe en este divino Mediador se puede ir á Dios, agradarle, y obtener la dicha de poseerlo; todos aquellos que han anunciado á los hombres otro camino han sido otros tantos ladrones y asesinos. Las ovejas, los que buscan á Dios con sinceridad no los han escuchado; se han fastidiado de las quimeras y de los vanos discursos de la filosofía, han detestado la supersticion y la impiedad de la mágia, y han reconocido la mentira y el oprobio de tantos impostores que han remedado á los hombres inspirados [1]. De hecho, ¿no sentimos nosotros dentro de nosotros mismos que estamos en el camino de la salud desde que estamos unidos á Jesucristo, y entramos por esta puerta misteriosa? ¡Qué abundancia, qué variedad de pastos no encontramos nosotros! ¡Oh, y cómo es sólido, saludable y delicioso el nutrimento! Allí todo lleva el carácter de la verdad y de la santidad, todo se sostiene, todo es digno de Dios, todo es conforme á las necesidades del hombre y á sus achaques, y le ofrece de qué llenar la vasta extension de todos sus deseos. No nos dejemos, pues, jamás separar de Jesús, y de la sucesion de los pastores que él ha establecido en su rebaño. El mundo, el demonio, la impiedad, la herejía, nos solicitan solo para perdernos y ocasionarnos la muerte. Solo en Jesús y en el seno de su Iglesia podemos hallar la vida de la fe, y allí la encontramos con toda la abundancia y con todas las delicias que puede desear un corazon que ama á Dios, con la sólida esperanza de verlo, de vivir de él, y reinar con él eternamente.

PUNTO II.

Jesús es la puerta de la mision evangélica.

Todo ministro del Evangelio que no entra por Jesús en el santo ministerio es un ladron que solo intenta robar, matar y destruir. Sobre la tierra hay solamente una mision legítima que sube hasta Jesucristo y hasta Dios. Dios ha enviado su Hijo; Jesús, Hijo de Dios, ha enviado sus Apóstoles; estos y sus sucesores han dado la mision á los ministros inferiores. Cualquiera que por sí mismo se introduce ó recibe la mision de algun otro distinto de aquellos que ha establecido Jesús para gobernar su Iglesia, es un intruso, es un asesino; y los que lo siguen no serán jamás reconocidos por Jesucristo como del número de sus ovejas. Es, pues, una extraña ceguedad en los pueblos de la Gran Bretaña el persuadirse que sus

[1] Act. v, 36, 37.



pastores puedan recibir una mision legítima de la autoridad lega, ó sea de la potestad soberana... Demos gracias á Dios de estar sujetos á los pastores que han entrado por Jesucristo, y cuya mision sube hasta él. Alegrémonos de un tan grande beneficio, y aprovechémonos de los pastos saludables, santos y abundantes en que ellos nos guian.

PUNTO III.

Jesucristo es la puerta del estado que debemos abrazar.

Ninguna cosa hay mas importante para nuestra felicidad sobre la tierra que la eleccion de un estado... Entremos en un estado, en un cargo, en un empleo solo por medio de Jesús, y en él nos salvarémos, en él encontrarémos mil virtudes que practicar, mil buenas obras que hacer, y aun en nuestras penas y en nuestras aflicciones encontrarémos consuelo; porque Dios nos sostendrá en él. Pero si nos empeñamos, si entramos ó si salimos de él por motivos humanos, por pasion, por interés, por ambicion, por amor de nosotros mismos, ¡ay de mí, á qué peligros nos exponemos! En vez de ser del número de las ovejas dóciles, contentas y satisfechas, vendrémos á ser de mil maneras ladrones y asesinos.

PUNTO IV.

Jesús es la puerta de la vida interior.

¡Feliz el alma que entra en esta vida de recogimiento, de oracion, de mortificacion, de amor de Dios, de renuncia de sí mismo, de piedad y de devocion! Halla en ella delicias y una sobreabundancia de consolaciones desconocidas á la tibieza y á la disipacion. Es cosa del todo singular y solamente conocida esta vida en la Iglesia católica. No oimos hablar de ella en otra parte; no vemos en otra parte algun libro sobre esta materia, ni menos algun ejemplo en la vida de los personajes mas ilustres... Trabajemos, pues, para entrar en este camino, para vivir una vida enteramente interior, y para conducir otros á ella: sin esto temamos de caer en las manos de los ladrones, que no tienen otra intencion que la de perdernos.

PUNTO V.

Jesús es la puerta de la vida eterna.

¡Ah! aquí es donde se halla la abundancia de la vida y la sobre-

abundancia de las delicias, por su número, por su cualidad y por su infinita duracion... ¡Ay de mí! ¡cuándo se me abrirá esta puerta de la vida eterna! ¡cuándo os veré, ó divino Jesús! ¡cuándo os poseeré, ó tierno y caritativo Pastor de mi alma! ¡cuándo introduciréis Vos esta vuestra ovejilla en aquel celestial pasto donde nada tendrá ya que temer y nada que desear! ¡Ah! léjos de mí ahora y para siempre todo aquello que podria, aunque por poco, separarme ó alejarme de mi divino Salvador!

Peticion y coloquio.

Apartad y alejad de mí ¡oh Jesús! estos ladrones, estos asesinos, estos enemigos de mi salud, que no respiran otra cosa, ni otra cosa desean que mi perdicion. Defendedme de sus emboscadas y de sus violencias; conservadme con Vos y cerca de Vos; finalmente, sea yo enteramente y para siempre vuestro. Amen.

MEDITACION CLXXXVI.

FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO DESPUES DE HABER SANADO AL CIEGO DE NACIMIENTO.

(Joan. x, 11-18).

JESÚS ES EL BUEN PASTOR.

Bajo la alegoría de un buen pastor anuncia Jesús á los judíos los misterios de su muerte, de su resurreccion y de su Iglesia. Para entrar bien en el sentido dé esta parábola, debemos observar la semejanza y la diferencia que se hallan entre un buen pastor en el sentido material y Jesucristo pastor de nuestras almas. Por esto consideremos: 1.° cuál es la generosidad; 2.° cuáles son los conocimientos; 3.° cuál es el amor del buen pastor.

PUNTO I.

De la generosidad del buen pastor.

Lo 1.° *Da la vida por sus ovejas*... «Yo soy el buen Pastor: el «buen pastor da la vida por sus ovejas...» El buen pastor, en el sentido material, da su vida; esto es, por defensa de sus ovejas se expone á veces á riesgo de perder la vida; pero en el mismo exponerse al peligro se defiende lo que puede. No lo hace así Jesús: por salvar á sus ovejas se expone á una muerte cierta, á la ignominia y á los mas crueles suplicios. Él solo es el buen Pastor por excelencia, y da verdaderamente su vida por sus ovejas.

Lo 2.° *Defiende sus ovejas del lobo*... «Pero el mercenario y aquel

«que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir el «lobo, y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebata y esparce las ove- «jas...» Hé aquí la diferencia que hay entre el buen pastor y el mercenario. Pero ¡cuánto es aun mayor la diferencia que se halla entre este pastor y el divino Pastor de nuestras almas! El pastor libra sus ovejas de una muerte temporal; pero Jesucristo nos libra de una muerte eterna: nos libra del furor del demonio que nos arrastraba al infierno, y borra en nosotros el pecado á que se habria seguido un suplicio eterno. ¿Qué vendrian á ser los hombres sin Vos? ¿Y qué vendria á ser yo mismo, ó divino Pastor, si no hubiéseis dado por mí la vida? ¿Cuál hubiera sido mi suerte en la eternidad? Vendria á ser presa del demonio, y el infierno hubiera sido mi habitacion eterna... Esto no basta aun: el pastor preservando sus ovejas del lobo no las libra de una próxima muerte sino para conservarlas á una muerte segura; pero Jesucristo muriendo por nosotros, no solo nos libra de una muerte eterna, sino que tambien nos procura una vida eterna, y nos hace dignos del cielo... ¡Oh Dios, qué extremos! ¡el infierno ó el cielo! ¿Y cuál medio? La muerte de Jesucristo, la cual nos libra del uno y nos hace obtener el otro... ¡Oh muerte, oh beneficio! ¿puedo yo asistir á la memoria que cada dia se renueva de ella sobre nuestros altares, sin quedar penetrado de la mas tierna y mas generosa gratitud?... Fuera de esto, el pastor salva sus ovejas por su propia utilidad; mas no lo haceis así Vos, generoso Pastor. Vos no os alimentais de la carne de vuestras ovejas; sino por el contrario, vuestras ovejas se alimentan de la vuestra. ¡Qué misterio! ¡qué profundidad! ¡qué caridad!

Lo 3.° *Tiene cuidado de sus ovejas como de cosa suya propia...* «El mercenario huye, porque es mercenario y no se cuida de las «ovejas...» El mercenario es un siervo asalariado, de quien no son provias las ovejas. El pastor es el hijo del señor y heredero de su casa. Un mercenario que conduce el rebaño no irá ciertamente á exponer su vida por las ovejas que nada le importan. No hay otro que el pastor, no hay otro que su hijo que sea capaz de una tal generosidad, porque son suyas propias las ovejas. ¡Oh cuánto mas pertenecemos nosotros á Jesucristo, de lo que pertenezca un rebaño á su señor! Como Dios, nos ha criado; como Hombre, Dios su Padre lo ha constituido heredero universal de todos sus bienes: le ha dado los Ángeles y los hombres, y ha puesto bajo de sí toda la naturaleza. Nosotros somos suyos: somos sus ovejas: él es nuestro Señor, es nuestro Pastor, y nuestro buen Pastor, que por nosotros da su vida.

Y ¡oh cuánto mas le pertenecemos despues que él la ha dado por nosotros, y nos ha rescatado con su muerte! ¿Quién podrá comprender jamás la fuerza y la dulzura de este título? ¿Quién podrá decir jamás qué amor pida de nosotros? ¿qué sumision, qué confianza, qué ternura no le debamos? Él ha muerto por nosotros, porque éramos suyos: ¿cuánto mas serémos suyos despues que ha muerto por nosotros? No hay título de propiedad ni mas grande, ni mas noble, ni mas tierno.

PUNTO II.

De los conocimientos del buen pastor.

Lo 1.° *Conoce sus ovejas...* «Yo soy el buen Pastor, y conozco «las ovejas mias...» ¿Qué conocimiento tiene Jesucristo de nosotros? El mas íntimo, el mas universal. Conoce lo que somos por vicio de nuestra naturaleza, y lo que podemos ser por la fuerza de su gracia. Conoce el bien y el mal que hay en nosotros, nuestras infidelidades, y los esfuerzos que hacemos para agradarle. No se le oculta alguna de nuestras acciones ni alguno de nuestros pensamientos. ¡Oh, y cuán atentos nos debe hacer esta reflexion! ¡cuánto nos debe animar y consolar!

Lo 2.° *Se da á conocer á sus ovejas...* «Conozco mis ovejas, y las «mias me conocen, como el Padre me conoce, y yo conozco al Pa«dre, y pongo mi vida por mis ovejas...» La relacion que hay entre Jesús y nosotros tiene por modelo la relacion que hay entre su Padre y él. Su Padre lo conoce, y él conoce á su Padre; así Jesús nos conoce á nosotros, y nosotros lo conocemos á él. ¡Oh y cuán nobles son estas ideas! ¡Cuán grande y sublime es la religion cristiana! Como el Padre se manifiesta al Hijo, así el Hijo se descubre á nosotros. Las almas fieles lo conocen; conocen su grandeza y su amor; conocen sus preceptos y sus ejemplos, sus deseos y sus inclinaciones, y se uniforman á él. Crecen cada dia en este conocimiento, y cada dia crecen en su amor. ¿Soy yo de este número? Las ovejas conocen su pastor. ¡Ay de mí! ¡cuánto tiene de que confundirme el instinto de estos animales! ¡estos conocen á su pastor, y yo no conozco al mio!

Lo 3.° *Conoce la manera de aumentar su rebaño...* «Y tengo otras «ovejas que no son de este aprisco, y es necesario que yo las traiga, «y escucharán mi voz, y será hecho un solo aprisco y un pastor...» El pastor que quiere aumentar su rebaño no es aun dueño y señor de las ovejas que tiene designios é intencion de adquirir, y no las

conoce aun. Solo Jesús puede decir: «Tengo otras ovejas, las que «es necesario que yo junte...» Hablaba de los gentiles, hablaba de nosotros: nosotros ya le pertenecíamos, y ya nos conocia; pero estábamos bien léjos de conocerle y de entender su voz. Su palabra se ha verificado, nosotros vemos su cumplimiento. Vemos la Iglesia esparcida en todo el universo formar un solo cuerpo debajo de una cabeza invisible que está en los cielos, y bajo una cabeza visible, su Vicario en la tierra, sucesor legítimo de san Pedro, dejado por Jesucristo á su Iglesia en esta cualidad, el cual confirió el primero el Bautismo á los gentiles [1]. ¿Dónde, pues, se halla hoy en dia en las sectas separadas de la Iglesia esta unidad de rebaño y de cabeza? Si para ellas es Jesucristo el único pastor, ¿por qué tienen otros sobre la tierra? Y ya que no pueden estar sin otros pastores, ¿dónde está para ellas sobre la tierra el punto de reunion, el centro de la unidad, el vicario de Jesucristo, el sucesor de san Pedro? ¿Es posible que no puedan ver por solo este carácter que no es ya una Iglesia reformada la que han hecho, sino una porcion de Iglesia que han separado, una manada que han cortado, un pueblo que se ha retirado, y que ya no se halla en la unidad del rebaño, ni bajo la unidad de los pastores?

PUNTO III.

Del amor del buen pastor.

«Por esto me ama el Padre, porque yo pongo mi vida para vol«verla á tomar. Ninguno me la quita, sino que yo la pongo por mí «mismo, y tengo potestad para ponerla, y tengo potestad para vol«verla á tomar; este mandamiento he recibido de mi Padre...» Aquí cesa toda comparacion entre Jesucristo y un pastor. El amor consumado en la cruz llegó á su colmo, y á un punto que no puede tener ejemplo en las criaturas. Un padre no puede mandar á un hijo suyo morir por su rebaño; estimaria mas perder todo el rebaño, que salvarlo á costa de un hijo amado. No hay otro que Dios que pueda dar una tal órden á su Hijo; porque hay un Dios solo que dando á su Hijo este primer mandamiento; esto es, el de morir, pueda darle el segundo; esto es, el de resucitar. ¡Ah! penetremos en cuanto nos sea posible este misterio de amor, reconociendo en él nuestra felicidad y nuestras obligaciones.

Lo 1.° *Del amor de Dios Padre para con su Hijo y para con nosotros*... En los designios de Dios no podíamos nosotros ser reconci-

[1] Act. x.

liados con él, sin que quedase satisfecha su justicia, y para satisfacerla plenamente ha querido que su Hijo muriese de una muerte infame y cruel. Le dió para esto la órden expresa; se la ha intimado, y ama á su Hijo, porque este Hijo obediente y sumiso ha ejecutado puntualmente la órden tan rigurosa. Pero ordenándole dar su vida, le ordena volverla á tomar. Sin esto no habria sabiduría en la órden, y la obediencia del Hijo quedaria sin recompensa. La gloriosa resurreccion del Hijo en nada disminuye el mérito de sus sufrimientos y pasion, sino hace que no queden perdidos para él. Hace que aquel que realmente ha muerto por obedecer á su Padre y por salvarnos esté en estado de gozar del amor de su Padre, y tenga el derecho de exigir el nuestro. ¡Ah! ¡qué misterio! ¡qué caridad! ¡Dios ordena á su Hijo que muera por nosotros! ¿Y podemos nosotros tener un corazon, y no quedar arrebatados de admiracion y encendidos de amor?

Lo 2.° *Del amor de Dios Hijo para con su Padre y para con nosotros*... No obedeció Jesucristo á su Padre por fuerza, sino por amor. Entró en todos los sentimientos y en todas las voluntades de su Padre: conoció en ellos la equidad, la sabiduría, la caridad inmensa... «Como el Padre me conoce á mí, y yo conozco al Padre, y doy mi «vida por mis ovejas...» Como nos ha amado su Padre, él tambien nos ha amado: como su Padre ha querido que muriese por nosotros, él por nosotros ha querido morir: esta muerte por su parte ha sido perfectamente voluntaria y puro efecto de su amor. Ninguna cosa podia contra él la potencia de sus enemigos, la malicia de los demonios, la crueldad de los verdugos: dueño de dejar la vida y de volverla á tomar otra vez, ha sido condenado á la muerte por nuestros pecados, y ha resucitado para nuestra justificacion; esto es, la muerte que ha padecido obra en nosotros, y significa la muerte del pecado, por el que él ha satisfecho; y la vida que ha vuelto á tomar obra en nosotros, y significa la vida de la gracia, de la reconciliacion con Dios, y de la justificacion en que nos ha restablecido. Jesucristo se ha dado todo enteramente á nosotros; su vida, su muerte, su resurreccion y su gloria todo es para nosotros. ¿Por qué, pues, no es todo suyo nuestro corazon? ¿Por qué no es suyo todo lo que nosotros somos?

Lo 3.° *Amor que debemos al Padre y á Jesucristo su Hijo*... Nosotros debemos amor por amor, vida por vida. Si somos fieles á cumplir esta obligacion, tendrémos el amor del Padre, y la resurreccion y la gloria del Hijo. Á nosotros mira como miembros de Jesucristo

el duplicado precepto de morir y de resucitar; Dios nos lo impone, y en cumplirlo está nuestra felicidad. Muere el ciudadano por su príncipe y por su patria; muere el hombre por necesidad de naturaleza y en pena del pecado; pero si muriendo así no morimos al mismo tiempo por Dios, por obedecerle, y en union con la muerte de Jesucristo, la muerte para nosotros es una pura pérdida, y nos priva de poder con ella gustar la gloria y recibir la recompensa; mas la muerte en Jesucristo es un esfuerzo de amor, cuyo fruto todo entero lo gozarémos nosotros en una vida eterna.

Peticion y coloquio.

¡Oh buen Pastor que habeis querido morir por nosotros! ¿Qué otra cosa puedo yo desear sobre la tierra, sino la gloria y la felicidad de morir por Vos, á fin de reinar eternamente con Vos? Amen.

MEDITACION CLXXXVII.

DE LA DISENSION OCASIONADA ENTRE LOS JUDÍOS POR EL DISCURSO PRECEDENTE.

(Joan. x, 19-21).

DE TRES ESTADOS DE LUZ EN ÓRDEN Á LOS MISTERIOS DE JESUCRISTO.

Primer estado, el de los judíos al tiempo del Salvador; segundo estado, el de los cristianos en este mundo; tercer estado, el de los justos en el cielo.

PUNTO I.

Primer estado, el de los judíos al tiempo del Salvador.

El primer estado es aquel en que se hallaban los judíos cuando el Salvador les hablaba. El grado de luz que recibian era aun débil y rodeado de nubes. Pero no obstante la oscuridad esparcida en los discursos del Salvador, si sus corazones hubieran sido dóciles, y hubieran estado bien dispuestos, fácilmente se hubieran reunido en la misma fe, y Jesucristo hubiera sido reconocido de todo el mundo por Hijo de Dios, por el Mesías, por el Salvador de los hombres; pero las pasiones no permitian jamás esta uniformidad de sentimientos. Hubo disension y division entre los judíos, con la ocasion de la sanidad obrada en el ciego de nacimiento... «Nació nuevamente di-«sension entre los judíos por estos discursos...»

1.° *Los unos desecharon la luz...* Ciegos de sus prejuicios y de sus pasiones, nada entendieron de este discurso, ni sacaron de él

cosa alguna. Si á lo menos se hubieran quedado en silencio, habrian sido en algun modo excusables; pero la pasion no vive tranquila, ella calumnia, ella está en continuo movimiento. Los mas ciegos son los primeros á decidir y á pretender iluminar á los otros... «Muchos «de ellos decian: Él es un endemoniado, y ha perdido el juicio; ¿por «qué lo oís?...» Hé aquí cómo os han tratado los hombres, ó Salvador mio, en el tiempo mismo en que los instruís sobre el exceso de vuestro amor y sobre la felicidad que estábais resuelto á procurarles.

2.° *Otros vieron la luz*... «Otros decian: Estas palabras no son de «endemoniado...» Bien que estos no comprendiesen todo el sentido del discurso del Salvador, no dejaban de descubrir en él alguna cosa de grande y de resplandeciente, que estaba bien léjos de ser el lenguaje de un endemoniado y de un insensato. Tuvieron valor de decirlo en alta voz, y sostener la causa de Jesucristo, oponiendo su sentimiento al de sus enemigos. Una reflexion tan sábia debia destruir la calumnia y contener sus funestos efectos.

3.° *Algunos finalmente recurrieron á otra luz*... «¿Puede, por ven«tura, el demonio abrir los ojos á los ciegos?...» No comprendian estos, en verdad, el discurso de Jesús; pero al fin allí se hallaba el ciego de nacimiento: su sanidad justificaba este discurso, y le quitaba suficientemente la oscuridad. No, decian estos, un endemoniado no da la vista á los ciegos, y el demonio no puede comunicar un tal poder. Apoyados sobre la evidencia del milagro, y contentos con la luz que en él hallaban, esperaban el tiempo para que se aclarase; y esperándolo, creian en aquel que hablaba con tanta majestad y dulzura, y que al mismo tiempo obraba tan grandes prodigios. ¿Cómo, pues, no se rindieron los primeros á un razonamiento tan simple, á una prueba tan sensible? Con todo sucedió lo contrario. Los primeros estaban privados de toda razon, y oponian solo absurdos; pero armados de calumnia, y sostenidos de la cábala triunfaron finalmente por abuso de la pública autoridad: debia Jesús quedar debajo, y así cumplió el sentido de sus divinas palabras; pero vino despues el tiempo que triunfó, y resucitando hizo triunfar la verdad, que desechada de los judíos fue recibida en todo el mundo. ¡Ah! seais bendito, ó divino Jesús, por haber guiado así todas las cosas á su fin, para gloria de vuestro Padre, y para nuestra salvacion.

PUNTO II.

Segundo estado, el de los cristianos en este mundo.

El segundo estado, ó sea el segundo grado de luz, es aquel en que estuvieron los judíos al tiempo de la predicacion de los Apóstoles, y en que estamos actualmente nosotros mismos. Este grado, infinitamente mas perfecto que el primero, nos ha explicado todo el sentido de la parábola. No obstante esto, el mismo cisma que se suscitó entre los judíos se halla aun entre nosotros.

1.° *Los unos desechan la luz, y porque nada comprenden no quieren creer cosa alguna*... Un Dios hecho hombre, un Dios hombre, Hijo de Dios, muerto por nuestros pecados; todo esto les repugna, y sin mas exámen lo tratan de necedad, y blasfeman lo que ignoran.

2. *Otros ven la luz*... Sin comprender toda la sustancia de estos inefables misterios, descubren en ellos tanta grandeza, majestad, órden y sabiduría, que reconocen fácilmente en ellos la obra de Dios: y esto es lo que nos sucederá á nosotros mismos, á la medida que los meditarémos con atencion, con fe y con pureza de corazon.

3.° *Otros finalmente han recurrido á otra luz*, á la luz exterior que rodea los misterios, á los milagros y á las profecías que los atestiguan, y que nos aseguran su verdad... Este es el apoyo de nuestra fe, á que nosotros mismos debemos recurrir con frecuencia, principalmente en las tentaciones contra la fe. Si no comprendemos los misterios de la Religion, esto no es cosa que sorprende, tampoco comprendemos los misterios de la naturaleza. Pero la historia de los prodigios que han acompañado la predicacion de estos misterios, esta historia recibida de todas las naciones, y de ellas enviada á la posteridad, ¿puede, por ventura, ser una fábula? Las profecías que han anunciado al Mesías y su reino, ¿no se han cumplido? ¿No veo, acaso, con mis ojos plantado el Cristianismo en todos los lugares? ¿No veo este rebaño único sobre la tierra compuesto de todas las naciones, y reunido bajo la autoridad de una sola cabeza? ¿No lo veo, por ventura, subsistente en la misma forma, ya ha mas de mil y setecientos años, despues que fue anunciado con esta parábola?... ¿Y podré todavía dudar de la verdad de los misterios que el Cristianismo anuncia? No, no hay otra cosa que la necedad, la obstinacion y el pecado que puedan inducir á cerrar los ojos al resplandor de una luz tan viva. Con todo eso, bien que sea tan sensible la luz demostrada de la religion de Jesucristo, bien que á esta solo se

pueda oponer la estulticia y la absurdidad, triunfarán las pasiones. Le sucederá al mundo entero lo que sucedió entre los judíos y entre muchos pueblos que han perdido ya la fe... Se unirán la calumnia, la cábala y la autoridad para perder á los justos, y á aquellos cristianos creyentes que quedarán sobre la tierra. Pero como la resurreccion de Jesucristo hizo triunfar la verdad, la resurreccion general la manifestará, y la pondrá en todos sus derechos con esta diferencia, que despues de la resurrecion del Salvador, la verdad ha ejercitado solo un imperio de dulzura y de libertad; pero despues de la resurreccion general, ejercitará un imperio de necesidad, que será el castigo de los unos y la recompensa de los otros. ¡Ah! ¡bienaventurados entonces aquellos que habrán creido! ¡bienaventurados aquellos que habrán combatido por la fe, que habrán sufrido y que habrán muerto por ella!

PUNTO III.

Tercer estado, el de los justos en el cielo.

El tercer estado, ó sea el tercer grado de luz, es aquel que se halla en el cielo... Allí ya no habrá jamás sombra, no habrá jamás oscuridad, no habrá jamás fe. Estará el bienaventurado en aquella luz, por la cual el Padre conoce al Hijo y el Hijo conoce al Padre. Vivirá de aquel amor con que el Padre ama al Hijo, porque se ha sacrificado por nosotros. ¡Oh qué amor del Padre! ¡qué amor del Hijo! ¡qué amor de todos los justos que se han salvado por el amor del Padre y del Hijo! ¡Oh amor! ¡oh Espíritu Santo, amor consustancial del Padre y del Hijo! Espíritu que animaréis todos los sentidos de los bienaventurados, que inflamaréis todos sus corazones, y haréis de ellos uno solo con Dios mismo. ¡Ah! dadme una centella de aquel sagrado fuego que me haga suspirar siempre hácia aquel lugar de paz, donde no amaré otra cosa que aquel que ha muerto por mí! Sois verdaderamente felices, ó almas que ya gustais este amor, y correspondeis á él. ¡Miserables de vosotros, ó pecadores, que no os aprovechais de un tan grande amor, y que lo despreciais! ¡Ay de mí! ¡á qué castigos, á qué tormentos os expone vuestra ingratitud y vuestra obstinacion!

Peticion y coloquio.

Seais bendito, ó Jesús, por toda la ternura, por toda la predileccion de vuestro sagrado corazon, particularmente para mí, que soy tan poco digno de vuestras misericordias. No permitais que yo

abuse de ellas, ni que deje de corresponder á vuestro amor. Sostenedme, ó buen Pastor; defendedme contra vuestros enemigos, que son ciertamente los mios; y conducidme á los pastos eternos de la tierra de los vivientes. Amen.

MEDITACION CLXXXVIII.

JESÚS COME EN CASA DE UN FARISEO, DONDE SANA UN HIDRÓPICO.

(Luc. XIV, 1-14).

Jesucristo nos ofrece aquí, ó sea en sus ejemplos, ó sea en sus discursos, los mas sublimes caractéres: 1.° de la caridad; 2.° de la humildad; 3.° de la liberalidad.

PUNTO I.

De la caridad.

1.° *La caridad es complaciente é industriosa*... «Y sucedió que «habiendo entrado Jesús un sábado en la casa de uno de los prin«cipales fariseos á comer pan [1], ellos le estaban acechando...» Habiendo Jesucristo dejado á Jerusalen, aquella ciudad indigna de sus cuidados y próxima á hacerse culpable de su sangre, le suministró la Galilea un asilo por mas de dos meses, que destinaba aun á la instruccion de los pueblos y principalmente á la de sus Apóstoles. Aquí fue convidado un dia de sábado á comer en casa de un fariseo de los mas distinguidos de su secta, cabeza ó príncipe de los fariseos esparcidos en aquel contorno. El número de los convidados era grande, y Jesús tuvo la tierna complacencia de asistir allí con intencion de aprovecharse de la coyuntura para edificar, instruir y convencer, y aun, si fuese posible, para ganar á la verdad aquellos con quienes habia de comer. Pero ellos tenian ideas bien diferentes. Bien que no estuviesen tan enardecidos contra Jesucristo como los de Jerusalen, se habian unido en este convite con intencion de observarlo, de examinarlo, y de ver si encontraban en él de qué reprenderlo. ¡Ah! ¿tenemos nosotros los ojos sobre Jesucristo para admirar sus virtudes, para aprovecharnos de sus instrucciones y para imitar su ejemplo?

2.° *La caridad es preveniente y compasiva*... Se hallaba Jesús en compañía de los convidados antes que se preparase la comida en la mesa... «Y hé aquí que un cierto hombre hidrópico estaba delante «de él...» Este hombre no pidió su sanidad. La caridad de Jesús

[1] Palabra de los hebreos que significa todo lo que sustenta.

previno su peticion. Pero habia allí otros enfermos que su compasion queria disponer á la sanidad, bien que su enfermedad, que procedia solamente de su malignidad, no mereciese alguna atencion. Eran fariseos y escribas dispuestos á escandalizarse de una obra buena hecha en el dia de sábado. Jesucristo, pues, para disipar sus prejuicios, y empeñarlos á reflexionar sobre lo que tan frecuentemente hacia la materia de su escándalo... «dijo á los doctores de la «ley y á los fariseos: ¿Es lícito sanar en sábado?...» ¿Cómo es posible que se necesitase hacer una tal pregunta á los doctores de la ley, si es permitido hacer bien, obrar un milagro, pronunciar una palabra para sanar un enfermo en el dia de sábado? ¡Ah! el pueblo grosero habria fácilmente decidido; pero la ciencia unida al orgullo no sirve sino de cegar y hacer encontrar dificultad donde jamás la hubo, y poner dudas sobre la misma evidencia... Tal es el orígen de tantas cuestiones absurdas, á las cuales nuestros doctos impíos encuentran insuperables dificultades... Á la pregunta del Salvador nada respondieron los doctores judíos... «Pero ellos calla«ron...» Ó sea que no hayan sabido, ó sea que no se hayan atrevido, ó sea que no hayan querido responder, este silencio indica una grande ignorancia, una obstinada ceguedad, ó una vil flaqueza; ó incluye antes bien una indecible perfidia, malignidad y enormidad. El silencio es bueno ó malo, segun los principios de que procede. Examinemos delante de Dios cuál es el motivo del que nosotros observamos en tantas ocasiones.

3.° *La caridad es firme y eficaz*... «Y él tocándolo lo sanó y lo «envió...» El silencio de los fariseos, y toda la malignidad que cubria, no detuvo el curso á la caridad de Jesucristo. Cogió al hidrópico por la mano, lo sanó, y lo volvió á enviar á su casa. La caridad no espera para obrar la aprobacion de todo el mundo: ella tiene los miramientos convenientes; pero sabe despues ser superior al respeto humano, y despreciar una injusta censura.

4.° *La caridad se justifica á despecho de los que la critican*... «Y «les respondió, y dijo: ¿Quién de vosotros, si se le ha caido el as«no ó el buey en el pozo, no lo saca luego fuera en dia de sábado? «y no podian replicarle á tales cosas...» Á esta oposicion simple y familiar de su propia conducta no supieron los doctores qué responder, y quedaron tambien reducidos al silencio; de esta manera ciertamente lo serán siempre los censores de la caridad, confrontando su crítica con sus propias acciones. Censuran la dulzura y la indulgencia que se usa para con los otros, ¿y qué indulgencia no tienen

ellos para sí mismos? Critican el gasto cuando se trata de buenas obras, y nada dirian si este gasto se hiciese en el juego y para los placeres. Hallan exceso en el ejercicio del celo y en los rigores de la penitencia, y no lo encuentran cuando se trata de procurarse un interés temporal, ó de saciar sus pasiones.

PUNTO II.

De la humildad.

Lo 1.° *La humildad debe regular nuestro exterior*... Llegado el tiempo de ponerse á la mesa, los puestos mas honoríficos fueron ocupados con tanta diligencia, que demostraba bien hasta qué punto llegaba el orgullo de los escribas y de los fariseos. Á este propósito, cuando estuvieron en sus lugares... «Observando tambien co-«mo los convidados escogian los primeros asientos les propuso una «parábola, y dijo: Cuando fueres convidado á las bodas no te sien-«tes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado mas «digno que tú; y viniendo aquel que te ha convidado á tí y á él, «te diga: da á este el lugar, y entonces comiences á estar con ver-«güenza en el último lugar; mas cuando fueres llamado, vé y sién-«tate en el último lugar, para que viniendo el que te convidó, te «diga: amigo, sube mas arriba: entonces serás honrado delante de «que los estuvieren contigo á la mesa; porque todo aquel que se «ensalza, será humillado; y el que se humilla será ensalzado...»

Apliquémonos esta parábola por lo que toca á todo nuestro exterior. Examinemos si hacemos lo que está prescrito, si nuestra manera de obrar, si el modo con que nos manejamos, con que nos portamos, con que nos vestimos; si los empleos que buscamos, y la manera con que los recibimos, anuncian la humildad. ¡Ay de mí! aun entre los hombres mismos el orgullo es castigado con la humillacion, con el odio, con el desprecio; y la humildad es recompensada con la exaltacion, con el amor y con la estima. ¿Qué será, pues, delante de Dios?

Lo 2.° *La humildad debe regular nuestros discursos*... Las leyes del Evangelio y las del mundo se hallan aquí de acuerdo... Un hombre que se alaba á sí mismo y que se ensalza sobre los otros se hace despreciable. Y no obstante esto, ¿en cuántas ocasiones se quebranta esta ley de modestia natural y evangélica? Examinemos nuestras palabras: ¡cuántas disputas, cuántas quejas, cuántas enemistades, cuántas murmuraciones y escándalos evitaríamos si la humildad fuese la regla de todos nuestros discursos!

Lo 3.° *La humildad debe regular nuestros pensamientos en órden al prójimo*... Pongámonos en todas las cosas en el último puesto, desechemos toda la estima del mundo y de nosotros mismos, y todo pensamiento lisonjero de nuestro propio mérito como cosa indigna, vil y vergonzosa que nos cubriria de oprobio delante de los hombres sensatos, si viesen lo que pasa dentro de nosotros... Reflexionemos, al contrario, que ninguno hay en este mundo que por ciertos respetos no valga mas que nosotros, ó sea porque es mas noble, mas poderoso, mas hábil, mas útil, mas inocente, mas fervoroso y mas santo que nosotros... Reflexionemos tambien que en cualquier género que sea, hay algunos superiores á nosotros, y que en su comparacion nosotros somos nada... ¡Oh qué paz profunda gozaríamos si practicásemos esta máxima de humildad, y si en nuestra estimacion y en todos nuestros pensamientos tuviésemos siempre la advertencia de tomar el último puesto, y de reprimir aquel orgullo que tan frecuentemente y tan injustamente nos hace tomar el primero!

Lo 4.° *La humildad debe regular nuestros sentimientos internos respecto á Dios*... El Evangelista nos advierte, que lo que aquí dice el Salvador es solamente una parábola, para que pensemos bien que el asunto del Salvador no era ya el enseñarnos á evitar una confusion, ó merecernos cualquiera gloria delante de los hombres, sino á evitar la confusion eterna que consigo trae delante de Dios el orgullo, y á procurarnos la sólida gloria con que será recompensada la humildad en su tribunal. Nos conviene, pues, principalmente delante de Dios, ponernos en el último puesto; reconozcamos delante de él nuestra nada, nuestra impotencia, nuestra indignidad, nuestros pecados, nuestros deméritos. Si no caemos en los últimos excesos, á él somos deudores. Si hacemos cualquiera cosa buena, todo enteramente lo debemos á él... Soportemos, pues, las tentaciones como el efecto de nuestra miseria y la consecuencia funesta de nuestros pecados, y esperemos nuestra ayuda de Dios solo, al cual debemos recurrir incesantemente... Persuadidos de nuestra extrema debilidad y de nuestras malas inclinaciones, huyamos con toda diligencia las mas pequeñas ocasiones del mal. En la sequedad reconozcamos nuestra indignidad, y continuemos á orar y á obrar confesando que nada merecemos. Si experimentamos cualquiera consolacion, démosle á Dios las gracias con tanto mayor reconocimiento, cuanto mas debemos reconocernos indignos de ella; y cesando despues la consolacion, guardémonos de lamentarnos. Cuan-

to mas nos abajemos delante de Dios, tanto mas nos ensalzará Dios y nos favorecerá. Esto es lo que elevó á María á la dignidad de Madre de Dios y Reina de los Santos: ¿cuántos, al opuesto, por no haberse conservado en estos sentimientos de humildad, han perdido la devocion, el fervor y la piedad, y han caido en la extrema humillacion con caidas vergonzosas y mortales?... No olvidemos jamás que quien se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado.

PUNTO III.

De la liberalidad.

Lo 1.° *De la liberalidad mundana*... «Y decia tambien al que lo «habia convidado: Cuando haces una comida ó cena no llames á «tus amigos, ni á tus hermanos, ni á los parientes, ni á los ricos «vecinos, no sea que te vuelvan ellos á convidar, y te lo paguen...» ¿Qué cosa es la liberalidad que ejercitan los mundanos? Una liberalidad de interés; se da solo por recibir, se da solamente á aquellos que se sabe que lo han de recompensar... Una liberalidad de uso que muchas veces hace murmurar á aquel que os queda obligado, y en la que no entra motivo alguno de caridad y de religion... Finalmente una liberalidad de placer y de ostentacion. Esto es lo que el mundo llama hacer su negocio con honor; pero á la verdad es abusar del bien de que Dios nos pedirá cuenta, y que tanto nos importa el emplearlo mejor.

Lo 2.° *Recompensa de la liberalidad mundana*... Si en el convidar no tenemos otro motivo que el de cumplir un deber de conveniencia, nuestra recompensa será, ser nosotros tambien convidados de los otros por conveniencia. Si convidamos por interés, corremos riesgo de hacerlos ingratos. Si convidamos por ostentacion, nos harémos amigos de mesa, que en nuestras necesidades mostrarán no conocernos, y que acaso se burlarán de nosotros en el tiempo mismo que gozarán de nuestros beneficios, como cabalmente se hace en nuestros dias. ¡Ah! hagamos un uso mejor de nuestros bienes. Aprendamos hoy del Salvador á emplearlos de una manera que nos sea mas útil y mas honorífica.

Lo 3.° *De la liberalidad cristiana*... El Salvador añadió... «Mas «cuando haces convite, llama á los pobres, los endebles, los cojos «y los ciegos...» ¡Ay de mí! ¿quién hay que siga este consejo del Salvador? Los Santos lo han seguido, lo han seguido grandes reyes y otros; pero si no nos basta el ánimo para convidar á los pobres y

comer con ellos, enviémosles á lo menos de comer á sus casas, démosles á la puerta, ó enviémosles á los hospitales. ¡Ah! si conociésemos nuestros verdaderos intereses y nuestro interés eterno, ¡cuán industriosos seríamos en moderar nuestro lujo y nuestra vanidad, y aun en arreglar tambien lo que necesitamos para tener que dar á los pobres!

Lo 4.º *Recompensa de la liberalidad cristiana*... Añadió el Salvador... «Y serás afortunado, porque no tienen con qué corresponderte: mas te se remunerará en la resurreccion de los justos...» El Salvador sabe lo que sucederá entonces, y cuáles serán las recompensas, porque él mismo regulará las cosas en aquel gran dia. ¡Ah! no pensamos jamás en aquel gran dia, y ciertamente vendrá, y será eterno. ¿Qué será entonces de todo este mundo presente? ¿Qué se habrán hecho nuestras riquezas, y en qué vendrá á parar toda nuestra magnificencia? Todo será perdido para nosotros, y acaso nos hallarémos mas culpados, y serémos mas gravemente castigados. Pero lo que habrémos dado á los pobres se encontrará, y nos será restituido: y ¡oh en qué manera! ¿Quién lo podrá pensar, y quién podrá imaginarlo? Con un convite eterno, con una eternidad de gloria y de delicias.

Peticion y coloquio.

Hacedme digno, ó Dios mio, de aquella recompensa, comunicadme algunos rayos de aquella tierna liberalidad que os animó para conmigo. Animad mi corazon con una caridad sincera y desinteresada para con todos mis hermanos. Enseñadme, ó Señor, aquella leccion divina de humildad que de Vos solo se puede aprender, y para aprenderla humildemente dignaos de enseñármela de una manera que me inspire la práctica y el amor. ¡Ay de mí, ó divino Jesús! estoy mas malo que aquel hidrópico que habeis sanado en casa del fariseo. Veisme aquí delante de Vos, ó Salvador mio: sanad mi orgullo, mi languidez, mi debilidad y la insaciable sed de los bienes y de los placeres y honras de este mundo, para poder ser embriagado de aquel torrente de delicias que gustan vuestros Santos en la eternidad. Amen.

MEDITACION CLXXXIX.

PARÁBOLA DE LOS CONVIDADOS Á UN GRANDE BANQUETE.

(Luc. XIV, 15-24).

1.° Del convite celestial, ó sea de la felicidad del cielo; 2.° de los pretextos de los convidados, ó sea de los obstáculos de la salvacion; 3.° de los convidados al banquete, ó sea de aquellos que son llamados á la felicidad de la patria celestial.

PUNTO I.

Del convite celestial, ó sea de la felicidad del cielo.

Lo 1.° *Del deseo que debemos tener de él...* «Oido esto le dijo uno «de los convidados: Bienaventurado aquel que comerá pan en el «reino de Dios...» Esto es, bienaventurado aquel que participará del convite eterno de la patria celestial. Bienaventurado sin duda, porque el pan que comerá no será otra cosa que el mismo Dios, de quien será eternamente alimentado y saciado... Hé aquí una de aquellas aspiraciones, una de aquellas elevaciones de corazon que nos debe ser familiar, y uno de aquellos actos de amor y de esperanza que debemos oponer á todos los peligros y á todos los escándalos, á todas las penas y á todas las tentaciones de la vida. Si el mundo nos deslumbra con el esplendor engañoso de sus falsos bienes, harémos caer á tierra el encanto, elevando nuestro espíritu al cielo, y exclamando: *¡Bienaventurado el que goza de Dios en la eterna morada de la gloria!* Si la carne nos solicita con el amor de los placeres, apaguemos sus llamas impuras con los castos deseos de las delicias celestiales, elevando nuestro corazon hácia el cielo, y exclamando: *¡Bienaventurado aquel que en el esplendor de los Santos gusta las eternas delicias del amor divino!* Si el demonio nos tienta, si la persecucion nos oprime, si el peso del cuerpo nos abate, si el dolor nos acrisola, si el ánimo y la fuerza nos faltan, una mirada hácia el cielo nos hará victoriosos de todas las cosas y de nosotros mismos. ¿Por qué, pues, somos tan débiles y vencidos tan presto? Porque perdemos de vista el objeto inmortal de nuestras esperanzas, y no tenemos cuidado de llenar de él nuestro corazon. Tomemos, pues, este santo hábito de decir con frecuencia, con un ardiente deseo y con una viva esperanza... «Bienaventurado aquel «que comerá pan en el reino de Dios...»

Lo 2.° *De la grandeza de esta felicidad...* «Y él le dijo: Un hom-

«bre hizo una cena grande, y convidó á muchos...» ¡Oh y cuál será de hecho el banquete que se dará á los justos al acabarse el dia de esta vida y al fin del presente siglo! Grande banquete en todas las maneras: grande por el que lo dará, que es Dios; grande por el lugar, que es el cielo y la inmensidad de Dios; grande por la multitud y la nobleza de los convidados, estos son los hijos de Dios, los Ángeles, los Santos, los escogidos de Dios de todos los tiempos y de todas las naciones; grande por el órden que allí reina, es la justicia de Dios la que allí regula los puestos; grande por las delicias que allí se gustan, ellas son las delicias del mismo Dios, su vista, su posesion y su amor; grande finalmente por su duracion, que será la eternidad de Dios. ¡Ah! ¡qué felicidad hallarse en aquel banquete divino, delicioso y eterno! ¡qué desesperacion verse excluidos de él para siempre por nuestra culpa!

Lo 3.° *De la bondad de Dios en convidarnos*... «Y á la hora de la «cena envió uno de sus criados á decir á los convidados que vinie«sen porque todo estaba prevenido...» Ya que estaban convidados habrian debido ir al convite por sí mismos sin otro aviso; pero lo que es mas insufrible en su conducta es, que aunque convidados y aunque avisados, todos se excusaron de ir... «Y empezaron todos «de acuerdo á excusarse...» Guardémonos de ser de este número. Por nuestro Bautismo somos del número de los convidados; no nos faltan los avisos para disponernos y para ir: el camino para llegar allá lo sabemos, que es una vida santa, recogida, regular y cristiana. ¿No somos por ventura del número de los que se excusan? ¿No nos servimos acaso de los mismos pretextos que alegaron? Examinémoslos.

PUNTO II.

De los pretextos de los convidados, ó sea de los obstáculos de la salvacion.

1.° *Primer pretexto. Adquisicion hecha de una hacienda en la campiña*... Es el primer obstáculo para la salvacion el orgullo, el ocio, los divertimientos y la disipacion... «El primero le dijo: He com«prado una granja, y necesito ir á verla; te ruego que me tengas «por excusado...» Adquirir, engrandecerse, divertirse, gozar, hé aquí para los mundanos los negocios mas sérios que ellos llaman necesarios, y de los que no pueden desprenderse: hé aquí lo que prefieren á su salvacion, lo que les hace olvidar el cielo, despreciar las promesas de Dios, el convite que les hace, y los avisos y

advertencias que les da. Todo es inútil para aquellas almas vanas y frívolas que solo atienden á los placeres y á los divertimientos.

2.° *Segundo pretexto. Compra hecha de los bueyes;* y segundo obstáculo para la salvacion, las ocupaciones, los trabajos y los negocios que ocasionan los intereses temporales... «Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlos: te ruego que «me tengas por excusado...» Otra especie de hombres no menos apartados de la salud que los primeros. ¿Cómo pueden tener tiempo para trabajar por su salvacion, siempre oprimidos de cuidados y de trabajos penosos para conservar sus bienes, para aumentar sus rentas y su comercio? ¿Cómo pueden tener el deseo de la salud, siempre inclinados hácia la tierra, no conociendo otro interés, otra felicidad que la de la tierra?

Es verdad que las ocupaciones que forman estos dos pretextos no son absolutamente condenables, como incompatibles con la salvacion. La parábola solamente nos advierte estar en vela por el temor que estas ocupaciones, bien que en sí mismas inocentes, no sean para nosotros, como para tantos otros, un manantial de pecados, una ocasion de infidelidad, y la causa de nuestra perdicion eterna. Lo mismo debe decirse del tercer pretexto.

3.° *Tercer pretexto. Las bodas contraidas;* y tercer obstáculo para la salud eterna, los placeres de los sentidos, los afectos pecaminosos y los hábitos vergonzosos... «Y otro dijo: Me he casado, y «por esto no puedo venir...» Un matrimonio legítimo, santo y cristiano nada tiene de opuesto á la salud, y puede antes bien ser un medio para ella. Lo que aparta de la salud son aquellos matrimonios en que solo se busca satisfacer la propia pasion, y gustar los pecaminosos placeres, y en que se contraen horribles manchas con monstruosos excesos. Son aquellas juntas ilegítimas fuera del matrimonio, y á las veces, á pesar de los sagrados vínculos del matrimonio, son todos los pecados de la carne que entorpecen el alma, y hacen odioso el pensamiento mismo del cielo, y el convite de obrar para llegar á él. Con este hábito pecaminoso los miserables no alegan mas excusa para no corresponder al convite, y antes declaran absolutamente que ya no pueden. ¡Ah! desventurados mundanos, avaros y voluptuosos, ¿qué cambio es el que haceis, y qué bienes perdeis? ¡Ay de mí! ¡á qué cólera no provocais vosotros al que con tanta bondad os ha convidado! ¡Qué venganza no tomará de vuestro desprecio!

¿Y no son, por ventura, estos mismos los pretextos que aun en

esta vida nos impiden el comer el pan del reino de Dios, el pan de la oracion, de la meditacion, y el pan celestial de la divina Eucaristía?

PUNTO III.

De los convidados al banquete, ó sea de los que son llamados á la felicidad del cielo.

Lo 1.° *De los que son convidados en defecto de los primeros*... «Y «volviendo el criado refirió estas cosas al señor: entonces indigna-«do el padre de familia, dijo á su criado: Sal presto á las plazas y «á las calles de la ciudad, y trae aquí dentro los pobres, los tulli-«dos, los ciegos y los cojos...» Los escribas y los fariseos que oian esta parábola no se reconocian de ningun modo en ella á sí mismos, ni pensaban ser ellos aquellos primeros convidados que con sus excusas irritaron á Dios, mientras que el simple pueblo, y bien presto despues los gentiles mismos debian adquirir el cielo con su fe creyendo al Mesías desechado por la Sinagoga. Demás de esto, esta parábola nos presenta otros muchos misterios de sustitucion que se renuevan en el mismo Cristianismo. Apliquémosla á los grandes y á los chicos, á los ricos y á los pobres. Hé aquí, pues, los grandes del mundo, los ricos de la tierra, los voluptuosos del siglo que por sí mismos se han excluido del celestial convite. ¿Creen por ventura estos que por eso no se llenará el cielo? No: tendrán la desesperacion de ver en él personas de la hez del pueblo; gentes que por su renuncia al siglo llegaron á ser viles y despreciables á sus ojos, las verán ocupar sus puestos y gozar las delicias de la eternidad.

Lo 2.° *De los que por fuerza entraron para llenar los puestos vacíos*... «Y dijo el criado: Señor, ya se ha hecho como lo has man-«dado, y aun hay lugar. Y dijo el señor al criado: sal á los cami-«nos y á las cercas, y fuérzales á entrar para que se llene mi ca-«sa...» Los hombres no deben tomar la empresa que no podrian jamás lograr de compeler las conciencias: la gracia sola sin hacer violencia puede cambiar los corazones y convertirlos al bien á que antes tenian horror... Por los pobres recogidos en la ciudad podemos entender el pueblo judáico, y por los pobres recogidos fuera de la ciudad el pueblo de los gentiles: ó sino por los primeros convidados podemos entender la nacion judáica, por los pobres de la ciudad los gentiles de las naciones gobernadas por sus leyes, y por los pobres recogidos por los caminos y cercas los gentiles de las naciones vagamundas y salvajes. Sea como se fuese, esta parábola

nos enseña que el cielo estará lleno, que el número de los escogidos estará completo, y que los que serán excluidos no podrán lamentarse si no es de sí mismos. De hecho, ¿quién podrá quejarse del Señor? ¿Acaso los primeros convidados? ¿Estos que tan fácilmente podian condescender á los replicados convites y avisos? Pero ¿cuáles serán las gracias que le darán los últimos, y cuál será la viveza de su reconocimiento eterno?

Lo 3.° *De los que fueron convidados los primeros, y no quisieron ir*... «Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que habian sido llamados gustará mi cena...» Palabra bien terrible y juntamente de consuelo, no de otra manera que la conducta de Dios que en ella se nos representa... Dios es bueno y justo para con nosotros: ninguno puede lamentarse de él, sino únicamente de sí mismo. No hay réprobo que no lo sea por su culpa, y que no haya recibido de Dios sobreabundantes socorros para no serlo; porque Dios quiere la salvacion de todos los hombres, y para esto los ha criado; pero muchos resisten á sus convites, y por sí mismos se condenan... Dios está lleno de misericordia y de compasion: en cualquier estado en que podamos hallarnos de infidelidad, de ceguedad, de abandono, nos convida aun, nos solicita, y para traernos á sí emplea los medios externos é internos que pueden vencer la dureza de nuestros corazones. Por esto estemos atentos por una parte á no desechar sus primeros llamamientos; y por otra, esperemos siempre, correspondamos á las gracias que se nos dan aun, y temamos que nuestra obstinacion nos lleve finalmente hasta la muerte.

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! ó Señor, ¿no tengo yo por ventura temor, y mas que otro alguno, de ser excluido de vuestro celestial convite? Yo solo ¿no soy por ventura mas culpable en los obstáculos que frecuentemente opongo á mi salvacion, que aquellas tres suertes de hombres, que bajo especiosos pretextos han recusado el participar de la cena del padre de familia? Con los primeros he sido convidado con una gracia de vuestra predileccion; pero ¡ay de mí! me he excusado, y he atendido á todos los demás negocios fuera del de mi salvacion: muchas veces he respondido en el furor de mi pasion que no podia, y que estaba con necesidad de seguir mis inclinaciones. Con todo eso, no obstante mi ceguedad y mi pobreza en el despojo de todos los bienes espirituales en que me he hallado, Vos me habeis llamado aun, convidado y conducido con vuestra gracia: pero ¡ay de

mí! yo, Señor, he andado muy léjos de Vos. Finalmente, en el gran camino de la perdicion por las cercas, esto es, avergonzado de remordimientos y de penetrantes reprensiones, me he visto como forzado interior y exteriormente á volver á Vos. ¿Cuál, pues, debe ser mi reconocimiento para con Vos, ó Dios mio? ¡Y cuál seria mi delito si no perseverase en vuestro santo servicio, y si viniese aun á hacerme indigno de entrar en el celestial convite á que Vos me solicitais que asista con tanta bondad, paciencia y misericordia! Amen.

MEDITACION CXC.

DEL VERDADERO DISCÍPULO DE JESUCRISTO.

(Luc. XIV, 25-27).

Jesús continuó á enseñar en la Galilea, y principalmente en los lugares donde no habia estado aun. Aquí fue seguido, como por costumbre, de un gran concurso de pueblo, al que expuso cuáles son las condiciones que exige de aquellos que quieren ser sus discípulos, y sin las cuales en vano se lisonjearian de ser de este número. Cuatro les nota que deben ser para nosotros materia de un sério exámen: 1.° aborrecer los propios parientes; 2.° aborrecer la propia vida; 3.° llevar la propia cruz; 4.° caminar detrás de él.

PUNTO I.

Aborrecer los propios parientes.

«É iban con él muchas turbas; y volviéndose, les dijo: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre y madre, y mujer é hijos, «y hermanos y hermanas, y hasta su vida, no puede ser mi discí«pulo...» Examinemos ahora aquí la primera de las dos condiciones contenidas en estas palabras, que es el odio de los parientes. Fuera de los que aquí están nombrados comprende tambien este odio todos los otros parientes, los protectores y los mas íntimos amigos. El término de aborrecer es en sí bastante fuerte, no para significar que debemos hacer ó desearles el mal, sino para manifestar el ardor, la fuerza y valor con que debemos hacerles frente si se oponen á nuestra salvacion; si nos impiden el abrazar el estado á que Dios nos llama, y quieren empeñarnos en aquel á que Dios no nos llama; si nos impiden el abrazar la verdadera fe, y si se esfuerzan á mantenernos ó á empeñarnos en el error. Pero estas oposiciones son raras hoy en dia, y acaso con mas frecuencia sucede que se aborrecen el padre, la madre, la esposa, los amigos, por-

que nos llevan al bien, nos apartan del vicio, y quieren hacernos caminar por el camino de la salud.

PUNTO II.

Aborrecer la propia vida.

«Si alguno viene á mí y no aborrece hasta la vida, no puede ser «mi discípulo...» Esto es, debe estar pronto á sacrificar su vida, su reposo, sus bienes y sus comodidades, antes que perder la fe y la gracia de Dios: esto es, debe reprimir sus pasiones, aun las mas violentas; resistir á sus mas amables inclinaciones, contener sus sentidos en la mas dura esclavitud, detestar y huir con horror todo aquello que puede conducir al pecado, y manchar el alma... Puestos tales principios, ¿nos reconocemos nosotros por verdaderos discípulos de Jesucristo? ¿Tenemos nosotros en particular este odio de nuestra alma, de sus placeres y de su temporal felicidad? ¡Ay de mí! sí, la aborrecemos, y mucho; pero para la eternidad. ¡Cuántas llagas le hemos hecho, y á qué peligro la exponemos, amándola solo para el tiempo, en vez de aborrecerla en el tiempo y amarla para la eternidad!

PUNTO III.

Llevar la propia cruz.

«Y el que no lleva su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípu«lo...» Estas palabras encierran tambien dos condiciones, de las cuales la primera es, de llevar la propia cruz... ¡Oh cuántos la han llevado por los suplicios horribles que han sufrido, ó por las penitencias y por las maceraciones que han ejercitado sobre su carne, ó por la paciencia heróica que han conservado en las mas largas y mas acerbas enfermedades, en las mas atroces calumnias, en las mas injustas persecuciones, y en las mas crueles aflicciones y calamidades! Pero en órden á vosotros, ¿cuál es la cruz que llevamos! ¿Cuál es la cosa que nos afana, nos inquieta, y nos saca fuera de nosotros mismos? ¿Cuál es el motivo de aquel disgusto que nos arranca tantos lamentos y tantas quejas, sobre el que nos consumimos con reflexiones, que por todas partes nos sigue, y que no podemos olvidar ni soportar? Finalmente, ¿cuál es aquella cruz que no podemos llevar? ¡Ah! comparemos la cruz de Jesucristo y la de los Mártires con la nuestra, y avergoncémonos de nuestra vileza. Temamos que un dia no nos reconozca Jesucristo entre el número de sus discípulos, porque no podemos

gloriarnos de merecer este glorioso título sino caminando sobre las pisadas que ha señalado con su sangre. Por otro lado, ¿no es bien ligera la cruz que se nos presenta, si la comparamos aun con la que llevan los mundanos? ¿Cómo, pues, rehusarémos nosotros sufrir por Jesucristo, mientras tantas personas, mientras nosotros mismos acaso gemimos bajo el tiránico yugo del mundo? ¿Dirémos acaso que bien que al exceso cobardes, estarémos siempre prontos, si fuese necesario, á llevar la cruz de Jesucristo ó la de los Mártires? Pero fuera de que no se nos ofrecerá jamás esta cruz, ¿cómo la miraríamos nosotros? ¿nosotros que no podemos llevar aquellas cruces ligeras que Dios nos presenta? ¡Ah! son estas las que debemos abrazar con júbilo, ya que no tenemos otras mayores. El verdadero discípulo de Jesucristo se duele solamente de lo poco que tiene que sufrir; se consuela en aquello poco que tiene que padecer, y lo mira como una ligera compensacion de las grandes cruces que no se merece; pero ¡ay de mí! nosotros nos lamentamos de esto poco, y buscamos de todos modos el descargarnos.

PUNTO IV.

Caminar detrás de Jesús.

«Y el que no me sigue, no puede ser mi discípulo...» Caminar sobre las pisadas de Jesucristo, seguir á Jesucristo, imitar sus ejemplos y practicar sus virtudes. Este divino Salvador nada nos manda que él mismo no lo haya practicado, y nosotros no podemos aspirar á ser sus discípulos, sino cuando serémos bastantemente generosos para caminar sobre sus pasos. Estudiemos, pues, su vida, y en todas las ocasiones llamemos á nuestra memoria sus virtudes. Imitemos su pureza, su dulzura, su humildad, su paciencia, su celo, su silencio, su oracion y su resignacion. Sobre todo sigámoslo sobre el Calvario en la muerte y en el sepulcro, si queremos seguirlo en la resurreccion y en la gloria.

Peticion y coloquio.

De Vos, ó Señor, espero esta gracia de sufrirlo todo por seguiros. Dadme tanta humildad que pueda renunciar á la vanidad del siglo, á mi amor propio y á mí mismo; tanto despego para renunciar todo interés pasajero; tanta fidelidad para renunciar á toda utilidad ilegítima, á toda sociedad peligrosa y á toda ocasion pecaminosa; tanta sumision para renunciar á todo aquello que Vos, ó Dios mio,



me quitáreis por la injusticia de los hombres, por el temor y por la muerte; tanta caridad que renuncie á todo aquello que escandaliza á los débiles, y á todo aquello que tiene aun solo la apariencia de mal; finalmente, tanta fuerza y grandeza de alma para sostener el augusto título que llevo de vuestro discípulo, y para emprenderlo todo en vuestro espíritu, segun vuestras órdenes, y por vuestro santo amor. Amen.

MEDITACION CXCI.

PARÁBOLA DE LA TORRE QUE UNO QUIERE CONSTRUIR.

(Luc. xiv, 28-30).

1.° De las reflexiones que se deben hacer sobre el edificio que se quiere levantar; 2.° del temor que se debe tener de no acabar el edificio empezado; 3.° del desprecio á que vendrá expuesto el que no acabará el edificio que ha comenzado.

PUNTO I.

De las reflexiones que deben hacerse sobre el edificio que se quiere levantar.

« Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no hace « primero sentado la cuenta de los gastos que son necesarios, viendo « si tiene con qué acabarla?...»

Lo 1.° *Conviene reflexionar sobre la grandeza de la empresa*... Cuanto es mas grande la empresa, tanto mayores reflexiones se requieren: en las cosas temporales no dejamos de hacerlas; pero en las espirituales nos descuidamos frecuentemente. Hagámoslas ahora, y consideremos cuáles son las obligaciones del Cristianismo. No se trata ya de deliberar si debamos abrazar ó no el Cristianismo. Este no es el sentido de la parábola. Por gracia de Dios somos cristianos, y si no lo fuésemos, estarémos en obligacion de serlo. La parábola nos advierte solamente el no hacer profesion del Cristianismo, sin saber á qué nos empeña esta profesion, y sin estar constantemente resueltos á cumplir nuestras obligaciones. En cualidad de cristianos debemos seguir una vida santa, exenta de pecados, llena de buenas obras y de virtudes; debemos cumplir las cuatro cosas que Jesucristo pide de sus discípulos, aborrecer todo aquello que puede apartarnos de él, aborrecernos á nosotros mismos, llevar la propia cruz, y caminar detrás de él. Esta es aquella alta torre que debemos fabricar, en la que debemos trabajar cada dia é incesantemente, y que debe-

mos alzar hasta el cielo, perseverando en este trabajo hasta la muerte. Apliquemos esto á la perfeccion cristiana, á la vida eclesiástica ó religiosa, y á las obligaciones de cada estado en particular: si se trata que tengamos qué abrazar alguno de estos diferentes estados, guardémonos de empeñarnos sin haber tomado tiempo para reflexionar en el reposo de la oracion y del retiro el empeño que queremos tomar sobre nosotros.

Lo 2.° *Conviene reflexionar el gasto que debemos hacer para acabar el edificio*... Consideremos que para cumplir las obligaciones del Cristianismo nos debe costar el sacrificio de nuestro espíritu por una fe humilde, sumisa y entera; el sacrificio de nuestro corazon por un sincero despego de todas las cosas criadas, amando solo á Dios, amando por solo Dios, y amando solo lo que Dios quiere, y cómo quiere que lo amemos; el sacrificio de nuestras pasiones por medio de una resistencia continua, sin perdonarlas ni favorecerlas en cosa alguna, sofocando desde sus primeros movimientos su sedicion, cortando todo aquello que pudiese servir á excitarlas, huyendo todas las ocasiones en que podrian encenderse, y practicando cuanto puede contribuir á destruirlas y á desarraigarlas: finalmente, el sacrificio de nuestros bienes, de nuestra reputacion y de nuestra vida, cuando Dios lo ordena, cuando las circunstancias lo exigen, y lo pretende la causa de la Religion. Hé aquí lo que nos debe costar la fábrica de esta torre.

Lo 3.° *Reflexionemos cuáles son los medios de suministrar lo necesario para el costo*... ¿Tenemos nosotros con qué hacer este gasto? ¿Estamos bastantemente ricos para poder suplir este gasto? No, sin duda: nosotros nada tenemos, nada podemos por nosotros mismos; pero todo lo podemos en aquel que nos conforta y nos llama. No nos faltará su gracia, basta que nosotros no faltemos á ella: con la gracia hagamos lo que podamos, y pidamos lo que no podamos. Dos cosas solamente pide Dios de nosotros: velar y orar. Tomemos ahora la firme resolucion, pongamos mano á la obra, y llegarémos al término del edificio.

Lo 4.° *Reflexionemos cuáles son los motivos de emprender y de acabar el edificio*... La empresa es grande y difícil, requiere un trabajo penoso y de larga duracion; pero consideremos que levantamos una obra magnífica á la gloria de Dios, y en la cual Dios se complace mas que en los templos mas soberbios que se pueden erigir en su nombre. Consideremos que levantamos un monumento inmortal á la gloria de Jesucristo, y que anunciará eternamente la potencia y

el triunfo de su gracia. Consideremos que este es para nosotros un asilo seguro contra los dardos de la cólera de Dios, contra el diluvio de sus venganzas, y contra el fuego del infierno. Consideremos que este edificio nos llevará y nos elevará hasta el mismo cielo... Ánimo, pues, alma mia, no temas, emprende valerosamente la obra, empléate sin cesar en ella; y si alguna vez por tu negligencia hace en ella el enemigo alguna brecha, repárala presto, y vuelve á emprender tu trabajo con nuevo ardor.

PUNTO II.

Del temor que se debe tener de no acabar el edificio comenzado.

1.° *Temor continuo*... «Porque ¿quién de vosotros, queriendo edi-«ficar una torre, no hace primero sentado la cuenta de los gastos «que son necesarios, no sea que despues que hubiere puesto el fun-«damento no la pudiere terminar?...» Lo que nos debe tener en continuo temor es el gran número de aquellos que abandonan la empresa, no solo despues de haber echado los fundamentos, sino tal vez tambien despues de haberla alzado mucho de tierra, y estando á punto de concluirla. Judas, que habia oido esta parábola, fue el primer ejemplo de ella... ¿Cuántos cristianos han perdido la primera inocencia sin tomarse algun cuidado de recuperarla? ¿Cuántos pecadores han estado llenos de fervor al principio de su conversion, y han vuelto otra vez á sus desórdenes? ¿Cuántos han abrazado gloriosamente el estado eclesiástico ó la vida religiosa, y se han disgustado de ella, han vuelto á entrar en el siglo, y han vivido en un estado santo una vida del todo mundana? ¿Cuántas almas movidas de Dios se han dado á los ejercicios de la vida interior, los han practicado con fervor y consolacion en algun tiempo, y despues los han abandonado por darse á la disipacion, de la que han caido en la tibieza, en el desórden de la conciencia, en la indevocion, y frecuentemente tambien en culpas graves y en hábitos pecaminosos? ¡Ay de mí! yo mismo ¿cuántas veces he comenzado con un valor que me creia que jamás podria disminuirse, y poco tiempo despues me he hallado desalentado, cansado y rechazado por la dificultad, hasta el punto que, desesperando del éxito, he abandonado la empresa?

2.° *Temor moderado*... El temor no debe dar en los excesos... Con abandonarnos demasiado, corremos riesgo de caer en la desesperacion. Para caminar seguramente es necesario estar entre el temor y la esperanza, siempre temer, siempre esperar. Si el gran número de los

que se pierden tiene de que atemorizarnos, el gran número de los que se salvan debe hacernos esperar. Si muchos no han podido acabar la obra comenzada, la culpa es suya, la causa fue su vileza y su malicia; pero si tiramos la vista sobre tantos Santos de toda edad y de todo estado que el cielo corona, verémos que ellos han triunfado con la gracia de Dios de todos los obstáculos que á cada paso se encontraban sembrados debajo de sus piés por el enemigo de la salud. Á nosotros se nos ha ofrecido la misma gracia, y nos protege el mismo Dios: imitemos constantemente su valor, imploremos su intercesion, y esperemos ser un dia participantes de su recompensa.

3.° *Temor atento*... El temor de engañarse hace á una persona atenta. Nuestra pérdida no comienza por grandes delitos. Examinemos, pues, con la mas séria atencion, por qué un número tan grande abandona la empresa, y por qué tantos otros saben llevarla á la perfeccion. La razon es, porque los primeros no han hecho las reflexiones necesarias al empeño que contraian, y no habiéndolas hecho, han comenzado sin estar bien determinados á suplir todos los gastos, esto es, á hacer todos los sacrificios para continuar y acabar la empresa; porque en el curso de la obra no han tenido cuidado de conservar en su espíritu estas reflexiones, ni de decir cada dia con san Bernardo: *¿Para qué has venido tú?* y finalmente, porque han confiado demasiado de sí mismos, y no lo suficiente sobre los socorros de Dios. Cuando alguno se halla débil y cansado, cree que todo está ya perdido, y en vez de recurrir á la oracion, y esperar con humildad el socorro de Dios, se abandona á la disipacion, y renuncia á una empresa que cree ya superior á sus fuerzas; como si con nuestras propias fuerzas, y no con las del Omnipotente, pudiésemos continuar, acabar, y ni aun comenzar tan grande obra. ¡Ah! los Santos al contrario, dóciles á los avisos del Redentor han hecho sus reflexiones, sus cuentas, sus cálculos, y han velado y orado: usemos la misma atencion y la misma prudencia.

4.° *Temor eficaz*... Muchos temen condenarse; pero tienen solamente de una tan grande desgracia un temor ocioso y estéril, que no les hace practicar la mas mínima operacion, ni tomar la mas mínima precaucion. ¡Ah! seamos nosotros mas sábios; temamos, y háganos nuestro temor emprenderlo todo y sacrificarlo todo. Imitemos la conducta de los Santos; usemos como ellos todas las atenciones para la construccion del edificio que hemos emprendido erigir; evitemos como ellos todo lo que podria apartarnos de nuestra empresa, interrumpir su progreso ó destruirla; pensemos como ellos;



reflexionemos incesantemente sobre ella; hagamos exactamente las cuentas, y calculemos con nosotros mismos todas las cosas. Ahora estas cuentas y estos cálculos los debemos renovar en la oracion, en la meditacion, en la leccion y en los exámenes; sin esto perderémos de vista nuestro objeto, no llevarémos adelante la obra, la abandonarémos, caerá por tierra por sí misma, y no presentará á la vista otra cosa que ruinas.

PUNTO III.

Del desprecio á que estará expuesto el que no habrá acabado el edificio comenzado.

«Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no ha-«ce primero sentado la cuenta de los gastos que son necesarios... «no sea que despues que hubiere puesto el fundamento, y no la pu-«diese terminar, comiencen todos los que la vean á burlarse de él, «diciendo: este hombre ha comenzado á fabricar, y no ha podido «acabar?...» ¿Quién son aquellos que verán vuestra necedad, vuestra volubilidad y vuestra inconstancia, y que comenzarán á burlarse de vosotros y á insultaros?

Lo 1.° *Los hombres*, vuestros amigos, vuestros parientes, aquellos á quienes vosotros habeis querido complacer, olvidando las conveniencias de vuestro estado; aquellos cuyas burlas habréis querido evitar, ó ganar la amistad, abandonando vuestros ejercicios de piedad; estos serán los primeros á despreciaros y á burlarse de vosotros. Antes hacian ellos burla de vuestra virtud, pero os estimaban, y vosotros hallábais en Dios y en los amigos mas sinceros una abundante recompensa de sus burlas y desprecios; pero ahora se burlarán de vosotros, os despreciarán, y confesaréis que lo mereceis; y ya ni os quedará consuelo alguno ni recompensa.

Lo 2.° *Los demonios vuestros enemigos*... despues de haberos tentado, instigado y solicitado, si finalmente os ganan, si os rendís á su importunidad, si caeis en sus redes, se burlarán de vosotros. Hé aquí, dirán, aquel hombre que nos insultaba; que se creia ocupar en el cielo el puesto que nosotros hemos perdido; trabajaba por esto, y lo habria conseguido; levantaba un edificio que lo habria llevado allá: ya le habia puesto los fundamentos, y si hubiese querido lo habria terminado; pero no ha podido llegar á terminarlo: nosotros se lo hemos impedido; es cómplice de nuestra inconstancia, y será participante de nuestras miserias... En este estado vosotros sentiréis el peso de vuestra miseria, y la lloraréis; pero ellos se reirán de vues-

tros llantos. Vosotros os lamentaréis de su astucia; diréis como Eva que ellos os han engañado, y que en vez de placeres que os prometian no hallais otra cosa que penas, remordimientos y desesperacion; y ellos insultarán vuestra credulidad, y procurarán aun proseguir engañándoos, empeñándoos siempre mas en los caminos de la iniquidad, y prometiéndoos una tranquilidad de que con placer os verán siempre alejaros mas... ¡Oh cuántas veces, ó Dios mio, les he dado yo mismo este maligno placer, y he venido á ser el objeto de sus burlas y de sus insultos!

Lo 3.° *Los paganos y los idólatras en el juicio universal...* ¡Oh santo carácter del Bautismo, tú eres indeleble! ¡Qué vergüenza será en aquel gran dia haberte llevado solo para profanarte! ¡Qué vergüenza haber empezado tan felizmente una vida inocente, una vida devota, una vida retirada, una vida eclesiástica, una vida religiosa, una vida santa, y haberla despues abandonado! ¿Quién podrá, pues, sostener las miradas despreciantes é insultantes de tantos pueblos que no habrán recibido las mismas gracias, y verán el abuso enorme que hemos hecho de ellas? ¡Ah! Dios mio, este pensamiento me hace temblar: yo que no puedo sufrir el mas mínimo desprecio, ¿cómo podré llevar el grave peso de una confusion tan general y tan justamente merecida? Preservadme de ella, ó Señor, y concededme la gracia de perseverar en vuestro santo servicio, y de morir en vuestro santo amor.

4.° *Los réprobos en el infierno...* En aquel lugar de horror y de confusion, de odio y de furor, ¿de qué crueles insultos y desprecios no se verá oprimido el insensato que habrá comenzado la obra de su salud sin haberla concluido? Insultos y desprecios crueles, continuos y eternos; pero que serán nada en comparacion del despecho y arrepentimiento del infeliz réprobo, en el furor en que lo han arrojado las llamas devorantes, y los horribles suplicios de que será la víctima eterna.

Peticion y coloquio.

¡Oh lágrimas! ¡oh arrepentimiento! ¡oh desesperacion! ¿Puedo yo pensar en vosotros, y dolerme de lo que en esta vida tengo que padecer? ¿Puedo pensar en vosotros, y entibiarme, perder el ánimo, retroceder, y querer volver al siglo y al pecado? No, ó Señor, léjos de abandonar la empresa de mi salud, quiero desde hoy empezarla de nuevo; aun tengo tiempo. Sostened, ó Señor, mis débiles esfuerzos, y concededme vuestra gracia para poder cumplir felizmente una



obra que emprendo por órden vuestra, y bajo de vuestra proteccion y amparo... Amen.

MEDITACION CXCII.

PARÁBOLA DE UN REY EN GUERRA CON OTRO REY.

(Luc. XIV, 31–35).

Reflexionemos : 1.° sobre el sentido general de esta parábola ; 2.° sobre la guerra del hombre con el demonio, figurada en la parábola ; 3.° sobre la guerra del pecador contra Dios, representada en ella.

PUNTO I.

Del sentido general de esta parábola.

Lo 1.° *En qué consista este...* «Ó ¿qué rey estando para mover «guerra á otro rey no considera primero de asiento si podrá con «diez mil hombres ir al encuentro al que viene contra él con veinte «mil? De otra manera, mientras este está todavía léjos, le envia em«bajadores, y le pide la paz...» El asunto general de esta parábola, como el de la precedente, es advertirnos que, así como en los grandes negocios del mundo, como serian erigir un suntuoso edificio, ó sostener una guerra, nada se emprende sin haber examinado maduramente lo que se ha de hacer; así abrazando, ó sea el Cristianismo, ó en el Cristianismo algun estado ó alguna profesion, es necesario conocer las obligaciones que le están anejas, pensar frecuentemente en ellas, y cumplirlas con fidelidad.

Lo 2.° *En qué no consista...* Se alejaria del fin ó del verdadero sentido de estas dos parábolas el que pensase que pudiese ser permitido, ó cosa prudente para nosotros, no abrazar el Cristianismo ó el estado á que Dios nos llama, porque la empresa nos pareciese muy difícil; como seria prudente aquel que no tuviese con que acabar el edificio, no empezándolo; y para un rey que no tuviese con que sostener la guerra, pedir la paz. En esto consiste la diferencia; que en el edificio de nuestra perfeccion ó en la guerra espiritual contra los enemigos de nuestra salud no hay que temer que nos falten los medios, sino solamente que nosotros faltemos á ellos; que faltemos en pedirlos y en servirnos bien de ellos. Lo que se debe temer, sí, es que no conociendo nosotros nuestras obligaciones, nos descuidamos en cumplirlas; que nosotros mismos abusamos de ellas, y que nos lisonjeamos de ser cristianos y discípulos de Jesucristo, mientras que realmente no lo somos, ó si lo somos, es de solo nombre.

Lo 3.° *Cuál sea la conclusion*... Héla aquí expresada por el Salvador mismo en estas palabras, que son el compendio de todas nuestras obligaciones... «Y así, cualquiera de vosotros que no renuncia «á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo...» Renuncia de corazon y de afecto absolutamente necesaria para todos los cristianos; renuncia real y eficaz para aquellos que Dios llama á un estado que la exige, ó de quien la piden la equidad, la obligacion, la fe y la Religion... Falta á esta renuncia el que goza con complacencia, con avaricia, con lujo, con fausto y con orgullo de lo que posee, rehusando dar parte al necesitado; que es demasiado avariento en tener, demasiado solícito en adquirir, demasiado sensible á la consolacion de una ganancia, y demasiado afligido por una pérdida. Se halla en una disposicion del todo opuesta á esta renuncia el que retiene con injusticia el bien ajeno, el que lo usurpa con ganancias ilícitas, el que del amor de la ganancia ó del temor del perder se deja empeñar en la iniquidad, comete el pecado, y hace traicion á sus propias obligaciones. Observemos, y no nos engañemos. Observemos si somos discípulos de Jesucristo.

PUNTO II.

De la guerra del hombre con el demonio.

Lo 1.° *Con qué fuerzas se emprende esta guerra*... El rey contra quien tenemos que combatir es el demonio. Le hemos declarado la guerra recibiendo el Bautismo: hemos renovado esta declaracion recibiendo la Confirmacion, recurriendo á la Penitencia, abrazando este ó el otro estado, y no nos debemos arrepentir de esto: debemos solamente conocer sus fuerzas y las nuestras... Sus fuerzas son formidables; el infierno está todo á sus órdenes, y lo ha conjurado para nuestra pérdida; milita el mundo á su estipendio, y le suministra tantos soldados, cuantos partidarios tiene; y lo que hay aun de mas terrible es, que él tiene sus correspondencias hasta dentro de nosotros, hasta en nuestro propio corazon... Examinemos ahora nuestras fuerzas: es de suma importancia conocerlas bien para emplearlas con acierto. Considerando las que son propias nuestras, ¡ay de mí! ¿cuáles son estas? En nosotros todo está en desórden, todo respira sedicion y rebelion; nuestros sentidos amotinados, nuestras pasiones indómitas, y nuestra carne indócil piden continuamente rendirse al enemigo, siempre traman cualquiera traicion, y no atienden á otra cosa que á buscar los medios de lograrlo... Añadamos á

esto el carácter de los dos combatientes: el primero es un enemigo implacable, vigilante, atento, sagaz, experimentado, falso y fingido. ¿Y nosotros? nosotros somos débiles, flojos sin temor, amantes del reposo, y con esto vanos, temerarios, presuntuosos y sin precaucion; pero nuestra debilidad será nuestra fortaleza, si sabemos conocerla bien, y poner toda nuestra confianza en aquel que nos sostiene.

2.° *Con qué sucesos se haga esta guerra*... ¡Ay de mí! los sucesos son bien diferentes. De una parte se ven muchos que, despues de haber comenzado felizmente esta santa guerra, pierden el ánimo, y que despues de haber renunciado al demonio y al mundo comienzan á acercarse á ellos. Abatidos de algunas pérdidas ocasionadas de su negligencia, desesperan de poder reparar lo perdido, y sostenerse aun. Al primer ataque vacilan, temen la fatiga, abandonan el puesto, y cobardes desertores, no solo piden la paz, sino que tambien se rinden al enemigo: toman partido en sus tropas, y combaten debajo de sus banderas... De la otra parte se ve el hombre fiel á la gracia conseguir gloriosas victorias: este ha sabido cautelarse contra las astucias, y resistir á los esfuerzos del enemigo terrible que habia de combatir. Ha puesto el órden, y para decirlo así, ha restablecido la disciplina en sus tropas, ha domado sus sentidos, ha sacrificado el objeto de sus pasiones, ha acostumbrado su carne á la austeridad y á los rigores de la penitencia, ha velado y ha orado: unas veces ha sabido huir con una prudente retirada las asechanzas que se le preparaban, y otras ha asaltado con fuerza, y ha sostenido con valor el ataque, y finalmente ha triunfado... ¿Por qué, pues, no haré yo otro tanto? ¿Por qué no haré lo que los otros han hecho y hacen hasta ahora? Ellos tenian y aun tienen los mismos obstáculos que yo tengo; tengo los mismos medios que ellos tienen, tengo los mismos intereses; ¿por qué, pues, no los haré valer?

3.° *¿Cómo acabará esta guerra?*... Con la recompensa de los vencedores y con el castigo de los cobardes. Un reino eterno para aquellos que habrán triunfado del demonio y del mundo; un suplicio eterno para los viles desertores de las máximas del Cristianismo que habian abrazado... ¡Ay de mí! ¡cuántas veces he dejado las armas, he procurado hacer una paz vergonzosa, y me he rendido á mi enemigo! ¡Cuánto tiempo he servido debajo de él, y he llevado las armas! ¿Y cuál ha sido mi recompensa? ¿He encontrado en su servicio el reposo y la felicidad que me esperaba? ¡Ah! he hallado solo penas, fatigas, contradicciones, oprobios, temores, remordimien-

tos, disgustos amargos y horrible desesperacion... Á Vos me vuelvo, ó Rey de mi corazon; ya que quereis aun recibirme, vuelvo á tomar las armas primeras, quiero combatir hasta la muerte bajo de vuestras banderas, seguro de triunfar eternamente con Vos si me mantengo fiel.

PUNTO III.

De la guerra del pecador contra Dios.

1.° *Desigualdad de las fuerzas en esta guerra*... Podemos meditar esta parábola debajo de otro aspecto, y bajo la idea de estos dos reyes considerar al hombre en guerra con Dios... Dios crió al hombre rey de la tierra; le dió este reino con el peso de un tributo de obediencia. El necio se atrevió á negárselo, y á declarar con su rebelion la guerra al Rey del cielo. Nosotros sabemos cuáles fueron las consecuencias funestas de una rebelion tan insensata y de una guerra tan desigual. Hijos desventurados de este rey castigado luego que fue rebelde, no es ya nuestra mayor desgracia el haber sido despojados con él de nuestros mas bellos privilegios, sino de continuar aun una guerra tan injusta y tan desproporcionada. ¿No reflexionamos nosotros jamás sobre las consecuencias terribles de esta guerra que nos atrevemos á hacer á Dios, rehusando obedecer las justas leyes que nos ha impuesto? ¿Ignoramos, por ventura, el formidable aparato con que viene contra nosotros? ¿Ignoramos su omnipotencia, su ciencia infinita, su inmensidad y su eternidad? ¿Qué es lo que tenemos nosotros que oponerle? ¿Nuestra libertad? ¡Ay de mí! ¿no está él en punto de despojarnos de ella para cargarnos de eternas cadenas?... ¿Nuestro cuerpo, su vigor, su juventud y su sanidad? ¡Ay de mí! en un cerrar de ojos, abatido de la enfermedad viene á ser presa de la muerte, y baja á la corrupcion y al polvo del sepulcro; ¿cuál será, pues, su fuerza? ¿De qué socorro nos podrá servir nuestra incredulidad? Hé aquí, pues, el último baluarte que tenemos que oponer á los rayos del Omnipotente. Nuestra alma *acaso* no es inmortal; *acaso* no hay otra vida; *acaso* Dios nos ha criado sin algun fin; y despues de esta vida no habrá ni justicia, ni castigo, ni recompensa... Con qué ¿un *acaso* será todo nuestro expediente? Una duda impía y afectada contra la palabra expresa del Criador, contra las luces mas puras de nuestra razon, contra el íntimo sentimiento de nuestro corazon, y contra los continuos remordimientos de nuestra conciencia; hé aquí, pues, el escudo bajo del cual creemos poder francamente despreciar las leyes y hacer frente

á las amenazas de aquel que nos ha dado el ser, andar contra él con fiereza, entrar con paso intrépido en su eternidad, y nada tener que temer de su justicia ni de su omnipotencia. Pero ¡oh cuán débil se dejará ver este escudo en el lecho de la muerte! Se nos huirá á proporcion que nos irémos acercando al momento decisivo. La muerte finalmente nos despojará de él, y nos entregará para siempre á la justicia del Dios de las venganzas.

2.° *De la necesidad en que está el hombre de pedir la paz...* 1.° Es necesario solicitarla... ¡Ah! seamos prudentes siquiera en nuestro propio interés. Pidamos la paz, ya que no podemos continuar la guerra sin perdernos eternamente... 2.° Conviene pedirla ahora mientras que aquel á quien hemos ofendido está aun léjos de nosotros, y mientras que no tenemos noticia alguna de su arribo; porque cayendo una vez en sus manos, no tendrémos ya que esperar la paz. Y seria ciertamente una necedad esperar á pedirla cuando llegue á nosotros, cuando ya haya vibrado contra nosotros la espada, y comience á hacernos sentir el peso de su indignacion y de su cólera. Conviene pedir esta paz mientras estamos sanos y podemos aun prometernos cualquier tiempo de vida... 3.° Se debe pedir por medio de otro, y no por nosotros mismos... ¿Quién somos nosotros para presentarnos delante de Dios y para atrevernos á tratar con él de paz? ¿Qué es lo que le podemos ofrecer? ¿Qué es lo que podemos hacer ó sufrir que pueda reparar su gloria y satisfacer á su justicia? Pero este Dios tan bueno como grande, tan misericordioso como justo, ha sabido proveer á nuestra impotencia, nos ha dado su propio Hijo, su Hijo único y amado, por mediador de la paz y reconciliador universal del cielo y de la tierra... Ó Dios, Salvador mio, única esperanza mia; á Vos recurro, por Vos y por vuestros méritos pido la paz á Dios vuestro Padre, á quien tantas veces y tan gravemente he ofendido. ¡Ay de mí! á Vos mismo he ofendido, abusando de vuestros dones y de vuestra sangre, rehusando vuestra mediacion, y profanándola; y ciertamente, ó Jesús mio, no tengo otro expediente que vuestros méritos: me atrevo aun á recurrir á ellos, y suplicaros que me concedais la paz, resuelto á no romperla ya jamás, y seros enteramente fiel.

3.° *De las condiciones de la paz que concede Dios al hombre...* La primera, que ninguna cosa se innovará en órden á la sentencia de muerte pronunciada contra el primer hombre y toda su posteridad, ni en órden á las consecuencias humillantes de esta sentencia, como las enfermedades, la concupiscencia, las pasiones y el trabajo... La

segunda, que nosotros escucharémos á nuestro Mediador, que creerémos su palabra, que observarémos su ley, seguirémos sus ejemplos; y aprenderémos de él el uso que debemos hacer de nuestro castigo, y la manera de hacerlo servir á reparar la gloria del Padre por los méritos del Hijo... La tercera, que si somos fieles á nuestro Mediador, entrarémos en los derechos, no de nuestro primer padre criado puro hombre como nosotros, sino en todos aquellos de nuestro Mediador, Dios y Hombre juntamente, Hijo único de Dios, y heredero de todos sus bienes [1]. ¡Qué paz, ó gran Dios, qué paz! ¿Habríamos tenido nosotros jamás atrevimiento para pedirla semejante? ¡Oh, y cuán digna es de vuestra grandeza y de vuestra justicia, de vuestra misericordia y de vuestra magnificencia! La acepto, ó Dios mio, y para perseverar en ella estoy pronto á seguiros, ó divino Salvador mio, á llevar con Vos mi cruz, á renunciar á todo lo que poseo y á todo lo que podria poseer mi corazon, y apartarlo de vuestro amor... «Buena cosa es la sal; pero si la sal se hace insípida ¿con qué se «condimentará? No es á propósito ni para la tierra ni para estiércol, «sino será arrojada fuera...» ¡Ay de mí! ¡á qué cosa se exponen los que no quieren aceptar esta paz de Dios, ni cumplir las condiciones! ¡Oh sal insípida, esto es, oh razonamientos humanos! ¡oh prudencia de la carne! ¿para qué habeis vosotros servido, sino para excluir del cielo, y para precipitar en las llamas eternas á aquellos que os habrán escuchado? «El que tenga orejas para entender entienda...» Entienda á su Salvador, y medite bien estas grandes verdades.

Peticion y coloquio.

Sí, ó Jesús, mi empeño es ser vuestro discípulo, y cumpliré las condiciones practicando los medios de salud, cuya obligacion es para mí tan general, tan extendida y tan indispensable. Dadme la fuerza para erigir el edificio de la torre evangélica. Ayudadme á vencer al demonio, tirano implacable de mi alma. Fortificadme en este deseo, de que me siento mas encendido que nunca, de ser siempre y únicamente de Vos en el tiempo y en la eternidad. Amen.

[1] Hebr. I, 12.

MEDITACION CXCIII.

PRIMERA PARÁBOLA DE LA OVEJA PERDIDA.

(Luc. xv, 1-7).

BONDAD DE JESÚS PARA CON LOS PECADORES JUSTIFICADA CON TRES PARÁBOLAS.

Consideremos : 1.° las murmuraciones de los escribas y de los fariseos ; 2.° en qué manera el pastor busque la oveja perdida ; 3.° cómo el pastor trate la oveja hallada ; 4.° cómo el pastor manifiesta su alegría.

PUNTO I.

Murmuraciones de los escribas y fariseos.

1.° *La ocasion de sus murmuraciones*... «Y andaban acercándose «á él los publicanos y los pecadores para oirlo, y los fariseos y los «escribas murmuraban...» Jesús sufria que se acercasen á él los pecadores y los publicanos, y aun tambien se dignaba algunas veces de comer con ellos. ¿Era este por ventura un motivo de excitar murmuraciones?... ¡Oh bondad infinita, á qué os expone vuestro amor para con los pecadores! Pero Vos todo lo sufrís; ninguna cosa puede resfriar el ardor que teneis por su salvacion. Vos les hablais, los instruís, los dejais acercar á Vos, los consolais y les dais testimonio de una benevolencia del todo singular. ¡Ah! quién, pues, me impedirá ir á Vos con confianza! ¡Ay de mí! ¿no soy yo pecador? Veisme aquí, pues, ó Señor, en vuestra presencia y cerca de Vos postrado á vuestros piés. Habladme, ó Dios mio, os escucho con docilidad, y firmemente resuelto á amaros y á obedeceros por toda mi vida.

2.° *La verdadera razon de sus murmuraciones*... Eran los celos y el odio que tenian contra Jesús... No eran tanto los pecadores los que ellos tomaban en mira, cuanto Jesucristo, á quien por todos los medios procuraban desacreditar «diciendo : Este recibe pecadores, «y come con ellos...» Hé aquí como estos críticos se hacian de la grandeza de la misericordia de Jesucristo una razon para censurarlo, sublevar todos los espíritus, y excitar la pública indignacion contra él... ¡Afortunados aquellos que sacrificándose enteramente á la salvacion y á la santificacion de las almas experimentan los mismos efectos de los celos y del odio! ¡Cuán respetables nos deben parecer estos hombres, dignos imitadores del Salvador por su celo y por su paciencia! se merecen ciertamente toda nuestra confianza,

y nos haríamos culpables delante del Señor, si nos uniésemos á sus enemigos, repitiendo las calumnias con que los van oprimiendo, y contribuyendo á deshonrarlos.

3.° *La respuesta de Jesús á sus murmuraciones*... «Y les propu«so esta parábola...» Jesús se dignó de responder á las murmuraciones de los fariseos, no tanto para justificar su conducta, cuanto para instruirnos á nosotros. Este rasgo de bondad y de sabiduría verdaderamente divina de Jesucristo merece todas nuestras reflexiones: ó sea que tenga que reprender de cualquiera culpa á sus discípulos, ó que responder á cualquiera de sus preguntas, ó que rebatir las objeciones de sus enemigos, siempre toma ocasion de instruirnos de las mas profundas verdades. Así, confutando aquí las murmuraciones de los fariseos con una parábola á que añade otras dos, nos descubre toda la ternura de su corazon, inspira la confianza á los mas desesperados pecadores, nos instruye de nuestras obligaciones, y nos manifiesta tambien los secretos del cielo. Meditemos estas divinas parábolas con todo respeto, con toda atencion y con todo el reconocimiento posible.

PUNTO II.

Cómo el pastor busque la oveja perdida.

«¿Quién entre vosotros es el hombre que teniendo cien ovejas, y «si perdiese una de ellas, no deja en el desierto las otras noventa y «nueve, y va á buscar aquella que se ha perdido, hasta tanto que «la encuentre?...»

1.° *El pastor busca prontamente la oveja perdida*... Este pastor tenia cien ovejas; atento á su rebaño, luego que una oveja se pierde y no va ya con las otras, en aquel momento mismo lo advierte, y se va á buscarla... Nosotros no abandonamos á Jesucristo para entregarnos al pecado, sin que él luego lo advierta, y se duela su corazon. No tarda un momento en buscarnos. El remordimiento que sigue al pecado es el primer paso que da hácia nosotros este buen Pastor: él es su voz que á sí nos llama. Vienen despues los temores, el espanto, los disgustos, el deseo de salir de un estado tan miserable y peligroso... Representemos aquí á nuestra mente todo lo que hemos experimentado nosotros mismos en estas circunstancias: traigamos á la memoria las exquisitas diligencias que ha hecho para buscarnos nuestro divino Pastor, para conducirnos otra vez á él, y no cesemos de agradecérselo y darle infinitas gracias.

2.° *El pastor busca con preferencia la oveja perdida*... El pastor que advierte faltarle una oveja, deja apacentarse las otras noventa y nueve en los pastos del desierto, donde las ha conducido, y va á buscar la huida... Esta conducta tan digna de alabanza justificaba la de Jesús, cuando hubiese sido verdad que él hubiese empleado mas tiempo en volver á sí los pecadores, que en instruir los justos. Ella justifica tambien el celo iluminado de los pastores y de los directores de las almas que en concurrencia de los justos y de un pecador dan la preferencia á este; estiman mas privarse de la tranquilidad y consolacion que gustarian tratando almas justas, y darse á los trabajos, á las fatigas, á las penas y á los disgustos que se sufren en atender á la conversion de un alma que va descaminada, con la esperanza de ponerla otra vez en el camino derecho... Esta parábola aplicada á la gracia de Jesucristo no se refiere ya para darnos á entender que Jesucristo abandone los justos por buscar los pecadores, sino solo para hacernos comprender con qué ardor, con qué caridad viene á buscarnos hasta en nuestros mayores desórdenes.

3.° *Finalmente el pastor busca la oveja perdida constantemente hasta que la halla*... Sin esta constancia, ó divino Pastor de mi alma, sin esta perseverancia en buscarme, ¡ay de mí! ¿dónde estaria yo ya? ¿Cuántas veces he rechazado y desechado vuestra voz como importuna? ¿Cuántas veces he huido en presencia vuestra para echarme fuera de las diligencias que hacíais para buscarme, por vivir en mi extravío, en la perdicion? Pero nada ha sido bastante para haceros desistir de la empresa; finalmente habeis vencido mi resistencia, me habeis hallado, vuestro soy. ¡Ay! si alguno se pierde, la culpa está en obstinarse en querer huir y perseverar en su obstinacion hasta la muerte.

PUNTO III.

Cómo trate el pastor la oveja hallada.

Lo 1.° *La trata con dulzura*... No se irrita contra ella, no la maltrata, ni se lamenta un punto de la pena que le ha costado... Desde que un pecador deja las armas, se rinde y forma la resolucion de volver á Dios, cesan las reprensiones, callan los remordimientos, la conciencia ya no habla sino para consolarlo y animarlo: se esparce en el corazon una paz secreta é íntima, y le advierte que es su Dios aquel á quien vuelve, y que no habria debido abandonar jamás.

Lo 2.° *La trata con compasion*... La oveja en sus largos extravíos se ha cansado; ¿qué fuerzas tendrá ella para restituirse al rebaño? La libra de esta pena el pastor, se siente enternecido del estado de debilidad y de abatimiento en que la ve, la carga sobre sus hombros y la lleva él mismo á la manada... Un pecador sinceramente convertido se halla prevenido de una gracia tan abundante, que experimenta que lo llevan, mas bien que caminar él mismo. Ya no hay cosa que le cueste, nada le da pena. El acusar sus culpas, y los rigores de penitencia que antes lo atemorizaban, ahora son toda su consolacion.

Lo 3.° *La acoge alegremente*... Jesús, el júbilo eterno de los bienaventurados, quiere alegrarse de la conversion de un pecador... ¡Oh! ¡cuánto contento experimenta un celoso pastor, que con sus trabajos, con su dulzura y con su constancia ha contribuido al retorno de un pecador! ¡Y cuánto no experimenta el mismo pecador convertido! ¡Oh santa alegría, mil veces mas dulce que todas las alegrías del mundo! ¡Oh júbilo, á que debe seguir un júbilo infinito y eterno!

PUNTO IV.

Cómo manifiesta el pastor su alegría.

«Y vuelto á casa, llama los amigos y los vecinos, diciéndoles: «Alegraos conmigo, porque he hallado mi oveja que se habia per-«dido...» No habla de las otras ovejas que no se habian perdido; no habla de la inquietud que ha sufrido por la pérdida de esta, de la fatiga que ha sostenido en buscarla, ni de la pena que ha tenido en llevarla; no, no se ocupa en otra cosa, no habla de otra cosa que de la alegría que siente y experimenta por haberla hallado. Estos sentimientos son naturales, y se comprende muy bien que así haya sucedido la cosa entre el pastor y sus amigos. Pero lo que ninguno habria comprendido jamás, lo que ninguno jamás habria sospechado, es que la alegría que muestra este pastor por su oveja hallada fuese la figura de la alegría del cielo por la conversion de un pecador. Sí, añade Jesucristo... «Os digo que del mismo mo-«do habrá mas gozo en el cielo por un pecador que hace penitencia «que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de pe-«nitencia...» esto es, que no tienen necesidad de semejante cambiamiento, de una semejante conversion.

Peticion y coloquio.

Vos nos lo asegurais, ó Salvador mio, y yo lo creo. ¿No sois Vos mismo el que os habeis representado bajo la figura de este amoroso pastor? Y si Vos os alegrais de la conversion del pecador, ¿cómo no se alegrará todo el cielo? ¿Cómo no hará tambien fiesta vuestra Iglesia sobre la tierra? ¿No viven de vuestro espíritu los bienaventurados en el cielo y los justos de la tierra? ¡Oh y cuán grande es esta verdad, y de cuánto consuelo para aquellos que trabajan en la conversion de los pecadores, y para el pecador que se convierte, y para el que ya se ha convertido! Yo me miro, ó Jesús, del número de estos últimos: ¿tendré, pues, corazon para funestar con mis recaidas la alegría que os he ocasionado, ó divino Pastor, para cambiarla en duelo, y afligir de nuevo vuestro corazon? ¡Ah! antes bien morir, ó Señor, antes bien morir. Amen.

MEDITACION CXCIV.

SEGUNDA PARÁBOLA DE LA DRACMA [1] ENCONTRADA.

(Luc. xv, 8-10).

1.° Del designio de esta parábola; 2.° de la diligencia de esta mujer en buscar la dracma perdida; 3.° aplicacion de esta parábola al pecador; 4.° de la alegría ocasionada por la dracma hallada.

PUNTO I.

Del designio de esta parábola.

«Ó ¿qué mujer teniendo diez dracmas, si perdiere una de ellas «no enciende el candil, y barre la casa, y la busca diligentemente «hasta que la encuentre?...» El designio de esta parábola es semejante al de la antecedente. Pero Jesucristo añade esta á la primera, para darnos los siguientes documentos:

1.° *Cuán importante nos es conocer el exceso de sus misericordias* y las disposiciones de su corazon en órden al pecador, ó sea para animar al pecador para que vuelva á él, ó sea para animar los ministros y todos los fieles á procurar este retorno. Para esto justamente, despues de esta parábola, nos añade aun otra tercera.

2.° *Cuánto desea él la conversion del pecador*... Propone aquí por sujeto de la parábola una mujer, en vez del pastor que forma el

[1] Dracma ática equivalia al denario romano, y cerca de dos reales de vellon de nuestra moneda.

asunto de la primera. ¿No lo hace él por ventura para darnos á conocer los movimientos de su ternura, el ardor de sus deseos y los cuidados de su misericordia?

3.° *Cuánto ama él, y cuán precioso es á sus ojos el pecador que aun se pueda convertir*... En la primera parábola era un rico pastor que habia perdido solamente la centésima parte del rebaño que poseia. Aquí es una mujer poco afortunada, que por todo su tesoro tiene solamente diez dracmas, y que viniendo á perder una, pierde el diezmo de todo lo que tiene. La misma graduacion se halla en la tercera parábola, bien que debajo de una imágen mas noble, en que se ve un padre riquísimo, el cual teniendo solo dos hijos, viene á perder el uno... Estas son, ó divino Jesús, las amables ideas con que nos pintais la ternura de vuestro corazon, y el amor que nos teneis, aun cuando os hemos ofendido. ¡Ah! ¿quién podrá no amaros? Una clemencia tan grande, aun cuando nosotros no fuésemos el objeto, mereceria nuestro amor; pero somos nosotros lo que ella mira, soy yo sobre quien la ejercitais, soy yo á quien Vos habeis amado, aun cuando era vuestro enemigo; ¿y cómo no arderé yo ahora de amor por Vos? ¿cómo podré aun ofenderos?

PUNTO II.

De la diligencia de esta mujer en buscar la dracma perdida.

Lo 1.° *Enciende una lámpara, que aquí es el símbolo de la fe*... Apenas un pecador ha cometido el primer pecado, cuando la luz resplandece delante de sus ojos, y parece que se despierta toda su fe. Entonces conoce qué cosa es haber perdido á Dios y haber caido de su amistad. Esta fe lo persigue en todo lugar, lo conturba y lo espanta. Ahora le parece que ve las llamas vengadoras y eternas, á las que su estado lo expone: ahora le sobresalta el pensamiento de la muerte, y le hace mirar la última hora como el término fatal de todos sus placeres, le descubre la vanidad del mundo, la brevedad y la incerteza de la vida: ahora una luz mas dulce le hace esperar un arrepentimiento fácil y una favorable acogida. Dios no se cansa de presentarle la lámpara de la verdad hasta que haya abierto bien los ojos y reconocido su error. Pero ¡ay de mí! muchas veces esta luz es importuna, y este pecador querria quitársela de delante, querria poderla apagar, y para esto hace frecuentes pero inútiles esfuerzos. ¡Ay de aquel que por la multitud de sus pecados, por sus sacrilegios, por su obstinacion y por sus impiedades ha llegado ya cuási al término!



Lo 2.° *Esta mujer barre la casa, y hasta en la misma basura busca la dracma perdida*... De la misma manera representa Dios tal vez vivamente al pecador la indignidad y la fealdad de toda su conducta para inspirarle horror y hacerle volver á entrar dentro de sí mismo; y así tambien el pecador se siente inquietado, conturbado, aterrado y disgustado hasta en el exceso de sus disoluciones y en el pecado mismo.

Lo 3.° *Esta mujer busca con diligencia*, visita todas las cosas y todo lo examina, hasta que haya hallado la dracma perdida... ¡Con qué diligencia, con qué manera obligante no busca Dios al pecador en los placeres, en las aflicciones, en la sanidad, en la enfermedad, en la soledad y en las compañías, y esto aun, no obstante sus desprecios, sus repulsas y sus pecados multiplicados! De manera, que solamente una obstinacion diabólica ó la muerte en este funesto estado pueden librar á este pecador de las tiernas diligencias de un Salvador lleno de misericordia, para entregarlo en las manos de un juez terrible que no puede ejercer otra cosa que las leyes rigurosas de su justicia... Gracias inmortales os sean dadas, ó Dios mio, por la bondad infinita y por la larga paciencia con que me habeis buscado; os agradezco, ó Señor, con toda la extension de mi corazon, que no hayais permitido que yo muera en el pecado, que hayais vencido mis resistencias, y que sea ahora vuestro, resuelto á serviros y amaros por toda mi vida. Concededme esta gracia, ó Dios mio, y sostenedme en mi resolucion, y en el propósito que formo y que solo reconozco de Vos.

PUNTO III.

Aplicacion de esta parábola al pecador.

Los pastores de la Iglesia pueden aplicarse esta parábola, y advertir en ella lo que deben hacer para hallar sus ovejas y llamar los pecadores á penitencia, y á Dios de quien son los ministros; la obligacion en que están de encender la lámpara de la fe mediante la instruccion, de barrer la casa quitando los escándalos, y finalmente, de buscar con diligencia la dracma perdida. Apliquemos tambien esta parábola al mismo pecador que piensa en convertirse, y quiere corresponder á los deseos y solicitud con que su Salvador lo busca. Debe, á ejemplo de esta mujer, para recuperar la dracma preciosa de la gracia que ha perdido:

Lo 1.° Tomar en la mano la lámpara de la ley de Dios para ver

en qué ha pecado contra Dios, contra el prójimo, contra las obligaciones de su estado y contra sí mismo.

Lo 2.° Barrer su casa, quitar de su corazon los afectos del pecado, todo odio, todo rencor, toda antipatía: cortando toda ocasion de pecado, juegos, espectáculos, malas compañías, pinturas y libros peligrosos: destruir el mal que ha hecho, reparar el escándalo que ha dado, restablecer la reputacion que ha quitado, restituir los bienes ajenos que ha retenido, y reconciliarse con sus enemigos.

Lo 3.° Buscar con diligencia y examinar profundamente sus disposiciones sobre lo pasado y sobre lo venidero; si olvida alguna cosa, si se acuerda de sus pecados; finalmente, declararlos con sinceridad, sin esconder, sin enmascarar cosa alguna, y cumplir fielmente los avisos que le serán dados y la penitencia que le será impuesta.

PUNTO IV.

De la alegría ocasionada por la dracma hallada.

«Y hallándola, llama las amigas y las vecinas, diciendo: Alegraos «conmigo porque he encontrado la dracma que habia perdido. Así «os digo que habrá gozo delante de los Ángeles de Dios por un pe«cador que haga penitencia...» Pecadores, no os lamenteis de la pena que os debe costar el hacer una sincera penitencia, y llegar á una verdadera conversion. ¡Ah! esta poca pena será abundantemente recompensada con el júbilo inefable que de ella os redundará. De ella bramará el infierno, y el mundo se lamentará; murmurarán los malos, pero en vuestro corazon reinará el consuelo; este reinará en la Iglesia y en el corazon de vuestros verdaderos amigos; reinará en el corazon de Jesús vuestro soberano Rey y Salvador, cuyo júbilo divino será el manantial del que experimentaréis vosotros mismos; finalmente, reinará tambien entre los Ángeles.

Peticion y coloquio.

¡Con qué es verdad, ó bienaventurados habitadores del cielo, que vosotros os interesais por lo que mira á nosotros, que os alegrais de nuestra conversion, de nuestra perseverancia, de nuestras buenas obras, de cuanto nosotros hacemos, y de todo aquello que á vosotros puede reunirnos! ¡Ah! ¡cuándo nos hallarémos con vosotros para alabar y bendecir al Dios que nos ha criado y al Salvador que nos ha rescatado! Ó amorosos espíritus fieles, guardias de nuestras almas; y vosotros sus conciudadanos, ó Santos que la tierra ha da-

do al cielo, y muchos de los qúe han sido como nosotros pecadores, rogad todos por nosotros, que estamos aun en los peligros del viaje, para que lleguemos como vosotros al puerto de la bienaventurada eternidad. Amen.

MEDITACION CXCV.

TERCERA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO.

(Luc. xv, 11-13).

NECEDAD DE SU PARTIDA.

1.° Abandona la casa paterna; 2.° abandona su país; 3.° disipa todo su patrimonio.

PUNTO I.

El hijo pródigo abandona la casa paterna.

«Mas dijo: Un hombre tuvo dos hijos, y el menor de ellos dijo á «su padre: padre, dame la parte de los bienes que me toca; y él «hizo entre ellos las partes de sus facultades...» Estos dos hermanos tomaron cada uno cuanto les habia tocado en la division; pero no se sirvieron de ello del mismo modo. El mayor se estuvo con su padre sin faltarle jamás á la debida obediencia: el mas jóven al contrario, apenas hubo recibido lo que con tanta instancia habia pedido, se separó de su padre. ¿Por qué una tal conducta? ¿Tenia acaso algun motivo para obrar así? Ninguno. Y nosotros ¿qué motivo tenemos ni hemos tenido para abandonar á Dios, nuestro Criador y nuestro Padre? Ninguno.

1.° *El pródigo no podia lamentarse del carácter de su padre...* ¿Era acaso él un hombre duro, austero, imperioso, avaro, de extraño humor, inconstante, caprichoso? Nada de todo esto. Antes bien, era un padre tierno, bueno, generoso, compasivo, familiar con sus hijos, amigo suyo, nada les negaba, y les concedia todo lo que les podia conceder, como aparece en la complacencia que tuvo en dividir sus facultades cuando las deseó el menor, por temor sin duda de contristarlo. ¡Oh tierno padre! ¿merecia él acaso que se pensase jamás en abandonarlo?... Pecador, ¿no es Dios para contigo sin comparacion mucho mas que todo esto? Tú eres su criatura, por su gracia te ha adoptado por hijo, tenia para contigo todo el amor de un padre y toda la ternura de una madre, te aseguraba que si perseverabas en estar con él te habria dado un reino, y un reino eterno, ¿y á un Padre tan tierno, tan benéfico, tan poderoso, tú

lo has abandonado? ¿Has podido tú hacerlo? ¿Cómo te has determinado á esto? ¡Qué locura, qué ingratitud!

2.° *El hijo pródigo no se podia lamentar del tratamiento que recibia en la casa paterna*... ¿Podia él esperar hallar otro mejor? Nada le faltaba. Sin tener algun cuidado, vivia en la abundancia, estaba provisto de todo, tenia todo lo que honestamente podia desear... Y tú, pecador, ¿eras acaso menos bien tratado en la casa de tu Dios? Revestido de su justicia, viviendo de su gracia, alimentado de su divinidad, ¿no estabas tú, por ventura, en la abundancia de todos los bienes espirituales? ¿No habia ordenado tu Padre que te fuese concedido cuanto pidieres? ó antes bien ¿esperaba él acaso que tú pidieses? Bien sabes que no solo prevenia tus necesidades, sino hasta tus deseos. ¿No eras tú su hijo amado? ¿Qué cosa te faltaba en una casa tan abundante, tan rica como la de este Padre tan liberal como rico? ¿Y tú has dejado esta casa?

3.° *El pródigo no podia lamentarse de la vida que se pasaba en la casa de su padre*... Era una vida noble, gloriosa, honrada, inmaculada é irreprensible; vida que se pasaba en una honesta alegría, en paz, en union; vida regular, con estima y aprobacion de todo el mundo; una tal vida ¿no tenia de qué enamorarlo? Sí, ella hasta entonces le habia satisfecho y habia formado sus delicias; pero han entrado en su espíritu ciertas ideas, y sitian su imaginacion: frecuenta ciertos amigos, ha dádo oidos á sus discursos, ha visto su manera de vivir, ha oido la relacion de sus divertimientos y de sus placeres, y ya no es lo que era antes; á su vista se han mudado las cosas. Una prision le parece la casa paterna; las pasiones que empiezan á brotar hallan en ella sujecion; la dependencia de un tierno padre le parece un yugo insoportable; la persona misma de su padre, y la de su hermano, y su tenor de vida, todo le ocasiona un disgusto y un fastidio mortal de que cree no poderse librar sino con abandonar la casa. Le cuesta pena, y ¡oh cuánta! el ver que se le retarda el tiempo, y cree que encontrará feliz el dia en que habrá partido de ella. Entonces estará libre, ya no tendrá sujecion, ya no tendrá dependencia: libertad entera, felicidad perfecta, hé aquí lo que lo lisonjea, hé aquí lo que le hace tomar la necia resolucion de separarse del mejor de todos los padres... ¡Ah! bien me reconozco yo á mí mismo en esta imágen. El yugo del Señor tan lleno de dulzura que habia llevado con tanta alegría, con tanto placer, gustando suaves delicias: aquella vida pura é inocente que solo temia el pecado, aquella conducta regular acompañada de una paz tan dul-

ce, la aplicacion continua á mis obligaciones, á la oracion, á los ejercicios de piedad, la frecuencia de los Sacramentos en que hallaba tanta consolacion, el interno recogimiento en que gustaba tan dulce reposo; todo esto me sirve ya de carga, se me hace enfadoso é insoportable, desde que dando oidos á las sugestiones de la naturaleza y del demonio he creido que sacudiendo toda sujecion y toda dependencia habré encontrado la libertad y el verdadero contento. ¡Oh necio pensamiento que me ha hecho abandonar mi Padre, la casa paterna, y con ella toda mi alegría y toda mi felicidad!

PUNTO II.

El hijo pródigo deja á su padre.

Lo deja sin reflexion y por amor del libertinaje, y esto se conoce de las siguientes circunstancias:

1.ª *De la precipitacion de sus operaciones*... «Y no muchos dias «despues, juntado todo lo suyo, el hijo menor se fué á un país muy «distante...» Hecha la division, el hijo mayor sin mudar conducta se mantuvo al lado de su padre, dejándole como antes la administracion de los bienes que le habia señalado. No fue así el mas jóven: cogió este la administracion de sus fondos, y pocos dias despues, sin tomar tiempo para reflexionar y deliberar, hizo conocer el uso que queria hacer de ellos. Cuando un cristiano ha comenzado á retirarse de Dios para vivir en su libertad, en poco tiempo hace grandes progresos en el vicio. No camina ya por un camino, sino que va rápidamente cayendo por un precipicio.

2.ª *De la venta de sus bienes*... Los bienes estables le habrian dado solamente un rédito anual y abundante; habrian necesitado cuidados y atenciones, habria sido tambien necesaria su presencia, y no le habrian permitido apartarse muy léjos y por mucho tiempo; pero una grande cantidad de dinero, todo de una vez, daba con que fomentar su vanidad y deslumbrar sus ojos; esta no requeria alguna solicitud, bastaba solo ir sacando y á él le parecia que era inagotable; era mas cómoda y fácil de llevar, y con ella podia ser bien recibido en todos los lugares... Enajena, pues, todos los bienes de su herencia, muebles, raíces, tierras y casas; se da priesa á venderlo todo. ¿Y quién puede imaginarse á qué precio? Junta una suma considerable, de que finalmente tiene el gusto de verse dueño y señor absoluto. ¿A qué aplicarémos nosotros esta insensata conducta? ¿No nos representa ella el cambio miserable que hace un pecador

de las máximas de virtud segun el Evangelio, con las máximas de virtud segun el mundo? El justo vive de la fe, las máximas del Evangelio y de la fe son su patrimonio y su bien; ahora, segun estas máximas debe velar sobre sí mismo, mortificar sus pasiones, orar, meditar, frecuentar los Sacramentos. Hé aquí los bienes y la heredad que Dios nuestro Padre nos ha dejado; pero estos bienes requieren cuidado continuo, y cuando empezamos á dejar á Dios, desechamos todas estas máximas, las trocamos con las del mundo, y bien presto hacemos como el mundo consistir toda la religion y la virtud en la decencia y en el honor; máxima sumaria y compendiosa, cómoda y fácil, lisonjera y engañosa, que se esparce con arrogancia, y con la que nos creemos suficientemente dotados y con derecho de despreciar á aquellos que exigen todo lo contrario. ¡Ah! cuando un cristiano ha llegado á este término está muy próximo á su ruina.

3.ª *De su partida á un país muy distante*... Habiendo juntado el producto de todos sus bienes y hecho una suma considerable, se parte, deja, no ya la casa sino la ciudad. Si se hubiese quedado en el mismo pueblo, hubiera tenido en él muchos testigos, espías y observadores de su conducta siempre dispuestos á criticarla y á darle avisos y correcciones. Deja no solo la ciudad, sino tambien el país. Habria podido hallar en la misma provincia parientes ó amigos que habrian puesto freno á sus placeres, y él quiere abandonarse á ellos libremente: pasa á otro país, pero no de los confinantes, porque de allí habrian corrido nuevas de su vida, y habria podido aun allí oir algunas reprensiones... ¡Ay de mí! ¡cuántas penas conviene sufrir para poder vivir tranquilamente en el libertinaje! Menos ciertamente costaria vivir una vida arreglada, compuesta y religiosa. Pero por mas que cueste, él quiere lograr su intento, parte, camina á grandes jornadas, y finalmente llega á un país muy distante y desconocido, donde ni su padre, ni su hermano, ni sus parientes, ni sus amigos podrán jamás funestar las delicias que va á gustar... ¡Oh empresa inconsiderada! ¡Oh partida hecha sin reflexion!... ¡Ay de mí! ¿no me he alejado yo por ventura de este mismo modo de Dios por mis pecados? ¿No he huido de él lo mas léjos que me ha sido posible? ¿No he puesto en olvido su ley, sus amenazas, sus promesas y sus beneficios? ¿No me he alejado de todos aquellos que podian darme saludables consejos? ¿No he hecho liga con personas que antes me eran desconocidas y que podian infaliblemente perderme? ¿No me he hecho superior á cuanto se podia decir de mí, y

á cuanto se podia pensar, para darme libremente á mis pasiones y á mis placeres? Pero ¿qué éxito han tenido tantos esfuerzos para satisfacerme?

PUNTO III.

El hijo pródigo disipa todo su patrimonio.

Lo disipa sin reserva, sin miramiento, por amor del lujo y en convites... «Y de allí á pocos dias, juntándolo todo el hijo menor, se «fué á un país muy distante, y allí disipó cuanto tenia viviendo con «disolucion...» ¿Cuál fue esta disipacion?

Lo 1.° *Una disipacion despreciable en su prodigalidad*... Hé aquí, pues, este jóven insensato en el colmo de sus deseos, seguro de que nadie le contradiga, libre de toda reprension, dueño de emplear como mas le agrade todo el dinero que habia sacado de su legítima. No tardó en abusar de esta libertad. Comenzó á comparecer con un lujo que anunciaba sus intenciones, y que bien presto le concilió un gran número de amigos, tales cuales los merecia. Festines, danzas, conciertos, juegos de toda especie distribuian alternativamente los momentos de su vida. En ellos pasaba los dias y las noches, y todo iba á medida de sus deseos. Triunfaba en medio de su felicidad, y sus amigos le aplaudian todos sus gustos. Celebraban su gloria y exaltaban su magnificencia. Pero los amigos libertinos ni son amados ni pueden ser estimados. Es muy creible que los del pródigo lo despreciasen, que á sus espaldas se burlasen de su simpleza y de su locura, que lo mirasen como su diversion, y que formasen de él la materia ordinaria de sus sátiras y de dichos mordaces. Así sucede ordinariamente. Vos os fiais de aquellos amigos que os han pervertido; vos os creeis haceros estimar de ellos con sobrepujarles: vos mostrais ya tener menos vergüenza y religion que ellos; sois mas atrevido que ellos en las blasfemias, en las obscenidades que vuestra boca va vomitando, y en los desórdenes á que os abandonais; pero tened por cierto que aunque aplauden vuestros excesos, muchas veces los aborrecen, y hacen de vos un vil desprecio.

Lo 2.° *Fue una disipacion breve en su duracion*... La vida que llevaba el pródigo, y que tanto habia suspirado, estaba para él llena de dulzuras; pero no podia durar, como de hecho no duró. Bien presto faltó el dinero, y se desvaneció toda su fortuna... La felicidad que consiste solo en el pecado es siempre de poca duracion: la felicidad que se coloca en la satisfaccion de los sentidos es una felicidad imaginaria. Apenas se gusta, desaparece, y no deja otra cosa de sí

que una memoria amarga y llena de remordimientos. La felicidad que se gusta en la virtud es la sola verdadera, porque es la sola que tiene consistencia. Ella se mantiene en las aflicciones, en las desgracias, en las enfermedades, en los peligros de la muerte: se mantiene tambien en la misma muerte, y nos sigue mas allá de la tumba. Al contrario, en todos estos casos la felicidad de los sentidos nos abandona, y el pecado que en nosotros queda nos atormenta, nos atemoriza y nos persigue hasta en la otra vida, para cambiarse en un tormento eterno.

Lo 3.° *Fue una disipacion molesta en su fin*... ¿Cuáles debieron ser las inquietudes del pródigo cuando advirtió y cayó en la cuenta que los fondos empezaban á faltarle, y que bien presto nada le quedaria? De hecho, el dinero tuvo fin, y con él se acabaron los placeres; se separaron los amigos, y el pródigo se halló abandonado de ellos, en poder de sus desordenadas y melancólicas reflexiones. Dichoso él todavía si estas lo hubieran inducido á una vuelta pronta; pero se obstinó en su miseria, y obstinándose en ella llegó al colmo... Pecador, tú has llegado finalmente á lo que deseabas; te has dado con una total libertad, sin freno y sin medida en poder de todos tus deseos; has abandonado á Dios, su ley y su presencia; has sofocado la voz de la conciencia, de la naturaleza y del honor por escuchar solo la de tus pasiones. ¡Oh qué estado tan feliz! tú has gustado en él todas las dulzuras, pero dulzuras engañosas que no han podido durar largo tiempo: las has visto acabar; detrás de ellas han venido el fastidio, el disgusto, una profunda é involuntaria tristeza y una negra melancolía. ¡Ah! todo esto te era desconocido en el servicio de Dios. ¿Dónde está ahora aquella paz del corázon, aquella serenidad de rostro, aquella dulzura de carácter, aquella uniformidad de humores, aquella nobleza de sentimientos, aquel amor á la virtud, aquella delicadeza de conciencia, aquella ternura de devocion, aquella atencion á tus obligaciones, aquel gusto de Dios, y aun aquella bondad, aquel honor de que te gloriabas, mucho mas preciosos que el oro y que las piedras preciosas? ¡Ay de mí! todo se ha perdido, todo se ha disipado. ¿Y qué te falta aun que ser en el estado de miseria en que te hallas? ¡Ah! cesa una vez de imitar al pródigo, aprovéchate de sus primeras desgracias para volver á tu Padre, no esperes á experimentar otras mas funestas, contra las que acaso no encontrarás algun remedio.

Peticion y coloquio.

¡Oh Dios mio, qué locura ha sido la mia en abandonaros para entregarme al pecado! ¿Qué puedo encontrar apartándome de Vos, ó adorable Salvador mio? Llamadme de este extravío, buscadme, salvad mi alma, ó el mas tierno de todos los padres, restituidme aquella alegría, aquella felicidad que he perdido por el pecado, uniéndome á Vos con los mas estrechos lazos de amor, de un amor inalterable. Amen.

MEDITACION CXCVI.

PRIMERA CONTINUACION DEL HIJO PRÓDIGO.

(Luc. XV, 14-16).

INFELICIDAD DE SU DEMORA EN EL PAÍS EXTRANJERO.

1.° De la carestía que reinó en el país donde se habia retirado; 2.° del empleo que le fue necesario tomar; 3.° de la languidez y debilidad en que cayó por falta de alimento.

PUNTO I.

De la carestía que reinó en el país donde se habia retirado.

1.° *Carestía real*... «Y luego que todo lo hubo consumido vino «una grande hambre en aquel país, y él empezó á padecer necesi-«dad...» Seguro de no ser visto de alguno, y libre de toda sujecion el pródigo, disipó sus bienes en el lujo, en juegos y banquetes, y para aumento de su desgracia, una carestía que sobrevino al país en que se habia retirado lo redujo á la extrema miseria... Es cosa cierta que el país de los pecadores es un país desolado de la carestía, y habitado solo de hambrientos. No esteis á la apariencia: por defuera todo parece brillante; no se habla de otra cosa que de alegrías, de placeres, de satisfaccion, de divertimiento; pero examinad despues desde cerca, id al fondo del corazon de alguno de estos pretendidos felices que en él habitan, y comparecen tan satisfechos y tan contentos, y encontraréis un hombre atormentado dia y noche de ardientes deseos, de antojos quiméricos, de caprichos extravagantes, de gustos depravados, de una situacion de espíritu inquieto, y á quien falta siempre alguna cosa para tener el corazon contento.

2.° *Carestía extrema*... No se puede explicar hasta qué punto se haga sentir la hambre devorante que atormenta al que se aparta de Dios, y persevera así léjos de él. Apenas lo pueden explicar los que

han salido de esta tierra de maldicion. Vosotros os sorprendeis de la continua disipacion en que este vive: de los frívolos entretenimientos á que el otro atiende; de los movimientos y de las penas que sufre el otro. Aquí veis un rico que incesantemente trabaja para enriquecerse; allá otro ya constituido en dignidad que se esfuerza para subir aun mas alto; por otra parte un voluptuoso siempre ansioso de placeres, siempre ocupado en procurárselos nuevos. No os sorprenderíais si conociéseis la hambre que los abrasa, y que ciertamente se esfuerzan en vano á apagar y á templar. Lo que sí debe sorprenderos es, que su hambre es de tal naturaleza, que cuanto mas la contentan, tanto mas crece... ¡Ah! el motivo es, que Dios solo puede llenar nuestro corazon y satisfacer plenamente nuestra alma. Vuélvete, pues, á él, ó pecador, y encontrarás el fin de tus tormentos; te hartarás de la abundancia que reina en su casa, y te alimentarás de su misma divinidad.

3.° *Carestía general*... No penseis que se dé ni un solo pecador que perseverando en su pecado pueda estar exento de los asaltos de esta carestía. No hay precaucion que pueda librarlo. El que ha perdido á Dios lo ha perdido todo, y no le queda ya cosa alguna. Luego que disipó el pródigo su fondo, sintió todo el horror de la carestía. ¿Habria él pensado jamás que tan presto se veria reducido á este estado? Jóven inconsiderado, ¿quién te ha traido á tan miserable país? ¿En qué has de venir á parar? ¿Á qué parte te volverás? ¿Irás á encontrar los amigos de tu disipacion, aquellos compañeros de tus diversiones, aquellos cómplices de tus desórdenes? ¿Los crees tú en estado de aliviarte, de consolarte y de alimentarte? ¡Ay! están, como tú, en la extrema miseria, ó si están en estado de dar algun alivio á tus males, ¡ay de mí! no se compadecen de ellos ni los enternecen. Sal, pues, prontamente de un país que te ha sido tan funesto: vuelve á la casa de tu padre, y hazle la humilde confesion de tu extravío. Pero no, antes de tomar una tan sábia resolucion, está determinado á probar otro camino: acaso los tiempos se mudarán, y su suerte vendrá á ser mas dulce; se puede aun tener paciencia por algun tiempo: ¡oh esperanza insensata, solo buena para poner el colmo á su desventura, y que ha llevado tantos otros á la última ruina!

PUNTO II.

Del empleo que le fue necesario tomar.

1.° *Del señor que sirve*... «Y fué, y se arrimó á uno de los ciu-

«dadanos de aquel país, el cual lo envió á su granja á guardar los «puercos...» Resuelto el pródigo á quedarse en el país, no obstante la carestía que reinaba, halló un solo expediente para poder subsistir: despues de haberlo vendido y disipado todo, se determinó á venderse á sí mismo, ó á hacerse esclavo para tener pan. Aquel á quien se entregó para servir era un ciudadano del país, hombre poderoso, pero sin compasion... El que peca se hace esclavo, ¿y de quién? Del pecado, del demonio, de su pasion y del hábito del pecado. ¡Qué señor! ¿ha habido jamás otro mas cruel? ¡Qué esclavitud! ¿hay ó ha habido otra mas vergonzosa? Hijos de Dios, avergonzaos de haberos degradado hasta este punto; romped vuestros lazos; despedazad vuestras cadenas, y volved al Señor, vuestro Dios y vuestro Padre.

2.° *Del lugar á donde va...* Seria aun menos digno de compasion el pródigo, si hubiese tenido solamente por señor á este hombre, y hubiese podido quedar con él; pero desde que se entregó á su servicio, este señor lo envió á su granja, donde este desventurado pródigo encontró tantos tiranos cuantas eran las personas que la gobernaban... Hé aquí dónde ha venido á parar la libertad tan decantada, tan deseada y tan buscada... La obediencia filial, una dulce y honrosa sujecion para con un padre que te amaba, y con quien no te faltaba cosa alguna, te parecia insoportable ¡oh insensato! y hé aquí que te hallas esclavo de un señor extranjero é imperioso; y hé aquí que te hallas desterrado en una granja, y hecho el juego de una gente rústica y grosera, que en otras ocasiones no se hubiera atrevido á comparecer delante de tí sino con respeto... ¡Oh tú, pecador, á quien el yugo del Señor, el peso ligero y glorioso de su santa ley ha parecido demasiado duro y pesado, á qué vergonzosa y dura esclavitud te ves reducido! Esclavo del demonio y de otros mil tiranos que te poseen; esclavo de una pasion dominante y de otras mil que te tiranizan; ves ahí dónde te ha traido la falsa libertad que has buscado, abandonando al Señor tu Dios y tu Padre. ¡Oh grave yugo bajo del cual tú gimes y te desesperas, sin poderte resolver á despedazar los hierros que amas, y alternativamente detestas! ¿Y en qué partes arrastras tú este vergonzoso yugo? ¿Cuáles son los lugares que frecuentas, y á los que tu señor te envia? Lugares de juego, embriaguez, de prostitucion y de pecado: los templos de Dios tú no los conoces ya; y si alguna vez vas á ellos, vas para profanarlos y á llevar el escándalo.

3.° *Del empleo en que sirve...* «*(El señor)* lo envió á guardar puer-

«cos...» ¡Qué empleo para un hijo de familia! dura necesidad! Pero ¡á qué no se resuelve el que no tiene pan que comer! ¿con qué altivez no le mandan aquellos viles mercenarios? ¡Qué caimiento para un jóven que vivia en su casa en la esplendidez, rodeado de criados respetuosos, y prontos á ejecutar sus órdenes á la menor señal de su voluntad!... No manda con menos imperio y dureza la pasion á aquel que se ha hecho su esclavo, ni es menos bajo ni menos vergonzoso el empleo á que lo aplica... Esta alma, mientras que fue fiel á Dios y estuvo unida á él, tenia su espíritu lleno de ideas nobles de la Divinidad, y aspiraba á una eterna felicidad. La servian los Ángeles, Jesucristo la adoptaba, Dios era su Padre, los bienaventurados del cielo y los justos de la tierra eran sus amigos, sus conciudadanos y sus hermanos; pero habiendo venido por el pecado á ser esclava del demonio, y perseverando en esta esclavitud, ¿á qué cosa no está ella sujeta? ¿Qué ideas concibe? ¿Cuál es su compañía? ¿En qué emplea sus cuidados? La gobiernan los demonios; millares de pecados la rodean; la esperan los réprobos; todos sus pensamientos y sus acciones son pensamientos y acciones dignas solo de vergüenza, de oprobio y de infierno. Las pasiones, los pecados, los demonios; hé aquí la vil manada á que atiende y á que consagra su reposo, sus penas y sus atenciones.

PUNTO III.

De la languidez en que cae por falta de sustento.

1.° *Del alimento que se prometia le seria suministrado...* «Y de«seaba con ansia llenar el vientre de las bellotas que comian los «puercos, y ninguno se las daba...» Abatiéndose al vil estado de porquero, no creia ya ser alimentado delicadamente: se persuadia que era necesario renunciar á las delicadezas de su primera condicion; pero esperaba que á lo menos hallaria un alimento oportuno y suficiente, bien que grosero... Tal es la esperanza del pecador haciéndose esclavo del pecado. Conoce muy bien que se envilece, que los placeres que se promete son groseros, y muy inferiores á aquellos que habia gustado en el servicio de Dios; pero en sus mismos desórdenes no pretende ya andar mas allá de aquello que se llama flaqueza humana, y cree que cediendo hasta aquel punto á sus inclinaciones, podrá quedar satisfecho y vivir contento. ¡Ah! no conoce el miserable el señor á quien se ha puesto á servir. Aprenda, pues, á conocerlo de la situacion en que se halla el pródigo.

2.° *Del alimento que desea*... Del alimento, que es el objeto de sus deseos, juzgarémos cuál era el que se le suministraba... Vuelta ya su manada á casa, cansado, sin fuerzas, arruinado del tédio y de la fatiga, lo que se le daba era tan poco capaz de saciarlo, que envidiaba la vil comida que veia comer á los puercos: se habria tenido por feliz en poderse llenar de ella, y apagar así el rigor de la hambre que lo consumia. ¡Pródigo desventurado, ves aquí, pues, en lo que han venido á parar tus proyectos! Has dejado el mejor de los padres para vivir con libertad, y te hallas esclavo. Has llevado tu patrimonio á un país extraño para vivir allí en las delicias, y encuentras un país desolado de la carestía. Te has puesto á servir para tener pan, y estás reducido á desear el manjar de los puercos... Imágen espantosa, pero verdadera, del pecador que se obstina en quedarse en su pecado. Cada paso que da lo conduce á un nuevo precipicio; cuanto mas se esfuerza á encontrar su satisfaccion en el pecado, tanto mas se degrada á sí mismo, y acrecienta su tormento. Este voluptuoso, cansado y consumido de sus desórdenes, despues de haber disipado cuanto tenia y arruinado su salud en los mas infames placeres, ¿no se halla harto aun? ¿Cuál es, pues, todavía la hambre que lo consume? ¿cuáles son los deseos que lo inquietan? ¿Qué mas quiere? ¿qué desea todavía? ¡Ah! no me atreveria á decirlo si así no fuera, pues me horrorizo aun de pensarlo. Todo lo que ve, todo lo que oye, toda la torpeza que se puede encontrar en los libros mas obscenos, en las pinturas mas lascivas, en la imaginacion mas corrompida, viene á ser el objeto de sus desenfrenados deseos, y causa el tormento de su corazon.

3.° *Del alimento que le viene negado*... ¡Ah! no son manjares delicados, ni menos es pan lo que desea, sino el vil alimento que se da á los puercos: de esto desea llenarse; esto se le niega, y ni le es aun permitido el tocarlo: lo pide, y ninguno lo escucha, ninguno se lo da. Última figura del pródigo y de la miseria del pecador... Entorpecido ya este del largo hábito del pecado, no se lamenta de la severidad de la ley de Dios ó de la ley de la naturaleza. Ha ya mucho tiempo que saltó los límites de la una y de la otra: se duele de las leyes de la pública honestidad que queria abolir, para sustituirles una libertad cínica. La condicion de las bestias le parece preferible á la suya: envidia la suerte de los animales mas inmundos: con ellos querria revolcarse en el cieno y en las inmundicias; querria poder vivir y morir como ellos. Pero ¡deseos quiméricos, antojos tan vanos como infames! ¿Puede un hombre, un cristiano, de-

gradarse hasta este término? ¿Quién le habria dicho jamás á aquella alma timorata, cuando cometió el primer pecado, que un dia, y poco á poco habia de llegar á un tal estado? ¿Quién le habria dicho al hijo pródigo, cuando pidió su legítima á su padre, el paradero de su locura? ¡Ah! debemos temer el primer paso que damos ó que somos solicitados á dar en el camino del pecado, ¡y oh cuánto debemos temer perseverar en él! Feliz aquel á quien Dios ha sacado fuera. Pero aun cuando hubiésemos llegado con el pródigo al último exceso, no debemos desesperar; antes debemos armarnos de un valor generoso, y volvernos como él á nuestro Padre.

Peticion y coloquio.

¡Ah! no permitais, ó Salvador mio, que jamás me abandone al demonio, que me reduzca á aquella vergonzosa esclavitud en que el pecador, víctima desventurada de las pasiones, que ni aun puede satisfacer ni gozar, se envilece, se degrada, y se precipita en la mas horrible necesidad y pobreza. ¡Qué mayor miseria, ó Dios mio, que la de no amaros ya! ¡Ah! no permitais jamás que caiga yo en tanta desventura. ¡Ah Señor! quiero ser vuestro en el tiempo y en la eternidad... Amen.

MEDITACION CXCVII.

SEGUNDA CONTINUACION DEL HIJO PRÓDIGO.

(Luc. xv, 17-20).

SU SABIDURÍA EN LA VUELTA Á SU PADRE.

Sabiduría : 1.° en sus reflexiones ; 2.° en sus resoluciones ; 3.° en la ejecucion.

PUNTO I.

Sabiduría en las reflexiones.

«Pero vuelto en sí mismo dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi «padre tienen el pan en abundancia, y yo aquí me muero de ham«bre!...» El pródigo finalmente vuelve sobre sí mismo. La desgracia de los pecadores es de no volver á entrar en sí mismos, y aun de huir de todo lo que podria hacerles volver en sí: si cualquier accidente improviso, ó si cualquier movimiento de la gracia los llama dentro de sí mismos, luego se salen fuera, buscando el modo de disiparse, y no haciendo reflexion alguna, ó si la hacen, es muy superficial é incapaz de retirarlos de su miserable estado; ó bien sus

reflexiones son de desesperados, propias para detenerlos y confirmarlos en sus desórdenes; pero las del pródigo fueron sérias y útiles.

Lo 1.° *Sobre lo pasado:* comparando su estado presente con aquel en que estaba en casa de su padre... Es fácil pensar lo que se diria á sí mismo sobre una tan enorme diferencia, y lo que puede decirse á sí mismo el pecador, confrontando el afan y la inquietud, la miseria y la languidez en que vive, con la paz y con la alegría que experimentaba cuando servia á Dios con fervor... De esto deben aprender los padres, y los que tienen cuidado de criar la juventud, cuán importante sea formar con tiempo los hijos en la piedad, hacer que se adelanten lo mas que sea posible en el conocimiento y en el amor de Jesucristo, hacerles gustar el Señor en la participacion de los Sacramentos, en el uso de la meditacion, y en la práctica de la mortificacion y de la penitencia, proporcionada á su edad. Sin embargo de que, á pesar de una tal educacion, algunos despues salgan del camino, ello es constante que como sucedió al pródigo, ninguna cosa es mas poderosa para volverlos á Dios que la memoria del gusto y de la alegría que habian experimentado otras veces en el servir á su Dios. Se puede dar por cierto, que aquellos que se endurecen sin arrepentimiento son los que mal educados jamás han gustado cuán dulce sea el Señor; pero aquellos que lo han gustado, es cosa rara que no deseen ya mas volver á él.

Lo 2.° *Sobre lo presente...* El pródigo, de lo que ha visto en casa de su padre, juzga cómo van aun actualmente las cosas. Compara su estado, no con aquel en que otras veces se halló él mismo, sino con aquel (y esto es mas considerable) en que se hallan actualmente los criados de su padre. ¡Ah! exclama en la amargura de su alma, ¡cuántos criados en casa de mi padre tienen el pan en abundancia, y yo su hijo, yo me muero aquí de hambre! ¡Ay de mí! podemos decir nosotros á su ejemplo, ¡cuántas almas fieles á Dios, sin haber recibido tantas gracias, tantas instrucciones, tantos socorros como yo he recibido, viven en la inocencia, en el horror del vicio, en la práctica de la ley de Dios, y obran su salvacion con tranquilidad y contento! Y yo prevenido de tantos favores, instruido con tanta diligencia, distinguido por una particular vocacion, llamado á la perfeccion y á la santidad, yo me condeno, me corrompo en el pecado, vivo en el desfallecimiento, y muero de hambre! Alma mia, sal de un estado tan vil, y vuelve otra vez á tu primer fervor.

Lo 3.° *Sobre lo venidero...* Yo aquí muero de hambre, decia el pródigo; si aquí me mantengo mas tiempo, caeré dentro de poco

bajo los golpes de la muerte. No puedo continuar una vida como esta, me faltan ya las fuerzas... Huiré, partiré de aquí, volveré á la casa de mi padre... mas siento una grande dificultad, pero finalmente se trata de mi vida; no lo dilato mas... ¡Ah! si el pecador diera una ojeada sobre este terrible futuro á lo por venir, sobre esta muerte cierta, sobre esta eterna condenacion, ¿qué es lo que yo hago, infeliz, gritaria, qué hago yo? Si permanezco en este estado me condeno. Acaso no tengo mas que este momento para resolverme y tomar partido, acaso mañana ya no seré. Si hoy lo dilato, querré tambien mañana dilatarlo, y á fuerza de dilaciones me iré acercando á la muerte, y seré sepultado en el infierno... ¡Ah, dígnese el cielo de preservarme de esta desgracia!... Cuésteme lo que me costare no quiero condenarme, se trata de mi alma, se trata de evitar una muerte eterna, un suplicio sin fin. No quiero exponerme mas á un tal riesgo: estoy resuelto, y á cualquiera precio quiero salvarme.

PUNTO II.

Sabiduría en las resoluciones.

1.° ***Resoluciones fundadas sobre el conocimiento de su miseria...*** «Me «levantaré, é iré...» ¿Por qué esta resolucion tan firme? Porque ella tiene por fundamento el horror de su estado, el sentimiento de su miseria, y la evidencia del peligro que corre. Esto es lo que le hace decir con tanta firmeza, *me levantaré, é iré...* Lo diríamos tambien nosotros con la misma resolucion y firmeza, si á nuestras resoluciones diésemos los mismos fundamentos. Se presentaron sin duda al espíritu de este pródigo jóven muchas de aquellas cosas que se presentan al nuestro, y que muchas veces tienen demasiada fuerza para conmover, y aun para aterrar nuestras mejores resoluciones... Por una parte las dificultades de romper las ataduras de su esclavitud, de engañar la vigilancia de su señor, y de caer en los guardas que tal vez lo acecharian; por otra parte lo largo del camino, el tédio, la fatiga, los peligros de un viaje emprendido en este estado de debilidad y de penuria; y finalmente, y mas que lo restante, la manera con que le convendrá presentarse llegando á la casa de su padre, y la vergüenza que tendrá que sufrir despues de semejante vuelta. Pero todo esto no hace sobre él la mínima impresion, porque se trata de la vida. «*Yo aquí me muero; con qué me alzaré...*» *Me alzaré,* y me haré superior á todas las consideraciones, á todos los juicios y á todos los discursos... «*Yo aquí me muero...*» con qué

partiré, iré, venceré todos los obstáculos, sufriré todas las fatigas, me arrastraré como pueda; pero siempre iré, y ninguna cosa será capaz de hacerme mudar de resolucion.

2.° *Resoluciones fundadas sobre el conocimiento de la bondad de su padre...* «Me alzaré, é iré á mi padre...» Á este dulce nombre de padre se despierta su amor, se reanima su confianza, sus fuerzas se renuevan: iré á mi padre. No, no tomaré caminos torcidos; no iré á refugiarme en casa de un pariente ó amigo, para hacerme anunciar desde allí, procurar mi reconciliacion, investigar los sentimientos de mi padre, y tratar de acuerdo con él. No; iré luego al punto á él. ¡Ah! conozco yo á mi padre; conozco la ternura de su corazon y su bondad para conmigo; yo he abusado de ella, es verdad; pero no está exhausta, es aun mi padre, é iré á él... ¡Ah! tengamos los mismos sentimientos de confianza, porque la bondad de este padre es solamente la figura de la bondad infinita del nuestro.

3.° *Resoluciones tomadas sobre el conocimiento de su culpa...* Acercándome á mi padre, no me serviré de digresiones, no buscaré excusas... «Iré á mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo, y «delante de tí...» Este hijo pródigo habria podido acusar su juventud y su falta de experiencia, los falsos amigos y los malos consejos; pero no: solamente se acusa á sí mismo; reconoce toda la enormidad de su culpa; ella sola produce su arrepentimiento. Nada dice de cuanto ha tenido que padecer, de las miserias que ha experimentado, de los peligros que le han ocurrido. Solamente movido de la ofensa que ha cometido, la confiesa y se arrepiente: y esta es toda su excusa... Tal debe ser nuestro dolor de haber ofendido á Dios: un dolor verdadero y siempre acompañado de una sincera humildad... Despues de haber confesado mi culpa, decia entre sí el pródigo, mi primer pensamiento debe ser explicar á mi padre lo que pretendo con presentarme delante de él. No pretendo disminuir la legítima á mi hermano, ni caminar en adelante igual con él; esto no es justo. Ya no tengo pretension alguna á los bienes de mi padre, ni á sus favores particulares, ni á su liberalidad, ni á su familiaridad; ya no lo merezco. No pretendo ya que me reciba y me trate como á su hijo, ni menos quiero llevar el nombre, ni que se diga que lo soy. Despues de haber hecho lo que he hecho, ya no soy digno. Todo lo que yo pido es que me sufra en su casa en cualidad de criado, de jornalero; que me trate como aquellos que están obligados á su servicio, y que yo pueda servirlo con ellos... Le diré, pues... «No soy «ya digno de ser llamado hijo tuyo: trátame como á uno de tus jor-

«naleros...» De este modo el pródigo se hacia justicia á sí mismo sin adularse... Si así lo hiciésemos con nosotros mismos, si como él reconociésemos nuestra indignidad, si una sincera humildad fundada sobre el conocimiento de nosotros mismos y sobre la memoria de nuestros pecados regulase nuestras pretensiones, ¿podríamos lamentarnos de cosa alguna? ¿Y cuántas gracias no se mereceria esta humildad? Pero ¡ay de mí! muchas veces un fiero orgullo, una delicadeza insoportable, y que tan poco conviene despues de tantos pecados, nos hace odiosos á Dios y á los hombres.

PUNTO III.

Sabiduría en la ejecucion.

1.° *Ejecuta prontamente*... «Y levantándose, se fué á su padre...» Luego que el pródigo formó su proyecto, lo ejecutó: se levanta, recoge aquellas pocas fuerzas que le quedan, y se pone en viaje. Si hubiese dilatado el poner por obra su resolucion, le habrian podido faltar las fuerzas, se habria resfriado su ardor: su señor habria podido descubrir ó sospechar sus designios, y ponerle los obstáculos que hubieran sido insuperables; y jamás habria podido tener la consolacion de volver á ver á su padre, y acaso se habria muerto en la ignominia y en la miseria, en medio de los puercos con quien vivia... ¡Oh! y cuántas resoluciones se han quedado estériles por la dilacion de la ejecucion! ¡Cuántos cristianos se han condenado con resoluciones santas, pero diferidas y jamás ejecutadas! Comencemos, pues, sin dilacion.

2.° *Ejecuta valerosamente*... Apenas partió, se le presentó á su espíritu toda entera la idea de la casa paterna, y llenó su corazon de una alegría inefable. Le parece que se tarda mucho en llegar; vuela hácia allá, y sin advertir las fatigas ni los peligros, está solo atento á la esperanza de volver á ver á su padre, y de poder arrojarse á sus piés... Partamos, pues, tambien nosotros sin diferirlo; apenas habrémos dado el primer paso, una alegría secreta y desconocida encenderá nuestro corazon, y lo llenará de valor. Sentirémos dentro de nosotros que es un padre aquel á quien volvemos; caminarémos con ardor, volarémos á él, y lo hallarémos.

3.° *Ejecuta fielmente*... Ninguna cosa muda su designio formado... va derechamente á su padre, y bien presto le hará la confesion de sus culpas en los mismos términos que ha proyectado... ¿Y por qué nosotros hacemos tantas mutaciones sobre tantos puntos esen-

ciales en el plan de reforma que nos hemos ideado? Cada dia quitamos alguna cosa de las que habíamos resuelto hacer. ¡Ah! seamos fieles en nuestras resoluciones como el pródigo, si queremos gustar como él las dulzuras de un favorable recibimiento.

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, á Vos me vuelvo sin dilacion, con sinceridad, con confianza, y para siempre: Vos mismo sois el que me inspirais el deseo que me anima. ¡Ah! no permitais que yo retroceda. Mi miseria es infinita, son innumerables mis culpas; pero es inagotable vuestra ternura. Mi corazon es ingrato y perjuro; pero este corazon está vivamente contrito, sinceramente humillado, y Vos no desecharéis el sacrificio que vengo á haceros de él... Amen.

MEDITACION CXCVIII.

TERCERA CONTINUACION DEL HIJO PRÓDIGO.

(Luc. xv, 20-24).

LOS FAVORES DE SU RECIBIMIENTO.

1.° Su padre lo previene tiernamente... 2.° lo hace vestir noblemente... 3.° lo trata espléndidamente.

PUNTO I.

Su padre lo previene tiernamente.

«Y mientras estaba todavía léjos, lo vió su padre, y se movió á «piedad, y corriendo á él le echó los brazos al cuello, y lo besó...» Observemos toda la conducta de este tierno padre. El Salvador nos expone todas sus circunstancias para darnos una idea de toda la ternura que tiene para con nosotros cuando volvemos á él.

Lo 1.° *Su padre lo vió desde léjos, y lo reconoció...* ¿Cómo sucedió que se halló su padre allí el primero para verlo? No fue ciertamente acaso, fue bien el cuidado paterno el que condujo allí al padre para verlo. ¿Cómo pudo reconocerlo desde tan léjos, y en un estado de no poder ser conocido? No fueron ciertamente sus ojos los que lo conocieron ; fue su corazon. ¡Oh corazon, oh mirada paterna de nuestro Dios, Vos nos seguís por todas partes, y desde que nos volvemos á Vos, Vos nos reconoceis por vuestros hijos, y teneis toda la ternura para nosotros!

Lo 2.° *Su padre viéndolo se movió á compasion...* Y verdaderamente era bien digno de compasion este hijo pródigo en el estado

en que se hallaba ; pero ¿podia él merecer compasion de un padre tan gravemente ofendido, tan indignamente deshonrado? ¡Oh padre ternísimo! ¿con qué ya os habeis olvidado de la presuncion con que os pidió la legítima, del desprecio con que os abandonó, y de la ingratitud con que se alejó de vos? ¿No habeis sabido la licenciosa vida que ha pasado, hasta qué término se ha envilecido y se ha obstinado en vivir separado de vos, hasta qué término se ha degradado y os ha deshonrado á vos mismo? ¿Ignorais vos tambien que no es otra cosa que el exceso de su miseria y el temor de su próxima muerte lo que le ha hecho pensar en vos, y que si su fortuna se hubiera mantenido en vigor, estaba resuelto á no volveros á ver ya jamás? No : de todo esto no se acuerda este tierno padre, todo lo pasado lo pone en olvido, ve solamente el estado presente de su hijo que lo mueve á compasion, y solo piensa en sacarlo de él. ¡Oh Dios de las misericordias! tales son vuestros sentimientos de bondad para con nosotros desde que nos veis volver á Vos.

Lo 3.° *Su padre le corre al encuentro*... ¡Ah! habria debido á lo menos esperar á este hijo arrepentido y dejarlo acercarse á él, disimular por un tiempo la compasion que inspiraba su vista, tomar un semblante severo, ó por lo menos grave y sério, para hacer comprender á este jóven libertino el justo resentimiento que le habia ocasionado su conducta. Sí, así habria debido ser, si el Salvador nos hubiese propuesto esta parábola para servir de modelo á los padres terrenos ; pero nos la ha propuesto para hacernos conocer las misericordias de nuestro Padre celestial, y estas son superiores á las de los hombres cuanto lo está el cielo de la tierra. ¡Ah! no juzguemos, pues, de Dios por nosotros mismos, sino conozcámoslo por lo que nos dice nuestro Salvador. En Dios todo es infinito: su bondad, su amor, su misericordia y su justicia tiene por fundamento su ternura para con nosotros.

Lo 4.° *Su padre se le arroja al cuello, le abraza tiernamente y lo besa*... ¡Qué solicitud! qué demostracion! qué prenda de reconciliacion! ¡Ah! no hay pecador sinceramente convertido que no haya experimentado estas demostraciones de bondad por parte de Dios. Ellos nos pueden decir lo que han experimentado en aquellos felices momentos en que Dios los ha reconciliado á su gracia, y si nosotros hemos sido de este número debemos hacérnoslo presente á nuestro espíritu con los mas vivos sentimientos de amor y reconocimiento.

PUNTO II.

Su padre lo hace vestir noblemente.

1.° *De la órden que da este padre*... «Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y delante de tí: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; mas el padre dijo á sus criados: sacad el vestido mas precioso y vestídselo; y ponedle anillo en su mano, y calzado en sus piés, y traed un ternero gordo y matadlo...» Hechas las primeras caricias condujo el padre al hijo á casa: penetrado y confuso este jóven de un recibimiento que seguramente no esperaba, y sabia muy bien que no lo merecia, y no habiendo podido hasta ahora manifestarlo sino con sollozos y con lágrimas, se aprovechó de este momento para decirle con la amargura mas viva... ¡Ah, padre mio! he pecado contra el cielo, y soy inexcusable delante de vos; no merezco el nombre de hijo vuestro... Querria decir mas, cuando su padre transportado de alegría y escuchándolo apenas, no le dió tiempo para acabar. Le queria pedir un lugar entre sus criados, cuando este tierno padre pone él mismo en movimiento todos los criados para servirlo. Ordena con la mayor diligencia, que manifiesta la grandeza de su júbilo, sin dejar á su hijo lugar para hablar, y que apenas da á sus gentes el tiempo para obedecerle. Daos priesa, dijo él luego que entró, traedme aquí el vestido mas bello que yo tengo, y vestidlo que yo lo vea. Ponedle al dedo un anillo de oro, y dadle con que calzarse. Apenas acabó de mandar á estos, dió órdenes no menos solícitas á otros para los preparativos de una grande comida.

2.° *Como se ejecutó la órden del padre*... Participan los criados de la alegría de su señor, y no difieren un punto la ejecucion de sus órdenes. Mientras los unos van á preparar la comida, vienen los otros, y se dan priesa á vestir á este afortunado hijo del padre mas tierno. Ó jóven pródigo, ¿dónde estás tú? Están aturdidos tus sentidos; te faltan las palabras. Mírate aquí entre una multitud de criados solícitos al rededor de tí, y celosos entre sí en ejecutar con la mayor presteza las órdenes de tu padre, y en darte mayores demostraciones de celo y de respeto. Díme ¿qué diferencia hay entre estos honores y los desprecios que has sufrido en el lugar de donde vienes? ¿Te reconoces ahora? ¿Eres tú mismo? ¿Es, por ventura, esto un sueño? ¿Cómo has pasado tan presto de un extremo á otro, de el abismo de las miserias al colmo de los honores? ¿Á quién debes tú este afortunado cambiamiento sino al mejor de los padres?

3.° *Qué cosa significa esta órden*... Ó Padre de las misericordias, ó Dios de toda consolacion. ¡Sois Vos mismo, son los deseos ardientes de vuestro divino amor los que nos pintais aquí! Así justamente en favor de un pecador convertido Vos poneis en movimiento el cielo y la tierra : ordenais á vuestros ministros, á vuestros Ángeles visibles é invisibles estar solícitos al rededor de él, de servirlo, de vestirlo, de adornarlo con ornamentos preciosos : Vos le haceis dar un vestido magnífico, que es el de su primera inocencia y de la gracia santificante : Vos le haceis poner el anillo de oro en el dedo en señal de nobleza, y para demostrar que sus manos no están destinadas para usos bajos y serviles, sino que todo lo que hará será digno de su esfera y meritorio á vuestros ojos : finalmente, Vos le haceis poner el calzado á los piés para asegurar sus pasos é impedir que sean ofendidos; esto figura los buenos avisos que se le dan de parte vuestra, las atenciones que se tienen de su conducta, tanto por su director como por su Ángel custodio, y finalmente las santas resoluciones que Vos mismo le inspirais, para que pueda caminar por el camino de vuestros mandamientos con firmeza, con facilidad y con constancia. Así el pecador enriquecido y adornado con vuestros bienes viene á ser enteramente otro... Salido de la esclavitud del demonio, no solo vuelve á entrar en vuestra casa para ser del número de vuestros criados, sino para ser tratado como vuestro hijo, digno ya en adelante de llevar este nombre. Pero no es esto aun todo : no se restringen aquí solamente vuestras bondades infinitas.

PUNTO III.

Su padre lo hace tratar espléndidamente.

1.° *De la alegría y del banquete de esta solemnidad*... Habia mandado el padre matar un ternero gordo, preparar una gran comida y disponer todas las cosas para una espléndida fiesta. Dando tales órdenes, este tierno padre manifestaba sus excesos y comunicaba á todas las cosas la alegría que tenia en su corazon... «Comamos «*(iba diciendo)*, celebremos un banquete, porque este mi hijo es- «taba ya muerto, y ha revivido; se habia perdido, y ha sido halla- «do : y empezaron el banquete...» Se pusieron á la mesa; la compañía era numerosa, la alegría fue grande, y el objeto de todo era el hijo, y el alma de todo era el padre. Á la abundancia y á la delicadeza de los manjares sucedió una dulce sinfonía, conciertos y

danzas: nada se omitió para hacer esta fiesta tan cumplida como espléndida.

2.° *Qué cosa signifique esta alegría*... ¡Ay de mí! Señor, ¿qué es lo que Vos nos habeis querido representar, usando aquí todas las expresiones de las débiles alegrías de la tierra? Ya nos lo habeis dicho en las parábolas precedentes, esta es la imágen del júbilo del cielo y de la fiesta que celebran los Ángeles por la conversion de un pecador.

3.° *Qué cosa signifique este banquete*... Señor, ¿qué significa este espléndido convite? ¿Á qué, pues, alude? Sin duda á aquel que habeis prometido establecer en vuestra Iglesia y que de hecho habeis establecido. ¡Oh comida! ¡oh convite superior á todos nuestros pensamientos y á todos nuestros deseos, en que un hombre mortal recibe el pan de los Ángeles, come el cuerpo de Jesucristo y bebe su sangre, se sustenta de la Divinidad y adquiere la inmortalidad! Aquel pecador que antes gemia en la esclavitud, pobre, desnudo, miserable y hambriento; que deseaba solo el manjar de los puercos, hélo aquí ahora vestido de púrpura, sentado á la mesa del Padre celestial, servido de los Ángeles y alimentado del mismo Dios.

Peticion y coloquio.

¡Oh! y cuán terrible sois, ó Dios mio, para los que no hacen penitencia! Pero ¡oh! y cuán lleno de bondad y magnífico para aquellos que tienen el valor de hacerla! Basta tener un corazon de hijo para encontrar en Vos un corazon de padre. Dadme, ó Señor, dadme este corazon, este glorioso nombre de hijo para que sea digno de teneros por padre. Amen.

MEDITACION CXCIX.

FIN DE LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO.

(Luc. xv, 25–32).

QUEJAS DEL HIJO MAYOR.

1.° Consideremos cuáles son los defectos que los justos deben temer y evitar; 2.° examinemos cuáles son las preeminencias de los justos; 3.° reflexionemos sobre la conversion del pecador.

PUNTO I.

De algunos defectos que los justos deben temer y huir.

Esta última parte de la parábola es la respuesta directa á las murmuraciones de los fariseos, referidas al principio de este capí-

tulo y que dieron lugar á esta parábola y á las dos que le preceden. Ella puede dar motivo para observar en este primogénito algunos defectos de que los justos no están siempre exentos.

1.° *La curiosidad*... «Y su hijo mayor estaba en el campo, y «cuando vino y se acercó á la casa, oyó los conciertos y los bailes, «y llamó uno de los criados, y le preguntó qué cosa fuese aque«llo...» La curiosidad del hijo mayor no tuvo acaso en sí cosa digna de reprension... Volvia de la campiña, y acercándose á casa, oyó el estrépito de las danzas y la armonía de los instrumentos y de las voces. Llamó un criado, y le preguntó qué significaba una alegría tan improvisa y tan fuera de lo ordinario. Tenia sin duda derecho de hacer esta pregunta. Pero nosotros ¿qué derecho tenemos de querer ser informados de cuanto se hace en la casa de los otros? ¿Por qué nos entrometemos en los negocios ajenos? Este hijo pregunta á un criado para saber cuál es el motivo de lo que oye. Puede ser que si su corazon hubiera estado del todo recto y sin que empezase á experimentar alguna pasion tumultuosa, hubiera entrado todo de un golpe para participar del júbilo de su padre en el mismo instante que hubiese oido el motivo de aquella novedad. Sea como se fuese, la pregunta la hace á lo menos á uno de sus criados; pero nosotros ¿á qué llamar á los criados de los otros para saber cuanto sucede en lo interno de las familias, y las razones de todo aquello que en ellas se hace? ¿Por qué preguntar á los vecinos y á otras semejantes personas, muchas veces mal instruidas, y que se complacen de interpretarlo todo al mal? Finalmente, ¿por qué dejarse llevar de todo aquello que les agradará vendernos de mas falso y de mas maligno?

2.° *Un celo excesivo*... «Y este le dijo: Ha vuelto tu hermano, y «tu padre ha hecho matar un ternero gordo, porque lo ha vuelto á «tener sano. Y él se encolerizó...» Esta era precisamente la situacion en que se hallaban los fariseos. Estaban indignados porque Jesucristo dejaba que se le acercasen los pecadores, y comia con ellos. Vense frecuentemente de estos hombres de una severidad excesiva para con los otros, que dan fácilmente en cóleras, y se indignan contra aquellos que usan de caridad con los pecadores, y los tratan con bondad y con indulgencia. ¡Ah! guardémonos de este celo farisáico, y hagamos aprecio y estima de aquel celo caritativo, penoso á los que lo ejercitan, y de mucho consuelo para los pecadores.

3.° *La obstinacion*... «Y no queria entrar: Mas el padre salió fuera, y comenzó á suplicarle...» Dejándose el hijo mayor transpor-

tar de la cólera, tomó el partido de no entrar y no enturbiar una fiesta, donde su sentimiento le persuadia que estaria por demás. Es verosímil que se le hiciesen muchas instancias de parte de su padre; pero como él persistiese en su obstinacion, el buen padre salió por sí mismo á suplicarle y darle razon de lo que se hacia, respondiéndole á sus quejas para pacificarlo. Las personas de bien no siempre van exentas de una cierta sensibilidad, de una cierta delicadeza que las lleva á una especie de sentimiento, de dolor y aun de obstinacion.

4.° *La presuncion*... «Pero él *(queriendo exponer los motivos de su «disgusto)* respondió y dijo á su padre: Ha ya tantos años que te «sirvo, y nunca he quebrantado uno de tus preceptos, y no me has «dado jamás un cabrito para que lo comiese con mis amigos...» Debemos renovar la memoria del tiempo que hemos pasado en el servicio de Dios para darle gracias, para humillarnos, para animarnos mas, y no para lamentarnos: no para pretender dulzuras y consolaciones de Dios, y mucho menos distinciones por parte de los hombres. Esta vida es el tiempo del trabajo y del mérito, y no el de la recompensa.

5.° *La aspereza contra los pecadores*... «Pero desde que ha veni«do este tu hijo, que ha consumido su hacienda con mujeres de «mala vida...» ¡Ah! ¡cuánta aspereza en estas palabras! Y con todo eso frecuentemente las usamos en los discursos que entre nosotros se hacen sobre las obras del prójimo. Reflexionemos que aquel prójimo, que aquel pecador, en cuya conducta tomamos precisamente de mira lo que hay de odioso, no solo él es hijo de nuestro Dios, sino tambien nuestro hermano. Reflexionemos que puede aun convertirse y venir á ser un santo mejor que nosotros. Pensemos que internamente gime él sobre sus desórdenes, y que querria salir de ellos. Pensemos que está ya acaso convertido y reconciliado con Dios. Pero ¡oh, cuánto seria mas grave nuestra culpa si hablásemos así en el tiempo mismo en que da señales de conversion, de arrepentimiento y reconciliacion!

6.° *Comparaciones odiosas de nosotros con los otros*... «Desde «que ha venido este tu hijo... has hecho matar para él el ternero «gordo...» Estas comparaciones se mueven sobre dos puntos. Sobre lo que hacemos nosotros con lo que los otros hacen, y sobre lo que recibimos con lo que reciben los otros. Yo he trabajado, he servido, he obedecido; aquel se ha divertido y ha hecho todo lo que ha querido. Á mí nada se me concede, todo se me niega; á aquel to-

do se le concede y ninguna cosa se le niega. Comparaciones llenas de orgullo y de injusticia, de quejas y de murmuraciones. Guardémonos de tales quejas, ó sea de Dios y de su providencia, ó de los hombres y de sus injusticias. Pongámonos en todas las cosas en el último lugar; la humildad conservará el precio de las buenas obras, sostendrá nuestra virtud, y nos traerá la paz del corazon.

PUNTO II.

De las ventajas de los justos.

«Pero el padre le dijo: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo «aquello que tengo es tuyo, y era justo hacer un banquete y fiesta, «porque este tu hermano estaba ya muerto, y ha resucitado, se ha-«bia perdido, y se ha hallado...»

Observemos aquí las ventajas de los justos... 1.ª *Dios es su Padre,* y un Padre lleno de amor y de bondad, lleno de dulzura y de condescendencia. Pónganse los ojos en el padre de esta parábola; desde que supo que su hijo mayor se muestra malcontento, se levanta, sale fuera, va á él, y en vez de reprenderlo, que podria haberlo hecho, emplea solamente las razones, las caricias y las súplicas. Escucha con paz sus quejas, y bien que ellas sean injustas y demasiado amargas, no se muestra ofendido, le responde con dulzura, disipa sus sospechas, y para sosegarlo emplea todo lo que el amor paterno puede sugerir de mas racional, de mas sólido y de mas tierno. Del mismo modo se compadece Dios de nuestras flaquezas y debilidades, y nos anima á enmendarnos. Padre tan indulgente para con los justos como misericordioso para con los pecadores, convida á estos su misericordia para que vuelvan á él, y su bondad excita á aquellos á purificarse y perfeccionarse siempre mas y á animarse en su santo servicio.

2.ª *Los justos están siempre con Dios;* siempre unidos á él por la gracia santificante, siempre, ó á lo menos habitualmente, unidos á él mediante el interno recogimiento, mediante el pensamiento de su divina presencia y el actual deseo de agradarle. En este estado feliz todas sus buenas obras son meritorias para la vida eterna, todas sus acciones, aun las mas comunes de la vida, pueden tambien serlo si las ofrecen á Dios, si las hacen por gloria suya; de manera que para ellos no hay un momento perdido, porque todos están dedicados á Dios.

3.ª *Todos los bienes de Dios son de los justos...* Bienes de la crea-

cion y de la naturaleza, bienes de la redencion y de la gracia, bienes de la gloria y de la eternidad. Dios mismo es su bien y su herencia, él es de ellos, lo poseen, y gozarán de él en el cielo plenamente y para siempre... No nos lamentemos, pues, de la uniformidad de nuestra vida y de no experimentar grandes consolaciones internas y dulzuras espirituales; perseveremos solamente; serán nuestras un dia, y las gozarémos en el cielo. No envidiemos á los pecadores nuevamente convertidos las que ellos experimentan, y las fiestas que se celebran por su reconocimiento y arrepentimiento. Nada de todo esto perdemos nosotros, de ellas participamos tambien, con ellos entramos al banquete, y nos alegramos del motivo del gozo de nuestro padre; este recupera un hijo y nosotros un hermano, el cual sin disminuir nuestra herencia, aumenta la felicidad de la casa que nos es comun, y no puede dejar de contribuir á nuestra propia consolacion.

PUNTO III.

Reflexiones sobre la conversion del pecador.

«Tu hermano habia muerto, y ha resucitado; se habia perdido, «y se ha hallado...» El Salvador pone dos veces estas palabras en boca del padre del hijo pródigo, y nos advierte con esto la atencion que debemos poner en ellas. Consideremos pues:

Lo 1.° *¿Qué cosa es el estado del pecador?* Un estado de muerte y de perdicion... En este estado el pecador está privado de Dios y de su gracia, que es la vida del alma, como el alma es la vida del cuerpo. En este estado, todas las obras del pecador son obras muertas y que no pueden merecer alguna recompensa en el cielo... En este estado, el pecador si viene á ser arrebatado del mundo, su muerte viene á ser una muerte eterna, no porque él venga á caer en una eterna destruccion; sino en un estado de perdicion eterna, porque resucitará eternamente privado de Dios y será víctima eterna de sus venganzas. ¡Qué estado! ¿y quién podrá pensar en él sin estremecerse? ¡Ay de mí! ¿cuántos se hallan en este estado de perdicion? Dios lo sabe, él los conoce, parecen vivos, y están muertos. ¿Cuánto tiempo he estado yo mismo en él? Se llora la muerte temporal de los parientes y de los amigos. ¡Ah! lloremos su muerte espiritual mil veces mas funesta que la primera, porque en cada momento se puede convertir en una muerte eterna.

Lo 2.° *¿Qué cosa es estar convertido?* Quiere decir estar resucita-

do, haberse hallado... Nos alegramos de haber salido de una enfermedad, por la que creíamos morir ó en que ya nos daban por muertos. ¿Qué seria, pues, si por milagro, despues de haber realmente muerto, hubiésemos sido otra vez restituidos á la vida? Tal es, é incomparablemente mayor aun, la gracia de la conversion que nos hace venir á Dios, nos vuelve á poner en todos los derechos de la vida primera que habíamos recibido en el Bautismo, y que nos conduce á la vida eterna que nos está asegurada en el cielo, si perseveramos en el estado de nuestra resurreccion. ¡Oh, y cuál debe ser nuestro reconocimiento por un tan grande beneficio! ¡cuál nuestro fervor en el servir á aquel que nos ha restituido la vida, y una tal vida! ¡cuál nuestra aplicacion y vigilancia para conservarla!

Lo 3.° *¿Qué cosa es la recaida?* Una estulticia inexplicable, una monstruosa ingratitud... No es asunto de la parábola hablarnos de la perseverancia del pródigo; pero cada uno se puede imaginar cómo habria él recibido á su antiguo señor, si este se le hubiera presentado para decirle que se levantara de la mesa, que se despojara de sus hábitos y volviese á tomar su antiguo empleo de la guardia de los puercos... De esto es fácil deducir cómo debemos tambien nosotros recibir al demonio cuando tiene la audacia de hacernos una proposicion semejante. No podemos suponer al pródigo tan insensato, que se expusiese por la segunda vez á caer en el estado miserable en que habia tenido tanto que padecer y sufrir, y del que tanto le costó el salir. ¿Cuál es, pues, el exceso de nuestra locura y necedad en volver otra vez al pecado despues de haber sido librados de él, en volver á él con tanta prontitud, con tanta facilidad, no una vez, sino tantas y tantas?... Pero finalmente supongamos que el pródigo, olvidado de sus propios intereses, hubiera sido tan ingrato en abandonar á su padre, y que despues de haber sufrido las mismas desgracias se hubiese presentado á él, en el mismo estado, y con las mismas propuestas que antes. ¿Cómo pensamos nosotros que lo habria recibido su padre, y que deberia haberlo recibido? ¡Ah! guardémonos de medir la bondad de Dios por la de los hombres, ó de juzgar de ella por nuestras débiles ideas: ella es superior á todos nuestros pensamientos: ella es infinita... Dios está dispuesto á recibirnos y á recibir nuestra penitencia, no solo una segunda vez, sino hasta setenta veces siete veces, esto es, tantas cuantas sinceramente recurramos á él con un corazon arrepentido y despedazado de dolor. ¡Ah! él es todo amable, Dios bueno, Dios paciente, Dios misericordioso y siempre pronto á perdonarnos. Pero

¿cuál seria nuestra necedad, nuestra malicia y nuestra ingratitud, si la bondad de Dios viniese á ser para nosotros un motivo de ofenderlo y no un aliciente para amarlo? ¡Ah! no nos engañemos: muchos han sido víctimas de su corazon depravado, y han sufrido la pena de su ingratitud: muchos despues de su recaida no han tenido tiempo de arrepentirse: muchos, habiendo tomado gusto al pecado por su recaida, no han tenido voluntad de enmendarse: muchos por su recaida han contraido el hábito del pecado, y no queriendo hacerse la violencia necesaria para romperlo, se han obstinado en decir que ya no podian arrepentirse; muchos, finalmente, despues de una vida tejida de confesiones y de recaidas, han reconocido despues, pero ya tarde, que no se habian jamás convertido de veras.

Peticion y coloquio.

Glorifica, ó alma mia, alaba y da gracias al Señor por las infinitas misericordias de que pródigamente te ha llenado: alégrate, pero ¡teme al mismo tiempo de abusar de ellas! Y Vos, ó Dios mio, haced que en adelante corresponda yo fielmente y constantemente á la inmensidad de vuestras gracias, para participar un dia de la inmensidad de vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CC.

PARÁBOLA DEL ADMINISTRADOR INFIEL PERO PRUDENTE.

(Luc. XVI, 1–9).

DEL USO DE LAS RIQUEZAS.

1.° Disipacion del administrador; 2.° prudencia del administrador; 3.° relacion de la parábola con nuestro estado; 4.° diferencia entre el administrador y nosotros.

PUNTO I.

Disipacion del administrador.

1.° *El administrador es acusado de disipador*... «Y les dijo tambien á sus discípulos: Habia un hombre rico que tenia un administrador, y este fue acusado delante de él, como que hubiese disipado sus bienes...» Este administrador ó cobrador, á quien el rico habia confiado la cobranza y administracion de sus bienes, en vez de llevar fielmente las cuentas y de hacer servir en provecho de su señor las rentas que cobraba, las disipaba y hacia servir á sus

propios intereses y placeres. Una tal conducta no tardó de llegar á los oidos de su señor, y lo irritó. ¿No soy yo ¡ay de mí! este administrador infiel? De Vos, ó Dios mio, reconozco todo lo que tengo, bienes del cuerpo y del alma, bienes de la naturaleza y de la gracia, bienes del nacimiento y de fortuna, vida, sanidad, espíritu, talentos, riquezas, dignidad; Vos sois el que me poneis todo esto en las manos para que haga el uso que vuestra ley me prescribe, y todo lo emplee á vuestra mayor gloria. Pero el uso que hasta ahora he hecho de todo, ¿no me acusa delante de vuestro trono, ó Señor? ¿no grita por venganza? ¿No soy á vuestros ojos, ó soberano Bienhechor, un infiel, un perjuro?... Sí, ó Dios mio, como tal me reconozco, por todo me humillo y os pido perdon.

2.° *El administrador es citado delante de su señor, y recibe su justa reprension*... Pongámonos aquí en la presencia de Dios, y escuchemos con asombro las reprensiones que nos puede dar, y que nos las sugerirá nuestra propia conciencia... «Y lo llamó y le dijo: ¿Qué «es esto que oigo decir de tí?...» No oigo otra cosa de tí que quejas, y de todas partes se implora mi justicia contra tu disipacion... Lo reconozco lleno de confusion, ó Señor, hasta ahora en toda mi conducta siempre he dado mil motivos de quejas contra mí: los he dado en todas las edades en que he vivido, en todos los lugares en que me he hallado, en todos los estados por donde he pasado, en todos los empleos que se me han confiado; los he dado á todos aquellos con quienes he tenido alguna relacion, á mis superiores, á mis inferiores y á mis iguales; los he dado con mis acciones, con mis palabras, con mis escándalos; vuestra ley, que he quebrantado; vuestra religion, que he deshonrado; vuestra gracia, que he desechado; vuestros Sacramentos, que he profanado; todos los bienes que me habeis confiado, de todo he abusado, todo habla, todo levanta la voz contra mí. El cielo y la tierra me condenan; no me queda otra cosa que recurrir á vuestra misericordia. La imploro, ó Jesús mio, con un vivo dolor de lo pasado y con un firme propósito de ser en adelante mas fiel.

3.° *El administrador es obligado á dar sus cuentas*... «Dame cuen«ta de tu manejo...» ¡Qué golpe de rayo para este hombre que acaso jamás habia dado cuenta alguna, que nada tenia en órden, que se consideraba como propietario, que lo disipaba todo, que de todo se servia segun sus deseos! ¡Ah! reconoce finalmente que hay un señor á quien es necesario dar cuenta... ¡Oh hombres que no teneis sino algunos pocos dias que pasar sobre esta tierra! ¿Os ol-

vidaréis vosotros siempre que teneis un Señor á quien será necesario dar cuenta? ¿Esperaréis al último momento á preparar la cuenta exacta de toda vuestra vida? ¿Será buen tiempo de prepararla, cuando será necesario darla, cuando se os pedirá con el extremo rigor? Alma mia, ¿no tiemblas á esta sola reflexion? ¡Oh Dios mio! haced que en adelante yo sea mas sábio, que lo tenga todo en órden, que no deje pasar un dia sin examinarme atentamente, sin examinar el estado de mi administracion, para reparar desde luego todo el perjuicio que habrá podido causar mi negligencia.

4.° *El administrador es privado de su empleo...* «Porque ya no «podrás por mas tiempo administrar...» Vendrá un dia en que se nos quitará la administracion, en que todos serémos despojados de todas las cosas. Para muchos ya llegó, y entre ellos para varios de los que hemos conocido: para nosotros vendrá tambien, y cuando llegue una vez, se nos quitará la administracion de los bienes de este mundo: la privacion será eterna é irremediable. ¡Ah! ¿no sacarémos jamás una consecuencia práctica de una tan sensible y tan perceptible verdad? ¿Vivirémos siempre como si á nosotros perteneciese este mundo, como si no hubiésemos de salir jamás de él, como si no debiésemos dar cuenta, á quien nos ha puesto en él, de la manera como hemos vivido, y como si una eternidad de suplicios no debiese ser el castigo de nuestra infidelidad, ó una eternidad de delicias la recompensa de nuestra fidelidad?

PUNTO II.

Prudencia del administrador.

Lo 1.° *Prudencia activa...* Busca la manera y los medios de ajustar sus negocios... «Y dijo dentro de sí: ¿Qué haré porque mi se«ñor me quita la administracion? Cavar no puedo, de pedir limos«na me avergüenzo...» En la necesidad extrema en que me hallo solo tengo estos dos partidos que poder tomar, y ciertamente á ninguno de ellos puedo resolverme... Ricos del siglo, hombres acaudalados, voluptuosos, avaros apegados á vuestras riquezas, para vosotros principalmente propone Jesucristo esta parábola. ¡Administradores infieles, entrad dentro de vosotros mismos! Acordaos que bien presto debeis morir; pensad los medios de satisfacer por vuestras culpas y de salvar vuestra alma. Pero ¿qué se ha de hacer para esto? Ayunad, mortificad vuestra carne, vestid si es necesario un saco y un cilicio. ¡Ah! no me siento con fuerzas, no estoy

acostumbrado á estos penosos ejercicios. Y bien, retiraos del mundo, vivid de solitarios; no os vea ya jamás el mundo sino en las iglesias, atended á la meditacion y la oracion. ¡Ah! no tengo valor, no sé resolverme á empezar un género de vida tan diferente del que hasta ahora he llevado. ¿Y qué se diria de mí? No, esto me es imposible... ¡Ay de mí! ¡Y cuán digno sois de compasion por tener tan poca fuerza y tan poco ánimo! Pues, mirad: Dios es tan bueno que se compadece de vuestra flaqueza y de vuestra debilidad, y si teneis un verdadero deseo de salvaros, él mismo os quiere para esto suministrar un medio fácil.

Lo 2.° *Prudencia eficaz*... Este administrador encuentra un medio de echarse fuera de este embarazo, y lo pone en ejecucion... «Sé *(dice)* lo que he de hacer para que cuando se me quite la ad«ministracion tenga quien me reciba en su casa. Llamó, pues, á «cada uno de los deudores de su señor, y dijo al primero: ¿Cuánto «debes á mi señor? Y él le dijo: Cien barriles [1] de aceite. Y le di«jo: Toma tu recibo, siéntate, y escribe luego cincuenta. Despues «dijo á otro: ¿Y tú cuánto debes? Y este respondió: Cien coros [2] de «trigo. Él dijo: Toma tu recibo, y escribe ochenta. Y el señor ala«bó al ministro infiel, porque habia obrado prudentemente...» No pudo dejar de alabar la industria de este hombre, que con una sagacidad mas prudente que justa se buscaba un socorro para el tiempo en que le seria quitada la administracion... ¿Tenemos nosotros esta luz para descubrir lo que debemos hacer para nuestra salvacion, y este cuidado de ponerlo efectivamente en práctica? Perdonando á los hombres las culpas que han cometido contra nosotros y que miran aun mucho mas á Dios, satisfarémos á nuestras deudas para con Dios. Haciendo limosna nos harémos amigos que nos recibirán en el cielo. En esto serémos prudentes sin ser injustos; porque en esto seguirémos la voluntad de nuestro divino Señor, y al mismo tiempo asegurarémos nuestra eterna salvacion.

Lo 3.° *Prudencia superior á la nuestra*... «Porque *(añadió Jesu«cristo)* los hijos de este siglo son en su género mas sábios que los «hijos de la luz...» Los hijos del siglo son aquellos que solamente piensan en la vida presente, y que solamente entienden en lo que les interesa sobre la tierra. Los hijos de la luz son aquellos que saben que hay otra vida, que aspiran á esta vida eterna, que la desean,

[1] El barril de que usaban los hebreos cabia como diez y ocho libras y diez onzas de las nuestras.

[2] El coro como de cinco fanegas castellanas.

y trabajan por salvarse. Nosotros sin duda tenemos la dicha de ser de este número; pero comparemos ahora nuestra prudencia para los intereses eternos, con la prudencia de los mundanos para los intereses temporales, y veamos cuán superior es esta á la nuestra... Superior por la accion... No temen incomodidad alguna: y aun es máxima suya: *que nada se adquiere sin pena,* y por eso no perdonan fatigas. ¡Cuántos movimientos, cuántas atenciones, cuántos viajes, cuántos embarazos, cuántos peligros!... Superior por la instruccion... Nada quieren ignorar de cuanto les puede ser de provecho: estudian, examinan, profundizan, consultan, preguntan, se informan, tienen fijo siempre el espíritu en la tal cosa: lo escuchan todo, de todo se aprovechan... Finalmente superior por los expedientes... El mal éxito de algun negocio no los desanima: obtienen su intento aun en los negocios mas escabrosos: entonces principalmente manifiestan su actividad y su habilidad. No hay medios que no inventen, tentativas que no hagan, ni diligencias que no pongan en ejecucion: en las mayores desgracias saben hallar el secreto de encontrar aun remedios, como el administrador de nuestro Evangelio... ¡Ay de mí! ¿es posible que estos hombres sean tan prudentes por la tierra, y que nosotros lo seamos tan poco por el cielo? Nosotros querríamos que todo fuese fácil, y que no nos costara ni pena ni trabajo. Creemos saberlo todo, y no procuramos aprender ya cosa alguna. La mas mínima contrariedad nos desanima; nuestros defectos y nuestros pecados, nuestras recaidas y flaquezas nos desesperan, y en vez de pensar en los medios de reparar lo pasado y de fortalecernos para en adelante, en vez de volver á empezar con nuevo esfuerzo y valor, y con nuevas precauciones, nos sentimos tentados de dejarlo todo, y somos tan imprudentes, á las veces, que realmente lo dejamos.

PUNTO III.

Relacion de la parábola con nuestro estado.

Estas relaciones nos las explica el Salvador mismo... «Y yo os di- «go: que os ganeis amigos de las inícuas riquezas, para que cuan- «do llegueis á faltar, os reciban en las eternas habitaciones...»

1.° *¿Cuáles son las riquezas de iniquidad?*... Para comprender esto conviene acordarnos que el señor de la parábola no nos representa ya un hombre, sino, como hemos dicho, nuestro soberano Señor, Dios mismo, el que nos ha confiado los bienes de que hemos abusado, y cuya administracion se nos quitará bien presto. Con que

estas riquezas de iniquidad no son aquí los bienes de nuestro prójimo, porque no nos es lícito tomarlos; para hacerlos con ellos amigos en el cielo, y si los hubiésemos tomado, seria necesario restituirlos á quien pertenecen; ó si no podemos hallar al dueño, los debemos dar á los pobres, y esto seria para nosotros de una estrecha obligacion. Pero imitarémos la prudencia del ecónomo de la parábola, si como él empleamos para hacernos amigos en el cielo los bienes de nuestro Señor, de que nos deja aun por algun tiempo la administracion antes que le demos nuestras cuentas. Estos bienes son riquezas de iniquidad; ó sea por el uso que de ellos hemos hecho, porque los hemos hecho servir al pecado, al lujo, al escándalo, al juego; ó sea por la manera con que los hemos adquirido: esto es, con demasiada codicia, dureza, solicitud y afan, empleando en esto un tiempo que debíamos al servicio de Dios, á nuestra salvacion y á las necesidades de nuestra alma; ó sea finalmente por la manera con que los hemos poseido, mirándolos como verdaderos bienes, apegándonos á ellos, colocando en ellos nuestro amor y nuestra esperanza, y escondiéndolos á vista de la necesidad del prójimo y de los pobres. Estas son las riquezas con que debemos ahora hacernos amigos en el cielo, antes que para siempre nos las quite la muerte.

2.° *¿Cuáles son los amigos que podemos hacernos con estas riquezas?...* Los pobres que preservarémos del pecado aliviando su miseria; los siervos y las siervas de Dios que consagran su vida al servicio de los pobres en aquellas casas que subsisten solo por aquellas limosnas que les vienen suministradas; los pobres voluntarios que por atender únicamente á su salvacion y á la de los prójimos se han despojado de todo, y cuyo reconocimiento merecerémos con nuestra liberalidad; las almas que padecen en el purgatorio; los Santos tambien que están en el cielo, y que pueden á este precio venir á ser nuestros amigos por las limosnas que harémos por su respeto, y por el cuidado que podemos tomarnos de acrecentar su culto y de adornar sus templos y sus altares.

3.° *¿En qué ocasion tendrémos nosotros necesidad de estos amigos?...* Durante la vida, para obtenernos gracias de conversion, de fervor y de esfuerzo: en la muerte, para obtenernos gracias de paciencia, de resignacion, de perseverancia; y despues de la muerte, para suplir con sus oraciones y con sus méritos á la debilidad de nuestra penitencia y á las satisfacciones de que nos hallarémos deudores para con nuestro Señor por nuestros pecados. Hallándonos entonces que se nos ha quitado ya la administracion, tendrémos

necesidad de encontrar amigos á quienes podamos tener recurso.

4.° *¿Cuál será entonces el poder de estos amigos?*... «De recibir«nos en las habitaciones eternas...» En el cielo, en la habitacion de los bienaventurados. Esta expresion es tan fuerte y tan enérgica, que hay peligro de quitarle la fuerza queriéndola explicar: pareceria tambien acaso excesiva si no hubiese salido de la boca del Salvador mismo... ¡Oh virtud de la limosna! ¡oh potestad de los pobres! ¡oh poder de los Santos! ¡Ah! ¿no comprenderémos nosotros el verdadero uso de las riquezas, y cuán preciosas utilidades podemos sacar desposeyéndonos de ellas por el cielo?

PUNTO IV.

Diferencia entre el administrador y nosotros.

Para entender mejor el fin de esta parábola, penetrar su belleza y percibir la ternura del que nos la ha propuesto, no solo es cosa útil considerar sus relaciones como hemos hecho ahora, sino tambien sus diferencias, y á esto nos aplicamos aquí: consideremos pues:

Lo 1.° *Que el medio de que se valió este administrador era injusto*... Se hacia amigos á costa de su señor, haciéndole daño, cometiendo un hurto y una injusticia... Si su señor lo alabó bajo de un aspecto, no podia aprobarlo en todo... Pero nosotros imitando al administrador no cometemos injusticia alguna contra nuestro Señor, y no le hacemos algun agravio. Él no tiene necesidad de los bienes que nos ha confiado. Por esto, aunque le pertenecen, y deba pedirnos cuenta; con todo, si despues de una mala administracion nos servimos de ellos para hacernos amigos en el cielo, no solo alabará nuestra prudencia, sino que tambien la premiará.

Lo 2.° *El reconocimiento de los amigos del ecónomo era doloso*, porque era independiente de la voluntad de su señor; pero el de los amigos que nos hacemos con la limosna viene de nuestro mismo Señor; él es el que quiere que tengan ese reconocimiento, y les da la potestad que ellos tienen para ejercitarla con nosotros: fuera de eso, él mismo se pone en su lugar y responde por ellos; y así la limosna hecha á los pobres malvados que nos hubiesen engañado no seria menos útil para nosotros que si la hubiésemos hecho á Jesucristo mismo.

Lo 3.° *El éxito de la prudencia del ecónomo era incierto*... Su prudencia fue el fruto de su industria: ella podia engañarlo, y no conciliarle otra cosa que ingratos en vez de amigos. La prudencia que

nos hará aprovecharnos de su ejemplo nos la ha enseñado Jesucristo mismo; él mismo nos sugiere este fraude inocente, y mostrándonos, por decirlo así, el arte de evadir la severidad de su justicia, nos asegura él mismo del éxito feliz.

Lo 4.° *El perdon que hizo el ecónomo á los deudores de su señor fue considerable;* porque estaba encargado de una administracion importante: sin esto, ¿qué amigos se habria podido ganar? Pero si nosotros tenemos poco, dando poco podemos igualmente hacernos amigos para el cielo: luego la limosna no solo es un medio seguro y eficaz, sino tambien un medio fácil y universal para rescatar nuestros pecados, para merecernos las misericordias de Dios, y para abrirnos la entrada de su reino eterno. Solo Jesucristo pudo descubrirnos secretos de tanta importancia, y proponerlos en una manera tan viva y tan afectuosa. ¡Oh cuánto resplandece la bondad de Dios en este misterio de providencia! La misma limosna para los que están en estado de hacerla viene á ser remedio para sus pecados y para sus pasiones; y para los pobres que la reciben un socorro á su necesidad y un homenaje que debe servirles de grande consolacion en el estado de envilecimiento en que viven. Pero ¡ay de mí! si los ricos rehusan y no corresponden á las miras de una tan admirable providencia, ¿qué cosa será de los pobres y en qué pararán ellos mismos?

Peticion y coloquio.

Concededme, ó Señor, la gracia de despreciar los falsos bienes de este mundo, de despreciarlos con sabiduría, y de sacrificarlos con gusto por vuestro amor. Triunfad, ó Señor, de mi imprudencia, de mi desatencion, de mi negligencia en un negocio en que se trata de vuestra gloria y de mi eterna salud, mientras que los hijos del siglo están tan atentos, tan prudentes, tan laboriosos y tan constantes para llegar á su fin. Haced que sus mismas pasiones me enseñen lo que debo hacer por Vos. Amen.

MEDITACION CCI.

DE ALGUNAS MÁXIMAS DEL REDENTOR.

(Luc. XVI, 10-18).

1.° Máximas que Jesucristo endereza á sus discípulos; 2.° los fariseos se burlan de ellas; 3.° máximas que Jesucristo endereza á estos mismos fariseos.

PUNTO I.

Máximas que Jesucristo endereza á sus discípulos.

Estas máximas son la consecuencia y como la conclusion de la parábola precedente.

1.ª *Máxima sobre la fidelidad en las cosas pequeñas...* «El que es «fiel en lo poco, es fiel tambien en lo mucho; y el que es injusto en lo «poco, es injusto tambien en lo mucho...» Todo el mundo reconoce la verdad de esta máxima, y de ella tomamos la norma para juzgar de los otros; pero apliquémosla á nuestra propia conducta, extendámosla á todos los puntos de la ley, á todos los vicios y á todas las virtudes, y juzguémonos despues á nosotros mismos. ¿Cómo nos vencerémos nosotros en las cosas grandes si no sabemos vencernos en las pequeñas? Si no podemos resistir al placer de una pequeña venganza, á la lisonja de una mediana satisfaccion, á lo dulce de una pequeña tentacion, ¿cómo resistirémos cuando la ocasion será mas peligrosa y nuestro corazon se hallará acosado, acongojado y combatido? Seamos, pues, fieles en observar la ley Dios, en vencernos á nosotros mismos, en practicar la virtud, en huir el vicio en las mas pequeñas ocasiones si queremos serlo en las mas grandes. Esta máxima es esencial en el negocio de la salud, y es una de las mas importantes en la vida espiritual.

2.ª *Máxima sobre el buen uso de las falsas riquezas de este mundo...* «Pues si no fuísteis fieles en las falsas riquezas, ¿quién os fia«rá las verdaderas?...» Este discurso del Salvador lo enderezaba particularmente á sus discípulos. Si los Apóstoles no hubieran sido fieles en renunciar á las falsas riquezas del mundo, cuya adquisicion, cuya posesion y cuya conservacion ocasionan tantas penas, y muchas veces hacen cometer tantos pecados; si hubiesen tenido aun apegado el corazon á ellas, ¿cómo les habria confiado el Salvador los bienes verdaderos y sobrenaturales de su Evangelio? Un ministro de Jesucristo que en materia de interés no se muestra superior á toda sospecha, no tendrá jamás la confianza de los fieles ni la de su Se-

ñor; y cualquiera que posee con injusticia ó con demasiado apego los bienes de la tierra es incapaz de poseer los bienes de la gracia y los del cielo.

3.ª *Máxima del buen uso de los bienes que se nos han dado para los otros*... «Y si no sois fieles en los bienes de los otros, ¿quién fiará «á vosotros lo vuestro?» El administrador que no administra fielmente los bienes fiados á su cuidado merece que se le quite la administracion y sea privado de la recompensa... Pero ¿cuáles son estos bienes que son propios de los otros? 1.° Los bienes temporales que pertenecen á Dios, el cual nos los deja gozar, habiéndosenos dado para dar parte de ellos á los pobres... 2.° Los bienes espirituales fiados á los ministros del Evangelio para que los distribuyan á los fieles. Nada de cuanto hay en este mundo pertenece á nosotros. Si administramos fielmente los bienes que el soberano Señor nos ha confiado, el cielo es nuestra recompensa, es nuestro, y jamás se le quitará á quien una vez se le ha dado. Pero ¿quién nos lo dará si somos infieles en nuestra administracion?

4.ª *Máxima sobre la imposibilidad de servir á dos señores, á Dios y al dinero*... «Ningun siervo puede servir á dos señores: porque ó «aborrecerá al uno y amará al otro; ó se aficionará al primero y «despreciará al segundo: no podeis servir á Dios y á las riquezas...» Esta máxima, que mira á todo el mundo hasta un cierto punto, debia ser practicada por los Apóstoles en toda su extension, siendo los trabajos del apostolado incompatibles con los cuidados que exigen los bienes de la tierra. Ella debe ser tambien practicada con proporcion por aquellos que han sucedido en una parte de las obligaciones de los Apóstoles; pero debe cada uno temer que con mitigarla demasiado no venga á destruirla del todo, y que gloriándose de amar á Dios y estar adicto á su servicio lo olvide frecuentemente por atender á los bienes temporales.

PUNTO II.

Burlas de los fariseos.

«Y los fariseos que eran avaros oian estas cosas, y se burla«ban de él...» Las razones que los movian á burlarse eran las siguientes:

1.ª *El odio que tenian al Salvador*... Burla impía y sacrílega. Baja sobre la tierra el Verbo de Dios, se hace hombre para instruir á los hombres, y los hombres temerarios se burlan de él. ¡Oyen su

divina doctrina para ridiculizarla! Vos lo tolerais, ó Jesús, ¡y para instruir las almas fieles os exponeis á los insultos de los malvados!

2.ª *El amor de las riquezas*... Aquellas almas terrenas estaban bien léjos de los sentimientos de despego que Jesucristo predicaba... ¡Ay de mí! el mundo se burla aun hoy de esta celestial doctrina, y sigue otra del todo opuesta. ¿No soy yo, por ventura, de este número?

3.ª *El designio de apartar el pueblo*... Los desprecios y las burlas son armas poderosas en las manos de los impíos. Una palabra hace tal vez mas mal, ocasiona mas escándalo, y es mas eficaz para detener los progresos de la virtud que las amenazas y los suplicios. ¡Ay de mí! las befas y las burlas de los malos ¿no me han apartado jamás de mi deber? Y yo mismo con mis chanzas y con mis burlas ¿no he procurado algunas veces apartar á los otros?

4.ª *El deseo de justificarse á sí mismos*... Los fariseos eran avaros é interesados; pero comparando su conducta con estas máximas de despego que Jesucristo habia dado á sus discípulos, aparecia aun mucho mas odiosa su avaricia; y así para justificarse á los ojos del pueblo, tomaron el partido de burlarse de estas máximas y del que las establecia... No hay pasion que mas comunmente se justifique á los ojos propios que la avaricia. Se aprueba que se condene cualquiera otra cosa; pero la solicitud de acumular, de adquirir, de hacer caudal, nos parece siempre inocente, antes bien se alaba como virtud, y un golpe de prudencia, y como un deber indispensable. Se ridiculiza cuanto se oye hablar en contrario; y si no se burlan abiertamente del Evangelio los interesados, se creen, por lo menos, exceptuados de la máxima, y se persuaden tener razones que el Evangelio no condena. ¡Ah! no nos engañemos sobre un punto de tanta importancia.

PUNTO III.

Máximas que el Salvador endereza á los fariseos.

1.° *Máxima sobre los falsos pretextos*... «Y les dijo: Vosotros sois «los que os justificais en presencia de los hombres; pero Dios cono«ce vuestros corazones...» Los fariseos se justificaban á sí mismos con la pública profesion que hacian de una virtud, y de una regularidad mayor de la comun... Su nombre, su hábito y su manera de vivir anunciaban la justicia y la santidad. Se justificaban tambien con falsas interpretaciones de la ley, como si esta, prometiendo una próspera abundancia al pueblo que fielmente la observase, hubiese aprobado con esto el apego á las riquezas, la avaricia, el desprecio de los

pobres y la dureza de corazon para con los necesitados. Finalmente pretendian justificarse burlándose del discurso del Salvador. Examinemos si no somos en algo semejantes á los fariseos. ¿Qué sirve que nos tengan por santos, qué sirve que se canonice nuestra conducta, y que nos engañemos á nosotros mismos? Dios ve el fondo de nuestro corazon, y por medio del corazon debemos justificarnos á sus ojos.

2.° *Máxima sobre el juicio de los hombres*... «Porque aquello que «es sublime segun los hombres es abominable delante de Dios...» ¡Oh cuántas abominaciones escondidas bajo el velo de cosas grandes, ilustres y sublimes, autorizadas y acreditadas en el mundo! Estas máximas de honor, de gloria, de placer, de fortuna, de lujo, de opulencia, de engrandecimiento y de elevacion que el mundo despacha como sentimientos de almas nobles y sublimes, ¿no son, por ventura, muchas veces otras tantas abominaciones delante de Dios? ¡Ah! los juicios de Dios son diferentes de los juicios de los hombres. Pero ¡oh y qué vergüenza para estos hombres engañados, cuando se les caerá la máscara del rostro, cuando serán destruidas aquellas exterioridades de que andaban cubiertos y no les quedará otra cosa que la abominacion que Dios veia en ellos, y será manifestada á los ojos del universo! Entonces subsistirá el juicio de Dios, y todas las inteligencias criadas de los hombres, de los Ángeles, los Santos y los réprobos lo aplaudirán.

3.° *Máximas sobre el Evangelio*... «La ley y los Profetas hasta «Juan; desde entonces viene predicado el reino de Dios, y todos «hacen fuerza contra él...» En vano, pues, los fariseos querian justificarse sobre la ley, bien que interpretada á su modo: á esta ley antigua sucedia la nueva, la ley del Evangelio, la ley del reino de Dios, ley mas santa, mas perfecta, mas clara que la antigua, ley de pureza, ley de despego, ley de abnegacion, de dulzura y de paciencia, ley á la que es necesario creer y obedecer. Pero bien léjos de someterse á esta ley del Evangelio y del reino de Dios, se sublevan de todas partes contra ella. Los fariseos conmovian todo el mundo á declararse en contra; no cesaban de combatirla y de perseguirla. La habian perseguido en la persona de Juan que la habia anunciado; la perseguian actualmente en el Mesías, en el soberano legislador que la promulgaba; la persiguieron despues en los Apóstoles que la anunciaron, y en los cristianos que la abrazaron. ¡Ay de mí! aun ahora es combatida, y lo será de los hombres carnales hasta la fin de los siglos; pero á pesar de todos estos esfuerzos ella

subsistirá y triunfará siempre... Pensemos, pues, que nosotros vivimos bajo de esta santa ley, y que debemos vivir de una manera digna de ella, sufrirlo todo por ella, y hacernos violencia á nosotros mismos para perseverar en la observancia de sus preceptos, y recibir despues la recompensa.

4.° *Máxima sobre el cumplimiento de la ley...* «Y es mas fácil que «pase el cielo y la tierra, que el que caiga un solo ápice de la ley. «Cualquiera que repudia la propia mujer y toma otra comete adul- «terio, y el que se casa con la que ha sido repudiada por el mari- «do comete adulterio...» Todo el culto figurativo y profético de la ley antigua ha tenido su cumplimiento en la nueva. Todos los preceptos de las costumbres contenidos en la ley antigua han sido renovados, declarados y perfeccionados en la nueva, bien léjos de ser destruidos y aniquilados en ella, como suponian los fariseos. El Salvador cita por ejemplo la indisolubilidad del matrimonio, que es una ley del Evangelio. Si tal ha sido la firmeza de la ley antigua, ¿cuál será la inmutabilidad de la ley nueva, sobre la cual vivimos? ¡Ah! pasarán el cielo y la tierra, el mundo que profana y desprecia esta ley pasará; pero no caerá á tierra un solo punto de esta santa ley; un solo punto de ella no habrá cuya fiel observancia no sea eternamente recompensada, ó eternamente castigada su transgresion. Á esto debemos aplicar nuestro espíritu, y sobre esta importante máxima debemos arreglar nuestra vida.

Peticion y coloquio.

No, ó Salvador mio, ninguna de vuestras leyes será jamás abrogada, y si estas me pareciesen alguna vez superiores á mi debilidad, dignaos Vos de templarlas y hacérmelas suaves con vuestra gracia. Tened léjos de mí, ó Jesús, aquella cobardía que querria, por decirlo así, entrar en pacto con Vos, y suavizar vuestros preceptos, ó mitigar su rigor. Concededme aquel valor que es necesario para observarlos, combatiendo incesantemente contra mí mismo, y haciéndome continua violencia... Amen.

MEDITACION CCII.

EL RICO MALVADO Y LÁZARO.

(Luc. XVI, 19–22).

DE LA DIFERENCIA DE SU SUERTE.

Examinemos cuál fue esta diferencia: 1.° durante su vida; 2.° en su muerte; 3.° despues de su muerte.

PUNTO I.

De la diferencia entre el rico y Lázaro durante su vida.

«Habia un cierto hombre rico que se vestia de púrpura y de li-«no finísimo, y hacia todos los dias espléndidos banquetes, y habia «un cierto mendigo, por nombre Lázaro, el cual lleno de llagas «yacia á su puerta, deseoso de hartarse de las migajas que caian de «la mesa del rico, y ninguno se las daba; pero los perros iban á «lamerle las llagas...»

Para confirmar el Salvador cuanto habia dicho en órden al despego de las riquezas y al uso que de ellas se debe hacer, añadió esta parábola, ó, segun algunos, esta historia; pero propuesta en estilo de parábola, y de la cual algunas cosas son traidas solo en un sentido figurado, que contiene las mas terribles verdades. Aquí, pues, se trata de dos hombres bien diferentes el uno del otro.

1.° *Diferencia notable por los bienes de fortuna...* El uno era rico, y, como habla el mundo, se comia lo suyo honradamente. Iba soberbiamente vestido de púrpura y de lino, su casa estaba abierta á la mas brillante conversacion, su mesa estaba siempre magníficamente preparada, y en ella habia cada dia suntuosos banquetes en que reinaban igualmente la delicadeza y la abundancia... El otro era un pobre mendigo que estaba tendido á la puerta del rico, donde no deseaba otra cosa que hartarse y satisfacer la hambre que padecia con las migajas y desperdicios que caian de su mesa; pero ni siquiera pensaba ninguno en darle este poco de alivio.

2.° *Diferencia notable por la sanidad del cuerpo...* El rico gozaba una perfecta sanidad que lo tenia en un delicado ocio... El pobre, incapaz de ganarse la vida con su trabajo, estaba cubierto de llagas, apenas podia arrastrarse, y estaba obligado á estarse tendido á la puerta del rico... ¡Oh providencia de mi Dios! ¿es posible que el mismo padre haga entre dos hijos una division tan desigual de sus bienes? ¡Oh y cuán profundas son vuestras miras, ó Señor, cuán

sublimes y cuán adorables! Tengamos paciencia, esperemos el dia de las misericordias y de las venganzas, entonces la escena se mudará.

3.° *Diferencia notable por los sentimientos del alma...* El rico entre su abundancia, ebrio de los placeres y lleno de orgullo, se miraba á sí mismo y á sus semejantes como de otra especie diferente de los otros hombres. Ni se dignaba siquiera de echar una mirada de compasion sobre el miserable que estaba tendido á su puerta, ni tampoco de decir á alguno de sus criados que le diese algun socorro: habria creido con esto deshonrarse, y los criados tan duros como su señor no pensaban mas que él en socorrerlo. Se mostraban mas compasivos los animales, los perros, que estos hombres apacentaban bien, pues iban á la puerta á lamer las llagas de Lázaro. ¿Se podrá presumir que este rico voluptuoso creyese en la otra vida y pensase que hay un Dios vengador de los derechos de la humanidad? ¡Ah! podemos creer que en este punto fuese semejante á aquellos que ponen la propia felicidad en los bienes de este mundo. ¡Qué mónstruo, pues, debia ser delante de Dios este rico tan admirado y tan aplaudido de los hombres! Pero ¡oh cuáles eran los sentimientos de Lázaro á vista de su miseria y de la dureza de este rico malvado! Padecia él con paciencia, adoraba la mano de Dios que lo castigaba y lo heria, se sometia con resignacion á las órdenes rigurosas de la Providencia, esperaba el fin de sus males, y esperaba tambien las recompensas prometidas á los que en aquel estado en que Dios les ha puesto no se apartan jamás de su santísima voluntad. ¿Quién podrá contenerse, y no admirar unos sentimientos tan heróicos? ¡Ah! son bien dignos de Dios y de las recompensas del cielo.

PUNTO II.

Diferencia del rico y Lázaro en la muerte.

1.° *Diferencia en la memoria de lo pasado...* Ahora el pobre Lázaro se halló en el término de su carrera: lo mismo le sucede al rico, y en este punto, antes aun de espirar, hé aquí los dos iguales. Su fortuna, su poder, su miseria, todo entre ellos es igual. ¡Oh muerte, oh muerte cruel! tú pones á un mismo nivel todos los hombres, porque todo se lo quitas. Al rico ya nada le queda de las delicias que ha gustado, al mundano nada de las necias alegrías que ha amado, al avaro nada de las vanas riquezas que acumuló, al pecador nada de los vergonzosos placeres que ha buscado, al alma di-

sipada y cobarde nada de la falsa libertad que se ha procurado: todo se pasó ya, todo se acabó. Nada asimismo le queda al desgraciado Lázaro de la miseria que ha padecido, al penitente nada de la mortificacion que ha practicado, al religioso nada de la dependencia que abrazó, al alma fervorosa y recogida nada de la violencia que siempre se ha hecho: todo se pasó ya, todo se acabó. Y de todo lo pasado no queda entonces al uno y al otro mas que la memoria. Pero ¡oh y qué diferentes efectos produce en el corazon de los dos este recuerdo! ¡Oh memoria amarga para los unos! ¡oh memoria de consuelo para los otros! El hombre mas voluptuoso querria entonces haber pasado su vida en la penitencia, y el alma mas tibia querria haber vivido en el fervor.... Pero ¡deseo quimérico y engañoso! Es imposible gustar la satisfaccion y contento de haber practicado la virtud y sus obligaciones, si de hecho no se han practicado ni cumplido. Si queremos gozar una tan dulce consolacion en la muerte, el solo medio de procurárnosla es el vivir ahora como querríamos entonces haber vivido, y hacerlo sin dilacion; porque la muerte no puede estar muy léjos, y los proyectos, aun los mas bellos, pero sin ejecucion, serán entonces incapaces de disminuir nuestra amargura y dolor.

2.° *Diferencia á la vista de lo venidero*... Lázaro en su próxima muerte no ve otra cosa que el fin de sus males, las misericordias de Dios y las recompensas que espera. El rico no ve otra cosa en ella que el fin de sus placeres, y si tiene algun vislumbre de religion, la justicia de Dios y sus venganzas, y si no lo tiene, una incerteza cruel y desesperada. ¡Ah! ello es cierto que es sumamente amarga la muerte para aquellos que han establecido y colocado su reposo y su felicidad en los placeres de este mundo. Aquellos son sábios que emplean la vida presente de manera que puedan esperar en la muerte su felicidad por lo venidero. ¿Queremos ser de este número? Pongamos desde ahora mano á la obra, no perdamos un momento, y perseveremos valerosamente hasta el fin.

3.° *Diferencia en los sentimientos de lo presente*... Lázaro, acostumbrado á padecer y á ofrecer sus penas á Dios, toleraba con alegría y consuelo los dolores de una muerte que le anunciaba su eterna salud y felicidad. Pero ¡oh cuán duro le debió parecer á este rico voluptuoso el sentir los dolores de la enfermedad, ver aquel cuerpo que habia idolatrado perder su color, su frescura y su fuerza, caer en deliquio para resolverse dentro de poco en podredumbre en un sepulcro, sin que la compasion de sus amigos, ni la atencion de

sus criados, ni los socorros del arte puedan disminuir sus dolores ni arrebatarlo de los brazos de la muerte! Y ¡oh qué penas son estas cuando no vienen aligeradas por algun motivo de religion ni por alguna esperanza de la otra vida! ¡Qué terrible situacion! ¿No será esta un dia la nuestra? Aprendamos, pues, á bien morir con disponernos cada dia y hacer buen uso de los bienes y de los males de la vida presente.

PUNTO III.

De la diferencia entre el rico y Lázaro despues de la muerte.

1.° *Diferencia en la acogida hecha á sus almas al salir de este mundo*... «Sucedió, pues, que el mendigo murió y fue llevado por los «Ángeles al seno de Abrahan. Y murió tambien el rico y fue sepul«tado en el infierno...» Haga aquí la filosofía sus reflexiones sobre un suceso que cada dia se renueva delante de sus ojos. Sigamos nosotros las luces de nuestro divino Maestro, que penetran aun mas allá de la muerte, y nos revelan cuanto sucede en la eternidad. Al dejar esta vida, Lázaro fue acogido y recibido de los Ángeles de Dios, conducido y llevado entre sus manos. Este pobre que ni aun parecia digno de una mirada, cuya vista causaba horror, y cuyas llagas eran lamidas de los perros, hélo aquí servido de los Ángeles y hecho su conciudadano... El rico inhumano, en el dejar esta vida, es arrebatado de los demonios, de quienes viene á ser presa y víctima... ¿Dónde están los amigos de su mesa, los compañeros de sus placeres, los criados que tenia en tanto número? Están aun sobre la tierra. Han podido estos aliviarlo, consolarlo aun en el lecho de su dolor, podrán acompañar su cadáver hasta el sepulcro; pero de allí para adelante él ha pasado solo, y no encuentra otra compañía que la de los demonios. Ó Dios ¡qué catástrofe! ¡qué cambiamiento de escena para el uno y para el otro!

2.° *Diferencia en la habitacion que les fue señalada en el otro mundo*... Lázaro llevado por los Ángeles fue puesto en el seno de Abrahan, esto es, en el limbo de los Padres, en aquel delicioso reposo donde las almas santas esperaban la venida del Salvador que les debia abrir el cielo y procurarles el gozar de Dios mismo... ¡Ah! ahora esta habitacion gloriosa está abierta á nuestros deseos, y despues de esta vida son colocados en el seno de Dios aquellos que por su fervor, por los sufragios de la Iglesia y por los Sacramentos, han acabado de purgar las reliquias de sus pecados, y de purificarse de las manchas inevitables á la fragilidad humana. ¡Oh qué felicidad!

¿Qué cosa no debemos emprender, qué cosa no debemos sufrir para llegar á ella? El rico fue precipitado por los demonios y sepultado en el golfo del infierno para sufrir y padecer allí tormentos eternos. Así se disuelve la escena de este mundo, donde el impío se ve ensalzado, y oprimido el justo; hé aquí la solucion de aquella dificultad, la reparacion del escándalo y la justificacion de la Providencia... ¡Oh, y cuán limitados somos, cuán cortas nuestras miras, cuán débiles en nuestros medios, y cuán inconsiderados en nuestros juicios! Querríamos que los designios de Dios se nos aclarasen y manifestasen sobre la tierra, y que aun desde esta vida tuviesen su debido cumplimiento. ¡Ay de mí! tenemos en mira solo esta vida, y olvidamos fácilmente que Dios reina en la eternidad.

3.° *Diferencia en las exequias que se hacen á sus cuerpos*... Estando ya instruidos del destino de sus almas, ¿con qué ojos verémos la diferencia de sus funerales? ¿Despreciarémos nosotros esta simple sepultura que se da al pobre Lázaro? ¡Ah! ojalá que pudiese mi cuerpo ser sepultado como el suyo, y colocada como la suya mi alma! ¿Admiramos nosotros la pompa fúnebre y el numeroso cortejo que acompaña el cadáver del rico al soberbio mausoleo que se le ha erigido? ¡Ah desgraciado! ¿de qué te sirve este último aparato de tu pasada grandeza?... Borrado tu nombre del libro de la vida, ha caido en un eterno olvido, y el de Lázaro vivirá eternamente. En el último dia el cuerpo de Lázaro, igualmente despreciado durante su vida que despues de muerto, resucitará glorioso para participar de las delicias de su alma, y el tuyo cubierto en vida de vestidos preciosos, y cerrado despues de muerto debajo del mármol y del pórfido, saldrá de sus cenizas hediondo y abominable para participar del suplicio eterno á que estás condenado... ¡Oh escena del mundo, qué vana eres y qué engañosa! ¡Qué mudanza se debe, pues, hacer un dia en el destino y en la condicion de los hombres!

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, haced que yo me haga digno de aquella felicidad que goza en el cielo aquel pobre, que purgado en la tierra con tanto padecer, y que ya libre de todos los males que tienen solo la apariencia, pero que en sí son verdaderos bienes, reposa ahora en vuestro seno con todos los justos, y en él goza y está colmado de una consolacion infinita. Amen.

MEDITACION CCIII.

CONTINUACION DEL RICO MALVADO Y DE LÁZARO.

(Luc. XVI, 23-26).

SUPLICIOS DEL RICO MALVADO.

Primer suplicio, pensar que hay un paraíso; segundo suplicio, experimentar que hay un infierno; tercer suplicio, comparar los bienes y los males del tiempo con los de la eternidad; cuarto suplicio, estar seguro de una eternidad de penas.

PUNTO I.

Primer suplicio: pensar que hay un paraíso.

1.° *El primer suplicio de los condenados es pensar que hay un paraíso lleno de inmortales delicias...* «Y alzando los ojos estando en «los tormentos, vió desde léjos á Abrahan y á Lázaro en su seno...» Mientras que vivimos aquí en la tierra todas nuestras miras están revueltas hácia la tierra para buscar en ella nuestra felicidad. Los bienes que aquí poseemos se apegan á nuestro corazon y lo ocupan enteramente. Los placeres que en ellos se gustan nos halagan y nos transportan de modo que nos contentaríamos para siempre, y consentiríamos en no tener jamás otros. El encanto ó por mejor decir el furor va tan adelante, que aunque experimentamos cuán vanos son y cuán incapaces de satisfacer y saciar nuestros deseos, cuán viles y vergonzosos, cuán llenos de contrariedades y de agitaciones, y aunque sabemos cuán frágiles son y estamos ciertos de que se nos han de quitar un dia, todavía nada de todo esto puede hacernos alzar los ojos hácia el cielo, y pensar en aquella habitacion de reposo, de tranquilidad, de gloria y de delicias inmortales. Las miserias mismas de esta vida, los males, las desgracias, las enfermedades y la caducidad no despegan de ellos nuestro corazon, y no nos llevan á pensar que hay un paraíso donde está en nuestra mano procurarnos un puesto. ¡Oh ceguedad! ¿Son, pues, necesarios los tormentos del infierno para hacernos pensar en él? Sí, entonces pensarémos en él, pero inútilmente; y este mismo pensamiento, que sobre la tierra hubiera sido causa de nuestra salvacion, servirá solamente entonces para aumentar nuestro suplicio y tormento.

2.° *El primer suplicio de los condenados es pensar que hay un paraíso perdido para ellos...* «Vió desde léjos á Abrahan...» Quien

piensa en el cielo sobre la tierra y trabaja para adquirirlo lo ve de cerca : este dulce objeto de su esperanza no está léjos ; el intervalo es solamente de algunos dias que bien presto se pasarán. La esperanza misma acerca el objeto, de él le da ya pruebas y anticipa su posesion. Pero el réprobo no lo ve sino en una distancia inaccesible ; en él piensa, pero como en el sumo Bien perdido eternamente para él... ¡Oh pérdida! ¡oh dolor y amargura indecible! ¡Dios para mí perdido! Dios, Criador mio, la fuente y el centro de todos los bienes, léjos para siempre de mí, y solo me deja para mi porcion tormentos, justo precio del olvido que he hecho de su ley, y del desprecio en que la he tenido!

3.° *El primer suplicio de los condenados es pensar que hay un paraíso ocupado por otros*... «Vió á Abrahan y á Lázaro en su seno...» Los réprobos no ignoran que el paraíso que ellos han perdido está ocupado por otros. ¿Y quién son estos otros? De los Lázaros, de aquellos mismos que ellos han despreciado, burlado, tratado inhumanamente, insultado, calumniado y perseguido. Sí, aquellos están en la gloria, en las delicias, y ellos en los tormentos. ¿De quién mas ven los réprobos ocupado el paraíso? De personas del mismo estado, de la misma profesion, de la misma condicion que ellos; de personas que habian encontrado los mismos obstáculos para su salvacion, que habian tenido las mismas pasiones, que se habian hallado en las mismas ocasiones, pero que en vista del cielo habian sabido resistir á todas las cosas y hacerse violencia; de personas finalmente que habian pecado otro tanto, y acaso mas que ellos, que habian contraido los mismos hábitos que ellos, pero que el pensamiento de la muerte y el deseo de su salud los han movido á un sincero arrepentimiento, los han vuelto otra vez á Dios, los han humillado delante de Dios hasta hacerlos ir á los piés de sus ministros para hacer la confesion sincera de sus desórdenes, y los han finalmente empeñado á hacer una vida penitente y del todo nueva. ¡Ah! exclaman los miserables, y ¿por qué no he hecho yo otro tanto? ¡mi habitacion seria el cielo y estoy en el infierno!

PUNTO II.

Segundo suplicio : experimentar que hay un infierno.

1.° *El segundo suplicio de los condenados es experimentar que hay un infierno, esto es, un lugar de tormentos*... «Exclamando *(el rico* «*malvado)* dijo : Padre Abrahan, ten misericordia de mí ; y envia á

«Lázaro que bañe la punta de su dedo en el agua para refrescar mi «lengua, porque estoy atormentado en esta llama...» Los tormentos de la tierra, cuanto de mas cruel y de mas bárbaro ha inventado el furor de los tiranos, cuanto de mas doloroso hácen sufrir las mas acerbas enfermedades, todo esto es nada en comparacion de los tormentos del infierno. Tormentos universales en el espíritu, en el corazon, en los sentidos, en todas las potencias del alma, en todas las partes del cuerpo; tormentos continuos, sin interrupcion, sin diminucion, sin consolacion; finalmente tormentos eternos... La tierra es el lugar donde están mezclados los tormentos y los placeres; pero el cielo es el lugar solo de placeres, y el infierno lugar solo de tormentos.

2.° *El segundo suplicio de los condenados es experimentar que allí hay un infierno, esto es, un lugar de fuego y de llamas...* «Estoy «atormentado en esta llama...» El fuego del infierno, aquel instrumento terrible de la cólera de Dios, tiene unas cualidades que nos son del todo desconocidas é incomprensibles: se pega inmediatamente á los espíritus privados de cuerpo, como á los cuerpos mismos; y sin esplendor y sin luz obra con discrecion y atormenta mas ó menos, á proporcion de la multitud y de la enormidad de los pecados: es agudo y penetrante, de modo que el nuestro, en comparacion del fuego del infierno, es un fuego sin fuerza y sin vigor; y finalmente abrasa sin consumir y sin destruir, y por consiguiente sin debilitarse y sin apagarse... Pecador, si por ir al objeto de tu pasion tuvieras que pasar por el fuego, te volverias atrás; y no piensas que siguiendo tu pasion ella te conduce al fuego. ¡Ah! ¿tú temes el fuego y no temes el infierno?

3.° *El segundo suplicio de los condenados es experimentar que allí hay un infierno, esto es, un lugar de gritos y de desesperacion...* «Exclamando dijo... Ten misericordia de mí... La punta del dedo «en el agua para refrigerar mi lengua...» En el infierno no hay ya mas piedad, ya no hay mas misericordia, ya no hay consolacion, no hay alivio; la mas mínima diminucion de penas, el mas mínimo alivio pedido por favor y deseado con ansia en tan horribles tormentos les es absolutamente negado. De aquí se excita en el corazon de los réprobos una rabia y un furor que no se pueden concebir. Se la toman con Dios que querrian derribar de su trono, se la toman con los compañeros de su suplicio, con los demonios que los han tentado, con los seductores que los han engañado, con los cómplices de sus desórdenes que los han animado; se la toman consigo

mismos, se maldicen, se despedazan; querrian, en una palabra, aniquilarse, aniquilar al mismo Dios y á todas las criaturas. Todo se les niega á sus deseos. ¡Ah! ¡de qué gritos, de qué alaridos retumbarán continuamente los profundos abismos! ¡Qué habitacion es, pues, la del infierno! ¡Ah Señor! es ya muy tarde el implorar vuestra misericordia en el infierno: yo la imploro ahora. Tened piedad de mí, ó Dios mio, ó Padre mio, ó Criador mio y mi Juez; ¡tened piedad de mí! ¡No permitais que yo caiga en aquel horrible golfo, y que me ocupe en blasfemaros eternamente! Reconozco que lo he merecido, y sin vuestra infinita misericordia ya estaria en él, y ya no habria jamás esperanza para mí. Pero ya que me habeis conservado la vida, me habeis tambien conservado la esperanza, y no quereis que yo perezca. Dejais aun á mi disposicion el agua de la penitencia, voy á lavarme en ella, á purificarme en ella, y no viviré ya mas sobre la tierra sino para serviros, para daros pruebas de mi amor, sufriendo con alegría todas las penas que os agradará enviarme; las que siempre me parecerán muchísimo mas ligeras que las del infierno que tantas veces he merecido.

PUNTO III.

Tercer suplicio: comparar los bienes y los males del tiempo con los de la eternidad.

1.° ***El tercer suplicio de los condenados es acordarse de los bienes y de los males de la vida pasada, compararlos con los bienes y con los males de la eternidad, y ver su infinita desproporcion***... «Y Abrahan «le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste los bienes en tu vida, y Lá«zaro igualmente males: pues ahora él es aquí consolado y tú ator«mentado...» Sí; el réprobo se acuerda de eso, y esta memoria es para él un cruel suplicio. ¡Ah! va diciendo entre sí mismo, ¿qué bienes han sido los de la tierra, por los que yo estoy privado de los bienes del cielo y sufro los males del infierno? ¿Qué males han sido los de la tierra, por los cuales aquel otro está libre de los males del infierno y goza los bienes del cielo? ¡Ah! ¿eran grandes aquellos bienes de la tierra que me han cerrado el cielo y abierto el infierno? ¿Podian acaso ellos saciar y satisfacer? ¿Eran bienes tranquilos? ¿Estaban acaso sin mezcla de males? ¿Eran continuos, duraderos y eternos? Pero hé aquí, en materia de bienes, cuál ha sido mi porcion. Los he recibido, y ya no recibiré jamás sino males, y males crueles, continuos é interminables... ¿Y cuáles han sido los ma-

les de la tierra que han cerrado el infierno y abierto el cielo á aquel otro? ¿Eran males devorantes, sin consolacion, sin respiracion, sin esperanza y sin alguna mezcla de bienes? Hé aquí, que por solos los males que aquel ha padecido y no padecerá ya otros jamás; por aquellos pretendidos males que ha sufrido, está ya destinado á llevar corona en la cabeza y á gustar delicias inefables y eternas.

2.° *El tercer suplicio de los condenados es acordarse de los bienes y de los males de la vida pasada, compardndolos con los bienes y los males de la eternidad, y ver la necedad de su eleccion*... Soy yo, se dirá á sí mismo el réprobo, yo soy el que he hecho una eleccion tan insensata. He tenido delante de mí el pecado con todos sus falsos atractivos, con sus vanos placeres, con sus frívolas dulzuras, con sus bienes quiméricos, y sabia sus consecuencias. He visto la virtud con sus rigores, con su austeridad, con su gravedad, con su silencio, con su paciencia, con su solicitud, con su pureza, con su modestia, con su recogimiento, y conocia sus recompensas. He visto á los que habian escogido el pecado, y, no obstante sus placeres, los he visto atemorizados, inquietos, y jamás satisfechos. He visto tambien los que habian escogido la virtud, y, no obstante sus mortificaciones, los he visto gozar una paz envidiable, consolante y siempre contentos de todo. He experimentado yo mismo la una y la otra situacion. He pasado de un estado al otro, y bien que mi experiencia haya estado toda en favor de la virtud, he escogido con todo eso el pecado, y á él me dediqué. ¿Qué cosa, pues, me ha determinado á una eleccion tan funesta y tan insensata? ¡Ay de mí! por gustar un placer momentáneo, por gozar de una libertad fatal, por no privarme de una vana satisfaccion, por no hacerme un poco de violencia que habria debido tener en la confesion, una palabra de burla ó de desprecio que en el mundo me habria convenido sufrir, un poco de sujecion que me habria sido necesario tomar, un poco de atencion que habria debido tener en mí mismo, he perdido el cielo, y me he precipitado en el infierno. ¡Oh furor, oh necedad! pero necedad irreparable y sin remedio.

3.° *El tercer suplicio de los condenados es acordarse de los bienes y de los males de la vida pasada, comparándolos con los bienes y con los males de la eternidad, y ver en ellos la equidad de los juicios de Dios*... Á la memoria de los falsos y fugitivos bienes que ha gustado sobre la tierra, y por los que le viene negada la entrada en el cielo, y está agravado de los tormentos del infierno, entrará el réprobo en furia y en una horrible desesperacion, vomitará mil blas-

femias contra el cielo y contra Dios; pero se verá obligado á volver su furor contra sí mismo, y á reconocer la equidad de los juicios de Dios. Los bienes que ha gustado en el pecado eran nada en sí mismos; pero estos bienes estaban prohibidos por el Criador y por el soberano Señor de todas las cosas, el cual pedia esta señal de sumision y de dependencia: estaban prohibidos bajo la pena del infierno para aquellos que los gustasen, y con promesa del cielo para aquellos que se abstuviesen de ellos. Ahora, pues, haber puesto debajo de los piés la ley de Dios, haber igualmente despreciado sus promesas y sus amenazas, y esto por un bien tan vil, tan despreciable y tan pasajero, es un pecado que el infierno jamás podrá borrar... Los males que se hallaban en la virtud eran nada en sí mismos, es verdad; pero abrazados y sufridos por amor de Dios, por obedecer á su ley y por el temor de ofenderlo; abrazados y sufridos, sostenidos y continuados hasta la muerte sobre la fe de su palabra, de sus promesas y de sus amenazas, son un homenaje digno de Dios, y homenaje que la grandeza de Dios requiere que sea recompensado por Dios.

PUNTO IV.

Cuarto suplicio: estar el réprobo seguro de una eternidad de penas.

La eternidad presenta al espíritu de un réprobo tres objetos que sin cesar lo atormentan y lo llevan á la desesperacion:

1.° *El infierno en que está detenido y de que no podrá jamás salir*... Añadió Abrahan... «Fuera de que hay un grande abismo entre nos«otros y vosotros; de donde los que quieren pasar de aquí á vos«otros no pueden ni de ese lugar pasar hasta aquí...» No se puede concebir ni exprimir cuán horribles sean los tormentos del infierno; pero con todo serian como nada, si se hubiesen de acabar un dia, aun cuando fuese despues de siglos y millones de siglos. La esperanza de este término cambiaria la naturaleza del infierno y mitigaria en él todos los tormentos; pero lo que pone el colmo al rigor de estos atroces suplicios es la certeza de que serán siempre los mismos, y de que jamás se acabarán. Siempre arder, no cesar jamás: siempre, para siempre jamás, hé aquí las terribles palabras de que retumba el infierno. Si pudiese á lo menos un condenado retirar su espíritu de un tan cruel pensamiento; pero no, el rigor de los tormentos continuamente se lo presenta, y este horrible pensamiento pone continuamente el colmo á todos sus tormentos.

2.° *El cielo, donde él no se halla, y de donde no saldrán jamás los que están en él*... La misma eternidad que hace el suplicio y la desesperacion de los réprobos pone el colmo á la felicidad y al reposo de los escogidos. Ninguna cosa turbará jamás su felicidad; no se acabará jamás, y están seguros de gozarla eternamente. Un cáos inmenso los separa para siempre de la multitud de los réprobos, y la alegría de haber evitado una suerte tan espantosa y no haberla de temer jamás es para ellos un aumento de felicidad, de reconocimiento y de amor. Pero este mismo pensamiento, en un sentido opuesto, ¡oh y cuán insoportable es para el réprobo! ¡Ay de mí! grita entre sí mismo; aquellos están en las delicias, y en ellas estarán eternamente. Yo estoy en los suplicios, y en ellos estaré eternamente. Ó penitencia, ¿dónde estás tú? Ó sangre del Redentor, ¿qué es lo que te has hecho? Pero gritos impotentes y que jamás encontrarán piedad. ¡Un cáos, un intervalo inmenso puesto por las manos de Dios y consolidado por su omnipotencia, nos separa para siempre. ¡Oh eternidad, eternidad de delicias para los otros, eternidad de suplicios para mí!

3.° *La tierra donde ha vivido, cuyas extremidades toca únicamente, y sobre la cual no volverá jamás á vivir*... No hay pasaje desde el infierno al cielo, ni del cielo al infierno. Desde el cielo ó desde el infierno tampoco hay pasaje para la tierra para mudar habitacion. Desde la tierra solamente está abierto el paso para el cielo ó para el infierno. Nuestra primera demora es sobre la tierra; en esta hemos sido criados, en esta debemos hallarnos por algunos momentos, y desde ella debemos entrar en una eternidad, ó de suplicios si salimos culpados y pecadores, ó de delicias si salimos justos y purificados. Ahora esta tierra donde nuestra demora es tan breve, donde el réprobo ha vivido y ha muerto en el pecado, pero donde habria podido vivir y morir en la justicia, estará siempre presente á su espíritu, maldecirá su necedad, deseará volver sobre la tierra para empezar en ella una nueva vida. Y ¡oh qué vida no emprenderia! ¿Qué objetos podrian jamás lisonjearlo ó tentarlo? ¿Qué dolores ni desgracias serian jamás capaces de sacarle una sola queja? ¿Qué rigor de penitencia, qué austeridad de vida podria aterrarlo? Pero ¡deseos quiméricos! Se vive solo una vez sobre la tierra, una sola vez se muere en ella, y de aquí se entra en la eternidad; pero de la eternidad ya no se vuelve á habitar en la tierra. Jamás gustarán ya sus conveniencias, los réprobos y los Santos jamás correrán ya sus peligros. Nosotros solos, nosotros que vivimos podemos aun

abusar ó aprovecharnos de la libertad que Dios nos deja de escoger entre las dos eternidades, debiendo la una ó la otra ser necesariamente y bien presto nuestra porcion. No se nos deja la eleccion entre la tierra y la eternidad, sino entre la eternidad feliz ó infeliz; porque nosotros debemos necesariamente dejar la tierra y entrar necesariamente en una de estas dos eternidades.

Peticion y coloquio.

Ó eternidad á que me acerco en cada instante, si yo hubiera pensado en tí hasta ahora, ¡cuántas culpas habria evitado, y qué progreso no habria hecho en la virtud! Estoy resuelto, ó eternidad, no te perderé ya jamás de vista, serás la regla de todas mis acciones. Diré continuamente á mí mismo: yo camino hácia la eternidad, todo lo que hago, lo que pienso, lo que digo, me conduce á la eternidad. Pero ¿á cuál de las dos eternidades van dirigidos mis pasos? ¿Á la feliz ó á la infeliz? ¡Ah! pensemos, ó alma mia, porque separada una vez de este cuerpo vil y despreciable, tu suerte será decidida sin remedio; y de una de las eternidades en que te hallarás no verás otra cosa que un cáos inmenso entre tí y la otra eternidad. ¡Oh Dios, quién no temerá al meditar estas verdades! ¡Quién podria aun ofenderos despues de haberse bien internado en ellas! Por mí, ó Señor, ya esto es hecho, detesto mi iniquidad y no quiero ya mas recaer en ella. Ó Jesús, quiero ser vuestro en el tiempo y en la eternidad bienaventurada. Amen.

MEDITACION CCIV.

FIN DEL RICO MALVADO Y DE LÁZARO.

(Luc. XVI, 27-31).

DE LA FE DE LA OTRA VIDA.

1.° De la sabiduría de Dios en la manera con que nos ha hecho conocer esta verdad; 2.° de la necedad de aquellos que querian que un muerto resucitase para asegurarnos de esta verdad; 3.° de la inutilidad de la aparicion de un muerto en órden á los que no creen esta verdad.

PUNTO I.

De la sabiduría de Dios en la manera con que nos ha hecho conocer esta verdad.

«Y *(el rico)* dijo: Pues te suplico, ó padre, que lo envies á casa « de mi padre, porque tengo cinco hermanos para que les testifique,

«no sea que vengan ellos tambien á este lugar de tormentos. Y «Abrahan le dijo: Ellos tienen á Moisés y á los Profetas, óiganlos...»

1.° *La importante verdad de la otra vida nos es manifiesta por la tradicion*... Dios la reveló al primer hombre, y por él á toda su posteridad. Adan, despues de su pecado, asegurado de haber de morir, y advertido de la futura venida de un Redentor en quien debia esperar, no ignoró el motivo por que quedaba aun sobre la tierra, por el que debia salir de ella, y dónde debia ir, dejándola segun la manera con que habria vivido en ella. Esta verdad la fueron heredando de padres á hijos hasta el justo Noé y sus hijos, que no la dejaron ignorar á sus descendientes. En todas las naciones se hallan vestigios de esta tradicion, bien que mas ó menos alterados por las fábulas y por los sistemas que la fuerza de las pasiones y la debilidad del espíritu humano han hecho inventar.

2.° *La importante verdad de una otra vida nos viene manifestada por la conciencia*... Dios la ha estampado en el corazon del hombre y en la constitucion misma de este mundo. Nuestra conciencia, que nos justifica ó nos condena, nuestros deseos insaciables é ilimitados, los desórdenes mismos de este mundo y las injusticias que en él se cometen, todo grita una otra vida, todo la anuncia y la prueba... Por otra parte, ¿cuál seria el fin de la creacion si no hubiese otra vida? ¿Nos habrá criado Dios para un momento sobre la tierra, como á las bestias, sin algun otro fin? El vicio y la virtud, el bien y el mal, el culto y la blasfemia, la crueldad y la paciencia, ¿tendrán, acaso, un mismo mérito á los ojos del Ser supremo y soberano? ¿Tendrá Dios, acaso, menos equidad que nosotros; nosotros que la tenemos solo porque Dios nos ha impreso el sentimiento de ella?

3.° *La importante verdad de la otra vida nos viene manifestada por la Escritura*... Dios la ha descrito en las santas Escrituras que nos ha dejado por testamento. Esta verdad tan importante y tan interesante, tan sensible y tan palpable, sí, ha sido puesta en olvido, sofocada y desfigurada por las pasiones de los hombres que debia ella tener en freno. Dios ha querido todavía imprimirla de nuevo en los escritos inspirados, que durarán hasta la consumacion de los siglos, y pondrán continuamente delante de los ojos de los mortales el fin para que han sido criados. La ley de Moisés y los escritos de los Profetas, ó suponen en todo la verdad de una otra vida, ó formalmente la exprimen. Este es el motivo por que Abrahan responde al rico malvado, «tienen á Moisés y á los Profetas, óiganlos...» Pero

en la plenitud de los tiempos, Dios, segun su promesa, nos ha enviado su Hijo, no solo para asegurarnos de nuevo de la verdad de la otra vida, sino para explicarnos tambien de una manera que podamos entenderlo, y en cuanto es necesario para nuestra salvacion, cuanto sucede en esta otra vida. El fuego que quema, abrasa y atormenta los pecadores muertos en su pecado; fuego que jamás se apagará y siempre atormentará. El cielo que colmará de delicias y de gloria á aquellos que habrán creido en él, y habrán muerto en su gracia. El Hijo de Dios era aquel á quien pertenecia revelarnos tan importantes secretos: este que los habia sacado del seno de su Padre; este que estaba encargado de rescatar los hombres, de instruirlos y de juzgar un dia los vivos y los muertos; este que del cielo ha venido sobre la tierra y ha vuelto á subir al cielo; este que durante su vida, por prueba de su mision, ha interrumpido á su gusto el curso de la naturaleza, y con una sola palabra ha resucitado los muertos. El que no cree esta verdad sobre un tal testimonio es un furioso que por su gusto quiere perderse eternamente á sí mismo. Nosotros en todo caso creámosla, y de una manera tan firme y tan eficaz, que venga á ser nuestra regla, nuestra fuerza y nuestra consolacion.

PUNTO II.

De la necedad de aquellos que querrian que un muerto resucitase para asegurarlos de esta verdad.

«Pero *(el rico)* dijo: No, padre Abrahan; mas si alguno de los «muertos fuere á ellos, harán penitencia...» No es cosa rara encontrar personas que para creer ó asegurarse de su fe querrian tener el testimonio de un muerto vuelto del otro mundo; y justamente para curarnos y sanarnos de esta ilusion hace aquí el Salvador hablar en estos términos al rico malvado... Estemos, pues, persuadidos que un deseo semejante es una necedad, y hagamos las reflexiones siguientes:

1.ª *La resurreccion ó la aparicion de un muerto para instruirnos no conviene á la sabiduría de Dios...* Dios quiere conducirnos por medio de la fe ó de su palabra, y no por medio de visiones particulares... Por la fe se han salvado los que nos han precedido, y por ella debemos tambien salvarnos nosotros: nuestra conducta no debe ser diferente de la suya. Si nosotros queremos el testimonio de un muerto, lo querrán tambien otros. ¿Será, pues, necesario que cada hombre tenga su revelacion y vea delante de sus ojos un muer-

to? Cuando se habrá disminuido la impresion que habrá hecho sobre nosotros aquella vision, y nos sobrevendrá otra duda, desearíamos todavía ver un muerto. ¿Seria, pues, necesario enviárnoslo, como tambien á cada uno de los vivientes segun su fantasía? ¡Qué extravagancia!

2.ª *La resurreccion ó la aparicion de un muerto para instruirnos no conviene al estado de los muertos*... No son los muertos los que están encargados de instruirnos, sino los vivos; nuestros padres, nuestros amos, nuestros pastores, nuestros directores, nuestros predicadores, Moisés, los Profetas, los Apóstoles, la Iglesia, Jesucristo Hijo de Dios que nos ha hablado por sí mismo, que ha inspirado á los Profetas y á los Apóstoles, y ha dejado su espíritu á su Iglesia. Los muertos no están encargados de este ministerio, y seria una necedad el esperarlo de ellos. Han sido resucitados muchos muertos por Jesucristo y por sus siervos en el Antiguo, y muchos mas aun en el Nuevo Testamento; su resurreccion ha probado, es verdad, la divina mision de aquellos que los resucitaban; pero ninguno de ellos ha venido encargado de referirnos cuanto habia visto en el otro mundo. Puede Dios haber permitido que algunos muertos se hayan aparecido, pero jamás ha sido para enseñar los secretos de la otra vida... Jesucristo mismo ha resucitado, segun lo habia prometido, y su resurreccion ha puesto el sello á las verdades que nos ha anunciado; pero nos las ha anunciado en el curso de su vida mortal. Las sabia antes de haber bajado al infierno y antes de bajar sobre la tierra, las habia sacado del seno de Dios mismo, su Padre; ninguna otra cosa mas aprendió con su muerte y con su resurreccion; y si despues de su resurreccion se detuvo con sus discípulos á discurrir del reino de Dios, lo hizo para mostrarles cómo habian de gobernar su Iglesia, y no para enseñarles nuevas verdades en las que lo hubiese amaestrado la muerte y que antes no les hubiese enseñado... Consultemos, pues, sus divinos oráculos, estudiemos la Escritura y escuchemos la Iglesia. Es una insensatez esperar de los muertos luces nuevas ó mas seguras.

3.ª *La resurreccion ó la aparicion de un muerto para instruirnos no conviene á nuestra presente situacion*... ¿Cuál seria nuestra tranquilidad sobre la tierra, si estuviésemos siempre en la expectacion ó en el temor de la aparicion de cualquier muerto? ¿Cuál seria la unanimidad de nuestra fe, si cada uno regulase la suya por lo que habria oido ó creido haber entendido de un muerto, y sobre la interpretacion que daria á sus palabras? ¿Cuál finalmente seria nues-

tra desesperacion ó nuestra presuncion, si supiésemos cuáles de nuestros parientes ó de nuestros amigos están en el infierno, y cuáles en el cielo?... Esta será una ojeada que podrémos soportar solamente cuando estarémos enteramente unidos á Dios y transformados en él. Luego el deseo de ver muertos, para entender de ellos lo que sucede en el otro mundo, es una necedad de que debemos guardarnos nosotros, y si es posible curar los otros.

PUNTO III.

De la inutilidad de la aparicion de un muerto en órden á aquellos que no creen esta verdad.

«Y él *(Abrahan)* le dijo: Si no oyen á Moisés y á los Profetas, ni «tampoco creerán aunque resucitase uno de la muerte...» ¿Por qué? Porque la aparicion de un muerto no destruiría los obstáculos que ellos oponen á la fe.

Lo 1.° *La aparicion de un muerto no calmaría las agitaciones voluntarias de su imaginacion...* Lo que hace caer y destruye nuestra fe es que nosotros queremos concebir la naturaleza de los misterios. Por ejemplo, nos dejamos turbar pensando en la eternidad de Dios, en su inmensidad, en la trinidad de las personas, en la encarnacion del Verbo, en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía: queremos formar en nosotros imágenes de estos misterios, y no pudiendo salir bien con ello, caemos en la agitacion, y somos tentados de no creerlos. Nos turba tambien en modo especial la eternidad de las penas de los réprobos; en vano medimos, calculamos, amontonamos siglos sobre siglos; nuestra imaginacion se calienta, caemos debajo del peso de nuestros esfuerzos, y á veces concluimos con desechar esta verdad, ó por lo menos con dudar de ella; y esto porque no podemos imaginarla... El alma fiel, apoyándose únicamente sobre la palabra de Dios, cree los misterios revelados sin hacer algun esfuerzo para formarse imágenes de ellos, se deja penetrar sin turbarse de los sentimientos que estas verdades inspiran, ó sea de respeto, ó sea de amor ó de temor... Pero ¿es posible que la aparicion pasajera de un muerto pueda calmar estas imágenes en aquellos en que no puede calmarlas la palabra de Dios siempre subsistente?

Lo 2.° *La aparicion de un muerto no podría contener los falsos razonamientos de su espíritu...* Quieren algunos razonar sobre los misterios que son superiores á nuestra razon, se internan demasiado, se alambican los sesos, y no producen otra cosa que quimeras; estable-

cen principios que no tienen certeza alguna, y sacan consecuencias que no tienen conexion con ellos. Hacen á Dios de la misma naturaleza que los hombres: le atribuyen propiedades humanas, y juzgan de él por sí mismos. Quieren que en el otro mundo tenga la misma conducta que tiene en este; y porque en esta vida está lleno de bondad y de misericordia para con los pecadores, quieren que sea lo mismo en la otra; y porque una eternidad de suplicios sobrepasa su inteligencia, y los malvados en las llamas les causan compasion, quieren que lo mismo sea de Dios... El alma fiel cree á la palabra de Dios, y en ella encuentra la tranquilidad del espíritu. Sin querer profundizar el abismo de las riquezas de su sabiduría y de su ciencia, se aprovecha aquí en la tierra de sus misericordias, espera sus recompensas, y teme sus castigos. Pero ¿cómo la aparicion de un muerto, sin consecuencia, sin conexion y sin autoridad, podia refrenar en el incrédulo la pasion de razonar, si la palabra de Dios continuada desde Adan, desde Moisés, y desde Jesucristo hasta nosotros, si esta palabra tan instructiva, tan resplandeciente, apoyada sobre tantos prodigios, anunciada con tanto esplendor, no la puede refrenar?

Lo 3.° *La aparicion de un muerto no pondria remedio á las pasiones desenfrenadas de su corazon*... Confesémoslo sinceramente; el interés solo es el que nos hace dudar de la otra vida y de una eternidad: esta verdad la procuramos oscurecer solo en favor del pecado y de las pasiones... ¡Ah! en los dias felices de nuestra inocencia no teníamos sobre esto duda alguna. Ni aun cuando despues de algunas caidas habíamos recurrido á la penitencia, y estábamos aplicados á domar nuestras pasiones, y conseguíamos de ellas gloriosas victorias, dudábamos de ello. Solo despues que hemos empezado á ceder á su esfuerzo, á dejarnos arrastrar y llevar de su corriente, entonces nos hemos vanamente persuadido que no hay infierno, que no hay eternidad... ¡Oh pecador! ¡oh necio! tú contradices las luces de la razon, los remordimientos de la conciencia, la voz de la naturaleza, el grito de las naciones, y toda la majestad de la Religion: pides la resurreccion de un muerto para creer un infierno; deberias antes pedirla para asegurarte que no lo hay, y entonces poder darte impunemente en presa del pecado. En todo otro cualquier negocio en que te corre mayor riesgo el partido debe ser el mas seguro, y aquí para poner en peligro tu ser y la miseria eterna de tu ser no pides prueba alguna, mientras que de la parte en que no temerias algun riesgo no te falta ninguna prueba, y ninguna te puede satis-

facer. ¡Ah! reconoce una vez que la pasion sola es la que te puede cegar á este término.

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, por vuestra gracia especial y no merecida estoy aun en el mundo, como estaban los hermanos del rico malvado, y puedo sacar provecho de su desgracia. ¿Qué otra cosa espero yo para tomar y cumplir buenas resoluciones? ¿Querré acaso ver un muerto resucitado? Pero ¿qué me diria un réprobo que se me apareciese, sino lo que me dice el rico condenado? «Yo estoy atormentado en «esta llama...» Una tal vision ¿seria acaso mas cierta para mí que el Evangelio? Yo tengo la Escritura: ¡ah! si no me aprovecho de ella, tampoco daria fe á las palabras de un muerto resucitado. Con que, ó Dios mio, quiero concluir de una vez; depongo todo espíritu de orgullo, léjos de mí toda semilla de endurecimiento, creo que hay otra vida, y quiero merecerla, queriendo solo servirme de la presente para Vos y en una manera digna de Vos. Amen.

MEDITACION CCV.

DE ALGUNAS INSTRUCCIONES QUE EL SALVADOR REPITE Á SUS DISCÍPULOS.

(Luc. xvii, 1-6).

1.° Sobre el escándalo; 2.° sobre el perdon de las ofensas; 3.° sobre la fe.

PUNTO I.

Sobre el escándalo.

Lo 1.° *No os debeis sorprender del escándalo*... «Y dijo *(Jesús)* á «sus discípulos: Es imposible que no vengan escándalos...» Es verosímil que el Salvador se hallase solo con sus discípulos cuando tuvo con ellos este discurso... Esta necesidad del escándalo no viene de otra causa que de la corrupcion y de la malicia de los hombres, pues los hombres, siendo tales cuales son, no es posible que no sucedan escándalos en el mundo, en la Iglesia y en los estados aun los mas santos. ¿No acaeció esto por ventura en el colegio mismo de los primeros Apóstoles? Es imposible que esto no suceda, y es mas importante de lo que pensarán algunos el estar bien convencidos de esta verdad para no quedar sorprendidos de los escándalos, para no vacilar en la propia fe, y para que no nos aparten de

la práctica de la virtud. Si vemos escándalos, no quedemos sorprendidos viviendo nosotros entre hombres. Si sucede un escándalo, no nos conturbemos por él; es un hombre el que lo ha dado, es un hombre débil como nosotros; pero guardémonos nosotros de propagarlo por nuestra malicia, y de suponer culpados de él á otros muchos que están tan inocentes en el caso como nosotros. Si estos escándalos se multiplican, no pensemos por esto que todo está ya perdido, ó que la Providencia no gobierne el mundo; porque estos escándalos mismos están ya predichos.

Lo 2.° *No se debe dar escándalo*... «Pero ¡ay de aquel por quien «vengan! Mejor seria para él que se le pusiese al cuello una pie«dra de molino y lo arrojasen al mar, que escandalizar á uno de es«tos pequeñuelos...» Estén escondidos cuanto quieran, y multiplíquense estos escándalos; Dios sabrá muy bien distinguir el autor. De lo que nos dice aquí el Salvador podemos juzgar cuál será despues la venganza que tomará. ¡Ah! meditemos estas palabras. Examinémonos á nosotros mismos, principalmente sobre lo que mira á los pequeños, esto es, á aquellos que por su edad ó por su condicion son inferiores á nosotros.

Lo 3.° *Guardémonos de tomar escándalo*... «Estad atentos á vos«otros mismos...» Estad atentos no solo para no ser sorprendidos del escándalo y para no darlo, sino tambien para que el escándalo no llegue á vosotros, y no os sirva de ocasion de caida. No os imagineis que una cosa sea permitida porque otros la hacen, ó que ella sea irreprensible delante de Dios porque lo es delante de los hombres. La ley de Dios, el Evangelio, la conciencia, la Iglesia; estas son las que deben ser reglas para vosotros, y no la práctica, la costumbre y la usanza del mundo.

PUNTO II.

Sobre el perdon de las injurias.

«Si tu hermano pecare contra tí, repréndelo: y si se ha arrepen«tido, perdónale: y si siete veces al dia pecare contra tí, y si siete «veces al dia vuelve á tí, diciendo me arrepiento, perdónale...».

Lo 1.° *De las ofensas que hacemos á los otros*... Estemos atentos para no ofender á alguno; pero si por viveza ó por inadvertencia le ofendemos, suframos que nos reprenda, y escuchemos su correccion con humildad: si no nos reprende, reprendámonos nosotros mismos, y reconozcamos nuestra falta; vamos despues á encontrarlo,

digámosle que nos hemos arrepentido, y supliquémosle que nos perdone.

Lo 2.° *De las ofensas que los otros nos hacen*... Reprendamos con dulzura á aquellos que nos ofenden, perdonémoslos en nuestro corazon, y luego que ellos se reconocen asegurémosles que nosotros los perdonamos, sin que la multitud de sus recaidas cansen nuestra paciencia y resfrien nuestra caridad.

Lo 3.° *De las ofensas hechas á Dios*... ¿Quién es aquel hombre que siete veces al dia venga ofendido, á quien se le pida perdon siete veces al dia, y que deba conceder este perdon? ¿Quién es aquel que tenga una tan grande dulzura, y que tenga ocasion de ejercitar una tan grande caridad? ¡Ah Señor! sois Vos, es vuestra divina caridad la que aquí manifestais y que quereis que venga ejercitada por vuestros Apóstoles con los pecadores arrepentidos. De hecho, apenas vuelve á Vos sinceramente y sabe deciros esta afortunada palabra... *Yo me arrepiento*, Vos todo lo olvidais, Vos todo lo perdonais. Apenas os ofendo, me reprendeis; apenas me arrepiento, Vos me perdonais. ¡Ay de mí! á cada momento os ofendo, y mas de siete veces al dia, y á cada momento Vos estais pronto para perdonarme. ¡Oh dulzura inefable, oh bondad infinita, Vos pedís de mí estas dos solas condiciones, que me arrepienta y que perdone!

PUNTO III.

Sobre la fe.

Lo 1.° *De la diminucion y frialdad de la fe*... «Y los Apóstoles di«jeron al Señor: acreciéntanos la fe...» Los Apóstoles no habian sido reprendidos jamás de Jesucristo por haber faltado á la caridad; pero sí, y bien frecuentemente, por haber faltado á la fe. Esto es, por ventura, lo que les hace decir al Salvador: *acreciéntanos la fe*... La fe es un don de Dios en su principio, en su aumento y en su perfeccion. Nuestros cotidianos pecados, nuestra disipacion y el contagio del mundo no dejan de disminuir en nosotros la fe. Presentemente acaso tenemos menos que en nuestra edad mas tierna: la diminucion de la fe insensiblemente hace que pequemos con mas frecuencia, mas gravemente, y con menos dificultad. Esta diminucion nos hace pesado el yugo del Señor, la virtud difícil, la frecuencia de los Sacramentos insípida, y la práctica de la oracion y del recogimiento enfadosa y molesta. Avivemos, pues, aquella poca fe que nos queda aun, y trabajemos para aumentarla.

Lo 2.° *Del aumento de la fe...* La fe se aumenta por medio de la oracion, de la instruccion y de las obras... Pidamos continuamente al Señor que aumente en nosotros la fe. Esta súplica de los Apóstoles sea nuestra oracion ordinaria, principalmente en las tentaciones, en los disgustos y en las ocasiones de ejercitar una virtud que nos cuesta dificultad. Pero orando trabajemos de nuestra parte para aumentar nuestra fe por medio de piadosos discursos, de buena leccion y de santas meditaciones.

Lo 3.° *Del uso de la fe...* «Y dijo el Señor: Si tuviéreis fe cuan- « to un grano de mostaza, diréis á este árbol de moras, desarráiga- « te, y trasplántate en el mar, y os obedecerá...» Manera de hablar bien enérgica para exprimirnos la fuerza de la fe. No, sin duda, no han hecho jamás los Apóstoles uso de su fe para obrar tales maravillas inútiles y de ostentacion, ni esta era la intencion del Salvador, ni este es el sentido de sus palabras. Mas los Apóstoles confirmados en la fe obraron otras maravillas mucho mas útiles y resplandecientes, echando los demonios, curando enfermos, y resucitando muertos. Con esto convirtieron el mundo entero, y desarraigaron la idolatría que como precipitada en el fondo del mar no ha vuelto despues jamás á aparecer. ¡Ah! si tuviésemos fe, no habria en nosotros inclinaciones ni hábitos que no cediesen á nuestras órdenes, y que no se desarraigaran hasta la última raíz para no brotar ya jamás. Esta es la fe que ha hecho triunfar los Santos del mundo, de los tiranos y de sí mismos... ¡Ah! hagamos uso de nuestra fe, y triunfarémos como ellos.

Peticion y coloquio.

Aumentadme á mí la fe, ó Señor y Salvador mio, dadme aquella fe viva que me haga tocar como con la mano las verdades de la salud; aquella fe ardiente que me saque fuera de la tibieza en que estoy, y me haga abrazar valerosamente las máximas que ella me enseña. No os pido ya, ó Señor, aquella fe que ha hecho obrar prodigios á vuestros Santos, sino aquella fe que los ha hecho santos; no aquella fe que los ha ilustrado á los ojos de los hombres, sino aquella fe que los ha hecho ser humildes, mortificados y enemigos de sí mismos, y finalmente aquella que los ha hecho agradables á vuestros ojos. Amen.

MEDITACION CCVI.

PARÁBOLA DEL SIERVO QUE HACE LO QUE DEBE.

(Luc. XVII, 7-10).

Consideremos : 1.° el trabajo exterior ; 2.° el trabajo interior ; 3.° los sentimientos de este buen siervo.

PUNTO I.

Del trabajo exterior del siervo bueno.

Los Apóstoles, cuya fe debia obrar grandes maravillas, tenian necesidad de una grande humildad para no gloriarse, ni de sus inmensos trabajos, ni de su éxito feliz. Por esto les propuso el Salvador una parábola muy propia para instruirlos, y para instruirnos á nosotros mismos. Se trata de un señor que teniendo un siervo lo aplica al trabajo.

1.° *Trabajo dependiente y mandado*... «¿Quién, pues, hay de «vosotros *(dice Jesucristo)* que teniendo un siervo que ara, ó hace «de pastor, cuando vuelva del campo le diga, pasa luego, ponte á «la mesa?...» El señor ocupa al siervo como le agrada. El siervo hace la voluntad de su señor, y no la suya. Si el señor lo envia al campo, va allá; si le manda labrar, ó apacentar el ganado, lo hace... Este mundo es el campo del Señor, y los hombres son su rebaño. Los Apóstoles han trabajado y cultivado este campo, han conducido el rebaño y lo han apacentado. Toda su vida externa ha estado empleada en hacer en esto la voluntad de su Señor. Los hombres apostólicos han recibido de Dios el mismo empleo; los pastores de la Iglesia, segun su grado, mas ó menos tienen tambien parte. Todos los hombres, de cualquiera condicion que sean, son los siervos de Dios; él los ha puesto en este mundo para trabajar cada uno segun su estado y segun la voluntad de su soberano Señor. ¿Cómo cumplimos nosotros esta obligacion?

2.° *Trabajo penoso y enfadoso*... Trabajar la tierra, hé aquí lo penoso; conducir el rebaño, hé aquí lo enfadoso: esto es lo que Dios mandó, y á lo que fue condenado el hombre pecador. En cualquiera estado que la Providencia nos coloque hemos de trabajar siempre como pecadores para cumplir con nuestra obligacion; si en nuestro trabajo encontramos dificultad, peso ó fastidio, guardémonos de quejarnos ó de dispensarnos de él.

3.° *Trabajo asiduo y constante*... Á la tarde solamente vuelve el

siervo de la campiña, donde lo ha enviado su señor, y donde ha trabajado todo el dia; y si vuelve á la tarde para tomar un poco de reposo, lo hace para volver al trabajo la mañana siguiente, y continuarlo así todos los dias. Tal debe ser la vida del hombre sobre la tierra mientras que goza de sanidad. Debe continuamente ocuparse en un trabajo proporcionado á sus fuerzas, pero útil y sério, y trabajar así hasta la muerte. Tal es la voluntad de nuestro Señor; pero ¿cómo la cumplimos nosotros? Nos pedirá de esto cuenta: ¿cómo nos tratará, pues, si al fin de nuestros dias no tenemos que presentarle otra cosa que una vida pasada en las delicias, en el ocio, en la delicadeza, ó en un trabajo que no era para él, que él no lo habia mandado, y acaso que él lo tenia prohibido?

PUNTO II.

Del trabajo interno del siervo bueno.

«Y no le diga: antes bien hazme la cena, prepárate, y sírveme «mientras como y bebo; despues comerás tú y beberás...» Despues del trabajo externo de la campiña le queda aun un trabajo interno y doméstico.

1.° *Trabajo honroso...* El siervo que ha empleado sus atenciones en los bienes de su señor debe tambien emplearlas por el mismo señor, y servir al mismo. Los Apóstoles, despues de haberse empleado todo el dia por las necesidades del prójimo en las funciones del apostolado, pasaban buena parte de la noche con Dios en oracion. Despues de haber nosotros trabajado en el curso del dia para cumplir las obligaciones de nuestro estado debemos antes de nuestro reposo señalarnos un tiempo para atender á la oracion, para alabar á Dios, para darle gracias, para darle cuenta de nuestro trabajo, para pedirle perdon de nuestras faltas, y la gracia de pasar mejor el dia siguiente. Tambien por la mañana debemos fijar un tiempo semejante para ofrecerle nuestros homenajes, para pedirle su socorro y ofrecerle nuestro trabajo. ¿Qué cosa hay mas honrosa para un siervo que servir de este modo á su señor, que recibir sus órdenes, que entretenerse con él?

2.° *Trabajo indispensable...* Sin este trabajo interno el externo es muy sospechoso. El siervo que tiene cuidado del bien de su señor, y despues rehusa servir á su persona, no cumple su obligacion, no puede agradar á su señor, y muestra no amarlo... Guardémonos bien que nuestro trabajo externo, aun cuando sea estimado de los

hombres, aun cuando sea útil á otros, aun cuando sea para nosotros gravoso, nos impida servir á nuestro Señor; porque seria entonces un trabajo solo de capricho, de inclinacion, de vanidad ó de necesidad, y no un trabajo de obligacion que pueda agradar á Dios. Y si al trabajo externo de la accion unimos el trabajo interno de la oracion y de la devocion, podemos esperar entonces haber cumplido con nuestro deber.

3.° *Trabajo recompensado*... Despues de haber cumplido el siervo todas sus obligaciones dentro y fuera, en campiña y en casa, entonces le toca á él alimentarse, y despues tomar su reposo. Entonces justamente un alma fiel gusta la satisfaccion de haber servido á su Señor, de haberle agradado, de estar en su gracia, y de tener su aprobacion... Pero ¿podemos nosotros oir estas palabras del Salvador... *Comerás y beberás tambien tú*... sin acordarnos del pan y del vino que él mismo nos ha preparado? ¡Oh alimento divino! ¡oh qué delicias gusta en él el alma! ¡oh digna recompensa de los trabajos de esta vida y prenda segura de una recompensa eterna!... Nosotros no nos reprendemos en cosa alguna tal vez sobre el trabajo externo; pero el interno ¿cómo lo hacemos, cómo lo cumplimos? ¡Ah! olvidándolo: no nos maravillemos si no gustamos la dulzura del servicio de Dios, y si nos acercamos hasta la comunion sin fervor y sin devocion.

PUNTO III.

De los sentimientos del siervo bueno.

Sentimientos de humildad... Jesucristo propuso justamente esta parábola, para establecer á los Apóstoles en la humildad. Habiendo, pues, expuesto las obligaciones cumplidas por el siervo, pregunta el Salvador: «¿Por ventura debe dar gracias á aquel siervo, porque «ha hecho lo que le mandó? Pienso que no. *(Despues añade)*. Así «tambien vosotros, cuando habréis hecho todo aquello que se os ha «mandado, decid: somos siervos inútiles, hemos hecho lo que de-«bíamos hacer...» No se tiene obligacion alguna al que nos da lo que nos debe; ¿de qué, pues, ensoberbecernos? ¿Por qué tener nosotros tanta satisfaccion y tanta estima de nosotros mismos, habiendo solamente hecho lo que se nos ha mandado? Digamos, pues, entonces con sinceridad: «*somos siervos inútiles*...» *Siervos inútiles respecto al éxito*... El éxito, no solo en lo que mira á la salud del alma y á la gloria de Dios, sino tambien en todos los otros negocios que em-

prendemos depende totalmente de Dios, y á él se debe referir del todo... *Siervos inútiles* en órden á los medios... Los medios que empleamos para procurar la gloria de Dios ó para otra cualquiera cosa ¿no nos los ha dado por ventura Dios? El espíritu, los talentos, las fuerzas, la vocacion, las ocasiones, todo viene de Dios, y á él pertenece... Finalmente, *siervos inútiles* en órden á la misma voluntad y al buen uso que hacemos de nuestra libertad. Esta buena voluntad no podemos nosotros dárnosla á nosotros mismos; nos la da Dios. Sin el socorro de su gracia no podemos elegir el bien, y huir y evitar el mal; si hacemos buen uso de nuestra libertad, y nos determinamos al bien, lo debemos al socorro de su gracia. Por esto, no solo debemos á Dios nuestros servicios, sino que de él reconocemos tambien el poder y el querer servirlo: por esto nuestro trabajo y nuestra fidelidad, nuestra exactitud y nuestros méritos son dones de Dios, y cuando nos recompensará nuestros méritos, recompensará sus propios dones... La humildad, pues, no está fundada sobre la mentira, sino sobre la verdad. Los mas grandes Santos, mas fieles siervos de Dios, que mas han trabajado y mas han merecido, han sido los mas humildes, y han reconocido mejor delante de Dios su inutilidad... Pero ¡ay de mí! ó Señor, tengo tambien otros muchos motivos de humillarme. Bien léjos de poder decir que he hecho lo que debia, ¡ah! ¿cómo es posible que no pueda ser humilde despues de haberos servido tan mal, despues de haberos ofendido tantas veces, despues de haber por tan largo tiempo quebrantado vuestra ley y resistido vuestra gracia? Y con todo eso, hago de mí un gran concepto y quiero ser estimado. El mas mínimo indicio de desprecio, la mas mínima humillacion me saca fuera de mí mismo; una palabra, una falta de atencion, una cosa de nada, me ofende, me turba, me irrita. ¡Oh Dios! ¿cómo pueden juntarse en mí tanto orgullo y tanta soberbia con tantos motivos para humillarme?

Á estos sentimientos de humildad, que son el fin y el objeto de la parábola, añadamos aun estos dos, que ciertamente le son muy propios:

1.° *Sentimientos de reconocimiento*... No: el señor no tiene alguna obligacion al siervo por haber hecho lo que se le ha mandado hacer. Pero ¿cuán obligado no está el siervo á su señor por haberlo sacado de la miseria, recibiéndolo en su servicio, y conservándolo en él?

2.° *Sentimientos de amor*... ¡Oh y cuánto merece ser amado un buen señor! ¿Hay por ventura otro mejor que aquel á quien nos-

otros servimos? ¿Hay por ventura otro mas dulce, mas compasivo y mas magnífico en sus recompensas?

Peticion y coloquio.

Sí, ó Señor, soy con mucha distancia mucho mas vuestro que un esclavo: mi obligacion es de serviros, en esto encuentro mi provecho y mi gloria: Vos podeis obrar sin mí, sin perder cosa alguna de lo que es vuestro; Vos podeis exigir de mí todo cuanto soy y cuanto puedo, sin deberme cosa alguna; pero es tal vuestra grandeza, es tal vuestra infinita misericordia, que quereis tener cuenta hasta de mis mas mínimos deseos de serviros y de agradaros, y quereis recompensarme como si todo me lo debiéseis. ¡Qué exceso de bondad! para merecerla todavía mas, ó Dios mio, resuelvo duplicar mis esfuerzos y mis trabajos; pero sin cesar de mirarme siempre como un siervo inútil... Amen.

MEDITACION CCVII.

JESÚS YENDO Á JERUSALEN PARA LA FIESTA DE LA DEDICACION SANA DIEZ LEPROSOS.

(Luc. XVII, 11-19).

Observemos: 1.° la súplica de los leprosos; 2.° su fe; 3.° su reconocimiento.

PUNTO I.

Su súplica.

«Y sucedió, que yendo á Jerusalen, pasaba por medio de la Sa-«maria y de la Galilea. Y entrando en una aldea, le salieron al en-«cuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon á lo léjos, y «alzaron la voz diciendo: Maestro Jesús, ten piedad de nosotros...» Quiso Jesús comparecer aun otra vez en Jerusalen antes del último viaje que debia hacer para consumar allí su sacrificio. Dejó, pues, la Galilea, y despues de haber recorrido esta provincia, atravesó la Samaria, y entró en la Judea. Estaba para entrar en una aldea, que acaso era la de Betania, donde vivian Marta, María su hermana, y Lázaro su hermano, que no estaba muy distante de Jerusalen, cuando diez leprosos, de los cuales nueve eran judíos y el décimo samaritano, estando informados de su pasaje, se unieron para pedirle su sanidad. Observemos las cualidades de su súplica.

Lo 1.° *Súplica humilde*... Se paran léjos de Jesús, y fuera del ca-

mino, como ordenaba la ley á los leprosos... Así tambien nuestra oracion debe ser humilde, y esta humildad debe nacer del conocimiento de nuestra indignidad... ¿Quién soy yo delante de Vos, ó Dios de la santidad, sino un indigno leproso que no merece acercarse á Vos? Toda mi vida no es otra cosa que una lepra; tantos pecados que he cometido, tantas faltas é imperfecciones en que caigo cada dia, son otras tantas manchas que desfiguran mi alma, que la ensucian, que la hacen indigna de acercarse á Vos. Me estoy, pues, léjos y aparte, reconozco mi indignidad; pero de el fondo de mi miseria gritaré hácia Vos, ya que me es aun permitido el implorar y esperar vuestras misericordias.

Lo 2.° *Oracion fervorosa*... Luego que los leprosos vieron á Jesús en una tal distancia de poderlos oir alzaron la voz, y se pusieron á gritar... Gritaban, porque estaban apartados... Cuanto mas distante de Dios se siente una alma tímida, perezosa y disipada, tanto mas debe alzar la voz y gritar hácia él. Gritaban tambien por el deseo que tenian de su sanidad, y por el temor en que estaban de que se les escapase una ocasion tan bella... ¡Ah! si conociéramos la miseria de estar léjos de Dios y separados del comercio de los santos, ¿con qué ardor no pediríamos ser librados de aquellos pecados, de aquella tibieza, de aquella dureza de corazon, de aquella disipacion, de aquella indevocion, que son la causa de una tan funesta separacion?

Lo 3.° *Súplica esclarecida*... Los dos títulos que los leprosos dan á aquel, cuyo socorro imploran, son los de Jesús, ó de Salvador y Maestro... La codicia y la ignorancia son una lepra doble que contrajimos antes de nacer, y de la que el Bautismo no nos ha librado, borrando el pecado original. Pero tenemos en Jesucristo un Salvador para hacernos triunfar de las pasiones de nuestro corazon, y un Maestro para disipar las tinieblas de nuestro espíritu. Invoquémoslo, pues, bajo de estos dos títulos... Jesús, Salvador mio, y mi Maestro, derramad sobre mí vuestra gracia divina, que es una gracia de fuerza y de luz, para que jamás ni el pecado ni el error me separen de Vos.

Lo 4.° *Súplica comun*... La misma desgracia y la misma esperanza habia unido y juntado estos infelices, sin distincion de país ni de nacion... Levantaron juntamente la voz, y suplicaron, no cada uno de por sí, sino en comun y por todos... «*Ten piedad de nosotros*...» Esta union de oracion, tan encomendada por Jesucristo mismo, no podia no serle acepta, y obtenerlo todo de él, segun su promesa...

Unámonos, pues, todos juntos para implorar las misericordias del Señor. Si nosotros nos separamos de la union de religion, si no nos unimos á la oracion comun que se hace en la Iglesia y en la propia parroquia, no estando impedidos por un legítimo motivo, nos exponemos visiblemente á ser privados de muchas gracias; cuando al contrario, unidos todos juntos, ó se enciende nuestro fervor, ó mútuamente se comunica. El fervor de los unos suple por la negligencia de los otros, y aquel grito comun hace una armonía dulce y una dulce violencia al Señor, cuya bondad no puede hacer allí resistencia alguna.

PUNTO II.

De su fe.

Lo 1.° *Fe humilde y sin queja*... «Habiendo oido Jesús sus gri«tos...» Mirándolos, dijo: Id, mostraos á los sacerdotes... ¡Qué majestad, qué poder en este mandato! pero era menester una fe bien humilde para ejecutarlo sin quejas. Era costumbre de Jesucristo, cuando sanaba algunos enfermos, tocarlos, y hablarles con bondad. Lo mismo habia hecho con el leproso que habia sanado, bajando del monte; pero á estos no les deja acercarse, no los toca, nada les dice, y nada les promete; solo les grita desde léjos que se retiren, y que vayan á dejarse ver de los sacerdotes. Un sentimiento de orgullo en estos leprosos habria acaso impedido su sanidad. En una ocasion cási semejante el orgullo de Naaman, aquel señor de la Siria que fué á encontrar al profeta Eliseo para ser sanado de su lepra, faltó poco para hacerle perder el fruto de su viaje [1]. Nosotros queremos que los enviados de Dios nos sirvan segun nuestro gusto, segun nuestras ideas, y segun nuestras pretensiones. Si un confesor, si un director, si un predicador falta á ciertos respetos que pretendemos de él, nuestro orgullo se irrita; se suscitan en nuestro corazon amargos lamentos, y á las veces revientan; se sigue el despecho; y por falta de humildad nos quedamos sin la salud.

Lo 2.° *Fe simple y sin razonamiento*... La ley de Moisés, que seguian tambien los samaritanos, obligaba á los leprosos á presentarse á los sacerdotes, pero cuando ya estaban sanos; para que estando auténticamente reconocida su sanidad, fuesen restablecidos en el comercio de la vida civil; pero estos podian decir: somos enviados á los sacerdotes, y no estamos sanos; ¿qué cosa hemos de hacer nosotros allí en el estado en que nos hallamos? Así discurria Naaman,

[1] IV Reg. v, 11.

enviado por el Profeta á las aguas del Jordan... ¿Que no tenemos por ventura nosotros en Siria rios que valgan por Jordan? ¿Y qué, se habrá siempre de razonar con Dios en hechos de religion? ¡Ah! dejémonos guiar; creamos y obedezcamos con simplicidad. Este es un homenaje que Dios pide de nosotros, y á que ha vinculado nuestra salvacion. Los leprosos no razonaron; obedecieron, y su fe fue coronada.

Lo 3.° *Fe recompensada sin dilacion*... «Y mientras iban, que«daron limpios...» Lo mismo sucedió á Naaman cuando finalmente obedeció al Profeta. Lo mismo sucederá á quien renunciando á sus prejuicios, á su orgullo, á sus ideas y á sus falsos razonamientos, irá donde Dios lo envia, y caminará con humildad y simplicidad en el camino que el Señor le ha prescrito, sujetará su juicio al de la Iglesia, creerá la perpetuidad, la indefectibilidad y la santidad de esta Iglesia, recibirá de ella las Escrituras, los Sacramentos, las ceremonias, los ejercicios, las decisiones y las leyes. Este hallará en su fe y en su obediencia la paz del corazon, la tranquilidad del espíritu, la pureza del alma, su sanidad y su salvacion.

Lo 4.° *Fe dócil hasta el fin*... No nos dice el Evangelista que estos leprosos se hayan efectivamente presentado á los sacerdotes; pero fuera de que esta era una práctica mandada formalmente en la ley, y comunmente observada, la órden que habian recibido de su poderoso Libertador no permite dudar que no se hayan conformado con ella. Se presentó sin duda el samaritano como los otros á los sacerdotes de Jerusalen sin andar á buscar los sacerdotes cismáticos de Samaria, á los cuales entendió muy bien que Jesucristo no lo habia enviado. Por cualquiera gracia que se haya recibido del cielo, nada nos dispensa de la observancia de la ley, ninguna cosa puede apartarnos de la jurisdiccion de los superiores legítimos. Donde faltan la docilidad y la obediencia no puede haber otra cosa que error y engaño.

PUNTO III.

De su reconocimiento.

Lo 1.° *Consideremos cuán justo es el reconocimiento para con Dios*... «Y uno de ellos, cuando vió que habia quedado limpio, volvió atrás, «glorificando á Dios en alta voz...» Uno de estos diez leprosos, que era el samaritano, viendo que su sanidad era cierta, y que no le quedaba vestigio alguno de su lepra y de su impura deformidad, reflexionando por otro lado con qué bondad, á su primera súplica,

y con qué poder, y con un solo acto de su voluntad los habia Jesús sanado á todos, entró en un tan grande exceso de júbilo, de admiracion y de reconocimiento, que sin pensar á gozar de su fortuna, volvió inmediatamente atrás para dar las gracias á su divino Libertador... ¿No tenemos por ventura nosotros los mismos motivos de reconocimiento? ¿No nos colma Dios en todos los instantes de sus beneficios con la misma bondad, con la misma potencia, salvándonos de nuestros pecados, librándonos de mil males? ¿Cuánto, pues, debe ser nuestro reconocimiento?

Lo 2.° *Consideremos cuán expresivo debe ser nuestro reconocimiento para con Dios*... «Y se postró en tierra á sus piés, dándole gra«cias; y era este un samaritano...» Este samaritano volvió atrás á encontrar á Jesús en donde lo habia visto próximo á entrar, y volvió allí alabando á Dios en alta voz, y no cesando en todo el camino de celebrar sus beneficios. Luego que llegó delante de Jesucristo se echó á sus piés postrándose en tierra. ¡Ah! ¿quién podria decir cuáles fueron entonces los sentimientos de su corazon? Apenas podia exprimirlos débilmente con la boca; pero Jesús los veia, y su postura los indicaba... ¡Ay de mí! ¿No deberia yo estar continuamente postrado á vuestros piés, divino Salvador de mi alma, Vos que me habeis librado, no una vez sino tantas de una lepra mucho mas vergonzosa y para mí mas peligrosa, de la lepra de mis pecados; Vos, que no contento de limpiarme, os dignais tambien de alimentarme de vuestra carne, y de darme á beber vuestra sangre, y de comunicarme vuestro ser divino? ¡Ah! ¿no deberia toda mi vida ser un continuo hacimiento de gracias por tantos beneficios? Y con todo eso es bien débil mi agradecimiento; jamás hablo de vuestras gracias, ni jamás las considero para conmigo mismo.

Lo 3.° *Consideremos cuán raro es el reconocimiento para con Dios*... «Y respondiendo Jesús, dijo: ¿Por ventura no son diez los que han «quedado limpios? Y los nueve ¿dónde están? ¿No se ha hallado «quien volviese y diese gloria á Dios sino este extranjero?...» El que sabia tan bien el número de los leprosos que habian quedado sanos, no ignoraba dónde se hallaban los nueve ingratos de quienes daba las quejas; pero habla así para darnos á entender cuán raro es el reconocimiento, y quiénes son los que por lo ordinario son los mas ingratos... Despues de una solemnidad, de una mision, de un retiro, despues de las fiestas de la Pascua, en que muchos pecadores han sanado de su lepra, ¿se ven acaso muchos de estos en otra próxima fiesta volver al Salvador y mostrarle su reconocimiento?

¿De diez de estos apenas se ve uno? y los otros nueve ¿dónde están? Han puesto en olvido la gracia recibida, y acaso la han perdido ya. Atienden á sus intereses temporales, se abandonan á la disipacion, á la alegría, á los placeres, y acaso están sumergidos en sus mismos pecados, en sus mismos malos hábitos... Solo el extranjero se mueve al reconocimiento; porque se considera como el mas indigno del favor que ha recibido. En nosotros quedan sofocados los sentimientos de gratitud; porque nos imaginamos, como los judíos, que todo nos es debido. ¡Ah! si por el contrario reflexionásemos que respecto de la fe somos nosotros extranjeros, en cuanto ella no nos es debida de modo alguno; si pensásemos que el deseo de recurrir á la penitencia es una gracia del Salvador; que aquella absolucion que recibimos con tanta indiferencia es el precio de su sangre y de su muerte; que es un exceso de sus misericordias, y que si hubiésemos muerto un momento antes de recuperar su gracia estábamos eternamente condenados; entonces por ventura reconoceríamos el precio de nuestra reconciliacion, y mostraríamos nuestro agradecimiento... Tal vez se mueven mas al reconocimiento los mas grandes pecadores; aquellos que parecian estaban mas léjos de Dios, que aquellos que gozan cada dia de sus beneficios.

Lo 4.° *Consideremos cuán útil es la gratitud, para con Dios, para el que está penetrado de ella*... «Y le dijo: Levántate; véte, que tu fe «te ha hecho salvo...» Los otros tambien habian sido salvos por su fe; pero no tuvieron la dicha de oírselo decir de la boca de Jesucristo mismo... ¡Ah! cuánto mas iluminada, aumentada y ardiente quedó la fe del samaritano por esta divina palabra del Salvador! El temor de los sacerdotes habia acaso sofocado en los nueve judíos la voz del reconocimiento. Pero si entonces fueron tan tímidos y tan ingratos, ¿cuáles vendrian á ser poco tiempo despues, cuando la persecucion contra Jesucristo y sus Apóstoles se declaró manifiestamente? En órden á nuestro fiel samaritano, que habia levantado la voz en Jerusalen y en la Judea, podemos bien creer que no guardó silencio cuando la Samaria hubo recibido la palabra del Evangelio [1]. La gratitud es un fuerte indicio de la perseverancia: la ingratitud anuncia la inconstancia.

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, reconozco y deploro mi ingratitud para con Vos. ¡Ah! Señor, acoged un pecador que el reconocimiento conduce en este

[1] Act. VIII, 14, 15.

instante á vuestros piés y quiere estarse aquí para siempre. Animad y fortificad Vos mismo la gratitud de que en este momento estoy penetrado, y hacedla estable y permanente, para que continuamente pueda sacar de ella un nuevo esfuerzo para caminar por las sendas de la justicia. Amen.

MEDITACION CCVIII.

DISCURSO DE JESUCRISTO CON LOS JUDÍOS DE JERUSALEN EN UN DIA DE LA FIESTA DE LA DEDICACION.

(Joan. x, 22–30).

1.° Jesucristo les reprende su incredulidad; 2.° les habla de sus ovejas; 3.° de sus misterios.

PUNTO I.

De la incredulidad de los judíos.

Lo 1.° *Incredulidad hipócrita*... «Y se hacia en Jerusalen la fies- «ta de la dedicacion, y era invierno. Y Jesús caminaba por el tem- «plo en el pórtico de Salomon. Y los judíos lo cercaron...» Cuando llegó el Salvador á Jerusalen se celebraba la fiesta de la renovacion de la dedicacion del templo, instituida por Judas Macabeo [1]. Esta fiesta se celebraba con octava, como las tres grandes solemnidades prescritas por la ley. Esta caia en el invierno, y comenzaba segun nuestra manera de contar hácia el fin de diciembre, cerca de dos meses despues de la fiesta de los Tabernáculos. Estaba ya el Salvador al fin del año treinta y dos de su edad, y bien presto iba á empezar el treinta y tres, que debia ser el último de su vida mortal. Si en el curso de esta fiesta no dió Jesucristo motivo de admiracion á los ojos de los judíos con alguna de sus maravillas con que habia siempre señalado su demora en la capital, se puede decir que ya en ella se habia hecho anunciar con diez milagros visibles en la persona de diez leprosos que habia enviado á los sacerdotes: compareció en el templo bien temprano por la mañana, y como segun la estacion hacia frio, se paseaba en el pórtico de Salomon esperando que la asamblea se juntase. Era este un grande atrio á que se habia dado el nombre del primer fundador del templo. Apenas tuvieron noticia de la llegada de Jesús, se dieron priesa para venir á encontrarlo, y en poco tiempo se halló cercado de una grande multitud de oyentes. Los principales de los judíos y sus mortales ene-

[1] I Mach. IV, 56, 59.

migos, hallándose mas cercanos á él, dieron principio á la conferencia... «Y le decian: ¿Hasta cuándo tendrás tú en suspension nues«tros ánimos? Si tú eres Cristo, dínoslo abiertamente...» ¿Quién no creeria al oir á estos hipócritas que se hallaban en las mas favorables disposiciones para con Jesucristo, y que injustamente se les negaba la declaracion que pedian, y que parecia tan justa y racional? Pero Jesús conocia el fondo de sus corazones y su mala fe... Así tambien nosotros debemos hacer poco caso de los lamentos de los impíos y de los herejes, cuando nos dicen que ellos piden solamente una prueba decisiva, una explicacion clara y precisa, una decision auténtica de la Iglesia para sujetarse. ¡Miserable artificio! no es la claridad, la precision, la evidencia, las luces, las que faltan; lo que falta es la humildad, la docilidad y la buena fe que ellos echan á un lado. ¡Ah! adquiramos estas virtudes, tengamos los ojos de la fe, y verémos la luz, y no harémos ya mas pregunta alguna.

Lo 2.° *Incredulidad obstinada*... «Les respondió Jesús: Os lo di«go, y no creeis: las obras que yo hago en el nombre de mi Padre, «estas dan testimonio de mí...» ¡Qué testimonio! ¡y qué obstinacion se requeria para resistirle! Obstinacion que camina al mismo paso que la de los incrédulos de nuestros dias. Todo habla, y ellos no creen: la historia, los monumentos, los siglos, la Iglesia, los pastores, los pueblos, el universo habla, y ellos nada quieren entender, no quieren creer.

Lo 3.° *Incredulidad orgullosa*... Añadió el Salvador: «Pero vos«otros no creeis, porque no sois del número de mis ovejas...» En estas dos palabras se hallan el orígen y el castigo de la incredulidad. El orgullo, aquel vicio tan opuesto á la dulzura y á la docilidad de las ovejas; el orgullo hace que no seamos ovejas dóciles: hé aquí el orígen de la incredulidad; y la incredulidad hace que seamos separados del número de las ovejas: hé aquí el castigo. En vano el judío reconoce á Moisés, el deista á Dios, el hereje á Jesucristo: en vano el impío lleva el nombre que recibió en el Bautismo; en vano el hereje se hace una Iglesia, ó se la figura en su idea para unirse á ella: desde que salió de la Iglesia de Jesucristo, ó no tiene su fe, ya no es de las ovejas de Jesucristo, y no tendrá jamás parte en su reino.

PUNTO II.

De las ovejas de Jesucristo.

Lo 1.° *Su docilidad*... «Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las co-

«nozco, y me siguen...» *Docilidad de espíritu: escuchan su voz...* La escuchan en la leccion, en la meditacion de la Escritura, en la predicacion de la divina palabra. La escuchan en la enseñanza y en las decisiones de la Iglesia, la escuchan en lo interior de sus almas, en el tiempo de la oracion y de un profundo recogimiento... *Docilidad de corazon...* Lo siguen en sus preceptos, en sus máximas, en sus consejos, en sus sentimientos... *Docilidad de accion...* Lo siguen en la oracion, en las obras del celo y de la caridad. Lo siguen al templo, al desierto, en el retiro, en la soledad. Lo siguen en el estado de la vida á que los llama, y en el cumplimiento de todas las obligaciones del estado de vida que han abrazado. Finalmente, lo siguen al Calvario sobre la cruz y hasta en el sepulcro. ¡Almas afortunadas! lo siguen finalmente en el cielo y en la eternidad.

Lo 2.° *Su felicidad sobre la tierra...* Jesús las conoce... «Y yo las «conozco...» Jesús conoce tambien aquellos que no quieren ser suyos; pero el conocimiento que él tiene de sus ovejas es un conocimiento de amor, de proteccion, de direccion. Él las ama, las distingue en medio del mundo y entre las mas numerosas asambleas. Las protege, las defiende, las sostiene, y hace que se conviertan en provecho suyo y sirvan á su perfeccion todos los acaecimientos. Las dirige, las guia, las inspira, y las hace conocer, cuanto es necesario, el camino que deben llevar y el partido que han de seguir. Ovejillas afortunadas, conocidas de Jesucristo, vuestra suerte es bien digna de envidia. ¡Ah! procuremos ser ovejas dóciles, y serémos ovejas conocidas y amadas de Jesucristo.

Lo 3.° *Su recompensa en el cielo...* «Y yo les doy vida eterna, y «no perecerán eternamente...» ¡Oh vida eterna! ¿harás tú siempre una impresion débil sobre nuestros corazones? ¡Entrar en posesion de una vida eterna, huir los suplicios de una muerte eterna! Á esta palabra no deberíamos jamás hallar alguna dificultad. Ambicion, placeres, intereses, envidia, odio, amor, regocijo, libertad, disipacion, todo debe ceder á esta grande palabra, *vivir eternamente, no perecer eternamente*. Puesto entre estos dos puntos, seguro de vivir ó de padecer eternamente, me arrojo á vuestros piés, ó divino Jesús, como la mas humilde y la mas dócil de vuestras ovejas. ¡Salvadme, ó Salvador mio! dadme la vida eterna, y no permitais jamás que caiga en la muerte eterna... Perdonadme mis pecados, mis pasados desvaríos; desvaríos tanto mayores, cuanto mas frecuentes. ¡Ah! quiero comenzar en este dia á seros fiel. Os hago aquí la promesa solemne; concededme vuestra gracia para cumplirla.

PUNTO III.

De los misterios de Jesucristo.

Continuando Jesucristo su discurso, se explica de tal manera, que declara y nos hace advertir misterios que declaran la predicacion de los Apóstoles y la fe de la Iglesia.

1.° *Misterio de una potencia infinita...* «Y ninguno las arrebatará «de mi mano...» Las ovejas de Jesucristo, las almas fieles que creen en él, que observan su ley, que tienen su fe, su gracia y su amor, están en su mano, y ninguno, ni hombre ni demonio, por violencia ó por artificio, puede contra su voluntad quitárselas. Ninguna otra cosa tienen que temer que á sí mismas, su propio corazon y su libertad. Pero cuando habrán perseverado hasta el fin, cuando la muerte habrá puesto el sello á su fidelidad, y no se tratará de otra cosa que de su recompensa, libres entonces de todo peligro y de todo temor reposarán entre las manos de su Salvador, y no podrá sacarlas de allí potencia alguna. ¡Oh qué felicidad! pero comprendamos bien la razon que da Jesucristo de esto, y que sirve para descubrirnos otros muchos misterios capaces de arrebatarnos de admiracion, y de llevar tras sí todos nuestros pensamientos.

2.° *Misterio de la encarnacion y de la redencion...* «Lo que el Padre «me ha dado á mí sobrepuja todas las cosas...» Una alma que cree en Jesucristo, que es fiel á su ley, y que persevera en su fidelidad, es un don que el Padre da al Hijo; porque esta alma cree, es fiel, y persevera solo por la gracia del Padre, merecida por el Hijo, merecida con las humillaciones, con los tormentos y con la muerte del Hijo, y con todo lo que el Hijo ha padecido en su humanidad: ahora este don es mas grande que cualquiera otra cosa, sobrepuja todas las cosas, y es fuera de toda expectacion. ¿Quién le disputará al Hijo de Dios lo que Dios su Padre le ha dado?... ¡Almas bienaventuradas, cuán grande es vuestra gloria, cuán segura vuestra felicidad! ¿Qué es lo que yo no debo hacer para merecerme una tal ventura? Ó Dios, Criador mio, Padre mio, Vos ya me habeis dado á vuestro Hijo para creer en él; cumplid, ó Señor, vuestra obra, concededme la gracia de ser fiel á su ley y de perseverar en ella hasta la muerte, de ser del número de aquellos que Vos le dais para reinar eternamente con él. ¡Ay de mí! ¿tendré yo la desgracia de echarme fuera de una suerte tan gloriosa y tan afortunada para entrar en otra? ¿Y á quién me daré yo? ¿Al demonio que solo quie-

re mi perdicion? ¿Al mundo que perecerá? ¿Á la carne que caerá en la podredumbre y en el polvo? ¡Ah! á Vos me doy, ó Dios mio; dadme á mi Salvador, yo á él me doy y á Vos por el tiempo y por la eternidad.

3.° *Misterio de la consustancialidad y de la Trinidad*... «Aquello «que el Padre me ha dado á mí sobrepuja á toda otra cosa, y nin«guno puede arrebatarlo de la mano de mi Padre...» Permitid, Señor, que yo os pida la explicacion de estas palabras... Vos habeis dicho poco antes que ninguno sacará vuestras ovejas de vuestras manos, y aquí Vos decís que vuestro Padre os las ha dado, y que ninguno puede arrebatarlas de sus manos. Parece que habríais debido decir y repetir que ninguno puede arrebatarlas de vuestras manos, entre las cuales han estado presentadas en don que de ellas os ha hecho vuestro Padre. ¿Por qué decís Vos, pues, que ninguno las arrebatará de las manos de vuestro Padre?... Escucha, alma mia, escucha con espanto y con respeto las palabras de tu Salvador... «Yo y el Padre somos una cosa sola...» ¡Oh abismo de profundidad! ¡oh majestad adorable y terrible! delante de Vos me reduzco á nada, mi espíritu se confunde, mis sentidos se turban, y cae en deliquio mi corazon. Animad vuestra criatura, ó Dios mio, para que pueda contemplar en la luz de la fe la majestad de vuestro ser. Hé aquí, pues, dos personas bien distintas, el Padre y el Hijo; el Padre que da á su Hijo, y el Hijo que recibe de su Padre. Y estas dos personas son un mismo ser, una misma naturaleza, una misma sustancia, una misma divinidad, una misma potencia, una misma esencia, un mismo Dios. ¡Oh Dios de majestad, qué gloria habitais Vos! ¿Y quién podrá contemplar su esplendor? Pero ¿comprendemos nosotros cómo y cuánto participamos de estos profundos misterios? ¿Es, pues, cierto que nosotros, hombres frágiles y miserables criaturas sobre la tierra, hemos sido rescatados con la sangre y con la muerte de un Dios, que hemos sido santificados por la infusion del Espíritu Santo, que es la tercera persona de la adorable Trinidad, y en todo igual á las otras dos? ¿Es posible que nosotros hayamos de ser en el cielo el don que Dios Padre hará á su Hijo, que Dios Hijo recibirá de su Padre, y que las tres divinas Personas se harán gloria de poseer sin que alguno pueda arrebatárselo?

Peticion y coloquio.

¡Á qué suerte feliz, ó Dios mio, estoy yo destinado! Haced, ó Señor, que en adelante conciba solo sentimientos dignos de una tal

grandeza, de una tal nobleza, y que esté siempre pronto á hacerlo todo, á sufrirlo todo para llegar á un tan glorioso destino. Amen.

MEDITACION CCIX.

FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO CON LOS JUDÍOS DE JERUSALEN EN UN DIA DE LA FIESTA DE LA DEDICACION.

(Joan. x, 31-39).

Observemos : 1.° cómo calma Jesús el tumulto de los judíos ; 2.° cómo se justifica en órden á la blasfemia que se le imputa ; 3.° cómo prueba y confirma todo lo que ha dicho.

PUNTO I.

Jesús calma el tumulto de los judíos.

1.° *Furor de los judíos*... «Y echaron mano los judíos á las piedras «para apedrearlo...» Hé aquí, pues, la buena fe de aquellos hombres que no pedian otra cosa sino que el Señor no los dejase suspensos y dudosos, y que les hablase claro. Apenas ha empezado á explicarse, se arman de piedras, y no desean otra cosa que sangre... Se han visto en todos los siglos tener los herejes el mismo lenguaje y la misma conducta... Sus cabezas han comenzado con protestar que ellos sometian todos sus sentimientos y todas sus expresiones al juicio de la Santa Sede. ¿Ha dado la Santa Sede alguna señal de reprobacion, algun breve de condenacion? Hélos aquí ya irritados reclamar y pedir un decreto en la forma mas auténtica. Si se publica el decreto, hélos aquí armados, desenfrenados y con mayor furor pedir un concilio. ¿Ha decidido el concilio? Ya no toman medidas algunas. Las guerras, las persecuciones mas sangrientas son el fruto. Para no hablar de otras herejías y atenernos á la que es á nuestro propósito, como la que ha negado la divinidad de Jesucristo, el arrianismo ¿cómo ha tratado al primer concilio ecuménico? ¿cómo ha recibido el término de *consustancialidad*, tan propio para explicar claramente la fe católica? ¿Cuántos artificios, cuántas mentiras, cuántas calumnias no se han empleado para eludir la decision del concilio? Y finalmente, ¿cuántos rios de sangre no ha hecho correr la herejía por destruir esta verdad?

2.° *Dulzura y tranquilidad de Jesús*... Ya se habian puesto otra vez los judíos en movimiento para apedrearlo [1], pero él se escondió, y de esta manera se huyó de sus manos. Despues de lo que poco há

[1] Joan. VIII, 59.

habia dicho en órden á su poder, ¿no era por ventura conveniente que hiciese otro tanto en esta ocasion? Les hizo, pues, ver aquí que él no temia su furor, y que era el Señor de todos los sucesos. Se contentó con decirles tranquilamente y con dulzura... «Jesús les «respondió: Muchas buenas obras os he hecho ver por virtud de mi «Padre. ¿Por cuál de estas obras me apedreais?...» Vosotros os armais contra mí; ¿estais sedientos de mi sangre? ¿Cuál es, pues, el motivo de tanto furor? He hecho á vuestra vista obras admirables. Las he hecho para vuestro bien y en vuestro provecho, las he hecho en el nombre y en virtud de mi Padre. ¿Cuál, pues, de estas obras de poder ó de misericordia enciende vuestro odio? ¿Acaso la sanidad del paralítico de treinta y ocho años, ó la del ciego de su nacimiento excita vuestra indignacion? ¿Me quereis acaso apedrear por estas obras milagrosas, ó por tantas otras que he obrado en vuestra presencia?... Apliquémonos estas palabras en el tiempo de la tentacion ó en la ocasion de pecar... Alma mia, desde que Dios te ha puesto en el mundo no ha cesado de colmarte de bienes, y te promete aun otros mayores en el otro. ¿Por cuál de estos beneficios quieres tú ofenderlo? ¡Oh Dios mio, cuán inexcusables me parecen mis pecados cuando los comparo con vuestro amor y con vuestros beneficios!

3.° *Acusacion de los judíos*... «Le respondieron los judíos, y di«jeron: No te apedreamos por una obra buena; sino por la blasfe«mia, y porque siendo tú hombre te haces el mismo Dios...» Habia en esta acusacion una contradiccion manifiesta. Las obras de que se trataba, siendo obras milagrosas y una interrupcion del curso de la naturaleza, era contradiccion que este hombre que las hacia en nombre de Dios su Padre pudiese blasfemar, y cuando haciéndolas aseguraba que, bien que fuese hombre, era no obstante Hijo de Dios, una misma cosa con Dios, y Dios él mismo, era un oráculo que convenia adorar, y que no podia en tales circunstancias ser mirado como una blasfemia... ¿Hay acaso menos de contradiccion en la acusacion que ciertos cristianos se atreven á intentar contra la Iglesia, la esposa de Jesucristo, cuando despues de haberle Jesucristo prometido su infalibilidad hasta la fin de los siglos, se atreven á acusarla de supersticion y de idolatría, y á imputarle que condena y persigue la verdad, y que blasfema contra el amor de Dios, contra su omnipotencia y contra su gracia? ¡Ah! Señor, son vuestros enemigos los que blasfeman contra Dios, blasfemando de esta manera contra Vos y contra vuestra Iglesia. ¡Oh qué consolacion, oh

qué fuerza deben encontrar en Vos los que por su adhesion á vuestra Iglesia son acusados de blasfemia, viendo que Vos mismo habeis sido acusado de ella!

PUNTO II.

Jesús se justifica de la blasfemia que le viene imputada.

Lo 1.° *Jesucristo se justifica con un argumento de paridad*... «Les «respondió Jesús: ¿No está escrito en vuestra ley, yo dije: vosotros «sois dioses?...» Llamándoles á la memoria que hay hombres que Dios mismo llama dioses en la Escritura [1] é hijos del Altísimo, les hace bien conocer que no conviene por tanto escandalizarse tan presto de esta denominacion, sin haber examinado primero quién es el que se la atribuye. Ninguna cosa habria mas propia para sosegar los espíritus que este paso. Por eso el pueblo continuó á escucharlo sin interrumpirle, y el Salvador se aprovechó de su atencion para instruirnos y revelarnos los sublimes misterios de su divinidad.

Lo 2.° *Jesucristo se justifica con un argumento de menor á mayor*... «Si llamó dioses á aquellos á quienes Dios habló, y la Escritura «no puede faltar, yo á quien el Padre ha santificado y enviado al «mundo, ¿vosotros decís que blasfemo porque he dicho soy Hijo de «Dios?...» El Salvador indica aquí dos diferencias que se hallan entre él y los hombres á quienes la Escritura llama dioses. La primera, que ellos son jueces á quienes Dios endereza la palabra para reprenderles su poca rectitud y la iniquidad de sus juicios, y él es aquel que el Padre ha santificado. Los judíos no podian entender como nosotros toda la fuerza de esta palabra: El Padre ha santificado al Hijo, porque lo ha engendrado eternamente en la plenitud de su santidad, porque ha ungido su sagrada humanidad con la uncion de la divinidad misma, uniéndolo en unidad de persona con el Verbo eterno, la segunda persona de la santísima Trinidad; y en consecuencia de esta divina union ha puesto en ella los tesoros de la ciencia, de la sabiduría y de la gracia, y sobre ella ha hecho reposar su Espíritu Santo. Pero lo que veian los judíos era á lo menos una vida santa é irreprensible, una vida de prodigios y de milagros inauditos... La segunda diferencia consiste en esto, que estos hombres eran jueces á los cuales se habia enderezado la palabra de Dios para constituirlos jueces, enviándolos con esta cualidad á su pueblo; y Jesús es aquel que ha enviado el Padre al mundo.

[1] Psalm. LXXXI, 6.

Expresion única y que no conviene á algun otro hombre que á Jesucristo, porque él no es otra cosa que el Verbo encarnado hecho hombre. Esta expresion supone que él existia antes de ser concebido en el seno de la Vírgen, segun que el mismo Jesucristo habia dicho [1] cuando los judíos quisieron apedrearlo la primera vez... «Antes que fuese hecho Abrahan, yo soy...» Dios ha criado y puesto en el mundo á todos nosotros, lo que supone que nosotros no éramos antes: al contrario, para ser enviado conviene existir ya. De aquí ha escogido Dios entre nosotros aquellos hombres que habia criado, y los ha enviado á este ó al otro pueblo para el tal y el tal ministerio. Pero solo Jesucristo es el que ha sido enviado á este mundo para rescatarlo y santificarlo... ¡Os adoro, ó Santo de los Santos, ó Salvador adorable! Me alegro de lo que sois, doy gracias á Dios vuestro Padre por haberos enviado, y á Vos, ó Señor, por haber venido á nosotros con tanto amor, con tanta bondad y con tanta misericordia.

Lo 3.° *Jesucristo se justifica con una tierna reprension*... «Vos«otros decís: tú blasfemas; porque he dicho soy Hijo de Dios...» Como si dijese: ¿Quién es, pues, el que me acusa de blasfemía? ¿Sois vosotros, vosotros, digo, instruidos de la ley y de los Profetas; vosotros, advertidos de la venida del Mesías y del tiempo en que debe comparecer; vosotros, que sabeis que él debe ser *vuestro Dios con vosotros* [2], vosotros que actualmente lo esperais; vosotros, que habeis visto mis obras y habeis gozado de mis beneficios; vosotros sois aquellos que me decís que he blasfemado, porque he dicho que soy Hijo de Dios?... Despues de esta divina apología, acompañada de una tierna reprension, debian por cierto las piedras caerse de las manos de los judíos, manifestarse la confusion sobre sus frentes, y penetrar el arrepentimiento sus corazones; pero si estos hombres endurecidos no os hacen justicia, permitidme, ó Señor y Salvador mio, que yo me empeñe en daros una condigna recompensa con mis respetos y con mi amor. ¿Es posible, ó Dios de la santidad, que los hombres os traten de blasfemo en el tiempo mismo que Vos les descubrís los misterios de vuestra divinidad para hacerlos participantes de ella? ¡Ah! ¿no es esto puntualmente lo que debe hacer nuestra gloria y nuestra felicidad, tener un tal Salvador? ¿No es vuestra divinidad el orígen de nuestra consolacion y el fundamento de toda nuestra esperanza? ¡Y Vos, ó Señor, Vos escuchais con paciencia estas blasfemias que podeis castigar en un

[1] Joan. VIII, 59. — [2] Manuel.

momento! ¡Vós os dignais de respondernos con dulzura, y en vez de disgustaros de nosotros y de abandonarnos, tomais siempre ocasion para mas instruirnos y revelarnos vuestros mas profundos misterios! ¡Qué misericordia!

PUNTO III.

Jesús prueba y confirma todo lo que habia dicho.

1.° *Lo prueba con sus obras...* «Si no hago las obras de mi Pa«dre, no me creais; pero si las hago, cuando no querais creerme «á mí, creed á las obras...» Prueba decisiva. Milagros acompañados de todos los caractéres de la verdad son el lenguaje de Dios mismo á que ningun hombre racional puede contradecir... Prueba adaptada á la inteligencia de todo el mundo. El chico como el grande, el ignorante como el sábio, sienten su fuerza, y se rinden á ella... Prueba general que lo prueba todo y nada deja indeciso, y ya nò permite examinar otro punto ni contradecirle... Prueba incontrastable, porque consiste en hechos de suma importancia. Ahora estos hechos, si hubiesen sido falsos, no hubieran sido creidos por los primeros que hubieran sido testigos de su falsedad, mucho menos de las edades futuras, ni jamás hubieran llegado hasta nosotros como verdaderos; sino á lo mas, como fábulas ó imposturas, ni jamás hubiera habido en el mundo Cristianismo... prueba inimitable... Por compendiosa y eficaz que sea esta prueba, ningun engañador, ningun entusiasta se ha atrevido jamás á emplearla pára favorecer á su error; ninguno jamás ha tenido la audacia de decir: «cuando no querais creerme á mí, creed á las obras...» Este lenguaje divino estaba reservado al Hijo de Dios y á los que obren en su nombre. Si alguno hubiese querido tentar este camino, no se hubiera llevado tras sí otra cosa que el desprecio. ¿Por qué? porque consistiendo esta prueba en hechos públicos no hubieran podido los hechos fingidos y supuestos obtener del público una fe general y durable. Ahora justamente, sobre esta prueba sólida á que se unen otras muchas, está apoyado como sobre un inmoble fundamento el edificio de nuestra fe, que ninguna cosa de este mundo echará jamás por tierra ni podrá conmover.

2.° *Jesucristo confirma todo lo que ha dicho, repitiéndolo...* «Creed «á las obras, para que conozcais y creais que el Padre está en mí, y «yo en el Padre...» Esto es lo que el Salvador habia dicho al principio con aquellas palabras... «Yo y el Padre somos una cosa so-

«la...» No ha vuelto á tomar esta palabra para modificarla, ó alterar lo que habia dicho, ni para rebatir como una calumnia lo que se decia, esto es, que él se hacia Dios; vuelve bien, sí, á tomarla para insinuarles esta verdad, para persuadírsela con dulzura, y para confirmarla con expresiones aun mas fuertes. Las tres Personas de la santísima Trinidad, bien que diferentes y realmente distintas entre sí, están no obstante la una en la otra, porque igualmente subsisten todas tres en la misma naturaleza, en la misma esencia, en la misma divinidad, de manera que cada una de ellas es Dios, y todas tres no son sino un Dios. Hé aquí la profundidad del ser de Dios y la majestad de nuestro Redentor. Hé aquí lo que debemos reconocer en órden á este grande misterio, lo que no podemos comprender, pero que debemos creer. Hé aquí lo que debe anonadarnos delante de nuestro Dios, arrebatarnos de admiracion, penetrarnos de reconocimiento y de amor, y unirnos inviolablemente á Jesucristo nuestro divino Salvador, nuestro Mediador y nuestro Dios.

3.° *Conclusion de este coloquio*... «Intentaban por tanto prender-«lo; pero él salió de sus manos...» El pueblo se estuvo en silencio. Muchos, de cierto, debieron quedar sorprendidos de admiracion. Los de Jerusalen, que creian en él, y eran sus discípulos secretos, quedaron consolados y fortificados; pero los cabezas del pueblo, los magistrados, los sacerdotes, los escribas y los fariseos, no pudiendo dar alguna respuesta, ni pudiendo negar los hechos, quedaron mayormente enfurecidos. Abandonándose á los excesos del odio y de la envidia, y no atreviéndose á hacer en público algun tentativo, determinaron prenderlo y condenarlo segun todas las formas de un juicio regular: buscaron para esto la ocasion; pero Jesús se salvó todavía de sus manos, salió por la última vez de Jerusalen y para no volver ya mas, sino cuando vendria á entregarse al furor de sus enemigos, á ejecutar las órdenes de su Padre, y á cumplir la obra de nuestra redencion. ¡Qué ceguedad en estos hombres! ¡qué desventura para este pueblo haber tenido tales cabezas, tales guias! Pero ¡qué infelicidad tambien en este pueblo haberse dejado engañar, contra sus propias luces y contra los remordimientos de su conciencia, de los principales, cuya pasion, odio é injusticia eran tan manifiestas!

Peticion y coloquio.

Gran Dios, ¡cuán profundos son vuestros caminos é impenetrables vuestros secretos! ¡Preservadme de la ceguedad de estos indó-

ciles judíos! Admirable sabiduría de mi Dios, Vos no habeis querido obligarme á creer misterios superiores á la razon, sin haber hecho primero obras superiores á la naturaleza para confirmármelos. ¡Ah! quiero vivir y morir en la fe práctica de esta santa y adorable religion que Vos me habeis revelado... Amen.

MEDITACION CCX.

JESÚS DEJA Á JERUSALEN, Y SE RETIRA Á LA OTRA PARTE DEL JORDAN.

(Marc. x, 1; Joan. x, 40-42; Matth. xix, 1, 2).

Observemos: 1.° el lugar donde Jesús se retira; 2.° las ocupaciones de Jesús en el lugar de su retiro; 3.° el razonamiento que hace el pueblo sobre la persona de Jesucristo.

PUNTO I.

Del lugar donde Jesús se retira.

«Y partiéndose, se fué hácia los confines de la Judea, á la otra «parte del Jordan... á aquel lugar donde Juan habia dado princi«pio á bautizar, y allí se detuvo...» San Mateo y san Marcos dicen que «Jesús se partió de la Galilea, y fué hácia los confines de la «Judea, á la otra parte del Jordan...» Esto es ciertamente verdad; pero no se debe concluir que el retiro de Jesús á la otra parte del Jordan se haya seguido inmediatamente á su partida de la Galilea. Entre estos dos acontecimientos ocurrieron otras muchas cosas que cuentan san Lucas y san Juan, y que ya hemos explicado [1]. El Salvador, pues, inmediatamente despues de su salida de Jerusalen, se retiró á la otra parte del Jordan, como dice san Juan, para echarse fuera de las pesquisas de los cabezas de los judíos, sobre la ribera occidental de este rio, donde se detuvo cerca de tres meses. Habia ya comparecido en estas partes, cuando el Precursor lo habia mostrado á sus discípulos como el Cordero de Dios [2], despues de haber dado testimonio de él delante del pueblo, y á los diputados de la Sinagoga. Aquí justamente habia empezado el divino Salvador á juntar discípulos, de los cuales los primeros fueron Pedro, Andrés, Felipe y Natanael [3]. Aquí, finalmente, Juan Bautista mismo, echado por los escribas de los primeros desiertos que habia santificado con sus predicaciones [4], se habia retirado para bautizar é instruir antes

[1] Medit. CL hasta la presente.
[2] Joan. I, 29. — [3] Ibid. 38, 47. — [4] Matth. III, 13.

de ser obligado á huirse hasta la Galilea, para evitar nuevas persecuciones [1]. Observemos, por tanto, las particulares circunstancias de este lugar.

Lo 1.° *El lugar donde se retiró el Salvador fue un lugar de soledad y de penitencia*... Aquí tambien nos debemos nosotros retirar con él, principalmente en el tiempo de afliccion y de persecucion.

Lo 2.° *El lugar donde se retiró el Salvador fue un lugar de bautismo y de consagracion,* para enseñarnos á revolver muchas veces en nuestra memoria las obligaciones contraidas en nuestro Bautismo y en nuestra vocacion, las obligaciones de nuestro estado y los sentimientos del primer fervor.

Lo 3.° *El lugar donde se retiró el Salvador fue un lugar de testimonio y de verdad*... Aquel que hallándose perseguido por la verdad se refugia, no en el centro de la unidad católica, sino entre los herejes y cismáticos, apetece su amistad y su proteccion, y de ellos viene acogido como amigo y confederado, contradice á sí mismo, hace traicion á su causa, y manifiesta su error.

PUNTO II.

De las ocupaciones de Jesucristo en el lugar de su retiro.

Lo 1.° *Jesús enseñaba*... «Y se juntaron de nuevo al rededor de «él las turbas...» No obstante la furia cási general de los sacerdotes del santuario y la violencia declarada de los cabezas de la república, luego que Jesús se mostró sobre los confines de la Judea, á la otra parte del Jordan, los habitadores mismos de Jerusalen, que se habian unido constantemente á él, ganados de sus instrucciones y de sus milagros, y un grandísimo número de prosélitos, esparcidos acá y allá, de los que la mayor parte habian sido discípulos de su Precursor, vinieron á encontrarlo, y él los confirmaba en la fe y los instruia... Vamos tambien nosotros á este divino Salvador. Le hallarémos en la soledad, en la oracion y en el recogimiento: roguémosle que nos instruya, que nos ilumine, que nos haga gustar sus divinos misterios y sus santas máximas, y no nos desechará.

Lo 2.° *Jesús sanaba los enfermos*... «Y lo seguian muchas tur«bas, y los sanó allí...» Muchos enfermos corrieron á buscarlo, ó se hicieron llevar á sus piés, para ser libertados de sus males, y los sanó... Sigamos nosotros tambien con confianza á este divino Salvador: expongámosle nuestras enfermedades y los achaques de nues-

[1] Joan. III, 3.

tra alma despues de haber adquirido un perfecto conocimiento de ellos: tengamos un verdadero deseo de sanar de ellos, y él los sanará.

Lo 3.° *Jesús hace todo esto...* «como lo solia hacer...» Así como por todas partes en sus trabajos tenia el mismo fin, esto es, de preparar el pueblo de Israel al establecimiento del reino de Dios; por todas partes tambien observaba el mismo método, y jamás se veia diversidad en sus ejercicios... Imitemos á nuestro Salvador. En cualquier parte donde vayamos, en cualquier lugar que la Providencia nos coloque, con cualquiera persona que hayamos de tratar, adoptemos esta buena costumbre; esta nos siga en todo lugar, esto es, de instruir segun nuestro estado, de edificar, de hablar de Dios, de dar buenos consejos, de inducir al bien y á la virtud, de consolar los afligidos, de visitar y aliviar á los enfermos; sin que la persecucion de los hombres, su malicia, su ingratitud, el poco fruto que recojamos de nuestras penas nos hagan jamás aflojar en la práctica de estas buenas obras. Pero ¡ay de mí! ¿no tenemos nosotros, por ventura, una costumbre del todo contraria? No somos, acaso, de aquellos que en todos los lugares escandalizan, que se están ociosos, y son inútiles en todas partes, ó que al mas mínimo disgusto recibido lo abandonan todo, ó todo lo hacen con disgusto y negligencia? ¡Ah! ¿ignoramos nosotros, por ventura, que servimos á un Dios, y que de él solo debemos esperar nuestra recompensa?

PUNTO III.

Del razonamiento que hace el pueblo.

Cuando el pueblo se veia en libertad, y no estaba cercado de sus falsos doctores, entonces discurria sobre Jesús en una manera muy juiciosa. Aquí compara á Jesús con Juan Bautista, que él habia visto y oido en este mismo lugar. Sobre esto hace dos reflexiones juiciosísimas; observa dos cosas, y de ellas saca una consecuencia justísima.

1.ª *Observacion... Que Juan Bautista no habia hecho algun milagro...* «Y volvieron muchos á él, y decian: Juan, en verdad, no «hizo ningun milagro...» Esto es, Juan Bautista compareció con la mision ordinaria de los enviados de Dios; no ha hecho ni siquiera un milagro, y con todo eso nosotros no hemos dejado de creer á su palabra. La austeridad de su vida, el esplendor de sus virtudes, la fuerza y la sabiduría de sus discursos nos lo han hecho mirar como

un profeta, han bastado para llevar á él todo el mundo, y para formar un gran número de discípulos. Pero Jesús ¿no tiene un mérito mucho mayor que Juan? su vida no parece tan austera; pero su santidad con una vida comun en la apariencia ¿no es aun mas luminosa? Los ejemplos de virtud que da en todos géneros son adaptados á la capacidad de un mayor número de personas, y se insinúan con mayor dulzura. Sus discursos al pueblo y sus respuestas á los fariseos son de una sabiduría y de una autoridad muy superior á la de la predicacion de Juan. Sobre todo ejercita un poder absoluto sobre toda la naturaleza; obra todos los dias prodigios que no pueden venir de otra parte que de Dios. ¿Por qué, pues, tendrémos nosotros dificultad de creer en él? ¿y podrémos nosotros mismos, sin incurrir la tacha de necios, dispensarnos de esto?

2.ª *Observacion... Que lo que Juan Bautista habia dicho de Jesús era verdad...* «Y todas las cosas que de este dijo Juan eran verda« deras...» Juan, continuaban ellos, Juan no se ha calificado jamás por aquel á quien nosotros debamos unirnos siempre: al contrario, no predicaba otra cosa sino para anunciar á otro que vendria despues de él; que debia crecer mientras que él seria disminuido, y que no era digno de desatar las cintas de sus zapatos... Juan mismo ha mostrado á Jesús diciendo: Veis allí el que os he anunciado. Juan ha anunciado á Jesús como el Hijo de Dios, y este mismo Jesús dice ahora que es el Hijo de Dios, y hace sus obras. Por esto la reputacion de Jesucristo, el número de sus discípulos, la grandeza de sus milagros, y la persecucion misma que él experimenta de nuestros príncipes y de nuestros sacerdotes... todo esto se concilia y concuerda con el testimonio de Juan. Despues de tantas pruebas, ¿no seríamos inexcusables si no creyésemos en él?

3.ª *Conclusion de estas observaciones...* De estas reflexiones se infiere que un gran número creyó en Jesucristo y se vino á él: «y « muchos creyeron en él...» Si los impíos, si los herejes quisieran cándidamente reflexionar sobre la historia de la Religion, sobre cuanto Dios ha obrado en el mundo y establecido sobre la tierra para guiar los hombres, iluminarlos y llamarlos á sí, no tardarian en mudar partido, y los veríamos con suma consolacion nuestra reunidos á la Iglesia de Jesucristo. Pero nosotros, que creemos todas estas verdades y que reflexionamos sobre ellas, ¿somos verdaderos discípulos de Jesucristo? ¿Cuál es nuestra adhesion á él? ¿cuál es la viveza de nuestra fe? ¿cuál la fidelidad de nuestro amor? ¿cuál nuestro ardor en observar su ley? ¿Serémos, pues, siempre nosotros neci-

gentes, tímidos, lánguidos en el servicio de un tan gran Señor, que ha hecho todas las cosas por nosotros, y que nos promete todavía tan grandes recompensas?

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, reconozco y detesto mis defectos, mi languidez y mi cobardía; de Vos mismo espero la sanidad de tantos males. Ó divino Salvador, ó cordero de Dios, ó esposo de mi alma, ó fuente de gracia, ó luz de los hombres, ó Jesús, aumentad mi fe, mi confianza y mi amor; aumentad tambien mi reconocimiento. No os alejeis de mí como habeis hecho con los judíos de Jerusalen; quiero ser vuestro discípulo fiel en vida y en muerte, para que despues de haber creido en Vos en el tiempo os contemple y os posea en la gloria de la eternidad... Amen.

MEDITACION CCXI.

PREGUNTA DE LOS FARISEOS SOBRE EL DIVORCIO.

(Matth. XIX, 3-12; Marc. X, 2-12).

1.° Los fariseos preguntan á Jesucristo, y Jesucristo les responde; 2.° los fariseos replican á Jesucristo, y Jesucristo les explica su primera respuesta; 3.° los Apóstoles por su turno preguntan á Jesucristo, y Jesucristo satisface á su pregunta.

PUNTO I.

Pregunta de los fariseos, y respuesta de Jesucristo.

1.° *Pregunta de los fariseos*... «Y se llegaron á él los fariseos «tentándolo y diciendo: ¿Es lícito al hombre repudiar su mujer «por cualquier causa?...» Á cualquier parte que Jesucristo se retirase siempre lo observaban sus enemigos y no lo perdian de vista, no para instruirse y aprovecharse de su doctrina, sino para ponerle asechanzas, y proponerle cuestiones cavilosas; pero siempre los confundió el divino Salvador. Ya se habia explicado varias veces sobre la indisolubilidad del matrimonio. Esta materia era tan delicada, que Moisés por una simple tolerancia habia dispensado de la severidad de la ley; y ahora para restablecerla en su primera fuerza y vigor era necesario contradecir á este nuevo Legislador... Presentáronse por tanto los fariseos á Jesucristo con intencion de ponerlo en contradiccion, ó consigo mismo ó con Moisés... Y le dijeron: «Maestro, ¿es lícito repudiar por cualquier motivo la propia mu-

«jer?...» ¡Ay de aquellos que semejantes á los fariseos preguntan solo por sorprender, y oyen la palabra de Dios solo por criticarla y desacreditar al que la anuncia!

2.° *Pregunta de Jesucristo*... «Mas él respondiendo les dijo: ¿Qué «os mandó Moisés? Ellos dijeron: Moisés permitió escribir el libelo «del repudio, y dejarla [1]. Y Jesús respondió, y les dijo: Por la dure-«za de vuestro corazon os dejó escrito este precepto...» Citaban los fariseos este paso como si solamente hubieran leido en Moisés esto... Á su ejemplo los herejes tienen aun siempre á mano uno ó dos pasos solamente de la Escritura, ó de algun santo Padre que continuamente van citando, como si ninguna otra cosa hubiesen leido en la Escritura ó en aquel santo Padre, y como si nada mas se encontrase en otra infinidad de textos y de pasos que explican esto, y lo hacen ver concorde con el dogma católico.

3.° *Primera institucion del matrimonio*... Continuando el Salvador á darles respuesta, dijo: «¿No habeis leido que el que al principio «hizo al hombre los hizo macho y hembra? Y dijo: Por esto dejará «el hombre al padre y la madre, y estará unido con su mujer, y «serán dos en una carne: no separe por tanto el hombre lo que Dios «ha juntado...» Esto es, estos divorcios que para vosotros están tolerados no se hacian al principio del mundo: la indisolubilidad es de primera institucion del matrimonio. ¿Por qué, pues, no observais vosotros lo que han observado vuestros padres? Dios para haceros conocer su voluntad sobre las leyes del matrimonio ¿no dijo al primer hombre estas notables palabras [2] que demuestran necesariamente la union de un hombre solo con una sola mujer?... «Dejará «el hombre el padre y la madre, y estará unido con su mujer, y los «dos serán una misma carne...» Ahora, siendo así, ¿es lícito separar lo que Dios ha juntado para toda su vida? ¿Qué expresiones podian indicarnos mas vivamente la union que debe haber entre los esposos?... La union de Jesucristo con la Iglesia debe ser el modelo. Ahora este Dios Salvador debe estar con esta casta esposa hasta la fin de los siglos, no obstante las persecuciones que ella debe sufrir, y no obstante los defectos y pecados de sus hijos. No es lícito al hombre separar lo que Dios ha juntado: hasta los deseos, los pensamientos y los afectos pecaminosos son del todo opuestos á la institucion divina: habrán de dar cuenta á su Criador el hombre y la mujer; y Dios ofendido, desde esta vida les hará sentir que ninguna cosa hay mas horrible que una compañía que ya no se sostiene ni está ani-

[1] Deut. XXIV, 1. — [2] Genes II, 24.

mada de un amor recíproco, ni hecha sobre el modelo de Jesucristo y de su Iglesia, cuando esta está siempre y ha sido por su naturaleza íntima é indisoluble. De hecho, ¿qué cosa mas monstruosa que ver desunidos los corazones de dos personas que ya no hacen mas que una sola, y son una sola carne? ¡Qué espectáculo ver un cuerpo animado de dos almas que son entre sí contrarias en todos sus movimientos y en todas sus inclinaciones! ¡Ay!, pues, de aquellos padres que en el colocar sus hijos y sus hijas no atienden á la uniformidad de costumbres entre los que unen para vivir juntos toda su vida! ¡Ay de aquellos que contraen matrimonio únicamente con miras profanas, y muchas veces malvadas ó poco cristianas! Pero ¡ah! por un justo juicio permitís, ó Dios mio, frecuentemente que vengan á romperse por las pasiones aquellos vínculos que ellas mismas han formado!

PUNTO II.

Los fariseos replican á Jesucristo, y Jesucristo les explica su primera respuesta.

1.° *Instancia de los fariseos*... Los fariseos, no teniendo qué oponer á la institucion de Dios tan bien expresada en Moisés, ni á la consecuencia que Jesucristo habia sacado de ella, replicaron, volviendo á citar el paso mismo que ya habian citado, aunque Jesucristo les habia respondido... «Pues, ¿por qué, dijeron ellos, Moisés or«denó el dar el libelo de repudio, y separarse?...» Tambien los impíos y los herejes sacan continuamente al campo las mismas objeciones, y oponen siempre los mismos pasos aunque ya mil veces se haya respondido; pero la caridad no debe jamás cansarse de reproducir las mismas pruebas, y de dar las mismas respuestas á las dificultades que la obstinacion no se cansa de repetir.

2.° *Respuesta de Jesucristo*... El divino Salvador les renueva la respuesta ya dada una vez... «Les dijo: Por la dureza de vuestro «corazon, os permitió Moisés repudiar vuestras mujeres; pero al «principio no fue así...» Esto es, vosotros os engañais: no es este un precepto, una ley de Moisés, sino una simple tolerancia por su parte para evitar un mayor mal, mayores excesos de que os conocia capaces, porque veia la dureza de vuestros corazones. No os ha mandado ya repudiar vuestras mujeres; su precepto no cae sobre el divorcio, que solamente tolera, sino sobre la causa del divorcio, que debe darse á la mujer por escrito al despedirla. Por lo demás, no era así antiguamente... Jesucristo abroga la permision que Moisés

habia dado á los judíos de repudiar sus mujeres; pero sin condenar la condescendencia del santo Legislador... Empleémonos con nuestros discursos y con nuestros ejemplos á hacer revivir el fervor de los primeros fieles, y á hacer observar la ley evangélica en toda su perfeccion; pero no condenemos los justos temperamentos que los pastores de la Iglesia han creido deber poner en ciertos tiempos á la antigua disciplina, por el bien y utilidad de la misma Iglesia. No murmuremos de esta tierna y fiel esposa, por los abusos que va solamente tolerando para evitar mayores males, y de que ella misma gime. Se engaña quien pretende autorizarse sobre estos abusos, y mirarlos como acciones permitidas y que pueden imitarse; es necesario recurrir al principio, á la primera institucion, y á las reglas primitivas establecidas por Dios, contra las cuales no puede darse prescripcion.

3.° *Decision y ley de Jesucristo*... Entonces sin temer nada la presencia de los fariseos, y revistiéndose delante de ellos de la autoridad de maestro, y en tono de legislador, añadió: «Pero yo os digo, «que cualquiera que repudiare á su mujer, sino por la causa de «fornicacion, y tomare otra, comete adulterio, y el que se desposare «con la repudiada, comete adulterio...» Esta cláusula, «sino por «causa de fornicacion...» es una excepcion de la prohibicion de volver á enviar á su casa la propia mujer, la cual prohibicion se entiende y debe entenderse aquí; pero no es una excepcion de la prohibicion de desposarse con otra, porque el matrimonio, no pudiendo ser indisolublè si no lo es de las dos partes, si es verdad que el que se desposa con la mujer adúltera repudiada es adúltero, el marido que la ha repudiado será igualmente y por consecuencia necesaria adúltero si se desposa con otra, porque con este segundo matrimonio separaria igualmente lo que Dios ha juntado. Este es el sentido natural de las palabras de Jesucristo, y la Iglesia ha condenado como herejes á los que han querido darles otro, concediendo al marido que ha repudiado su mujer adúltera la facultad de desposarse con otra, viviendo la primera... Esta ley se observa exactamente en la Iglesia católica, y debe hacernos comprender qué atencion y qué pureza de corazon se debe llevar en la eleccion que se háce de un esposo ó de una esposa; cuán necesario sea consultar al Señor, pedirle y obtener su bendicion, y finalmente, cuán importante sea guardarnos en esta eleccion de toda pasion, de todo pecado, de toda mira de ambicion y de interés.

PUNTO III.

Los Apóstoles preguntan á Jesucristo, y Jesucristo responde á su pregunta.

1.° *Reflexion de los Apóstoles sobre la indisolubilidad del matrimonio*... «Y le preguntaron en casa de nuevo los Apóstoles sobre la «misma cosa. Y les dijo: Cualquiera que repudiare á su mujer, y «tomare otra, comete adulterio contra ella. Y si la mujer repudia«re á su marido, y se casare con otro, comete adulterio... Le dije«ron sus discípulos: Si tal es la condicion del hombre en órden á la «mujer, no conviene casarse...» El estado del matrimonio sin duda no es el mas ventajoso, el mas tranquilo, el mas santo, ni el mas perfecto; pero el que es llamado de Dios á él; el que en él se empeña despues de haberlo consultado, y de haberle pedido los socorros necesarios, y se llega á este Sacramento con pureza de corazon y con aquella rectitud de intencion que pide, puede santificarse en él, y adquirir tambien una grande santidad, si con paciencia tolera las penas, y con fidelidad cumple sus obligaciones. Mas el que huye del matrimonio, ó difiere empeñarse en él por motivos puramente humanos, por evitar las cruces que son inseparables de él, por gozar una libertad viciosa, y por abandonarse á las propias pasiones, á sus gustos y á sus caprichos, falta á lo que debe á la Iglesia y al Estado, y lleva una vida igualmente reprobada de Dios y de los hombres.

2.° *Respuesta de Jesús sobre el celibato*... «Y él les dijo: No todos «entienden esta palabra, sino aquellos á quienes ha sido concedi«do...» Renunciar al matrimonio por vivir casto en el celibato, y por servir á Dios con mayor pureza, es una resolucion de que no todos son capaces. La vocacion á un estado tan santo es un don de Dios que no se concede á todos. Aquellos, pues, que no lo han recibido deben guardarse bien de abrazar temerariamente un tan sublime género de vida, y de empeñarse en él por miras y respetos humanos, ó por el reposo, por el interés ó por la ambicion. Los que han recibido, pues, este don, y se sienten llamados á este estado, deben guardarse bien de dejarse quitar un don tan precioso por las pasiones que nacen de los hábitos viciosos, por el gusto y por el comercio del mundo, y por la esperanza de sus falsos bienes. Finalmente, los que han recibido este don, y se han empeñado ya, deben conservarlo con suma diligencia por medio de la oracion, del

recogimiento, del fervor de espíritu, del retiro del mundo, y de las ocasiones... Hagamos sobre todo esto sólidas reflexiones, y veamos si tenemos alguna cosa de que reprendernos.

3.° *Motivos de mantenernos en la pureza del celibato*... «Añadió el «Salvador: Porque hay eunucos que así han salido del seno de «la madre, y hay eunucos que tales han sido hechos por los hom- «bres, y hay de aquellos que se han hecho eunucos por sí mis- «mos *(renunciando al matrimonio)* por amor del reino de los cie- «los...» Los que son llamados de Dios á la castidad del celibato, deben animarse con las consideraciones que pone aquí el Salvador delante de los ojos. ¿Cuántos hay que se ven forzados de la naturaleza, de la fortuna, de coyunturas inevitables á vivir en el celibato? ¿Cuántos por órden de sus propios padres han sido reducidos al estado de eunucos naturales, en tiempos y en países en que este estado es útil, ó para ocupar empleos, ó para ejercitar profesiones lucrosas? Pero sobre todo, ¿cuántos hay que por una mas noble ambicion y por un interés verdaderamente sólido se han atado tan indisolublemente á un estado que ya no tienen facultad de dejar el celibato por el matrimonio?... Ó almas sublimes, no es un interés temporal el que os mueve á tomar una resolucion tan generosa, sino el amor del reino de los cielos, para gustarlo mejor ya desde esta vida, mediante la pureza del cuerpo y del corazon, y mediante la oracion y la meditacion, y para poderlo gozar con mayor gloria en la otra.

Concluye el Salvador esta divina enseñanza con estas palabras que ya otras veces habia usado despues de haber anunciado cualquiera grande verdad... «El que pueda entender, que entienda...» Estas palabras nos llevan á hacer una sólida reflexion, esto es, que hoy en dia en el Cristianismo solo la Iglesia católica ha conservado la inteligencia y la práctica de esta importante máxima. En cualquiera secta herética ó cismática, separada abiertamente de la Iglesia romana, no se halla ya alguno que por amor del reino de los cielos se obligue en el celibato á una virginidad y á una castidad perpétua; ninguno se halla que exhorte, que anime á este estado de perfeccion que el Salvador ha establecido en su Iglesia, y que san Pablo [1] encomienda con tanto ardor, y de que nos han dado el ejemplo muchísimos Santos y Santas... La pretendida Reforma, al contrario, se ha hecho gloria de violar, de abolir tan santos vínculos, declarándolos supersticiosos, y se han hallado algunos cristianos que

[1] I Cor. VII, 7, 38.

se han dejado inducir á creerlo, y á quienes no ha causado horror una tal blasfemia... ¡Oh santa Iglesia, verdadera esposa de Jesucristo, vos sola habeis comprendido las palabras de vuestro divino Esposo; vos sola le presentais millones de vírgenes que han vivido en la tierra la vida de los Ángeles; vos sola excluís de los santos altares aquellos que no se han consagrado á una entera y eterna pureza de cuerpo; vos sola sois digna del celestial Esposo, de este Esposo siempre vírgen, nacido de una Vírgen, y Rey de las vírgenes: bienaventurado el que lo sigue consagrándose á una castidad perpétua! Bienaventurados aquellos que con su gracia han sabido triunfar de los poderosos atractivos del placer. Estas almas puras y generosas estarán mas cercanas al Cordero, y formarán su corte.

Peticion y coloquio.

Concededme, ó Señor, las gracias proporcionadas á las necesidades del estado á que me habeis llamado... Vos me habeis adquirido con vuestra sangre; hacedme fiel á vuestras enseñanzas; dadme aquella rectitud y aquella pureza de corazon que es tan resplandeciente; por medio de ella ninguna cosa haré de cuanto hasta ahora he tolerado solo para ser mas severamente castigado en vuestro tribunal, y para que esté eternamente con Vos en el cielo haced que sea plenamente y perfectamente vuestro sobre la tierra... Amen.

MEDITACION CCXII.

LOS FARISEOS PREGUNTAN Á JESUCRISTO CUÁNDO DEBE VENIR EL REINO DE DIOS.

(Luc. XVII, 20, 21).

«Preguntado despues por los fariseos ¿cuándo vendrá el reino de Dios? les «respondió, y dijo: El reino de Dios no vendrá con aparato. Ni dirán hélo «aquí, ó hélo allí: porque hé aquí que el reino de Dios está dentro de vos«otros...» Los fariseos, que oian á Jesucristo, y que habian oido á su Precursor hablar continuamente del reino de Dios; anunciar á los pueblos que se acercaba, que venia, y que habia ya venido, le preguntaron en este momento por burla, y con una especie de insulto: ¿Cuándo vendrá el reino de Dios? Por el reino de Dios los judíos entendian la venida del Mesías, las victorias que conseguirian de sus enemigos, y la venganza que tomaria de aquellos que habian oprimido su pueblo. Se figuraban que bajo de este Rey vivirian en paz, con gloria y en la abundancia; y que todas las naciones estarian sujetas y les serian tributarias. Jesús respondió á su pregunta con tres palabras llenas de una sabiduría divina, y que nosotros debemos meditar y aplicárnoslas.

PUNTO I.

Primera palabra de Jesucristo á los fariseos.

«El reino de Dios no viene con aparato...» Esto es: 1.° El reino de Dios no viene con aquellas brillantes señales de una grandeza mundana que deslumbran los ojos de los hombres, y les hacen adorar la majestad del trono... No: el reino del Mesías que debe conducirnos á Dios no es el reino del orgullo y del fausto, sino el reino de la santidad y de la virtud, reino de los corazones despegados de la tierra y que suspiran solamente por los bienes del cielo. Reino lleno de grandeza, pero de una grandeza celestial, sólida y digna de Dios... Este es el reino bajo el que vivimos, triunfamos, gozamos la paz, la gloria, la abundancia y los bienes espirituales que nos presenta.

2.° El reino de Dios no viene de modo alguno anunciado con señales en el cielo ni con fenómenos en el aire que se puedan observar... No se conoce la venida del Mesías y el establecimiento de su reino con observar los movimientos del cielo, el curso de las estrellas y las leyes de la naturaleza. El establecimiento del reino de Dios no se puede prever como se preven el buen tiempo y las lluvias con observar los vientos y la situacion de las nubes... Observaciones frívolas, ciencias funestas si nos hacen olvidar la ciencia de la salud, y si nos hacen perder de vista al Autor de la naturaleza, sus designios y sus caminos para nuestra santificacion y la eterna felicidad. ¡Ah! ¿qué sirve saber todo lo restante, si no se sabe y si no se practica la religion? Lo que los fariseos habrian debido observar con rectitud de corazon, y que solo observaban con malignidad, era la vida santa de Jesucristo, sus milagros y el imperio absoluto que ejercitaba sobre los demonios: por estos caractéres habrian fácilmente conocido que el reino de Dios habia ya venido... Estudiar á Jesucristo, la naturaleza de su reino, la manera con que lo hace subsistir sobre la tierra, lo que se debe hacer para entrar en él, para vivir en él y gustar de sus divinas delicias: esta es la ocupacion sólida, y la verdadera ciencia y sabiduría del hombre; sin esto todo lo demás no es otra cosa que necedad.

3.° El reino de Dios no se recibe, y ninguno puede disponerse á recibirlo y á entrar en él por medio de observaciones externas, supersticiosas é hipócritas, sino por medio de virtudes sólidas que hacen el espíritu de la ley por la humildad de corazon, por la docili-



dad, y por la sumision del espíritu, por la pureza de las costumbres, por la rectitud de intencion, y por el amor de Dios y del prójimo. El que tiene esta virtud no tiene dificultad en reconocer el reino del Mesías y la Iglesia que él ha fundado; en ella entra, en ella vive; gusta sus frutos, y espera las recompensas. Fuera de este reino se encuentran solo falsas virtudes; y el que tiene solo lo exterior de la virtud no vive, para hablar propiamente, bajo de este reino... Y con todo eso, entre nosotros ¡cuántos aparatos exteriores sin lo interno, cuánta superficie sin profundidad, y cuántas apariencias sin realidad! Examinémonos aquí, y no nos engañemos.

PUNTO II.

Segunda palabra de Jesucristo á los fariseos.

«Ni se dirá: hélo aquí, ó vélo allá...» El que dijese esto experimentaria estar engañado él mismo, y querer engañar á otros.

1.° No se podrá decir esto con verdad de la persona del Mesías, porque cuando vendrá su reino establecido con aparato de magnificencia, y hará sentir á sus enemigos los primeros golpes de su venganza con la ruina de su ciudad y de su templo, y con la dispersion de su nacion, ya no estará él mismo sobre la tierra en una manera visible; habrá subido al cielo, estará sentado á la diestra de su Padre, y ya no se dejará ver mas á los hombres en general, ni á un pueblo alguno en particular, sino cuando vendrá á juzgarlos á todos, y á derramar sobre ellos y sobre sus enemigos los vasos de su furor y de su justicia. Reinará entre tanto sobre la tierra con su presencia invisible y sacramental, con sus leyes y con su espíritu.

2.° *No se podrá hablar así de su reino invisible que obra la gracia...* El reino de Dios que debe establecer el Mesías, cuanto á su parte esencial y final, no consiste en cosa alguna externa que pueda mostrarse, y de que se pueda decir: «Hélo aquí, ó vélo allá...» Este reino es todo interior, él está en el alma del justo, en que Dios establece su trono, y donde reina: consiste en las virtudes infusas de la fe, de la esperanza, de la caridad, en la obediencia á las leyes y á las máximas de este reino, en la union con Dios que obra en nosotros el espíritu del Padre y del Hijo... ¿Está en nosotros este reino? ¿Vivimos nosotros bajo este divino imperio? ¡Ah! empleémonos con todas nuestras fuerzas para establecerlo siempre mas en nuestras almas con el ejercicio de todas las virtudes y con la huida de todos los vicios.

3.° No se podrá hablar así de su reino visible, que es la Iglesia... Estableciendo el Mesías el reino de Dios entre los hombres, este reino, bien que interno, y en un sentido invisible, debia necesariamente por otra parte ser externo y visible por la profesion de la misma fe, por la recepcion de los mismos Sacramentos, y por la obediencia á las mismas cabezas y pastores. Se esperaban los judíos que este reino fuese solamente para ellos, que ellos solos habian de gustar de sus delicias, y que los otros pueblos sentirian solamente su peso y su autoridad; pero este reino adorable no debia ser limitado á algun país, ni á alguna nacion de la tierra, y esto es lo que nosotros llamamos la catolicidad de la Iglesia, la Iglesia católica. Cada cisma, cada herejía, cada secta tiene su ángulo destinado y su propio pueblo; se puede decir de toda falsa religion: *héla aquí, ó mírala allá;* pero el reino de Dios, la Iglesia de Jesucristo, es de todo país, de todos los pueblos: esta Iglesia está solo unida á la mision que Jesucristo ha recibido de Dios, y que ha dado á sus Apóstoles y á sus sucesores hasta la consumacion de los siglos... Si decimos que la Iglesia romana es el centro de la fe, no lo decimos ya por causa de Roma, ni de su situacion, ni de sus fundadores ó habitadores; sino porque esta Iglesia tiene por cabeza al sucesor de san Pedro, cabeza de los Apóstoles, de cualquier país ó de cualquiera nacion que sea. Luego la Iglesia de Jesucristo, el reino de Dios, que es lo mismo, no se halla acá ni allá; ella se halla donde se halla la mision de Jesucristo, donde está la sucesion del apostolado unida al sucesor de san Pedro, donde está la obediencia á esta sucesion... Obra verdaderamente divina, y que vemos subsistir ya por mil setecientos y mas años, y que subsistirá hasta la fin de los siglos. ¡Ah! vosotros, que no estais en este reino, en esta Iglesia, procurad entrar cuanto antes, no lo dilateis; fuera de ella no hay salud. Pero nosotros, que tenemos la dichosa suerte de estar en ella, demos gracias á Dios, no nos portemos como miembros corrompidos, muertos é inútiles; sino vivamos en ella de la vida de la gracia, y aprovechémonos de los grandes bienes que en abundancia nos ofrece este reino.

PUNTO III.

Tercera palabra de Jesucristo á los fariseos.

«Porque hé aquí que el reino de Dios está ya en medio de vos-«otros...»

1.° El reino de Dios estaba en medio de ellos por la presencia del

Mesías, el Hijo y el Cristo de Dios, el Rey de Israel, bajado del cielo, enviado por su Padre para establecer el reino de Dios; pero, como les echaba en cara Juan Bautista, él estaba en medio de ellos, y ellos no lo conocian, ó por mejor decir, no lo querian conocer; fingian buscarlo, y lo perseguian... Jesús está aun en medio de nosotros en su Sacramento; pero ¿lo reconocemos, lo adoramos, lo recibimos? ¿Cómo cumplimos nosotros nuestras obligaciones para con él? ¿Cómo correspondemos á su divino amor?

2.° El reino de Dios estaba en medio de ellos por la predicacion del Evangelio, que era el actual establecimiento del reino de Dios. Entonces justamente se anunciaba y se predicaba, y muchos entraban en él por medio de una fe sincera. Lo sabian los fariseos, lo veian, murmuraban de ello; y se oponian, en vez de entrar en él, y de seguir el ejemplo que se les daba... De la misma manera está aun en medio de nosotros el reino de Dios. Es predicado, es anunciado, y viene practicado. ¡Cuántas almas santas viven con toda la perfeccion del Cristianismo y en una perfecta obediencia á las leyes divinas de este reino, gustan la paz y las dulzurás del reino de Dios, y aspiran á sus eternas recompensas! Nosotros conocemos muchas de estas almas fieles, las vemos, vivimos con ellas, y ellas viven con nosotros. Pero, ¡ay de mí! espectadores ociosos del reino feliz que está en medio de nosotros y que es para nosotros, no experimentamos en nosotros algunos sentimientos de emulacion. Bien léjos de imitar su fidelidad, su docilidad y su virtud, acaso nos burlamos de ellas, las motejamos, y las perseguimos.

3.° El reino de Dios estaba en medio de ellos por el estrépito de las venganzas que bien presto debian caer sobre ellos, y que ya merecian... Esperaban los judíos un rey victorioso que derrotaria sus enemigos y sujetaria todas las naciones. Pero además de las victorias espirituales de este Rey divino, de que no tenian idea alguna, debian sus victorias y sus temporales venganzas caer sobre ellos mismos, por su incredulidad y en pena de su deicidio. En medio de ellos, en medio de su nacion, en su país, en la misma ciudad de Jerusalen, se debia sentir este reino de terror, cuyos fundamentos, por decirlo así, estaban amasados con su indocilidad y su odio. No eran, no, las naciones las que debian ser sujetadas por este Rey vencedor; debian ser ellos mismos que, despues de haber sido vencidos por las naciones, debian ser dispersos, y quedar vagamundos hasta la fin del mundo, para enseñar á todos los pueblos y á todos los fieles la terrible venganza que de ellos toma su Rey y su Dios

que ellos han crucificado... Así castiga Dios á los hombres con mil funestos accidentes que parecen solo efectos, ó de la política de los reyes, ó de las leyes de la naturaleza. Todos saben por cuántos caminos se venga Dios de sus enemigos, y cada uno de su parte se descuida en examinar si él mismo sea del número de los enemigos sobre quien deban caer sus venganzas. Con mucho gusto discurrimos de los castigos que vienen sobre los otros, y ni siquiera pensamos en los que mereceremos. El reino de Dios, el reino de su cólera y de sus venganzas está ya acaso en medio de nosotros, y nosotros no nos queremos dar por entendidos. Nosotros multiplicamos nuestros pecados y vivimos tranquilamente en ellos, y no tememos los castigos que acaso están ya muy cerca de caer sobre nosotros, si no nos enmendamos de ellos, y si no hacemos penitencia.

Peticion y coloquio.

¡Léjos de mí, ó Dios mio, una tal desgracia! Haced antes bien que aprecie y me aproveche de estos momentos en que me ofreceis aun con larga mano vuestras gracias para establecer vuestro reino en medio de mí. Os adoro, ó Rey de la gloria; reconozco vuestro reino visible, vuestra santa Iglesia, en ella creo y profeso las augustas verdades: con temor y confianza espero el gran dia de vuestra última venida. ¡Ah! Señor, venga vuestro reino; hacedme merecedor de él, y dignaos de conducirme á él por el camino que mas os agrade.

MEDITACION CCXIII.

COLOQUIO DE JESUCRISTO SOBRE EL DIA DEL HIJO DEL HOMBRE.

(Luc. xvII, 22–30).

Jesucristo en este coloquio trata: 1.° de la fe de los justos; 2.° de lo que ha de padecer la Iglesia; 3.° de la seguridad de los pecadores.

PUNTO I.

De la fe de los justos.

1.° *De los deseos de la fe...* Los fariseos se retiraron poco contentos de la respuesta de Jesucristo, no habiendo podido sacar de él cosa alguna que suministrase materia á sus calumnias y á sus censuras, y lo dejaron solo con sus discípulos. Á estos habló el divino Salvador en una manera menos enigmática sobre todas las partes de la pregunta de los fariseos... «Y dijo á sus discípulos: Vendrá tiem«po cuando desearéis ver uno de los dias del Hijo del hombre, y no

«lo veréis...» No tardó de llegar este tiempo para los Apóstoles, cuando despues de la ascencion de Jesucristo á los cielos, y al principio de la predicacion del Evangelio, vieron sublevarse por todas partes tantos falsos apóstoles, falsos Cristos y falsos profetas que corrompian la verdadera fe, que no eran inspirados sino de la ambicion y del interés, y que hacian degenerar en vicio la gracia y la santidad misma del Evangelio... ¿Quién podrá dejar de gemir á la vista de tantas almas como viven hoy en dia en el engaño, y que cada dia se dejan todavía cegar, engañar y corromper? ¿Quién puede dejar de desear que Jesucristo se deje ver, que defienda él mismo su causa, y que confunda los seductores, y haga parar una vez el curso al error y al engaño? Pero no: no comparecerá ya hasta el último dia; así lo ha regulado su divina sabiduría, y despues de todas las instrucciones que nos ha dejado se debe confesar, que si hay engañados, son aquellos que lo quieren ser. Con que nuestros deseos no se deben dirigir á que este Dios Salvador se muestre entre nosotros para regular nuestra fe, sino á que nos guie á sí, para vivir eternamente con él.

2.° *De los clamores de la fe...* «Y os dirán: Hélo aquí, ó míralo «allá. No querais ir ni los sigais...» Lo oimos aun nosotros; tambien se dice á nosotros: aquí está el Cristo, la palabra de Dios, el puro Evangelio; allá está el Cristo, la verdad, la doctrina verdadera de los Padres. Aquí está el Cristo, sus potencias, sus milagros y prodigios. ¡Ah! todo esto no es la voz de la fe: guardémonos de dejarnos engañar: no creamos estos discursos; no asistamos á estas asambleas; no leamos estos libros; no entremos en estas sectas, en estas conspiraciones, en estos partidos. Estémonos donde estamos, donde han estado nuestros antepasados; estémonos en nuestra sumision á los legítimos pastores, en la Iglesia de Jesucristo. Hé aquí la voz de la fe, la Iglesia, la Iglesia católica, apostólica y romana. Los primeros pastores unidos á su cabeza. En esta Iglesia católica y universal, que está en todos los lugares, encontrarémos á Jesucristo, la palabra de Dios, el puro Evangelio, la verdad y la doctrina de los Padres, los verdaderos prodigios y los verdaderos milagros. Aquí nos hemos de atener: no vayamos á otra parte; no nos dejemos llevar de la curiosidad ni del mal ejemplo.

3.° *De la luz de la fe...* «Porque así como el relámpago corre de «un lado del cielo al otro resplandeciendo y alumbrando lo que es«tá debajo, así será del Hijo del hombre en su dia...» Este relámpago que se dejará ver de una extremidad del cielo á la otra es al

mismo tiempo la figura de la predicacion del Evangelio, que de la Judea se ha esparcido en todo el mundo, y ha iluminado todas las naciones; la figura de la Iglesia cuya viva luz se deja aun ver en todos los pueblos del mundo; la figura de los castigos con que Dios castiga los pecadores cuando menos se lo esperan... la figura en particular del terrible castigo que ha ejercitado contra los judíos con la ruina de Jerusalen, con la destruccion del templo y con la dispersion de este pueblo deicida por toda la superficie de la tierra... y finalmente, la figura del último dia de las venganzas del Señor, en el cual ya no habrá mas ceguedad voluntaria, y en que todas las criaturas se verán obligadas á reconocer á Jesucristo, al Hijo del hombre, por el verdadero y único Hijo de Dios... La naturaleza nos pone frecuentemente á la vista el fenómeno de que habla aquí el Salvador. Y así en vez de dejarnos llevar y sorprender entonces de un temor frívolo y pueril, acordémonos de las palabras de Jesucristo; pensemos que aquellos relámpagos y aquellos truenos no son sino una débil imágen de la cólera del Señor que reventará contra los incrédulos que habrán desechado las luces de la fe, y contra los pecadores que no habrán conformado en esta vida su conducta con ellas.

PUNTO II.

De lo que ha de padecer la Iglesia.

1.° *En su cabeza*... «Pero primero es necesario que él padezca «mucho, y sea desechado de esta generacion...» Jesús ha fundado esta Iglesia con su muerte, con sus tormentos, con sus humillaciones; y por ellas ha entrado en su gloria, y ha adquirido el derecho de vengarse de sus enemigos, de salvar su pueblo, y de juzgar los vivos y los muertos... ¡Oh y cuán infinita es su gloria! Pero ¡oh y cuán grandes han sido sus tormentos! Infinitas son las obligaciones que nosotros le debemos, pues para nosotros son su gloria y sus trabajos, y nos ofrece el mérito de estos y la eternidad de aquella.

2.° *En sus miembros*... Los miembros deben ser tratados como la cabeza; deben ser del mismo modo que ella perseguidos, humillados, despreciados y aborrecidos; como ella deben ser desechados, deben padecer y sufrir mucho, y finalmente deben morir como ella... Así han sido tratados por el curso de muchos siglos los Apóstoles, los cristianos y los católicos por los judíos, por los paganos y por los herejes... Admiremos el valor de tantos generosos Mártires: ya

se han pasado sus dolores, sus tormentos y su sufrimiento; pero no pasará jamás su gloria... Están en el cielo unidos á su cabeza, triunfan con ella, y con ella tambien juzgarán un dia el universo.

3.° *En nosotros mismos*... Nosotros nos sentimos fácilmente enternecidos con la memoria de la pasion del Salvador, y admiramos con buen corazon los combates de los Mártires y de los confesores de la fe; pero tenemos despues una suma dificultad en aplicar á nosotros mismos la necesidad de padecer y de sufrir. Suspiramos por la recompensa, y no reflexionamos que para merecerla es necesario antes padecer mucho... Por esto al presentársenos la ocasion de padecer y de sufrir, ó la huimos, ó nos lamentamos, ó tal vez murmuramos: con todo se debe llenar esta medida *padecer mucho*... Léjos, pues, de huir de los trabajos, aprovechémonos con alegría y con ansia de todos aquellos que se nos presentan; y en defecto de los tormentos que presentaba la persecucion, abracemos los que nos presentan los ejercicios de la penitencia, las obligaciones de nuestro estado, el comercio de los hombres, la miseria de los tiempos, el rigor de las estaciones, las incomodidades de la edad ó de la enfermedad, y los dolores de la muerte. Aprovechémonos de todo, recojámoslo todo, y digamos frecuentemente: *Debo padecer mucho:* para esto estoy aquí en la tierra: no siempre lo podré, y estoy aun bien léjos de haber padecido mucho... Estas reflexiones nos animarán, nos harán mas fácil la paciencia, y santificarán aquello poco que sufrimos.

PUNTO III.

De la seguridad de los pecadores.

1.° *Recorramos lo pasado, y primeramente el diluvio universal*... «Y lo que sucedió en los dias de Noé sucederá tambien en el dia «del Hijo del hombre. Comian y bebian los hombres y las mujeres, «se casaban hasta el dia en que Noé entró en el arca, y vino el di-«luvio, y les hizo perecer á todos...» Noé, advertido de Dios que la tierra habia de ser sumergida en pena de los pecados de sus habitadores, construyó por su órden una arca para salvarse él y su familia del diluvio universal. ¿Qué pensaron los pecadores á vista de los preparativos de este santo Patriarca? Tuvieron compasion de la credulidad de Noé. ¿Á qué atendieron? Á sus placeres, á su fortuna y al establecimiento de sus familias. Entre tanto Noé entró en el arca, cerró en ella la puerta, y todos los hombres fueron igualmente sumergidos en las aguas del diluvio... ¡Hombres insensatos!

¿estaréis siempre apegados á la tierra como si esta jamás os hubiera de faltar? ¿No os vendrá jamás al pensamiento que teneis un Señor, y que á fuerza de irritarlo llegaréis al momento en que hará venir sobre vosotros su venganza?... 2.° *El incendio de Sodoma*... «Como tambien sucedió en tiempo de Lot, comian y bebian, com-«praban y vendian, plantaban y edificaban; y en el dia que Lot «salió de Sodoma llovió fuego y azufre del cielo, y todos perecie-«ron...» Sodoma, habitacion deliciosa, centro de la abundancia, del lujo y de los placeres, es juntamente el emporio de todos los delitos: Sodoma piensa solo en gozar de su felicidad y en continuar sus disoluciones. Ya no hay que temer un diluvio; pero Dios tiene muchas suertes de castigos. El dia en que el único justo que se mantenia en aquella ciudad salió de sus murallas, una lluvia de fuego y de azufre la convirtió en cenizas, y consumió con ella todos sus habitadores. 3.° *La toma de Jerusalen*... «Y lo que sucedió en los «dias de Noé sucederá tambien en los dias del Hijo del hombre...» Repitiendo el Salvador estas palabras un poco mas abajo, podemos entenderlas aquí de la ruina de Jerusalen, del templo y de la nacion judáica por medio de los romanos. Ninguna cosa semejante se esperaban los judíos en el dia que precedió á este funesto suceso. Habian crucificado al Hijo de Dios, perseguian á sus Apóstoles, hacian morir á sus discípulos, estaban bien léjos de temer sus amenazas; de este modo ponian el colmo á sus pecados. El castigo se preparaba lentamente: al fin reventó todo de un golpe con todas las circunstancias que estaban predichas y anunciadas. ¿Cómo, pues, es posible que tantos ejemplos de la cólera de Dios no aterren á los hombres ni detengan el curso de sus delitos? Pero ¡ay de mí! no se reflexiona sobre esto, solamente se piensa en la tierra, en establecerse en ella, en gustar en ella de las falsas lisonjas del pecado, y en desterrar del corazon el temor de los castigos terribles de un Dios.

2.° *Consideremos lo presente*... Vemos cómo se vive en el mundo, y con qué seguridad no se cesa de irritar al Señor; entre tanto los vasos de su cólera no están todavía vacíos; revientan cada dia los castigos, y no nos hacen mas advertidos ni mas sábios... ¿Cómo se vive en aquel país que dentro de poco desolará la peste, en aquella ciudad que por momentos será arruinada del terremoto ó bombardeada del enemigo, ó en aquel barrio que está para ser consumido de las llamas, ó en aquella casa que está para caer? ¿Cómo se vive en aquella armada en que la muerte amenaza horrendo estrago, en aquella nave expuesta al furor de todos los elementos, y que está

al punto de ser sumergida? ¿Cómo se vive en un cuerpo frágil que por mano de la muerte, ó por enfermedad de pocos dias, ha de ser dentro de poco corrompido en un sepulcro? ¡Oh necedad de los hombres! ¿No soy yo, por ventura, del número de los insensatos? ¿Me hallo ya acaso en el término de mi vida? ¿Estoy dispuesto? ¿Tengo todas mis cosas en órden? El justo se halla muchas veces envuelto en el mismo caso que oprime al impío; pero el mismo accidente es una gracia inamisible para el justo que se halla dispuesto y la última señal de su predestinacion: al contrario, para el impío es su último castigo en esta vida y la sentencia irrevocable de su eterna reprobacion.

3.° *Echemos los ojos sobre lo venidero...* «Así sucederá en el dia «en que se manifestará el Hijo del hombre...» Si queremos entender estas palabras del dia del juicio universal, se puede decir que los hombres que entonces vivirán serán sorprendidos en las frívolas ocupaciones y en los desordenados placeres en que actualmente se hallarán... Es verdad que están advertidos, ¿y no lo somos nosotros tambien ahora, pero sin cesar de despreciar los avisos? Verán ellos señales precursoras de la ira de Dios; ¿y no las vemos por ventura nosotros tambien ahora, teniendo además de esto la audacia de explicar todas las cosas segun las leyes de la naturaleza, sin referir las cosas á Dios, y sin hacer alguna aplicacion á nosotros mismos para enmendar nuestras costumbres?... Pero ¿qué? ¿debe por ventura el temor de los castigos de Dios impedirnos el comer, el beber, el fabricar, el vender, el comprar, el contraer matrimonio y formar compañías?... No: este no es el sentido de las palabras del Salvador: antes bien, se debe hacer todo segun el espíritu del Cristianismo, sin olvidar á Dios, sin cesar de procurar agradarle, sin cesar de temer ofenderle, sin apegar el corazon á la tierra, sin cometer injusticia, sin omitir las obligaciones de la caridad, sin manchar el cuerpo y el corazon con placeres prohibidos, y sin olvidarnos que el tiempo es breve, y que despues de esta vida mortal tenemos otra eterna que merecer.

Peticion y coloquio.

Dadme, ó Señor, estas santas intenciones en todas mis acciones; haced que no siga el ejemplo de los que se pierden, y que no me fie sobre la multitud, sino que penetrado de vuestros juicios, á Vos solo busque, á Vos solo desee, y á Vos solo ame para poseeros eternamente. Amen.

MEDITACION CCXIV.

FIN DEL COLOQUIO DE JESUCRISTO CON SUS DISCÍPULOS SOBRE EL DIA DEL HIJO DEL HOMBRE.

(Luc. XVII, 31-37).

1.° Jesús da diversos avisos á sus discípulos; 2.° los discípulos hacen una pregunta al Salvador; 3.° Jesucristo responde á sus discípulos.

PUNTO I.

Jesús da diversos avisos á sus discípulos.

Lo 1.° *Sobre la renuncia de los bienes de la tierra...* Es necesario dejarlo todo, no detenerse á tomar cosa alguna, y no volver atrás ni aun con sola la vista... «Entonces el que se hallare sobre el ter-«rado, y tuviere en la casa sus alhajas, no baje á tomarlas, y el «que estuviere en el campo, del mismo modo no vuelva atrás; «acordaos de la mujer de Lot...» Estas palabras indican cuán urgente será el peligro, y con qué prontitud será necesario huir para evitarlo, sin detenerse á tomar cosa alguna para llevarla consigo. Así se hace cuando una ciudad se ha dado en poder de las llamas y de un enemigo vencedor é irritado. Esto es lo que dentro de poco le debe suceder á la infiel Jerusalen, mas culpada que Sodoma, y lo que debe seguramente suceder un dia al mundo entero... Pero queriendo aplicar esto al sentido moral, debemos aprender de ello á dejar el mundo, salir de él, huirlo ó en efecto, ó á lo menos con el corazon, con el afecto y con la conducta: huir este mundo, consumido de las llamas de la codicia, de la impureza, de la ambicion, de la avaricia y de la venganza: huirlo por temor de perecer con él en las llamas, y pasar de las del vicio á las del infierno: huirlo sin dilacion, sin sentimiento, sin llevar consigo cosa alguna, sin volver atrás, sin hacer caso de nuestras antiguas inclinaciones, y aun sin mirar hácia atrás. «Acordaos de la mujer de Lot...» ¡Cuántos como esta se huian de las llamas y del incendio, y los ha perdido sola una mirada! ¡Ah! olvidemos de una vez al mundo, no hagamos caso de sus locuras, demos un *adios* á sus vanidades, no vayamos detrás de su iniquidad: todo nuestro pensamiento sea de alejarnos siempre mas de él y salvarnos... Ahora á lo menos que conocemos la vanidad del mundo; á lo menos en este asilo que nos separa del mundo; á la hora por lo menos de la muerte, en aque-

lla hora última, la sola que nos queda de tantas otras que hemos perdido; afortunados de nosotros, si ya no habrémos dado un pensamiento al mundo, si habrémos pensado solamente en nuestra eterna salvacion.

Lo 2.° *Sobre la renuncia de la vida*... «Cualquiera que procura «salvar su vida, la perderá, y cualquiera que la perderá, la vivifi-«cará...» El Salvador inculca muchas veces esta máxima, y esto nos debe hacer advertir su importancia... Muchos por amor de la vida presente han renunciado á la fe, ó no se han atrevido á abrazarla, y se han condenado: muchos por conservar su sanidad, por gustar las comodidades de la vida, por gozar los placeres del mundo no han querido abandonarlo, y se han perdido. ¡Ah! cuando se trata de la fe y de la salud del alma nada se debe estimar, ni aun la misma vida. ¿Y qué cosa es esta vida en comparacion de aquella que se gana sacrificándola? Muchos aun en la muerte tienen todo su pensamiento solo en conservar una vida que no obstante sus conatos ya se acaba, en lugar de pensar en hacerse dignos de aquella que les ofrece la eternidad en que ya se ven al punto de entrar.

Lo 3.° *Sobre la separacion que Dios hace de los hombres*... «Os «digo, que en aquella noche dos estarán en una cama; el uno se-«rá cogido, y el otro será abandonado. Dos mujeres estarán mo-«liendo juntas; la una será cogida, y la otra será abandonada: dos «*(estarán)* en el campo; uno será cogido, y el otro abandonado...» Bien que estas palabras mirasen especialmente los acontecimientos que en este discurso tenia en mira el Salvador, podemos muy bien aplicarlas á cuanto sucede hoy dia delante de nuestros ojos, y que debe hacernos adorar con temor y con accion de gracias los consejos impenetrables de la sabiduría de Dios. En el mismo lugar, en el mismo estado, en la misma condicion, en la misma ocupacion, en la misma familia se toma el uno, y se deja el otro: el uno viene quitado de este mundo, y dejado el otro; el uno es conducido á la soledad, al retiro, y el otro queda expuesto á todos los peligros del siglo; el uno sirve á Dios con fidelidad, y solo piensa en agradarle, y el otro está dedicado del todo á sus placeres, á su fortuna y á su ambicion: finalmente, en el último dia, el uno será tomado para ser colocado con los Ángeles y con los Santos en la gloria, y el otro será abandonado á los demonios para ser con ellos pasto de las eternas llamas. ¡Gran Dios! ¡qué separacion!... Aquí todo está confundido, los buenos y los malos viven juntos, duermen debajo de un mismo techo, ejercitan las mismas funciones, atienden á los mis-

mos trabajos ; pero el ojo de Dios lo discierne todo, y su juicio infalible é irrevocable separará todas las cosas.

PUNTO II.

Pregunta hecha á Jesucristo por sus discípulos.

Los discípulos tomando la palabra... «le respondieron, y dijeron : ¿Dónde, ó Señor...» No pretendia siempre el Salvador que sus discípulos comprendiesen todo el sentido de los discursos que tenia con ellos. El Espíritu Santo debia darles un dia la inteligencia de los misterios, y los sucesos mismos debian descubrirles la verdad de las predicciones. Ni tampoco nosotros sabemos ahora sobre qué cosa caia precisamente la pregunta de los discípulos. Este es uno de los pasos de la Escritura oscuro para nosotros, sobre el cual debemos pasar por encima con humildad, ó examinarlo solamente para nuestra edificacion.

1.° ¿Era general esta pregunta? ¿Caia acaso sobre el lugar de la separacion? ¿Preguntaban, por ventura, *dónde* se haria esta separacion por la cual el uno seria tomado, y abandonado el otro? Si fuese esto, la respuesta dependeria del objeto de la prediccion. Si en esta prediccion se trata del juicio que Dios debia ejercitar sobre el pueblo judáico, y por el que los unos debian quedar y perecer bajo del hierro de los romanos, y los otros salvarse ; por el que los unos debian quedar en su odio contra el Mesías, y en su oposicion al Cristianismo, y los otros abrazar la fe de los Apóstoles y aprovecharse de la gracia de la redencion, este discernimiento y separacion se debia hacer en la misma Jerusalen y en toda la Judea... Si se trata del juicio que Dios ejercita sobre todos los hombres, y de lo que se manifestará en el último dia al universo entero, es el lugar *donde* cada dia se hace, y *donde* se hará solemnemente este discernimiento y separacion de los buenos y de los malos, de los réprobos y de los escogidos, y esto se debe temer en todo lugar, y todos por esto debemos estar en vela en todo lugar y en todo tiempo.

2.° ¿Caia acaso la pregunta en particular sobre aquellos que serian dejados? ¿Preguntaban por ventura *dónde* serian dejados, y á qué suerte quedarian destinados? Los judíos que debian ser dejados estaban destinados á la muerte, á la esclavitud, á la dispersion, á la ceguedad y dureza del corazon, al odio y al desprecio de todos los pueblos de la tierra. La suerte de aquellos que son dejados en la corrupcion, en los vicios del mundo, es el pecado, la ig-

norancia, los cuídados inútiles, el olvido de Dios, la ceguedad y dureza de corazon. Aquellos finalmente que serán dejados despues del último juicio no tendrán otra porcion que la de los demonios, el fuego y los tormentos del infierno. Roguemos, pues, para no ser dejados: no desechemos á nuestro Redentor que se nos ofrece para tomarnos y librarnos; no resistamos á la mano caritativa que nos extiende, sigámoslo y dejémonos conducir.

3.° La pregunta de los discípulos ¿caia acaso en particular sobre aquellos que debian ser tomados? ¿Preguntaban por ventura *dónde*[1] deberian ellos ser conducidos, y qué cosa debian ser? Aquellos que debian ser tomados debian ser sacados de las sombras y de las figuras de la ley, de las tinieblas del paganismo y de los errores del siglo para ser conducidos al cumplimiento y á la realidad, que es Jesucristo... Debian estos en el último dia ser apartados de la compañía de los pecadores para ser conducidos á Jesucristo, y reinar eternamente con él en la gloria... ¡Oh bienaventurada mansion! hácia tí quiero continuamente caminar: yo te deseo, y espero llegar á tí siguiendo y uniéndome desde ahora á mi divino Redentor, y separándome de aquellos que no lo conocen ó que no siguen las máximas y las leyes de su Evangelio.

PUNTO III.

Respuesta de Jesucristo á sus discípulos.

«Y él les dijo: En cualquiera parte que estará el cuerpo, allí se «juntarán las águilas...» Proverbio comun y usado; pero de que no era fácil á los discípulos hacer entonces la aplicacion. Las águilas como las demás aves de rapiña buscan su pasto en los cadáveres, y se juntan donde los hallan. Pero aquí ¿cuál es el cuerpo que debe servir de pasto, y cuáles las águilas que deben juntarse y alimentarse de él? Sin pretender determinar la verdadera aplicacion de estas palabras, podemos aplicarlas para nuestra edificacion.

Lo 1.° *Al cuerpo de la nacion judáica en el tiempo de la ruina de Jerusalen*... Cuerpo muerto, abandonado y desechado de Dios, sobre el cual se debian arrojar las águilas romanas para devorarlo en cualquiera parte que se albergase ó se encerrase... Imágen del cuerpo de los réprobos, sobre los cuales se dejarán caer los demonios, aves voraces, para hacerlos compañeros de sus suplicios despues de haberlos hecho cómplices de su rebelion.

[1] El adverbio *ubi* en griego y en hebreo puede tambien en latin significar *quo*.

Lo 2.° *Al cuerpo místico de Jesucristo, que es su Iglesia*... Este cuerpo en presa de la persecucion, continuamente expuesto á la muerte, ó antes bien verdaderamente muerto á las vanidades, á los errores y á los placeres de este mundo, en cualquiera lugar que se halle, las almas generosas lo descubrirán con un ojo penetrante; fijarán en él sus miras, y allí se juntarán para alimentarse de las verdades que en él encontrarán, y para sustentarse del cuerpo mismo de Jesucristo, escondido bajo los velos de un alimento ordinario y presentado en un estado de muerte, en memoria de la que sufrió por nosotros, y que nosotros debemos estar prontos á sufrir por él.

Lo 3.° *Al cuerpo glorioso del Salvador en el gran dia de su triunfo y del juicio universal*... Este cuerpo bárbaramente tratado, destrozado por los azotes, desangrado, levantado sobre la cruz, herido de una lanza y encerrado en el sepulcro, comparecerá entonces vencedor y triunfante, llevando aun las cicatrices de aquellas llagas que han rescatado y redimido el mundo. Al rededor de este cuerpo glorioso se unirán en una multitud innumerable las almas fieles que de sus llagas han sabido sacar su fuerza y su valor, y entrarán con él en el cielo, donde se alimentarán de él en las delicias del amor divino por toda la eternidad.

Peticion y coloquio.

Haced, ó Señor, que yo sea del número de aquellas águilas misteriosas que se elevan hasta el cielo, que nada tienen de acá abajo y terreno, ni apego alguno á las cosas caducas, y que contemplan los rayos del Sol de justicia. Animadme, ó Dios mio, con vuestra santa gracia para que pueda dignamente sustentarme de vuestro sagrado cuerpo, y hallar en él una prenda segura y consolante de mi eterna union con Vos... Amen.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE

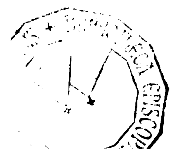
DEL TEXTO EMPLEADO EN LAS MEDITACIONES DE ESTE TERCER TOMO.

*El asterisco * indica el fin del capítulo.*

San Juan.

ÍNDICE

DE LAS MEDITACIONES DE ESTE TERCER TOMO.



FIN DEL ÍNDICE.

